

MIGUEL A. BADAL SALVADOR



COMO
POLVO
DE LA
TIERRA

Lectulandia

Año 1348. Una terrible pestilencia asola el reino de Castilla sembrando la tierra de cadáveres. Leví Aben Yosef, un hombre de ciencia procedente de la aljama de Cuenca, se ve obligado a enfrentarse a la terrible enfermedad tratando de encontrar respuestas que permitan conocer el origen del mal y su remedio. Acusado de ser el causante del contagio, no le queda más opción que huir junto a su esposa de la pequeña villa de Cañete y abandonar definitivamente la judería de la ciudad de sus antepasados.

Tras asentarse en Teruel, su familia tendrá que enfrentarse de nuevo a la peste, pero también al hambre y la guerra. Leví tratará de sortear todas las penalidades, obsesionado con la idea de dar descendencia a su linaje y transmitir a sus vástagos la ciencia aprendida de sus antepasados.

Como polvo de la tierra es una novela que trasladará al lector a una de las etapas más oscuras de la historia, un período en el que los reinos de Castilla y Aragón quedaron asolados por la peste negra y la Guerra de los Pedros.

«La historia de un médico atrapado entre la religión, la guerra y la enfermedad en la Edad Media».

Lectulandia

Miguel Ángel Badal Salvador

Como polvo de la tierra

ePub r1.0

Titivillus 29.04.15

Título original: *Como polvo de la tierra*
Miguel Ángel Badal Salvador, 2014
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



2

aniversario

me años libros, me años libres

edición conmemorativa



*Dedicado a mi sobrina Elena, a la que tanto quiero,
la perla oriental que apareció un día en nuestras vidas
para pintarnos una sonrisa en el rostro.*

«La segunda plaga fue un gran grito que cada noche de primero de mayo se dejaba oír en todos los hogares [...]. Atravesaba el corazón de las gentes y les causaba tal pavor que los hombres perdían el color y las fuerzas, las mujeres el fruto de sus vientres, los jóvenes perdían el juicio y todos los animales, árboles, tierra, y aguas quedaban estériles».

(Anónimo. «Llud y Llevelys», Mabinogion)

EXORDIO

Dicen que el sueño es un bálsamo y que en el reposo encuentra el hombre la paz de su espíritu. Desdichado es, pues, aquel que al caer en la ofuscada red del sopor no encuentra sino desconsuelo. Grande ha de ser su desgracia para que ni tan siquiera su alma encuentre la dicha en el sombrío pozo de las ensoñaciones.

Esta madrugada he vuelto a tener esa extraña pesadilla que me atormenta desde hace semanas y que sume mis pensamientos en un amargo lodazal en el que se ahogan todas mis esperanzas. Como en ocasiones anteriores, he soñado que recorría las escasas varas que separan nuestra casa de la sinagoga de la judería de Cannete. Como tantas veces, he penetrado en aquel edificio y, después de colocarme el taled sobre la cabeza y las filacterias en mi frente para realizar el *arbit*, la oración de la noche, he aguardado expectante a que el rabino subiera a la *bimah* para hacer la lectura de las Sagradas Escrituras.

Tras sentarme en el asiento que la comunidad me tiene reservado, he vuelto instintivamente la cabeza para buscar a mi esposa en el pequeño apartado que, oculto tras las celosías, hay dispuesto en la parte trasera del aula. He adivinado su sombra tras el cancel y he sonreído complacido, consciente de que ella es la única mujer de toda la judería que asiste diariamente a la sinagoga para rezar junto a los hombres.

El rabino ha subido al estrado y ha desplegado el rollo del *Tanaj*, pero en lugar de leer uno de los salmos del *Tehilim*, ha comenzado a recitar un pasaje del *Devarim*, el último de los libros de la *Torá*:

—«Yahvé enviará contra ti la maldición, el desastre, la amenaza en todas tus empresas, hasta que seas exterminado y perezcas rápidamente a causa de la perversidad de tus acciones por las que me habrás abandonado —ha leído con voz ronca y severa. Su ajado rostro se mostraba hierático, y sus manos sujetaban el rollo de pergamino con rigidez—. Yahvé hará que se te pegue la peste hasta que te haga desaparecer de este suelo adónde vas a entrar para tomarlo en posesión. Yahvé te herirá de tisis, fiebre, inflamación, gangrena, sequía, tizón y añublo, que te perseguirán hasta que perezcas».

Un silencio mudo se ha hecho en toda el aula, y mis ojos han podido leer el terror dibujado en el rostro de todos mis hermanos. El lienzo encerado que cubre uno de los vanos superiores ha comenzado a agitarse de súbito, y un soplo de aire proveniente de la calle ha penetrado en la nave de la sinagoga, haciendo titilar impetuosamente la llama de las lámparas y las candelas de sebo.

De pronto se ha escuchado un grotesco crujido, y el muro donde se abre la hornacina en la que se guarda el *Tanaj* ha comenzado a agrietarse estrepitosamente. Las luces se han apagado dejando el edificio en penumbra, y el suelo ha comenzado a

temblar con gran violencia. Me he cubierto la cabeza con los brazos y he comenzado a rezar atropelladamente, con palabras nerviosas que no acertaba a arrojar de mi boca. He notado cómo el polvo del techo se desprendía sobre mí, al tiempo que el murmullo en el aula arreciaba hasta convertirse en gritos de pánico. He cerrado los ojos con fuerza, temiendo que aquellos fueran los últimos instantes que padecía en este mundo y, convencido de que mis pies estaban a punto de hollar los sinuosos senderos que conducen al *seol*, he suplicado clemencia al Todopoderoso, bendito sea su nombre. Mas cuando todo parecía perdido, ha vuelto súbitamente la calma y un rayo de luz ha penetrado por el ventanuco filtrándose entre la polvareda.

Sin embargo, al alzar la vista, no he encontrado a mi lado a ninguno de mis hermanos, ni tampoco a los ancianos que ocupan los asientos situados en el muro oriental. Estaba solo en mitad del aula, y una densa nube de polvo lo cubría todo. Me he girado para buscar nuevamente la sombra de mi amada esposa, pero he visto que el cubículo que se abre tras la celosía estaba completamente vacío. He pronunciado su nombre, pero nadie ha respondido. Ya me levantaba del banco, desesperado, cuando he vislumbrado una sombra situada en la *bimah*, justo donde, segundos antes, el rabino había comenzado a pronunciar la oración de la noche.

—¿Rabí? —he preguntado amedrentado, con los dientes castañeteando entre tiriteras y el pavor adueñándose hasta del último resquicio de mi cuerpo.

Se ha hecho entonces la claridad, y mis ojos han contemplado el rostro de Yosef Ha-Leví, el prestigioso físico de la aljama de Cuenca. Él era la sombra que, con las manos aferradas al rollo de la *Torá*, no me quitaba ojo de encima desde la tribuna. Él es el padre que un día me dio la vida y, con su elevada ciencia, dio fama a nuestro linaje.

—¡Padre! —he exclamado al verlo alzado de su tumba—. Has vuelto del mundo de los muertos, ¡loado sea Jehová!

Pero al intentar acercarme hasta él, algo me ha retenido en mi asiento. Tenía las piernas entumecidas y mis huesos parecían rígidos como una piedra. Entonces él ha comenzado a hablarme; mis ojos veían sus labios moverse, mas su boca no articulaba sonido alguno.

—¡Padre! —he gritado desesperado, con los ojos inundados de lágrimas y el miedo apoderándose de mí—. ¿Estoy muerto?

Las lámparas que penden de la techumbre se han encendido de repente, como si una mano invisible hubiese prendido las mechas, y al fin he podido observar con claridad la piel ajada de mi progenitor. Postillas negruzcas, como las de los apestados, cubrían su rostro y sus manos.

—Padre... —he susurrado confundido ante aquella visión, pues fue la vejez, y no el morbo pestilente, la que lo sumió en el sueño eterno de los finados—. ¿Qué os ocurre, padre? ¿Qué extraño mal se ha apoderado de vos en la lobreguez de la tumba?

Entonces he escuchado su voz clara y nítida, la misma que durante años me orientó en mis estudios y me guio por la senda del conocimiento y de la sabiduría.

—«Lo que hemos oído y sabemos —han pronunciado sus labios—, lo que nos contaron nuestros padres, no lo encubriremos a nuestros hijos».

He caído al suelo de rodillas, y las lágrimas de mis ojos han comenzado a derramarse. He golpeado mi pecho con fuerza repetidamente y, abatido, he humillado la cabeza hacia el suelo, sintiéndome indigno.

—¿Es ese el mal que ennegrece tu alma? —he preguntado con la garganta reseca—. Lo lamento, padre. Lamento la aridez que se ha apoderado de mi familia, la esterilidad y el oprobio con los que Dios ha castigado nuestra bajeza. Perdóname, padre. No soy digno de llamarme hijo del gran Yosef Ha-Leví, ni de ensuciar su linaje con mi nombre maldito y contaminado. Lo siento, padre...

He alzado la mirada buscando el perdón de mi progenitor, pero ya no había nadie en la *bimah*; ahora toda el aula de la sinagoga permanecía vacía. He notado entonces cómo el silencio oprimía mi pecho, cómo mi respiración se tornaba más pesada, hasta el punto de que el aire comenzaba a faltarme. Y cuando creía que ya iba a desfallecer, he abierto los ojos y he despertado empapado en sudor y con las mejillas humedecidas por el llanto.

Dios todopoderoso, bendito sea su nombre, sepa conceder el descanso y la tranquilidad a mi alma y traiga la dicha a mi casa. «¡Dios nos tenga piedad y nos bendiga, y haga brillar su rostro sobre nosotros!»

LIBRO I

Capítulo I

EXTRACTO DEL LIBRO DE DÍAS DEL FÍSICO JUDÍO LEVÍ ABEN YOSEF

Cuenca. Año 5109 de la creación del mundo. Segundo día de la semana, vigésimo séptimo día del mes de adar álef^[1]

Hoy he acudido a una casa situada en uno de los campos cercanos al convento de San Francisco para atender a una mujer que se halla enferma.

Había salido a dar un paseo junto a la albufera. Me encontraba en el camino que lleva a la puerta de Valencia —el que discurre pegado a los huertos que fueron de doña Oro y que ahora pertenecen al cabildo de la catedral— cuando se me ha acercado un hombre inmerso en una congojosa desesperación.

—¿Sois vos Leví, el físico? —me ha abordado con el aliento entrecortado—. Una mujer me ha dicho que sois el hijo de Yosef Ha-Leví.

He asentido con la cabeza mientras intentaba leer en su rostro el motivo de su angustia.

—¿Os encontráis enfermo? —le he preguntado al observar dos amplias bolsas bajo sus ojos repletos de rijas y un cierto tono cerúleo en la tez de su cara. El desdichado era rubicundo de pelo, de mirada oblicua y rostro curtido, y cubría su cuerpo con una garnacha de blanqueta.

—No, mestre, yo no, es mi esposa. Estoy preocupado por ella. Está muy enferma y tiene un bulto en el cuello con muy mal aspecto. Temo que sea la peste, pues no hace ni dos semanas que un hombre murió de ese mal en la aldea de donde procedemos.

Aquello me ha alarmado sobremanera, pues hace ya varios meses que no tengo noticia de ese pernicioso daño y, tras el terrible otoño que hemos pasado, me sobrecoge la idea de volver a enfrentarme al morbo pestilente que dejó las tierras devastadas y los campos repletos de cadáveres. Así pues, le he pedido que me llevara con él sin tardanza.

—¿De dónde venís? —le he preguntado mientras nos dirigíamos a toda velocidad hacia el lugar donde se hallan alojados él y los suyos.

—Mi familia vive en Olmeda, pero mi esposa es oriunda de Valera de Suso. Allí nos instalamos de recién casados, para trabajar las tierras que su padre tenía arrendadas. Hace dos semanas, como os decía, el guarda de la torre que dicen *de la Mongía* murió no lejos de la aldea, y las gentes comenzaron a decir que la peste se había extendido de nuevo por el orbe. Tal fue el pánico que nos embargó que decidimos marchar hacia el Este, a tierras de Requena, que es donde están asentados los hijos de mi hermano.

No he podido evitar sentir compasión por el aldeano, reviviendo con una punzada

en el pecho los días en que mi amada y yo nos vimos obligados a abandonar la villa de Cannete, acuciados, como él, por ese pernicioso mal que acabó asolando aquellas tierras.

Al poco hemos llegado a una vieja vivienda de tapial, con zócalo de mampostería, que se levanta entre las huertas, no lejos de donde se hacen los alardes. Dos niñas, también rubicundas y de cabellos pajosos, aguardaban bajo el dintel de la puerta con la mirada perdida y el gesto contraído. El aldeano las ha apartado de un empujón y ha entrado a toda velocidad. Yo he penetrado en la casa tras él, sintiendo, nada más cruzar el umbral, cómo un fuerte olor a orines, bosta de ganado y madera vieja azotaba mi rostro.

En uno de los rincones del piso inferior, sobre un jergón de paja, se hallaba la mujer, hecha un ovillo y arropada con una roída manta de borra. Vestía una saya de lana burda y tenía la cara completamente demacrada y acuciada por una ingente cantidad de moscas que la asediaban revoloteando a su alrededor. A los pies de la escalera que subía desde la pieza hasta la segunda planta, había un hombre entrado en años que, con una mueca de horror dibujada en el semblante, no quitaba ojo a la mujer. Era un viejo de rostro adusto, mirada torva y cabellos grasientos, que meneaba la cabeza nerviosamente y parecía atribulado. He supuesto que era el dueño de la vivienda, aunque en ningún momento ha puesto el pie en el piso y se ha mantenido todo el tiempo sobre el último peldaño, sin decir palabra.

Al acercarme a la mujer, he apreciado los goterones de sudor que perlaban su frente. Tenía la camisa empapada y tal era su palidez que parecía encontrarse a las puertas del tránsito. He aventado el mosquerío agitando la mano y he acercado la oreja a su pecho para catar las pulsaciones de su corazón.

—Moja un paño en agua y tráemelo sin demora —le he pedido al aldeano sin apartar los ojos de su esposa.

Inmediatamente me he embozado el mentón en el pequeño trapo que siempre porto conmigo y, protegiendo mi mano con la bocamanga de la aljuba, le he movido el rostro intentando que no hubiera contacto entre su carne y la mía. Al hacerlo, ha quedado a la vista el resto reseco de una cólera amarillenta que manchaba toda la sábana de cáñamo que cubría el jergón a la altura de su cabeza. Después le he alzado la barbilla y he apreciado el hinchado estruma al que se refería el aldeano: una repulsiva nacencia que desprendía un insoportable hedor a podredumbre. Nuevamente he espantado a las moscas, que ya volvían a agolparse buscando la hendidura de sus labios y, tras reflexionar, he buscado con la mirada al aldeano. Desde la entrada de la pieza, las dos niñas miraban atribuladas el cuerpo lechigado de su madre.

—Tiene mal aspecto —le he dicho al hombre mientras este colocaba el paño empapado sobre la frente de su esposa.

—¿Morirá? —me ha preguntado él con cierto tono de resignación.

—Solo si confirmamos que es el mal negro —le he respondido mirándole

directamente a los ojos—. Mañana, cuando taña la campana a prima, regresaré y traeré conmigo unas pinzas para sajar la herida y sacar el pus; por ahora, lo único que podemos hacer es cerciorarnos de que no tiene más bubones en el resto del cuerpo.

El aldeano ha asentido con la cabeza, y acto seguido ha pedido al hombre que aguardaba a los pies de la escalera que subiera al piso superior o abandonara la vivienda. Después ha cogido a las niñas y se las ha llevado al exterior de la casa. Una vez solos, le he pedido a la mujer que me ayudara y ella misma, abatida por el mal, ha hecho intención de retirar la camisa. Su actitud me ha sorprendido enormemente, pues no abundan las mujeres que se dejen examinar con tanta facilidad, ni son muchos los maridos que permiten que un físico tenga acceso a la desnudez de su esposa.

Aprovechando la situación, he palpado sus senos en busca de algún tipo de bulto o estruma. También he inspeccionado minuciosamente sus axilas, pues es una zona en la que suelen concentrarse las manchas negras en los casos de infeccionados, mas no he apreciado nada digno de mención, salvo una extrema palidez en todo su cuerpo que se me antojaba del todo preocupante.

—Debemos esperar —le he dicho al aldeano al salir de la vivienda—. No sabré decir si es o no el mal negro hasta que analice más detenidamente la herida. Su cuerpo está limpio de bubas, pero mañana tendré que examinarla de nuevo. Quiero que guardes la orina que expulse durante la noche. No vacíes el bacín, y si arroja alguna cólera por la boca, deja que se reseque hasta que yo la vea. Procura sobre todo contener la calentura, eso es lo más importante. Pero si observas que su estado empeora durante la noche, no dudes en venir a buscarme. Vivo en la casa de mi hermano Jacob; un edificio grande adosado al adarve que separa la judería de la calle de la Pellejería. Si preguntas por el consultorio del físico judío, seguro que te indicarán convenientemente.

Dicho esto, me he despedido del aldeano y he regresado a casa a buen paso, sin entretenerme por el camino. Únicamente me he detenido un instante, antes de abandonar el campo de San Francisco, para contemplar la ciudad de mis antepasados desde la distancia.

Cuenca es un amasijo de casas amontonadas, construidas unas sobre otras, todas edificadas en vargas y cuestas; un complejo laberinto de muros de tapial y hormazo blanqueados de aljez, y de tejados doblados que brotan en las escarpaduras de la montaña y se asoman a los abismos de las hoces; una piña de viejos edificios y callejas retorcidas que, anclada como se halla entre peñascos, eleva el murmullo de sus gentes hacia las alturas.

El corazón me ha dado una punzada al clavarse mis ojos sobre las murallas de la urbe y la abundancia de casas que se asoman sobre ellas, como si el hogar de los míos me hubiera arrojado de su seno e, incomprensiblemente —desconozco si por la emoción o por el terror que me causa esa siniestra enfermedad—, he derramado una lágrima que rápidamente he limpiado con el anverso de mi mano.

Mientras ascendía por la empinada calle de la Correduría y atravesaba el portal que desde la calle de la Zapatería da al barrio judío, he vaciado mi mente de todos estos pensamientos y he entrado rápidamente —no sin antes rozar la *mezuzá* con las yemas de mis dedos— en la vivienda de mi hermano, la que antes lo fue de nuestros padres. Ya en el interior de la casa, he notado cómo dos nuevas lágrimas se derramaban por mis mejillas al evocar aquella cálida mañana del mes de hesván en la que examiné el cuerpo del ganadero Alfonso Ibáñez de Cannete y aprecié en su cuello una turgencia cárdena, muy semejante a la de la esposa del aldeano. Fue entonces cuando descubrí las terribles consecuencias de la mortífera pestilencia, enfermedad que nunca antes habían contemplado mis ojos. Aquella nefasta jornada comenzó una horrenda pesadilla, un acuciante sueño que amordazó nuestras vidas y nos obligó a abandonar el dulce hogar en el que había vivido junto a mi amada esposa los mejores momentos de mi vida.

Tras serenar mi ánimo, he bajado al piso inferior, intentando disimular la angustia que me embargaba. Sorbellita y Benvenida estaban en la cocina, las dos con el avantal puesto sobre la saya encordada, discutiendo mientras tejían y se calentaban con los rescoldos del fuego, tal como es habitual en ellas. Al verlas me he deleitado recordando las palabras del sabio Maimónides —a quien algunos llamaron *el segundo Moisés* por su excelsa ciencia, bendita sea su memoria—, quien acostumbraba a señalar que «no hay nada más bello para una mujer que sentarse en un rincón de su casa».

—«Y creó Dios al hombre a imagen suya —decía Benvenida, mi esposa, reproduciendo las palabras del libro de *Bereshit*, intentando convencer a la mujer de mi hermano de cuán injusto es que los hombres sean los únicos en ostentar el poder en la aljama—, a imagen de Dios los creó, y los creó macho y hembra» —argumentaba subrayando esta última parte.

—Eres demasiado impertinente —le ha contestado Sorbellita sin levantar la cabeza de la prenda en la que se esmeraba—. Entiendo que digas que a veces los hombres no nos tratan con justicia, pero lo único que conseguirás con toda esa palabrería es que los ancianos se escandalicen y que tu esposo quede en evidencia ante los demás miembros de la comunidad.

—¿Mi esposo? —ha preguntado ella con esa sonrisa pícara que siempre hace que todos mis sentidos enloquezcan ante su presencia—. ¡Pero si mi marido me adora! Él jamás renegaría de mí, aunque bien es cierto que los azotes que me daba mi padre cada vez que decía estas cosas todavía me escuecen en el trasero.

—¡Y bien que te los merecías! —he dicho con sorna mientras entraba por sorpresa en la estancia, fingiendo mostrarme divertido por las palabras de mi amada.

Benvenida se ha estremecido en la banqueta al escuchar mi voz, y un bermejo rubor ha coloreado sus mejillas, mientras sus ojos regresaban a la prenda que trabajaba y su boca enmudecía de súbito. Yo he permanecido junto al fuego, observándola durante largo rato, embargado por la dicha de tenerla a mi lado y de

presentir el calor de su cuerpo enroscado al mío cada mañana.

***Tercer día de la semana, vigésimo octavo día del mes de adar álef,
poco antes del anochecer^[2]***

Esta mañana, cuando he marchado con el alba hacia el campo de San Francisco, una fina capa de escarcha cubría las calles y el helor de la madrugada entumecía mis huesos. Eso es buena señal, sin duda, pues piensa mi hermano Jacob que la enfermedad se propaga con mayor facilidad cuando el día avanza y el calor se vuelve más intenso.

Apenas si he tenido tiempo de lavarme las manos y recitar las oraciones propias del comienzo del día. Me he vestido apresuradamente, intentado proteger todo mi cuerpo con un grueso ropón y cubriendo mi cabeza con un amplio sombrero de luengas alas. Luego he preparado una mascarilla rellena de hierbas olorosas y la he colocado cuidadosamente junto al instrumental médico en el pequeño herramental de madera que siempre porto conmigo. Era preferible hacerlo de este modo porque, si me la hubiese aplicado directamente sobre el rostro, habría levantado indudablemente las sospechas de los vecinos de la judería y de las calles que conducen a la puerta de Valencia. Aun así, me he cubierto parte del rostro con un embozo embebido de agua de rosas, atemorizado por la idea de que esa maldita pestilencia haya infectado nuevamente el aire que respiramos.

Una vez he salido de casa, he descendido con paso apresurado por las estrechísimas cuestas que desmadejan el nutrido caserío hasta su parte baja sin cruzarme con nadie, salvo con un labrador cuya montura resoplaba ahogada por la subida. La puerta de Valencia, sin embargo, presentaba un intenso tráfigo de gentes que acudían al mercado semanal. Varios comerciantes carreteaban pan, vino, esteras, hortalizas y carbón con ánimo de subirlo hasta la plaza de Santa María, mientras que un grupo de lugareños dirigía reatas de caballerías con los serones repletos de productos procedentes del campo y los labrantíos de los alrededores.

Al ver todo ese intenso movimiento de gentes, bestias y mercaderías, he pensado que, si llegara a extenderse por la ciudad la noticia de que hay una infectada por la pestilencia en el campo de San Francisco, el gentío correría a buscar refugio, y las puertas y postigos de la muralla se cerrarían a cal y canto. Después he pensado que tal vez sería mejor avisar al concejo para que se tomaran las medidas oportunas que impidiesen la propagación de la enfermedad. Sin embargo, tengo miedo de haber errado en el diagnóstico y provocar la alarma de forma innecesaria, algo que podría ser especialmente dañino para las gentes de la ciudad, las cuales todavía reviven con horror el desastre que ha arruinado todo el orbe en los últimos meses.

Al llegar a la casa, he tenido que llamar a la puerta de manera insistente, pues nadie respondía a los golpes de la aldaba. Por un instante he temido que la mujer

estuviera ya muerta y la hubiesen enterrado durante la noche, pero al desistir del esfuerzo he observado cómo un hombre no me quitaba ojo desde la distancia y corría en mi dirección.

—¡Mestre Leví! —he oído que me llamaba la silueta que mis ojos vislumbraban entre la neblina matutina.

Me he acercado hasta la figura de manera sigilosa, hasta que he podido distinguir sus rasgos. Se trataba, efectivamente, del campesino que había acudido a mí con desesperación el día anterior. Según me ha contado, el propietario de la casa los había echado a la calle, temeroso de que su mujer pudiera estar contagiada por la terrible pestilencia.

—¿Dónde se encuentra ahora tu esposa? —le he preguntado inquieto.

—Hemos buscado cobijo en un ruinoso cobertizo que queda a pocas varas del monasterio —me ha respondido con el aliento entrecortado.

Efectivamente, el edificio era un amasijo de piedras amontonadas y vigas podridas de cuyo interior brotaba un ramillete de espinosas zarzas, y cuyas paredes parecían mantenerse en pie gracias a la hiedra que crecía entre los huecos. La mujer descansaba a la intemperie en un rincón del cobertizo, con varias mantas rodeando su cuerpo y un pequeño bacín a su vera repleto de orines. A pocos pasos, las dos niñas contemplaban la escena con el gesto demudado.

—Su aspecto no ha empeorado desde ayer —le he dicho al aldeano nada más verla.

He empezado a sacar las pinzas y otros instrumentos que portaba conmigo en el herramental para realizar la operación y, tras tender un paño viejo sobre el suelo, me he puesto de rodillas y he examinado nuevamente la herida.

—¿Cómo se llama? —le he preguntado al aldeano, suponiendo que ella no se encontraba en condiciones de responderme de forma adecuada.

—Su nombre es Catalina y es la hija de Pedro Martínez —me ha dicho intentando deshacer el nudo de su garganta—. Yo me llamo Andrés Sánchez.

—Muy bien, Catalina —le he susurrado mientras retiraba el pelo que le cubría el cuello—, esto te va a doler un poco, pero no voy a tardar demasiado.

He presionado la buba y he notado que se hallaba repleta de pus. En cuanto he practicado la incisión, el infeccionado humor negro ha brotado a borbollones. Después de retirar la piel con las pinzas, he limpiado el estruma con un pedazo de lino. Finalmente, he cubierto su cuello con una bizma de estopa.

He regresado a casa turbado, convencido de que la mujer del aldeano se halla a las puertas de la muerte. No me cabe duda ya de que padece el morbo infeccioso y de que la terrible pestilencia ha regresado de nuevo para arrasarlo todo lo que encuentre a su paso. Muerte y desolación es cuanto nos espera, pues únicamente hollamos este mundo para terminar convirtiéndonos en pítanza de los gusanos. El Ángel del Señor anuncia el final de nuestras vidas, y la pestífera mortandad nos infectará llenándonos el cuerpo de bubas negras. Así lo dijo el Todopoderoso, bendito sea, por boca de los

profetas: «Ya está el Ángel del Señor, espada en mano, para partirme por el medio, a fin de acabar con vosotros».

Al llegar a casa he corrido hasta la cocina y, tras quitarme el sombrero y el ropón, he abrazado a Benvenida con todas mis fuerzas y he cubierto su rostro de besos, pues ver a la mujer del aldeano postrada ha abatido mi espíritu, evocándome los siniestros días que precedieron nuestra marcha de Cannete, cuando mi amada esposa se vio abocada a las puertas de la muerte.

—El Todopoderoso te proteja y te mantenga por siempre a mi lado. Que su mano misericordiosa te guíe y te permita siempre sentir el roce de mis dedos en la mañana y el abrazo de mis manos cuando el día se extingue.

El miedo a perder a la que tanto amo me arrebató el buen juicio y atormenta mis ensoñaciones en la madrugada. Es por ello por lo que mi corazón se quiebra al contemplar el rostro del aldeano de Valera, porque siento mía la desolación que lo desazona, y las lágrimas luchan por liberarse de mis ojos cuando la estampa de su desgracia se cuela entre mis pensamientos.

Vigilia del cuarto día de la semana, vigésimo noveno día del mes de adar álef^[3]

Me hallaba escribiendo en este libro de días cuando he sentido la falleba de la entrada descorrerse. Me he apresurado hacia el zaguán y he visto a mi hermano Jacob penetrando en la vivienda. Su esposa Sorbellita ha corrido a su encuentro y se ha fundido con él en un interminable abrazo. Benvenida y yo también nos hemos acercado con intención de estrecharlo entre nuestros brazos y mostrarle nuestra alegría por su presencia, mas no he podido evitar fijarme en que su rostro estaba demudado y que su mirada se diluía, delatando el grave estado de preocupación en el que se hallaba inmerso.

Hace ahora tres días que Jacob marchó de la ciudad para atender a las gentes que demandan sus servicios de físico en las aldeas cercanas —algo que hace desde que Benvenida y yo vivimos en su casa de la judería de Cuenca, pues sabe que mientras él se ausenta, yo puedo hacerme cargo del consultorio—. Aunque todas las semanas viaja a las aldeas que pertenecen a la urbe, raramente permanece fuera de su hogar durante más de dos días. Ayer, sin embargo, llegó un recado que nos avisaba de su demora, sin que el mensajero supiera darnos razón de la misma.

Después de darle tiempo para que se cambiara de ropa y tomara una tisana que su mujer le había preparado cariñosamente, me he reunido con él en su despacho para preguntarle la causa de su retraso y de la desazón que parecía embargarlo.

—Yo tenía razón, mi querido hermano —me ha dicho con cierto aire resignado.

Solo entonces he advertido las profundas ojeras que rodean los surcos de su mirada.

—¿A qué te refieres? —le he preguntado, aunque desgraciadamente ya presentía la respuesta que me iba a dar.

—El morbo negro ha reaparecido; lo tenemos a las puertas de nuestra ciudad —ha sentenciado con una mueca de hastío dibujada en su rostro.

Un denso nudo se ha alojado en mi garganta al escuchar aquello. Por un instante he temido que Jacob estuviese informado del padecimiento de la esposa del aldeano y, sobrecogido, he tomado asiento en una pequeña banqueta del despacho, sintiendo cómo mi respiración se aceleraba y mi frente se poblaba en un instante de gruesos goterones de sudor.

—¿Qué pruebas tienes para afirmarlo con tanta rotundidad? —he preguntado, notando que me faltaba el resuello.

Jacob se ha llevado la mano a la frente y ha retirado hacia atrás sus cabellos blanquecinos. Sin decir palabra, ha terminado de apilar un grueso montón de pliegos de papel en uno de los rincones de la mesa, y se ha levantado de su escaño para dirigirse hasta un pequeño armario de madera repleto de códices y pergaminos.

—El morbo se extiende por las aldeas del mismo modo en que lo hizo antes de la llegada del invierno —ha señalado mientras regresaba a su escaño con tres o cuatro libros entre los brazos, todos ellos de gruesas tapas de piel y correhuelas de cuero negras—. Yo mismo he atendido varios casos en Olmeda y Solera, y ayer mismo oí decir que la pestilencia ha penetrado en la villa de Huepte y ya se ha cobrado cuatro vidas. Solo espero que la familia de nuestro querido tío Alatzar quede preservada de la maldita garra de Caín. También comentan que se han visto las bubas negras en el cuerpo de un mendigo que pasó hace algunos días por la aldea de Tórtola, y que no hace mucho que un hombre murió apestando en Valera de Suso.

—Conozco el caso —le he dicho interrumpiéndole imprudentemente—. Yo mismo he...

Rápidamente, Jacob ha levantado la cabeza y ha clavado en mí su mirada fría y distante, para posarla a continuación sobre uno de los volúmenes que acababa de tomar —el *De Morbo et Symptomate*, de Galeno, según me ha parecido leer en su encabezamiento—, y ha hecho intención de abrir sus páginas mientras aguardaba expectante lo que yo tenía que decirle.

—Yo también he... he escuchado algo esta misma mañana... en alguno de los puestos del mercado —he explicado dubitativo, temeroso de recibir la reprimenda de Jacob por no haberle informado de la gravedad del mal que sufre esa desgraciada mujer del campo de San Francisco.

—Hermano, este terrible castigo amenaza con extenderse como una de las siete plagas en nuestra tierra —me ha dicho él con el índice erecto—. Incluso corren noticias de que ha fallecido aquejado del morbo el eminente físico Alatzar de Zaragoza; ya sabes, el que se encargaba de los cuidados del monarca de aquel reino y por quien padre sentía tanto aprecio y consideración. La pestilencia se extiende por el norte y nada podemos hacer, salvo recurrir a la oración y prevenir a los miembros del

concejo para que tomen las medidas oportunas.

Esa nueva afirmación ha aumentado aún más la presión en mi pecho. ¿Medidas oportunas? ¿Prevenir a los miembros del concejo? Una intensa turbación se ha apoderado de mi rostro y he notado, angustiada, cómo mis axilas se humedecían bruscamente. ¿Qué habría hecho Jacob si hubiese descubierto la marca de ese terrible mal en un viejo cobertizo que apenas dista unas pocas varas de una de las puertas de la ciudad? Desde luego, él no habría actuado como yo; en ningún caso habría tratado de ocultarlo a las autoridades y al resto de la población.

—Si el morbo llegase a la ciudad... —he balbucido, sin saber exactamente lo que quería expresar, abrumado por la idea de que entre mis pensamientos ocultaba la noticia de la llegada de la enfermedad a Cuenca—. Si el morbo... Si la enfermedad vuelve a brotar entre nuestras calles, ¿cómo podremos nosotros contenerla?

Jacob ha esbozado una sonrisa que, lejos de reverdecer su semblante, ha terminado de agriarlo por completo. Por un instante he sentido sus ojos vidriosos, y sus sarmentosos dedos han rebuscado entre las páginas del código con la misma agilidad con la que una estilizada araña teje su urdimbre. Después ha alzado la mirada de súbito y la ha clavado en mi rostro.

—Existe un método que, si bien no es infalible, sí permite salvar algunas de las vidas afectadas por esa maldita peste de landres —ha asegurado convencido—. Sangrando al paciente, puede extraerse de su cuerpo el infecto veneno, siempre que se haga a tiempo, pues este afecta primeramente a los humores, antes de corromper los órganos y bullir en la piel haciendo aparecer los perniciosos estrumas que tú y yo conocemos. Si además se purga al paciente con lavativas, se cierran convenientemente sus heridas y se le aplican compresas calientes, las posibilidades de que el mal remita son notables. No obstante, hagamos lo que hagamos, el tiempo siempre corre en contra nuestra, porque el veneno corrompe la carne con la misma premura con la que la ponzoña se apodera de las aguas de un estanque cuando hay en él algún animal putrefacto.

He asentido con la cabeza, consciente de que la ciencia de Jacob siempre fue mayor que la mía. Mientras yo me enfrentaba al morbo en la villa de Cannete y trataba de remediar la infección a la que se habían visto sometidos un puñado de villanos, mi hermano tenía que atender a los pacientes por decenas, viendo cómo los carneros de la ciudad de nuestros padres rebosaban de cadáveres, incapacitado ante la virulencia de aquel nefasto mal. Si alguien conoce algún remedio para atajar la aparición de nacencias y bubas contaminadas, ese es sin duda Jacob Aben Yosef, el hijo de Yosef Ha-Leví, y yo únicamente puedo aprender de sus conocimientos.

—Dicen que otro remedio muy adecuado es la triaca, la que se hace con mirra, aloe y azafrán —le he asegurado, pues esa era la cura que pensaba emplear con la esposa del aldeano—. Desgraciadamente, su composición es dificultosa y

extremadamente cara, y muchos de sus ingredientes escasean. Además, cuesta mucho tiempo prepararla y la muerte negra hace verdaderos estragos a las pocas horas de infeccionar los cuerpos.

Jacob ha negado con la cabeza y se ha levantado repentinamente del asiento. Ha mirado el viejo armario durante unos segundos y, tras pasarse la mano por su cuarteado rostro en un gesto de agobio y reflexión, ha salido de la estancia a toda velocidad camino de la cocina. Lo he seguido instintivamente. Había pasado buena parte de la mañana ocupado en conseguir los componentes necesarios para la elaboración del medicamento, pero su reacción me ha hecho desestimar la idea de inmediato. Necesitaba una solución urgente para esa pobre mujer, y me angustiaba el hablar de ello con franqueza ante mi hermano.

Jacob ha abierto la portezuela de una pequeña despensa y ha tomado un poco de agua de la barrica que se halla dispuesta en su interior.

—¿Qué te ocurre, hermano? —le he preguntado preocupado al ver que, tras apurar el vaso, respiraba con dificultad y su mirada se tornaba húmeda.

—Algo va mal, Leví —me ha dicho con un hilo de voz, provocando que mi pecho se encogiera, al tiempo que él se dirigía de nuevo al despacho y tomaba asiento en su escaño de madera—. Sé que ese horrendo mal está a las puertas de nuestra casa, amenazando nuestras vidas. Sé que la llegada de la primavera alentará esa maldita enfermedad y el calor la hará bullir como un enjambre de moscas. Sabes que siempre he defendido esa idea, pero ahora, de pronto, veo que mis temores se confirman. Ciertamente, hermano, creo que habrán de ver nuestros ojos calamidades horribles, y que nuestros pies hollarán senderos sembrados de cadáveres, de horror y de muerte.

Por un instante, he notado que me faltaba el aliento, y he apretado el hombro de mi hermano con la mano, a pesar de ser yo el necesitado de consuelo. Después la contrición se ha apoderado de mis pensamientos y mi ánimo se ha quebrantado. Era yo el que siempre dudaba de los juicios de Jacob, el que había buscado refutar su idea de que la peste volvería pasados los estragos que había ocasionado en nuestra tierra durante el otoño, temeroso de una realidad tan sobrecogedora. Luego he recordado cómo mi ceguera me impidió advertir la gravedad del daño cuando este se cernía sobre nuestra villa de Cannete.

—Debería haberlo sabido —he musitado con voz entrecortada, sintiendo cómo mi alma, apelmazada, caía en mi pecho abatida por el yugo de la culpa, al aceptar por primera vez que la enfermedad nos acechaba nuevamente—. Pasé todo el verano sumergido entre volúmenes y libros, con la mente ocupada únicamente en ampliar mi diván con poemas azejelados y jarchas. Viví ajeno a cuanto pasaba a nuestro alrededor, embriagado por el aroma de los sahumerios de nuestra casa y con el juicio totalmente añublado.

»Fueron varios los arrieros que advirtieron de que una pestífera enfermedad había

estragado el puerto de Valencia y que se extendía por las tierras de Levante, pero jamás pensé que aquel morbo, que juzgaba semejante a otros que habían penetrado en la costa a través de los ancladeros, llegaría con tanta virulencia a las sierras. Aquella vez ignoré que la peste amenazaba nuestra villa de Cannete, y ahora he vuelto a cometer el mismo error, Jacob. Es como si el destino buscara emboscarme de forma maliciosa.

—¿A qué te refieres? —me ha preguntado intrigado.

Entonces he tomado asiento frente a él y, acercando mi rostro al suyo, he confesado contrito:

—Se trata de una mujer a la que he tenido oportunidad de examinar. Hace días que ella y su familia salieron huyendo de Valera de Suso, aterrados por la muerte del mismo hombre al que tú hacías antes referencia. Y ahora... —Cuanto más avanzaba en la historia, más resistencia ponían las palabras a salir de mi boca, y más crecía la preocupación en el rostro de mi hermano—. Ahora están aquí, en Cuenca. Han encontrado refugio en una casa cercana al campo de San Francisco. Pero no han podido evitar contraer el mal, y ella... Ella está infectada, Jacob. Creo que tiene esa enfermedad horrible.

Al escuchar aquello, los sarmentosos dedos de mi hermano se han clavado en mi brazo y sus pupilas se han contraído por el miedo que provoca esa terrible ponzoña. Con gesto de rabia, ha dado un golpe tan fuerte en la tabla que el pequeño tintero se ha volcado, derramando parte del contenido sobre la madera. Luego ha permanecido reflexivo unos instantes, cubriendo su rostro con las manos.

—¿Has hablado de esto con alguien, Leví?

He negado con la cabeza mientras intentaba tragar el nudo que se había hecho en mi garganta, acobardado ante la idea de que mi hermano pudiese estallar en cólera.

—¿Estás seguro de que padece el morbo negro? ¿No puede tratarse de otra enfermedad semejante?

Jacob parecía tan reacio a creer la noticia como yo mismo.

—Lo estoy —he dicho tajante asintiendo con la cabeza.

—¿Pero qué pruebas tienes? —ha preguntado él, insistente.

—Ayer observé en el cuello de la paciente un estruma de color amoratado, y al sajarlo, un pus negruzco ha brotado de su interior. No hay duda de que es el mismo tipo de bubón que hube de tratar en Cannete. Además, la mujer tenía una gran calentura que le hacía estremecerse entre sacudidas y le temblaqueaba todo el cuerpo. Hoy mismo he observado que su orina es de gran crudeza, y en su lecho hay restos de cóleras biliosas.

—Entonces es cierto —ha dicho Jacob con la mirada perdida—. ¡Oh, Señor! Nada podrá salvarnos de este mal ponzoñoso y corrupto. Hay que avisar cuanto antes a las autoridades para que se tomen las cautelas convenientes. Si el mal negro ataca a

la ciudad con la misma virulencia que en otoño, los estragos que pueda causar serán irremediables.

—Pensé en hacerlo —he reconocido con pesar—, mas sabía que si avisaba a los del concejo, expulsarían a esas buenas gentes de la ciudad.

—No es momento de dejarnos vencer por la caridad y la benevolencia, querido Leví —ha dicho mi hermano mientras se levantaba dispuesto a salir del despacho—. ¿No lo entiendes? ¡El futuro de la ciudad está en juego! El sacrificio de unos pocos podría salvar al resto de la población. Si la ponzoña traspasa la puerta de Valencia y llega al centro de la ciudad, ten por seguro que nada evitará que penetre en la judería y siegue la vida de cuantos habitan en ella. Yo mismo pude presenciarlo hace meses. Primero enfermaron quienes vivían junto a la puerta de Huepte; luego los de la calle de la Correduría y los barrios aledaños. La peste apenas tardó diez días en ascender por el cal Mayor y llegar hasta el mismísimo barrio Nuevo, más allá de los muros que guardan el castillo. ¡Qué perversa acritud extiende sobre el orbe la zarpa infeccionada de Caín!

—¿Avisarás entonces a los del concejo? —le he preguntado angustiado.

—Iba a hacerlo mañana —me ha respondido, mientras seguía con la mano asida a la hoja de la puerta—, pero después de lo que me has confesado, no sería sensato aguardar ni una hora. Intentaré que me atienda alguno de los adelantados de la aljama, y procuraré hacerles llegar lo que me has contado a los del concejo. Cuanto antes se pongan en marcha las medidas cautelares, más posibilidades tendremos de frenar el avance de este perverso mal.

Entonces me he acercado hasta Jacob y, sujetándole fuertemente por el brazo, le he preguntado:

—¿Has vuelto a plantearte lo de viajar a Oriente?

—Sí —me ha respondido con mirada seria y el semblante perturbado—, y lo haremos pronto. Si el mal negro ha rebrotado de la infecta herida que la garra de Belcebú abrió en estas tierras, lo mejor será no demorarse.

—Pero Jacob... —he intentado replicar inútilmente.

—Nada impedirá que cumpla ese anhelo, mi querido Leví —me ha dicho abajándome el brazo que yo había tendido suplicante—. Padre no quiso responder a la llamada del sultán, y no hizo sino arrepentirse de ello cada día de su vida. Su fama fue inmensa por todo el norte de Ifriqiya, pero su humildad le llevaba a despreciar sus enormes logros y su elevada ciencia. Y ahora, gracias a ese recuerdo que hace grande nuestro apellido al otro lado del mar, el destino ha querido brindar a uno de sus hijos una nueva oportunidad. Así que no deseo sino cumplir con dicha demanda, pues sé que eso llenaría de orgullo a aquel que nos dio la vida.

Cuarto día de la semana, vigésimo noveno día del mes de adar álef^[4]

Los deseos del Todopoderoso son indescifrables y su voluntad, incommovible.

El Ángel del Señor sobrevuela el orbe empuñando su espada y la pestilencia escupe sus infectos efluvios sobre nuestra generación, buscando hacernos sucumbir. Ese terrible mal nos persigue como un cancerbero encolerizado; nos condena a vagar cual ratas errabundas, expulsándonos de nuestros hogares, del mismo modo que Yahvé expulsó a Adán y Eva del Paraíso. No hay piedad con los servidores del Todopoderoso, bendito sea su nombre, ni con quienes aceptan sus designios, pese a la extrema tortura que este les hace soportar. Mas no cuestionaré la voluntad del Creador, pues su justicia es «como los altos montes» y sus sentencias como «un abismo voraz».

Escribo ahora porque anoche me venció el cansancio al llegar a casa y caí rendido sobre el lecho. Nada recuerdo, salvo el brazo de Benvenida en torno a mi pecho y su fresca mejilla buscando la cercanía de mi rostro.

Quedé muy preocupado después de que mi hermano Jacob marchara para reunirse con los adelantados de la aljama. Reflexivo, abrí este libro de días y empecé a consignar cuanto había sucedido desde su llegada, pero no tardé en abandonar la tarea, carcomido por los remordimientos. Así que tras preparar el instrumental y llenar el herramental con diversos medicamentos, salí de la casa, justificándome ante Sorbellita y Benvenida con la excusa de que necesitaba darme un paseo y respirar el aire fresco de la sonochada.

Bajé a toda velocidad hasta la puerta de Valencia y tomé el camino del convento de San Francisco, temeroso de la oscuridad, que ya se cernía sobre los campos y que la candela que portaba conmigo apenas acertaba a alumbrar. Divisé luz en el viejo y derruido cobertizo en el que los aldeanos de Valera se habían refugiado, y me dirigí hacia la casa pensando en cómo iba a explicar a aquellas gentes que la noticia de su enfermedad debía de estar ya en conocimiento de las autoridades de la ciudad, y que si no partían de inmediato, podrían sufrir el escarnio de los hombres del concejo a la mañana siguiente.

—¿Cómo se encuentra tu esposa? —pregunté a Andrés Sánchez cuando lo vi, abatido, acuclillado bajo el dintel de la entrada.

El aldeano levantó la vista y me miró con curiosidad, sorprendido de que me presentara a deshora cuando esa misma mañana me había despedido hasta el día siguiente.

—Ha empeorado —balbució entre dientes—. Y eso no es todo.

Sin aguardar más palabras, penetré en el cobertizo y encontré a la mujer todavía lechigada, con el rostro y el cabello empapados en sudor. A sus pies yacía también una de las pequeñas, aovillada y envuelta en un roído capote. Volví la mirada,

inquisitivo, hacia el aldeano, pero este, en lugar de explicarme lo que pasaba, agachó la cabeza hacia el suelo con los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Está enferma la pequeña? —pregunté notando cómo la angustia apelmazaba mi garganta.

El aldeano era incapaz de articular palabra.

—Tiene una mancha debajo del brazo —balbució la otra chiquilla desde uno de los rincones de la derruida estancia—, pero padre dice que no es grave y que pronto volverá a estar buena.

Miré a la ingenua criatura. La niña tenía los cabellos enmarañados —probablemente repletos de piojos— y costrones de suciedad adheridos a sus mejillas; sus ojos legañosos estaban enrojecidos e hinchados por el llanto. En otras circunstancias hubiese instado a su padre a que la llevara al río o a los baños y limpiase la mugre de su enjuto cuerpo, pero en esos momentos apenas era capaz de ver con claridad una solución a todo ese asunto.

Me acerqué hasta donde yacía la pequeña con paso decidido y, dejando la candela en el suelo, retiré el ropón que la cubría para observar su cuerpo. Volví la mirada hacia el padre y este asintió con la cabeza consintiendo la exploración. Retiré la camisa y dejé al descubierto su cenefeo y pálido cuerpecillo. Al instante apreció el estruma que brotaba de su pequeña axila. Levanté cuidadosamente el delicado brazo de la niña y observé la buba que, con un color ligeramente amoratado, se extendía hasta la tetilla. Era idéntica a las que hace meses tuve que tratar en varios vecinos de Cannete y, sin duda, la evidencia de que la maligna señal de Caín había contagiado a aquellos desdichados. Traté la herida como mejor pude y cubrí nuevamente el cuerpo de la niña con sus ropas.

—Sufre el mismo padecimiento que la madre —sentenció mientras me incorporaba.

—Es... Es ese morbo terrible, ¿verdad?

Asentí dibujando una mueca de hastío en mi rostro.

—Tenía esperanzas de que no lo fuera, pero me han confirmado que han aparecido nuevos casos en las poblaciones cercanas. El morbo negro ha rebrotado y amenaza con infeccionarnos a todos. Siento que no haya respetado a los tuyos —le expresé con sinceridad.

—¿Morirán? —preguntó el aldeano, angustiado y con la voz afónica por la desesperación.

—Solo si Dios todopoderoso lo desea —respondí convencido—. Si está escrito en las alturas que así ha de ser, poco podrán hacer mi ciencia y mis remedios. Pero haré lo que esté en mi mano por devolverlas a la vida.

—¿Hay algo que pueda hacer para mitigar su dolor?

—Primero deseo examinarla de nuevo —le dije esperando verlo contrariado, pero el aldeano asintió con la cabeza sin dudar.

Andrés se acercó hasta el lecho y retiró la manta, dejando a su esposa al

descubierto. Esta yacía acurrucada, con la frente cianótica y la camisa empapada y traslúcida. Asperjé un poco de vinagre por toda la estancia y me acerqué atemorizado hasta la cama. El hombre me ayudó a retirarle la camisa con cuidado, y en cuanto los dos senos quedaron desnudos, pude ver una mancha negra brotando de la parte inferior de su pecho izquierdo y, junto a la axila, otro estruma de menor tamaño que el del cuello, pero muy semejante a este.

—La enfermedad avanza muy deprisa —dije recordando cómo el terrible mal solía matar a los enfermos en apenas tres o cuatro días—. Va a ser muy difícil liberarla de las garras de la aciaga muerte.

—¿Va a morir? —preguntó nuevamente el aldeano y, al ver sus ojos vidriosos, me sentí desesperado e impotente. A mi memoria vinieron aquellos lúgubres días en los que el delicado cuerpo de mi amada se debatía entre la vida y la muerte, azotado por una calentura voraz. Hice mía su angustia y sentí cómo las lágrimas afloraban en las cuencas de mis ojos amenazando con derramarse por mis mejillas.

—Ojalá el Todopoderoso, exaltado sea, no lo desee de ese modo —expresé abatido.

Poco más pude hacer. Sangré el cuerpo de la mujer, tal como mi hermano había aconsejado, y limpié los nuevos bubones que habían aparecido en su cuerpo. Después expliqué al aldeano con palabras atropelladas lo que había sucedido esa misma tarde y le alerté de que los hombres del concejo los buscarían, posiblemente con la salida del sol, para expulsarlos de estas tierras. Le entregué el acopio de medicinas y jarabes que guardaba en mi herramental, dándole la prescripción adecuada para su consumo, y le prometí que con el alba regresaría, por si los hombres del concejo no habían tomado aún las medidas oportunas, para volver a examinar a su esposa y a la niña.

Esta mañana me he despertado antes de que los gallos alertaran de la llegada de la amanecida. Me he vestido apresuradamente y he recogido mis cosas —tratando de no despertar a Benvenida ni a mi hermano Jacob, que duerme junto a su esposa en el lecho contiguo—. Bajando las escaleras a toda velocidad, he abierto el cerrojo de la puerta, rogando por que el ruido no alertara a los míos de mi marcha. Después he vuelto a recorrer las calles de la ciudad hasta la puerta de Valencia y he partido en busca del cobertizo en el que se hallan los aldeanos de Valera de Suso.

Esperaba encontrarlos aún dormidos, pues el sol apenas asomaba en el horizonte cuando he penetrado en el viejo y derruido edificio. Sin embargo, Andrés parecía no haber pegado ojo, y tenía buenos motivos para ello: su esposa se debatía entre agónicos estertores y se convulsionaba violentamente con las manos asidas a los bordes de la manta, envuelta en una nube de moscas, toda ella viciada de cóleras amarillentas. Su cuerpo desprendía un hedor acre a sudor y las manchas amoratadas cubrían ya una buena parte de su cuerpo.

—¿Es el final? —me ha preguntado conmovido.

—Probablemente —le he respondido con frialdad.

Sin mediar más palabra, me he acercado hasta la niña enferma para explorarla. La

ponzoña había infectado su carne mucho más rápidamente que la de la madre. Dudo mucho que llegue con vida a mañana, y nada, absolutamente nada, he podido hacer por ninguna de ellas.

—Nada más está en mi mano —le he reconocido al aldeano consciente de que este asistía a los últimos instantes de vida de su esposa.

—Se está muriendo, ¿verdad?

El hombre parecía incapaz de aceptar la crudeza de su terrible realidad.

—¿Sabes rezar? —le he preguntado yo, temeroso de darle una respuesta. El hombre ha asentido mientras se enjugaba las lágrimas y se sorbía los mocos—. Entonces reza cuanto sepas. Reza por su alma, y reza también por que el Señor, bendito sea, la exonere cuanto antes de este horrible padecimiento.

Dicho eso, he salido por la puerta y sin volver la mirada atrás he tomado el camino de vuelta a la ciudad, pesaroso, con el cuerpo encorvado por la contrición y un dolor punzante en el vientre que me ha hecho estremecer.

He subido las cuestas de la urbe hasta la judería, sintiendo cómo los pies me pesaban aplomados. Al llegar a casa, me ha sorprendido ver a uno de los hombres del concejo, con la espada y el puñal al cinto, custodiando la entrada. Me ha mirado de soslayo, pero ni él ni yo hemos articulado palabra. He rozado con las yemas de los dedos la *mezuzá* y he entrado al interior de la vivienda, presintiendo que algo grave sucedía.

En la cocina me aguardaba Jacob, quien nada más entrar por la puerta se ha puesto en pie y se ha dirigido hacia mí con el semblante demudado. Benvenida y Sorbellita observaban la escena desde el otro lado de la estancia. Habían recogido parte de la vajilla del aparador, y en el suelo había varias alcuzas y orcetas removidas de su sitio.

—Marcho hacia Oriente —me ha asegurado Jacob, imperturbable.

La noticia me ha sorprendido, pues, dadas las circunstancias, esperaba que la seriedad de mi esposa y mi hermano respondiera a otros asuntos.

—¿Cuándo te vas? —he preguntado, sintiendo cómo un denso nudo comenzaba a embozar mi garganta.

—Mañana como muy tarde, tal vez hoy. Ya no puedo retrasarlo más.

La noticia me ha caído como un jarro de agua helada. He intentado descifrar la imperturbable severidad de su semblante, pero no he descubierto sino sus ojos vidriosos, que rehusaban encontrarse con los míos.

—Pero ¿a qué se debe tanta prisa? —le he preguntado, consciente de que ayer mismo Jacob ignoraba el día de su partida.

—Asuntos urgentes me obligan a marchar —ha explicado mi hermano con voz vacilante—. Sorbellita y yo tenemos que partir sin demora. Pero... —En ese momento, su voz se ha quebrado y las palabras se resistían a salir de su garganta—. Antes de mañana, Benvenida y tú deberéis iros también de la ciudad.

Vigilia del quinto día de la semana, trigésimo día del mes de adar álef^[5]

No he podido conciliar el sueño en toda la noche. Mis pensamientos se revuelcan agitados como lo hacen los puercos en el fango, y la contrición resquebraja mis entrañas como el hielo se abre con el ascenso del sol tras la helada matutina.

No puedo quitarme de la cabeza a los aldeanos de Valera de Suso. Doy por hecho que la mujer ha muerto y que posiblemente sus restos emponzoñados yacen ya en alguno de los fosares de la ciudad. Ignoro la suerte de la niña enferma, así como la de su padre y su hermana, pero imagino a los hombres del concejo arrojándolos violentamente del cobertizo y condenándolos a vagar por los montes, donde se verán consumidos por la inmundicia que arrastra consigo este mal siniestro e irremediable.

Sin embargo, no es eso lo que más carcome mis adentros, sino el hecho de que una vez más Benvenida y yo nos veamos obligados a partir de nuestro hogar, vencidos nuevamente por la ignorancia y la inmisericorde intransigencia de los paganos nazarenos. Lamento profundamente tener que separarme de mi hermano, al que tanto amo, y no hallo el modo de consolar mi alma entre tanto infortunio.

Fue hace unos dos meses cuando Jacob me anunció que el mismísimo sultán de Fez había reclamado sus servicios como físico. Y aunque mi hermano sentía un profundo apego por nuestra ciudad natal, no podía sino aceptar tan sustanciosa oferta, pues veía en ella el culmen de su carrera. Reconozco que la noticia me enorgulleció enormemente —pues eso eleva la fama de Jacob a la alcanzada por nuestro padre, y siempre he soñado con que uno de los Aben Yosef destacara entre los miembros de la corte del sultán—, mas no llego a comprender la decisión tomada por mi hermano, pues si bien es fama y reconocimiento lo que le aguarda al otro lado del mar, no deja de ser desconcertante para mí la idea de que renuncie a su hogar, cuando él no se ve obligado a ello.

Asegura Jacob, sin embargo, que nada desea más en esta vida que seguir los pasos del sabio Abraham Aben Ezra, quien, pese a nacer en Tudela, ejerció como físico en el norte de Ifriqiya y en Egipto, donde los nuestros sufrieron el oprobio de la esclavitud en tiempos de nuestros antepasados. También dice que en Fez sirvió el notable Maimónides, ensalzada sea su memoria, quien llegó a ser médico del mismísimo visir Al-Fadil, y que no ansía sino seguir el camino trazado por el sabio cordobés, del mismo modo que este siguió el de Yehuda Ha-Kohen Aben Sosan. Y nada de ello he de cuestionar yo, pues mi meta en la vida no es otra que la de la sabiduría, aunque piense que los pasos de los sabios no se siguen sino a través de la senda del conocimiento.

Hace poco más de cuatro meses que llegué a su casa, la que antaño fuera de

nuestros padres, pidiendo cobijo para mi esposa y para mí, después de que la plebe pagana, poseída por una furibunda rabia alentada por el morbo, prendiera fuego a nuestra vivienda y nos viésemos desterrados de nuestra querida villa de Cannete. Nos habían expulsado de nuestra morada, convencidos de que era yo el causante de la infecciosa pestilencia que contagiaba y mataba a sus convecinos, y con la infundada idea de que aquella terrible enfermedad era un castigo divino por dejar morar a los de nuestra comunidad entre sus muros. En todo este tiempo, jamás he dejado de pensar en aquella villa recogida, en sus tortuosas callejas y en el hogar que, cerca del edificio de la sinagoga, había levantado junto a mi amada Benvenida y del que ya no quedan sino pavesas cenicientas espolvoreadas sobre los montes por las ventiscas serranas.

Cierto es que yo también nací en esta ciudad de Cuenca, donde los míos permanecen asentados desde tiempo inmemorial, al abrigo de su vetusta judería. Pero en esta ocasión, lo que abate mi espíritu no es tanto abandonar por segunda vez mi morada, sino tener que volver a arrastrar mis pies por los recónditos caminos endurecidos por los hielos de la mañana. Me siento errante, como una oveja descarriada que corretea tras un rebaño que no logra encontrar. Ese es el signo de la estirpe a la que pertenezco, mas nada hallaré que se pueda igualar al lugar de donde me vi arrojado hace apenas unos meses. Como entonces, es ahora la intransigencia de esos odiosos gentiles la que condena a los míos al exilio. El motivo: el contacto que he mantenido con los aldeanos de Valera. Ellos ya habrán sido expulsados de estas tierras, aunque ignoro su suerte. A mí, en cambio, el concejo me ha dado plazo hasta el día de mañana.

—Abandonará entonces la ciudad —le dijo el juez a mi hermano Jacob después de que este le confesara que yo había tenido trato con un infeccionado—, y marchará de los lugares que pertenecen al concejo, junto a toda persona que haya estado en contacto con él. Hasta que lo haga, ninguno de los de su casa podrá salir de su morada, y cuando todos hayan marchado, los muros serán tapiados y la casa permanecerá cerrada a cal y canto hasta que la amenaza del morbo se diluya.

Quinto día de la semana, trigésimo día del mes de adar álef^[6]

Los primeros rayos de sol refulgen en el horizonte y su luminosidad se estrella contra la muralla oriental de la ciudad, alumbrando el barrio de San Martín, el de la Santa Cruz y la calle de la Zapatería. Algunos haces incandescentes se filtran entre el atestado caserío, desbaratando la siniestra opacidad de la judería y las calles que se enclavan sobre el antiguo alcázar de los ismaelitas.

Todo está dispuesto. Mi amada y yo partiremos hacia la frontera del reino. Mi hermano Jacob y su esposa Sorbellita viajarán con nosotros, pues deben embarcarse

en el puerto de Valencia para realizar por mar su viaje hasta Fez, la ciudad del noble Isaac al-Fasí, de bendita memoria. Es por ello por lo que marcharemos todos juntos hasta la villa de Moya, que es fronteriza con el reino de Aragón, en la que moran algunos de nuestros parientes. Atravesaremos el campo de San Francisco hasta el punto donde parte el ramal que lleva a Valencia a través de las tierras moyanas. Tomaremos esa ruta en lugar de la que pasa por La Cañada, un castillejo situado a dos leguas de Cannete, para evitar acercarnos en la medida de lo posible a la tierra de la que tan cruelmente fuimos arrojados mi amada y yo.

Cierto es que mi hermano y su esposa podrían dirigirse directamente hasta Cardenete, y desde allí hasta Utiel y Requena, mas han decidido acompañarnos hasta Moya con el ánimo de que nuestra separación sea menos abrupta y dolorosa. Una vez allí, Jacob y Sorbellita irán hacia Levante, mientras que nosotros pondremos rumbo hacia Darocha. He adelantado misivas para mi amigo Isaac Benveniste, *mohel* de su judería, rogándole que abra las puertas de su casa a mi familia, tal como estaba dispuesto a hacer pocos meses antes. Permaneceremos con ellos hasta que encuentre un nuevo trabajo en aquel lugar y tengamos medios suficientes para arrendar una vivienda. También he escrito a Bonafós Abencrespín, físico de la aljama de Valencia, cuya familia siempre mantuvo lazos de amistad con la nuestra, por si cambiáramos de parecer sobre la marcha y encamináramos nuestros pasos hacia la costa.

He entregado a la sinagoga todo el aceite que quedaba en la casa, para que alumbren las lámparas el *Sabbat*. Es algo que suelo hacer todos los viernes, Día de la Preparación, antes de que las tres estrellas que marcan el comienzo de la jornada sagrada aparezcan en el cielo. Mas mañana ni los míos ni yo estaremos ya en la ciudad de Cuenca, en la que mi familia habita desde antes de que los cristianos la tomaran a los vástagos de Ismael. No puedo creer que nuevamente la oprobiosa ignorancia de los paganos nos expulse de nuestro hogar, como perros desvalidos abandonados por su dueño. Ahora entiendo la dureza de las palabras del poeta Yehuda Ha-Leví, de bendita memoria, cuando arrojaba su maledicencia sobre ellos. «Vierta Dios lluvia de cólera sobre la gente cristiana —espetaba su pluma mordaz, y repite mi boca exhalando el resentimiento de mis entrañas—. Sea asolada su raíz, y sus vástagos cortados, sobre su seno vengue Él con esterilidad y viudez, y derribe a sus multitudes a lo largo de los surcos de sus campos».

Nada deseo más en estos momentos que abandonar cuanto antes este lugar que la crueldad del hado ha decidido nuevamente arrebatarme, y encontrarme cuanto antes con aquello que nos depare el destino. Sé que el camino no será fácil. Temo la ponzoña de esa enfermedad que siega las vidas de las gentes, sin respetar clase o condición. Pero me atribula aún más la idea de que nuestros pies hollarán senderos que no fluyen del todo distantes de nuestra querida tierra de Cannete; que nuestros ojos, desde la distancia, presentirán los escarpados muros de la fortaleza trepando entre farallones de roca hasta fundirse con las nubes. Sé que entonces las lágrimas se derramarán por mis mejillas, y que mi corazón anhelará el dulce hogar ya perdido.

Evocaré las frías tardes de invierno en las que mi amada y yo nos acurrucábamos en la banca corrida, arrebuados al calor del fuego de la cocina de nuestra antigua casa.

Y, con todo, no puede embargarme sino la dicha, pues ella estará conmigo durante el viaje, y su mano permanecerá cogida a la mía. El Señor todopoderoso, bendito sea su nombre, permitió que Benvenida se recuperara de la terrible enfermedad que la tenía postrada el día que tuvimos que abandonar la villa por el postigo del río; y bien sabe Él que temí por su vida, y que la desesperación tornó mis cabellos blanquecinos y acartonó la piel de mi rostro. En cambio, ahora ella goza de salud, y nada más puede darme el Altísimo que considere en mayor estima. Ella es la luz de mi vida, y sé que junto a ella sortearé todas las dificultades. A su lado, como Job, seré capaz de hacer frente a cada prueba. Mas si ella me falta, en nada valoraré mi existencia, pues vivo por ella y mi único anhelo es reedificar nuestra vieja casa y morar en ella como antaño. Sé que eso no podrá suceder jamás en Cannete, pero estoy seguro de que al otro lado de la frontera nuestras vidas encontrarán su lugar.

He llenado una pequeña bolsa con tierra del corral de la vivienda de mis padres, y también cogeré un buen puñado de polvo cuando pasemos a poca distancia de Cannete, para portarlos apegados a nuestra carne durante este duro viaje. Igualmente tomaré la rama de una de las abundantes zarzas que crecen en los alrededores de la que fue nuestra casa, para recordar que el destino desgarró nuestros corazones con la agudeza de un espino al obligarnos a partir de nuestra tierra.

A pesar de que nuestra estrella parece haber perdido su luminosidad, nuestra confianza está siempre en el Señor. A Él cantaba Yehuda Ha-Leví, de bendita memoria, cuando hubo de recorrer errabundo los mismos senderos que el destino dibuja en nuestro horizonte, con las mismas palabras que pronuncia mi boca en estos instantes, mientras mi mano rasga las hojas de mi libro de días con el cálamo: «Enaltecido estás sobre toda potencia, y te sublimaste por encima de todo pensamiento».

Capítulo II

CARTA DEL FÍSICO JUDÍO LEVÍ ABEN YOSEF A ALATZAR ABULAFÉN, CIRUJANO DE LA ALJAMA DE HUEPTE

Moya, villa del obispado de Cuenca. Año 5109 de la creación del mundo^[7]

Carta de Leví Aben Yosef, hijo del médico Yosef Ha-Leví de Cuenca. ¡Paz! A mi querido tío y maestro Alatzar, cirujano de la aljama de Huepte, cuya ciencia es semejante a la sabiduría de Josué, hijo de Nun, a quien el mismísimo Moisés, bendita sea su memoria, impuso sus manos. El Todopoderoso, exaltado sea, te encumbre y prolongue los días de tu vida; que extienda su mano sobre ti, su bienestar y gracia, y te conceda sus dones y prosperidad para ti y los tuyos.

Bendito sea el Señor, Dios de Israel, de eternidad en eternidad. Él, que tiene el poder y la dominación, la grandeza y la sublimidad, el brillo, la gloria y la majestad, a quien pertenece todo lo que hay en la tierra y en el cielo. Bendito sea Él, que ilumina mis pensamientos y guía mi pluma en estos días aciagos en los que la muerte parece acechar desde las simas infernales, a través de las cuales brota este mal oprobioso que nos abate.

Escribo desde la villa de Moya, a seis días del mes de *adar bet*^[8]; que el Todopoderoso lo torne en una ocasión de dicha y gozo. Benvenida y yo nos encontramos a salvo tras las recias murallas de la villa en la que moran nuestros parientes Necín y Jamilla, y nuestra salud es óptima.

Hace apenas unos días mi amada esposa y yo llegamos a esta tierra después de vernos arrojados de la judería de Cuenca, en la que habíamos habitado durante los últimos meses, viéndose así truncado nuestro deseo de viajar a Huepte con la llegada de la primavera y poderos abrazar a ti y a los tuyos. Desgraciadamente, como bien sabes, Jacob fue reclamado por los mandatarios de la corte de Fez para que se instalase en aquella ciudad y pusiese su ciencia y su notable sabiduría al servicio del sultán marínida. Hace apenas dos días que él y su esposa se encaminaron hacia el puerto de Valencia para embarcarse hacia Ifriqiya.

Acordé con él que cuando llegaran a su destino emitieran sendas cartas, para informarnos a nosotros de su llegada y para daros a vosotros las pertinentes explicaciones sobre los motivos que le han conducido a abandonar el hogar de nuestros antepasados e instalarse en la citada ciudad de Fez —Dios todopoderoso preserve sus vidas durante mucho tiempo—. Sabes ya, sin embargo, que nuestro padre Yosef fue reclamado hace años por el sultán Abul Hasan, el más grande de los Banu Marin —Yahvé Dios alargue su mano sobre él y sobre toda su familia—, quien se hallaba encandilado con la ciencia y la sabiduría de mi padre. Y como puedes imaginar, el marínida no ha querido dejar pasar la oportunidad de incorporar a su

séquito al más sabio de los hijos de Yosef Ha-Leví. Mas debe ser mi hermano el que ahonde en los detalles de todo este asunto y no yo, que poco puedo decir, salvo expresar el dolor que me produce la separación del que siempre atendió a mi cuidado, incluso en los momentos de mayor desesperanza.

La casa de la judería de Cuenca donde nació tu esposa, que fue de nuestro padre Yosef, y antes de Yanto Ha-Leví, su padre y tu suegro, ha quedado por tanto vacía y ha sido tapiada por el concejo de la ciudad. El motivo de ello, como puedes suponer, es el recelo que entre los jurados del ayuntamiento conquense ha provocado la reaparición de este infecto morbo que amenaza con sumir a todo el orbe en el mayor de los tormentos.

Sé que te hallas informado de que, hace algunos meses, llegué junto con mi esposa para instalarme en la ciudad, tras vernos obligados a abandonar la villa de Cannete que tanto amábamos y la casa en la que había crecido mi amor por Benvenida. En la escueta carta que entonces te envié apenas contaba nada de cuanto había sucedido. Entiendo, no obstante, que todo este asunto requiere una mayor aclaración por mi parte, pues fueron muchos los esfuerzos que hicisteis mi padre y tú para que pudiera abrir el pequeño consultorio que nos ha dado de comer a mi esposa y a mí en los últimos años.

Sabes que todo marchaba bien por allí y que las cosas parecían tranquilas, y así te lo había expresado yo mismo en la misiva que tuve ocasión de enviarte en el mes de *tamuz*, antes de la gran mortandad, ignorante todavía de la negrura que se cernía sobre nosotros y que amenazaba con abatirnos como la recia espada que cae con aplomo sobre la coraza. La judería de Cannete había crecido en los últimos meses con el nacimiento de dos nuevos varones, aunque el vientre de mi esposa continuaba, como ahora, totalmente árido. Apenas dos semanas antes de remitirte aquella carta nació también el hijo de Mosé Aben Asaf, lo que trajo cierta tranquilidad a los ancianos de la judería, ya que en las últimas décadas, la marcha de al menos dos familias a Cuenca había complicado la formación del *minyán* para la oración de la sinagoga. Ahora había unas seis familias viviendo en la judería de la villa, y otra más en La Mengía, una pequeña aldea de apenas sesenta vecinos que dista poco más de media legua de la villa.

—Espero que el vientre de Benvenida alumbre pronto al primero de tus vástagos—me deseó al recibir la noticia el rabí Asaf, quien siempre había evidenciado su alegría por mi llegada a la judería de la villa diez años antes—. El Todopoderoso, exaltado sea, bendiga tu semilla y el vientre que la ha de recibir, y os conceda con premura el don de la paternidad que tanto anheláis.

—El seno de Benvenida parece yermo, rabí, pero mi amor por ella no encuentra doblez, y me hallo convencido de que el tiempo dará respuesta a nuestros deseos.

Como te decía, poco podíamos sospechar entonces lo que en pocas semanas habría de acontecer. La judería de Cannete ha cobijado nuestra existencia en los últimos años, y nada lamento más que el vernos a Benvenida y a mí expulsados de su

seno. Siento también que finalmente no pueda llevarse a cabo el encuentro que habíamos preparado en nuestra humilde casa para el año próximo. Ardíamos en deseos de que conocierais la villa y la pequeña barriada en la que habitan los miembros de nuestra comunidad. El pequeño barrio hebreo de Cannete se enclava entre las casas que crecen en la ladera del Castillo y las calles y carreras que atraviesan los huertos del Portillón —las que se dirigen en dirección norte, hacia la puerta que los cristianos llaman de San Bartolomé, que es la que abre camino hacia Huélamo—. El cal Mayor de la judería discurre paralelo a la calle Mayor de la villa, la que une la puerta de Santa María con los antedichos huertos, y en él se sitúan la sinagoga y varias casas a un lado y otro de la calle, entre ellas la que era nuestra. De la otra parte, una pequeña plazuela ensancha la carrera que brota desde el corral donde los Fabon guardan el ganado, y que se une con el camino que lleva hacia el citado portal de Huélamo.

Allí, en esta barriada tan querida por nosotros, vivíamos Benvenida y yo, y nada hacía presagiar que nos veríamos abocados al destierro que hemos padecido durante los últimos meses.

Fue a comienzos del otoño, mediado el mes de hesván, cuando tomé conciencia del horror que nos aguardaba. Habían llegado a la villa murmuraciones, rumores que hablaban de un mal que azotaría en breve todo el orbe, pero no juzgué sino que eran supercherías, habladurías de la gente que siempre cree ver en la calamidad el final del mundo. «Es un mal horrendo —le había escuchado decir a un arriero que venía de paso por la villa desde tierras de Valencia—, una fiebre negra que aboca terriblemente a las mismísimas cavas del infierno. La gente muere por decenas y nadie sabe qué lo provoca. Unos mueren porque miran o tocan a los enfermos, y otros por tener simple contacto con sus ropas. Lo más tenebroso de todo es que nadie sabe por qué se produce el contagio de la enfermedad». Mis oídos, sin embargo, no quisieron entonces escuchar. «Esos necios paganos se pudren ahogados en sus propias inmundicias», me decía a mí mismo recordando la abundante basura que abotargaba las calles cercanas al puerto de Valencia —ciudad que, como bien sabes, conozco por una visita que hice de joven—, «y ahora piensan que todos nos ahogaremos en su mismo foso de cieno y podredumbre».

Ignoraba entonces que dicho mal se extendía por nuestros reinos de manera incontenible y que si la villa que poblábamos se había mantenido ajena al mismo, era simplemente por capricho del hado. Semanas después, llegaron rumores de que un mal horrendo recorría también las calles de Cuenca, pero no se me ocurrió pensar que tuviera relación alguna con la enfermedad que se había desatado en el puerto de Valencia.

Nada hube de creer, como te aseguraba, hasta que pude contemplar con mis propios ojos el estruma inflamado, del tamaño de un huevo, que había brotado en el cuello de un ganadero de la villa, llamado Alfonso Ibáñez, que habitaba en la cercanía del portal que abre el camino hacia las eras de trilla. El pobre hombre había

pasado la noche anterior a mi primera visita arrojando cóleras amarillentas por la boca, con el cuerpo subyugado por una inextinguible calentura. Tenía una ardorosa sed que parecía insaciable, y se debatía entre violentas sacudidas y escalofríos. Su mujer, Juana, se mantenía al pie del lecho, frotando su cuerpo con trapos húmedos y haciéndole sorber, con grandes esfuerzos, un pequeño preparado que yo mismo le suministré.

Poco fue lo que se me ocurrió entonces para atajar aquel novedoso mal, para mí desconocido, y con unas pinzas levanté la piel de la apestosa buba, provocando que un pus negruzco y espumoso empapara todo su gollete. Juzgué que aquello era un mal augurio y que la extraña dolencia no habría de traer sino grandes males a quienes habitaban entre los muros de aquella villa. Apliqué una bisma de estopa a la herida y supliqué al Todopoderoso, bendito sea, que no nos arrastrara a todos hacia el abismo que aquel mal nefando amenazaba con abrir en el seno de nuestra existencia.

Aquel terrible padecimiento no tardó en contagiarse al resto del cuerpo del ganadero, y lo peor de todo es que al día siguiente su esposa se encontraba igualmente enferma. La mujer tenía mal de tripas y la lengua blanquecina, su cuerpo se convulsionaba entre sacudidas de tos y, al examinar su orina, pude comprobar que esta era cruda en extremo. El esposo me impidió que la auscultara convenientemente, por ser mis manos las de un infiel, pero no hube de hallar restos de buba alguna en su cuello ni en la parte de las axilas. Aun así, no me cupo duda de que había contraído el mismo mal que padecía el ganadero. Este, por su parte, había empeorado su estado: ahora sus deyecciones eran negras como el hollín y las cóleras que expulsaba por la boca, de una tonalidad verdosa. Comprendí que un miasma contaminaba la atmósfera de aquel hogar y había provocado el envenenamiento de ambos cuerpos, desatando una dolencia tremendamente voraz que pudría su carne a un ritmo sorprendente. Esa misma noche, Gerardo, el mayor de sus hijos, se hallaba igualmente lechigado, con la piel cianótica y la sangre aflorando en sus ojos, encendiendo su mirada de una manera diabólica. En pocas horas las carnes de sus tres hermanos se llenaron también de postillas de las que brotaban azuladas supuraciones.

No tardaron en llegar los problemas cuando la noticia del mal se extendió por toda la villa. Primero fue el sacerdote Martín Díaz, vicario de la iglesia de San Nicolás, el que se dirigió a mí con duras palabras, acusándome de ser un vil idólatra y un adorador del Diablo.

—Si entras en esa casa, corromperás un hogar cristiano con tu presencia pagana —me dijo a la mañana siguiente de enfermar la mujer y sus hijos, bloqueándome el paso a la vivienda del ganadero cuando, muy de mañana, me dirigía a ella para prestarles las convenientes atenciones.

—Este hogar ya está corrompido por la enfermedad —le repliqué airado—, y si no hago algo por intentar salvar la vida de esos desdichados, la muerte se los llevará a todos.

—¡Tú no eres nadie para liberar a esos desgraciados de la enfermedad! —me

gritó él, iracundo, dejando al descubierto sus amarillentos dientes y sus encías apretadas. Don Martín era un hombre exaltado, de mirada turbia y empecinado en exceso—. ¿Acaso has persuadido al ganadero de que reciba confesión? ¡Claro que no! Seguramente hasta le has ocultado que va a morir en breve y que debe prepararse para el tránsito hacia el otro mundo. Dime, Leví, cuando los desdichados a los que atiendes sufren delante de tus ojos, ¿pides a Cristo que los proteja y los guarde? No, ¿verdad? Realmente, ¿quién eres tú para sanarles, si ni tan siquiera pides al Todopoderoso que obre a través de tus manos? Solo eres un maldito hereje y tus obras no hacen sino arrastrar a esas buenas gentes a la perdición.

—Conozco el arte de la física y la cirugía, vos lo sabéis bien —le respondí ofendido por su comentario.

—¡No, imbécil! —me increpó mirándome con sus mortecinos ojos repletos de rijas y apestándome con su fétido aliento a vino y ajo—. Solo eres un sacapotras del diablo. Es Dios mismo quien nos condena por nuestros pecados, y tú no eres quién para contravenir la voluntad del Altísimo.

—Cierto —respondí sobrecogido por su fanatismo—, y si la voluntad del Todopoderoso es que mueran, entonces nada podré hacer por salvar sus vidas. Pero es mi deber como físico y como cirujano intentar atajar el mal que los aborda. Decidme, don Martín, si fueseis vos el acechado por los tormentos que padece la familia del ganadero, ¿acaso no habríais acudido a recibir mis atenciones? ¿Acaso habéis olvidado el tratamiento con agua de rosas que os impuse hace tres inviernos, cuando os veíais aquejado por aquellos terribles dolores, o cuando os curé de aquellas horrendas pústulas que recubrían vuestra piel?

Pero el vicario, lejos de entrar en razón, siguió despotricando, llamando la atención de cuantos paseaban por las calles anejas y salían por el portón en dirección a La Vega.

—¡Necio! ¡Infiel! —gritó señalándome con su estirado dedo índice—. ¿Cómo osa un pagano como tú contradecir a un enviado de Dios en la tierra?

—Un verdadero enviado del Todopoderoso —le repliqué— se preocuparía por la salud de sus hermanos en lugar de dejarlos sumirse en la desdicha y el dolor.

Mas lo único que conseguí con aquella respuesta fue aumentar su cólera y alimentar la ojeriza que sentía hacia nosotros. Ese maldito sandio era incapaz de comprender que la perfección del alma es inalcanzable sin la curación del cuerpo y la extirpación de toda impureza y enfermedad del mismo, y que ese es el único camino para alcanzar la verdad del Todopoderoso, bendito sea. Sus acciones no hicieron sino obstaculizar mi labor en aquellos días aciagos, logrando poner en contra mía a buena parte de la población que vio nacer a mi esposa.

Atribulado por no poder ejercer mi trabajo en un momento en el que solo mi ayuda podía liberar a aquella pobre familia de la mayor desgracia, acudí esa misma tarde a la sinagoga y busqué el consuelo en las palabras del rabino. Me hallaba turbado en exceso por el enfrentamiento con el sacerdote de los infieles, y sentía una

fuerte presión en el pecho al pensar en la gravedad de aquel extraño mal que había contaminado la casa del ganadero infectando a todos sus ocupantes.

Asaf buscó reconfortar mi espíritu recordándome los versos del sabio poeta Aben Ezra, bendita sea su memoria, acerca de los paganos cristianos: «Son hombres necesitados de un poco de ciencia, faltos de las aguas de la fe; se creen pensadores y son artífices de destrucción; yerran y hacen errar a los inocentes; se juzgan sabios, pero no lo son», me dijo apretando mi hombro con su mano.

Sintiéndome más tranquilo, le hablé de la gravedad del mal que afectaba a la familia de Alfonso Ibáñez, y él, preocupado por todo lo que estaba sucediendo, aceptó acompañarme al día siguiente a la casa del alcaide. Nos reunimos, pues, con don Miguel Fernández, cuyas órdenes y consejos siempre eran valorados y respetados por nosotros. Le teníamos gran estima porque, al ser él el representante del poder regio al que nuestra comunidad se hallaba directamente sometida, los judíos lo considerábamos nuestro señor natural. Acudieron también a la reunión los sacerdotes de las iglesias cristianas, y los jurados y hombres notables del concejo de la villa.

Parlamentamos largo y tendido acerca de la naturaleza de aquel mal que se había introducido en las murallas de la población. Según afirmó el propio alcaide, ya había assolado numerosos lugares del reino de Castilla, extendiéndose como una infecciosa plaga para la que no parecía haber remedio alguno.

—Ni los más eminentes médicos de la cristiandad saben cómo atajar el mal —expresó don Miguel ante las preguntas de los sacerdotes cristianos, lo que provocó un esbozo de sonrisa en la faz marchita de don Martín, quien, con aire de sorna, me arrojó una torva mirada antes de pasarse el anverso de la mano por su boca sucia y maloliente.

—Entonces se trata de una epidemia —respondí ante la sentencia, comprendiendo que aquel mal era tremendamente contagioso y que yo mismo me había expuesto temerariamente a sus infecciosas garras.

Alarmado por la situación, recomendé al alcaide y al concejo que cerraran a cal y canto las puertas de la villa, y que en todas las calles se encendieran hogueras con madera de sabelino y de otros arbustos olorosos para purificar la atmósfera. Recordaba haber leído en el *Libro de las epidemias* de Hipócrates que este tipo de morbos podían contagiarse a través del aire y con el contacto entre personas y animales, y me hallaba convencido de que el fuego destruiría los miasmas pestilenciales suspendidos en el aire. Todos estuvieron de acuerdo con las medidas. En cambio, el rabí Asaf me confesó que poco podríamos hacer por detener la enfermedad si esta ya había traspasado los muros de Cannete.

—Debemos hacer lo posible por que el mal no llegue hasta la judería —me dijo apesadumbrado al oído, mientras cerraba profusamente los párpados y abajaba la vista hacia el suelo.

—Si consigo descubrir el origen del mal —le aseguré en voz baja—, trataré de atajarlo antes de que esas infecciosas bubas invadan la carne de algún otro

desdichado.

—Esperemos que el Ángel del Señor sepa distinguir a los suyos, y la enfermedad sea repelida ante la *mezuzá* de las casas de nuestros hermanos.

—Tal vez, si cerrásemos con barreras los accesos a la judería, o si al menos controláramos el paso de las gentes a través de ellos...

El rabino meditó por un instante mientras acariciaba con sus estilizados dedos su mentón agudo y poblado de una rizada barba blanca. A la barriada hebrea se accede desde tres puntos, pero todos ellos podían protegerse con relativa facilidad. La parte alta tiene un acceso desde la carrera de San Bartolomé que llega hasta la plazuela de la judería, la zapatería de la familia Amarillo y el corral de los Fabon. Los otros dos accesos dan a la calle Mayor de la villa. El de la parte norte conecta directamente con ella acariciando el costado de la imponente casa de los Fabon, mientras que el de la parte meridional, el que parte del muro de la sinagoga, da a una estrecha calleja que enlaza por el lado oriental con la citada calle Mayor, y por el otro con la barriada que dicen *del Castillo* y que se levanta por la parte baja de la ladera del cerro de la fortaleza, llegando hasta los corrales en los que se guarda el ganado.

—Es evidente que cuanto menos contacto tengamos con los cristianos —corroboró el rabí asintiendo con la cabeza—, más posibilidades tenemos de que nuestros cuerpos queden limpios de esa mancha siniestra.

Acepté el planteamiento y, reflexivo, pedí al rabí que se apartara hacia uno de los rincones de la ancha carrera en la que el alcaide y algunos de los jurados del concejo tienen su vivienda, y que las gentes conocen con el nombre de *calle de Abajo*.

—Sé que quizá no apruebes lo que voy a prescribir —le dije apesadumbrado—, pero tal vez sea oportuno recomendar a nuestros hermanos que eviten lavar sus cuerpos en lo sucesivo, ni tan siquiera cuando la Ley lo exige.

Asaf me miró alarmado, apartándose hacia atrás, y ojeó al instante ambos lados de la calle.

—¿Quieres que les pida que se mantengan alejados del agua? —me preguntó horrorizado.

—Así es —le dije asintiendo—. Es sabido que el agua abre los poros de la piel y que ello podría favorecer la penetración de los miasmas que provocan el mal cárdeno. Es cierto que el lavado del cuerpo favorece la salida de la carne de las sustancias que son nocivas, pero dudo que sirva para limpiar un cuerpo contagiado por la pestilencia. Creo que es poco todo lo que podemos hacer por evitar que la enfermedad se extienda, y no creo que pase nada por evitar el baño durante un tiempo si con ello se pretende salvaguardar la vida de los nuestros.

Asaf cerró fuertemente los párpados durante unos interminables segundos y, tras sumir su rostro en una palidez cerúlea, asintió levemente con la cabeza al tiempo que llevaba sus manos a las sienes.

—Así sea, mestre Leví.

Yo también asentí, convencido de que aquello sería una buena medida para atajar

el mal, aunque al tiempo me sentí contrito, pues sabía que los hermanos de la comunidad no aceptarían de buen grado aquella prescripción.

—¿Y qué hay de los cristianos? —me dijo—. ¿Deberíamos avisar al juez para que el sayón pregone la medida en la villa?

Negué con la cabeza.

—No lo juzgo necesario. Los cristianos prefieren sucumbir ante el más horrendo de los tormentos antes que mojar sus carnes con agua. Son como gatos histéricos y apestan como ratas rabiosas.

Asaf sonrió ante mi aseveración y, posando levemente sus manos sobre mis hombros, se marchó carrera arriba hasta perderse por la estrecha cuesta que desagua la lluvia de las calles que comunican la puerta de Santa María con la plaza de la villa.

* * *

Esa misma noche se encendieron al menos una docena de hogueras cuyo resplandor alumbró la impenetrable oscuridad que había caído sobre la población. Antes de que el sol desapareciera por completo tras la torre septentrional del castillo, quise realizar una nueva visita al ganadero y su familia, y descubrí horrorizado que la mujer estaba ya a las puertas de la muerte. Tenía la mandíbula totalmente desplomada sobre su cuello, dejando la boca entreabierta y desnuda su dentadura, que se hallaba recubierta de una infecta bilis. Las moscas se agolpaban sobre ella y se lanzaban contra su carne pútrida una y otra vez, como una voraz plaga de termitas que carcomen la madera podrida. La calentura no había remitido, y juzgué que todo ello era síntoma de que posiblemente la mujer no llegaría al alba pues, como dice Hipócrates en su libro de aforismos, cuando hay fiebre continua, «si el labio, la boca, el ojo o la nariz se pervierten en su posición, la muerte está cercana».

Dos de los hijos del matrimonio se hallaban igualmente contagiados, abatidos ante los violentos arranques de tos que parecía que iban a arrancarles el alma de las entrañas. Arrojan esputaciones descontroladas mientras se doblaban descoyuntados en los camastros, subyugados por un mal terrible que, de solo presentirlo, me provocó un repeluzno por todo el cuerpo.

Regresé a casa abatido y pasé buena parte de la noche rebuscando entre los libros que guardaba desordenadamente en el armario de madera taraceada de mi consultorio. Los escudriñaba ansiosamente, intentando localizar un remedio que pusiera fin a aquella terrible enfermedad, pero mi búsqueda fue infructuosa. Decidí finalmente apagar las candelas y acudir al lecho, con mis pensamientos atormentados por una cita de Rufo de Éfeso, según la cual «los bubones llamados *pestilenciales* son todos mortales, y tienen una marcha muy aguda». Me sentía impotente y acepté que lo único que podía hacer era rezar al Altísimo, bendito sea, para que paliara el sufrimiento de aquella malograda familia.

Al día siguiente, el rumor de que la enfermedad había penetrado en la villa se

extendió como un torrente de agua que arrastra todo a su paso. Pese a su aparentemente buena disposición en la reunión con el alcaide y los miembros del concejo, don Martín Díaz, el sacerdote, aseguró que el mal era un castigo divino, y todas las gentes de la villa se sometieron a la penitencia y la oración. Don Miguel, tal y como nosotros habíamos demandado, apostó parte de la guardia del castillo en los accesos de la judería, y las puertas y postigos de la muralla fueron completamente cerrados. Únicamente se hubo de dejar abierta, aunque custodiada, la puerta que llaman *de Santa María*, para que los pastores pudieran acudir a las teñas y sacar el ganado a pastar. Aquello provocó un profundo malestar en las gentes, que no comprendían ni la dureza de la medida ni por qué se había limitado el acceso a nuestra barriada.

Yo seguía, mientras tanto, intentando atajar aquella enfermedad. Para ello contaba con la inestimable ayuda del joven Selomó, el hijo del malogrado Jucé Aben Azach, a quien tú conociste, y un sobrino por parte de madre de Elías Fabon. El muchacho aprendía a mi servicio el arte de la cirugía, al igual que yo lo hice de ti, convencido de que el Señor todopoderoso, bendito sea, le llamaba para ejercer aquel cometido, y no para ser un simple labriego como lo había sido su ya difunto padre. No era bueno para las letras y le costaba aprender en los libros, pero poseía gran destreza para entablillar huesos rotos, zurcir heridas abiertas y untar unguentos sobre miembros contusionados.

Ese mismo día, consciente de que no era aconsejable que las gentes me vieran transitar por la villa, envié a Selomó con un permiso del rabí a casa de Alfonso Ibáñez para que me trajera noticias sobre el estado de aquella familia. Al poco, vino y me contó que todos estaban en un lamentable estado, y que los hijos que habían sido contagiados en último lugar se hallaban postrados, abatidos por terribles síntomas febriles, subyugados por las sacudidas de tos y con las primeras bubas cárdenas extendiéndose por sus carnes.

Por la tarde me reuní con el rabino Asaf en el angosto patio de la sinagoga tras el rezo de *minjá*, y le transmití mi preocupación ante el hecho de que seis personas de la villa se encontraran ya contagiadas por el morbo. Esa misma noche el cielo descerrajó una abundante lluvia que limpió las calles de Cannete y que causó diversos males en algunas haciendas, sin que el albañal de la calle de Abajo diera abasto para desaguar el torrente que caía desde el camino de ronda.

Por la mañana, cuando el sol apenas acababa de aparecer en el horizonte, el joven Selomó llamó persistentemente a la puerta de nuestra casa. Abrí, alarmado ante su insistencia, y lo encontré totalmente empapado, tiritando e inclinado sobre el suelo, tratando de recuperar el aliento tras la carrera que acababa de darse por todo el cal Mayor de la judería para traerme una angustiosa noticia.

—Tres cuerpos, mestre —dijo con el resuello entrecortado—. Han hallado tres cuerpos en la huerta del Portillón.

—¿Qué? —pregunté sorprendido por la noticia, incapaz de dar crédito ante la

situación.

—Ha sido la lluvia, mestre. Se ha derribado una tapia cercana al Portillón, y el derrumbe ha dejado al descubierto los cuerpos de tres personas muertas.

Rápidamente me puse la capa y salí en compañía del muchacho, no sin antes lavarme las manos en la jofaina y rezar apresuradamente el *amidah* y las demás oraciones matutinas, el Señor Dios perdone nuestra ligereza. No tuvimos problemas para atravesar los controles que restringen el tránsito desde la salida norte de la judería, ya que el alcaide había dado orden a sus vigilantes de que me dejaran pasar al lado cristiano para cumplir con mis labores de físico.

Así pues, ya con los primeros rayos del alba, nos fuimos abriendo paso entre la gente que comenzaba a congregarse en el lugar y contemplamos el horrible espectáculo. Eran los cadáveres de un hombre, una mujer y un niño pequeño, con la ropa hecha jirones y los cerúleos cuerpos agusanados y roídos por las ratas. Su piel era pálida y acartonada como el pergamino, pero extensas manchas negruzcas la inundaban por todas partes. «¡La muerte negra!», exclamé para mis adentros nada más ver los despojos. Deduje rápidamente que los desdichados llevaban varias horas finados, quizá días, y no tardó en correr la voz de que eran vecinos de Moya que venían a Cannete a mi consultorio en busca de una cura para el pequeño, que aparentemente padecía el garrotillo. Aquello me conmocionó notablemente, pues sabía que Alfonso Ibáñez, el primero en manifestar los terribles síntomas, no hacía ni dos semanas que había estado en Moya, la misma villa en la que ahora nos encontramos Benvenida y yo.

La escena era horrible y, aun así, lo que más me impresionó a nuestra llegada fue encontrar al vicario de San Nicolás aupado sobre la tapia, sermoneando a los asistentes. Su aspecto era deleznable, ya que no se había tomado la molestia de arreglarse, y se veía ridículo con los cabellos desperdigados, enfundado todavía en la amarillenta camisola de dormir. Tenía las mejillas coloradas, las orejas añiles y el resto de la cara tan pálida como su vestimenta.

—¡Dios nos ha enviado este terrible mal para castigarnos por nuestros pecados! —decía a viva voz mientras señalaba con sus retorcidos y sarmentosos dedos los mugrientos cadáveres—. ¡Arrepentíos y aún tendremos una oportunidad de no purgar nuestras faltas en los infiernos! ¡Fornicadores! El resultado de vuestros vicios es la podredumbre de la carne, porque la carne no es sino putrefacción y muerte. ¡Mirad estos cuerpos! En otro tiempo se dejaron llevar por la fornicación, ¡y miradlos ahora! Solo repugnancia que atrae a las moscas y los gusanos. ¡¿Tenéis aún deseos de fornicar?! ¡¿Los tenéis?!

La plebe parecía seriamente impresionada por la soflama del sacerdote, pero un grupo de mujeres, que habían llegado de las calles altas de la villa, trataban de desperdigarse entre la bruma matinal.

—¡Ay de vosotras, putas y barraganas! —les dijo entonces el cura, pues entre ellas se encontraban la mesonera y dos mujeres que ejercían como prostitutas en las

alcobas de su negocio, prestando compañía deshonesta a los numerosos viajeros que hacían noche en la villa—. ¡Habéis convertido Cannete en un antro de fornicación; contemplad ahora la respuesta de Dios! ¡El Todopoderoso os exterminará como hizo con los sodomitas y gomorritas! ¿Cómo pensáis escapar al mal de la plaga negra? ¡Vuestros cuerpos ya están podridos!

Al ver la reacción del fanático cristiano, el joven Selomó y yo procuramos regresar sobre nuestros pasos, tratando de ocultarnos entre la gente, convencidos de que nuestra presencia allí nada bueno podía traer. No obstante, al ver que nos escabullíamos, Martín Díaz se dirigió a nosotros gritando con su lengua mordaz: «¡Judíos! ¡Infieles! ¡¿Cómo escaparéis a la gran abominación?!». El resto de sus palabras no pudimos escucharlo, pues ya nos precipitábamos a toda velocidad por la carrera que dicen *de San Bartolomé* en dirección hacia la judería.

* * *

Esa misma tarde las habladurías se acrecentaron en la villa y el propio vicario, el Todopoderoso lo maldiga, convenció a los suyos de que el castigo de Dios estaba motivado por la presencia de gentes judías entre las murallas. Decía que cuando cristianos y paganos conviven juntos, acaban ayuntándose entre sí, para gran escándalo entre las gentes, y que eso provoca la cólera de Dios. Sin embargo, y contrariamente a lo que él pensaba, yo no podía quitarme de la cabeza la idea de que el ganadero hubiese contraído aquella enfermedad al entrar en contacto con algún infectado de la villa de Moya. Ese morbo maléfico era contagioso en extremo y se propagaba de unas personas a otras, tal y como el arriero valenciano había vaticinado.

La situación se tornaba compleja para nuestra comunidad, y no faltaron los altercados con aquellos paganos contumaces que pusieron en riesgo nuestras vidas. Nuevamente se escucharon las voces de algunos fanáticos intentando convencer a los tranquilos labriegos y ganaderos de la villa de que nosotros crucificamos a su idolátrico mesías. Algunos de ellos llegaron a asegurar, incluso, que nos reuníamos diariamente en nuestra sinagoga para realizar encantamientos mágicos y que éramos nosotros, con nuestras diabólicas artes, los que habíamos extendido la enfermedad entre los suyos.

En casa del ganadero Alfonso Ibáñez todo seguía igual. La agonía de la mujer parecía eternizarse y su esposo llevaba ya postrado casi cinco días sin que el mal terminara de arrebatarlo de este mundo. Fuera, en la calle, la trágica noticia de la muerte de aquellas gentes de Moya había encrespado los ánimos todavía más, de modo que el propio alcaide se vio obligado a poner una guardia en la puerta de la casa. Los vecinos de las viviendas anejas habían huido, buscando cobijo en los hogares de sus parientes, de modo que la pequeña plazuela que forma la entrada de las Eras tenía a última hora del día un aspecto desolador, y un silencio tenebroso inundaba el lugar, tan solo violentado por el trasiego de algún podenco y el correteo

de gatos y ratas.

A la jornada siguiente, la esposa del ganadero apareció muerta muy de mañana, y a lo largo del día fueron sucumbiendo uno a uno sus cuatro hijos, confirmándose de modo tan lóbrego lo que ya presentíamos.

—Ese morbo siniestro acabará con nosotros. Nos arrastrará como el agua arroja las inmundicias al arbellón —expresó el viejo Asaf cuando supimos de la muerte de la madre, antes de que la tragedia se consumara con el fallecimiento de todos sus vástagos.

—El Todopoderoso se apiade de los suyos —musité consternado, incapaz de reponerme ante la noticia—. Que su mano poderosa nos guarde de los terribles tormentos que esa desgraciada ha padecido en las últimas horas. Más le hubiera valido perecer con el cuerpo destrozado por las dentelladas de un alano rabioso que verse arrojada al muladar de podredumbre en el que se han convertido sus carnes.

La abundante lluvia que había caído durante las dos últimas noches —impropia de una región en la que la sequía resquebrajaba la tierra y la cuarteaba como las escaras de un leproso— había colmatado el albañal por el que desaguaba la villa y había hecho rebosar sótanos y pozas. Eso provocó que decenas de ratas se ahogaran por el agua y que sus cuerpecillos inertes aparecieran desperdigados por calles y plazas. Eran los mismos roedores negros que habíamos visto rondar en el huerto del Portillón y que debían de haber llenado de mordidas los cuerpos de los tres moyanos. Lo más sorprendente de todo es que muchas de ellas estaban ya podridas, como si llevaran muertas varios días. Y al ver las calles repletas de esos abominables animalejos, yo no podía evitar quitarme de la cabeza la sentencia del propio arriero de tierras levantinas que me anunció la llegada del horrendo mal: «Primero aparecieron todas aquellas ratas muertas, como un funesto augurio de la tragedia que se cernía sobre nosotros, y luego los habitantes de la ciudad comenzaron a fenecer por decenas».

Obsesionado con esa idea, busqué en un pliego de papel que había heredado de mi padre y que contenía una mala traducción del griego del primero de los libros de Samuel. Aquella idea de las ratas muertas y la aparición de aquella tediosa enfermedad me resultaba familiar, y no tardé en descubrir por qué. «Y la mano del Señor descargó con fuerza sobre Ashdod —leí compungido—, brotaron ratones en medio de su país y hubo una mortandad considerable e indiscriminada en la ciudad».

—El Señor todopoderoso, en su Gloria Eterna, hace llover ratas del cielo para advertirnos de la putrefacción que renegrea nuestra alma —ponían en boca del vicario de San Nicolás los cristianos que habían asistido a la iglesia durante la misa de la mañana—. ¡Arrepentíos de vuestros pecados, porque el juicio está cercano! Limpiad vuestras almas y apartaos de esos paganos impíos que vagan libremente por las calles de nuestra villa, apestando la atmósfera con el mismo hedor que desprenden esas ratas negruzcas que Dios mismo nos envía como escarnio.

Juzgué entonces sensato que si los cristianos consideraban que Dios

todopoderoso, bendito sea su nombre, castigaba a los suyos enviando aquellas abominables ratas, y al tiempo el morbo infeccioso que contagiaba nuestros cuerpos, era factible suponer que ambos fenómenos estaban relacionados. Después de todo, si bien abundaban las ratas en Cannete, y solía vérselas hozar entre los muladares y penetrar correteando en las casas a través de las gateras, jamás se habían visto tantas como en aquellos días, y menos frecuente aún era encontrarlas a docenas muertas por todas partes.

—Creo que esos roedores asquerosos son los heraldos que anuncian la llegada de la fatalidad —les dije ese mismo día al alcaide y a uno de los jurados del concejo, llamado Cristóbal Ferrero, después del *habdalá*.

—Ciertamente, esas ratas inundan las calles y desprenden un pudor repelente que abotarga los sentidos —expresó consternado don Cristóbal. Era un hombre adusto, de modales hoscos y mirada torva que, no obstante, sentía gran simpatía por la familia de mi esposa y me tenía en elevada estima.

—No es el hedor lo que me preocupa —respondí—, sino sus mordidas. Más nos valdría librarnos de ellas, pues no parece que nos puedan traer nada bueno.

—Estoy de acuerdo —asintió el alcaide—. No puedo apartar de mi cabeza la visión de esos desgraciados que ayer aparecieron muertos en el huerto del Portillón, con las carnes roídas por esos animalejos del diablo.

—De todas formas —aseguré atusándome las barbas—, no juzgo provechosa la putrefacción de los cuerpecillos de esos roedores. No tiene sentido que tratemos de purificar la atmósfera y mitigar los pudores, y al tiempo permitamos que toda esa podredumbre se descomponga en nuestras calles.

El alcaide asintió a mis palabras.

—El concejo pagará a algunos hombres para que retiren los cuerpos de esos hediondos parásitos —sentenció Cristóbal Ferrero.

—Agradezco la iniciativa —aseguró el alcaide tras resoplar hastiadamente—, pues ya no me quedan hombres de los que disponer. La mayoría de la guarnición realiza ya labores de guarda en las puertas de la villa y en los accesos a la judería, y desde ayer pago soldada a varios campesinos que no pueden salir a faenar al campo para que ayuden a custodiar la puerta de las Eras y la casa de los Ibáñez. Aun así, sería necesario que varios hombres se dedicaran a cazar a todos los roedores que pudieran quedar con vida después de las aguas, pues creo que mayor mal pueden causar esos animalejos vivos que muertos.

—Estoy de acuerdo —asentí—, y no dudaría en hacer lo mismo con gatos, perros y otros animales que se pasan el día en la calle correteando y hozando por doquier.

—Veré qué puedo hacer —expresó dubitativo don Cristóbal—. No será fácil convencer a alguien de que se encargue de esa tarea.

—No si las gentes piensan que por acercarse a esos animalejos podrían quedar contagiados del funesto mal —señalé a mi vez.

—Ocultemos esta parte al resto de los habitantes —sugirió el alcaide con gesto

preocupado—. Así evitaremos males mayores.

—No obstante —máticé—, que los hombres que se encarguen de las ratas tomen las precauciones convenientes. Pensad que desconocemos si ciertamente existe relación entre el morbo infeccioso y esos hediondos animales. Que eviten tocarlos con las manos desnudas, y si intentan darles caza, que procuren por todos los medios evitar las mordidas.

—Así se hará —expresó el jurado—. Contad con que el ayuntamiento pondrá a trabajar a cuantos hombres pueda.

Mientras nosotros nos hallábamos reunidos, los cristianos de la población salieron a las calles en procesión para implorar a sus santos, a quienes rogaban que los protegiesen del terrible mal que había acabado con la vida de la esposa del ganadero y de toda la familia moyana. Nada sabíamos todavía de lo que ocurría en la vivienda de Alfonso Ibáñez, en la que sus hijos se hallaban inmersos en una desesperante agonía, abandonados a su suerte por sus vecinos, padeciendo sus últimas horas de vida en este mundo. Yo busqué recogerme en casa, pues no debía tratar de aquellos asuntos en *Sabbat*, mas la preocupación que me embargaba impedía que cumpliera con los preceptos del día santo tal y como el Todopoderoso ordena.

Caminaba con premura hacia mi hogar cuando, de súbito, me encontré con el paso cerrado por la procesión que, encabezada por el vicario de San Nicolás, intentaba acceder desde la calle Mayor de la villa hasta el cal Mayor de la judería. Por suerte los guardias del alcaide habían formado una barrera para impedir su entrada. Desde el otro lado, los ancianos de la judería veían con miradas humilladas cómo los cristianos intentaban violentar la paz del *Sabbat*.

—¡San Sebastián, santa Bárbara, santa Quiteria y san Bartolomé nos asistan! —expresó el vicario, molesto por la actitud de la soldadesca—. Que el Todopoderoso no guarde rencor a los suyos por esta dura afrenta. Si esos paganos del diablo no quieren nuestras bendiciones y protección, ¡allá se pudran traspasados por ese mal infecto que parece brotar de la mismísima garra de Belcebú!

Al día siguiente, otra siniestra comitiva portaba los cuerpos difuntos de los hijos de Alfonso Ibáñez y de su esposa desde su vivienda hacia la iglesia de San Nicolás, con el propósito de enterrarlos en el cementerio nazareno que hay por detrás de la misma. Todos habían muerto menos el ganadero, que, pese a ser el primero de los contagiados, resistía al mal con una fortaleza inusitada, pues no he visto a otro hombre o mujer que aguante más de tres o cuatro días ese obsceno y terrible morbo.

Yo me dirigí a su casa con el fin de analizar su estado, pero, para sorpresa mía, no se hallaba perturbado por los acontecimientos, de los que posiblemente apenas era consciente. La calentura lo arredraba y se hallaba encogido entre mantas roídas como un niño neonato, asediado por el mosquerío y con los cabellos emplastados por el sudor. No había empeorado en demasía, pero difícilmente podría sobrevivir un día más, dos a lo sumo. Tenía la piel repleta de apostemas azuladas que le daban un aspecto mortecino y putrefacto, y desprendía un acuciante hedor que me hacía

basquear constantemente pese al embozo con el que protegía mi boca. Pensé que pronto marcharía a encontrarse con los suyos y, no juzgando más destino para sus huesos que el del carnero de San Nicolás, regresé a casa abatido, incapaz de sobreponerme a aquella terrible desdicha contra la que me sentía impotente y desfallecido.

—Es un castigo de Dios, querido Leví —me dijo afablemente el rabí Asaf, al que encontré junto a la puerta de la sinagoga—. Solo soy capaz de encontrar esa explicación.

En ese instante, mis pensamientos evocaron un pasaje de la Escritura que se me antojaba hartamente tormentoso: «Yahvé te herirá de úlceras malignas en las rodillas y en las piernas, de las que no podrás sanar, desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza».

—Me resisto a pensar que el Todopoderoso, exaltado sea, envía sobre nuestros hombros una carga como esta. Si es un castigo, entonces, ¿qué podemos hacer nosotros, simples mortales?

—Rezar, Leví. Rezar como nunca lo hemos hecho.

Agité la cabeza, confundido, consciente de que tenía que existir una explicación para todo aquello.

—Juzgo provechosa la oración, maestro Asaf, pero mis manos aprendieron el arte de la sanación, y no puedo dejar de buscar el remedio para esta terrible enfermedad que nos abate.

Asaf se acercó a mí con ese gesto afable que lo caracterizaba y, tras estrecharme los hombros con sus sarmentosos dedos, clavó su mirada franca en mis ojos.

—El Todopoderoso te inspire en tu cometido, mi querido amigo. Si este mal es obra de su mano, solo Él te concederá licencia para atajar la enfermedad si es su voluntad. Pero si no lo es, estoy seguro de que al menos guiará tus pasos y obrará a través de tus manos. ¡Alabado sea en su gloria!

—Es Dios mismo quien inspiró la ciencia de los sabios —aseguré—. A Él debemos todas nuestras obras y nuestra propia existencia.

—Bendito sea su nombre —sentenció el anciano—, y por siempre enaltecido. Corren tiempos difíciles, mi querido Leví. Aunque tal vez estés en lo cierto, no creo sino que el Altísimo ha desatado su ira sobre Cannete lo mismo que lo hizo en Sodoma y Gomorra. Mas no debemos olvidar que somos su pueblo elegido y que, igual que Abraham se libró de las llamas de la condenación, el Ángel del Señor habrá de pasar ante nuestros ojos sin que la hoja de su espada roce ni tan siquiera un pelo de nuestras cabezas.

—Espero que esté en lo cierto, rabí —le dije con escaso convencimiento—, y que la ponzoña enfermiza que ha mancillado la carne de esos desgraciados respete la vida de los nuestros.

* * *

Esa noche, como las precedentes, apenas encontramos descanso. Los hombres del alcaide entraron en la judería y tiraron abajo la puerta de la zapatería que los Amarillo tienen en la plaza —la que regenta David, el hijo de Asel Amarillo de Siguença— y se llevaron al mayor de sus hijos, un mozalbete en edad pueril con la cara llena de forúnculos, al que yo mismo había tratado días antes aplicando grasa de cabra mezclada con harina de trigo sobre su piel. Antes de que llegara el alba marché a la casa de Mosé Aben Jacob, uno de los ancianos de la comunidad, para informarme de lo que había sucedido, y encontré en ella al rabí Asaf y al propio padre de Benvenida, Tobías Abeadanid.

—¿Por qué se han llevado al muchacho? —pregunté nada más subir la escalera que llevaba desde el corral hasta la cocina de la vivienda.

La seriedad que embargaba los rostros de los ancianos me congeló el alma. Los tres se encontraban de pie en torno al fuego del hogar, y el rabí Asaf daba paseos nerviosos con las manos agazapadas a la espalda. El olor a cuero curtido de la zapatería se mezclaba con el de la bosta del ganado encerrado en el corral, provocando que el ambiente fuese recargado en exceso. Afuera, en la calle, un silencio mudo tan solo violado por el chirriante canto de los grillos, desatados por el acuciante calor que no parecía remitir con la llegada del otoño, lo inundaba todo.

—Leví —me dijo Asaf con cierto halo de desesperación dibujado en la mirada—, debes cuidarte las espaldas. No me gusta el cariz que están tomando los acontecimientos. Esos necios cristianos quieren culparnos a nosotros e inventarán cualquier patraña para poder estigmatizarnos.

—Mi sobrino es completamente inocente, mestre Leví —expresó al momento el anciano Mosé, con la congoja galopando en su garganta.

—Pero ¿qué ha sucedido? —insistí, incapaz de comprender nada.

—Se han llevado al joven Zacarías simplemente porque es un niño —protestó el rabí Asaf, al tiempo que los otros dos ancianos asentían—. Atacan al más débil de los nuestros porque saben que ese es el mejor modo de hacernos daño.

—Pero ¿de qué lo acusan? —pregunté exasperado y temeroso a un tiempo, consciente de que, si esos necios se cebaban con los jóvenes de la comunidad, la vida de mi pupilo Selomó correría peligro.

—Se han llevado a mi sobrino diciendo que es el culpable de que esa enfermedad haya acabado con la vida de los Ibáñez —expresó Mosé con los ojos vidriosos—. Sabes que sufre desde pequeño el mal caduco, y muchos en la villa dicen que está endemoniado. Ahora cuentan que hace una semana lo vieron arrojar un carnero muerto y agusanado al pozo de la Horca y que contaminó las aguas del río Tinte. Ese, dicen, es el motivo por el cual la gente está enfermando.

—Otros señalan —aseguró mi suegro, Tobías, un hombre enjuto de talla, de rostro filoso y ojos pequeños— que el muchacho lo hizo porque nosotros mismos se lo ordenamos. Que ese morbo siniestro solo afecta a los cristianos y que los judíos de

la villa nos hallamos libres de contagio precisamente porque somos los verdaderos responsables de la enfermedad.

La situación se tornaba alarmante. El mal no solo amenazaba con contaminar nuestras carnes, sino que parecía servirles a esos cristianos del demonio como nuevo pretexto para arrojarse sobre nosotros. Preocupado, y con el sol alzándose ya en lo alto del castillo, envié al joven Selomó a que le diera un recado al alcaide, mas el muchacho regresó al poco sin haber conseguido llegar hasta la casa de este.

—Hay una multitud congregada frente a la vivienda de don Miguel —me dijo—. Lanzan insultos contra los judíos y piden que al pobre Zacarías lo desuellen vivo.

—¡Malditos bárbaros infames! —expresé consternado—. Que el Todopoderoso, bendito sea, se apiade del alma de ese desgraciado. Si los ánimos se exaltan a este ritmo, no cabe duda de que ya tiene el cuello empeñado.

Pero eran muchos más los que ya tenían su gollete sentenciado, porque la enfermedad comenzaba a desatarse y a extender sus ponzoñosas garras sobre una población ya azotada por la sequía y las hambrunas de los años previos. Esa misma tarde llegó la noticia de la muerte del ganadero Alfonso, nueva que tranquilizó mi alma, pues nada le quedaba en vida a ese desdichado que no fuera el más horrendo de los padecimientos. Su cuerpo había resistido con tenacidad los estragos de aquel mal terrible, evidenciando su naturaleza fuerte y vital. No obstante, para desazón nuestra, ese mismo día dos personas que habitaban casas cercanas a la de los Ibáñez vinieron a mi consulta aquejados de elevadas calenturas y vomiteras. Uno era Miguelico Sáiz, un labrador muy querido en la villa, y el otro Martín Martínez, a quien las gentes llamaban *el Hermosillo*.

Al día siguiente confirmé la aparición de bubas negras en los cuerpos de ambos. La enfermedad se extendía como una plaga y nuestras peores sospechas se confirmaban. Visité a los dos enfermos tomando las adecuadas precauciones, siempre con la ayuda del joven Selomó, quien pese al riesgo evidente de contagio, permanecía a mi lado con lealtad inquebrantable. Tras ello, regresé a casa con el ánimo resquebrajado y el pecho inflamado entre punzadas, mientras el sonido de las esquilas de la iglesia de San Nicolás anunciando el sepelio del ganadero sobrecogía mi ánimo. Evité subir por la plaza, que a esa hora de la tarde debía de estar atestada de gente, y ascendí por la calle del Agua, enlazando con la calle Mayor, camino de la judería.

Al llegar junto a la sinagoga me abordó Seneor Orabuena, un comerciante asentado desde hace unos años en la judería cañetera, al que creo que conoces bien por el tiempo que anduvo por Huepte y las tierras de Molina.

—Deberías tener cuidado, mestre Leví —me dijo a modo de advertencia, en un tono que denotaba más enojo que preocupación—. Las barriadas cristianas no son seguras para ninguno de los nuestros.

—Es posible que así sea —le repliqué mientras le hacía una señal al joven Selomó para que marchase a su casa—, pero no temo a esos paganos más que al morbo negro que en estos días nos acecha a todos.

Seneor frunció el ceño al escuchar mis palabras, y cuando quise darme cuenta lo rodeaban Elías Fabon, el hijo del viejo Ezmel, y David Amarillo, el padre del muchacho que había sido detenido por las gentes del concejo. Por sus rostros supe que habían hablado de mí y que algo en mi conducta les resultaba molesto.

—No es momento para que andes todo el día de aquí para allá, visitando las casas de esos paganos obstinados y arriesgando tu vida tontamente —expresó David Amarillo con el gesto torcido.

—Solo cumplo con mi deber —intenté excusarme, incapaz de discernir si las palabras de mis hermanos, los más cercanos a mí en edad de toda la comunidad, buscaban aconsejarme o, por el contrario, pretendían recriminar mi comportamiento.

—¡Míranos, Leví! —exclamó repentinamente Elías Fabon, sin duda el hombre más adinerado de toda la judería y uno de los hebreos más importantes de toda la región—. Somos poco más de quince varones en toda la comunidad, y la mayoría son ancianos. ¿Sabes lo que eso significa? Pronto no quedaremos jóvenes y, para colmo, esos necios se han llevado al pobre Zacarías. Si ese terrible mal que ha hecho sucumbir a toda la familia del ganadero Alfonso penetra en estas calles, nuestra comunidad tendrá los días contados. Y yo no deseo que mis hijas, o los hijos de estas, se pasen toda su vida sin acudir a la sinagoga, o que para hacerlo tengan que ir hasta Moya o Cuenca.

—Esa es mi principal preocupación, Elías —le dije sin llegar a comprender qué era lo que pretendían de mí—. Si no atajamos esa ponzoñosa pestilencia, corremos el riesgo de sucumbir todos ante su garra infecta.

—¿Y piensas que lograrás evitar que el mal penetre en la judería tomando contacto con esos infieles del diablo? —preguntó Seneor—. Si tú y el joven Selomó Aben Jucé no dejáis de frecuentar a esas gentes, lo único que conseguiréis será atraer el mal hacia nosotros. Es un castigo, Leví, un castigo de Dios contra todos esos nazarenos; pero si insistes en tratar con ellos, atraerás sobre nosotros la ira del Todopoderoso.

Aquella afirmación me dejó sobrecogido. Desde hacía ya una semana, el muchacho y yo arriesgábamos nuestra vida por encontrar remedio a aquella pesadilla, y nuestros hermanos, en lugar de agradecerémoslo, nos acusaban de poner en riesgo a toda la judería.

—¿Pensáis que Yahvé se apiadará de nosotros si la enfermedad se extiende por toda la villa? —les dije con sorna recordando las palabras del viejo Asaf—. El morbo no hará distinción entre judíos y cristianos por mucho que recemos al Todopoderoso para que nos libre de él. Si no encuentro la cura para esa tediosa enfermedad, podéis daros todos por muertos.

—No, Leví —expresó Elías amenazándome con el índice erecto y con su gélida mirada clavada en mi semblante—. Eres tú el que debes preocuparte por tu vida, porque créeme que si la enfermedad se lleva a alguno de los nuestros y tú eres el responsable de ello, juro que no pararé hasta arrojarte de estas tierras como se

desechan los bacines por las ventanas.

No quise responder a aquella provocación. Ya había oído bastante y lo que menos deseaba en esos momentos era enfrentarme con los miembros de la comunidad. Llevaba más de una década asentado junto con mi esposa en aquella villa y no estaba dispuesto a marcharme de mi casa por mucho que aquellas amenazas pesaran sobre mí como una fría losa. Sin embargo, Elías Fabon era hijo de uno de los judíos más influyentes de toda la región. Uno de sus antepasados, Jucé Fabon, había sido uno de los grandes propietarios de Cannete después de que los cristianos tomaran la fortaleza a los ismaelitas; había llegado a convertirse en un personaje importante en la corte castellana, y su fama se recordaba todavía en la villa y en las tierras circundantes. Enemistarme con uno de sus herederos no podía traerme nada bueno, sin duda.

El joven Selomó, que, desoyendo mi mandato, aguardaba expectante junto a la esquina de mi fachada —justo en el lugar donde comienza la cerca de nuestro corral y el de la casa de Yehuda Aben Daniel—, escuchaba estupefacto la amenaza de su tío Elías y del resto de los varones de la judería. Le reñí por no obedecerme y le golpeé la cerviz levemente con la mano abierta, fingiendo sentirme desairado.

—No te preocupes, Selomó —le dije cuando nos hubimos apartado unas varas—. Tengo claro cuál es mi deber y no renunciaré a cumplir con mi cometido.

El joven sonrió con gesto de complicidad y recorrió a la carrera la poca distancia que había hasta su casa, que era la última del cal Mayor. Esbocé un mohín semejante al suyo, mas anduve hacia mi hogar pesaroso, con el semblante abatido y las fuerzas desmoronadas. Ahora no solo debía hacer frente a la trágica enfermedad y a la intransigencia del vicario de la villa y los obcecados paganos que aceptaban sin rechistar los exabruptos que expulsaba por su boca, sino que tenía también en mi contra a los varones de la judería. Las palabras de estos últimos punzaban mi pecho, rematando el último atisbo de esperanza que albergaban mis entrañas. Lo más terrible de todo era que, pese a la opinión de nuestros hermanos de fe y aunque yo mismo tapiara la puerta de mi casa y permaneciera emparedado en ella, sabía a ciencia cierta que la enfermedad avanzaría por toda la villa igualmente, y acabaríamos todos, cristianos y judíos, subyugados por su aliento pestilente.

Esa noche apenas pude contener las lágrimas en el lecho y, a pesar de que intentaba mantener a mi amada Benvenida al margen de todo, ella presintió la angustia que me embargaba y arrancó de mi boca la confesión de lo que había sucedido.

—El Todopoderoso emponzoñe sus lenguas de serpiente —protestó mi esposa con esa rebeldía incontrolable que la caracterizaba y que me hacía sentir el más dichoso de los varones, capaz de subyugar aquella fuerza semejante a un aguacero incontrolado.

—Solamente están preocupados por sus familias —susurré en la oscuridad de la alcoba, consciente de que sus juicios eran tan legítimos como mi propia decisión—. No cometen mayor pecado que el mío, pues nada apesadumbra más mi alma en estos

días que el temor por presentir la amenaza que se cierne sobre nosotros. Tú eres mi joya perlada, y tu mirada refulge más que el ónice y el zafiro. Sin ti la vida sería como el vino aguado, que no sirve ni para beberlo ni para rociarlo sobre las plantas. Amanezco dichoso cada mañana porque tu cuerpo se despierta junto al mío. Con solo pensar en perderte, mi mente evoca un río que se seca o una flor que se marchita. Júrame que tu aliento calentará mi gollete cada noche, que sentiré tus desperezos cada alborada, que tus brazos me rodearán ambiciosos cada día de mi vida.

Benvenida respondió al juramento con una sonrisa que mis ojos intuyeron entre la penumbra.

—Eres un hombre bueno, Leví. Tienes razón al decir que ellos están en su derecho de preocuparse por sus familias, pero tú haces mucho más que eso: tú te preocupas por tu prójimo, y eso te acerca más a Dios.

—Calla, mujer —susurré—, y evita hacer esos juicios en público, o serán muchos los motivos que nos llevarán a enemistarnos con todos ellos.

Noté al instante que los ojos de mi esposa estaban bañados en lágrimas y, turbado, me incorporé en el lecho y acaricié su mejilla.

—¿Qué te angustia, amada mía? —le pregunté, desazonado ante su mirada húmeda.

—Tengo miedo —expresó sin más.

—Tú tampoco apruebas que ayude a esos enfermos, ¿verdad? —pregunté, sintiendo cómo la piel me temblaba y cómo la punzada que había atravesado mi pecho por la tarde se tornaba en un ramillete de agudos pinchazos que se extendían por los brazos y el vientre.

—Nada me hace más dichosa que verte preocupado por los demás, pero tengo miedo, Leví. La gente dice que ese mal ponzoñoso traerá la ruina a la villa, que es un castigo de Dios y que nada podemos hacer para evitar que los pecadores sucumban. Dueña, la esposa de David Amarillo, dice que tiene horrendas pesadillas que avizoran sus ensoñaciones desde hace meses, y Estrella, la madre de Selomó, me ha recriminado esta misma mañana que pongas en peligro la vida del muchacho llevándolo constantemente hasta el barrio de las Eras.

—Cumpló con mi deber —expresé fríamente, desconsolado al ver que mi amada titubeaba—. ¿Cómo puedo abandonar a esas gentes ante su desgracia?

—Sé que no puedes hacerlo, Leví, pero nada los salvará de ese horror, y tú no haces sino exponerte a esa calamidad. Quédate conmigo, Leví, no salgas mañana de casa y dejemos que se cumpla la voluntad de Dios, loado sea su nombre. Si es su decisión que su Ángel siegue nuestras vidas, aceptémoslo con resignación; pero juntos, Leví, tú y yo, aquí, lejos del tormento que trepa por las calles arredrando nuestras vidas.

No respondí. En lugar de eso, me dejé acunar por las manos de mi esposa y reposé la cabeza en su pecho atormentado, permitiendo que mis pensamientos se perdieran en el aljez y los adobes de las penumbrosas paredes.

Cerré los ojos y traté de dormir, pero esa noche soñé con un par de ratas negras que había visto esa misma tarde hozando en un pequeño muladar que se había formado en la esquina de la sinagoga. Me desperté antes del alba con el rostro bañado en sudor. No podía quitarme aquellos horrendos animalejos de la cabeza. Había visto a esos asquerosos roedores merodeando por decenas en los huertos anejos a las murallas y en la alameda que se extendía entre el barrio del Castillo y la puerta de Santa María, y tenía la sensación de que, como una marea negra e infecta, asediaban nuestra calle, acechando, esperando el momento de abalanzarse sobre nosotros y hacernos sucumbir ante la ponzoña que parecían arrastrar consigo.

* * *

Al día siguiente pasé parte de la mañana en el consultorio, con la mente perdida entre códigos, libros, jarabes y electuarios. Estaba convencido de que en alguna de las obras de los sabios Hipócrates, Avicena o Averroes podía encontrar un remedio a aquella enfermedad. Nada me preocupaba más en ese momento, pues a última hora del día anterior, el joven Selomó había corrido hasta mi casa para decirme que había escuchado que en la calle de la iglesia de San Nicolás había otro contagiado y que el morbo asediaba ya la barriada de la judería.

—Dicen que se trata de Fernando, el hijo de Andrés el molinero, aunque nadie lo sabe seguro —me dijo con el aliento entrecortado—. En la calle han dicho que está enfermo, que tiene en el cuerpo sendas pústulas cárdenas que exudan brumos sanguinolentos y denso pus, y que se halla sumido en el delirio provocado por los terribles dolores que le oprimen el pecho.

La noticia me dejó consternado, pero un oscuro velo caía ya sobre Cannete, y los guardias del concejo no dejaban que la gente saliera a la calle de noche, por temor a que se pudiera ocasionar algún incidente. De buena gana hubiera ido a visitar al cristiano, pero las palabras de Benvenida me habían turbado y, abatido, aguardaba noticias con el alma subyugada, imbuida por una resignación que comenzaba a calar en mí, convenciéndome de que el final estaba cercano.

A media mañana llamó a la puerta del consultorio el rabí Asaf. Me sorprendió su repentina visita, y llegué a temer lo peor.

—Vamos, Leví —me dijo sin dilaciones—. Ponte la ropa de abrigo y ven con nosotros.

Lo miré interrogante, pero en vista de la determinación que mostraba su semblante, no dudé en hacer lo que me decía. Así que tomando el manto, pegué una voz a mi esposa, que se encontraba en el piso de arriba imbuida en sus quehaceres cotidianos, para avisarle de que marchaba de casa. Al salir a la calle, sentí que la luz diurna punzaba mis ojos, acostumbrados a la penumbra del dispensario.

Junto a la puerta de mi hogar nos aguardaban todos los *zeqénim*, los ancianos de la judería: Azach Aben Samuel, Seneor Orabuena, mi suegro Tobías Abeadanid,

Mosé Buhardo y Ezmel Fabon —el padre de Elías, del que te hablé con anterioridad.

—Vamos a visitar a ese obstinado del alcaide —dijo el viejo Ezmel con una mueca de desprecio.

Vi entonces que de la sinagoga salía David Amarillo y se acercaba a nosotros con gesto consternado.

—Vamos a pedir al concejo que libere al joven Zacarías —me corroboró Asaf, humillando ligeramente la cabeza.

—Y necesitáis que vaya con vosotros, porque el alcaide me escuchará a mí antes que a ningún otro miembro de la comunidad —supuse resignado, guardando para mí el deseo de replicarles con sorna que no se debían visitar las barriadas cristianas para no atraer el contagio hacia los nuestros.

Asaf asintió con la cabeza, y mi mirada buscó inconscientemente el semblante de David. Reconozco que el resentimiento hacia él había anidado en mi corazón, después de que sugiriera que yo pudiera ser el responsable de que esa terrible enfermedad acabase contaminando a los habitantes de la judería.

Marchamos, pues, hacia la calle de Abajo. Nuestra pequeña comitiva, encabezada por todo el grupo de ancianos, no pasó desapercibida cuando hubimos de atravesar la plaza, desde cuyos soportales nos escrutaban los ojos de una decena de cristianos, sin duda sorprendidos de que hubiéramos abandonado la judería, donde nos habíamos acantonado durante la última semana.

—Mis hombres han procedido correctamente con la detención —respondió el alcaide cuando solicité en nombre de los *zeqénim* que el muchacho fuera liberado—. Además, se han presentado varios testigos que aseguran que vieron cómo Zacarías envenenó las aguas del río de la manera que se dijo.

Aunque ante aquello poco podíamos hacer, Asaf, conciliador, intentó por todos los medios que el alcaide interviniera en el asunto.

—Tememos que no se respeten los derechos del muchacho durante el juicio —expresó finalmente con preocupación el viejo rabí—. Los ánimos en la villa están encrespados y son muchos los cristianos que han levantado la voz contra nosotros estos días. Si la detención ha sido correcta y existen testigos para la acusación, desearíamos al menos que el muchacho tuviera la garantía de un juicio justo.

—Eso compete al concejo y al juez de la villa —expresó el alcaide, a quien la situación parecía desagradar tanto como a nosotros—. Lamento no poder satisfacer vuestras demandas, pero quedad tranquilos. Si está a mi alcance el ayudar a ese desdichado, lo haré convencido de su inocencia, pues sé que el morbo que ha acabado con la vida del ganadero Alfonso y de su familia no es fruto de ningún envenenamiento del agua y que no somos nosotros los únicos que sufrimos su horrible padecimiento.

La conversación hubiera quedado zanjada en ese punto de no ser porque la mención de la malparada familia del ganadero provocó la intervención del *zaquén* Ezmel, que, como siempre, antepuso sus intereses económicos y personales a los de

toda la comunidad —inclusive los de la familia del muchacho—. Estaba furioso porque hacía años había concedido un préstamo al ganadero muerto, y al no quedar ya miembros de su familia con vida, creía tener derecho a exigir el dinero al concejo de la villa o incluso al mismísimo alcaide.

El bueno de Miguel Fernández, con la cordialidad que lo caracterizaba, Dios lo bendiga a él y a los suyos, nos despidió antes de que el asunto se transformara en una estúpida disputa de deudas y, atribulados ante la situación del joven Amarillo, salimos de su casa y subimos hacia el camino de Ronda con intención de rodear la plaza y subir por el callejón que une la calle que baja desde la puerta de Santa María con la calle Mayor y la judería. No obstante, antes de que llegáramos a la calle del Agua, justo en el punto donde esta se une con el caminillo que sube al postigo del Río, una mujer con la ropa viciada de cóleras y repugnancias salió con grandes prisas de su casa y, al vernos desde la distancia, corrió hacia nosotros y se postró de rodillas ante mí. Creo que era la hija de Francisco Martínez, un labriego que había muerto al poco de mi llegada a la villa por un golpe de calor, aunque apenas pude reconocer sus rasgos, pues era una mujer soltera que vivía enclaustrada desde la muerte de su padre.

—¡Salvadme, mestre Leví, por Cristo! ¡Por piedad os lo pido! —gritó nada más verme con los ojos arrasados en lágrimas y la boca todavía basqueando las últimas repugnancias que quedaban en su estómago.

Desgraciadamente, no tuve tiempo ni tan siquiera de tranquilizarla. Supuse que tal vez sufría de algún mal de tripas, pero el temor a contraer el morbo infeccioso aterrorizaba a todo el mundo. Cuando quise ayudarla a levantarse del suelo, escuché los gritos de más de una decena de villanos enfervorizados que desde la plaza se aproximaban con los ánimos exaltados.

—Vamos, Leví —me apremió el viejo Asaf—. Marchemos de aquí, o por las barbas del mismo Moisés que esos son capaces de empalarnos a todos en alguna estaca.

Su voz se fundió con el «¡Judíos asesinos!» que gritó uno de aquellos fanáticos, que ya venían hacia nosotros a la carrera. Por suerte los hombres del alcaide, que nos habían escoltado desde la casa, se interpusieron entre ellos y nosotros y les apuntaron con las cuchillas de sus bisarmas.

—Marchad vosotros —expresé sofocado por la situación—. Yo quedaré con esta mujer; necesita mi ayuda. En cuanto pueda regresaré a la judería y...

No me dejaron decir más. David Amarillo me tomó por el manto y tiró de mí calle arriba, arrastrándome a trompicones. Los guardias no sabían qué hacer para contener al grupo de cristianos, que ahora era todavía más numeroso. Sus gritos arreciaban, pero sabíamos que eso no era motivo suficiente para que los hombres del alcaide usasen las armas contra ellos.

—Vamos, Leví —insistió Asaf—. Marchemos antes de que nos corten el camino desde la plaza.

Asustados, corrimos calle arriba, convencidos de que aquella horda de locos nos

iban a moler a palos. A nuestra espalda oíamos toda suerte de insultos y maldiciones contra nuestro pueblo. Nos llamaban asesinos, puercos y bastardos. Decían que éramos los que habíamos matado a Dios clavándolo en una cruz y nos acusaban igualmente de asesinar a niños y profanar iglesias. En fin, una retahíla de mentiras que parecían conocer de memoria y que seguro habían escuchado de ese predicador endemoniado que oficiaba misa en San Nicolás. Él y el hijo del herrero, un sandio bravucón llamado Andrés Fernández, de pelo prematuramente cano, labios gruesos y mirada páfida, andaban siempre arrojando mentiras sobre nosotros por las calles de la villa; habían llegado a decir incluso que, por colgar a su falso mesías en un madero, Dios todopoderoso nos había condenado a padecer de hemorroides por toda la eternidad y que solo un preparado que yo sabía hacer, y en el que mezclaba sangre cristiana con veneno de víbora, era capaz de remediar ese daño. ¡Necios ignorantes! Dios los maldiga a ambos por su obstinación, y por su negligente y pertinaz ignorancia.

Antes del mediodía intenté regresar a la barriada cristiana, pero los guardias del alcaide que vigilaban el acceso desde la calle Mayor me desaconsejaron salir de la judería, y el miedo a aquella turba incontrolada con la que nos habíamos topado por la mañana terminó de convencerme.

Por la tarde los ancianos nos convocaron en la sinagoga a todos, hombres y mujeres. Había diversos asuntos que tratar, algunos referidos a las pechas y la relación con el concejo, pero esencialmente era necesario hablar del terrible morbo que había penetrado en la villa y de la creciente tensión que este había provocado entre cristianos y miembros de nuestra comunidad. No obstante, el tema central en torno al que giró la reunión fue la detención del hijo de David Amarillo. Los ancianos se mostraban impotentes tras la negativa del alcaide a interceder por el joven ante el concejo; yo mismo me hallaba apesadumbrado, consciente de que debía demostrar con presura que la propagación del mal nada tenía que ver ni con el agua del río ni con la descomposición de ningún animal.

A la salida, mandé a Benvenida a casa y aguardé unos instantes con intención de conversar con el rabí, pero antes que él salieron del edificio todos los demás ancianos, quienes me abordaron en el estrecho patio de entrada. Los encabezaba mi suegro Tobías, quien, llegando a mi altura, me aferró por el tabardo y acercó mi cara a la suya. En ella se dibujaba la misma expresión de ira que solía mostrar cuando discutía con su hija sobre asuntos de la comunidad.

—Eres temerario, joven Aben Yosef —me dijo escupiéndome su aliento en el rostro—. Si no cejas en tu empeño de visitar a los malditos gentiles, atraerás el mal hacia nosotros y levantarás las iras de los infieles.

Era evidente que mi frustrado intento por visitar a la mujer que me había abordado en la calle del Agua no había sentado excesivamente bien a ninguno de los *zeqénim*. Antes de poder responderle, quedé turbado al comprobar que el rabí Asaf, que ya había salido del templo y se había situado junto a los ancianos, asentía a las

palabras de mi suegro.

—Solo cumplo con mi deber —les dije para defenderme—. Si no luchamos contra el mal negro...

—¡Necio! —exclamó Ezmel Fabon—. Tú no puedes luchar contra la ira de Yahvé. Es la voluntad del Todopoderoso, exaltado sea, que mueran todos aquellos que le han ofendido con sus pecados.

Aquellas palabras me irritaron en exceso. El viejo Ezmel era un detestable adinerado, cuyos juicios se hallaban siempre subyugados a sus intereses económicos. Andaba más preocupado en preservar sus heredades y en recuperar sus préstamos que en poner fin a la corruptela que nos abatía, y ahora se atrevía además a negar la evidencia de aquella calamitosa enfermedad para asegurar que todo era un castigo de Dios a los réprobos paganos.

—El mal negro se adquiere por contagio —le dije, convencido de que la ciencia médica que había aprendido de mi padre y de ti, querido tío Alatzar, era la única que podía dar respuesta a nuestras inquietudes—. Es nuestro deber descubrir cómo se origina y cómo podemos evitarlo. De lo contrario, la enfermedad se extenderá sobre toda la villa, y sucumbirán tanto justos como pecadores.

—¡Ah! Ingenuo eres sin duda, joven Leví, al igual que todos los seguidores de Maimónides. Pero ni vuestra ciencia ni vuestra filosofía podrán hacer nada contra la justicia divina —me replicó Azach Aben Samuel—. Más te valdría aguardar en tu casa y orar al Todopoderoso, bendito sea, para que proteja a los tuyos de la terrible enfermedad que el Ángel de Yahvé ha derramado sobre la humanidad pecadora. No olvides las palabras del Señor: «Traeré sobre vosotros la espada vengadora de la Alianza. Os reuniréis entonces en vuestras ciudades, pero yo enviaré la peste en medio de vosotros y seréis entregados en manos del enemigo». Solo nosotros, los escogidos, quedaremos indemnes al paso de la plaga si tenemos fe en el Todopoderoso, pues así está escrito en la *Torá*: «Si viene sobre nosotros algún mal, espada, castigo, peste o hambre, nos presentaremos delante de esta casa, y delante de Ti, porque tu nombre reside en esta casa; clamaremos a Ti en nuestra angustia, y Tú oirás y nos salvarás».

No quise dar respuesta al anciano. Me ofendía enormemente que me trataran como un niño que apenas conoce los misterios del mundo. Llevaba una década trabajando en aquella villa, había demostrado el valor de mi ciencia y había curado la enfermedad de los hijos y nietos de aquellos ancianos, y de la mitad de los villanos de Cannete. Todos sabían que el mismísimo alcaide respetaba mis juicios y que el concejo me había pedido innumerables servicios desde el día que me asenté en aquella judería. Atribulado por aquellos hechos, y sintiéndome incomprendido por mis propios hermanos de fe, crucé el cal Mayor, penetré en mi casa tras rozar presurosamente la *mezuzá* con los dedos y cerré de un portazo. Evité hablar con Benvenida, que me aguardaba en la entrada con gesto interrogante, y me encerré en mi consultorio dispuesto a encontrar respuesta a todas las dudas que aquella

enfermedad despertaba en mi cabeza.

* * *

A la mañana siguiente, salí bien temprano y me encaminé hacia la calleja que une la esquina de la sinagoga con la calle Mayor de la villa, por ser esta la salida más cercana a mi casa. Pero ya antes de llegar, contemplé que el guardia que custodiaba el acceso hacía por cerrarme el paso, así que desanduve mi camino y marché hacia la otra parte de la judería, con la esperanza de tener abierto el acceso en dirección al Portillón. A última hora del día anterior me habían llegado noticias del estado de Fernando Muñoz, el vecino de la barriada de San Nicolás, y pretendía hacerle una visita esquivando la custodia de los hombres del alcaide. Mas no lo conseguí.

—Regresad a vuestro hogar, mestre Leví —me dijo el muchacho que, vestido con una coraza de cuero cocido y una pobre bisarma, cerraba también esta parte de la barriada. Era un mozo de cabello pajizo, frente pulida y mejillas repletas de forúnculos—. El alcaide nos ha dado orden de que no os dejemos salir de la judería. Dicen que algunos vecinos de la villa han jurado daros escarmiento, pues señalan que vos convencisteis a ese muchacho para que contaminara las aguas y que emponzoñasteis con vuestros electuarios el cuerpo de la familia del ganadero, y también el de esos desgraciados de Moya.

Enrabiado, volví nuevamente sobre mis pasos maldiciendo mi suerte y, al llegar a la esquina de la vivienda de los Fabon, exclamé de forma sonora, apoderado por la ira que me embargaba:

—¡Malditos sean delante de Dios esos necios! Cubren con un velo mortecino su propia desgracia. Han llenado de cadenas al único que puede lograr su salvación. Se hunden en una cloaca infecta y clavan sus dientes podridos y carcomidos en la mano que les ha sido tendida para salir de su abominación. Dios los maldiga por ello...

Después, incapaz de controlar la impotencia, me encaminé de nuevo hacia el joven, que observaba la escena a pocas varas.

—Quiero hablar con el alcaide —le exigí con la ira turbando mi rostro y el puño apretado en un gesto amenazante—, y quiero hacerlo inmediatamente.

El muchacho negó con la cabeza.

—Puedo pedir audiencia si lo deseáis, pero hay otros asuntos que mantienen en estos momentos ocupado a don Miguel —contestó inmovible.

Maldije nuevamente y me dirigí hacia mi consultorio sin prestar atención siquiera al joven Selomó, que, saliendo de su casa, se encaminaba hacia mí a toda velocidad.

—Ahora no tengo tiempo —le dije colérico agitando la mano de un lado a otro. Después regresé a mi casa e, intuyendo que el joven me seguía contrariado, le cerré la puerta en la cara impidiéndole el paso.

Me encerré en mi consultorio, enterrando mis narices entre las páginas de mis códigos médicos, mis libros de poemas y mi querido diario, en el que escribía

conmocionado todo cuanto pasaba a mi alrededor, y que leía una y otra vez tratando de encontrar respuestas para todo aquel galimatías. Al final de la tarde, poco antes de que el sol se ocultara tras la atalaya del castillo, escuché llamar a la puerta de la casa, y al poco Benvenida penetró en el consultorio para anunciarme que el joven Selomó aguardaba en la entrada.

—Pasa, Selomó —le dije contrito por lo ocurrido por la mañana—. Perdona mi actitud, pero apenas soy capaz de controlar la desesperanza que me provoca esta situación.

El muchacho callaba y, sorprendido por no obtener respuesta, alcé los ojos de los papeles y contemplé su rostro. Parecía abatido por una siniestra preocupación.

—¿Qué sucede? —pregunté sobrecogido.

—El vecino del barrio de San Nicolás ha muerto —musitó con el semblante demudado. Sentí un aguijón en el pecho que me hizo revolverme en mi escaño—. Y eso no es todo. Otro vecino del barrio de las Eras, Miguel Núñez, el fosoero, también ha muerto esta mañana, agonizando, con las carnes repletas de postillas negruzcas. Dicen que comenzó a encontrarse enfermo después de enterrar los cuerpos de la esposa y los hijos del ganadero, y algunos aseguran que tocar la carne pútrida de los contagiados aboca a una muerte segura. Sé de buena tinta, sin embargo, que él y los otros contagiados estuvieron en Moya hace pocas semanas, y creo, tal y como consideráis vos, que es de allí desde donde se han extendido los miasmas pestíferos que hacen que la gente enferme de esta manera, simplemente por mirarse y tocarse unos a otros.

No era la primera vez que escuchaba que las gentes morían simplemente por tocar a los infectados, pues así lo había afirmado el arriero de Valencia que primeramente trajo noticias sobre el morbo a la villa. La garganta se me reseco al instante y por un momento noté que me faltaba la respiración. Sentía una gran desazón por no haber podido hacer nada por el vecino de San Nicolás. Miguel Núñez, por su parte, era un buen varón al que conocía bien. Era oriundo de Fuente del Manzano y llevaba ejerciendo el oficio de enterrador desde el mismo año que yo había casado con Benvenida.

—Maldita sea, Selomó —expresé indignado—. Esas gentes han sucumbido en medio de un padecimiento atroz, y mientras tanto, nosotros nos hallamos aquí confinados por culpa de la actitud de esos necios paganos y de los propios ancianos de la comunidad. ¡Sobre los hombros de todos ellos recaiga el peso de estas muertes inútiles!

—No debéis culparos, mestre —expresó el muchacho con sinceridad en el semblante—. Habéis hecho todo cuanto quedaba en vuestra mano.

—El tiempo corre en contra nuestra —traté de decirle a mi pupilo levantándome de golpe del asiento—. El morbo se extiende rápido y en pocos días...

No tuve tiempo de decir más. Alguien golpeó con estrépito la puerta y de repente se nos heló el alma. Era la novena hora del día y la forma de tocar la aldaba me

resultó del todo alarmante. Selomó corrió hacia la salida y abrió la hoja de madera. En la entrada estaban el anciano Seneor Orabuena, su hijo Daniel y la esposa de este, Ferosa Amarillo, la tía del joven Zacarías.

—¿Qué sucede? —pregunté desde el consultorio, aunque no necesité respuesta, pues al momento pude contemplar el rostro sudoroso de Daniel Orabuena y su mirada abatida. Los ojos de la mujer estaban hinchados del llanto, y el anciano tenía contorsionada la mueca de su cara.

—¡Vamos, entrad! —apremié—. Recostadlo en el escaño y decidme cuáles son los síntomas.

—Tiene esas siniestras manchas —aseguró Seneor mientras arrastraban al enfermo al interior del consultorio—. El estigma de Yahvé corrompe su carne y la desgracia abate mi casa desde hace unas pocas horas.

—La enfermedad avanza deprisa —afirmé con convicción mientras ayudaba a retirar las ropas de Daniel—, y si queremos atajarla, es preciso que actuemos cuanto antes.

—¿Se salvará? —preguntó angustiada la esposa sin levantar la cabeza del suelo.

Miré al anciano con cierto resentimiento grabado en las retinas y respondí tras carraspear levemente:

—Solo si es la voluntad de Dios.

Sabía que aquello sucedería tarde o temprano. Aquella lóbrega ponzoña no hacía distinción entre cristianos y judíos, y en los últimos días las ratas habían inundado la judería como una marea infecciosa, colándose en nuestras casas y sótanos, husmeando entre los muladares de las calles y callizos. Daniel Orabuena tenía dos bubas oscuras en las ingles, muy semejantes a las que pocos días antes había descubierto en el cuerpo de Alfonso Ibáñez. Presentí que se hallaba ya sentenciado y la impotencia me embargó.

—¿Has tenido contacto con alguno de los contagiados? —pregunté con el tono de voz abajado, temeroso de que alguien me señalara con el dedo acusador de su contagio.

Daniel negó con la cabeza. Estaba completamente pálido, sus ojos titilaban como una lumbrera en la penumbra del atardecer y su cuerpo hedía como una femera.

—¿Ni tan siquiera con Alfonso el ganadero?

Su esposa hizo amago de hablar y vi cómo el hombre le dedicaba una fría mirada.

—¿Has estado en contacto con Alfonso el ganadero en los últimos días? —pregunté arreciando la firmeza de mi semblante.

—Fue hace ya algunos días —respondió con un hilo de voz apenas perceptible—. No se sabía nada entonces del horrible mal que ha padecido, ni mostraba síntoma alguno de haber estado enfermo. Estuve en su casa, con él y con su esposa. Hablamos de algunos asuntos que teníamos entre manos, nada importante en realidad.

—Fue después de que él regresase de Moya, ¿verdad? —pregunté, seguro de la respuesta.

Él se limitó a asentir con la vista contraída y el rostro demudado.

—Me gustaría saber qué es lo que piensan ahora esos fanáticos cristianos que dicen que nosotros somos los culpables de todo —expresó el joven Selomó al tiempo que yo trataba de retirar la infecta piel de la primera postilla con unas pinzas.

—No creo que esta desdichada calamidad les haga cambiar de idea —susurró resignado el *zaquén* Seneor, quien, fatigado y superado por las terribles circunstancias, había tomado asiento en un arca forrada de piel en la que guardaba el herramental y los instrumentos de nuestro oficio—. Esos necios andan diciendo ahora que hacemos rituales mágicos en la sinagoga para que Satanás ayude a extender el mal. Dicen también que te hallas poseído por el Diablo —dijo refiriéndose a mí— y que eres tú el que ha contagiado a los enfermos con artes mágicas e invocaciones al Maligno. Algunos han pedido que se te desuelle vivo en la plaza y que después se tire tu cadáver a los puercos. Te lo advertimos, Leví, es peligroso mantener el contacto con esos estúpidos cristianos.

Nada de aquello me sorprendió lo más mínimo, pues ya estaba alertado por el joven guardia que custodiaba la carrera de San Bartolomé. De hecho, apenas traté de darle importancia delante del anciano. Estaba concentrado limpiando las azuladas pústulas del pobre Daniel, pero leí la expresión de horror que se dibujó en la mirada de Selomó, y por un instante temí que Benvenida estuviera fisgando detrás de la puerta y se hubiese enterado de todo.

* * *

Al día siguiente, con el albor de las primeras luces del día, los hombres del alcaide penetraron en la judería. Apenas se había levantado el sol en el horizonte y yo me encontraba en el consultorio, evadido nuevamente entre mis códigos de medicina, tratando de encontrar un remedio que me permitiera atajar aquel mal horrendo que parecía no tener cura. Como no había pegado ojo en toda la noche, apenas reaccioné cuando escuché los golpes de la aldaba y el vozarrón de uno de los oficiales:

—¡Abrid la puerta en nombre del concejo! ¡Abrid de una vez o sacaremos la madera de sus goznes, por san Bartolomé!

Corrí hacia la entrada y vi cómo Benvenida bajaba también las escaleras a toda prisa, vestida todavía con la camisa de dormir. Abrí la puerta y, sin mediar palabra, varios hombres penetraron en la vivienda. Iban enfundados en lorigones y corazas de cuero cocido en cera, cubrían sus cabezas con almófares y capillos de hierro, y portaban en sus manos bisarmas y ballestas de estribera. Intenté hablar con uno de ellos, pero no hubo forma de sacarle palabra. Ni tan siquiera uno que yo conocía bien, uno de los hombres de confianza de don Miguel que los acompañaba, se avino a darnos explicación alguna.

Tras comprobar que sus hombres no encontraban lo que buscaban, salieron de la vivienda y picaron en las casas de al lado. Al menos, fueron bastante respetuosos y

apenas desordenaron nada. Imaginamos que tal vez buscaban a alguien, y así se confirmó al final de los registros, cuando nos llegó la noticia de que el joven Zacarías había escapado de la cárcel del concejo durante la madrugada. El alcaide y el juez de la villa habían ordenado registrar todas las casas de la barriada hebrea, y el oficial se llevó consigo al padre del muchacho, a Dueña, la esposa de este, al joven Mosé, de apenas cuatro años de edad, y a otra hermana de Zacarías, llamada Ferosa como su tía, con el propósito de interrogarlos.

No pasó mucho tiempo hasta que dos guardias se presentaron nuevamente en mi casa. Eran dos de los que habían estado a primera hora de la mañana, pero ahora venían con otra intención y se mostraron mucho más solícitos. Me escoltaron en dirección a la calle de Abajo, y aunque pude ver alguna mirada recelosa entre los cristianos que a esa hora de la mañana se aglutinaban entre los soportales de la plaza, nadie se atrevió a interrumpir nuestra marcha.

Entramos en la vivienda del alcaide, situada en la parte baja de la población, muy cerca del muro oriental de la villa. Don Miguel me recibió cordialmente, pero con el semblante mucho más endurecido que de costumbre.

—Es preferible que nadie entre ni salga de la judería —fue su contundente respuesta cuando le planteé la necesidad de visitar a los posibles enfermos que pudieran padecer el morbo en las barriadas cristianas—. Si pudiera confinar a las gentes en sus casas, lo haría, y no estoy dispuesto a que ningún judío traspase la esquina de la sinagoga, ni circule tan siquiera por la calle Mayor, al menos hasta que los ánimos se calmen. Asimismo se lo he solicitado al concejo, y el juez de la villa se halla conforme con mi decisión.

Protesté airadamente, pues me negaba a no poder realizar mi ejercicio con total libertad justo cuando en la villa se me necesitaba más que nunca.

—Considera a partir de este momento que solo puedes ejercer la medicina entre los tuyos —me contestó inmutable—, y por lo que sé, tu atención en la judería es ya desgraciadamente necesaria.

—Si no se trata a los enfermos, el mal podría extenderse a toda la población en pocos días —insistí intentando reafirmar mis argumentaciones.

Se hizo un silencio tenso y el alcaide adoptó una mueca de hastío que hube de descifrar costosamente. Chasqueó la lengua molesto y me lanzó una mirada encumbrada en la que parecía acusar mi obstinación. Levantándose súbitamente de su escaño, avanzó hacia la salida del despacho, asomó la cabeza y miró a un lado y otro del pasillo. Después entornó sigilosamente la madera y ajustó el fiador, tratando de hacer el menor ruido posible.

—Lo sé —me dijo entonces con contundencia. Su mirada era ahora franca y el velo de su rostro se había desplomado, devolviendo a sus ojos la determinación que los caracterizaba.

—Entonces comprenderá, mi señor, que debemos evitar... —intenté transmitirle, pero me interrumpió alzando su mano.

—No puedo dejarte pasar —señaló sin más.

Bajé la cabeza sorprendido y, por unos instantes, me mantuve en silencio. Entonces comprendí.

—Don Martín... —pronunciaron mis labios de forma inexpresiva.

El alcaide asintió con la mirada enturbiada.

—El vicario amenaza con recurrir a la curia para que caiga sobre mí el anatema si dejas que un físico judío siga tratando a los cristianos. Está en su derecho, afirma, pues así lo decretaron los obispos en el sínodo de Zamora, y no hay nada que yo pueda hacer.

—¡Eso es una locura! —dije colérico, vencido por el hastío de aquella inexplicable situación. A mi llegada a Cannete, durante los primeros meses apenas vinieron pacientes a mi consultorio y, ahora que el trabajo me desbordaba, los hombres del concejo me impedían hacerlo por miedo a ese sandio sacerdote del demonio.

—Sé que eres una persona honrada, Leví —me confió recuperando el tono fraternal con el que siempre me había tratado—, te conozco bien y no creo en absoluto los rumores que corren por ahí, pero entiéndelo, nada puedo hacer por ayudarte. Si, como tengo entendido, el mal negro ha penetrado en la judería, dedícate a ayudar a los tuyos, y que Dios nos proteja a todos.

Aunque me cueste reconocerlo, el alcaide tenía razón. Por la tarde la tensión arreció en la villa. Estaba convencido de que en cuanto corriera la noticia de que Daniel Orabuena había sido contagiado por el morbo, los cristianos cambiarían sus juicios, mas no sucedió de ese modo. Lejos de ello, aseguraban ahora que no solo éramos los culpables del contagio, sino que además ocultábamos en la judería al joven Zacarías y nos habíamos declarado en abierta rebeldía al concejo. Decían que el muchacho se hallaba confinado en la sinagoga y que si los guardias no lo habían encontrado allí, era porque habíamos realizado un hechizo para que Satanás lo ocultara con un velo invisible.

A media tarde un grupo de envalentonados, encabezados por el vicario de San Nicolás, rebasaron la guarnición colocada en sus accesos y penetraron en la judería. Poseídos por la ira y la cerrazón, que los volvía tan ciegos como una noche sin luna, trataron de incendiar la sinagoga, fallando en el intento, pero consiguiendo que las llamas dañaran el *genizah*. ¡Yahvé los condene a todos a errar eternamente por la gehena por tan atroz sacrilegio! Nuestros hermanos acudieron prestos y, evitando en todo momento un enfrentamiento con esos fanáticos, sofocaron el pequeño incendio y lograron que el mal no fuera a mayores.

Benvenida y yo tratamos también de acudir para ayudar en la extinción del fuego, pero nos lo impidió el anciano Mosé Buhardo. Aseguraba que si aquellas gentes nos reconocían entre los nuestros, los ánimos podrían encrespase todavía más, pues no hallaban más responsable de todo lo que sucedía que yo, ni encontraban otra explicación para la rápida extensión del mal que la de que los había envenenado a

todos con mis electuarios y medicinas.

Aquellos necios, estimado tío Alatzar, estaban coléricos, como si quisieran aplacar con sangre el furor pestilente derramado sobre la villa. Pese a que los nuestros consiguieron salvar de sus garras la sinagoga, no consiguieron evitar que entraran en casa de Elías Aben Jucé, el hermano mayor de Selomó, y se llevaran con ellos al menor de sus hijos, un niño de apenas dos años. Más tarde supimos que lo llevaron a la iglesia de San Nicolás para que don Martín lo bautizase; por suerte, la intervención del concejo evitó aquella situación tan poco juiciosa, y el pequeño fue devuelto a sus padres poco antes del alba.

Aquella fue una de las noches más largas de mi vida. La luna hinchada se ocultaba tras un velo nuboso que con tono rojizo parecía avizorar sobre nosotros. Los cristianos no habían conseguido saciar su sed de venganza, y no bastaban los desmanes que habían cometido a última hora de la tarde. Sabíamos que no descansarían hasta conseguir lo que buscaban, que no era sino aplacar su ira con sangre, pero no imaginábamos que, antes de que el alba nos sumiera en una nueva y angustiosa jornada, habríamos de sufrir un tormento que desencadenaría el exilio en el que desde entonces nos encontramos mi amada y yo.

* * *

Me hallaba anotando en mi libro de días, costumbre que sabes que tomé a instancia de mi padre, Yahvé lo mantenga a su lado eternamente, narrando precisamente cómo los infieles habían intentado incendiar el edificio de la sinagoga, cuando escuché que llamaban violentamente a la puerta. Benvenida, que había enfermado a raíz de aquellos acontecimientos, descansaba en su lecho atormentada ya por las altas temperaturas y por una jaqueca pertinaz que la mantenía atribulada. Yo bajé y abrí las fallebas.

Era el joven Selomó, que venía nuevamente a la carrera procedente del cal Mayor de la judería.

—¿Qué ocurre? —pregunté alarmado al ver que en la parte izquierda de su cabeza tenía una hendidura que sangraba profusamente.

—¡Vienen por vos, mi señor! —dijo tratando de recuperar el aliento—. ¡Quieren vuestra cabeza!

—Anda, pasa, suturaré la herida. Tengo hilo de tripa en el dispensario.

Apenas terminé de hablar, me empujó hacia dentro y me volcó por los suelos. No tuve tiempo de reaccionar ni de preguntar cuál era la causa de su actitud: el muchacho ya cerraba las hojas de la puerta y ajustaba los cerrojos.

Y tan pronto me ayudó a levantarme, escuché los primeros golpes al otro lado de la entrada: una plebe enfurecida pedía a gritos que me desollaran vivo.

—¡Quemarán la casa! —gritó Selomó, y le creí, pues justo antes aún podían contemplarse desde el corral los bermejós reflejos de las llamas en el muro de la

sinagoga.

Le ordené que subiera inmediatamente al piso de arriba a despertar a Benvenida. Mientras, yo me dirigí apremiante hasta el corral y desatranqué un portillo que hay junto a la cerca de Yehuda Aben Daniel, oculto entre paja y tablones, por el que se accede a una pequeña bodega. Hacía meses que no había entrado en aquel minúsculo silo; la madera estaba hinchada y me costó conseguir que la cerradura cediese. Cuando al fin lo hizo, quedaron al descubierto decenas de telarañas azotadas por la brisa que corría en el exterior.

Al momento llegaron Benvenida y Selomó. Mi esposa, con el camisón de dormir y los pies descalzos, se debatía delirante sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo. No tuvimos tiempo de más: la turba ya había echado la puerta abajo y el griterío hizo que realmente temiéramos por nuestras vidas. Alcé la vista, buscando la luminosidad de las estrellas, pero a través de la nube de humo que flotaba en el ambiente procedente de la sinagoga, tan solo pude distinguir la luz de la candela de Jamilla, la esposa de Yehuda, que aterrorizada observaba la escena desde la ventana de su casa. Sobrecogidos por las circunstancias, no tuvimos tiempo ni tan siquiera de pedir auxilio.

—¡Rápido! —le dije a Selomó indicando la pequeña bodega.

Los tres dudamos un momento antes de introducirnos en aquel oscuro pozo. Yo portaba conmigo una pequeña lámpara de sebo que había tomado de la entrada y bajé primero iluminando la estrecha angostura. Las paredes estaban húmedas y frías, y las telarañas se agarraban a nuestra piel, al tiempo que nuestros brazos abrían camino deshaciéndolas como cuchillos. Selomó atrancó el portillo desde el interior mientras sostenía como podía a mi esposa. Yo ya tenía bastante con alumbrar los gastados escalones de madera para evitar que tropezásemos. Mas, cuando por fin llegamos al fondo y pude iluminar la estancia, un repeluzno nos erizó el espinazo: decenas de ratas oscuras como la brea correteaban de un lado a otro entre agudos chillidos. Al verlas, retrocedí angustiado y grité:

—¡La muerte negra! ¡Sálvanos del tormento, Jehová!

Selomó arrastró con valentía a Benvenida espantando a las ratas a patadas, avanzando entre la oscuridad y buscando un lugar seguro. Ver a mi esposa descalza, librando una terrible batalla contra aquellos inmundos roedores, me hizo sacar fuerzas de flaqueza, y corrí tras ellos pisoteando a algunos animalejos y recibiendo al menos un par de mordidas.

—¡Regresemos! —exclamé—. ¡Las escaleras son más seguras!

Así lo hicimos, y durante largo tiempo nos mantuvimos sobre las mismas, angustiados por el constante crujir de la madera podrida, mientras tratábamos de espantar a las ratas que trepaban por la pared y se acercaban hacia nosotros. Fuera, oíamos aún los gritos de aquellos locos paganos y sus maldiciones. Pensamos que lo saquearían todo y destrozarían el consultorio. Más tarde, el olor a humo que comenzó a penetrar por el portillo nos hizo suponer que habían prendido fuego a la casa.

Conscientes de que nuestras vidas pendían de un hilo, oramos y aguardamos durante horas —tantas que ninguno sería capaz de decir cuánto tiempo pasamos en aquel abominable lugar—, hasta que unos sonoros golpes taconearon al otro lado de la trampilla. Selomó describió las trancas y, para nuestra dicha, aparecieron ante nuestros ojos Yehuda y su esposa Jamilla, nuestros vecinos, ¡la paz sea siempre con ellos! Nos ayudaron a salir del silo y, aprovechando la celosía de la bruma matinal, nos llevaron hasta su casa. Nos acogieron con desmedidos cuidados, y todos dimos gracias a Dios por habernos sacado con bien de aquel trance. Pero en mi interior la angustia se apoderaba de mí, pues desde sus ventanas podía contemplarse nuestro hogar ennegrecido y rezumante de humo. No puedes imaginar, querido tío Alatzar, la desazón que nos abatió después de aquel ataque y la consternación en la que nos sumimos mi amada y yo, agravada además por las fiebres que ella padecía y que hicieron temerme lo peor.

Pasamos allí ocultos varios días mientras los ánimos se calmaban en la villa, y poco a poco se fue extendiendo el rumor de que mi esposa y yo habíamos huido a Cuenca. Solo el joven Selomó tuvo valor para volver a la casa —ahora un amasijo de escombros, paredes que apenas se sostenían en pie y vigas calcinadas—, mas poco pudo rescatar, pues la voracidad de las llamas lo arrasó todo. Entre aquellas ruinosas y cenicientas piedras perdí la mayoría de los volúmenes que adornaban los estantes de mi despacho: las obras de Galeno e Hipócrates, así como cuantos volúmenes poseía del notable y respetado sabio Maimónides, bendita sea su memoria, que tanto me costó conseguir; los *Aforismos de Mosé*, su *Tratado sobre el asma...* ¡Tantas y tan valiosas obras! Entre ellas estaban también los libros que heredé de mi padre, el *Libro de la sabiduría* del ismaelita Alí Aben Rabban at-Tabarí, y el *Medicina y cosmografía*, de Ali Aben Ragel, de bendita memoria, que tú mismo me regalaste el día que marchaste para instalarte en Huepte junto a tu esposa. Y aún más dolor me produjo la pérdida del *Kitab al-Hawi*, del médico Ar-Razi, que me entregó mi padre y maestro, antes de abandonar mi Cuenca natal. Perdí también todos los julepes, jarabes y remedios a cuya composición tantos esfuerzos había dedicado en los últimos meses. Toda la botica, las especias, las hierbas que había recogido del monte durante la primavera y el verano.

Asimismo ardieron todas las obras de mi diván, mis poemas y alabanzas al Señor, nuestra cama, los muebles y la mayoría de nuestros vestidos y enseres. De todo ello solo quedó negrura y desorden... ¡Yahvé los castigue a todos!

Por suerte o por desgracia, entre las pocas pertenencias que se salvaron de las llamas y que pudimos recuperar se hallaban mi viejo libro de días —con algunas páginas ennegrecidas y otras mutiladas o perdidas para siempre— y los *setaroth* que justificaban la propiedad de mi casa. Los pude encontrar entre un amasijo de papeles carbonizados que trajo consigo el joven Selomó, entre los que apareció también, igualmente mutilado, un fragmento de uno de los poemas del cordobés Yishaq Aben Capron, bendita sea su memoria, que no soy capaz de apartar de mi mente desde

aquel día: «Nos afligen y humillan, nos llevan a la hoguera, destruyen tu santuario con mazas y martillos; por todos los países dispersos, despreciados, se burlan de nosotros, nos tratan como a necios...». Todavía hoy, al leerlo, no puedo evitar derramar las lágrimas, y créeme que en nuestra desgracia lo hago cada mañana después de recitar las oraciones. No obstante, no me lamentaré por más tiempo de nuestra desdicha, pues aunque la tribulación que todavía se cierne sobre nosotros es grande, me queda el consuelo de saber que el Todopoderoso ama por encima de todo a aquellos que más hace sufrir.

* * *

A primeros del mes de *kislev*, la situación era insostenible. El invierno estaba a punto de comenzar y la villa, cerrada a cal y canto y con el comercio paralizado, había quedado sin reservas ni alimentos. Algunas familias comenzaron a pasar hambre en la judería, y la de Yehuda no era precisamente de las más adineradas. Nuestro vecino era un simple ropavejero, aunque el hecho de ser el mayor de los nietos del rabino lo convertía en uno de los varones más respetados de toda la comunidad. Asaf mismo pidió ayuda a Ezmel Fabon, pero este se negó a ceder parte del grano que mantenía almacenado; decía estar preocupado por los préstamos que no iba a cobrar por culpa de aquella funesta mortandad y no quería apostar nada de lo que tenía ante la incertidumbre del futuro.

En la villa el morbo avanzaba con una impiedad inusitada, y el número de fallecidos a consecuencia de aquella trágica enfermedad alcanzaba ya la veintena. Nadie quería hacerse cargo de los muertos, y los motines y altercados en las barriadas cristianas eran constantes. Jamilla nos contó horrorizada que el cuerpo del fosero, que había muerto dos semanas antes, yacía agusanado en mitad de la calle después de que sus hijos lo arrojaran por la ventana de la vivienda para evitar que la fetidez la convirtiera en un lugar inhabitable. El cadáver había permanecido en su lecho durante todos esos días, ya que no quedaba enterrador en toda la población ni nadie que quisiera encargarse de llevar los cuerpos hasta el carnero.

En el barrio del Castillo y en la judería había ya media decena de infectados entre judíos y cristianos, aunque milagrosamente los herrumbrosos síntomas habían remitido en Daniel Orabuena. No se salvaba, en cambio, mi amada Benvenida, quien, postrada con altas fiebres en un camastro que había acondicionado la esposa de Yehuda, se debatía entre la vida y la muerte, para mi desconsuelo, sin que supiera yo si se hallaba infecta o no por ese morbo tedioso, o si simplemente padecía alguna enfermedad de naturaleza desconocida para mí. Sin los códices y libros que habían ardido en la casa, y sin el herramental ni las medicinas, poco podía hacer por ella, e impotente, me sentía con las manos atadas.

Fueron días amargos aquellos en los que mi alma se hallaba abatida ante la posibilidad de que aquel nefasto mal sacudiera las entrañas de mi esposa y

compañera, a la que mis sentidos amaban con profusión y por la que mi corazón se sonrojaba ruborizado. Atormentado, le daba cada tarde friegas de agua fría y baños de vapor para bajar la calentura, si bien temía que sus poros se abrieran y sus carnes se corrompieran contagiadas, si es que no lo estaban ya. Sabía que el agua no le haría ningún bien ante el avance imparable de aquella ponzoña, pero si no enfriaba su cuerpo, su vida se desmayaría como se marchita el pétalo de la rosa al poco de caer a tierra. Me lamentaba por no poder apoyarme en los remedios de mi botica, y maldecía cada vez que intentaba evocar las palabras de algún sabio o físico, recogidas en códices y tratados que ahora no eran más que ceniza ilegible.

Fue el quinto día del mes de *kislev* cuando el hado terminó de perpetrar nuestra desgracia. A media mañana, el anciano Mosé Buhardo vino a casa del ropavejero y nos alertó de que en las barriadas cristianas los ánimos volvían a estar encrespados. Tres personas más habían muerto durante la noche, aunque era cierto que algunos enfermos habían logrado sobreponerse al horrendo mal.

—Algún necio ha corrido la voz de que no habéis abandonado la villa, sino que permanecéis ocultos en alguna casa de la judería o en la misma sinagoga —expresó preocupado—. Sería conveniente poner fin a esta situación cuanto antes y evitar que esos locos causen algún daño en nuestras viviendas.

—No pararán hasta que claven mi cabeza en una pica y la paseen por toda la villa. Solo así saciarán su visceral odio a los de nuestra estirpe —aseguré apretando los dientes, colmatado por la ira que aquella situación provocaba en mis entrañas.

—No yerras en el juicio, querido mestre —expresó el anciano meneando la testa—. Es precisamente vuestra cabeza lo que ese necio de don Martín de San Nicolás ha pedido al alcaide. Si no la tiene todavía en una bandeja de plata, es por el afecto que don Miguel os profesa. Él mismo me ha informado de la situación, y sabiéndoos oculto en la casa de Yehuda, pues nada escapa a los hombres que conforman su guardia, me ha pedido que os ponga a buen recaudo, al igual que hicimos con el pobre Zacarías.

Aquella afirmación me dejó perplejo.

—¿Quieres decir que el alcaide está detrás de la fuga de nuestro joven hermano? —pregunté abriendo los ojos con desmesura.

—Él lo perpetró todo para evitar que la sangre de ese inocente se derramara inútilmente —respondió el anciano con el rostro imperturbable.

—Pero... ¿y el registro?, ¿y la entrada de los guardias en la judería?

—Fachada, mi querido hermano —expresó esbozando una sonrisa—. El alcaide sabe dar a esos infieles lo que sus ojos quieren ver. Sería capaz de prender un pelele de paja y jurar ante los Evangelios que es la carne del muchacho si con ello cree obrar con justicia.

—Es un hombre honorable y justo —aseguré—, y mientras sus soldados custodien la fortaleza, deberemos considerarnos a buen recaudo. ¡Yahvé los proteja a todos!

Mosé guardó silencio un instante y agachó la mirada con gesto contrito. Supe entonces que algo marchaba mal y que nos habría de afectar irremediablemente a Benvenida y a mí.

—Leví, escucha con atención —expresó el anciano con voz trémula, pero con la firmeza calcada en sus ojos de color pardo—. El alcaide sabe que eres inocente, que las habladurías de la gente son solo calumnias e infundios. Por nada del mundo ordenaría tu detención, y menos sabiendo lo poco juicioso que sería mantener en una prisión al único hombre que puede atajar el mal que arrasa a su pueblo como una plaga de langosta.

—Dios todopoderoso, bendito sea, lo ensalce por sus desvelos —interrumpí insistiendo en la bondad de nuestro protector, mas la mirada de Mosé no parecía en ningún caso concesiva.

—No puede hacer nada por ti, Leví —me dijo. Aquella afirmación me dejó desconcertado—. Esos necios fanáticos se le echan encima como ratas y piden a gritos tu cabeza. Y lo hacen con tanta insistencia que si no es tu testa la que rueda por el suelo, lo será la suya. Dadas las circunstancias, don Miguel me ha pedido que tú y tu esposa abandonéis la villa de Cannete y marchéis lejos, cuanto más mejor, pues nada puede hacer por protegeros.

La noticia cayó sobre mí como una losa, si bien, en el fondo de mi corazón, sabía que aquella nefasta situación no podía tener otro final. El siempre caprichoso destino entretejía para nosotros un futuro plagado de incertidumbres. Por si ello fuera poco, la calentura que abatía a mi esposa desde hacía varios días arreció dejándola exhausta, y su piel palideció hasta un tono mortecino que me hizo temer lo peor.

Es cierto que su estado había mejorado durante los dos últimos días. No obstante, esa misma noche le habían dado varios ataques de tos, y había llegado a esputar algunas cóleras sanguinolentas, de modo que la idea de que se hallase contagiada por el nefasto morbo comenzó nuevamente a asediarme la cabeza. Sabía que la enfermedad debería haber avanzado rápidamente pudriendo su carne en tres o cuatro días a lo sumo, pues así había sucedido con los demás, pero la desconocía lo suficiente como para que el miedo me atenazara. «No está enferma. Ella no ha podido enfermar. Dios no querría eso para nosotros», me decía a mí mismo intentando hallar consuelo. Mas era consciente de que si las circunstancias nos obligaban a viajar en ese preciso momento, corríamos el riesgo de que su enfermedad se agravase.

Medité largamente tratando de encontrar una solución a aquella situación agónica de la que difícilmente podríamos escapar y, no encontrando respuesta, oré con el corazón contraído, pidiendo al Todopoderoso, exaltado sea, que me concediera la paciencia de Job para soportar aquellos males que se abatían sobre nosotros. «Que no me falte jamás la esperanza —repetía una y otra vez—, pero no me la arrebatéis a ella, pues nada vale mi vida sin la coraza que su amor me prodiga».

Después mis pensamientos se concentraron de manera inconsciente en la figura del alcaide. Sabía de su celo protector y de su decisión por salvaguardar nuestras

vidas. «Es un hombre bueno que no merece el duro juicio que hacemos contra esos desalmados paganos», me dije. Después imaginé su semblante contraído y sus manos trémulas entreabriendo el lacre de cera de alguna misiva enviada desde Cuenca, o desde las tierras de Teruel, alertando de nuevas funestas. Sabía de su tribulación, pues algunos de sus hombres habían comenzado a desertar vencidos por el pavor a la aciaga desgracia que nos acechaba. El anciano Mosé me había dicho esa misma tarde que, a falta de enterrador, era la soldadesca la que se encargaba de limpiar las calles y llevar los cuerpos a los carneros de San Nicolás y Santa María. Y que la noche anterior varios enardecidos habían asaltado a los guardias que custodiaban la puerta de Huélamo, que los cristianos llaman *de San Bartolomé*, abriendo los portones y levantando el rastrillo, para huir hacia los campos, lejos de esa siniestra ponzoña que se apoderaba de los cuerpos y los carcomía hasta pudrirlos como fruta madura.

Pasamos el día siguiente inmersos en los preparativos, ignorantes todavía de lo que aquella marcha iba a significar para nosotros. Benvenida había mejorado ligeramente durante esa noche, pero se hallaba todavía demasiado conmocionada para comprender la importancia de lo que estaba ocurriendo a nuestro alrededor.

—Debemos marcharnos —le dije al entrar en la alcoba en la que Yehuda y Jamilla habían acondicionado un camastro para que pudiera descansar convenientemente.

—¿Adónde? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Nuestras vidas corren peligro —le aseguré—. No sé hacia dónde podemos ir. Supongo que a Cuenca, con mi hermano y su esposa, aunque tal vez la garra de ese cura del demonio llegue hasta allí también.

—¿Cuenca? —preguntó ella medio inconsciente. Su voz era trémula y la mirada se le perdía en su delirio.

—Tal vez Darocha —añadí pensativo—. Allí tenemos buenos amigos.

Mi esposa no comprendía que habría de abandonar para siempre la villa que le vio nacer y crecer; que jamás volvería a callejear por la judería y el barrio del Castillo; que no bebería más el agua de las innumerables fuentes que nacen en los alrededores de la villa, ni buscaría el refugio de los soportales de la plaza los días de canícula; que ya no atravesaría la puerta de Santa María ni el pequeño postigo del camino de Ronda para bajar hasta el río y lavar las ropas; que no volveríamos a bañarnos juntos en la poza de la Horca los días de verano ni antes de la llegada del *Sabbat*; que nuestros cuerpos no pasearían jamás por las huertas del Portillón ni por la alameda de la parte alta, y sobre todo, que jamás volvería a entrar en la casa de su padre, que no volvería a cocinar para el viejo Tobías ni se sumiría, como era acostumbrado, en las agrias discusiones que ambos mantenían a todas horas acerca de si la mujer valía lo mismo que el hombre a los ojos de Dios o no.

Para mí la marcha se antojaba mucho más liviana. Pensé que me olvidaría rápido de Cannete. Yo era forastero en aquella tierra, pues sabes que crecí entre las hacinadas casuchas de la judería conquense y parte de mis ancestros proceden de

tierras alcarreñas, en las que todavía moran nuestros primos y los descendientes de Elías, el hermano de tu madre y mi abuela materna. Mas no pude sobreponerme a la pérdida de nuestro hogar. Aunque siempre pensé que podríamos rehacer nuestra vida en cualquier otra parte, te confieso que aún me sobrecoge la idea de haberlo perdido todo, de haber empeñado todas nuestras posesiones de manera tan caprichosa. Pero sobre todo me angustia el haber sido arrancados de nuestra casa y del lugar que tanto amábamos, de las paredes que vieron crecer el floreciente amor entre Benvenida y yo, esencia desde hace años de nuestras almas entrelazadas. Es tanto el horror en el que me sume el recuerdo que me obsesiona la idea de volver a sentir el olor de aquella tierra bendecida, de volver a tiritar con la escarcha de la mañana, de volver a sembrar sus abruptos montes y calvillos de pisadas.

Para nosotros, la sentencia era firme. A medianoche se presentó en nuestra casa uno de los guardias del alcaide, y al principio temí por nuestras vidas, pues penetró en la vivienda con la bisarma blandida y la recia cota de cuero recubriendo su torso. Mas después quedé tranquilo al comprobar que el bueno de Selomó lo escoltaba desde la puerta, mirando a ambos lados de la calle, con las mejillas acaloradas y la mirada turbada.

—Dejadme acompañaros —me dijo el muchacho poco antes de la partida—. Nada me ata a esta villa sin vuestra presencia, pues nada anhelo salvo seguir vuestros pasos y llegar a ser un cirujano tan reputado como vos. Mi vida depende de la vuestra, mestre Leví, y hace ya tiempo que empeñé todos mis sueños por aprender la profesión en la que tan pacientemente me habéis iniciado.

Sonreí al escuchar aquello. Selomó se había comportado siempre como el hijo que no tuve. Su madre, Estrella, me había encomendado su educación a la muerte de su padre, pese a los reparos del viejo Azach Aben Samuel, abuelo del muchacho, y los constantes desprecios de los Fabon, a cuya familia Estrella pertenecía. Desde entonces aquel joven había sido más que un aprendiz para mí. Cada mañana se presentaba a primera hora en el consultorio y, aunque no hubiera pacientes a los que atender, permanecía siempre a mi lado, rendido a mis enseñanzas, conversando conmigo, escuchando mis poemas o simplemente agazapado en un umbroso rincón del despacho, a la espera de que le encomendara alguna tarea.

—Eres para mí como un hijo —le dije, sin apenas poder contener las lágrimas—, y no hay nada que más desee en estos momentos que poder llevarte conmigo. Mas hay dos razones que me impiden pedirte que me acompañes, mi querido Selomó. Sabes tan bien como yo que tu madre Estrella requiere de tus cuidados; además, si yo marchó, nadie quedará en la villa para atajar ese siniestro mal que amenaza con llevarnos a todos a la tumba. Solo tú tienes los conocimientos necesarios para procurar consuelo a los atormentados. Serás un buen cirujano si te lo propones. Yo ya no puedo enseñarte más de lo que sabes.

Selomó asintió con la cabeza y se enjugó las lágrimas, que se derramaban incontenibles por sus mejillas. Humilló el rostro —como siempre hacía al obedecer

mis mandatos— y, sonándose ruidosamente los mocos, marchó hacia la entrada y me dedicó una última mirada.

—Adiós, mestre —me dijo con la voz aflautada por la congoja y los ojos derramados—. Os echaré de menos. Que el Señor todopoderoso, bendito sea, guíe vuestros pasos y os libre de todo mal.

Asentí con la cabeza, incapaz de ocultar la emoción que me embargaba.

—Que te guíe a ti también, mi buen amigo. Despídete de tu madre de nuestra parte y dile de mi parte que puede sentirse muy orgullosa de su hijo. No temas por mi marcha; hace ya tiempo que te convertiste en un hombre y comenzaste a caminar por la senda de la vida, y ahora tan solo necesitas liberarte del bastón que impide que puedas andar solo. Créeme que mi partida será buena para tu progreso como cirujano, y no te quepa duda de que siempre te tendré presente en mis pensamientos. Si viajas alguna vez a Cuenca, no tendrás sino que preguntar por mí y, si tenemos la dicha de encontrarnos allí, recibirás de mí el mismo abrazo que te hubiera dado tu padre. Es allí hacia donde posiblemente encaminemos nuestros pasos, aunque tal vez nos dirijamos hacia Darocha, donde nos esperaría también una grata acogida. En cualquier parte a la que vayamos, tu recuerdo marchará con nosotros.

Tras recoger nuestras cosas y despedirnos debidamente de Yehuda y su esposa, salimos de la vivienda y el guardia del alcaide nos condujo a través de varias callejas retorcidas hasta el camino de ronda que serpea por el lado oriental de la villa. Después nos llevó hasta el pequeño postigo que se abre en el muro y que deja paso a una senda zigzagueante que desciende hasta el mismo río. Allí aguardaba otro de los hombres de don Miguel, que agitó la lumbrera que portaba, tratando de reconocer nuestros rostros. Nuestro acompañante susurró al aire una consigna y al momento tuvimos paso franco por aquel pequeño vano abierto en el muro. Cruzamos al otro lado sin entretenernos y seguimos avanzando sin candela, para que si alguien miraba desde lo alto del adarve, no viera sino sombras que se escabullen en la noche. El guardia agachó la cabeza cuando traspasamos el umbral del postigo y cerró las trancas a nuestras espaldas, abandonándonos a la soledad del destierro. Ahora estábamos fuera, arrojados de nuestro hogar por aquellos fanáticos, Yahvé los maldiga a todos, expulsados como una de las tantas inmundicias que abarrotaban las calles, las mismas que nuestros pies habían hollado durante años.

El chirrido provocado por la poterna al girar sobre la quicialera se grabó en mi cerebro y todavía repercute en él rompiendo el silencio que me rodea, azuzando mis sentidos y embargando mi ánimo. En las calles se imponía una abrupta mudez tan solo rota por el crepitar de las hogueras encendidas en cada esquina y por el lastimoso aullido de los canes que armonizaba con la danza macabra de la muerte. El ambiente estaba cargado por la fetidez de la vida inerte, y el llanto de alguna plañidera se escuchaba en la lejanía, posiblemente provocado por alguna otra terrible muerte.

Volví la vista al descender por la senda, con Benvenida aferrando sus brazos alrededor de mi cuello, sin apenas tenerse en pie, y las pocas pertenencias que nos

quedaban cargadas a la espalda. Imaginé entonces la desgracia de los desdichados que quedaban solos ante el tormento del mal negro y la celosa superchería de los desalmados, y me apiadé de todos ellos, pues hubiera lamentado mayormente encontrarme entre los perseguidores que entre el que es hostigado por la defensa de la verdad.

—Solo tu juicio es justo —recé al Todopoderoso mientras mis tobillos se remojaban en el lecho del río, y Benvenida y yo atravesábamos el pequeño vado formado junto a la poceta del viejo batán—. Honroso me siento por sentirme entre los que obran con rectitud. Que tu justicia sea implacable, Señor, contra aquellos que actúan guiados por la iniquidad y condenan al oprobio a los que entregaron su alma al servicio del prójimo.

Tras vadear el Tinte, recorrimos las pequeñas huertas ubicadas junto a su ribera y ascendimos hasta el camino que conduce a Cuenca. Allí nos aguardaban otros dos guardias que custodiaban un pollino y una desvencijada carreta.

—El rabí Asaf ha pedido al alcaide que se os haga entrega del carro y del animal —nos dijo con frialdad el que sujetaba el roncal de la montura, al tiempo que me cedía un retazo de papel.

Leí el contenido del mismo y derramé sendas lágrimas al ojear las palabras de despedida de Asaf, de algunos de los ancianos y del propio Yehuda Aben Daniel, Yahvé los bendiga y los proteja a todos ellos. El animal era el mismo que había visto hacía apenas unos días en el corral de Daniel Orabuena, una bestia lomienhiesta de crines enredadas, que cabeceaba inquieta y coceaba sobre el suelo una y otra vez hundiendo la pezuña en el barro. El carro, por su parte, pertenecía a mi suegro, Tobías, y siempre había permanecido en el corral de su casa. Me alegró comprobar que no se había olvidado de su hija en aquel trance, pese a las veces que había dicho avergonzarse de ella por tener que aguantar su presencia constante en la sinagoga y por reivindicar insistentemente la dignidad de la mujer, que el anciano juzgaba debía ser sumisa en todo al varón y recluirse junto al fogaril del hogar.

Tobías había evitado en todo momento acudir a la casa de Yehuda durante los últimos días, tal vez por no dejarnos en evidencia delante de unos vecinos que constantemente murmuraban y que recelaban de cada movimiento que se producía en las casas de la judería; pero aquella noche le habíamos echado especialmente de menos. Es cierto que, al abandonar la morada del ropavejero, mis ojos habían advertido su presencia tras el papel engrasado que cubría el ventanuco de su casa, situada en el costado de la barriada.

Ahora sentía nuevamente que aquel viejo huraño al que, pese a todo, tanto amaba mi esposa se hallaba junto a nosotros. Que toda la comunidad estaba a nuestro lado, pues la nota decía que las ropas, mantas y un pequeño cofrecillo con monedas que había en el interior de la carreta habían sido producto de una colecta en la que todos habían colaborado. En aquel pedazo de papel aparecían escritos los honorables apellidos de nuestros hermanos. Todos menos el de los Fabon. Una pequeña

anotación de Asaf al final del texto señalaba que el viejo Ezmel había rehusado colaborar, aduciendo tener demasiados asuntos que atender como para andar tirando el dinero.

Acondicioné a Benvenida en la vieja carreta, mientras me preguntaba cómo diantres iba a conducir aquel armatoste por los estrechos e intransitables caminos que atravesaban la sierra hasta la Ciudad de las Hoces, cubiertos los más de matas y zarzas, de cuestas insufribles e inacabables, mal adobados y estropeados por el flujo de las aguas y el trasiego de las caballerías. Ignoraba aún si debía encaminar mis pasos hacia el hogar de mi familia o si, por el contrario, debíamos marchar hacia Darocha y aceptar la invitación ofrecida hacía tiempo por mi amado amigo el *mohel* Isaac Benveniste, al que tanto aprecio. Allí hubiésemos recibido una calurosa bienvenida que, sin duda, todavía espero disfrutar en los próximos días. Además, el viejo Asaf me había firmado varias recomendaciones para que entregara al rabí de aquella aljama. Mas mi corazón exhausto me pedía encaminarme hacia mi Cuenca natal, donde todavía moraban los últimos de nuestro linaje, y que en estos días se ha visto, como lo fue Cannete, despojada de los que aman sus callejas retorcidas y sus empinadas e interminables cuestas y vargas.

A pesar de los acontecimientos vividos y la dureza del camino que nos aguardaba, tenía la certeza de que mi esposa hallaría prontamente remedio a su mal, pues la calentura había remitido. Cuando los guardias marcharon y escuché la viveza de la respiración de mi amada, noté una alegría inmensa, pues en la fatalidad en la que nos hallábamos, ella era cuanto me quedaba. Era mi joya perlada, el único y mayor de mis tesoros. Y lo sigue siendo, afortunadamente, en estos días aciagos, pues solo a su presencia debo mi entereza para afrontar este nuevo destierro.

El pollino comenzó a caminar lentamente, arrastrando tras de sí el estridente chirriar de las ruedas del viejo carromato. Avancé con la mirada perdida y después, de manera inconsciente, volví la vista, y mis ojos adivinaron entre la neblina nocturna los serrados muros de la villa y la luminaria rojiza que destellaba procedente de sus callejas. Sentí entonces un gran peso que me aplomaba el alma y, cabizbajo, me abordó la idea de que había ofendido a mi padre por no llegar a ser el gran físico que él pretendía. En los últimos días había visto cómo mis pacientes morían uno tras otro, cómo aquella maléfica enfermedad avanzaba imparable alimentando los carneros de la villa, cómo incluso había llegado a arañar la delicada piel de mi amada, amenazando con apoderarse del cubículo más sagrado de mi corazón.

La aciaga parca había abatido implacable a personas que me eran cercanas, y nada había podido hacer yo por remediar tanto daño. Ahora mi esposa, pese a la leve mejoría, se debatía entre la vida y la muerte, y, si ella sucumbía, se perdería para siempre la oportunidad de honrar a mi padre con el nacimiento de un vástago. El destino oprobioso se cebaba con nosotros y la vida se tornaba en un suplicio insoportable.

Sentí en la profundidad de mis entrañas las palabras del sabio y respetado poeta

Aben Gabirol, de bendita memoria: «Estoy confundido y avergonzado para permanecer a tu faz, pues sé que según la magnitud de tu grandeza, así es el extremo de mi bajeza y oprobio». Alcé la vista y grité a las copas de las choperas que bordeaban el río de La Vega:

—¡Oh, Señor! «Soy gleba y gusano, polvo de la tierra, vaso lleno de corrupción. De la nada vengo y a la nada voy», pues mi carne no es más que la que yacía agusanada en las huertas del Portillón. En estos momentos mis ojos se desploman sobre el suelo, pero mi corazón eleva su mirada hacia el Altísimo, bendito sea, y no me lamentaré en ningún caso, sino que mi alma alabará al Todopoderoso, pues están escritas sus palabras, «Si Yo hubiera extendido mi mano y te hubiera herido a ti y a tu pueblo con peste, ya habrías desaparecido de la tierra; pero te he dejado con vida, para hacerte ver mi poder, y para que sea celebrado mi nombre sobre toda la tierra».

* * *

Así fue, mi querido tío Alatzar, como Benvenida y yo nos vimos despojados de nuestro hogar y arrojados de la villa en la que había anidado nuestro amor. ¡Dios todopoderoso, bendito sea, maldiga a esos necios paganos que apestan todo lo que tocan con sus infectas manos! Ahora su sandez e ignorancia nos condenan de nuevo a abandonar la casa de nuestros padres y a vagar por los caminos que, intransitables y serpenteantes, discurren por las sierras. Aun así, no pierdo la esperanza de reencontrarme en el futuro contigo y con tu amada esposa Preciosa, el Todopoderoso os colme de gozo. Mi deseo por visitar vuestra querida villa de Huepte y recorrer con la mirada las tierras alcarreñas que hollaron nuestros antepasados embarga hasta lo más profundo de mi ser. También me invade el anhelo de visitar la tumba de vuestro hijo Zaherían, el Altísimo lo guarde en su seno, y llorar ante la tierra que guarda su cuerpo. Rasgaré mis ropas cuando lo haga, pues su muerte prematura ha dejado extinto el linaje de tu padre, Abraham Abulafén. Únicamente Sorbellita, la esposa de mi hermano Jacob, y Benvenida pueden ahora perpetuar su progenie y la del linaje de Yanto Ha-Leví, pero una nefasta maldición parece haber ayermado los vientres de ambas.

No deseo alargar más esta carta, querido tío. Te envío mis mejores recuerdos para ti y para Preciosa. Arde en nosotros el deseo de reencontrarnos con vosotros; que Dios en su misericordia nos reúna en las circunstancias más felices y favorables.

¡Que la paz del Señor haga posada en vuestros corazones! Nuestra confianza es solo Dios, bendito sea en su morada santa.

Palabra del firmante. Cuarto día de la semana, a seis días del mes de *adar bet*, del año 5109 de la creación del mundo^[9]. Leví Aben Yosef, su reposo esté en el Edén.

Capítulo III

EXTRACTO DEL LIBRO DE DÍAS DEL FÍSICO JUDÍO LEVÍ ABEN YOSEF

Teruel. Año 5111 de la creación del mundo. Día de la Preparación, decimocuarto día del mes de adar ále f^[10]

Está escrito: «Pero vosotros no exijáis garantías a los designios del Señor nuestro Dios, porque Dios no se somete a las amenazas, como un hombre, ni se le marca, como a un hijo de hombre, una línea de conducta». Los designios del Señor son inescrutables, y sus dictados subyugan la voluntad del hado, como dobla el junco y lo retuerce la fuerza del viento. «Pidámosle que nos socorra, mientras esperamos que nos salve. Y Él escuchará nuestra súplica, si le place hacerlo».

No tomo hoy este diario para saborear la agraz existencia que el Todopoderoso, exaltada sea su memoria, me entregó, sino que lo hago en busca de consejo y prescripciones en mis propias palabras. Mis ojos han escrutado aquellas páginas casi olvidadas que mi mano escribió con celeridad durante los últimos días de nuestra estancia en Cannete, y también esas otras que mis dedos signaron en la vivienda de mi hermano Jacob, en Cuenca. Días nefastos fueron aquellos en los que la ponzoña negra se apoderó del orbe, dejando su lóbrego estigma en nuestras ciudades, villas y aldeas. Días horribles son estos en los que el mal negro amenaza con levantarse nuevamente para caer como una gélida guadaña sobre nuestro cuello.

Hacía meses que no abría este libro de días y, al hacerlo, no he podido evitar mojar en tinta la punta del cálamo y volver a dejar impresas algunas palabras, como antaño, dejando de nuevo grabados en sus páginas pequeños retazos de mis sentimientos, emociones, sufrimientos y gozos; pequeños esbozos todos ellos del dibujo de mi alma, al fin y al cabo.

La dejadez y el exceso de trabajo provocaron hace ya muchas semanas que me olvidara de este viejo libro que me ha acompañado durante tantos años y que un día me entregó mi padre. «Úsalo —me dijo entonces quien me dio la vida—, y será el espejo de tu alma». En él encuentro, cada vez que leo alguna de mis propias palabras, el mismo reposo que hallaba al recitar mis viejos poemas, aquellos que escribía al calor del hogar de mi casa de Cannete, aposentado en la banca corrida de la cocina, o en el mullido escaño de mi despacho. Poemas añejos que agrían el sabor de mi garganta, al tiempo que resuenan como una dulce melodía en mis oídos. Poemas que el tiempo venció, consumiéndolos entre las llamas, aquel nefasto día en el que el aljez de nuestra casa se tiñó de negro y sus techumbres se vieron abatidas por el rigor del fuego.

Hoy, pasados más de dos años de aquella terrible desgracia, las páginas de este libro de días endurecen mi corazón, tornándolo en un óvalo pétreo esculpido por el

inexorable acontecer de los años. Hacía tanto tiempo que mis dedos no las surcaban... Hacía tanto que mi espíritu no se sumergía en ellas como un bajel que se deja mecer en las aguas azotado por el soplo incansable de los vientos que algunos de los pensamientos y emociones que signé antes de perder la costumbre de escribir todos los días ya me resultan ajenos y extraños. Todos estos esbozos son, sin embargo, la firma de la sangre que humedece mis venas, la sangre de un linaje de sanadores que el paso del tiempo y su nefasta huella en nuestra carne amenaza con extinguir.

Eran muchos en mi familia los que se dedicaban a la medicina y a la cirugía. Si bien mi padre era físico, mi tío Alatzar era cirujano y conocedor del arte de ensalmar los huesos, y mi primo Junez, mucho mayor que yo en edad, era físico de los ojos. Y de unos y otros pude aprender yo las dos ciencias. Nunca llegué a ser extremadamente hábil con las manos, pero sí adquirí los suficientes conocimientos para tratar heridas, e incluso para realizar trepanaciones. También aprendí de todos ellos a leer la lengua árabe que hablan los ismaelitas, de modo que pronto tuve conocimiento de lo que decían los libros de medicina escritos por los sabios de aquella raza y por los antiguos pensadores griegos, obras que en muchos casos no se hallan traducidas a las lenguas que se hablan en las tierras de Castilla y Aragón.

Mi tío Alatzar vivió durante muchos años en Cuenca, en la casa de mi padre. Él es el hermano de mi madre, Ferosa, y su llegada a la Ciudad de las Hoces coincidió con el comienzo de mi aprendizaje. Fue él quien me enseñó los secretos de la cirugía, ciencia esta que desprecian los físicos y prefieren dejar en manos de otros, pero que yo aprendí a valorar desde la niñez imbuido por el convencimiento de mi progenitor de que ambos conocimientos se hallan ligados. «Donde marches esta ciencia te será de utilidad —me decía mi padre ante el asentimiento de mi tío Alatzar, máxima que jamás fue aceptada por mi hermano Jacob, quien nunca sintió demasiado afecto por nuestro tío ni recibió sus enseñanzas por ser mayor que yo en edad—. Pero recuerda que no debes hacer uso del escalpelo antes de haber probado todos los remedios conocidos para combatir cualquier enfermedad. Esa es tu responsabilidad».

Mi padre era ciertamente un físico entregado. Había dedicado toda su vida a la medicina y era un gran admirador de Maimónides. Su fama se extendía por todo el reino castellano, desde los confines orientales y las tierras de frontera hasta la ciudad de Burgos, donde habitan muchos de nuestros parientes. Su nombre era conocido a este lado del mar y también al otro, pues hasta el mismo sultán de Fez, a quien mi hermano Jacob sirve ahora, hizo llamarlo a su presencia para ofrecerle un puesto en su corte. Aseguraba, en su experiencia, que la observación y el conocimiento debían primar sobre las prácticas empleadas por los sanadores y sabidoras que tanto abundan en las villas y lugares del reino. «La superchería —decía— es un mal mayor que la peor de las enfermedades». Es cierto, no obstante, y yo he tenido la oportunidad de

comprobarlo, que en ocasiones la gente cree estar enferma sin estarlo y que, a veces, cualquier remedio es bueno para el paciente si este se halla plenamente convencido de que tomándolo sanará.

Hoy, sin embargo, ya no soy el médico que formaron mis parientes, ni ejerzo ya la profesión a la que con tanta entrega se dedicaron los varones de mi familia. Hoy soy un simple carnicero que cada mañana mancha sus manos y brazos con los costrones sanguinolentos y los flujos que brotan de las hendiduras que abro con mi cuchillo en la carne muerta de cabritos, carneros y otras carnes menudas. De lo que era, nada queda; de lo que soy, nada imaginé en el pasado. Solo Dios, bendito sea, y el hado, cuya voluntad se halla subyugada a la suya, conocen lo que me aguarda en el futuro.

Fue hace pocos días cuando Bachel, mi protector, me pidió que atendiera a un cristiano oriundo de Jaca que se había establecido en la ciudad hacía ya más de una década.

—Se llama Berengario Martínez y es un hombre bueno —me dijo—. Cierto que es uno de esos astrosos nazarenos, pero su pertenencia a esa secta no ha maculado la nobleza de su corazón.

—Hace ya largos meses que mis manos no curan —le dije resignado en la congoja a la que me había visto sometido por el azaroso capricho de mi estrella—. Manejo el cuchillo con la misma destreza de antaño, pero si un día abría la carne para sanar, ahora lo hago simplemente para degollar, para desollar y para despiezar, y no me parece que mi mente pueda verse inmersa en otra tarea que no sea esta.

Bachel me miró consternado, con un aire de desesperación esculpido en sus pupilas suplicantes. Hace ya tiempo que pude acostumbrarme a la rudeza de su rostro aguzado por una barba puntiaguda y rizada, negra como la brea a la altura de la barbilla, pero cana y desteñida en los costados, la cimera del labio superior y los mechones rizados que colgaban de sus sienes. Conozco bien el lenguaje de sus ojos, y su mirada se me asemejó a la arrojada sobre mí en otra ocasión, como el haz de clemencia que escupe la visión de un miserable condenado ante su verdugo. La desolación volvió a abatir entonces mi espíritu como aquel día en que mis ojos contemplaron por primera vez los del pañero y, no pudiendo resistirme, ladeé la cabeza antes de realizar un tenue gesto de asentimiento que desazonó mi entereza y me sumió en un sopor nostálgico que colmó mis recuerdos tiéndolos de una negrura atroz.

Acepté el cometido de Bachel y ayudé a encontrar una cura para el mal que el cristiano sufría. Ignoro el motivo que llevó a mi amigo a suplicarme con tanta insistencia que ayudara a aquel pagano, ni el extraño vínculo que unía a ambos y que fui incapaz de descifrar durante mis visitas al jacetano; pero es evidente, en cualquier

caso, el interés que el pañero tenía por poner remedio a aquel daño que aquejaba al cristiano. No dejó de sorprenderme el porfiado agradecimiento de Bachel, ni la propia remuneración que me dio, como si nuevamente hubiera salvado la vida a alguno de los de su casa.

Ahora no puedo dejar de pensar en aquellos buenos tiempos en los que atendía a las gentes en mi pequeño consultorio en la judería de Cannete. Mi mente evoca igualmente, de forma febril, las salidas que semanalmente hacía a los montes, recorriendo los márgenes del río Mayor y La Vega, subiendo a las cimas rocosas que, plagadas de fuentes, envolvían aquella villa que sigue ocupando un pequeño nicho en mi corazón. Recuerdo los ramilletes de romero y espliego, las abundantes plantas que cogía en cada salida y que, bien encordeladas, guardaba con celo para nutrir ricamente con ellas mi dispensario. Mis pensamientos se evaden mientras el cuchillo taja la carne, y mis manos hurgan entre vísceras, bofes y asaduras, nublando mi mente con ensoñaciones de libros y poemarios.

Anoche mismo, sin ir más lejos, me desperté sobresaltado con la imagen grabada en la mente de mi hermano recetando en su consultorio de Cuenca, al tiempo que yo mismo aplicaba un cauterio sobre la herida de un mugriento niño con el cuerpo recubierto de costrones que, llorando a moco tendido, se aferraba a la parda garnacha de su madre, suplicando que no le hiciera más daño.

Siempre pensé que la perfección del alma es inalcanzable sin la curación del cuerpo y la extirpación de toda impureza y enfermedad del mismo, y que ese es el único camino para alcanzar la verdad del Todopoderoso, bendito sea. Ignoro por qué en los últimos meses mi cabeza ha olvidado todo cuanto aprendí y por qué mis manos dejaron de sanar hace ya tiempo, cuando siempre tuvieron ese maravilloso don que el Señor todopoderoso, loado sea por siempre su nombre, solo concede a unos pocos. A veces me pregunto por qué mi vida ha cambiado tanto en los últimos meses, pero desgraciadamente, siempre que lo hago, esa tediosa y maldita pestilencia de landres aparece entre mis pensamientos y hace que mi ánimo retroceda, acobardado.

Día de Alhad,

decimosexto día del mes de adar álef^[11]

Llevo más de dos horas releendo algunos de los pasajes que hace tiempo escribí en este libro de días, en otra época en la que mi corazón se henchía junto al de mi amada Benvenida entre los muros de nuestra casa de Cannete. Reconozco que todavía no me he repuesto de la pérdida del que durante años fue nuestro hogar, al que imagino ahora como una tiznada escombrera en la que las zarzas se enroscan entre las vigas caídas, brotando de entre las piedras derrumbadas que sirven de guarida a arañas y ratas, apestando, quizá, a la carne pútrida de algún gato muerto que reposa

sobre su solar, asediado por un mosquerío pertinaz.

Fueron buenos momentos aquellos en los que el amor destilaba aromáticos efluvios que se arracimaban junto al hogar de nuestra vivienda; tiempos que, no obstante, no regresarán jamás y que se pierden ya entre las simas sinuosas y siniestras que se abren entre las lomas de mis pensamientos. Recuerdo el instante en el que mi padre me entregó este libro de días, un año después de que el matrimonio entre Benvenida y yo fuera bendecido por el rabí de la aljama de Cuenca, orgulloso de ver el consultorio que había construido en el bajo de nuestra amada casa, destinado a ser el cubículo en el que refulgiera la luz de mi existencia.

—Tal vez pienses que es un regalo extraño —me dijo—, pero no juzgo sino que no existe instrumento más útil en la vida que aquello que nos permite consignar nuestros pensamientos y las emociones que perfila nuestro cerebro.

Abrí las recias tapas de cordobán y observé los cuadernos de papel sin tinta impresa en ellos.

—Lo he mandado encuadernar para ti —me dijo—, porque yo tengo una herramienta semejante, y es gracias a ella que soy lo que ves delante de ti.

—¿Sirve para que escriba en sus páginas lo que mis ojos ven y experimentan al tratar a mis pacientes? —pregunté ingenuo, consciente de que el duro aprendizaje había concluido hacía apenas unos meses, semanas antes de que Benvenida y yo uniéramos nuestras vidas.

Mi padre Yosef asintió con la cabeza, y los mechones canosos que brotaban de su frente se tambalearon ante la decisión de su gesto.

—Para eso, y para otras muchas más cosas.

Lo miré extrañado y confuso, pues dudaba que mi padre conociera la entonces incipiente afición por escribir poemas que ocupaba mi tiempo cuando no había paciente alguno al que atender, algo que solía pasar a menudo.

Mi padre sonrió mostrando sus dientes amarillentos. Yo adoraba aquella sonrisa, una mueca que enternecía su rudo rostro y que compensaba los azotes con los que solía castigar mi trasero, o mi espalda, cuando la lección se atascaba entre mis pensamientos.

—Eres un alumno aplicado, Leví, pero la vida tiene aún mucho que enseñarte.

Supongo que mi faz evidenciaba una expresión interrogante que llevó a mi padre a posar la amplia palma de su mano sobre mi espalda y conducirme hasta la galería que daba al corral. Mis ojos se pararon de inmediato sobre la loma que ascendía hasta el crestón rocoso donde se alzan los muros y torres de la villa de Cannete.

—Ahora eres físico, Leví, y sin duda, pese a la importante decisión que has tomado de establecerte en este pequeño lugar, creo que llegarás a ser de los mejores del reino. Pero has de saber que el buen médico no solo debe buscar la salud de sus pacientes...

—¿A qué se refiere, padre? —pregunté sorprendido por aquella aseveración, pues recordaba claramente que, en la primera lección, mi progenitor y maestro me había

insistido en que la principal preocupación de un sanador debían ser los enfermos.

El viejo Yosef volvió a sonreír de una manera tan forzada que, por un instante, pensé que iba a carcajearse de mí.

—Tu principal preocupación en esta vida debe ser tu propia salud —me dijo sin apartar la mirada del astro, que en aquel momento calentaba inclemente las abigarradas rocas del crestón—, y no olvides que siempre tienes que hacer por mantenerla a salvo.

Aparté el brazo que rodeaba en esos instantes mi cuello, totalmente perplejo por aquella sentencia. Creo que en aquel momento llegué a sentir indignación por las palabras de mi progenitor, pero también una conturbadora decepción. Juzgaba a mi padre el hombre más sensato del orbe, una persona entregada que se deshacía por el prójimo, un hombre bueno cuyo corazón era un cubículo sagrado en el que moraban el Todopoderoso, bendito sea, y las Escrituras que el Altísimo legó a nuestros padres por boca de los profetas.

Yosef Ha-Leví bajó entonces la mirada y clavó en mí sus ojos, profundamente oscuros y moteados, hasta hacerme retroceder.

—Tu salud debe ser tu principal preocupación —insistió—, pues si algún día desapareces, no dejarás sino un gran vacío entre aquellos que necesitan de tus manos para atajar sus males.

—Pero, padre —protesté—, la muerte forma parte de la vida y algún día habrá de llegarnos a todos sin remisión...

—Nada puede evitar que el Todopoderoso, exaltado sea su nombre, te llame como a todos sus hijos, pero hay muchas maneras de desaparecer del mundo —me dijo sin que terminara de comprender sus palabras.

—¿Y para eso sirve este libro? —pregunté—. ¿Para garantizar mi salud?

Asintió adoptando una expresión de ternura que me era desconocida en él.

—Así es —expresó con voz meliflua—. El libro te dará salud, porque te servirá para ordenar en sus páginas tus ideas.

Negué con la cabeza sin comprender a qué se refería.

—Algún día lo entenderás —me dijo—. En la vida, el camino no siempre avanza hacia delante, y no siempre hay un único sendero que nos ha de llevar adonde pretendemos ir. Es entonces cuando uno necesita aclarar sus pensamientos, poner en orden aquellas ideas que fluyen en su mente. Tú serás un gran físico —repitió—, un hombre que siempre encontrará el camino que le ha de guiar.

No terminé de relacionar lo que el viejo físico que me acunó en sus brazos pretendía decirme. Era joven e ingenuo, incapaz de comprender todavía algunas de las cosas que mi padre Yosef quería expresar, incapaz de conciliar las máximas que habían guiado mi aprendizaje con aquella nueva aseveración de que debía priorizar mi salud por encima de todo lo demás. Comencé a comprender pocos meses después, cuando un recadero trajo la noticia a mi consultorio de que Yosef Ha-Leví, el hombre que me había dado la vida y me había enseñado cuanto sabía, había fallecido en su

casa de Cuenca a causa de un tumor que había crecido en su cabeza y que ni su ciencia médica, ni la de ninguno de mis parientes, había sido capaz de sanar.

Segundo día de la semana, decimoséptimo día del mes de adar álef^[12]

Tengo miedo.

El brumoso invierno parece llegar a su fin, y el sol comienza a recobrar su fortaleza. Pronto llegará la primavera, y las gentes comienzan nuevamente a evidenciar su pánico ante la llegada del buen tiempo. «El terrible mal vuelve con el calor —recuerdo que decía mi hermano Jacob el mismo día en el que cargamos las albardas de las bestias con nuestros enseres y tomamos el camino de Moya, tras vernos obligados a abandonar nuestra casa de Cuenca—. La pestilencia, como las hojas del almendro, florece por primavera y decrece en su ímpetu con el helor invernal».

Había discutido en varias ocasiones con mi hermano acerca de la naturaleza de aquel infeccioso mal, y no era la primera vez que le escuchaba decir que existía una relación entre el calor, las estaciones del año y la aparición de la pestilencia. A pesar de ello, yo siempre había mantenido mis dudas al respecto, pero después de unas cuantas semanas en las que el morbo negro parecía habernos concedido una tregua, la inminente llegada de la primavera había permitido que rebrotara a las puertas de nuestra propia ciudad.

—No comprendo —expresé confuso—, ¿por qué entonces el morbo no penetró en Cannete hasta bien entrado el mes de hesván, durante las primeras semanas del otoño?

Mi hermano Jacob se mostró dubitativo antes de darme una respuesta. Estaba reflexivo, con la mirada perdida en las sinuosidades del camino. La preocupación parecía abrir brecha en su rostro y, aunque veía en su marcha hacia Fez un sueño cumplido, no podía dejar de pensar en la casa de nuestros padres, que ahora quedaba tapiada por orden del concejo.

—Podría deberse a numerosas razones —expresó sin levantar la mirada del suelo—. La mortífera pestilencia no se hizo fuerte en Cuenca hasta bien entrada la estación otoñal, y no olvides que en Molina hubo un rebrote pestífero entrado ya el invierno, después de que ellos hubieran sufrido allí la mortandad con la plenitud del estío. No ha sido un año del todo frío. Las temperaturas se mantuvieron templadas durante muchas semanas, siendo abundantes las lluvias, y el helor no llegó hasta finales de hesván. Además, el veranillo que siempre aflora entrado el otoño, para las martiniegas, fue especialmente caluroso este año, y tal vez eso alentara al morbo. Basta que aflore algo de calor para que el azote de la peste sea lo bastante fuerte como para brotar al menor incentivo en cualquier muladar o basurero que desprenda un hedor pestífero. De hecho, tengo constancia de que en Huepte y Uclés todavía se

han detectado casos hasta fecha muy reciente.

Negué con la cabeza. Pese a la evidencia incuestionable, no podía creer que la llegada del calor nos condenara a padecer los excesos de ese mal siniestro y oprobioso.

—Puedo aceptar la idea de que el morbo se acrecienta con el estío —dije intentando justificar lo indefendible—, pero me niego a aceptar que la llegada del frío sea la causa de su desaparición.

—Yo, sin embargo —dijo él con tono resignado—, sigo pensando que el fenómeno se halla relacionado con el calor y la humedad, y es en el estío y en las fechas cálidas cuando el morbo florece como un infecto sarpullido. Si Cannete y otros lugares como Cuenca permanecieron ajenos a su mortífera naturaleza mientras otros muchos términos se hallaban sometidos a su yugo, quizá se deba a que, por alguna razón, se mantuvieron ajenos al trasegar de ese morbo infecto.

Él, como tantas veces, tenía razón. Jacob Aben Yosef Ha-Leví siempre tiene razón. No tardamos en comprobar cómo la enfermedad rebrotaba con mayor voracidad durante las semanas siguientes, para extinguirse súbitamente con la llegada del otoño. Y después volvió a suceder lo mismo: el mal negro germinó de la nada, estragando la tierra, y dormitó llegado el invierno. Ahora la primavera se acerca, y no podemos sentir sino terror ante el regreso de ese oprobioso daño.

—¿Por qué, Jacob? —pregunté con el gesto contraído, sintiendo cómo la amargura que ese mal había traído me oprimía el pecho y me dejaba sin aliento—. ¿Por qué ocurre todo esto?

Mi hermano negaba con la cabeza sin apartar la vista del pedregoso sendero.

—Si esa mortífera enfermedad se extiende sobre el mundo como una de las siete plagas que el Todopoderoso, exaltada sea su memoria, envió sobre el faraón de Egipto y sus vasallos, entonces no cabe duda de que es la voluntad de Dios que sea de ese modo, y nada se puede hacer salvo aceptar que se trata de un horrendo castigo que el Ángel de Yahvé arroja sobre nosotros por nuestros pecados, como antaño hizo con los sodomitas y gomorritas.

—¿Castigo divino? —pregunté, sorprendido, decepcionado quizá ante la facilidad con la que mi hermano, cuyos juicios siempre consideraba acertados, acabó dejándose influir por las sentencias de los ancianos y las creencias supersticiosas de la gente.

—¿Acaso no crees que Dios pueda enviar un castigo sobre la humanidad pecadora? —preguntó a su vez Jacob de forma inquisitiva.

—No dudo que Dios todopoderoso no pueda castigar a sus ofensores —respondí con palabras balbucientes, sintiéndome desarmado ante el tono mordaz de mi hermano—. Simplemente, no creo que esta mortandad sea un escarmiento del Sumo Hacedor. Recuerda que padre siempre decía que Dios premia al justo y castiga al malvado, pero esta terrible enfermedad se ceba con todos por igual, sin hacer ningún tipo de distinción.

—No olvides, Leví, que la humanidad es pecadora —argumentó él convencido, al tiempo que pasaba su mano por el lomo del animal que trataba de conducir por el camino— y que algunos de sus terribles vicios son aceptados por todos nosotros, sin que nadie plantee duda alguna acerca de su reprochable naturaleza. Tal vez nuestro pecado haya sido convivir con los cristianos sin cuestionar nuestra acción ni la de nuestros antepasados, y ello nos haga a todos igual de malvados.

Mis ojos se clavaron en el rostro de Jacob. Se había levantado viento y este se estrellaba contra los roncales de las bestias haciendo tintinear los cascabeles de sus petrales. Los bucles del cabello de mi hermano se agitaban una y otra vez, y el tabardo que vestía se hinchaba a cada paso que daba. Por primera vez en mi vida vi en él a un ser extraño, alguien que parecía haber renunciado a la ciencia aprendida de nuestros padres. Jacob se había dejado arrastrar por juicios que no distaban demasiado de las ideas del fanático vicario de San Nicolás, ni tampoco de las sentencias de los ancianos de la judería cañetera.

—De todos modos... —expresé intentando cambiar de tema, hastiado de que las palabras de Jacob me resultasen del todo extrañas—, hay algo que no liga adecuadamente en todo esto. En Cannete la peste llegó con las primeras lluvias del otoño, y si bien yo mismo pensaba que la caída del agua ayudaba a purificar el ambiente y a alejar el mal, lo cierto es que la aparición de esta enfermedad inmunda ha venido a coincidir con las lluvias torrenciales que hemos vivido en los últimos veinte meses.

Jacob alzó la vista al escuchar mis argumentos y sonrió como el maestro que contempla el error infantil de su alumno. Ya me había censurado, en otra ocasión, el que yo relacionara aquella enfermedad con la tediosa plaga de ratas que lo inundaba todo, y en nada parecía respetar mis valoraciones. Yo bajé la cabeza al instante, turbado, sintiéndome minúsculo ante los sabios juicios del que siempre fue por delante de mí en el camino de la ciencia, y cuyas verdades me sonaban ahora tan ajenas.

—No te engañes, Leví —me dijo—. Puede que tengas razón en lo de que las lluvias y la peste vienen de la mano, pero no es sino un aviso más del Todopoderoso, loado sea. Primero fue esa terrible sequía, luego la lluvia y las inundaciones, y ahora el hambre y la peste. El Ángel del Señor no conoce tregua.

—La sequía... —susurré meditabundo, y al hacerlo me sentí como los necios ignorantes que no paran de preguntarse por qué han de comer o cuál es el motivo que los lleva a defecar a diario, o a tener que descansar por las noches—. ¡Eso es, Jacob! Esa maldita sequía...

Mi hermano me dedicó una nueva mirada cargada de sorpresa, con los ojos tan abiertos que parecía que estuviera mirando a un loco poco juicioso, y no a un físico que sigue sus pasos en el camino de la sabiduría.

—¿La sequía? —preguntó con tono irónico—. ¿Qué pasa con la sequía?

—¡Tú mismo lo has dicho! —aseguré con convencimiento—. Primero fue la sequía y luego llegaron la lluvia, el hambre y la peste. Dicen los ancianos que todo ello es castigo de Dios a causa de nuestros pecados, pero yo creo que debemos ver más allá, Jacob. El hambre debilita a las personas, y la debilidad es lo que permite que esa enfermedad infecciosa se cebe en nuestros cuerpos.

—Deliras, Leví —dijo mi hermano azotando la atmósfera con su mano, al tiempo que regresaba la vista sobre la jamuga en la que había acomodado a Sorbellita—. Naturalmente que la sequía provoca que el hambre se extienda y esta, a su vez, hace que el hombre sea propenso a enfermar. Pero eso no explica de dónde surge la pestilencia. En realidad no tiene mucho sentido plantearse el porqué de la misma. Es evidente que es la voluntad de Dios la que permite que este mal arrase la tierra, lo único que nos queda es tomar las medidas preventivas que sean precisas y atender a los enfermos en la medida de nuestras posibilidades.

Suspiré agobiado y confuso. No quería refutar las palabras de mi hermano, al que tanto respetaba y cuyos juicios consideraba normalmente del todo acertados, mas en sus palabras no podía dejar de oír las de los ancianos de Cannete, convencidos de que Dios castigaba a los cristianos a través del mal y de que perdía el tiempo prestando mis atenciones a los enfermos. Ciertamente él hablaba de atender a los contagiados, pero lo hacía mientras adelantaba camino hacia Levante. No dudaba yo de sus deseos de acudir hasta la corte fezí y honrar de ese modo a nuestro padre, pero no podía quitarme de la cabeza la idea de que su marcha de Cuenca era poco menos que una huida.

Jamás acepté aquello de que el mal negro era un castigo divino. Pensaba entonces — y sigo creyendo aún hoy— que la pestilencia tuvo su raíz en algún amontonamiento de inmundicia y podredumbre cuyo hedor pestífero debió de contaminar el aire que respiramos hasta extenderse como una plaga. ¿Tienen algo que ver las ratas en todo ello? Debo admitir que no eran tan abundantes en Cuenca como en Cannete, y sin embargo, allí la enfermedad hizo todavía mayores estragos. Tampoco desecho del todo cierta teoría que escuché en la judería de Teruel hace pocas semanas, la cual ha sido concienzudamente defendida por un físico granadino, que asegura que el oscuro daño debe tener su origen en los astros, concretamente en una extraña conjunción de estos, acaecida meses antes de que la mortandad llegara a nuestras tierras. A estas alturas, cualquier idea me parece más sensata que la de que Dios castiga enviando el mismo mal sobre el justo que sobre el inocente. ¿O acaso debemos pensar que cuando toda una familia fenece por el morbo es porque todos sus miembros se hayan empapados por la mancha del pecado? ¿No es más fácil considerar que su muerte se debe a su cercanía y contacto con esa atmósfera venenosa que provoca el contagio?

Sea como fuere, Jacob tenía razón al decir que esa maldita pestilencia rebrota con

la llegada del calor, y lo cierto es que, a medida que avanzan los días y nos acercamos al final del invierno, el pánico va poco a poco haciendo presa en nosotros. A veces me aborda la idea de regresar al ejercicio de la medicina, pero he de reconocer que si ese dañino mal reapareciera en nuestras vidas, nada me aterrorizaría más que tener que enfrentarme a él haciendo uso de mis conocimientos de físico.

***Tercer día de la semana,
decimoctavo día del mes de adar álef***^[13]

Ignoro por qué en los últimos días se han despertado en mis pensamientos los fantasmas del pasado. Hace tiempo que decidí abandonar el oficio de mis antepasados, acuciado por la necesidad y abatido por la terrible miseria en la que el orbe se había visto envuelto tras el paso de la gran mortandad, que dejó la tierra sembrada de viudas y huérfanos.

No, creo que no volvería a ser capaz de esgrimir nuevamente la lanceta, de aplicar cauterios o recetar medicinas, jarabes, julepes y electuarios. Ese tiempo ya pasó; ahora me encuentro a gusto con mi nuevo oficio. Después de todo, no existe tanta diferencia entre aquello que mis parientes me enseñaron y el trabajo en el que me ocupo diariamente.

Ahora mis obligaciones consisten en acudir al matadero del concejo, un viejo corral conocido como *el Amarradero*. Allí doy muerte a los animales que Jahiel, el hermano de Bachiél, compra cada mañana o hace traer desde la dehesa, y lo hago aplicando la *sehitah*, tal y como es costumbre entre los nuestros por mandato de la Ley Sagrada. Así me es concedido hacer, gracias a la licencia que el rabino de la aljama me concedió con el consentimiento de la asamblea, después de que él mismo, junto con el propio Jahiel, me aleccionaran en la práctica.

Como digo, durante varias semanas fui cuidadosamente educado en el oficio, pues como aseguraba el propio rabino, «no manejar adecuadamente el cuchillo de degollar es motivo de anatema según las *tacannot* que rigen nuestra aljama». En condiciones normales es necesario cursar estudios supervisados por los sabios y notables de la comunidad para realizar este trabajo, pero ya no queda nadie en toda la ciudad de Teruel que los posea, pues el último matarife, Israel de Huesca, murió aquejado de la temible ponzoña meses antes de que Jahiel me contratara en su tabla.

Hasta ahora apenas he escrito nada sobre mi nuevo oficio en este diario, pues me avergonzaba haber abandonado la profesión de los míos para dedicarme a la sucia tarea de degollar y despiezar animales. A veces pienso en el desagrado que esto produciría a mi hermano Jacob, él, que siempre detestó el arte de la cirugía, llegando a considerarlo de baja estofa por el ineludible contacto con la sangre y los humores. Otras, pienso en lo desgraciado que soy por trabajar en el macelo, mientras imagino a mi hermano oficiando como físico del mismísimo sultán de Fez. Sin embargo, en los

últimos días, al tiempo que en mi cabeza se abre paso la idea de regresar al trabajo que aprendí de niño, he comenzado a valorar la importancia que mi nuevo oficio tiene para toda la comunidad. Tal vez debí hacerlo ya al recibir las enseñanzas del rabino, pero entonces me hallaba sumido en la desesperanza y acuciado por la miseria. Ahora sé que, gracias a mi esfuerzo, los miembros de la aljama de Teruel pueden cumplir con sus obligaciones de consumir carne no contaminada, y soy consciente de que eso agrada a Dios tanto como los esfuerzos que en otro tiempo hice por salvar de las garras de la muerte a los hijos de su pueblo.

Mi trabajo consiste, tal y como he explicado más arriba, en degollar a los animales según los preceptos de la *sehitah*. Tengo que asegurarme de hacerlo con un cuchillo limpio y que se halle perfectamente afilado, pues no debe haber ninguna mella en la hoja, ni ninguna impureza que manche el metal. Tras ello, cuelgo los cuerpos inertes en una travesera que va de parte a parte del matadero, agarrándolos bien por las patas traseras. En el suelo coloco escudillas con tierra para recoger la sangre de los animales y, al final de la jornada, la entierro bajo un montón de arena, en uno de los rincones del corral, en señal de respeto. Una vez colgados, aparto y examino cuidadosamente las vísceras del animal para verificar que no hay ninguna enfermedad que contamine su cuerpo, pues, de lo contrario, esa carne no sería apta para el consumo. Esta es, sin duda, la parte que más me gusta de mi labor, por ser la que en mayor medida se asemeja a mi antiguo trabajo. De hecho, muchas de las enseñanzas que recibí de mi padre y mi tío puedo ponerlas en práctica sobre la carne muerta de algún animal.

Cuando las bestias están del todo desangradas, las alzo sobre una vieja mesa que hay en el macelo y allí despiezo su carne. La limpio cuidadosamente, aparto los cueros y las asaduras que puedan quedar, así como el sebo de los riñones. Si el animal sacrificado pertenece a la dehesa, peso los trozos y los preparo para llevarlos hasta la tabla de Jahiel, donde son puestos a la venta. Si el animal es propiedad de algún particular, entonces lo preparo para hacer la entrega al dueño en las condiciones que fueron demandadas.

Con los trozos destinados a la venta debo tener un especial cuidado, pues así lo demandan las autoridades de la aljama. Primero los peso y me aseguro de apartar convenientemente los sebos que puedan quedar, y de extraer la landrecilla y el hueso de la anqueta. Después los enjuago en agua fresca para que salga la sangre que ha quedado adherida en el interior de la carne. Tras llevarlos a la tabla, el propio Jahiel les da un nuevo lavado, y cuando la carne está completamente blanca y reblandecida, la envuelve en sal para que se pueda conservar durante varios días.

Ese es el trabajo que diariamente realizo, aunque en ocasiones, si Jahiel me lo ordena, llevo a algunas reses del abasto de la carnicería a pastar a la redonda. Sin embargo, lo normal es que de esa parte del oficio se encargue un mozo cristiano que el carnicero tiene contratado desde antes de que yo entrara a trabajar para él, o que lo haga el propio dulero de la ciudad. A veces, si el trabajo no es excesivo, bajo a la

carnicería y ayudo a Jahiel a atender en la tabla, y allí mismo sacrifico a los animales si estos son pollos, gallinas, capones u otras aves de corral. Los troceo igualmente y los deshueso por el mismo procedimiento —aunque me cuidó mucho de no arrojar los restos inservibles al exterior, pues no hace mucho el concejo multó a Jahiel por ensuciar las calles anejas a la carnicería—. En este sentido he de decir que comparto con los miembros del ayuntamiento ese interés salvífico por evitar que las carreras se llenen de muladares y podredumbres, pues sigo convencido de que esa, y no otra, es la causa de la pestífera mortandad que ha azotado nuestras ciudades y villas en los últimos años; mas hay que destacar que los oficiales del concejo no muestran el mismo celo cuando son los cristianos los que ensucian las calles, arrojan los bacines por las ventanas de sus casas o desechan las podredumbres de sus propias tablas de carnes.

***Cuarto día de la semana,
decimonoveno día del mes de adar álef***^[14]

Esta noche he soñado que abría mi propio consultorio en esta ciudad y que, como antaño, me dedicaba a la ciencia que aprendí de mi padre y de mis tíos, colmatando los anhelos de mi espíritu.

Han sido los gallos, con su torvo canto, los que me han despertado de mis ensoñaciones cuando el día trataba de levantarse aplomado por el helor de la madrugada, y una fría escarcha ha cubierto los campos y las calles de la ciudad con una capa de blancor helado y penetrante. Cuando he llegado a la puerta del matadero, mi mente todavía evocaba febril la imagen del local repleto de estantes con libros y alacenas pobladas de tarros con esencias, matraces para recoger la orina e instrumentos para el arte de la cirugía. En el centro de ese dispensario imaginario había un ancho poyo de fábrica en el que se apoyaban varios libros, entre ellos los *Aforismos médicos*, el *Tratado sobre el coito* y el *Tratado sobre los venenos*, del sabio Maimónides, bendita sea su memoria, cuyas enseñanzas escogieron mi padre y mi tío para ilustrarme en los senderos de la rectitud y el conocimiento de la fe y la ciencia.

Yo me hallaba sentado en un lujoso escaño de madera taraceada, atendiendo a uno de mis clientes, extrayendo de la bolsa que portaba el matraz repleto de orina, preparado para analizarla y emitir mi diagnóstico, como tantas y tantas veces hice en el pasado. La nostalgia del recuerdo me ha sumergido en un irrefrenable sopor, del cual solo he podido salir al tener que concentrarme para degollar un par de carneros que me han traído al poco de llegar.

Desde que atendí a ese cristiano, la idea de volver a ejercer como físico me obsesiona día y noche y, aunque me encuentro lejos de mi tierra y de la ruinosa casa en la que tantos buenos momentos pasé, no hago sino evocar aquellos días en los que

practicaba el arte de la física y la cirugía, y mis pensamientos se recrean en aquel consultorio que yo mismo había acondicionado para esa labor.

Recuerdo el día en el que por primera vez abrí la puerta del dispensario en el bajo de aquella casa de Cannete, cumpliendo de aquella forma con el anhelo que había desbordado mis ensoñaciones durante toda mi juventud. No me había costado demasiado convencer al concejo de la villa, después de entablillar el brazo roto de un campesino y suturar la herida que la hoja de un cuchillo había abierto en el costado de una mujer. Ambos habían sido atacados violentamente y, aunque en Cannete jamás había habido físico alguno ni cirujano que atendiera a las gentes, la cruda situación que se vivía en la frontera desde hacía algunos años permitió que el alcaide, el juez y los demás jurados de la villa consideraran oportuna mi llegada y facilitaran mi labor.

Como decía, aquellas buenas gentes habían sufrido sus heridas y lesiones tras un ataque a manos de las gentes de Teruel, el mismo lugar en el que me hallo ahora, quienes se llevaron del término de la villa una extensa partida de mulos, yeguas y ovejas. Los del concejo y el alcaide habían puesto una reclamación legal al concejo turolense, pero los jurados de este se negaron a la devolución de las bestias arguyendo que la mayoría de ellas habían sido vendidas a un potentado local llamado Gil Sánchez Muñoz, quien era miembro de una de las familias que rivalizan por el poder en esta ciudad.

Indignado por aquellos acontecimientos, el alcaide de la villa, el bueno de don Miguel Fernández, decidió organizar una partida de gentes con el propósito de entrar en la tierra de Teruel y preñar tantos bienes como fueran necesarios para restituir a aquellos que habían sufrido el robo de los turolenses. Se mandó, no obstante, carta al rey de los aragoneses, con el fin de que hiciera justicia en lugar del concejo. Pero ante la tímida respuesta que llegaba del otro lado de la frontera, se organizó finalmente la cabalgada y se me pidió que participara en la misma, para atender a quien pudiera resultar herido durante la acción. Si lo hacía, tendría derecho a recibir la parte que me correspondiere de los bienes confiscados, una vez apartado lo necesario para indemnizar a los afectados por el robo de los de Teruel y el quinto que había de entregarse al rey. Además, si apoyaba la partida, los jurados de la villa se comprometían a secundar mi iniciativa de abrir un consultorio en la judería, intervendrían a mi favor ante los ancianos del barrio hebreo y me concederían un salvoconducto para moverme libremente por los términos colindantes de la villa.

Participé, pues, en la cabalgada tal y como se me pidió y, aunque yo siempre fui de los que detestan el uso de las armas, encontré emocionante aquella aventura. Penetramos en tierras de Teruel y asaltamos los campos de varias aldeas, preñando cuantas bestias encontrábamos a nuestro paso, así como un pequeño ganado de ovejas y cabras que condujimos hacia Cannete sin sufrir perjuicio alguno. Únicamente hube de atender al mismo alcaide de la fortaleza, quien, en una de las arrancadas, cayó malamente del caballo y se lastimó el brazo siniestro. Le atendí debidamente y le apliqué durante varios días un unguento reparador desde el hombro hasta el codo; en

una semana el dolor había desaparecido y apenas había rastro de las magulladuras en la carne. Desde entonces aquel noble señor siempre me guardó gran estima, y en todo hubo de apoyarme hasta el día, pasados diez inviernos desde esa fecha, en el que me pidió que por mi seguridad abandonara la villa, pues eran muchos los que habían puesto precio a mi cabeza y poco más podía hacer por mí.

El alma se me resquebrajó entonces como lo hace la escarcha del camino tras la alborada ante el tránsito de las bestias. Mas, pese a haberlo perdido todo entonces, jamás pude sospechar que, a nuestra llegada a Cuenca, mi estrella habría de arrebatarme también el derecho a dedicarme al oficio que aprendí de los míos.

***Quinto día de la semana,
vigésimo día del mes de adar álef^[15]***

Me encuentro completamente agotado. Aunque en esta época se matan menos animales que antes de la llegada del invierno, no recuerdo jornada en la que haya tenido más trabajo que en el día de hoy.

El frío es intenso. Durante la noche ha caído una intensísima nevada, y me he visto obligado a apartar la dura nieve que se amontonaba junto a la entrada del macelo y que, en parte, se había desprendido del tejadillo de la tapia del corral. Al acabar he ayudado a los vecinos a limpiar la calle para que, al menos, pudiera transitarse por ella con cierta normalidad, ya que el sol carece de fuerza y se espera que la nieve permanezca varios días sin regalarse y termine por convertirse en hielo durante la madrugada.

Exhausto, he procedido como cada día a sacrificar los animales que, con grandes dificultades, me habían traído desde la redonda. Al final del día, como hago normalmente, he limpiado todas las asaduras y las impurezas apartadas de los cuerpos, y he retirado todo el estiércol acumulado en el corral en las últimas cinco jornadas, ya que no había tenido tiempo de hacerlo en toda la semana. Me gusta mantener limpio el macelo y tengo gran cuidado al desechar todas las inmundicias que se generan, y mucho más ahora, cuando no falta demasiado para la llegada de la primavera y los primeros calores podrían provocar la reaparición de la temible peste de landres.

Hoy me tocaba igualmente sacar toda la corambre acumulada durante la semana. Siempre limpiamos y almacenamos todos los pellejos para venderlos a los curtidores de la ciudad y las aldeas, y lo mismo hacemos con los sebos, para los cuales nunca faltan buenos compradores. Jahiel siempre asegura que de los restos sobrantes de los animales se puede obtener casi tanto beneficio como de la propia carne, y lo cierto es que empiezo a creerlo, porque el otro día un comerciante llegó a pagarnos trescientos

sueños de los que se acuña en Jaca por reservar la primacía sobre los cueros y pellejos que produzca el macelo durante todo un año. Aparte, toda aquella carne que no es apta para el consumo de la comunidad hay que intentar venderla, o bien a las carnicerías cristianas, o bien directamente a algún buen cliente de los muchos gentiles que nos la encargan a nosotros, pese a las restricciones del concejo.

Por si no había trabajado bastante durante toda la mañana y buena parte de la tarde, Jahiel me ha encomendado un recado antes de finalizar la jornada: que trasladara un mensaje a un hombre llamado Bartolomé Benedit, quien ejerce en la ciudad el oficio de tabernero. Así pues, he acudido hasta su local, situado en una calle que hace esquina con la del Tozal, y he aguardado durante unos instantes al vinatero, hasta que él pudiera atenderme. Al hacerlo, no he podido evitar seguir la conversación que se mantenía cerca del fuego, que ardía en uno de los costados de la taberna, observando cautelosamente tras los pellejos de vino que colgaban de una pértiga. Allí, en banquetas de tijera, estaban sentados Esteban Abril y un notario llamado Pedro Sánchez.

—¿Y cuál ha sido entonces la causa de que la mujer haya perdido el niño que su vientre alojaba? —He escuchado que decía el segundo de ellos, un hombre de pelo lacio, pálido de rostro y ademanes refinados.

Esteban Abril, que es uno de los físicos cristianos que trabaja para el concejo, se ha llevado las manos a la cara y se ha frotado concienzudamente las mejillas en un gesto reflexivo. Después ha juntado las yemas de los dedos y ha resuelto sin demasiado convencimiento:

—Creo que la terrible tormenta que descargó hace dos madrugadas. De hecho, un pastor de una aldea cercana, un tal Juan Torres, asegura que algunas de las ovejas que tenía preñadas, las últimas que faltaban por parir, enfermaron y alumbraron prematuramente, hallándose muertas las criaturas que alojaban en sus vientres.

—¿Pero qué tiene que ver la tormenta con la fecundidad de las hembras? —ha preguntado confuso el notario.

Me he levantado de la banqueta que ocupaba e, instintivamente, a punto he estado de acercarme hasta ellos para participar en la conversación; mas mi condición de judío y mi oficio de carnicero me lo han impedido, pues, sin duda, ambos hombres se hubiesen sentido ofendidos por mi intervención. Disimulando, me he acercado algo más y me he acodado sobre el tablero sujeto por borriquetas desde el que despacha el tabernero.

—Se sabe —ha indicado el físico— que los relámpagos tienen la capacidad de penetrar por la parte baja y secreta de las hembras, de modo que pueden llegar a quemar la criatura que llevan estas en su seno, sin dejar huellas de la quemazón por la sutileza del vapor. ¿Recuerdas cómo hace dos inviernos un rayo mató a Martín Lázaro, aquel labrador que habitaba en la calle de la Franquería, no lejos del Hospital

de San Juan Bautista? —ha indicado mientras el notario asentía—. No hallamos restos de quemaduras en su carne, porque el vapor del relámpago es tan fuerte que puede penetrar en los órganos vitales de un hombre sin dejar rastro alguno en la piel. Eso es lo que creo que le ha pasado a la criatura de doña Sancha, pues es sabido que en las mujeres la porosidad de la carne es todavía mayor que en los varones.

Justo en ese momento, el tabernero ha salido de la trastienda y me ha preguntado el motivo de la visita. He dudado antes de contestar, enfrascado como estaba en la conversación de los dos hombres, pero después le he cedido la pequeña nota que guardaba bajo la camisa y que debía entregarle, y le he transmitido el mensaje que Jahiel me había dado para él. El hombre la ha dejado sobre el pellejo de vino que estaba tendido sobre el tablero y, tras llenar la medida y servir un vaso a uno de sus clientes, ha vuelto a coger la nota y ha hecho como que la leía con detenimiento. En ese momento he visto que el médico se levantaba de la mesa y, despidiéndose del notario, ha salido de la taberna en dirección a la parte alta del Rabal.

Tentado he estado de seguirle. Aun sin conocer el caso en profundidad, me hubiera gustado sugerirle la teoría que rondaba en ese momento mi mente: la posibilidad de que efectivamente la tormenta podría haber inducido la muerte de la criatura, pero no por la acción del dañino vapor del relámpago, pues se me antoja hartó complicado que este pudiera dañar al feto, pero no a la madre. Que tal vez sea más lógico suponer que el estruendo del rayo pudo haber despertado del sueño a la madre y conturbado el funcionamiento de su cuerpo, provocando que del sobresalto se hubiese quebrado el equilibrio de los humores, afectando irremediabilmente a la salud de la criatura. Sin embargo, mi actual condición me impide intercambiar mis teorías con las de un físico reputado, pues ya no soy un médico, sino un simple carnicero.

Cuando me debatía en estos pensamientos, el tabernero me ha cedido la nota y me ha pedido que la leyera en voz alta, arrancándome de mi ensimismamiento.

—Hay varias palabras que no entiendo —se ha excusado, aunque imagino que posiblemente no sabe leer.

***Día de la Preparación,
vigésimo primer día del mes de adar álef^[16]***

La idea de abrir mi propio consultorio en la ciudad de Teruel sigue asediando mi mente. Y aunque desde que atendí al cristiano —hace ahora doce días— mis pensamientos se han visto desbordados por recuerdos febriles de un pasado que jamás retornará, la lucidez parece hacerse hueco en mi cabeza, tal vez orientada por esa

claridad que mi padre defendía y que es producto de ordenar los pensamientos de uno al escribirlos sobre el papel. Sea como fuere, he pasado toda la mañana ideando la forma de regresar a mi antigua ocupación y, aunque no cabe duda de que abundarán las dificultades, creo que es posible comenzar a atender pacientes en casa del pañero, al menos hasta que pueda arrendar un local y abrir mi propio dispensario.

Es en estos momentos cuando me doy cuenta de la soledad a la que me hallo sometido, alejado de mi tierra y de los míos. Nada me agradaría más que poder exponer mis ideas junto a mi padre, Yosef, cuya trágica pérdida jamás fui capaz de remontar, o con mi hermano Jacob, del que no he vuelto a tener noticias desde el día en que nos despedimos frente a la entrada de la villa de Moya, cuando él y su esposa tomaron el camino de Valencia para embarcarse hacia otro lado del mar. Ni siquiera puedo parlamentar con mi tío Alatzar de Huepte, pues son escasas las noticias que me llegan de él y apenas obtuve una escueta respuesta a la última carta que le envié, hace ahora dos años. En ella me decía que había vendido su pequeña casa situada en la barriada del Castillo de aquella ciudad, y que tenía previsto abrir un nuevo consultorio en la calle Civera, no lejos del centro de la urbe, con el ánimo de obtener mayor clientela.

No, en esta tierra me encuentro solo, abandonado de los míos... Aunque, en el fondo, sé cuál sería el consejo que cada uno de ellos me daría en estas circunstancias. Mi padre me apoyaría entusiasmado, adelantaría la suma de dinero necesaria y me palmearía la espalda, orgulloso, igual que el día que le comuniqué la decisión del concejo de permitirme abrir un dispensario en el bajo de mi casa de Cannete. Mi tío Alatzar valoraría la posibilidad de dedicarme a la ciencia quirúrgica y me aconsejaría convenientemente al respecto: «En una ciudad siempre hay buenos físicos, mi querido Leví —diría—, así que nada mejor que abrir un consultorio para realizar curas, recomponer fracturas y extirpar tumores». Recuerdo que, si conté también con su apoyo al instalarme en Cannete, fue porque era tierra de frontera, y allí, como él decía, «siempre hay heridas que atender, pues las cabalgadas y correrías son constantes». Finalmente mi hermano se habría mostrado encantado e ilusionado: «Por fin consigues un puesto a la altura de tus posibilidades, no un frío y oscuro tugurio en una villa perdida en la que las telarañas podrían crecer del dintel de la puerta hasta el suelo antes de que un paciente la atraviere».

Si pudiera hablar con él... Si pudiera tener noticias de Jacob, saber cómo van sus negocios en Oriente, cómo fue su viaje desde Valencia, cómo se encuentra su esposa, Sorbellita... Jamás llegué a pensar que algún día reclamaría su afecto de esta manera. Le echo tanto de menos que empeñaría hasta el último de mis escasos bienes con tal de poder estrecharlo entre mis brazos. Es ahora cuando comprendo que amo a Jacob, como mi hermano que es, y que durante años el odio y el rencor han cegado mis ojos. Ni siquiera cuando nos acogió a Benvenida y a mí en su casa de Cuenca fui capaz de mostrar mi agradecimiento. Él seguía ejerciendo su papel de hermano mayor preocupado, y yo, como siempre, el de rencoroso benjamín incapaz de olvidar la

preferencia de mi padre por el mayor de sus hijos y su tibieza ante mis proyectos.

Siempre existieron tensiones entre el mayor de los vástagos de mi padre Yosef y el menor de ellos. Una fractura que se acrecentó cuando nuestro hermano Ezmel perdió la vida al caer por el brocal de un pozo de la parte alta de la ciudad en la que crecimos. Ese día Ezmel cuidaba de mí mientras Yosef recibía las lecciones de mi padre. Yo le desobedecí abocándome a la abertura del pozo y Ezmel, al intentar apartarme del mismo, tropezó, perdiendo el equilibrio, y cayó a la fosa. Jamás mi padre Yosef me responsabilizó del accidente; me castigó por desobedecer a mi hermano, pero no hubo en su mirada un atisbo de resentimiento hacia mí. No ocurrió así con Jacob, quien durante meses me acusó de ser el causante de la muerte de nuestro hermano. Después, superado el dolor por la pérdida, asumió el papel de hermano mayor protector, aferrándose al único hermano que le quedaba, intentando guiar mis pasos y salvaguardarme de cualquier mal que pudiera acontecerme, tornándose agobiantes sus desvelos cuando decidí marchar a Cannete.

—Malgastas el dinero de nuestro padre abriendo un consultorio en una población de tan pocos habitantes —me dijo el primer día que tuve ocasión de abrazarlo en Cuenca, después de haberme asentado junto a mi esposa en aquella villa serrana.

—Tiene poco más de medio millar de almas, más otro medio centenar que habita en una calle que dista media legua de la población —intenté justificarme—. Pero son muchas las gentes en los alrededores, en la villa de Moya y las numerosas aldeas de esta, y no hay físico ni cirujano que las atienda. Estoy seguro de que el negocio prosperará y de que todo irá bien. Piensa que he aprendido mucho con el tío Alatzar sobre cirugía y que podría combinar ambas ciencias, así como elaborar yo mismo los preparados, jarabes, ungüentos y cataplasmas, y ponerlos a la venta.

Sabía que en el fondo él tenía razón y que yo estaba equivocado. Mi propio padre lo sabía, y era por ello por lo que me había adelantado una buena suma de dinero, para que pudiera realizar varios préstamos a algunos vecinos necesitados del lado cristiano de la villa. Ambos estábamos convencidos de que de la renta de los anticipos y del poco dinero que pudiera darme el consultorio podríamos vivir Benvenida y yo de manera holgada.

—El tío Alatzar te ha sorbido el seso —me dijo un día Jacob, a quien la idea de combinar la ciencia médica y la cirugía le desagradaba sobremanera—. Deberías gastar el dinero de padre en abrir un dispensario aquí. Podrías dedicarte únicamente a diagnosticar enfermedades y recetar, sin necesidad de tener que realizar la tediosa tarea de sangrar y abrir la carne y ensuciar tus manos con la impureza de los humores.

Siempre supe que Jacob estaba en lo cierto y que no buscaba sino lo mejor para mí y para Benvenida. En los años siguientes me envió varias misivas pidiéndome que trabajara para él en el dispensario que tenía en la judería de Cuenca y que había heredado, junto a la casa familiar, a la muerte de nuestro padre. Mi respuesta siempre fue la misma. Nada me ilusionaba más que tener mi propio consultorio en aquella pequeña villa en la que moraba, y por nada del mundo hubiese cambiado la vida que

llevaba allí junto a mi amada. De nada más hablamos hasta que, en *kislev* del año de la gran mortandad, le envié recado de que mi esposa y yo habíamos sido expulsados de la villa que nos había acogido durante los diez últimos años, y de que no teníamos más lugar adonde ir, pues nuestro hogar no era más que una escombrera tiznada por el fuego.

***Segundo día de la semana,
vigésimo cuarto día del mes de adar álef^[17]***

Jahiel está preocupado: el negocio en la carnicería no va del todo bien.

Hace algunos días, varios miembros del concejo le denunciaron por vender carne a los cristianos, y ahora ha corrido el rumor por todo Teruel de que hace un mes el viejo carnicero degolló un puerco en el Rabalejo —el arrabal que queda frente a la puerta de Darocha— para que lo comiera una familia de cristianos que no tenían otro medio de contratar a un matarife. Jahiel ha intentado defenderse de tal acusación ante el concejo arguyendo que él ya no puede ejercer ese oficio y que me paga soldada a mí para degollar a los animales, porque sus manos temblorosas ya no aciertan a sajar la carne. Lo cierto, sin embargo, es que, si bien los temblores que padece le impiden sacrificar a un animal para que sea consumido por judíos, nada le impide que mate a un cerdo para los cristianos, pues para ello no se exige mayor destreza que apretar la hoja metálica contra el cuello del animal, sin más. Ahora temo que las autoridades cierren la carnicería y yo quede sin trabajo.

Aunque he pasado los últimos meses preocupado únicamente por mi oficio, intentando olvidar un pasado amargo que sume mi alma en la mayor de las congojas, la idea de regresar a la práctica de la ciencia médica es cada vez más apremiante. Si pudiera hacerlo, hoy mismo abriría un consultorio aquí, en Teruel, y me dedicaría al oficio de mis antepasados; pero la falta de dinero y la desazón que me abate me impiden hacerlo.

No puedo dejar de recordar las onerosas dificultades que encontré una vez que el concejo de Cannete aceptó mi solicitud y concedió que me pudiera dedicar al arte de la medicina y la cirugía, pues hube de vérmelas con los curanderos de los que siempre me advertía mi padre. «Huye de ellos como de la peste —me decía, pues unos creen ingenuamente que su poder viene de Dios y otros se dedican única y llanamente al embauco. Ninguno de ellos te querrá a su lado, pues reconocerán el valor de tu ciencia de la que ellos vacan, y tratarán de apartarte de aquellos que falsamente creen en sus poderes curativos».

Había uno de esos pertinaces falsarios en Moya y un par de sabidoras que atendían a los pacientes en Fuentelespino. En la villa de mi esposa, la gente desconocía lo que era acudir al consultorio de un físico, y durante varias semanas el pequeño dispensario que había abierto en el bajo de mi vivienda permaneció

completamente vacío. Pasé varios días predicando los beneficios de algunos de mis preparados y electuarios, e incluso paseé casa por casa ofreciendo analizar la orina sin cobrar dinero por ello, pero la gente parecía espantada ante mis proposiciones. Contaba con el apoyo del concejo después de participar en la cabalgada por tierras de Teruel; pero no fue hasta que curé a Estrella, la madre del joven Selomó, del golpe de calor que la había dejado postrada en La Vega, cuando los villanos de Cannete comenzaron a interesarse por mi capacidad para diagnosticar enfermedades. Desde ese día gané igualmente el afecto de la madre del que sería mi pupilo y de su esposo, el malogrado Jucé, que pereció meses después ahogado en una poza. Eso me permitió en años venideros poder contar con el joven Selomó, a quien su madre llevó una brumosa y fría mañana a mi consultorio para que le enseñara el oficio de mi padre.

Fue duro ganarme el beneplácito y el afecto de las gentes de la judería de Cannete, y nada se me antoja más tedioso y complicado que empezar de nuevo en esta ciudad en la que me siento solo, y a la que el hado parece haberme arrojado como escupen las mareas los barcos que bogan a la deriva tras una terrible tempestad.

***Tercer día de la semana,
vigésimo quinto día del mes de adar álef^[18]***

He reflexionado largo y tendido sobre lo anotado en este libro durante los últimos días. Hace semanas que la idea de regresar a mi viejo oficio me somete a un constante e infructuoso divagar que de poco sirve, salvo de tortura para mi alma ya abatida.

¿Volver a ser físico como lo era en mi consultorio de Cannete? ¿Dedicarme nuevamente a la ciencia de la cirugía que mi tío Alatzar de Huepte puso tanto empeño en que aprendiera? Ahora todo me parece una ridícula quimera. Yo soy el mestre Leví, el físico que preparaba ensalmos y remedios en su casucha de la judería de Cannete, el hijo del reputado médico Yosef Ha-Leví de Cuenca. Al menos eso creía antes de comprender que esa idea no es sino un mero fantasma, una ilusión del pasado, tan irreal que provoca la carcajada de mi espíritu cuando ahora pienso en ella. ¿Cómo puedo llamarme a mí mismo médico, cuando mis ojos han visto cómo la muerte se cebaba a mi alrededor, prendando el alma de aquellos a los que mis manos pretendían sanar? ¿Cómo puedo llamarme físico, yo, que fui incapaz diagnosticar el mal que escupió su aliento pestífero sobre mi gollete y dejó postrado a todo ser que se cruzaba en mi camino? El Ángel exterminador ha sembrado el orbe de cadáveres y, mientras el mundo entero gime subyugado por la pesadumbre, mis manos se marchitan como se agostan los pétalos de la rosa. Ya no existe vida en ellas, pues mis dedos rozaron la muerte y su biliosa podredumbre. Ella clavó su huella herrumbrosa en mi quebrantado ánimo y desgarró mis adentros, tal y como despedazan los podencos con sus colmillos afilados la carne podrida.

No, la idea de regresar a mi viejo oficio es sencillamente una locura.

Capítulo IV

CARTA DEL FÍSICO JUDÍO LEVÍ ABEN YOSEF A SU AMIGO ISAAC BENVENISTE, MOHEL DE LA CIUDAD DE DAROCHA

Teruel. Año 5111 de la creación del mundo

Carta de Leví Aben Yosef, hijo del médico Yosef Ha-Leví de Cuenca. ¡Paz! A aquel cuyo esplendor es como el del que creció en la cuna de la hija del faraón, nuestro querido maestro y amigo Isaac Benveniste, hijo de Vidal Benveniste y *mohel* de la ciudad de Darocha. El Todopoderoso, exaltado sea, te fortalezca y alargue tu vida; que preserve su apoyo hacia ti, su bienestar y gracia, y te conceda sus dones y prosperidad para ti y los tuyos.

Escribo desde la ciudad de Teruel, a ocho días del mes de *tamuz*^[19], que el Todopoderoso lo torne en una ocasión de dicha y gozo. Me encuentro bien y mi salud es óptima.

Ciertamente tienes motivos para estar enfadado conmigo, mi querido Isaac, al no haber sabido de nosotros en todos estos años, y no puedo sino disculparme encarecidamente. Supongo que a estas alturas ya te hallas informado de mi situación, y espero que nuestro amigo Todroz tuviera tiempo de pasar por Darocha la pasada primavera. No evitaré, pese a ello, las explicaciones oportunas que mereces. Agradezco de veras tu atención y sobre todo tu ofrecimiento. Tu carta es del todo providencial, y tus sugerencias un bálsamo para mis atormentados pensamientos, los cuales se han visto sometidos durante los últimos meses a toda suerte de divagaciones acerca de mi situación y mi futuro.

Podría apañarme con la planta baja de la vivienda que tus primos poseen en la calleja del pozo de San Pedro. Sé que apenas son un par de alcobas y un pequeño corral, pero no necesitaría mucho más para vivir hasta que logre asentarme como físico y consiga algo de dinero. En cuanto haya ganado lo suficiente, arrendaré una casa por mi cuenta y pagaré con creces tu hospitalidad y tus deseos de acogida. Además, si es cierto que la planta de arriba la ocupa la familia de Jucé Aboleix, poco he de padecer por compartir el espacio con ellos, pues su padre y el mío se conocieron en Calatayud y anduvieron juntos por el sendero que conduce al conocimiento y la sabiduría. Sé que él no sigue la profesión de su padre, pero estoy seguro de que verá con buenos ojos que un físico se instale en su casa y que no mostrará recelo alguno cuando le des noticia de mi futura llegada.

«Honra al médico como a nadie —me dijo mi padre citando la Escritura el día que me consideró preparado para ejercer la ciencia médica—, por los servicios que te hace, porque él ha sido creado por el Señor». Mas nada de eso debieron de escuchar las ignaras gentes de Cannete, pues lejos de honrarme como físico que se desvelaba

por sus vidas, nos trataron a mi esposa y a mí como a perros y nos arrojaron de allí como inmundicia que se tira al muladar. Perdí entonces la ocasión propicia que el Todopoderoso, bendito sea, me había ofrecido para que abriera mi propio consultorio y, cuando meses después hubimos también de marchar de Cuenca, hube de abandonar definitivamente el oficio que aprendí de mis familiares.

Al dejar la villa de Cannete, dudé hacia dónde encaminar nuestros pasos y, si bien sabes que era en Cuenca donde habitaban mis familiares, no pude vencer el anhelo de ir a tu encuentro, tan necesitado como me hallaba de tus consejos, y tan deseoso de contemplar de nuevo los ojos azafranados del lucero que nació de las entrañas de tu esposa Alva. Aún guardo en mi memoria el día que pude sujetar a tu pequeña entre mis brazos, justo en los primeros instantes de su vida, y sentí cimbrar mi corazón, arrancado de su cubículo por las entrañables y minúsculas manos de aquel ser precioso por el que comparto tu amor, y que debe encontrarse ya en las puertas de la puericia.

Esa era mi intención, mas cuando nos hallábamos en Moya, en casa de mi primo Yehuda, preparando el tramo final de nuestro viaje a Darocha, recibimos noticias de que la esposa de mi hermano se hallaba lechigada con altas calenturas. Así lo aseguró un ropavejero moyano llamado Simón, que solía acudir a la feria que se celebra en aquella ciudad y a quien yo y mi hermano conocemos desde la infancia. Decía él que Jacob mismo temía que su muerte fuera inminente y, temerosos de no llegar ni tan siquiera al entierro, partimos a toda prisa hacia Cuenca posponiendo nuestros planes de encontrar morada al lado de tu familia, tan amada para nosotros. Con las prisas, dejamos en Moya parte de nuestros enseres y una vieja carreta que habíamos traído desde Cannete, la cual, por no estar bien herrada, tenía los cambones totalmente destrozados.

Espero que entiendas los motivos que nos llevaron entonces a retrasar nuestro viaje. Mi propia esposa, Benvenida, como te dije entonces, acababa de reponerse de una terrible enfermedad que la había acechado desde la víspera de nuestra salida de Cannete y que nos había mantenido retenidos más de lo deseable en Moya. Y, habiéndome sentido desgarrado ante la posibilidad de su pérdida, no podía hacer otra cosa en aquel trance salvo marchar a Cuenca y prestar consuelo a mi querido hermano, a quien tanto amo y por quien tanto se complacía nuestro querido padre.

Así pues, cubrimos las pocas leguas que separan Moya de Cuenca en apenas jornada y media y, penetrando en la ciudad por la puerta de Valencia, ascendimos las cuestas que conducen hasta la judería y llegamos a la vivienda que habitaban mi hermano y su esposa, la que antaño fuera hogar de mis progenitores, una lujosa casa que enfrenta con la morada de los Abolafia.

Sentí que regresaba al hogar que me vio nacer al rozar la *mezuzá* que tantas veces acariciaron mis dedos infantiles y, al sentir el apretado abrazo de mi hermano Jacob, al que hacía muchísimo tiempo que no veía, colmaté mis anhelos de reencontrarme con mi sangre tras el vacío que había provocado nuestra pérdida.

Creo que ya sabes que Sorbellita se encontraba entonces mejor de las fiebres. Aunque seguía lechigada cuando Benvenida y yo llegamos, apenas tardó unos días en reponerse del todo. No era falso, sin embargo, lo que el ropavejero Simón nos había contado sobre que Jacob había llegado a temer por su vida.

—Esta es tu casa, Leví, y lo sabes —me dijo mi hermano cuando a los pocos días le anunciamos nuestra intención de marchar hacia Darocha y proseguir con nuestros planes—. Yo la heredé de padre, pero sus puertas jamás estarán cerradas a ti y a los tuyos. Sabes que podrías ayudarme en el consultorio, y que en la ciudad hay trabajo de sobra para los dos.

—Te lo agradezco, Jacob —le dije con sinceridad—, pero hace tiempo elegí vivir apartado de los recuerdos de nuestra infancia. Si esos necios cristianos no hubieran quemado nuestra casa en Cannete... Ese era mi hogar, Jacob, el mío y el de Benvenida, nuestra verdadera casa, pero de ella ya no quedan ni los cimientos.

Aun así, viendo que el mal tiempo arreciaba y el invierno se nos echaba encima, decidimos quedarnos en Cuenca hasta la llegada de la primavera. Mi hermano me confesó que había recibido una oferta del sultán de Fez para establecerse como físico en su corte. La fama de Jacob Aben Yosef había cruzado al otro lado del mar, precedida por la de nuestro padre y, sin duda, alentada por los numerosos viajes que mi querido hermano había realizado a Granada en los últimos años. Dejaría pasar unos meses antes de marchar hacia el sur, donde esperaba hacer fortuna, y me ofertó que, hasta su regreso, me quedara con el consultorio y habitara la casa de nuestros padres, que de otra forma quedaría vacía durante su ausencia. Yo acepté, pues, ciertamente, después de lo vivido en Cannete, la idea se mostraba sugerente. Finalmente, como sabes, el concejo precipitó nuestra decisión y hubimos de abandonar la aljama de Cuenca con la misma celeridad con la que se nos invitó a salir de la judería de la villa cañetera.

Viéndonos expulsados nuevamente de nuestro hogar, partimos de regreso hacia Moya. Desde allí mi hermano y Sorbellita marcharon hacia la costa, hacia el puerto de Valencia, con intención de embarcarse hacia tierras fezías. Desgraciadamente, seguimos en la actualidad sin conocer su paradero, ignorantes de si llegaron salvos a su destino o si, por el contrario, la nefasta estrella que nos aflige hizo de sus vidas lo que le vino en gana.

Por esos días, mi primo Yehuda se hallaba ausente de aquella población, y Benvenida y yo le aguardamos un par de semanas en casa de Necín Buhardo, un primo de madre de mi esposa con el que siempre hemos mantenido una excelente relación. Está casado con una bella mujer, Jamilla, hija de un judío notable de la villa llamado Jucé Zamela, y residen cerca de la iglesia de Santa María. La vivienda es pequeña y apenas tiene dos cambretas, pero aun así nos pidieron que nos quedáramos con ellos: su hija, que se llama como la madre, había casado hacía dos veranos y ya no habitaba en aquel hogar, por lo que la casa les parecía vacía desde su ausencia.

La hospitalidad de Necín y su esposa era realmente agradable y, pese a la

incomodidad de las estrecheces, no nos hubiese importado pasar más tiempo con ellos. Sin embargo, presentimos que algunos cañeteros vecindados en Moya, como Ignacio Pérez, Álvaro Sancho y Gonzalo López, que se encargaban del negocio de las maderas, podrían ocasionarnos algún problema, o podían hacer correr en la comarca la noticia de que mi esposa y yo nos encontrábamos entre las murallas de aquella villa, poniéndonos en una posición incómoda. Esa idea precipitó nuestra marcha, si bien hubiésemos deseado no hacerlo hasta que pasasen del todo los hielos.

Como te decía, mi hermano Jacob y Sorbellita marcharon hacia Valencia al día siguiente de llegar a Moya. Partieron muy de mañana, antes de que el sol arrojara sus arracimados haces de luz sobre el escarpado cerro en el que se enclava la villa moyana. Ese mismo día, Necín y yo hablamos largo y tendido acerca de la peste y la enfermedad, pero también de nuestras familias, de los parientes suyos que todavía residían en Cuenca —algunos de los cuales vivían en casas aledañas a la nuestra— y de aquellos que se habían visto obligados a marchar. Mientras nosotros charlábamos sentados en uno de los bancos de la cocina, Jamilla cubría con los rescoldos de la hoguera el anafe con la comida del día siguiente, pues era víspera del *Sabbat* y tenía que dejarlo todo preparado.

—Dios premia al justo y castiga al malvado —recuerdo que decía Necín mientras degustaba una empanada dulce que le acababa de servir su esposa. Era un hombre sereno, de cabellos negros, pese a la edad, y pequeños ojos huidizos—. Bien dicen las Escrituras que «si de veras escuchas la voz de Yahvé, tu Dios, y haces lo que es recto a sus ojos, dando oídos a todos sus mandatos y guardando sus preceptos, no traerá sobre ti ninguna de las plagas que envió sobre los egipcios».

—El tedioso morbo no es un simple castigo divino —señalé intentando paliar esa extrema obcecación en la que judíos y paganos parecían haber caído—. No olvides que las Escrituras también dicen que Yahvé Dios es «el que sana». Mientras sigamos convencidos de que todo el daño es castigo del Todopoderoso, bendito sea su nombre, haremos poco por poner los medios necesarios para frenar esa terrible mortandad. Si su furor regresa cuando llegue el buen tiempo, tal y como los más sabios auguran, nos veremos abocados a una muerte segura.

—En cualquier caso, ese maldito mal de landres es un nefasto heraldo que anuncia muerte y desolación por doquier —aseveré agitando la mano, hastiado, no queriendo entrar en polémicas. Tenía la boca llena de comida y acababa de acercarse al fuego para entrar en calor.

—Cierto, poco o nada podemos hacer contra su infecta garra —reconocí con convencimiento—, y lo peor es que esos necios paganos nos creen culpables de todo el daño que está causando por todas partes.

—La gravedad del asunto es mucho mayor de lo que piensas, amigo Leví —expresó consternado, dejando su mirada perdida en las crepitantes llamas del hogar.

Mordió un nuevo trozo de empanada y dirigió la vista hacia la ventana para catar la luz que le quedaba al día. Después nos contó las violencias que al poco de

desatarse la horrible pestilencia habían sufrido los judíos de Barcelona y de otros lugares de Aragón, y también nos puso al tanto de la muerte de Nanías, un pariente nuestro que habitaba por tierras de Molina. Eran tiempos difíciles, fechas oscuras en las que todos estábamos amenazados, pues a la desgracia en la que se hallaba sumido el pueblo de Israel se sumaba nuestra propia desdicha, errantes en un mundo que nos regurgitaba de su seno, abocándonos a una vida de miseria.

* * *

Fue al día siguiente de la fiesta de *Purim*, dos semanas antes del comienzo de la primavera, cuando mi esposa y yo partimos de Moya con intención de marchar a Darocha, la ciudad en la que mora tu linaje. Habíamos obtenido del monarca una carta de guijaje y estábamos seguros de que en poco tiempo podríamos establecernos en nuestra nueva morada. Salimos a hora temprana con el fin de aprovechar el viaje al máximo antes de que el atardecer anunciara la llegada del *Sabbat*. No era el momento más propicio para viajar, pero los rumores sobre nuestra presencia en aquella villa se habían intensificado en los dos últimos días y supimos que habían llegado incluso a Cannete. Temíamos que algún grupo de cristianos enfebrecidos tomara el camino de Moya buscando nuestra perdición, y en nada deseábamos que aquello pudiese perjudicar a Necín y su esposa.

Tras el ayuno de *Taanit Ester*, intercambiamos regalos con los nuestros y ellos nos proveyeron de todo lo necesario para el camino: víveres y una borrica bien sainada, ya en edad, cuyo ronzal atamos a un mulo de pelo castaño que habíamos comprado por doscientos sueldos días antes, y que venía a sustituir al asno roano que vino con nosotros desde Cuenca, ya viejo y enfermizo.

Gozosos todavía por la bebida que habíamos ingerido en la jornada anterior y por la carne guisada, las verduras y las empanadas rellenas de miel que todavía calentaban nuestras barrigas, cargamos las arcas con nuestros enseres en las albardas del mulo, mientras el sonido de las carracas esgrimidas por los pequeños el día de antes todavía repercutía sobre nuestras cabezas. Sujeté una cebadera repleta de comida en el arzón zaguero de la borrica y, por último, acomodé a Benvenida en una vieja jamuga que Necín nos prestó de buen grado. Tomamos el camino hacia Teruel con el corazón abotargado de nostalgia, sintiéndonos como los exiliados que un día debieron marchar cabizbajos a Persia en tiempos de la reina Ester, cuya memoria acabábamos de honrar durante la festividad de la jornada anterior.

Miré los muros de la villa como cuando meses antes mis retinas se clavaron en los de Cannete, y mis ojos se toparon con la fría roca, la helada piedra que guardaba los últimos recuerdos de mi familia. Allí quedaba el maldito reino de Asuero y la opresión de sus gentes paganas y hostiles hacia los nuestros. El *hamán* humeante todavía colgaba de uno de los pétreos azores, y el silencio impenetrable que inundaba el barrio donde moran los judíos delataba la apacible calma que sucede a esta

celebración, en la que los fervientes aprovechan para dar rienda suelta a sus pasiones.

El fuerte viento, que arrebolaba desquiciadamente nuestras ropas, emitía un murmullo tenebroso que golpeaba candorosamente sobre encinares, pinos y robledales. El frío remitía ya y el sueño amustiado del invierno parecía llegar a su final. El rocío matutino hacía brillar la grisácea piedra que se asomaba sobre las crestas rocosas queriendo alzar su mirada pétreo sobre las aguas del Ojos. Luego de pedir al Todopoderoso su amparo durante la marcha, abandonamos presurosos aquella tierra.

Temíamos que los hombres de la frontera nos bloquearan el paso hacia tierras de Aragón, debido a los constantes conflictos que estas gentes mantenían con los habitantes de Moya y Cannete, y que nos cargaran de impuestos por permitirnos el tránsito por su territorio; pero sorprendentemente nuestra condición de judíos nos permitió acceder sin problemas a las tierras septentrionales. Los reyes de aquellos dominios habían promulgado leyes a favor de que judíos de otros países fueran a habitar en su reino y, aunque las gentes nos trataban con el mismo desprecio que los castellanos, nadie osó interponerse en nuestro camino.

Atravesamos los montes de las sierras que dividen las tierras de Moya y Teruel, que están poblados de sabinas y álamos y cubiertos bajo una impenetrable capa de aliagas. Yo llevaba una vieja azcona que me había dejado Necín, con una cuchilla mellada y oxidada, por si teníamos que defendernos en el camino de algún maleante. Eran tiempos oscuros y la gente se había echado al monte por temor a la peste, siendo muchos los que sobrevivían gracias al saqueo y el latrocinio.

Paramos a descansar en una posada a pocas leguas de la ciudad de Teruel, donde permanecemos durante la jornada del *Sabbat*. Estando en ella escuchamos la noticia de que la pestilencia había sembrado ya de muertos las tierras aragonesas: un emisario leyó junto a las caballerizas una pequeña esquila en la que se recogían los apellidos de algunos varones de aquella tierra a los que la descarnada había llevado consigo. Entre la retahíla de nombres desconocidos para nosotros, distinguí el del físico Alatzar de Zaragoza, a quien el rey tenía en buena estima y con quien mi padre había mantenido correspondencia hacía años, siempre deseoso por contar con su sabio consejo. Mi hermano ya me había alertado del rumor de su muerte semanas antes y, aunque no había dudado de sus palabras, la presencia de su nombre en aquella esquila me provocó una fuerte opresión en el pecho y mis sentidos se empaparon de una desalentadora congoja.

La posada estaba tan atestada de gente que el segundo día hubimos de compartir espacio con un mercader que, habiendo partido precisamente de Teruel, dirigía una buena carga de vinos, paños y salazones hacia tierras conquenses. Era un hombre orondo, de unos cuarenta años, que gruñía constantemente y roncaba como ladran los lebreles en tiempo de caza. Como el frío era intenso y nosotros apenas llevábamos ropa de abrigo, consintió en prestarnos un recio tabardo con el que Benvenida pudo cubrirse. Y por la mañana, cuando los rayos del sol penetraron por el ventanuco de la

alcoba, nos despertó a mi esposa y a mí y compartió con nosotros un pedazo de queso que portaba consigo, el cual engullía junto a unas cuantas rebanadas de pan y unos tajados de tocino —que, evidentemente, hubimos de despreciar.

—Nos dirigimos a Darocha —le expliqué mientras comíamos después de que él formulara la pregunta de modo amistoso.

—¿Sois arrieros o mercaderes? —preguntó interesado el hombre, que se había presentado con el nombre de Mateo Sánchez.

Negué con la cabeza mientras mordisqueaba la cuña de queso que tan gustosamente me había cedido.

—Soy físico —le dije—. Mi esposa y yo marchamos hacia el norte porque tengo una oferta para establecerme en la villa de Darocha. Andan faltos de médicos por aquellas tierras, y la presencia del morbo pestilente hace que la situación que se vive en muchas villas y ciudades sea del todo desesperada.

El hombre asintió con la cabeza mientras cortaba con su cuchillo otra rebanada de pan, para meterla al momento en su boca junto con otra porción de tocino.

—Evitad la ciudad de Teruel, mestre —nos dijo entonces con la boca llena—. Rodeadla y no se os ocurra atravesarla, pues está repleta de inmundicias y podredumbres.

Levanté la vista del pan con queso que Benvenida y yo devorábamos, y lo miré inquisitivo.

—Teruel es una escombrera de cadáveres —insistió después de tragar con dificultad la bola de queso, pan y tocino que masticaba reiteradamente—. Los muertos se agolpan en sus calles, carcomidos por las infectas ratas, mientras que los jurados del concejo y quienes la gobiernan huyen aterrorizados a los campos.

—¿El siniestro morbo? —pregunté, sobrecogido, consciente de que esa infecta garra amenazaba con estigmatizarnos a todos.

El mercader asintió con la cabeza.

—La pestilencia penetró hace pocas semanas, pero los muertos se cuentan ya por decenas. Yo mismo decidí marchar hace dos noches, consciente de que mi vida y la de los míos corría serio peligro.

Me eché las manos a la cara al escuchar aquello y sentí cómo un sudor frío invadía mi frente.

—Dicen en Zaragoza que una estrella muy grande apareció durante el pasado verano sobre el cielo en la tierra de los francos —explicó el hombre sin demasiado convencimiento—. Aseguran que era muy brillante y que se pudo ver a la hora del crepúsculo. Los médicos de aquellos lugares afirman que esa es la raíz del mal que nos oprime. He oído decir también que en realidad ese fatídico astro no fue sino una nube de exhalaciones que, deshecha luego en perniciosos vapores, se extendió por el orbe provocando los contagios.

—¿Esa es la razón que dan? —pregunté, al tiempo que reflexionaba confuso sobre aquella idea.

—Eso dicen algunos —aseguró con un gesto de desdén—, pero un físico que conocí hace unos meses en Barcelona asegura que la verdadera causa se debe a un terrible temido que sacudió la tierra de los ítalos. Aseguran allí que en el suelo se abrió una brecha de tan gran tamaño que si uno se adentraba por ella podía descender al mismísimo infierno. Allí son muchos los médicos que opinan que de aquella grieta brotaron multitud de vapores perniciosos; que ese, y no otro, es el origen del mal. Y ciertamente, señor, yo también así lo creo.

La preocupación por aquella fatídica noticia ocupó mis pensamientos el resto de la mañana. La nueva de la llegada de ese terrible mal torturaba mi mente. Intenté poner mis ideas en orden, pero, como tantas veces, nada de lo que ocurría a nuestro alrededor parecía tener sentido para mí. Vencido por la amargura de mi propia ignorancia, no pude sino recuperar en mi cabeza la imagen de mi hermano Jacob y sus constantes divagaciones acerca de este nefando misterio.

—Dicen algunos sabios físicos de la aljama, como David Cohembo —recordaba haberle escuchado semanas antes—, que el contagio de la mortífera enfermedad se produce a través de la vista. Pero yo estoy convencido de que penetra en los cuerpos mediante el aire impuro que nos azota, generando una materia venenosa de carácter séptico que se aloja cerca de los órganos vitales de la persona. Puede que, a través de la respiración, la materia venenosa se dirija directamente al corazón y que, una vez instalada en él, se extienda por el resto del cuerpo. El daño es terrible, pues, por poca materia corrupta que penetre en la carne, el riesgo de que todo el cuerpo se contagie y se pudra a consecuencia de la infección es alto. Pero lo peor, mi querido hermano, es que los vapores que exhalan los infectos contaminan la atmósfera, empapan las ropas de los desdichados y permiten que el morbo se extienda de unas personas a otras, especialmente cuando el calor ayuda a que la putrefacción de los cuerpos se acelere.

—Su efecto en el cuerpo es semejante al de un tósigo infeccioso —balbuceé yo, resignado, al escucharle—, y nada impide que esa terrible negrura se apodere de los cuerpos contaminados con una rapidez desoladora que arrebatara las almas de los infectados en un santiamén.

No había respuestas. El mal negro renacía de la infecta sima que lo había arrojado sobre nosotros, y poco podíamos hacer para contener la bravura de su envite. Escaso sentido tenía suponer su origen en una conjunción de astros, una estrella vaporosa o un estrepitoso temblor de tierra. Todos nos hallábamos condenados.

* * *

Preparamos nuestros enseres para proseguir el viaje, pero Benvenida parecía encontrarse indispuesta. Estaba pálida y su aspecto no era en absoluto saludable, aunque tenía fuerzas suficientes como para andar por sí misma. Apenas habíamos andado una legua cuando tuvimos que hacer un breve descanso cerca de una vieja masada; las náuseas entonces se apoderaron de ella y, sin poder evitarlo, arrojó de sus

entrañas el copioso almuerzo que habíamos ingerido en compañía del mercader turoloense.

—Creo que verlo comer tocino y carne de puerco como si nada ha hecho que la comida se indigeste en mi estómago —me dijo convencida, dibujando una resignada sonrisa en su boca, intentando encontrar la causa de su malestar.

Sonreí al escucharla y traté de tranquilizarla. No obstante, viéndola en tan mal estado, decidí pedir asilo al dueño de la masada. Este nos permitió pasar el resto del día y la noche en un establo vacío que había a pocas varas de su vivienda, aunque después no tuvimos más remedio que aguardar dos días hasta que Benvenida pareció recuperarse.

—Por un instante temí que esa maldita enfermedad que te dejó lechigada en Cannete hubiera vuelto a hacer presa en ti —le dije acunándola sobre el jergón de paja en el que descansábamos, al tiempo que cubría su rostro de besos.

—No debes preocuparte, querido, siempre he sido propensa a arrojar la comida del cuerpo —me susurró ella rizando mis cabellos con sus dedos—. Mi madre siempre decía que era una niña enfermiza y que siempre vomitaba la leche que tomaba de sus senos. Siento que mi malestar nos retrase en nuestro viaje.

Al día siguiente nos acercamos hasta una fuente cercana que el hombre nos había indicado para rellenar los cueros de agua y poder así proseguir con el viaje. Sabía que Benvenida había vuelto a arquear, e incluso que había expulsado de su cuerpo parte del almuerzo, pero ella sacó fuerzas de flaqueza y no quiso interrumpir más la marcha.

Tomamos el camino hacia el norte, por el que gozamos de la compañía de un judío de Calatayud, llamado Bellido, que regresaba a su tierra desde Castilla con una recua de acémilas. Decía que había conseguido vender por nuestras tierras un cargamento de veinte libras de azafrán, varias varas de fustán, una buena carga de hilo de oro y una opulenta cantidad de paños catalanes. Los negocios parecían dársele bien y, aunque su presencia no era del todo de mi agrado —pues temía que pudiera ser objeto de los saqueadores—, su ayuda me fue de gran utilidad para que mi esposa pudiera proseguir con aquel fatídico viaje.

A medida que avanzábamos, ella palidecía por momentos. Cada vez que me acercaba a la jamuga en la que viajaba recostada, me sonreía y trataba de incorporarse, pero una de las veces, al rozarla con mis dedos, noté una calentura excesiva. Caté su frente primero y, poniendo luego la palma de mi mano sobre su corazón, comprobé que la calentura era ciertamente elevada. Algo no marchaba bien y la preocupación comenzó a apoderarse de mí.

Viendo que Benvenida apenas era capaz de sostenerse derecha sobre la montura, preparé un costal y lo coloqué sobre el aparejo del mulo, desenganché los correones de la silla —que sujeté en las albardas de la borrica— y tumbé cuidadosamente a Benvenida sobre el primero de los animales; después la arropé con todas las prendas de abrigo que portábamos con nosotros. Estaba febril, con las mejillas acaloradas y la

frente repleta de perlas de sudor que se deslizaban sobre sus sienes. Presentí que difícilmente podría viajar en ese estado. No tenía intención de atravesar la ciudad de Teruel, alertado como estaba por el mercader, pero no se me ocurrió nada mejor que buscar refugio en la judería de esta ciudad, donde tal vez nuestros hermanos nos podrían prestar el auxilio necesario.

Ya en las cercanías de la capital turolense, pudimos ver cómo la gente escarbaba en el suelo tratando de encontrar algo que llevarse a la boca. En las huertas, los campesinos intentaban abrir la tierra con la ayuda de alguna vaca, pues quien más, quien menos, había perdido a sus bueyes y asnos por la hambruna, o había tenido que entregarlos para saldar alguna deuda, o los había malvendido a cambio de algunos dineros para alimentar a sus familias. Algunos transidos se acercaban a la vera de los caminos y nos impetraban pidiendo cualquier cosa de comer. Unos laboraban el suelo como podían; otros habían renunciado a sembrar o a recoger la cosecha, por temor a la terrible ponzoña; muchos huían buscando el refugio de los campos y los montes, evitando todo contacto con las personas y adoptando una vida silvestre semejante a la de los animales. Eran tiempos duros. El hambre y la peste azotaban tierras de Aragón, y el hombre sucumbía ante la ira irrefrenable de Yahvé, exaltado sea.

Era muy de mañana cuando entramos en Teruel por la puerta de Guadalaviar. El frío nos hacía estremecernos, el rutilante astro se alzaba en el horizonte con timidez y una cáfila de entenebrecidos nubarrones acariciaba las laderas de las montañas que se divisaban en la lejanía. La imponente ciudad se halla enclavada en lo alto de una muela y circundada por una gruesa muralla de la que despuntan más de tres docenas de torres. Ante nosotros un cúmulo de adobes, viguerías y álabes humedecidos por el rocío matutino anunciaba la importancia de aquella urbe, cuyas calles hollaban nuestros pies. Me sorprendió que nadie controlara los accesos y que las autoridades no hubieran adoptado aparentemente ninguna medida preventiva ante el brote del morbo del que el mercader nos había dado cuenta.

Tomé agua de un pozo que se hallaba junto a la entrada y le di unos tragos a mi esposa, cuyo rostro había empalidecido ya hasta el extremo y cuya debilidad era más notoria a cada hora que transcurría. Las calles olían a polvo y a bosta del ganado. A los pies de los muros había una buena cantidad de piedras de la parte alta de los adarves, los cuales habían sido demolidos en algunos de sus tramos durante las contiendas recientes en las que la ciudad se había visto envuelta. Vi un par de ratas hozando entre la escombrera y un can que ladraba rabioso a pocos pasos.

Teruel era un verdadero hervidero de personas que correteaban entre las calles en medio de un gran revuelo. Intenté conducir la borrica y el mulo en el que mi esposa seguía postrada a lo largo de la calle de Albardería, camino de la judería, la cual se hallaba, según me habían indicado, ascendiendo desde la plaza Mayor, hasta dejar a la diestra la iglesia cristiana que dicen de San Pedro. Avanzábamos con paso apresurado pero con dificultad, pues la rúa, aunque empedrada, se hallaba descarnada y se habían formado varios barrizales por todo el carral. Varios puestos de

esparteñeros y cordeleros estrechaban el paso casi en su totalidad, y el tumulto arreciaba a medida que nos acercábamos a la plaza. El mulo y la borrica se mostraban recelosos por el trasiego de gentes, y a punto estuvo su tozudez de hacerme desear la idea de ascender por aquella empinada cuesta.

A pocos pasos del portal por el que habíamos penetrado, topamos con una imponente torre que, alzándose por encima de la carrera, parecía que fuera a vencerse sobre nosotros. Pertenece a una iglesia cercana y sus bronce anunciaban la hora de tercia. La atravesamos pasando por debajo, al tiempo que una jauría de lebreles ladraba a poca distancia mientras olfateaban las basuras amontonadas a los lados de la calle.

Al llegar a la plaza, vi una humareda negruzca que brotaba desde el centro del casco urbano. Supuse que se trataba de alguna hoguera encendida para mitigar los pudores de la peste, tal y como yo mismo ordené en Cannete cuando la negra ponzoña comenzó a hundir sus garras en nuestra tierra. Sin embargo, al instante nos abordó un hedor a carne quemada que nos erizó los cabellos y nos hizo revolvernos por la repugnancia. Me embocé el rostro con la bocamanga, tratando de aplacar el terrible hedor. La gente corría atropelladamente hacia un ramal de la plaza y, aunque pude suponer de qué se trataba, no pude evitar la tentación de colarme entre la bullanga para ver lo que ocurría con mis propios ojos.

Comprobé que un desgraciado ardía ajusticiado en un patíbulo junto al olmo de la plaza de Santa María. Su carne era consumida por el fuego mientras los bárbaros cristianos se deleitaban con su tormento. Busqué al desdichado con la mirada, y mis ojos se encontraron con una cabeza ennegrecida coronada por un amasijo de cabellos humeantes que parecía brotar de una tolvanera de llamas y humo. Temí que pudiera tratarse de algún judío, aunque me tranquilizó el hecho de que entre la caterva de insultos que proferían contra él no se encontraban los de «perro» o «cuervo» —que, como bien sabes, son con los que mayormente se deleitan esos sandios gentiles para referirse a nuestros hermanos.

—¿Quién es el desdichado? —pregunté a una mujer que andaba embutida en un capote pardo.

—Es un deleznable fornicario de la secta de Mahomad llamado Kalef —me respondió sorprendida por mi ignorancia, sin percibir posiblemente mi condición de judío.

—¡Un maldito hereje al que sorprendieron ayuntado con una cristiana! Ese delito no se puede pagar sino con la peor de las muertes —apuntó un anciano corcovado y legañoso, que se revolvió a pocos pasos intrigado por mi curiosidad, al tiempo que exhalaba un hediondo vaho de su boca.

—¿Forzó a la mujer? —pregunté confundido.

Rieron tanto la hembra como el anciano, y varios más que se encontraban a nuestro alrededor.

—Ella es una mundaria del demonio —me indicó la dueña, mostrando un par de

dientes negruzcos que brotaban de sus encías amarillentas y semidesnudas—. Es una puta sabia que ejerce su oficio en el Rabal. ¡Buenas soldadas se ha ganado con la verga infecta de ese diantre!

La noticia me sorprendió, pues no hallaba más delito en aquel desgraciado que el que tantos cristianos cometían, y menos estando la mujer dedicada a aquel detestable oficio. Aun así, seguí indagando, intentando hallar una respuesta que justificara aquel desmedido castigo.

—La ley prohíbe que ningún moro se ayunte con una cristiana, ni tan siquiera con las que han entregado sus vidas al nefando pecado de la lujuria —me explicó el viejo, al tiempo que señalaba con sus sarmentosos dedos a un grupo de mujeres que vestían pellotes escotados por las sisas y tocas azafranadas, barraganas todas ellas, que aprovechaban el bullicio para exhibir de forma impúdica sus rostros pintarrajeados y sus cuerpos almizcleños a los mozos que se acercaban hasta las proximidades del cadalso—. Y nuestro fuero determina claramente que la pena del delito sea la muerte —aseguró, convencido de que aquella punición era del todo justa.

Atribulado, continué mi camino tratando de pasar al otro lado de la plaza, sobrecogido por el terrible feto, al tiempo que se repetían en mi cabeza los terribles altercados de la villa de Cannete, cuando los perros cristianos trataron de darnos muerte incendiando los muros de nuestra vieja casa.

Pedí a varias personas que me indicaran dónde se hallaba la iglesia de San Pedro, y no tardaron en apuntarme una cuesta sinuosa y acusada que ascendía desde el otro lado de la plaza del Mercado, a pocos pasos de la plazuela en la que se estaba llevando a cabo el ajusticiamiento. Regresé entonces hasta donde había dejado la borrica y el mulo que transportaba a mi esposa y, tras comprobar que Benvenida se encontraba despierta, alertada por el horrísono tumulto que se había formado en los carrales que accedían al lugar del cadalso, tiré de los animales, agradeciendo al cielo el favor de conducirme hasta nuestros hermanos.

Ascendimos con dificultad por la cuesta de San Pedro, una empinada varga donde casi echo los pulmones y donde hube de pedir auxilio a varios mozos para que me ayudaran a mover a las caballerías, pues la borrica estaba deshecha por la carga y apenas era capaz ya de moverse. Al fondo de la calle, donde se divisaba la entrada al templo cristiano, la cuesta se escoraba ligeramente dando acceso a la judería turolense. Una cerca de ladrillo cerraba el barrio hebreo, un poco más arriba del fosar cristiano que flanqueaba la esquina de la iglesia, en el que las ratas se apiñaban por decenas y escarbaban en los barrizales. Un agudo helor acarició nuestros huesos y varios destellos iluminaron el cielo, anunciando que una recia tormenta nos visitaría esa misma tarde. Había un guardia custodiando el postigo que daba acceso a la judería, aunque el portón se hallaba abierto y no nos impidió el paso.

Llamé a la aldaba de la primera puerta que encontré, pidiendo a grandes voces caridad, asustado por el rigor de las facciones de mi esposa, el frío de la mañana que comenzaba a arreciar y las primeras gotas de agua que el cielo había comenzado a

descargar.

—¡Por piedad! —grité lastimoso—. Dadnos cobijo en vuestra morada, buenas gentes.

No hubo respuesta alguna. Reparé entonces en que la entrada se hallaba cerrada a cal y canto, y que las ventanas habían sido selladas. Un viandante se detuvo junto a mí y me advirtió sobre una marca que habían hecho en la fachada con pintura roja.

—¡El mal negro! —supuse sobrecogido.

El hombre se persignó, como hacen los cristianos, y corrió calle abajo sin mediar más explicación.

Llamé a una segunda casa, situada en la misma plaza en la que desembocaban las calles, cuevas y callizos que configuraban la barriada, pero tampoco obtuve respuesta. Esta vez la puerta carecía de marca, pero se hallaba tan sellada como la primera. Me emboqué entonces por una calleja que descendía empinadamente a mano izquierda, justo al final de la plazuela, intentando encontrar alguna vivienda que presentase señales de vida. La lluvia había arreciado y la gente había desaparecido repentinamente de las calles. Escuchaba el chillido de las ratas y veía hollar sus pequeñas patas en los muladares que había a un lado y otro de la vía, correteando nerviosamente en busca de algún agujero donde guarecerse.

Toqué la aldaba de un portón grande, perteneciente a una fachada en la que un pequeño vano se hallaba todavía abierto. Vi que una mujer tocada asomaba la cabeza por el ventanuco y al momento tapaba la abertura y echaba las trancas. Comprendí entonces que nadie nos prestaría cobijo. Posiblemente aquellas gentes estaban aterrorizadas por el furor de la ponzoña negra, y mi esposa y yo éramos forasteros a los que nadie conocía. ¿Quién iba a arriesgar sus vidas por darnos asilo durante la noche? Así pues, descendimos por el estrecho carral que viraba hacia la parte occidental de la ciudad y abandonamos Teruel por el portal que llaman *de Zaragoza*. Después de atravesar la era del mercado, nos arrimamos hasta el Arrabal, bien poblado este de numerosas casas, viñas y huertos hasta donde corre una acequia junto a un azor de piedra menuda.

Pese a la incipiente lluvia, había tránsito de gentes, pues, enfrente mismo del portón de la urbe, había una taberna muy frecuentada, cerca de la cual ejercían las barraganas y baldonadas su nefando trabajo. Más allá, junto a una capilla de los infieles, había una calle amplia que ascendía hasta lo alto del Rabal, donde se había acumulado un buen montón de hienda y otras inmundicias que impregnaban toda la calle con su fetidez. Desesperado y sin saber qué hacer, dirigí la borrica y el mulo calle arriba, hasta que al final de la misma vi, adosada al mismo muro, una teña en la que parecía no habitar nadie. Aparté el mulo a uno de los lados y dejé que la acémila abrevara en uno de los charcos. Diluviaba en ese momento y, consciente de que mi esposa había empeorado en las últimas horas, busqué refugio bajo el pequeño soportal de una casa que parecía tan abandonada como las primeras.

* * *

La borrica no pasó de aquella noche. Había hecho todo el viaje renqueante, acuciada por la vejez y con el lomo nafrado por el roce de la carga. Cuando desperté se hallaba tendida inerte sobre la carrera, y las ratas habían llenado su cuerpo de mordidas y correteaban entre su carne. Comprobé que mi esposa se encontraba bien y, acuciado por todas las desgracias que se cebaban con nosotros, me deshice del cuerpo de la bestia como pude.

Aquello parecía el final. Aún había un largo camino hasta Darocha, y mi mujer seguía tan postrada como el día que habíamos abandonado su villa natal. La única esperanza para poder seguir avanzando era que se recuperase, pero el viaje parecía haber hecho mella en ella. Además, tampoco teníamos forma de llevar la carga que había conducido desde Moya la borrica muerta, pues si lo cargaba todo sobre el mulo, no quedaría espacio para llevar a mi esposa.

Viendo que nadie habitaba el cobertizo en la parte alta del Rabal, nos metimos en él buscando el resguardo de sus paredes. Aquella teña medio derruida había sido hacía años una vivienda, según hube de saber después. El cristiano que la levantó no había pedido permiso al concejo para construirla, por lo que los vecinos echaron abajo parte del muro y derribaron las vigas que soportaban el tejado de carrizo. Desde entonces, nadie había buscado aposentarse allí, dado el hedor que desprendía la corambre que un abarquero exponía cada mañana junto al portal de su obrador, a pocos pasos del lugar.

Habitaban aquel espacio una camada de gatos, todos de pelajes grises y pardos, que se acurrucaban aovillados en un rincón. Supuse que ese era el lugar más cálido, pues parte del tejado se conservaba encima resguardándolo convenientemente. Tras espantar a los animales, acumulé allí abundante paja y, con una de las sábanas que llevábamos en las albardas, fabriqué un colchón en el que acomodé a mi esposa en un pequeño altillo de madera, para salvaguardar sus piernas de las mordidas de los roedores. Eché sobre ella cuanta ropa habíamos traído con nosotros y salí a los montes a buscar romero para poder quemarlo en la madrugada e impedir que la pestífera ponzoña penetrara en el recinto.

Al día siguiente busqué reunirme con alguno de los *mucaddemin*, o adelantados de la aljama, con el propósito de poder mostrarles las cartas de recomendación que portaba conmigo y la esperanza de encontrar asilo en cuanto pudiera demostrar mis credenciales como médico. Desgraciadamente, todos habían huido de la ciudad, buscando el amparo de los campos, acuciados por la terrible mortandad que la ponzoña negra ocasionaba, tal y como Mateo Sánchez, el mercader, nos había advertido en la posada. El barrio, por tanto, carecía de autoridades que pudieran atender mis demandas, y quienes habían quedado a cargo nada querían saber de una familia de forasteros. De hecho, tuvimos suerte de que nadie acudiera y nos echara a

pedradas de nuestro pequeño refugio o prendiera fuego a las pocas vigas que quedaban en pie.

Totalmente abatido, ignoraba cuál debía ser mi modo de proceder. Mi esposa empeoraba por momentos, la calentura había subido, y tenía la cara y los cabellos envueltos en sudor.

—¿Te encuentras bien, Benvenida? —le pregunté, posando mi mano en su pálida frente. Trató de decir algo, pero su boca apenas esbozó un lacónico gemido, tras el cual su expresión se tornó en una mueca angustiada—. Estás ardiendo —musité.

Me temí lo peor, así que aparté rápidamente la manta que la cubría y retiré la camisa, buscando desnudar sus muslos. Palpé su carne buscando alguna turgencia y encontré una nacencia mala en la ingle, muy cercana a su sexo.

Comencé a temblar de manera descontrolada, las piernas me flaqueaban y sentí que me faltaban las fuerzas: el morbo negro estaba presente en aquel destartado cobertizo y había conquistado la carne del ser al que amaba profusamente. ¿Pero cómo? Por un instante pensé que era imposible, que aquello no estaba sucediendo realmente; pero luego mi mente evocó las palabras del mercader turolense: «Evita entrar en la ciudad de Teruel..., es una escombrera de cadáveres». Tras ello recordé cómo Benvenida había pasado la noche tapada con el tabardo de aquel desconocido. Él procedía de Teruel, huía de la ciudad temeroso del morbo negro, ignorante de que en su huida se llevaba los miasmas envenenados que generan esa terrible enfermedad entre los pliegues de sus ropas. ¿O tal vez el mal ya había llegado a tierras moyanas y mi esposa arrastraba el contagio desde nuestra salida de aquella villa? Me sentía desfallecido, superado por una realidad que me negaba a aceptar. Sin decir palabra, salí del viejo cobertizo y me senté sobre una piedra que había cerca del muro. Las lágrimas brotaron de mis ojos y se deslizaron por mis mejillas. Benvenida estaba infectada... El morbo había corrompido su carne y seguramente moriría en pocas horas. Y yo me sentía del todo impotente.

Tardé largo rato en reaccionar. Después, tras sentir que el cielo se desplomaba sobre mis hombros, recordé que era uno de los físicos más reputados de las tierras de Cuenca. Si Benvenida estaba enferma, yo haría lo imposible por sanarla y devolverla a la vida. Desgraciadamente, no tenía lo necesario a mi alcance. Apenas portaba conmigo unas cuantas medicinas y el herramental para ejercer mi profesión. Si la buba acrecentaba su tamaño, haría lo posible por retirar el negruzco pus; sangraría sus venas para vaciar todo el humor que estuviera infecto —tal y como Jacob me había recomendado—, pero apenas contaba con los ingredientes necesarios para elaborar los medicamentos convenientes.

Marché a toda velocidad a la ciudad y penetré raudo por la puerta de Zaragoza. Recordaba haber visto el día anterior un pequeño dispensario en la calle que llaman *del Tozal*, en el que debían de vender medicinas e ingredientes para elaborar preparados. Así que hacia allí me encaminé, presuroso, con la opresión atenazando mi pecho y la angustia apelmazándose en mi garganta.

—Necesito ayuda —dije con el aliento entrecortado tras penetrar en la pequeña tienda—. Debo comprar algunos ingredientes.

El boticario, un estirado cristiano de tez lampiña, pelo grasiento y ojos saltones que respondía al nombre de Sebastián, aguardaba tras el poyo de la tienda, donde una candela de sebo proyectaba su sombra sobre los anaqueles atestados de matraces, cajitas de cerámica y frascos repletos de hierbas, ungüentos, bálsamos, perfumes y otras cremas de belleza.

Al verme entrar a toda velocidad, tomó un pequeño trozo de papel y, tras mojar con tranquilidad la punta de su cálamo en el tintero, se preparó para tomar nota.

—Necesito... —comencé a rezar atropelladamente— dos libras de óleo rosado, seis libras de agua de rosas, dos onzas de mirra y otras dos de castor. También necesito...

El hombre, que apenas acertaba a tomar nota, levantó la vista del papel y, clavándome su mirada durante un instante, me tendió el cálamo para que fuera yo mismo el que tomara nota de todo. Asentí y continué tratando de recordar todos los componentes que necesitaba para preparar los medicamentos que, a mi juicio, podían ser más útiles para atajar la enfermedad de mi esposa, o al menos para mitigar sus terribles síntomas.

Mientras yo anotaba, el boticario ladeaba la cabeza para ver lo que había escrito y rebuscaba entre sus alacenas, llenando el poyo de la botica de tarros, cofrecillos y bolsitas, cuyos ingredientes iba pesando cuidadosamente en la balanza. Al acabar, tomó el cálamo y empezó a hacer cuentas en el mismo trozo de papel en el que yo había realizado las anotaciones. Comenzó a sumar las cantidades, pero consciente yo de que me iba a demandar una buena suma de dinero, me adelanté rebuscando entre mis ropas.

—Es todo cuanto tengo —le dije desesperado tras vaciar la talega de monedas sobre el poyo, ocultando que guardaba todavía unos pocos dineros más en la faltriquera.

—No llega ni para pagar un quinto de lo que has demandado —me dijo recogiendo las monedas e introduciéndolas rápidamente en un cofrecillo que tenía sobre el banco. Después intentó justificarse—: Con la peste, ha crecido la demanda de muchos de los productos que deseas adquirir y la escasez de algunos de ellos es notable. El precio ha subido mucho en las últimas semanas. Lo siento.

Quedé meditabundo, impotente ante aquella situación e incapaz de dar respuesta al boticario. Las pocas posibilidades que Benvenida tenía de salvarse pasaban todas por conseguir aquellos ingredientes. El sudor afluía en mi frente y el nudo que se hizo en mi garganta amenazaba con asfixiarme.

—Si no elaboro los medicamentos y se los suministro a mi esposa, ella morirá sin remedio —le dije con el escaso hilo de voz que brotaba de mi boca.

El boticario se limitó a encogerse de hombros. Posiblemente eran tantas las personas que habían muerto en la ciudad en los últimos meses que todo el mundo se

mostraba ya del todo insensible.

—Tengo un mulo joven —le dije a la desesperada—, es un buen animal, de pelo castaño, obediente como pocos. Pagué por él doscientos sueldos de Valencia hace apenas dos semanas, y lo menos vale quince florines...

—Bien —me respondió desabridamente mientras trataba de recoger las especias y hierbas que se hallaban aún extendidas por toda la tabla—, llévalo al mercado, véndelo y tráeme el dinero. Sin embargo, el precio total por las medicinas es de veinticinco florines, y en tu talega no había más de seis.

—No hay tiempo —le dije desesperado—, si no empiezo a tratarla de inmediato, morirá.

Por primera vez el boticario alzó la vista del poyo y me miró a los ojos. Tenía las pupilas moteadas y claras, y el cabello, cuidadosamente cortado, caía sobre su frente sobresaliendo por debajo del bonete.

—Está bien —me dijo—. Conozco un corredor que podría encargarse de la venta del animal. ¿Tienes algo más que ofrecerme?

Dudé un momento antes de responder. A mi espalda sentí cómo un hombre que realizaba anotaciones apoyado en un escabel levantaba la cabeza y clavaba sus ojos en mi espalda. Imaginé que era un notario que había aprovechado la luminosidad de la tienda para redactar alguno de sus papeles. Debía conocer bien al boticario y me pareció presentir un gesto de complicidad entre ambos.

—Varias mudas, alguna camisa buena, un par de mantas...

Había callado también que poseía un caro instrumental y algunos libros de medicina, pero no deseaba deshacerme de todo ello, pues era evidente que podía necesitarlo para curar a mi esposa.

—Suficiente —expresó el boticario regresando la mirada a sus cuentas—. Lleva el animal y todo lo que has dicho a un establo que hay cerca de la iglesia de San Miguel. Después acércate de nuevo hasta aquí y te daré todo lo que has solicitado.

Así lo hice, y con tanta celeridad que, antes de que el sol llegara a su cenit, ya cargaba con todos los ingredientes de vuelta al cobertizo.

Preparé sendas cataplasmas para los bubones y varios medicamentos con los que esperaba frenar la voracidad de los síntomas. Finalmente sangré a mi esposa con la lanceta, recordando que Jacob juzgaba el sangrado el método más eficaz para purgar los humores contaminados por la pestilencia.

Atendí a Benvenida debidamente y volví a la ciudad para comprar algo de comida con el poquísimo dinero que nos quedaba y que había evitado entregar al boticario. Regresé al Arrabal justo cuando los guardias cristianos daban el cerrojazo a los portones de la entrada de Zaragoza, apenas aparecida la estrella en el cielo. Avancé presuroso hasta lo alto de la barriada, pero, cuando ya me quedaba poco para llegar al cobertizo, vi gentes arremolinadas ante la puerta y me asusté, creyendo que algo nefasto había sucedido en el interior. Resbalé en uno de los charcos y caí de bruces sobre el barro; un par de ratas chillaron al caer mi cuerpo sobre el suyo, y las manos

se me llenaron de freza de caballería y otras inmundicias que desbordaban la carrera. Maldije entre dientes y, al levantarme, observé que todos se habían vuelto para contemplarme. Se apartaron rápidamente en cuanto me dirigí a la entrada, huyendo de mí como si fuera un apestado.

Junto al muro del cobertizo vi entonces un cuerpo tendido. Temí que fuera el de mi esposa, pero no era así. Era un moro de los que habitan aquellas casas y se dedican al negocio de las ollas y los cántaros. La ponzoña negra se había cobrado una nueva víctima y esta yacía con el cuerpo cubierto por las postillas cárdenas. Justo a escasos pasos del cobertizo en el que yo había guarecido a mi amada.

Entré en el viejo edificio a toda prisa y comprobé que Benvenida todavía respiraba torpemente tendida sobre la yacija. Caí de rodillas y me eché a llorar, vencido por la situación. No podía creerlo, el Sumo Hacedor, bendito sea, nos había maldecido a mi esposa y a mí enviándonos aquel tormento nefasto. Después agité el mosquerío que se cebaba en las pálidas carnes de mi esposa y se arracimaba en torno a su boca para sorber las babas que brotaban de la comisura de sus labios. Salí de nuevo a la calle y comencé a gritar a los viandantes llamando la atención sobre el cuerpo del muerto que yacía allí, frente a la puerta de nuestro cobijo. Pero al poco tiempo comprendí que nadie, absolutamente nadie, iba a mover un dedo por retirarlo de la calle.

Tomé yo mismo una estaca de madera que extraje de una carcomida viga desprendida del cobertizo y, con grandes esfuerzos, empujé con ella el cadáver hasta moverlo al medio del carral. El sol ya se había ocultado y, aunque sentía la mirada de quienes contemplaban la escena resguardados tras sus ventanales, me tranquilizaba el hecho de que no hubiese un alma en la calle. Cuando lo hube conseguido, junté broza, algo de la hierba seca que crecía al abrigo de la techumbre del cobertizo y unos cuantos palos de madera. Lo arrojé todo encima del fétido cuerpo, el cual unté con la escasa brea de una teda que había en el interior del edificio. Después le prendí fuego implorando a Dios que la lluvia respetara la velada y observé durante un largo rato cómo una buena parte del cuerpo se consumía por las llamas. Tras ello volví al interior de la casa acuciado por el hedor que despedía su carne podrida y quemada, me acurriqué junto a Benvenida bajo un recio capote de tela encerada y lloré como un niño lamentando nuestra miseria.

—«¡Oh, Dios mío —exclamé esa noche mientras arañaba mi rostro con mis uñas recrecidas y negras—, Tú me has vuelto hambriento, y desnudo me has dejado en la oscura noche, desamparado!»

* * *

Así fue, mi querido Isaac, como perdimos todo cuanto teníamos. Durante años había sido un reputado físico en la villa de Cannete. Jamás el pan había faltado a los míos. Mi esposa pertenecía a una familia respetable y, gracias a mi labor, contaba con

el favor del alcaide y de los demás prebostes del lugar. Ahora, en cambio, me arrastraba harapiento por las calles de Teruel mientras contemplaba impotente cómo la enfermedad consumía a mi esposa. Yo mismo temía estar ya infectado, pues, pese a mis esfuerzos por salvar a Benvenida, no tomaba ninguna medida por evitar quedar contagiado de aquel morbo tedioso. Mi vida valía menos que la de las ratas muertas que se hacinaban por docenas en los laterales de las carreras, y la idea de reencontrarme contigo y con los tuyos se fue diluyendo poco a poco de mi horizonte.

Acongojado, recordaba las palabras de mi padre, de bendita memoria, al que tú bien conociste, que solía decir aquello de que «al desdichado no le corre ni el caballo». Así sucedía con nosotros. Para colmo, temía que cualquier día la policía del concejo nos encontrara y nos echara de la ciudad, pues se decía que no dejaban que moro o judío se asentara en la villa mientras durara aquella terrible pestilencia. Todo eran desgracias y lo peor, mi buen amigo, no es lo que padecíamos en ese momento, sino lo que habría de llegar.

Me hallaba convencido de que mi esposa fenecería en poco tiempo, y supuse que mi destino no sería diferente al de ese desgraciado moro cuyo cadáver yo mismo acababa de prender en mitad de la calle. No pegué ojo aquella noche, oyendo el chisporroteo de la carne abrasada, mientras el pestilente aroma que emitía fue poco a poco invadiendo hasta el último rincón de aquel mísero cobertizo.

Me desperté a la mañana siguiente con el sonido metálico de un par de esquilas. Había quedado profundamente dormido poco antes del amanecer, y el sonido lúgubre de las pisadas de la gente en el carral y el chirrido estridente de las ruedas de un carromato de madera me sobresaltaron. Me alcé del lecho en el que me había acurrucado junto a mi doliente esposa y me asomé a la puerta del cobertizo. Un arriero vestido con un balandre zurcido, arropado en gruesos capotes y con la faz oculta por un sombrero de ancha ala, dirigía una carreta con una yunta de bueyes berrendos en el tiro a los que azuzaba constantemente con la aguijada. Detrás de él, un par de escapulados, cuyos estadales desprendían un denso olor a cera quemada, avanzaban procesionales con las miradas hundidas en los cenagales de la calle. Tras ellos, una caterva de harapientos caminaba de forma lóbrega entre quejidos e invocaciones a sus santos, sumidos en una soporífera tribulación que les daba la apariencia de espectros. Uno de ellos golpeaba rítmicamente un atabal, provocando un sonido sordo que erizaba el espinazo de todos los que contemplábamos la escena.

Torné la vista al carromato y observé que, de la parte trasera, un par de brazos descarnados y repletos de pústulas negruzcas colgaban de modo grotesco. Las ruedas se detuvieron junto a un pequeño charco que se había formado en el carral y un par de ratas corretearon junto a las mismas, gimiendo de forma aguda y sonora. Uno de los hombres se acercó hasta el cuerpo medio quemado al que yo había prendido fuego la noche anterior, contempló los restos negruzcos y levantó la mirada para dirigirla a donde yo me encontraba. Bajé la vista, vencido por la intensidad de esos dos ojos negros como la carbonilla. No hubo palabras. Uno de los escapulados asperjó sobre el

finado algún tipo de sustancia aromática de olor almizclado y, al momento, ayudándose con palas y maderas, echaron el cuerpo encima del carromato entre tres o cuatro. Se oyó un gemido, y una de las mujeres que acompañaba al grupo de transidos comenzó a plorar y a invocar a los santos a los que rezan los cristianos.

El arriero azotó las ancas de uno de los bueyes, y el animal se puso en marcha, haciendo sonar la esquila y agitando la cornamenta con gesto airado. Las ruedas pasaron sobre uno de los charcos de la calle, salpicando de agua y barro a los que andaban en primera fila. Detrás de ellos se escuchó el áspero sonido de una carraca que un niño agitaba con los brazos cubiertos por grandes costras de mugre, al tiempo que abajaba la mirada al suelo y dejaba a la vista los lamparones que le pudrían la nuca. Al punto, recogí un capote raído que una devota cristiana me había entregado el día anterior frente a la iglesia de San Pedro, y seguí calle abajo a la compañía, en la que abundaban los mendigos y tullidos, suponiendo que tal vez podría recibir la caridad de algún cristiano.

Recorrimos varias callejas mientras los bronces de las iglesias violaban el silencio mudo de la mañana, y la atmósfera se cargaba con la densa humareda de una hoguera que había sido prendida cerca de la plaza Mayor. Cuando el arriero anunció a viva voz nuestra presencia frente a una vieja casona, unas fallebas fueron descerradas con un sonido sordo y metálico, y a la puerta asomó una mujer enlutada, con los ojos arrasados en lágrimas. Al instante, dos hombres sacaron al exterior el cuerpo de un finado envuelto en una sábana amarillenta. Con la ayuda del arriero y de varios mozos que marchaban con el grupo, alzaron el cadáver sobre la carreta y, entre oraciones, se recogieron rápidamente en la casa y echaron las trancas antes de que los bueyes se pusieran nuevamente en marcha. Varios de los mendigos se habían acercado hasta la salida de la vivienda con las manos en actitud pedigüeña, y una mujer entrada en años comenzó a golpear el portón con los nudillos arropada por el estruendo de la carraca que resonaba a nuestras espaldas.

—¡Caridad! —gritaban los transidos que marchaban tras la carreta.

Al momento, varios chuscos de pan duro cayeron arrojados desde una de las ventanas. Nos abalanzamos sobre ellos como los cuervos se arrojan sobre la carne inerte, y al momento se formó un revuelo de gentes que, acurrucadas en el suelo, rebuscaban entre los cenagales y los montones de basura e inmundicias donde se arracimaban las ratas. En medio del tumulto, conseguí hacerme con un trozo de pan dineral cubierto por una capa de barro. Mis ojos otearon entonces afligidos aquella masa de transidos que rebuscaban en los muladares como canes, al tiempo que me venían a la cabeza las palabras de Aben Satnas: «¡Llorad, llorad por nuestros vivos y no por los muertos, compartir su suerte es todo nuestro anhelo!».

Regresé a casa poco antes del mediodía, pero por la tarde quise acercarme hasta la sinagoga para realizar la oración y poder parlamentar con alguno de los hermanos de la comunidad. Sin embargo, al intentar acceder por la puerta de Zaragoza, un guardia me echó el alto y me preguntó la procedencia.

—¿Vienes del norte? —me interrogó al ver que, contraído por el miedo, no conseguía articular palabra. Era un hombre corpulento, con un costurón que le surcaba la mejilla izquierda de parte a parte y un vozarrón que resonaba como el ladrido de un podenco.

Negué con la cabeza. Comprendí al instante que el concejo acababa de tomar medidas para limitar el tránsito de las gentes al interior de la ciudad y que aquello podía acarrearos todavía mayores dificultades.

—¿De Darocha? —insistió—. Hay peste en Darocha, en Calatayud, y también en Zaragoza. El concejo ha prohibido que dejemos pasar a todo el que proceda de aquellas tierras.

—Vengo de Cuenca, señor —le dije con los dientes rechinando por el miedo y las palabras rebeldes en la boca.

—¿Cuenca? —preguntó volviendo la cabeza hacia el sur, confuso por ver que intentaba acceder a la ciudad desde el lado septentrional.

—Sí, señor. Vengo de Cuenca... Yo solo... Y me dirijo al norte. Llegué ayer a la ciudad.

—¿Hay peste en Cuenca? —preguntó, inseguro. Probablemente no le habían dado instrucciones sobre qué hacer con los que vinieran del sur.

Negué nuevamente con la cabeza de forma nerviosa. Temía que si decía la verdad me prohibiera la entrada a la ciudad o, peor aún, me llevara con grillos a la cárcel del concejo por haber violado la prohibición de entrar en ella. Y también me asustaba que descubriera que Benvenida estaba conmigo. No solo nos habíamos establecido en el Rabal ilegalmente, sino que además mi esposa estaba contagiada por el morbo.

—Tengo un salvoconducto... —le dije, realmente atezado por el miedo, recordando que habíamos conseguido aquel documento antes de que el mercader turoense nos recomendara rodear la ciudad en nuestro camino hacia Darocha—. ¿Deseáis verlo, señor?

El guardia me tendió la mano y agitó sus rechonchos dedos de manera insistente, así que busqué entre mis ropas y saqué la cánula en la que transportaba un documento redactado por el alcaide de Moya a instancias de nuestro pariente Necín, y una carta de guíaje que habíamos solicitado hacía varias semanas a la Corona aragonesa.

El hombre tomó el salvoconducto que le ofrecía y, con el gesto severo y la barbilla apuntada hacia donde me encontraba, desenrolló el pergamino y leyó en voz alta con cierto desdén reflejado en la voz:

El alcaide de Moia: Pedimos y solicitamos nos que a Leví, judío de Conqua y vezino de Cannet, el cual enviamos a las partes de Aragón por algunos afferes, debes guia et convente salvament et seguro a la villa de Turol, et aquesto no mudares si a nos facer servicio deseades. Dada en Moia a XIII días de enero del anyo MCCCXLIX.

»¡Maldita sea, redió! —gruñó como uno de esos puercos que devoran los

cristianos—. ¿Quién diablos se cree ese bravucón castellano para ordenar así a las gentes de nuestro concejo?

—También tengo carta de guaije de vuestro monarca —le recordé con voz temblorosa, mientras sacaba de la cánula el otro trozo de pergamino, sorprendido aún de que aquel hediondo pagano supiera leer.

El oficial lo tomó con desprecio, y dejando caer el otro albalá al suelo sin miramiento alguno, volvió a leer en voz alta:

—*Nos don Pedro, por la gracia de Dios Rey de Aragón bla... bla... bla...* —se bufoneó con una mueca grotesca alzando la vista del papel y buscando quizá mi gesto de complicidad. Tosió levemente al no verse respaldado en su chanza y prosiguió—: *Por tenor de las presentes, quiamos e aseguramos en nuestra fe reyal, a ti Leví Aben Yosef, judío e físico de la cibdat de Conqua con todos tus bienes muebles e sedientes e con tu esposa conocida como Benvenida e qualesquiera otra compañía...* ¿Tu esposa? —preguntó clavando su mirada un instante en mis ojos, para regresar dubitativo la vista sobre la línea en la que había visto su nombre.

—Sí, eh... —dudé antes de responder con un nudo en la garganta—. Ella no está aquí ahora... Ella... Nos hemos cobijado en una gruta que hay a una legua de aquí, más allá de la montaña —le dije apuntando con el dedo uno de los rojizos y escarpados montes que cercan la muela sobre la que se asienta la ciudad—. Se ha roto una pierna y no puede moverse.

El hombre asintió con desgana y prosiguió con la lectura:

Assin que por qualesquiera delictos o excessos non puedes ser preso, prendado, detenido ni embargado en persona o en bienes sino por tu deudo propio conocido, antes puedas ir, venir, seer e tornar con todos tus bienes por toda nuestra tierra e sentoria salvament e segura. Mandamos con esta misma, al Governador nuestro general e a sus lugares tenientes e todos e cadaunos otros oficiales et subditos nuestros presentes e avenidores, que el guiatje e aseguramiento present, el qual queremos que valga e dure tanto como a Nos plazera, firme hayan, tiengan e observen e contra non y él viengan o y dexten alguno contratienpo por alguna razon, sin ira e indignación nuestras, cobdicien esquivar. Et empero dicho Leví seas tendito de asegurar en poder del batle de Darocha o de su lugar teniente con buenos fiadores que por diez anyos mas cerca venideres, petxaras con la aljama de la dita villa nuestra de Darocha o de otro cualquier lugar nuestro. En testimonio de la qual cosa, mandamos la present sellar con nuestro sello secreto.

Al acabar de leer se pasó el antebrazo por su boca grotesca y me dedicó otra torva mirada que me traspasó de parte a parte.

—Yo... Veréis, señor... —intenté justificarme sin saber qué decir.

—¿Os dirigís hacia Darocha? —preguntó reflexivo.

Asentí con la cabeza.

—Vosotros vais hacia Darocha y yo tengo orden de no dejar pasar a ningún forastero en la ciudad.

—Pero, señor... —protesté—. Mi mujer no puede proseguir el viaje con su pierna rota y yo tengo que entrar para comprar comida y... Bueno, me gustaría asistir a los oficios que se celebran en la sinagoga.

El hombre accedió finalmente. Estaba confundido y no sabía con certeza qué debía hacer con un extraño que no provenía del norte. Apartando la cuchilla de su bisarma de mi cara me permitió el acceso, pero me advirtió que en cuanto mi esposa se hallase recuperada debíamos marcharnos de allí. Que no consentiría en verme nuevamente pasadas dos o tres semanas. Después, cuando embocé mi cabeza en el capote con el que me cubría del helor y avancé hacia el interior de la ciudad, lo escuché mascullar entre dientes: «Sucio judío». Tuve suerte de no decirle que en realidad nos habíamos alojado en aquella destartalada vivienda del Arrabal, pues de haberlo sabido probablemente nos habrían echado a patadas.

* * *

Durante algunos días me dediqué a ir casa por casa pidiendo limosna. En la judería algunos hermanos lanzaban chuscos de pan duro desde las ventanas, aunque eran muchos los que ante el temor de la pestilencia cerraban sus viviendas a cal y canto. En las barriadas cristianas la mayoría de las gentes nos insultaba llamándonos apestados, adoradores de Belcebú y puercos, y únicamente hubimos de sentir la generosidad de los señores cristianos en la plaza en la que se erige el palacio de los Sánchez Muñoz y en la calle que habitan los Marcilla, los clanes familiares más importantes de la urbe. Aparte, en los hospitales nos brindaban algo de atención y nos concedían algo de comida, aunque debido a nuestra condición de judíos nos dispensaban un trato muy diferente al de los nazarenos. Los cristianos solían dormir en almadragues de terliz o en cólcedras de estopa; los nuestros, en cambio, debían arrimar sus cuerpos en jergones de paja extendidos sobre el suelo, sometidos al rigor del helor matutino, las mordidas de las ratas y las picaduras de chinches y pulgas.

Los judíos de Teruel no se hallaban menos amenazados que los de Cannete o los de Cuenca, pues antes de nuestra llegada, los perros gentiles habían asaltado su barriada en varias ocasiones. Habían saqueado varias viviendas, apaleado a algunos de los miembros de la aljama e incendiado algunas casas, razón por la cual existían grandes recelos entre los miembros de ambas comunidades. Nuestros hermanos se hallaban constantemente en oración, sometidos a ayunos y todo tipo de rigores, se ceñían sacos de esparto al cuerpo y cubrían sus cabezas con ceniza; se encerraban en sus hogares renunciando a mantener sus negocios y a salir a faenar los campos, y suplicaban al Sumo Hacedor, bendito sea, que los liberara del mal de la ponzoña negra y de la ira de las gentes paganas. Levantaron tapias entre las calles para separarlas de las barriadas de los cristianos y fortificaron las diferentes entradas a la

judería, incluida la de la cuesta de San Pedro.

Los días pasaron lentamente en aquellas condiciones. Gracias a mis atenciones, la mancha de aquella hedionda buba que tenía el cuerpo de Benvenida comenzó a remitir. El tratamiento aplicado sobre la postilla fue del todo efectivo y en pocos días la fiebre también cesó. Su orina seguía siendo cruda, pero había comenzado a hablar y a comer con menor dificultad. Sentía que se la había arrebatado al Ángel exterminador de sus propias garras y un atisbo de luz parecía vislumbrarse en nuestros horizontes.

—Vas a sanar, querida —le dije una mañana al ver que había recuperado el color de la carne.

—Me siento tan débil, Leví —musitaba ella con voz tenue.

Estaba frágil como una flor marchita. Su carne había sufrido la infecta ponzoña, y aquel maldito cobertizo no era el sitio más adecuado para su recuperación: apestaba a orines y al hedor de los cueros que el abarquero colgaba a pocas varas de allí. Además, estaba repleto de arañas, chinches, piojos y pulgas que nos tenían los cuerpos llenos de picadas. Por suerte, la desgredada manada de gatos mantenía a raya a las ratas, que parecían infectarlo todo.

Cuando la veía allí postrada y mis ojos se cerraban para no ver la miseria que nos rodeaba, mis labios musitaban las palabras que Dios todopoderoso, loado sea su nombre, puso en boca de la madre del profeta Samuel: «Levanta del polvo al humilde, alza del muladar al indigente para hacerle sentar junto a los nobles, y darle en heredad trono de gloria, pues de Yahvé son los pilares de la tierra y sobre ellos ha sentado el universo». Con todo, mi amada y yo amanecíamos sumidos cada mañana en un pozo de cieno.

Comencé a frecuentar una estrecha calleja, que subía desde la calle del Tozal —la que une la puerta de Zaragoza con la plaza Mayor de la ciudad— hasta la judería. En aquel lugar había apostadas varias tabernas y otros lugares de mala vida que no me agradaban en absoluto, pero a los que tuve que acudir en busca de ayuda después de que se me tratase con desprecio en la propia judería.

Allí, algunos miserables tahúres y otras gentes apocadas se jugaban los pocos dineros que tenían a los dados y las tablas. La mayoría de ellos frecuentaba también otra taberna que el propio concejo tenía en el Rabal, cerca de la puerta de Zaragoza y de la calle en la que ejercían su oficio las barraganas y las mujeres de moral liviana. Jugaban a todas horas, de modo que la mayoría acababan perdiendo lo poco que habían obtenido, si bien el que ganaba conseguía acumular una buena cantidad de dinero que le permitía salir adelante durante algunos días, o volver a perderla en el juego.

Un par de judíos, llamados Alatzar y Bueno, participaban continuamente en aquellas disputas de dados y más de una vez me invitaron a jugar con ellos. El primero era un tullido incapacitado para ejercer cualquier oficio; el segundo, simplemente un charlatán que se frotaba los brazos con ortigas y otras hierbas para

enturbiar su aspecto y demandar caridad. Tenía además la cabeza rasurada, y las marcas del cepo en su cuello delataban que ya había purgado por sus penas ante la justicia del concejo. Ambos decían servir al Muñoz, uno de los líderes cristianos de la urbe que siempre andaba provocando violencias y desmanes y competía con el Marcilla por el control de la ciudad.

Llegué a plantearme en varias ocasiones juntar lo poco que teníamos y jugarlo al azar; con una buena racha, podría obtener unos cuantos dineros con los que arrendar alguna casa, o una habitación, y dar allí mejor tratamiento a mi esposa. Había poco que perder y era mucho lo que podíamos ganar. Pero jugar a ese tipo de suerte es un pecado contra la Ley del Señor y, cada vez que la idea del juego asaltaba mi mente, recordaba la aseveración del sabio Maimónides, de bendita memoria, de que todo dinero obtenido por el juego es el beneficio de un latrocinio.

Por otra parte, tampoco me agradaba en exceso que se me relacionara con ese tipo de truhanes. Recuerdo que siempre había con ellos una mujer tiñosa que tenía el rostro desfigurado, con la cabeza sembrada de calvas y de purulentas costras, que se jactaba de haber sido deformada por ser una hembra fornicaria y una adúltera. Su desgracia debía ser tal vez un castigo de Dios por su conducta deleznable, lo mismo que la cojera de Bueno, que andaba apoyado en bastones y que tenía los ojos cubiertos de rijas. A veces se dejaban caer por el Arrabal con otra mujer llamada Yusta, a la que de moza le habían arrancado la nariz por ayuntarse con un moro de la aljama. Era esta una baldonada que gargajeaba blasfemias por la boca y que escupía a todas horas, mientras se frotaba indecorosamente sus partes de mujer y hacía muecas grotescas con su cara desfigurada. Sé que meses después la ataron por los pies a una mula y la arrastraron por toda la ciudad, porque había blasfemado terriblemente en una iglesia y había escupido en la cara a un cura cristiano que oficiaba en ella.

Después de todo —y pese al desprecio al que nos habían sometido las gentes de Teruel por ser forasteros—, lo que menos deseaba era sufrir la anatema de los notables de la aljama y la privación de participar en las tradiciones de nuestro pueblo, si bien eran pocos o ninguno los sabios de la ciudad que quedaban para reprenderme. Cuando la obsesión me atormentaba, no dudaba en recordar el caso de Abraham Amarillo, el hermano del cañetero David Amarillo de Sigüenza, a quien los adelantados habían apartado de la aljama de Cuenca por gastar todas las riquezas de su familia en el juego y en la bebida, y al que habían azotado en varias ocasiones por ese mismo motivo, así como por dar maltrato a su esposa. Cuando recordaba aquello, venían a mis pensamientos las palabras que fueron trazadas por los sabios: «No estés entre los bebedores de vino ni entre los glotones comedores de carne, porque el ebrio y el glotón irán a la pobreza, y la somnolencia vestirá al hombre con harapos». Como bien dice la Santa Escritura, «Arrogante es el vino, tumultuosa la bebida; quien en ellas se pierde no llegará a sabio». Desgraciadamente, la pobreza se había adueñado ya de mi casa, y mis pellejos ateridos de frío, y los de mi esposa, se hallaban arropados tan solo por pingos raídos. El Señor todopoderoso, bendito sea, se había

olvidado de nosotros y nos había arrojado a aquel nefasto estercolero repleto de inmundicias.

Benvenida comenzó a levantarse del lecho a la semana de nuestra llegada a Teruel. Estaba completamente demacrada. La pestilencia parecía haber abandonado su cuerpo, aunque la debilidad la convertía todavía en presa fácil de otros posibles males. Pasábamos hambre, vivíamos en condiciones insalubres y, lo peor de todo, habíamos perdido toda esperanza sobre el futuro. Yo sabía que debía sacarla de ese ambiente, pero ignoraba cómo hacerlo. Por las mañanas, cuando el astro se alzaba en el cielo, besaba su frente y le decía que iba a salir para encontrar algo de pan. Ella asentía sin rechistar, sin preguntar siquiera cómo iba a conseguirlo. Se arrojaba con la sucia manta con la que nos cubríamos por la noche, o se quedaba hecha un ovillo sobre el jergón, con los brazos rodeando su cabeza, como si quisiera ocultar su cuerpo de este mundo cruento. A veces, al regresar de la calle, la encontraba limpiando la vieja choza, sacudiendo el suelo con unas cuantas ramas secas; otras, simplemente la hallaba en la misma postura en la que la había dejado, como si no hubiese realizado ningún movimiento en todo el día. Evitábamos en todo momento hablar de aquella maldita enfermedad que a punto había estado de arrebatarnos la vida, pero ella continuaba con el alma contraída y la mirada vacua, como la tiene la niña que acaba de perder su virtud de manos de algún salvaje que la ha arrebatado de los brazos de su madre.

Nuestra existencia se había tornado en una pesadilla. No tardamos en quedar sin dinero alguno y ya no poseíamos nada que pudiésemos vender: ni siquiera mis libros o los instrumentos de cirugía que tanto me había resistido a perder. Para colmo, los bienes en la ciudad también eran escasos. Las mercaderías no llegaban, muchos comerciantes habían huido a los campos temerosos por contraer aquella terrible enfermedad, y los que quedaban habían encarecido los precios de los productos ante la escasez de los mismos. El poco dinero que me quedaba lo gasté comprando mantas, nuevas medicinas para Benvenida y algo de comida. Después comencé a acudir diariamente a la iglesia de San Pedro —la misma que se encuentra en la carrera que baja desde la judería—, pues allí siempre había buenas gentes que entregaban dineros a los angustiados y pobres después de la celebración de los nazarenos. Entre semana apenas obtenía unas pocas monedas, pero el domingo, día en el que todos los infieles acuden al templo a rezar a Dios, eran muchos los que ofrecían sus limosnas a los que acudíamos en busca de pan.

Un grasiento transido con el que me cruzaba todos los días solía decir que desde que la ponzoña negra había llegado a Teruel, los cristianos aflojaban la bolsa más que nunca. «Temen que san Miguel no sea misericordioso cuando pese sus almas si no se han entregado a la caridad en vida, y muchos piensan que ninguno sobreviviremos a estos tiempos aciagos». Otro que siempre iba con él se abría llagas y escaras en la carne para provocar lástima entre los adinerados, pues el dolor físico, aseguraba, puede ser llevadero, pero la gazuza no, y «los ricos solo sueltan la bolsa cuando su

conciencia les hurga el gollete».

Cierto o no, he de reconocer que, gracias a la compasión de aquellas gentes paganas, Benvenida y yo logramos sobrevivir en aquella mísera situación durante unas cuantas semanas. De hecho, cuando las campanas sonaban con repiques lúgubres anunciando la muerte de alguno de los prebostes de la ciudad, acudía presuroso hasta la puerta de la iglesia, me mezclaba entre los cristianos y penetraba en el templo, donde asistía afligido a los extraños ritos que los infieles realizaban allí dentro. Sabía que aquello estaba prohibido por la ley de los cristianos, y que si alguien descubría que yo era judío me molarían a palos. Pero lo hacía porque muchos nazarenos, al morir, dejaban escrito en su testamento que se pagara con dinero a los pobres que asistían al oficio de su entierro y acompañaban sus restos hasta la sepultura, e incluso a veces nos llevaban hasta la casa del difunto y allí nos entregaban todo tipo de viandas para saciar nuestra hambre. Esto último era lo menos frecuente, dado que, ante la gran carestía que sufría todo el reino, se había prohibido que se realizaran todo tipo de ágapes; aun así, eran muchas las familias — especialmente las de los notables y adinerados de la ciudad— que desoían los preceptos legales.

Solían servir buenos pedazos de carnero asado y vino —alimentos que no podíamos consumir por haber sido preparados por manos cristianas sin haber seguido nuestros preceptos—, pero el pan abundaba en aquellas copiosas comidas. De todos modos, cuando el hambre apremia, uno siempre acaba llevando a la boca lo primero que tiene a mano, demande lo que demande la Ley. Yo escondía pedazos de pan entre los harapos que vestía, junto con algún buen pedazo de carne, y sin apenas probar bocado, corría calle arriba para llevárselos a mi esposa. Y también un poco de carne trifá que, como no la podíamos comer, aprovechaba para repartirla entre la jauría de gatos que habitaban con nosotros en el cobertizo.

Participar en aquellos banquetes y colarme con cierta frecuencia en las iglesias me desagradaba sobremanera, pues consideraba que con aquella actitud no podía sino ofender al Señor todopoderoso, mas no quedaba otro remedio que hacerme pasar por cristiano. Untando siempre mi cara con excrementos para que simularan costras y lamparones, aguardaba impávido a que terminase aquella celebración pagana mientras mis fosas nasales se enturbiaban con el olor rancio de los turíbulos. Los clérigos los agitaban constantemente en sus templos, tratando de mitigar así el fetor a podredumbre que exhalaban las losas del suelo, atestadas de tumbas, y el que se colaba desde el carnero lindante.

Recuerdo bien cómo ese fosar anejo a la iglesia rezumaba de cadáveres y la podredumbre de las calles se mezclaba con la fetidez que despedían los cuerpos a medio enterrar. Varios finados habían sido encalados en las casas, y cada vez eran menos los muertos llevados hasta las parroquias para que se celebrase funeral, pues el concejo carecía de medios suficientes para hacer frente a aquella terrible situación. Los despojos de los cuerpos atacados por el morbo aguardaban en los carrales y las

casas el paso de la compañía de la muerte, cuya carreta veía yo pasar cada día desde la parte alta del barrio de San Pedro, anunciada por la cencerrada de los esquilones de los bueyes, bien repleta de cuerpos. Su paso lúgubre por cada una de las barriadas de la villa levantaba una infecta nube de polvo que enturbiaba los pulmones de quienes lastimosamente la seguían, anhelantes de recibir algún chusco de pan o, en el mejor de los casos, algunos pocos huesos que roer.

Fue a los pocos días de permanecer en Teruel cuando, cerca de la calle del Tozal, me crucé con una mujer que pareció reparar en mi aspecto. Se trataba de una dama de alcurnia, lo cual deduje porque llevaba la cabeza tocada por un lujoso capiello que sujetaba a su barbilla con un barboquejo finamente bordado y porque vestía, además, un manto escarlata con cendal violeta y cordones de seda extremadamente llamativos que le cubría buena parte del pellote y del brial encordado. Supe después que se trataba de doña Simona, la esposa del preboste Pedro Garcés de Marcilla.

Me incomodó que, al pasar a mi lado, buscara encontrar mi rostro, que yo llevaba oculto bajo el capirote con el que intentaba protegerme del crudo helor de la mañana.

—Disculpad —me dijo al tiempo que yo intentaba acelerar el paso, alertado por la nobleza de sus ropajes y por la escolta que parecía seguirle a pocos pasos—. ¿Sois de la ciudad?

Oculté aún más mi rostro y traté de zafarme de la mujer, pues yo llevaba varios días sin lavarme y los costrones de mugre en la cara y los brazos me daban el aspecto de un leproso o un apestado; pero ella avanzó tras de mí con celeridad tratando de darme alcance.

—¡No es de aquí! —gritó la mujer a la desesperada al ver que mis pies eran más ligeros que los suyos—. ¡Es un forastero y probablemente tiene la peste!

Al momento la gente comenzó a apartarse a ambos lados de la calle, y viéndome acosado por la dueña y los cuatro o cinco hombres que la seguían, corrí calle arriba lo más rápido que pude. Temía que, confundiéndome con un apestado, aquella turba me apaleara o me confinara en un lazareto. Tras llegar a la parte alta de la población, aproveché que la puerta de Zaragoza se hallaba abierta y abandoné la ciudad a toda prisa, completamente turbado y vencido por la tribulación de aquella situación oprobiosa. Me detuve en una de las acequias que atravesaban las huertas que rodeaban Teruel y, con lágrimas en los ojos, eché agua en mi cara y mis brazos. Me sentía sucio y desvalido.

Y allí mismo, ante el reflejo deformado de mis facciones que me devolvía el agua de la acequia, comprendí que no valía más que las ratas negras que invadían hasta el último rincón de la urbe.

* * *

Abatido, deambulaba por las callejas del Arrabal de Teruel en busca de comida. A veces me aventuraba en la propia judería, o en las otras barriadas de la ciudad,

aunque cada vez temía más hacerlo por miedo a que alguien me identificase como forastero. Los días de mercado subía la cuesta de San Pedro y penetraba por el postigo que daba al barrio hebreo y, una vez allí, recorría las calles y callizos, contemplando a las pocas gentes que se atrevían a salir de sus hogares. Nosotros éramos como ellos, pero yo sentía que el mundo nos había escupido como una cólera infecciosa alejándonos de su seno. A veces, cuando la soledad me embargaba y la nostalgia se apoderaba de mis pensamientos, mi boca murmuraba un viejo poema de Aben Jaldún que un día pude leer en el dispensario de mi padre: «El destierro me hacía dar vueltas cual rueda hasta la ciudad de la planicie, unos días me alejaba errante, otros, afligido y angustiado, sin encontrar para la planta de mis pies lugar de reposo ni morada».

Los días, como te digo, eran angustiosos y pasaban lentamente. Al poco de haber recuperado el color, mi esposa Benvenida comenzó nuevamente a sentirse enferma. Ya no se trataba de aquel morbo obscuro —al menos, no encontré en su cuerpo rastro de postemas o bubas de ningún tipo—, pero la fiebre volvía a convulsionarla y a sumirla en delirios. Había empalidecido y su cuerpo estaba del todo descarnado. Era como una flor frágil cuyos pétalos quedan expuestos al arrullo de la brisa, como un trozo de papel ajado que se deshace entre los dedos. Sentía que la perdía, que la muerte pretendía arrebatármela una vez más y, desfallecido, no podía sino hundirme en la mayor de las desesperaciones.

Pero cuando teníamos el rostro hundido en el cieno y la bota del hado aplastaba nuestro cuello, vino a suceder algo que dio efímeros haces de luz a nuestra existencia.

Recuerdo que era un día del mes de *nisán* —no sabría decirte cuál, porque había perdido la noción del tiempo y había abandonado la sana costumbre de anotar mis vivencias en el libro de días que me entregó mi padre—. Yo permanecía junto al lecho de Benvenida. Ella seguía apresada en el horror de la fiebre, con la frente perlada de sudor y el pecho galopante por la fatiga, cuando de pronto, en el umbral de la puerta, vi alargarse una sombra y alguien penetró silencioso en el cobertizo.

—*Shalom alejem* —susurró al verme alzar la mirada hacia él. Incliné la cabeza, pero no respondí a su saludo—, que Yahvé te bendiga y te guarde.

El hombre me miró con desconsuelo en los ojos. Llevaba un bonete agallonado de color leonado y un ceniciento tabardo que dejaba sus vellosos brazos al descubierto.

—¿Sois vos el físico que viene de tierras de Cuenca? —preguntó con un hilo de voz.

Alcé los ojos y lo contemplé un instante, después regresé la mirada hacia mi esposa. Ni siquiera tuve fuerzas para preguntarle cómo conocía mi oficio.

Benvenida estaba cada vez más débil. Llevaba más de dos días sin pronunciar palabra y, aunque abría los ojos con el alba, su mirada parecía haber quedado despojada de toda vida. Sabía que su existencia pendía de un hilo y que poco podría hacer por salvarla si no conseguía más medicinas y un sitio confortable donde alojarla.

—Se trata de mi hija —prosiguió el hombre, inseguro ante mi pasividad—, se consume entre calenturas y se encuentra terriblemente pálida. Temo que no aguante más que unos días con vida y el Señor todopoderoso, bendito sea, se la lleve consigo. Ayudadme, os lo suplico. He buscado por todas partes a alguien que pueda tratarla y únicamente un hombre cojitranco de la aljama me ha dicho que vos podríais hacerlo.

Alcé de nuevo la vista y le miré fijamente con cierta ira esculpida en el rostro. Desde que mi esposa y yo habíamos llegado a Teruel, nadie nos había abierto la puerta de su casa. Habíamos recibido insultos y esputadas de quienes se hallaban convencidos de que, siendo forasteros, nada bueno podíamos traer sino nuevos males y enfermedades. Nos habíamos alimentado con despojos e impuras basuras tomadas de los muladares. ¿Y ahora aquel hombre me suplicaba ayuda a mí, al mismo al que nadie había brindado su apoyo?

—Señor, mi mujer se muere —le contesté desabridamente—. Debo ocuparme de ella.

—Os lo suplico, mestre —insistió el hombre acercándose hasta mí y posando sus manos sobre mis hombros—. Os he visto mendigar en la judería y Bueno, el hombre del que os hablo, dice que os conoce y que en tierras de Castilla erais físico; y de los mejores. Ayudadme, os lo suplico.

—Os he dicho que mi esposa se muere —me limité a repetir con aspereza. La atmósfera del pequeño cobertizo estaba viciada por el hedor a heces, orines y sudor, y yo apenas podía pensar con claridad.

—¿Tiene el mal negro? —preguntó después de aguardar expectante unos segundos.

Negué con la cabeza, inseguro de si decía la verdad o si ciertamente era aquella pérfida enfermedad la que nuevamente se había apoderado de su carne.

—Hace semanas que se encuentra enferma y morirá en pocos días si no encuentro un sitio caliente y limpio donde resguardarla.

El hombre me dedicó una mirada penetrante. Después se acercó al lecho en el que yacía Benvenida y observó su rostro. Probablemente buscaba con los ojos alguna buba negruzca, o cualquier otro síntoma de la ponzoña maléfica, pero no observó sino su tez pálida y mortecina asediada por un pertinaz mosquerío que cabriolaba a su alrededor.

—Ayudadme —me pidió implorante sin apartar los ojos de Benvenida y sin deshacer la mueca de aprensión que se había dibujado en su cara— y os recompensaré.

—¿Por qué habría de ayudaros? —le pregunté—. Soy forastero y lo que pase entre los muros de esta ciudad poco me importa, la verdad. Nada se me ha perdido en vuestra casa.

—Os lo suplico, mestre —insistió tratando ahora de sujetarme por las ropas—. Si no me ayudáis, mi hija morirá.

—Buscad otro médico. Teruel es una ciudad grande, ¡debe haber al menos media

docena de físicos! Seguro que hay alguno que pertenezca a la judería.

El hombre agachó la mirada, contrito.

—Los que había o bien han muerto por el mal negro, o bien han huido de la ciudad. Hace semanas que ningún médico se deja ver por nuestras calles.

Clavé mis ojos en la faz de aquel hombre y, a pesar de que la respiración de mi esposa se había vuelto más pesada y sonora en ese momento, nada pude hacer sino contemplar aquella imagen con la mente desbordada por decenas de pensamientos.

—¿No hay físicos en la ciudad? —pregunté con sorpresa.

El hombre negó con la cabeza.

—Y entonces... ¿quién se encarga de poner remedio a la ponzoña negra que nos azota?

El hombre me miró con cierto aire resignado y, aunque sus ojos delataban un estado amargo de preocupación, sonrió fríamente antes de contestar:

—Nadie lo hace, porque los físicos huyeron de la ciudad para no contagiarse al tomar contacto con las bubas negruzcas de los infectados. Lo más terrible es que quienes se hallan aquejados de otros males y enfermedades tampoco pueden ser sanados, y los cementerios se abarrotan con los cuerpos tanto de los que mueren aquejados por el mal negro como de quienes no tienen posibilidad de curar sus enfermedades. Los cuerpos rebosan y las autoridades del concejo han ordenado cubrirlo todo con tierra y cal para que los cadáveres no queden al descubierto y no sean desenterrados por los perros y las alimañas. Algunos se aprovechan de la situación; dicen ser físicos sin serlo y llenan sus bolsas con las monedas de los insensatos que buscan hallar consuelo para sus morbos creyendo que serán sanados, pero cuando los falsarios han vaciado sus rentas, los dejan perecer a su suerte.

Descubrí al instante que dos lágrimas saladas recorrían mis mejillas y descendían hasta perderse por mi cuello. Yo era físico, como mi padre, y tenía fama de haber sido uno de los mejores cirujanos de las sierras conquenses. Había sanado enfermos en Cannete, en Moya, en Huélamo y Tragacete, en La Mengía, en Fuentesclaras... incluso había cruzado en alguna ocasión a tierras de Castielfabib, distantes de Cannete unas cinco leguas, para ejercer allí mi labor y salvar vidas. Lo había hecho porque había aprendido a hacerlo de mi padre, pero también porque me gustaba ayudar a los demás, porque había nacido para poner mis conocimientos al servicio de otros. Sin embargo, desde que los sandios del concejo conquense me habían expulsado de sus tierras, no había vuelto a ejercer como tal y, hundido en la miseria de los lodazales de Teruel, había olvidado mi cometido y el motivo de mi existencia.

Miré a mi esposa, sobrecogido. Cierta es que la había visto pálida en las últimas semanas, pero ahora presentí la muerte dibujada en sus facciones. El contorno de sus ojos se hallaba amoratado, la tez pálida como la cera, la piel arrugada y agrietada, las manos temblorosas y la frente colmada de sudor que humedecía sus cabellos, dándoles un aspecto pajizo y hebroso.

—Vuelve mañana —le dije sin saber muy bien por qué—. Si la vida todavía

respetar a tu hija y a mi esposa, entonces hablaremos.

Salí tras el desdichado y seguí su figura calle abajo, sin comprender todavía por qué había rechazado la oportunidad de dar a mi esposa un lugar resguardado. Y mientras le observaba caminar hacia la plazuela del Rabal, mis labios musitaron inconscientemente un par de versos que mi padre solía repetir y que fueron consignados por el gran Aben Gabirol, de bendita memoria: «Mientras viva, cabalgaré en busca de la ciencia, aunque no quiera el hado aparejar su montura».

El Ángel del Señor quiso respetar las vidas de Benvenida y la hija de aquel desconocido durante la noche y, a la mañana siguiente, cuando el sol apenas alargaba sus luminosos brazos en el horizonte, el hombre ya aguardaba a la entrada del edificio. Al verlo asentí con la cabeza y lo dispuse todo. El Señor todopoderoso, bendito sea, nos daba una nueva oportunidad a ambos.

La casa de Bachel, que así se llamaba, era amplia y espaciosa. Penetré en ella a través de una puerta de doble batiente, acariciando con las yemas de mis dedos la *mezuzá* que había en la jamba de la entrada, evocando aquellos tiempos en los que mi esposa y yo morábamos en nuestro hogar de Cannete. Los azores de la casa eran de adobe, teniendo el que daba a la calle hiladas de cantos rodados, y las paredes interiores estaban enlucidas con aljez. Una pequeña escalera permitía el acceso al portal de la misma desde un angosto callizo que daba a la calle de la sinagoga.

La vivienda tenía una botica grande con un obrador muy frecuentado por todos los judíos del barrio y por numerosos cristianos que habitaban las calles adyacentes y otros puntos de la ciudad. Era allí donde Bachel desarrollaba sus negocios de pañero, pues ese era el oficio al que se dedicaba. Las escaleras que subían desde el fondo de la entrada llevaban hasta la primera planta, en la que se distribuía una cocina, iluminada por un candelero de latón y calentada por las ardientes ascuas del lar, y varias cambretas, todas ellas amplias gracias a un voladizo sin ventanales que salía de la fachada y colgaba sobre la calle.

En una segunda planta se ubicaba un sobrado que apestaba a humedad y donde abundaban el polvo y las telarañas. Allí, el pañero había acondicionado un raído almadrake cubierto por una cortina de pluma en el que acondicionamos a mi esposa. Había dispuesto una alfombra acenefada junto al lecho, por si Benvenida tenía la necesidad de levantarse para orinar en el bacín, con el fin de que sus pies desnudos no quedaran ateridos por el helor del suelo. Había un pequeño brasero aromado a los pies de la improvisada yacija, alimentado por un par de carbones encendidos. Además de eso, el hombre había colgado varios lienzos y sargas en la pared, para que el frío no atravesara los muros desde la calle, y había asperjado el colchón y el resto de la estancia con agua de rosas, buscando mitigar el pudor rancio de la humedad.

—Estoy en deuda con tu familia —le dije al pañero con gesto serio nada más cerrar la puerta del sobrado en la que habíamos dejado acomodada a Benvenida.

—Si consigues salvar la vida de mi hija, seré yo el que quede adeudado —respondió Bachel con una mueca de desesperación dibujada en sus facciones.

Palmeé su espalda en un vano intento por darle consuelo. Me acababa de prometer a mí mismo que dedicaría hasta el último resuello por salvar a la hija del pañero, tan agradecido como estaba por las atenciones que le había dedicado a mi amada esposa. Ignoraba entonces que todavía era mayor el motivo por el que había de agradecer su hospitalidad, pues, dos días después de aquello, los hombres del concejo comenzaron a limpiar las calles de la ciudad echando de ellas a los pobres, transidos, forasteros y miserables, lo que sin duda nos hubiera abocado a la muerte. Asimismo, varios alarifes de la aljama de los moros comenzaron a trabajar tapiando puertas y ventanas en casas de familias que habían muerto por el morbo tenebroso, cerrando calles y levantando cercas en las entradas de la ciudad para evitar el tránsito de las gentes, convirtiendo Teruel en pocos días en un bastión inaccesible.

Después de acomodar a Benvenida y bajar de nuevo al primer piso de la casa, fuimos hasta la alcoba de la hija de Bachel. Realicé la auscultación del cuerpo de la pequeña y analicé cuidadosamente los restos de orina que había en el bacín. Estaba en edad puberal, y la extenuación a la que se hallaba sometida por la calentura me hizo sospechar que padecía una extrema debilidad. Cuando caté su pulso, comprobé que era frágil y pausado.

—¿Cuánto tiempo lleva con calentura? —pregunté nada más verla tendida en el lecho.

—Desde hace dos días —respondió la esposa del pañero, que observaba la escena desde el dintel de la puerta—, pero antes de eso, ya había tenido fiebre.

—¿Muchos días seguidos? —pregunté nuevamente al tiempo que palpaba con mis manos el cuello de la joven. Después coloqué una vez más la palma sobre su pecho, a la altura del corazón, para catar la intensidad de la calentura.

—No... En realidad no. La fiebre va y viene. Es ese dolor de cabeza que tanto la atormenta lo que se ha mantenido constante durante la última semana.

Volví la mirada hacia la madre y, tras reflexionar y comprobar que ningún otro daño aquejaba a la niña, sentencí convencido:

—Si la calentura es intermitente, su vida no corre peligro. Si mañana la fiebre no remitiera y se volviera más intensa, entonces tendríamos motivos para preocuparnos, pero personalmente no creo que ocurra. Un buen remedio servirá para aplacar la calentura. Bastará con mezclar una onza de betónica y otra de llantén con un poco de vino y miel. En cuanto al dolor de cabeza..., podríamos aplicarle en la frente un emplasto a base de harina de trigo, incienso y rosas hervidos en vino blanco. Eso relajaría el mal, sin duda... Me preocupa más la debilidad que su cuerpo padece y que probablemente haga que la enfermedad se alargue, pero en realidad no creo que haya motivos para temer por su vida.

Ante la atenta mirada del pañero y de su esposa, me agaché de nuevo para observar la coloración turbia de la orina que se conservaba depositada en el bacín de latón, y lo zarandé para analizar exhaustivamente el líquido sin dejar pasar nada por alto.

—¿Cómo son las deyecciones? —pregunté al pañero al comprobar que no quedaba ni un solo resto de las mismas.

—Totalmente líquidas —dijo de nuevo la esposa dibujando una nueva expresión de preocupación ante la pregunta.

—Mmmm... No es mal síntoma. Si durante una fiebre intermitente como esta aparecen diarrea, hemorragias nasales o sordera, son señales de que la enfermedad tiene cura.

Les aconsejé encarecidamente que la desabrigaran y que empaparan su cuerpo en agua tibia. Me insistieron entonces en los terribles dolores de cabeza que padecía la niña y que le hacían agitarse en el lecho y proferir angustiosos gemidos, que hacían temer a sus padres que el mal se la llevaría de este mundo. El propio Bachiél reconoció que la aquejaban desde pequeña y que desconocían el remedio para atajarlos.

—Otros físicos han probado medicamentos semejantes en otras ocasiones, pero nunca han conseguido acabar con su mal —me dijo incrédulo el pañero.

—Tal vez no se trate de un simple dolor de cabeza, entonces... —sugerí.

Tras posar mi mano en su frente y peinar los cabellos de la niña con mis dedos, intentando hallar algún daño o tumor que la atormentara, resolví que no había gravedad en aquella enfermedad y recomendé a la madre que pusiera a cocer una cazuela con vino y que echara en ella hojas de salvia y ramitas de romero. Le dije igualmente que lavara la cabeza de la niña con agua y que una vez limpia le aplicara en la frente una compresa empapada con el líquido obtenido de la cocción, tan caliente este como la niña pudiera soportar, y que eso lo hiciera al menos durante tres días seguidos.

—¿De esa forma curará por fin? —preguntó la madre entre la angustia y el escepticismo.

—Probaremos todo aquello que sea necesario para atajar el mal. Yo mismo haré mañana también un preparado de agua cocida con cebada para calmar las subidas de fiebre —dije mientras asentía—. Estoy seguro de que en pocos días vuestra hija dejará de estar encamada. Para la cabeza... Por si no fuera suficiente con lo prescrito..., y si tenéis dinero para gastar en la botica, podríamos probar igualmente con un unguento a base de raíz de malvavisco machacada y cocida.

Esa noche comimos en una arquimesa que el pañero tenía dispuesta en la cocina, no lejos de la lumbre, y que habían cubierto con una sobremesa nueva de listas rojas y amarillas. Ezter, la esposa de Bachiél, había preparado en el fogaril una succulenta cena con ánimo de agradarme. Eran albóndigas de merluza desmenuzada mezcladas con puerros y bañadas en una sabrosa salsa hecha con huevo batido, jugo de limón, harina y caldo vegetal que colmaba el tajador en el que se hallaban servidas. También había cocinado una *pashtida* salada rellena de carne y verduras, acompañada de dobleros tiernos. De postre sirvieron turrónes de cañamones y un dulce deleitoso que los judíos de Teruel llaman *almojábanas*, el cual goza de gran tradición en las

morerías de la región.

Después de que Bachel pronunciara la bendición de la comida, comencé a degustar aquel sabroso menú, y mientras mi boca masticaba con lentitud y mi gástrico hacía grandes esfuerzos por tragar, mis ojos se clavaban desconsolados en los tizones y rescoldos del fuego, fundiéndose mi vista nublada con aquel rojo vivo que crepitaba y chisporroteaba al calor de la llama.

Narré a mis anfitriones la naturaleza del mal que había hecho mella en mi esposa desde antes de que los villanos de Cannete nos amenazaran con darnos muerte si no marchábamos del lugar, y las desventuras que habíamos vivido desde aquel día, aunque evité en todo momento decir que hacía apenas unas semanas su piel había reflejado los estigmas del morbo siniestro.

—Conozco a una desaojadora que, por pocos dineros, podría limpiar el daño que afecta a vuestra mujer —me dijo Ezer con tono recatado, buscando la complicidad de la mirada del esposo, quien, sin levantar los ojos de la escudilla, devoraba un buen pedazo de turrón.

—No es un mal de ojo lo que la atormenta —respondí educadamente, mientras alcanzaba las ruciaderas de estaño para servirme unas gotas de vinagre sobre la comida.

Ezer inclinó la cabeza en actitud de respeto. El gesto de su cara me hizo deducir que suponía que me había sentido molesto por el comentario, así que suavicé el tono de voz y le tendí con mi mano un pedazo de pan espolvoreado de sésamo. Ella sonrió modestamente, tomó el chusco y se lo llevó a la boca de inmediato. A pesar de que debía frisar la cuarentena, las arrugas de su rostro no la habían afeado en absoluto, y lucía un sartal de perlas y una túnica de buena factura, posiblemente para festejar mi presencia.

Se levantó de la mesa para retirar del fuego una bacía repleta de sopicaldo que trajo de inmediato hasta la mesa.

—¿Cómo se llama tu hija? —le pregunté al comerciante mientras me limpiaba con un trapo de manos.

—Meriem. Su madre se empeñó en ponerle ese nombre —me respondió aventando con la mano a un par de moscas que no paraban de posarse sobre la comida.

—Meriem... —susurré como hechizado, y sentí una sensación extraña por el afecto nacido, de forma incomprensible para mí, hacia aquella criatura enfermiza y sus progenitores.

* * *

La fiesta de *Pésaj* nos sorprendió aquel año inmersos en la tribulación de ver a nuestros seres queridos lechigados, atormentados ambos por la garra de la descarnada que amenazaba con hacer presa en sus débiles cuerpos. Pese a todo, cumplimos con

lo que demanda la Ley.

Durante la primera jornada de celebración permanecí todo el día vigilando el cuerpo de mi amada y supervisando la alcoba de la joven Meriem, al tiempo que mis anfitriones se ocupaban de los preparativos de la cena. Acudí a la cocina cuando la tarde decaía. Allí Ezter purificaba la vajilla de su casa metiendo las piezas en agua hervida y Bachel repasaba algunos legajos sentado en un lujoso escaño torneado que se hallaba dispuesto no lejos del fuego. La cocina era amplia y espaciosa. Una banca corrida se apoyaba en uno de los laterales de la estancia, y varias artesas se hallaban apiladas en uno de los extremos, justo debajo de la alacena. En el otro, tres o cuatro alcuza repletas de aceite y una orza barnizada, ribeteada de franjas azules y bien colmada de carne escabechada, reposaban en el suelo enlucido de cal. Sobre ellas pendían de la pared toda clase de hornillos, sartenes de alambre, padillas, raseras y espedos, y justo al lado había una desvencijada portezuela que daba acceso a un pequeño repostero, en el que apenas cabían un tonel de vino y un par de tinajas repletas de agua que, cada mañana, la hija del matrimonio se encargaba de llenar en la fuente.

Llegada la hora, comimos el cordero pascual y rogamos al Todopoderoso, bendito sea, que su Ángel respetara la vida de ambas. Celebramos la fiesta entre lágrimas, conscientes de que las personas a las que amábamos habían sido ya alcanzadas por la garra de Asmodeo, y únicamente hubimos de abandonarnos a la alegría al final de la celebración, tal y como demanda la tradición de nuestros padres. Después, el hado solo colmató nuestras existencias con desazón y desconsuelo.

Durante varios días permanecí junto al lecho de mi esposa, sin despegarme de él más que para vaciar mis tripas y descargar los orines en la baticambra de la casa. Después de la fiesta de *Pésaj*, Meriem se repuso completamente del mal; Benvenida, en cambio, había empeorado aún más, y yo ya era incapaz de discernir si las fiebres la matarían, o si lo haría la propia consunción que la consumía. Su espalda se había llagado del todo tras tantos días encamada, y su carne presentaba el aspecto de un infeccionado por el morbo.

—Nada puedo hacer más por ella —repetía una y otra vez con un denso nudo en la garganta—. Doy gracias al alto señor Adonai, que hizo todo el mundo y nos mantiene.

Durante la noche, mis ojos contemplaban sus facciones cerúleas al amparo de la titilante luz que emitía el candelero de latón que pendía del techo. Después, abatido y desconsolado, me tumbaba yo también sobre la máfega, me abrazaba a mi esposa como un niño pequeño y me acurrucaba y buscaba el calor de su pecho posando mi cabeza en el mismo, mientras acariciaba con mis dedos la bendición grabada en el amuleto que Ezter se había empeñado en colocar sobre su cuello. Entre lágrimas pedía al Compasivo, bendito sea, que nos sacara de aquel terrible trance y, tras cubrir mi cuerpo con el cobertor, quedaba dormido en medio de un silencio cruento que amenazaba con volverse eterno.

Fue durante la primera semana de iyar, avanzada ya la primavera, cuando

comprendí que Benvenida se hallaba en el umbral de la muerte, pues para el octavo día de ese mes, su mirada carecía ya de toda existencia. Tomé esa misma mañana con mis manos su rostro y le di la vuelta en el lecho para que sus ojos contemplaran la pared de la estancia, tal y como demanda la tradición para que los pecados sean expiados. Al hacerlo, sus ojos amustiados se clavaron en mi retina. La observé suplicante, a punto de ver cómo las lágrimas se derramaban en sus cianóticas mejillas. Sellé sus labios con mi dedo para evitar que pronunciara palabra, que se lamentara al comprender que eran pocas las horas que le quedaban de vida. Después permanecí a su lado, acariciando sus cabellos, peinándolos con mis dedos, sintiendo cómo las lágrimas desbordaban mis facciones, sin apartar la mirada de su rostro céreo.

—«Estoy extenuado de gemir —expresé como el salmista al Altísimo, bendito sea, sintiéndome vencido por las circunstancias—, baño mi lecho cada noche, inundo de lágrimas mi cama; mi ojo está corroído por el tedio, ha envejecido entre opresores».

Habíamos hecho llamar al rabino de la comunidad, pero, como tantos otros, este había marchado fuera de la ciudad y no localizamos a nadie que pudiera reconfortar el espíritu de Benvenida. Desesperado ante la desgracia, la acaricié con las yemas de mis dedos y llamé su atención pidiéndole que me escuchara. Después recité por ella el *viduy*. Lo hice entre lágrimas, emitiendo vagidos como un neonato, intentando susurrar para que mi querida esposa no descubriera mi voz quebrada.

Acariciaba su piel con dulzura, evitando posar mis dedos en las numerosas llagas y apostemas que habían brotado en su piel en los últimos días, mientras un tenebroso pesar aplomaba mi espíritu y abotargaba mis pensamientos, y el lamento y la congoja se adueñaban de cada uno de mis sentimientos. Como físico conocía el final de todo aquello, y el preludio de aquel fatídico desenlace se me antojaba tan angustioso y amargo como el cautiverio que nuestros padres sufrieron a manos del faraón.

Después llegó el terrible momento, como el suspiro que azota un pecho vibrante. Sentí cómo su respiración se apagaba y cómo su cuerpo se convulsionaba levemente. Me abracé a ella hasta percibir cómo su corazón dejaba de latir, al tiempo que el abatimiento estremecía mis entrañas y atenazaba mi garganta.

—No me abandones, amada mía —supliqué con los ojos derramados—. No me dejes ahora.

Después estreché su mano inerte contra mi boca. La besé repetidamente, como si de modo inconsciente creyera que ese era el bálsamo para retenerla a mi lado, y, sin soltar su brazo, caí de rodillas al suelo lamentándome por la desgracia que acababa de abatir mi espíritu. Pero al comprobar que Bachel y Ezter observaban la escena desde la entrada de la alcoba con el gesto contraído y la mirada sobrecogida, me repuse y enjuagué las lágrimas. Tomé entonces la cabeza de mi amada con la palma de mi mano, cerré sus ojos para permitir que su espíritu no errara al buscar el camino que habría de conducirla hasta la morada celeste y, abatido, comencé a rezar el *Shemá*

Ysrael.

—Escucha, Israel —decía mi boca temblorosa mientras las lágrimas se despeñaban entre mis mejillas—, el Eterno es nuestro Dios, el Señor es uno.

—Bendito sea el Juez verdadero —escuché que recitaban a la par el pañero y su esposa a mi espalda, con las voces quebradas.

—Buen reposo tenga —susurró Ezter sin apenas voz en sus labios.

—Buen reposo en nuestra Ley —replicó Bachel, mientras cerraba fuertemente sus ojos, consciente de la tragedia que acababa de sucederse en su hogar. Llevaba puesto el taled sobre los hombros evidenciando que llevaba rato sumido en oraciones, y su semblante apergaminado se hallaba tan resquebrajado como mi ánimo.

Los miré sobrecogido, abatido, desolado, con la mirada fijada y convulsa, con el pecho oprimido y las piernas desfallecidas. Rasgué entonces la parte superior de mis vestiduras y, tomando conciencia de que todo había terminado, me golpeé el pecho con contundencia. Luego caí de rodillas al suelo y me enrosqué como un niño en el útero de su madre, suplicando al Todopoderoso, exaltado sea, que me enterrara en la misma huesa de la que procedía el barro con el que había moldeado mi existencia.

—Igual que nacemos debemos morir —me dijo Bachel intentando darme consuelo y posando su mano agrietada sobre mi hombro—. Ese es el destino que nos aguarda a todos. Nuestro padre Adán pecó contra Dios, y la muerte es la recompensa que nuestra raza ha recibido por ello.

—«La tierra es para el hombre una prisión para toda su vida» —respondí evocando un verso del poeta Aben Nagrella, sintiéndome abandonado a una soledad que acababa de embargar mi espíritu y amenazaba con encadenarlo hasta el final de mis días.

Después el silencio lo inundó todo. Un silencio cruel que era capaz de despedazar mi alma.

Como físico, sabía que debíamos deshacernos del cuerpo de mi esposa con premura, pues no era bueno que la atmósfera de la casa de Bachel se recargara en demasía; sin olvidar que la Ley prescribe que el cuerpo de un finado debe ser enterrado cuanto antes. Yo, sumido en el dolor de la pérdida, no deseaba sino dar cumplido entierro a la que tanto amaba, pues me obsesionaba la idea de que si no se enterraba su cuerpo siguiendo la costumbre de nuestros padres, su alma no hallaría jamás las puertas que abren paso al Otro Mundo. Me llené de rabia y frustración por no poder llevar los restos de Benvenida hasta Cannete, al pequeño fosar en el que reposan todos los suyos, y donde ya habíamos comprado un pequeño trozo de tierra para que nuestros cuerpos fueran sepultados llegado el momento.

Dispusimos todo con la mayor celeridad, abatidos como estábamos por el terrible zarpazo que la descarnada acababa de lanzar contra nuestras entrañas. Primero, volcamos sobre el suelo de la cambra el agua de todos los cántaros y tinajas que había en la casa, para que la herrumbre infecciosa de la guadaña del Ángel de la Muerte no arrastrara a ningún otro. Luego, los miembros de la *Cabarim* se encargaron de los

preparativos para el entierro. Tras lavarlo con aguas aromáticas y cubrir todos sus orificios, enfundaron el cadáver de Benvenida en un pálido sudario de algodón, mientras lo cubrían de bendiciones, tratándolo con suma delicadeza. Luego taparon con vendas sus ojos y boca, en la que habían introducido perlas de plata, tal y como demanda la costumbre de los judíos de Cuenca. La mortaja había sido cortada y cosida para albergar el cuerpo de la propia madre del pañero, aunque esta nunca fue enterrada con ella por haber fallecido, hacía años, mientras moraba con otro hermano suyo que habitaba en Valencia.

Bachiel me ayudaba dándome consuelo, sumido en la atribulación de verme desesperado y sobrepasado por el terrible dolor que me producía aquella muerte terrible. Junto a nosotros se encontraba una hermana de su madre llamada Zahalia, ya entrada en años, y una prima suya que, aunque casada con uno de Castielfabib, se encontraba en Teruel por aquellos días. Ellas fueron las que se encargaron de lavar primeramente el cuerpo con agua caliente, y de rasurar el vello y las uñas para extirpar toda la impureza que habita en ellos.

—Era una buena mujer —me dijo Bachiel refiriéndose a su madre, consciente de que me atribulaba el hecho de enterrar a Benvenida con la mortaja de otra persona—. Y estoy seguro de que tanto ella como tu esposa tienen garantizado habitar la tierra del más allá y gozar los dones concedidos por Yahvé tras el *Ajarit Hayamim*.

Las lágrimas se derramaban por mis mejillas, pero, aun estando abatido, no quise que la tribulación me venciera y continué con la tarea, agobiado por la necesidad de que los funerales se llevaran a cabo con presteza. Recordé en ese momento al oficial del concejo que dirigía la carreta que recogía los cadáveres por las calles de Teruel y sentí que se me erizaba todo el vello del cuerpo.

Sin demorarnos más, metimos el cuerpo de mi esposa en una caja de madera y la portamos hacia el exterior de la ciudad, donde se ubica el osario de la comunidad hebrea turolense, al amparo del grave sonido de los atabales. El sol apenas se había levantado en el horizonte, el aire venía helado y una capa de escarcha grisácea cubría los huertos y los carrales. Enfundados en negras sayas y con el rostro cubierto por capirotes oscuros, nos deslizamos como sombras hacia la puerta de Zaragoza, deseosos de sacar cuanto antes el cuerpo de la ciudad.

Avanzamos en procesión con los pies desnudos, tal y como es la costumbre, con un manto de ceniza espolvoreada sobre nuestras cabezas, sujetando el escaño en cuyo interior descansaba mi amada. Todos nos hallábamos sumidos en un riguroso silencio tan solo violado por el graznido de las cornejas, que podía escucharse en la lejanía, y la angustiada jeremiada de las plañideras, que armonizaba con los rítmicos sonos de atabales y panderos. El frío nos helaba los huesos y el vaho afluía vaporoso de nuestras bocas al entonar nuestros labios las luctuosas salmodias y las endechas, al tiempo que una arrecida brisa agitaba las ramas de los enebros y sabinas que crecían en las veras del camino.

Yo sentía cómo las lágrimas que no podía contener se aterían congeladas

punzándose en mis mejillas. El tiempo parecía no querer correr y a cada paso el suelo, endurecido por la helada, parecía recordar la tragedia que acababa de acometernos. Me sentía del todo abatido, en una tierra que me era extraña, en un lugar que los míos desconocen y en el que mis propios hermanos de fe me eran ajenos y distantes.

—«Porque Él del lazo de los cazadores te librerá... —susurraban las voces de quienes acompañaban los despojos de mi amada hasta la lóbrega morada en la que en polvo había de convertirse—, no temerás terrores de la noche, ni saeta que vuela por el día...»

El sol se había ocultado tras unos densos y grises nubarrones que se cernían sobre la ciudad. Dejé que las aliagas que crecían junto al camino arañaran mis piernas, al tiempo que acercaba mi mano al pecho con deseos de desgarrarlo y de liberar mis entrañas.

Al llegar la comitiva al fosario, se produjo una discusión entre los miembros de nuestra comunidad y un pastor cristiano, llamado Alfonso Ponz, que tenía por costumbre llevar a pacer su ganado a aquel lugar sagrado. Cuando llegamos, sus ovejas hundían los hocicos en la helada hierba que crecía entre las tumbas de los nuestros, las cuales pisoteaban con sus pezuñas y las llenaban de bostas. Finalmente, el infiel recogió su hatajo y se marchó de allí, mientras maldecía a viva voz y nos insultaba llamándonos cagarros paganos y adoradores de Satán.

Me lamentaba, como te decía, de que mi esposa hubiese fallecido tan lejos de su tierra y apartada de los suyos. Aquí no tenía nada que ofrecerle a mi amada y poco pude hacer, salvo pedir que la metieran en una huesa que el fosero excavó con la azada ante nuestros ojos, apartada de las demás tumbas del carnero.

Abrimos la caja y metimos en ella varios puñados de barro, acumulándolo bajo la cabeza de Benvenida a modo de almohada para que su cuerpo permaneciera en contacto con la tierra, tal y como demanda la Ley. Después metimos cantos menudos en los laterales de la fosa, aunque con poco orden y mala disposición. Nada tenía que ver aquella tumba con las que sembraban el resto del paraje, muchas de las cuales habían sido hechas en ladrillo o con sillares unidos por mortero. La vida se había tornado tan cruel con nosotros que hasta la muerte nos recordaba la miseria a la que nos habíamos visto abocados por culpa del furor negro.

Al no tener la tumba bóveda que la protegiera, la dura tierra golpeaba sordamente al caer sobre la caja de madera y, a cada palada que el cavafuesas arrojaba sobre la hoya, mi cuerpo se estremecía y mis piernas flaqueaban. Me lamentaba constantemente agitando arriba y abajo la cabeza, con la mano estrujando mi pecho, con mis uñas arañando y pellizcando mi carne, atormentado, subyugado por la congoja, desesperado ante el abatimiento de la muerte, al tiempo que con los brazos extendidos pronunciaba inconsciente el *ki afar atá*^[20] sin poder borrar de mi mente el rostro cianótico de mi amada. Pensé en su mirada inerte dirigida hacia Oriente, hacia la tierra que un día el Compasivo, bendito sea su nombre, prometió a nuestros padres,

y deseé dirigirme hacia allí, caminar hacia su encuentro, reencontrarme con mi esposa en el valle del Edén, donde la enfermedad y la muerte no existen y el hombre vive inmerso en la contemplación de Aquel que ha creado la vida en la tierra.

—«El polvo va a la tierra que es la cuna de su procedencia —musitaron mis labios cuando la tierra cubrió por completo la caja en la que se hallaba sepultada mi amada—, el alma va a Dios».

Una cáfila de nubes cenicientas avanzó hasta cubrir el astro, sumiéndolo todo en una profunda oscuridad semejante a la que embargaba mis entrañas. Los nuestros se apresuraron a volver a la ciudad tras el rezo del *kadish*; yo, en cambio, quedé allí aterido por la desesperanza, sintiendo cómo rebotaban en mi cabeza las palabras del poeta Aben Gabirol: «Abandona desnuda a la tierra al buscar en la sombra de la noche albergue y cobijo. En ese instante se oscurece el cielo».

Quedé solo en el carnero, con la oscuridad extendiendo sus brazos sobre los montes, arboledas y huertas. Clavé mis rodillas en el suelo y sollocé hasta que mis ojos quedaron secos. Después, abrí un pequeño escriño que había traído conmigo desde la casa de Bachel e introduje en él un par de puñados de la tierra que había quedado sobre el cuerpo de Benvenida.

—Jamás me separaré de tu lado, mi querida esposa —juré convencido—, mas si esos perros me arrojan nuevamente de esta ciudad, esta tierra marchará conmigo allá donde el hado me lleve. En ella ha de morar tu recuerdo y juro, por mi propia alma, que no me separaré de ella jamás y que la recogeré con mis manos para besarla cada día de mi existencia, por nuestro Señor Dios y los Diez Mandamientos de la Ley Mosaica, *neder Adonai cenaot*, a entendimiento de Dios.

Un estruendo rugió en el cielo, y un relámpago iluminó brevemente el camposanto. Las nubes amenazaban con arrojar sobre mí toda el agua que cargaban y, aunque hubiese deseado tumbarme sobre el lecho de tierra que acogía a mi esposa hasta aguardar allí la llegada de las tinieblas, regresé a la ciudad dando tumbos como un hombre ebrio que acaba de perder la consciencia.

—¡Ve en paz! —susurré con la voz quebrada y las lágrimas desbordando mis ojos al volver la vista sobre su fosa desde los límites del carnero.

Marché de aquel lugar solo y desolado, tras limpiar mis manos como demanda la Ley Sagrada, recorriendo el camino de regreso sin Benvenida, sin la joya perlada de mi casa, sin el lucero que llameaba candente en los cielos. ¡Que Yahvé le conceda su eterno bienestar!

Al llegar a casa de Bachel, guárdele su Roca, vi que su esposa ya había preparado la comida. Era una olla de acelgas con queso y pan rallado de la que varias personas comían sentadas en tajuelas y almohadones de lino extendidos sobre el suelo del palacio, no lejos de la entrada. Habían montado un tablero sobre dos borriquetas bajas, casi a la altura de nuestros pies tal y como demanda la costumbre. Yo me agaché con ellos para probar bocado y al hacerlo sentí la bajeza de mi condición humana, una ruindad que nos condena a sucumbir al polvo, a fenecer

abandonados en un lóbrego pozo de tierra.

Tras tomar asiento a la mesa, Bachel se acercó a mí con los ojos emocionados.

—Esta es tu casa —me dijo—. Ahora nosotros somos tu familia. Bendito sea el Todopoderoso que te ha traído hasta nosotros en estos días aciagos.

Pasados los treinta días preceptivos por la Ley desde la muerte de mi esposa, construimos una lápida fúnebre y la colocamos en la cabecera de la huesa donde había sido enterrada. Así quedó marcado el lugar donde yace la que fue mi amada, para que mi alma no se olvide de ella y ninguno la pierda de su recuerdo, si bien su nombre y el de su padre le son extraños a la gente de esta tierra.

El resto de la historia la conoces ya, mi querido Isaac. Bachel me acogió en su casa, y su hermano Jahiel me dio trabajo en la tabla de carne que posee en la aljama de Teruel. Comencé en ella como mozo de venta, pero con el tiempo he llegado a encargarme del sacrificio de los animales. Es un trabajo ameno que me permite servir a la comunidad que me ha acogido, pero reconozco que echo de menos ejercer como físico. Desgraciadamente, la vida se ha tornado mustia para mí y los azarosos caprichos del hado han desbaratado aquel que juzgábamos el plan de Dios, poniéndolo patas arriba. Tiempos oscuros son estos en los que el médico taja la carne, el que tenía tierras llora por verlas convertidas en un yermo y el que rebosaba de vida en la plenitud de su juventud descansa en un lecho eterno de tierra.

Tu ofrecimiento me es plenamente grato, mi querido amigo, y solo me resisto a marchar hoy mismo por la promesa que hice ante la tumba de Benvenida, mas sé de buen grado que ella me concede licencia para que marche de su lado, pues habría sido deseo suyo ver que llevo a término mis propósitos. Te confieso que en estas últimas semanas he deseado regresar al oficio que aprendí de mis antepasados, y únicamente la dificultad de abrir un consultorio en esta ciudad y la falta de iniciativa me han impedido hacerlo con anterioridad. En Darocha, por el contrario, sé que contaré con tu inestimable apoyo y que gracias a él las cosas serán mucho más sencillas. Tengo algunos ahorros y sé que la inversión será del todo acertada. Soy consciente del amor que siempre profesaste hacia Jacob y hacia mí, y la entrega que siempre demostraste para con mi padre, Yosef, y mi madre Ferosa. Es eterno el agradecimiento que mi familia siente hacia ti y los tuyos por todo ello.

Cuento los días que faltan para poder marchar a tu ciudad. En cuanto reciba noticias tuyas confirmándome que todo ha ido como esperábamos, lo dispondré todo para la partida.

Te envío mis mejores deseos para ti, mi querido amigo, y recuerdos también para tu esposa y tus hijos. Arde en mí el deseo de encontrarme con vosotros y reiniciar una nueva vida en vuestra amada villa de Darocha, que Dios en su misericordia nos reúna en las circunstancias felices y favorables.

¡Seguid bien!, y que la paz del Señor anide en vuestros corazones.

Palabra del firmante. Día de *Alhad*, a ocho días del mes de *tamuz*, del año 5111 de la creación del mundo^[21]. Leví Aben Yosef, su reposo esté en el Edén.

INTERLUDIO

Capítulo V

EXTRACTO DEL LIBRO DE DÍAS DEL FÍSICO JUDÍO LEVÍ ABEN YOSEF

Teruel. Año 5114 de la creación del mundo. Tercer día de la semana, décimo sexto día del mes de hesván ^[22]

Tiembla mi mano al esgrimir el cálamo. Las palabras titilan en mi boca y la voz apenas se abre paso a través de mi garganta reseca.

Hace semanas que no abro las páginas de este libro de días, meses que no signo en sus cuadernos de papel la firma de mis pensamientos, si bien fue mayor el tiempo en el que estas páginas permanecieron cerradas y el velo de mi alma completamente sellado.

La tribulación abatió mi espíritu y el cruel Asmodeo rasgó mis entrañas con uñas quebradizas, haciendo pedazos mi corazón el día que con el pútrido insuflado de su aliento empujó a mi amada hacia las garras del morbo negro y la muerte irremediable. Se apiade Dios, bendito sea, de aquella que era pura en sus intenciones y que invocaba su nombre en sus oraciones. «Mucho cuesta a Yahvé la muerte de los que le aman. ¡Ah, Yahvé, yo soy tu siervo, el hijo de tu esclava, tú has soltado mis cadenas! Sacrificio te ofreceré en acción de gracias, e invocaré el nombre de Yahvé».

Sin embargo, y pese a la amargura en la que me he hallado inmerso en los últimos años, alabaré al Todopoderoso con versos laudatorios, como hizo Aben Gabirol al decir: «¡Maravillosas son tus obras y mi alma mucho lo sabe! Para ti, Señor, es la grandeza, el poder, la magnificencia, la gloria y la majestad». Así se llene, Señor, mi boca de alabanzas hacia ti. Que no halle más duda mi alma resentida por el dolor y la pérdida. Solo a ti debemos la vida; solo a tu mano, bendita sea, debemos el don de la dicha y el gozo. «Para ti, Señor, es la realeza, el culminar sobre toda altura, la riqueza y el honor». Que así lo expresen mis labios por siempre hasta que la carne se marchite. Que no sirva mi boca más que para ensalzar tus dones hasta que el fango recubra mi cuerpo y apague la visión de mis ojos.

Bien es cierto que, como dice el poeta, «Dios puso coto a mis pensamientos, sin dejar que se realizaran mis íntimos deseos; quedó atado con sogas tenebrosas mi corazón, tratando de levantarse como guerrero acorralado». Pero ¿qué somos sino simples instrumentos de Dios, bendito sea su nombre? Que se cumpla por siempre su voluntad, que nuestras intenciones sirvan solo para el cumplimiento de sus designios.

Mi padre Yosef era un hombre de sangre pura, pues mi familia desciende de uno de los linajes más antiguos de Sefarad. Así me lo contó el que me dio la vida, quien había oído la historia de su padre, quien a su vez la había recibido del suyo. Fue en tiempos de la tribulación, cuando los reyes de los gentiles se apoderaron de la Ciudad Celestial y del sagrado Templo, cuando nuestros hermanos en la fe, hijos todos de las

casas de Judá y Benjamín, fueron llevados cautivos a las tierras de Persia. Tan solo unas cuantas familias les fueron entregadas en esclavitud a Pirro y a Hispano y traídas hasta Sefarad, donde ganarían la libertad después de varias décadas de penuria y oprobio.

Mi familia, como digo, es descendiente de uno de esos primeros linajes que llegaron a esta tierra en la que el mundo llega a su límite final. Concretamente, del fundado por uno de los hijos de Daud, sucesor de David. Mis antepasados ayudaron a los capitanes de los ismaelitas cuando estos cruzaron el estrecho que separa Ifriqiya de Sefarad y se apoderaron del reino en el que antes mandaban los cristianos. Vivían mis ancestros en la gloriosa Eliossana, la perla de Sefarad, a la que los ismaelitas dan todavía el nombre de Alisana al-Yahud y los cristianos llaman Lucena. En aquella esplendorosa ciudad, uno de mis antepasados llegó a ser *nasi*, y la sangre de los míos gozaba de orgullo y fama. Mi linaje, de hecho, es el mismo del que procedía el gran poeta Aben Nagrella, de bendita memoria, con cuyos poemas tanto me deleito en la intimidad de mi despacho, y la sangre que corre por mis venas es la misma que dio vida al gran rey David, bendecido sea su recuerdo.

Mi corazón, pues, como el de mis ancestros, dejó perdido uno de sus pedazos en la tierra de los ismaelitas, y mi alma recita cada mañana los versos de Aben Ezra que mi padre me enseñó a pronunciar junto a la lumbre: «Los judíos que permanecen allí son una herida golpeada y sangrante. Por esto me lamento y aprendo una letanía y entono una amarga queja; desde mi tristeza alzo un grito: se han desvanecido como el agua».

Me crie en Cuenca, entre vecinos pertenecientes a grandes progenies de nuestra stirpe, en una barriada de casas de adobe apiladas unas sobre otras, en lo que otrora fue alcázar de los moros, antes de que los cristianos ganaran la ciudad en tiempos del rey Alfonso, de bendito recuerdo. Allí nací y crecí, y mis parientes me enseñaron a buscar las causas de toda enfermedad y a tratarla conveniente, a sangrar el cuerpo y recomponer los huesos. Allí aprendí que el hombre nace para morir y el médico lucha por que la vida del hombre sea larga y duradera. «Cura la enfermedad —decía mi padre Yosef—, pero acepta la muerte como el milagro que permite la vida».

Casé con Benvenida por decisión de mi familia. Ella era la hija de mi tía Mira, hermana de mi madre, la cual había casado con un adinerado judío de la aljama de Cannete llamado Tobías. Fue así como, al cumplir los dieciocho años, hube de abandonar mi hogar en la ciudad de Cuenca y marchar a Cannete para unir mi vida a la de mi prima, la que durante años fue mi compañera. No la conocía de nada entonces, pero aprendí a amarla como esposa entregada que era.

Con ella colmaté mi dicha, pero a su muerte me torné un ser huero. Pensé que la existencia que Dios me había dado carecía de sentido y comprendí duramente lo que el sabio y poeta Aben Nagrella quería expresar cuando decía que «la tierra es para el hombre una prisión toda su vida», pues en mi soledad me sentía ciertamente aprisionado. Durante más de un año evité abrir este libro, trazar en él las palabras que

brotan de mi alma, tan amargas como la bilis. Solo un pedazo de papel inconcluso fue exornado por la escritura de mis dedos un día que me vi abatido por la desazón de la terrible pérdida, sin ganas de seguir viviendo, con el corazón destilando las lamentaciones de un loco poco juicioso que albergaba en sus entrañas la esperanza de navegar al encuentro de la indeseada muerte. En él escribí los versos de Aben Ezra, bendita sea su memoria, que siempre temí pronunciar: «¿Cómo se mantendrá mi corazón erguido, si el hado me golpea con la vara de su ausencia, comiendo por la mañana retamas y bebiendo por la noche aguas ponzoñosas para saciar el hambre y la sed, bajando cada día a las honduras de las penas y subiendo a las cimas de los pesares? La ausencia repartió a mis ojos el llanto, a mis entrañas el gemido de los mares, al corazón el moverse entre lobos, habitantes de un desierto en que ni tan siquiera han escuchado la palabra *hombre*».

Leía el poema cada día tras realizar la oración de la mañana y, aunque mi padre me enseñó que la muerte es el final inevitable hacia el que todos nos dirigimos, maldecía mi existencia, incapaz de recuperarme de la pérdida que abatía mi espíritu, y también la de los demás hombres. Maldije la vida y la muerte, maldije el mundo y la creación del Todopoderoso y, al hacerlo, maldije también a Dios y pequé terriblemente contra él, embargando mi espíritu con una terrible atrición.

Cada viernes, mis ojos se derramaban desconsolados cuando recitaba las oraciones y mis labios pronunciaban la elegía de la mujer virtuosa. «Una mujer completa, ¿quién la encontrará? —decía pesaroso, embotándose mi boca de amarga hiel—. Es mucho más valiosa que las perlas. En ella confía el corazón de su marido, y no será sin provecho». Yo la había encontrado. La mujer más maravillosa que el mundo ha conocido. La tuve entre mis brazos y la amé hasta la extenuación, y después la perdí en la plenitud de su vida. Se marchitó entre mis dedos como se amustian los pétalos de la rosa, y su carne se deshizo como se descompone el papel ajado, borrando el trazo de los hermosos versos que otrora signaron en él.

Me abandoné a la vieja afición de la poesía que tanto había cultivado entre los recios muros de mi casa en la villa de Cannete, recordando lo que dicen de que «aquel que tenga pluma y tinta, más que todos los compañeros le baste». Pero en mi mente se repetían una y otra vez las palabras del *Talmud*: «Todo aquel que no se ha casado es un hombre sin alegría, sin bendición y sin ternura». Eso era yo sin Benvenida: un hombre vacío y desconsolado. «El hombre no ha nacido para vivir solo», solía decir mi madre después de que mi tío Acab enviudara, y sus palabras se repetían ahora en mi mente a cada momento del día.

Subyugado por esa tormentosa situación, únicamente encontraba consuelo al regresar al obrador del pañero y recibir el calor humano que Bachiel y su esposa me brindaban, y al reencontrarme con la frescura del rostro juvenil de su hija, a la que mis manos habían arrebatado de la muerte. A veces contemplaba a la tierna niña y entre mis pensamientos se colaba la idea de que el precio de su vida había sido la trágica desaparición de mi amada. En ocasiones, incluso, tenía la tentación de pensar

que los últimos rescoldos que Benvenida había dejado en este mundo llameaban dentro del frágil pecho de aquella joven y, de manera inconsciente, comencé a sentir por ella un afecto entrañable, el cual fue tornándose en un deseo incontenible a medida que sus formas despertaban y su cuerpo granaba como el trigo cuando el sol rige en lo alto de la bóveda del cielo.

Mis ojos se prendaban al ver a la joven Meriem amasando el pan en una pequeña artesa de madera, no lejos del fuego de la cocina, al que arrojaba siempre un bocado de la masa con suma reverencia —tal y como prescribe la Ley que debe hacerse—, llenándose sus ojos de emoción al sentirse instrumento del que desde el cielo contempla nuestros desvelos. No podía evitar mirar sus movimientos gráciles como los de una cervatilla que corretea en el prado, la blancura tersa de sus brazos desnudos —desarropados por las mangas que cuidadosamente se anudaba a los hombros y cubiertos de harina— y el ceño delicadamente fruncido mientras heñía la masa con vivaces esfuerzos que agitaban la firmeza de su pecho.

Sus labios eran carnosos y rojos como las llamas que chisporroteaban en el hogar. Su tez era blanquecina como la propia harina, maquillada por el color bermejo de sus mejillas, semejantes a dos rosas bien abiertas y cubiertas por los suaves cabellos, oscuros como la tiniebla, que se despeñaban sobre su espalda y que ella gustaba sujetar en la frente con un prendedero. Su frente, alba y pura, era como el sol en medio de los cielos. Me embelesaba con sus caderas, cada vez más opulentas, y su talle extenuado y, aunque tal vez sea indigno que un hombre mire a una mujer joven de la manera que yo lo hacía, su sonrisa era lo único que podía retirar el enlutado velo que cubría mi alma.

El pan que con tanta donosura elaboraba esta preciosa niña era el mejor de los manjares con el que mi boca podía deleitarse. Con sutil gracia le daba forma de trenza, lo untaba todo con yema de huevo y lo espolvoreaba con comino, tal y como había aprendido de su madre, de modo que al cocerlo tomaba una tonalidad tostada semejante a la de los retablos dorados que se lucen en los templos de los infieles. Tenía un sabor delicioso, y la suavidad esponjosa de su miga acariciaba el paladar. Era, decían, una receta aprendida de sus antepasados, que, al igual que los míos, habían morado en tierras andalusíes.

La bella Meriem estaba ya en edad casadera, pero el joven al que había sido prometida había muerto meses antes de que mi esposa y yo llegáramos a la ciudad de Teruel, a causa del terrible morbo negro. La infeliz pequeña y toda su familia quedaron desconsolados, pues el muchacho era un sobrino de Ezter que trabajaba como aprendiz en el obrador de Bachel y que debía ser, por la naturaleza de las cosas, quien continuase los pasos del pañero al frente del negocio familiar.

No eran muchos los jóvenes de edad casadera que quedaban disponibles en Teruel, y entre los miembros varones de la familia de Bachel Sarrení todos habían contraído ya matrimonio. Había que buscar, pues, a un marido entre el círculo ajeno a la familia, y eso era algo que desagradaba sobremanera al pañero. Meriem, ajena a

todo ello, labraba su ajuar todas las tardes, sometiendo su delicada mirada de color azabache a la mortecina luz de la candela, mientras yo la contemplaba embelesado antes de marchar hasta la alcoba que Bachel me mantenía alquilada en el sobrado de su casa. Era una joven dulce como pocas y yo me hallaba completamente cautivado por la delicadeza de sus facciones y gestos, rendido ante su belleza y su carácter sereno.

Habían pasado ya dos años desde la muerte de Benvenida y la soledad a la que se hallaba sometida mi alma caía como una losa sobre mí y me mantenía aplastado.

—Debes encontrar una nueva esposa —me dijo un día Ezter, la mujer de Bachel, mientras preparaba la cena. Mis ojos instintivamente buscaron el rostro de Meriem, que justo en esos momentos entraba en la cocina y, sin poder evitarlo, el calor se apoderó de mi rostro y mis mejillas se ruborizaron. Aquello no le pasó desapercibido a Ezter, quien, pocos días después, me propuso que pidiera a su marido que me entregara a su hija en matrimonio.

—No deseo ofender a Bachel —le respondí entonces—. Él me ha acogido en su casa y me trata como a uno más de su familia. Sin vuestro apoyo no soy nada, y por nada del mundo querría ganarme el desprecio de tu esposo.

—Eres un hombre bueno, Leví —me dijo Ezter posando sobre mí, con ternura, sus ojos oscuros y tremendamente vivaces—. Tú le devolviste la vida a nuestra hija, y sabemos que trataste con dignidad y cariño a tu primera esposa. Nadie más que tú merece poseer su mano, y sé que en el fondo de tu corazón la amas, porque soy mujer y sé leer en tu mirada.

Durante semanas no volvimos a hablar de aquello. Ezter había penetrado con sus ojos en mi corazón y había descifrado hasta el último de mis sentimientos más ocultos, pero el rubor que producían en mí sus palabras había llegado a abrasar mi alma. Cada noche evitaba quedar en la cocina con ellos después de la cena y buscaba el refugio de la alcoba para no tener que cruzar mi mirada con los ojos de Meriem, y menos con los de su madre. Me inquietaba aquella situación, y la revelación de mis deseos ocultos me hacía sentir contrito, culpable de haber podido dañar el recuerdo de mi esposa amada.

Rechacé la idea de casar con la hija del pañero cuando mi amigo Isaac Benveniste de Darocha, al que quiero como se ama a los hermanos, me envió una carta ofertándome instalarme en una vivienda que tenía en aquella villa, hacia la cual nos dirigíamos Benvenida y yo antes de que nuestros planes y sueños se truncaran en esta ciudad de Teruel. Había posibilidades, decía, de abrir un consultorio allí, pues había gran demanda de físicos tras el paso de la gran mortandad, y por esas fechas nada deseaba yo, después de tanto infortunio, más que regresar al oficio que me enseñó mi padre. Sin embargo, cuando ya tenía todo preparado para marchar, algo me retuvo aquí. Ignoro si fue el apego hacia la familia del pañero, o el incipiente amor por Meriem que comenzó a desbordar mis sentidos; aunque en el fondo siempre he pensado que fue la promesa que hice de no separarme jamás de Benvenida la que me

impidió aceptar aquel generoso ofrecimiento.

Rechacé, pues, marchar a Darocha, pero no por ello quise renunciar a mi sueño de abrir un consultorio y dedicarme a mi viejo oficio. A las pocas semanas conseguí un nuevo alojamiento en la judería al otro lado de la plaza, a dos tiros de piedra del obrador de Bachel, y me trasladé allí con mis pocos enseres, de modo que dejé de ver a la mujer del pañero y a la perla de la que se habían prendado mis ojos. En el bajo de aquella nueva casa abrí un dispensario y pronto mis servicios, aunque clandestinos al comienzo, comenzaron a ser demandados por los vecinos de la judería.

No obstante, y sin poder quitarme a Meriem de la cabeza durante todo aquel tiempo, acabé por dirigirme a Bachel en cuanto pude juntar el suficiente dinero para pagar el *mohar* de su hija. Le convencí para que me entregase a su amada niña —que en realidad era ya una mujer plena en sus formas—, aduciendo que podía aportar al matrimonio la vivienda que acababa de adquirir en la ciudad y una pequeña viña situada a las afueras de la muralla que tenía apalabrada. Firmamos de ese modo los sponsales, quedando la dulce joven comprometida conmigo.

Y entonces, solo entonces, y por primera vez desde la muerte de mi amada esposa, un atisbo de luz penetró en mi espíritu iluminando mis pensamientos.

Día de Alhad, vigésimo primer día del mes de hesván^[23]. Poco después del anochecer

He leído el libro de la *Torá* delante de los ancianos en la sinagoga. Mi cuerpo palpitaba de emoción cuando el rabí se ha acercado hasta el *hejal*, una pequeña alacena adornada con labores de yesería, y, tras correr la cortina bordada que lo oculta, ha extraído de ella los rollos sagrados de la Ley, retirando el manto de brocado que los cubría. Después ha recorrido el espacio que media hasta la *bimah* con el rollo de la Escritura levantado por encima de su cabeza para que todos los presentes pudieran contemplarlo y, tras subirse en la tribuna, ha reclamado mi presencia esbozando una sonrisa en su cara envejecida que delataba su satisfacción por mi dicha.

Las manos me temblaban y un sudor frío recorría mi frente hasta enturbiarme la mirada. El edificio estaba atestado de gente, tanto de la judería de la ciudad como procedente de las aldeas. Al levantar la mirada del Texto Sagrado he discernido entre la treintena de rostros que me observaban los de Bachel y Jahiel, y también los de algunos buenos hermanos de la aljama. Después he vuelto la vista a la alacena sagrada y he leído para mis adentros la inscripción hebrea con la que se halla decorada el muro: «Si escuchas de verdad la voz de Yahvé, tu Dios, cuidando de practicar todos los mandamientos que yo te prescribo hoy, Yahvé, tu Dios, te levantará por encima de todas las naciones de la tierra», y he dejado que cada una de aquellas palabras penetrara por los poros de mi cuerpo hasta sentirme sometido a la

voluntad del Todopoderoso, bendito sea.

Al acabar el acto, como es costumbre, han arrojado sobre mí en el patio de la sinagoga nueces y pasas.

—El Señor todopoderoso te conceda, Leví, una vida fructífera y agradable al lado de tu futura esposa Meriem —me ha deseado el rabí, posando su agrietada pero firme mano sobre mi hombro y dedicándome una mirada cargada de ternura—. Empieza una nueva vida para ti y no deseo sino que la felicidad visite tu hogar y el Bienaventurado os colme de dones.

—El Señor todopoderoso, bendito sea su nombre, os escuche —le he respondido con humildad, consciente de que lo que hoy es dicha, mañana se torna en desgracia de manera caprichosa.

El esperado día se acerca y los nervios se apoderan de mi cuerpo. Nada deseo más en este mundo que poder abrazar por fin a Meriem en mi lecho y sentir la dicha de poder despertar cada mañana a su lado. En ocasiones me parece imposible que, después de tanto sufrimiento, el Señor Dios haya premiado mi existencia con tan digno tesoro. Mi estrella parece haber tornado en los últimos años su tenebrosa faz por un nuevo semblante repleto de luz y dicha. Bendito sea Dios y ensalzado sea su nombre, por encender un rayo de esperanza allí donde la oscuridad embarga hasta el último rincón.

***Día de Alhad,
vigésimo primer día del mes de hesván^[24]***

He jurado la *ketubá* y siento una dicha enorme que me embarga.

Tras hacerlo, he paseado por las calles de la judería de esta ciudad y, por primera vez desde que me encuentro entre sus muros, he sentido gozo y alegría al hacerlo. Teruel es ahora la ciudad que me ha acogido y nunca más la sentiré como la jábega en la que me hallaba enredado, la cárcel en la que me encontraba encerrado, condenado a vagar por sus calles, encadenado entre sus casas, incapaz de partir de entre sus muros, porque con ello me alejaría del ser amado, del que ya tan solo quedan los despojos.

He firmado el documento exultante y Bachel, el padre de mi futura esposa, por primera vez desde que se formalizó nuestro compromiso ha mostrado alegría en sus ojos. Me ha tomado por los hombros junto a la entrada de su hogar como si fuera su hijo. Después, ha accedido a mostrarme orgulloso el ajuar que su hija había preparado durante años: siete finas camisas —«para que pueda mudarse cada día de la semana», me ha dicho—, siete calzones, el sartal de perlas que yo mismo había visto lucir en el cuello de la esposa del pañero y un par de zarcillos dorados. Todo ello de gran valor,

según han acreditado los tasadores.

—Su vida te pertenece, Leví, desde el día que la devolviste a la vida y conseguiste extinguir los terribles dolores que la atormentaban desde la cuna —me ha dicho emocionado, con los ojos reflejando en su humedad la luz del astro que se filtraba por la ventana de la cocina.

—Nada deseo, amado suegro —le he respondido—, sino colmar todos sus deseos y convertirla en la joya de mi casa. Volcaré sobre ella el amor que desde la muerte de Benvenida quedó encerrado en un impenetrable escriño oculto en lo más profundo de mi ser. Mi amor por ella no tendrá jamás doblez, pues ella ha devuelto la ilusión a mi vida.

Ezter contemplaba desde la escalera la escena, con los ojos bañados en lágrimas y la felicidad embozando su rostro.

Ahora ella y el pañero son toda la familia que me queda. Nada sé de mi hermano y su esposa, a quienes las tierras fezies parecen haber engullido. Pocas noticias me llegan de mi querido tío Alatzar, y tampoco mi primo Yehuda de Moya ha dado señales de vida desde la muerte de Benvenida. Ellos son ahora mi parentela, y no puedo sentir sino agradecimiento por todo lo que han hecho en mi vida.

Tercer día de la semana, vigésimo tercer día del mes de hesván^[25].

Poco después del anochecer

Me he despertado entre ensoñaciones alertado por el sonido de los panderos y tamborines. Los últimos rayos de sol de la jornada se filtraban a través del lienzo encerado que cubre el pequeño vano de mi alcoba, en mi nueva casa. Faltaba poco para la salida de la estrella y yo había quedado dormido al poco de recostarme en el lecho, con la mente trabada por el cansancio.

Desde la ventana he visto el cortejo de mujeres provenientes de los baños, todas ellas bien compuestas, con vestidos de fiesta, y las más jóvenes, con las cabezas destocadas, agitando sus cabellos al compás de la música. Algunas llevaban cirios en las manos, otras tañían panderos y montaban gran algarabía mientras descendían desde la plaza de la Judería. Detrás de ellas caminaba Meriem con paso firme y el rostro iluminado por una sonrisa que denota ya la madurez en su semblante. Al verla, mi mente ha imaginado su cuerpo desnudo hundiéndose en el agua purificadora según el rito de la *tevilá*; me he visto envuelto en una candorosa sensación al contemplar su juvenil y fresco rostro desde mi casa y, por un instante, me he sentido el hombre más dichoso del mundo entero.

Los golpes en la puerta me han despertado de mis ensoñaciones y, presuroso, he bajado la escalera a toda velocidad para desatranca la entrada y permitir el paso de la comitiva a mi hogar. Meriem me miraba con ojos de gacela, al tiempo que los perfumes almizclados con los que las mujeres habían untado su cuerpo desbordaban mis sentidos.

—No hay familia en esta casa que pueda acogerte como mereces —le he dicho con tono nostálgico, al tiempo que le mostraba la bandeja repleta de frutos secos en la

que había depositado un collar de cuentas doradas y las demás joyas que han de ser mi regalo por nuestro enlace—, mas permite que en mi soledad te acoja entre mis brazos con la ternura de un padre y la pasión del amante que pronto estará rendido ante ti en tu lecho.

Mi dicha no supera en cualquier caso el duro estigma del recuerdo. Ver a Meriem limpia, con los cabellos todavía mojados, y la corte de mujeres danzando en torno a ella, me ha evocado el día en el que mis ojos contemplaron a Benvenida recorriendo la calle Mayor de Cannete después de lavar su cuerpo en el río, en el lugar donde se lava la ropa. Al hacerlo he pensado que el destino es cruel. Poco podía yo entonces sospechar, embargado por la más grande de las dichas como me encontraba, que pocos años después aquella preciosa mujer con la que iba a estrechar mi carne ya no permanecería a mi lado. Ignoramos sin duda lo que el destino nos depara, y al pensar en Meriem y en nuestro futuro no puedo sino sentir tristeza, pues desconozco qué nos tiene reservado el alevoso hado.

***Tercer día de la semana,
vigésimo tercer día del mes de hesván***^[26]

He purificado mi carne en los baños.

Mañana es el gran día y en estos momentos me hallo lechigado a la espera, con un terrible dolor que me punza las tripas y que ignoro si se debe al nerviosismo o al hambre pertinaz que me devora por la jornada de ayuno. No tengo fuerzas para agitar el cálamo y, al hacerlo, mi mano tiembla como la de un soldado que teme el fragor de la batalla. Mañana es el gran día y mi semblante refleja el gozo que colmata las profundidades de mi ser...

***Vigilia del quinto día de la semana,
vigésimo quinto día de hesván***^[27]

Todo ha sucedido tal y como se esperaba.

Ahora, mientras duerme plácidamente, mis ojos contemplan a Meriem en el lecho, y mi boca se llena con las palabras de la Escritura: «Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente. Porque, mira, ha pasado ya el invierno, han cesado las lluvias y se han ido. Aparecen las flores en la tierra, el tiempo de las canciones es llegado, se oye el arrullo de la tórtola en nuestra tierra».

No puedo describir la emoción que me ha embargado al ver a la dulce niña envuelta en ropas lujosas, con sus tersos cabellos tocados por el velo que descendía como una cascada por su espalda y su cabeza coronada por una guirnalda de flores de vivos colores. Las ajorcas cimbrecaban en sus brazos a cada movimiento y los

pinjantes dorados resplandecían por debajo del velo, llameando en mis pupilas. Advertirla a mi lado me ha hecho sentir como un potro desbocado que ansía domeñar el orbe. He tomado su mano delicada y blanquecina mientras le susurraba al oído unos bellos versos que venían a mi cabeza de manera espontánea, inspirados sin duda por el dulce y aromático arroje de su belleza, al tiempo que aguardábamos impacientes a que el rabino pronunciara las bendiciones y nos diera de beber del néctar que iba a sellar de por vida nuestra unión. Después he besado sus labios, sabrosos como el mejor vino de Escol.

—Te tomo a ti, Meriem, hija de Bachel, según la Ley de Moisés y de Israel. Yo te serviré y honraré y gobernaré y te regiré —le he dicho con las lágrimas florecientes en mis ojos emocionados, del mismo modo que un día le dije a Benvenida al casar con ella—, según dictamina la Ley de los varones judíos, que sirven y honran y gobiernan y rigen a sus mujeres.

Meriem se asemejaba a una reina, radiante bajo la seda de la *jupá*. He apretado sus suaves dedos con mis manos y he sentido el leve susurro de su caricia cosquilleando mi piel, al tiempo que mis sentidos se empalagaban con el aroma de su perfume de incienso. Después, ante el rabino de la comunidad, he introducido en su dedo el anillo de bodas y le he dicho con ternura en mis palabras:

—*Hare at mekudeshet li betabaat zo kedat Moshe Veisrael*. Tú me estás consagrada por este anillo, pues así lo demanda la Ley de Moisés y la de Israel.

Después el rabí ha leído en voz alta la *ketubá* y he sellado rubricando con mi firma en un ajado pergamino, en el que a continuación he escrito en la lengua de nuestros padres: «Todo este dinero daré a ti y en dote de tu virginidad. Ello te pertenece a ti y a tu mantenimiento; y en ti haré según uso de toda tierra y región», tal y como había jurado cumplir el pasado día de *Alhad*, cuando el documento fue redactado delante de la familia de Meriem. Luego han firmado los testigos y, siguiendo la costumbre, se han recitado las siete bendiciones de alabanza a Dios.

Al culminar la celebración, he arrojado un vaso de cristal al suelo y lo he aplastado con el pie hasta romperlo en mil añicos, evocando al hacerlo la destrucción del Templo santo de Yerusún y, al tiempo, la fragilidad de la vida que mutuamente nos entregábamos. Y al hacerlo, no he podido contener las lágrimas, pues a mi mente ha regresado el recuerdo de Benvenida y el día que ambos hicimos este mismo gesto, ignorantes de que su vida misma y mi propio corazón se acabarían haciendo también añicos como el cristal. Pero entonces he mirado a Meriem y, sintiendo que la nostalgia amenazaba con amortajar la euforia del momento, le he susurrado con ternura: «Te desposaré conmigo en fidelidad y reconocerás a Adonai». A nuestra espalda, la treintena de personas que abarrotaban la cocina de Bachel y la entrada de su casa han comenzado a gritar de júbilo.

No he podido evitar derramar las lágrimas cuando he recordado a Benvenida, bendita sea su memoria, y los versos que me susurró al oído el día que fundimos por primera vez nuestros cuerpos:

—«Dorados lechos para ti dispondré en mi pórtico —me dijo aquel día, consciente de mi veneración por el maestro Aben Gabirol—, te aprestaré la mesa, te prepararé mi pan; la copa te colmaré con los racimos de mi viña, beberás con corazón alegre, te agradará mi manjar».

—Jamás esposo alguno —le repliqué— fue agraciado con dicha tan elevada. No hay mujer en el mundo como tú, ni mirada que proyecte un horizonte tan infinito en su profundidad. Te amaré todos los días de mi vida y colmaré de besos tu rostro cada amanecida, después de que mis labios pronuncien las alabanzas al Todopoderoso, bendito sea su nombre.

Cumplí la promesa de amarla cada día, cada amanecer, cada anochecer, cada nueva jornada, hasta que su vida se extinguió entre mis brazos. Ahora juro que amaré a Meriem de la misma forma, que permaneceré a su lado hasta el último de mis días y quiera Dios que sea ella la que acompañe mis despojos al camposanto cuando mi tiempo se vea cumplido, pues mi corazón no soportará el dolor de la pérdida.

Todos los parientes de Bachel y Jahiel Sarrení, y también un buen número de miembros de la comunidad hebrea de Teruel, han estado presentes en el banquete de celebración, participando en los bailes y las danzas que han servido para ensalzar esta bendita unión, la cual ha dado de nuevo vida al fuego del amor, avivando la llama de unos rescoldos que se hallaban condenados a extinguirse. Mi amada y yo hemos escanciado vino para nuestros invitados y hemos repartido toda suerte de rosquillas y confites al son que marcaba el tamborino, compartiendo con quienes se muestran gozosos por nuestra unión una pequeña parte de la dulzura que desde hoy ha de impregnar cada abrazo, cada beso, cada caricia en nuestro lecho.

Después, y tras recibir la bendición de Bachel, he tomado a mi esposa de la mano y la he llevado hasta la alcoba donde he sellado nuestra unión con la rúbrica de la carne, tomando su cuerpo y saboreando el néctar de sus labios, como el esposo que bebe de la copa de vino y que brinda por su dicha.

—«¿Por qué, gacela, fascinas con tus miradas y matas con los dardos que arrojas de tus ojos?» —le he preguntado recitando palabras de Aben Gabirol, las mismas que pronuncié ante Benvenida el día que ella mostró por primera vez su desnudez ante mis ojos.

—Planta tu semilla en mi cuerpo —me ha respondido Meriem sin demudar su semblante— y haz de mí tu esposa para glorificación del Altísimo, bendito sea su nombre.

—Tus ojos refulgen como el ónice y el diamante. Dedícame la más tierna de las miradas y me deleitaré en tus goces hasta que la extenuación me impida mover ni uno solo de mis músculos —le he arrullado con palabras dulces y tiernas al tiempo que mis manos recorrían su cuello y se posaban tremulosas sobre su pecho desnudo.

Nos hemos amado como se aman dos jóvenes corzos. Su cuerpo temblaba entre mis manos como el de una cierva en la ternura de la vida, y mi mano recorría las molduras de su carne, provocando que mis sentidos se estremecieran con la tersura de

su piel.

—«Dios puso coto a mis pensamientos —le he recitado, recordando palabras de Aben Nagrella, al alojar mi semilla en la profundidad de su vientre—, sin dejar que se realizaran mis íntimos deseos; quedó atado con sogas mi corazón, tratando de levantarse como guerrero acorralado». Ahora a tu lado me siento fuerte, y el amor que arrebató mis sentidos reverdece la pasión de mi corazón oprimido.

—Duerme, esposo mío —me ha dicho ella mientras besaba mis ojos con sus labios bermejos y carnosos—, el mal sueño llegó a su final y una nueva vida te aguarda a mi lado.

He quedado acunado entre sus brazos y me he sumido en el primer sueño, mas he despertado al poco con el rostro inundado por la tenue y lechosa claridad de la luna menguante que penetraba por la ventana. He dejado a mi esposa en el lecho, subyugada por un profundo sopor, en la casa en la que, desde hoy, juntos formaremos un nuevo hogar, y no he podido evitar abrir mi viejo diario, donde ansiaba rubricar su nombre y el mío juntos.

Falta apenas una hora para el amanecer y, cuando la mañana alboree, la madrina de Meriem entrará en la alcoba y se llevará a mi esposa de mi lado, tras comprobar que nuestra unión se ha consumado. Entonces mi alma se desgarrará de nuevo, aunque sé que pasados siete días ella volverá a estar entre mis brazos y podré amarla con renovados bríos.

***Quinto día de la semana,
vigésimo quinto día del mes de hesván^[28]***

La dicha me embarga y, aunque he de separarme ahora de mi nueva esposa, el solo hecho de saberla mía colmata mis sentidos y mis pensamientos. Soy un hombre nuevo y mi boca alaba de nuevo al Señor todopoderoso, bendito sea su nombre.

Cuando miro sus ojos pequeños y profundamente oscuros no puedo pensar sino que ella es la mujer perfecta. «Vale mucho más que las perlas». Como señala la Escritura, «se reviste de fortaleza y de gracia y mira gozosa el porvenir». No puedo rendirme sino a su bondad y grandeza, no señalada por altivez de ningún tipo, pues «la mujer que teme a Yahvé, esa debe ser alabada». En ella se complacen mis ojos, y en su fragancia se deleita mi olfato. Nada aprecio más en este mundo que el dorado reflejo que el óleo titilante de la lámpara dibuja en su cabellera. Nada soy salvo su amante apasionado, el que entona la alabanza a su Señor, bendito sea, por el gran don que le ha concedido y que alumbra con candor la tiniebla que acechaba su vida.

Solo siento que me esperan al menos quince días para poder gozar nuevamente de sus dones. La Sagrada Ley demanda que tras consumir nuestro matrimonio, permanezcamos una semana sin conocernos carnalmente. Es por ello por lo que esta noche he de compartir lecho con Meriem y con su madre Ezter. Sin embargo, nada

anhelo más en este momento que volver a abrazar a mi esposa, que apretar su cuerpo contra el mío y sentir el azote encendido de sus caderas. Desgraciadamente, ella me ha confesado que, después de que se cumplan los siete días preceptivos y su cuerpo se halle inmerso en el lavado ritual del *betulim*, el baño de la purificación tras la pérdida de su virtud, tendrá que arrojarse de mi lecho por la impureza que es propia en las mujeres durante cada mes. La Ley dice que durante esa semana hemos de dormir en camas distintas, apartados el uno del otro para evitar que su impureza se contagie a mi carne, pero no juzgo que haya para mí mayor tormento en este instante que el de separarme de mi amada durante tiempo tan prolongado. Únicamente soy capaz de recrear el momento en el que mi nueva esposa se sumerja en el agua purificadora del *mikvé*, desnuda, con los brazos en cruz y el pelo cayendo en cascada sobre su nivea espalda moteada de pecas. Solo el dibujo de esa imagen estremece todo mi cuerpo, y el saber que, tras ese instante, podrá regresar a mi lecho y mis brazos podrán abrazar su desnudez sume mis sentidos en un alborozo indescriptible.

Esta mañana me he levantado temprano y he dejado a Meriem en la cama, a la espera de que su madrina viniese a recogerla. Ella permanecía sumida en el sueño, pues parecía sin duda cansada por todo lo vivido el día anterior. Al rato, desde la cocina, he escuchado su voz susurrante y me he acercado hasta la alcoba. La puerta estaba entreabierta y, tras la abertura, mis ojos han contemplado su cuerpo tan solo cubierto por la camisa de dormir. Su rostro miraba al pequeño vano de la habitación, por la que entraba la incipiente luz de la alborada, y sus labios musitaban las oraciones de la mañana.

—Bendito eres Tú, Dios nuestro, rey del universo, que no me hiciste gentil. Bendito eres Tú, Dios nuestro, rey del universo, que no me hiciste esclava. Bendito eres Tú, Dios nuestro, rey del universo, que me hiciste a tu imagen y semejanza.

He sonreído al escucharla, evocando a mi querida Benvenida, el Señor la haya acogido en su seno, y su rebeldía innata.

—Debes agradecer a Dios el haberte creado a semejanza suya —le decía molesto el rabí Asaf de Cannete una mañana en la que, como tantas otras veces, había discutido con su padre.

—Es una mujer caprichosa que ofende a Dios con su insolencia —decía el viejo Tobías acusando a su propia hija, como hacen los niños en la sinagoga cuando asisten a clase de los maestros y se ofenden entre ellos. Yo escuchaba todo desde el rincón de la cocina de la casa de mis suegros, acostumbrado ya a todas aquellas disputas, y, de vez en cuando, el anciano me miraba con un gesto de reproche en sus ojos, hastiado de que siendo su marido no hiciera por contener lo que él consideraba una constante ofensa al Todopoderoso, exaltado sea.

Recuerdo cómo Benvenida marchaba casi diariamente a la sinagoga en nuestra querida judería de Cannete. Su presencia era única en el pequeñísimo habitáculo para las mujeres, cubierto de celosías, de aquel recogido lugar en el que apenas cabíamos los diez varones necesarios para dirigir la oración. Su padre la mandaba en ocasiones

a casa, hastiado de que su hija diera que hablar al resto de los miembros de la comunidad. Benvenida, sin embargo, reivindicaba su sitio en la sinagoga, convencida de que ese era el deber de toda mujer y de que el hecho de que los ancianos las consideraran exentas de las obligaciones religiosas no era sino una forma de apartarlas de sus asuntos y de la dirección de la comunidad.

Todavía al despertarme, cuando los primeros rayos de sol penetran en mi alcoba y me alzo del lecho para musitar mis oraciones, mis oídos parecen escuchar el susurro de sus labios: «Bendito seas, Señor, rey del universo, que me hiciste mujer y no hombre». Era orgullosa. Tanto que sus palabras a veces escandalizaban a los ancianos de la judería de Cannete y, por supuesto, a su propio padre, quien durante años la había reprendido acusándola de blasfemar contra el Todopoderoso.

—Solo doy gracias a Dios por haberme hecho mujer —se defendía mi esposa—. ¿Qué diferencia hay entre una cosa y la otra? ¿Acaso no está hecha la mujer a semejanza de Dios, lo mismo que el hombre?

—¿Ves, Asaf, como es una insolente? —protestaba Tobías, y luego volvía a lanzarme una mirada reprobatoria, que me hacía sentir culpable por no doblegar la voluntad de aquella hija a la que él había sido incapaz de domeñar—. No entiende que la presencia de la mujer en la sinagoga no vale para nada. Ni la oración de cien mujeres valdría tanto como la de un niño en edad pueril.

—Vamos, Benvenida —intenté conciliar en una ocasión—. No es eso lo que molesta a tu padre, y lo sabes. Agradeces a Dios cada mañana el haberte hecho mujer, y no hombre...

—Y vosotros agradecéis ser hombres y no mujeres —replicó ella interrumpiéndome.

—¡Solo el hombre goza del derecho de vanagloriarse de serlo! —le objetó Tobías, colérico—. Pues el Señor todopoderoso, exaltada sea su memoria, lo creó a él primero, por delante de la mujer.

—Solo la mujer goza del don de otorgar la vida —replicaba ella llevándose las manos a la cabeza para evitar los golpes de su progenitor—, y el rabí dice que no hay mayor don en la tierra que ese.

Aquellas disputas siempre se eternizaban. Cuando estábamos a solas, podíamos discutir acaloradamente durante horas y ella lo agradecía, porque en el fondo sabía que su padre no le consentía ni alzar la voz ni replicarle y, antes de enzarzarse en palabrerías con ella, era más pródigo a utilizar la vara para escarmentarla.

Recuerdo la primera vez que asistí a una de estas trifulcas que tantas veces se repetían al calor del hogar del viejo Tobías Abeadanid. También sus palabras severas el día que me la entregó para que me desposara con ella: «Sé un buen marido y dómala como merece. No dudes en usar la vara si es preciso, pues es rebelde como la maleza que crece en la breña. Hazlo siempre que ella trate de dominarte y ose alzar su cabeza ante tu presencia». Desde luego, sé que jamás habré de hacer eso para domesticar a Meriem, pues ella es dócil como un remanso de agua y obediente como

el trigo dorado que brota de la tierra. Y, sin embargo, nada amaba más en esta vida que esa rebeldía innata que me hacía sentir el más afortunado de los varones cuando conseguía enroscar el cuerpo de mi amada entre mis manos.

Mi mente está llena de memoranzas, y todas parecen querer aflorar a cada instante. No puedo quitarme a Benvenida de la cabeza, ni siquiera en estos momentos de dicha, y, aunque su memoria me es amarga, la boda ha hecho revivir todos aquellos instantes de gozo que llenaron nuestras vidas.

Recuerdo cierta ocasión en la que el viejo Tobías reprendió severamente a mi esposa después de presenciar una pequeña discusión que mantuvimos acerca del color que queríamos para uno de los cobertores de nuestra cama.

—La mujer debe vivir siempre sujeta al marido, pues así lo dictamina la Ley —le dijo interponiendo su retorcido dedo índice entre sus miradas—. No olvides nunca que debes obediencia a tu marido, que no te es lícito levantarle la voz y que, si algo quieres aprender en esta vida, a él únicamente debes preguntar, o a mí en todo caso, que para eso soy tu padre.

Yo, en cambio, siempre compartí con Benvenida su creencia de que la mujer no era de menor dignidad que el varón, pues sin ella la vida no podría darse en el mundo. Mi tío Alatzar de Huepte, que siempre había compartido conmigo aquella opinión, me inició en las enseñanzas del rabino Jonah Aben Abraham Girondi, quien aseguraba que las mujeres son la razón principal de que el estudio de la *Torá* exista, pues ellas son el refugio al que acude el marido en el cansancio de la tarea cotidiana y las que impulsan a sus hombres a profundizar en el estudio de la Ley Sagrada. La mujer, decía el rabino, «está en los peldaños más altos del otro mundo», pues suyo es el mérito «cuando sus hijos rezan a Dios».

Benvenida siempre fue consciente de la importancia que la mujer tiene a los ojos del Todopoderoso, bendito sea. Ella se mostraba cada día gratificada por ser mujer y así lo expresaba, en sus oraciones, pues solo las hembras tienen el don de engendrar la vida. Sin embargo, no gozó ella de la gracia que tanto reivindicaba para las de su condición, pues su vientre fue siempre estéril. «Un terrible castigo de Yahvé», decía su padre por provocar su ira con sus constantes desafíos, y más lo hizo a partir de que aquella gran mortandad en los ganados, tres años antes de la gran pestilencia, pues decía que aquel terrible mal y la aridez de mi esposa eran todo fruto de un mismo pecado. Mas yo siempre creí que su naturaleza enfermiza y la ausencia de flujos sangrantes, que constantemente habíamos de provocar en su cuerpo, fueron lo que impedían que mi semilla arraigara en su interior. Así me lo confirmó Selomó Caravida, físico de tierras catalanas y conocedor como nadie de la mejor manera de concebir en los vientres que son estériles, con el que tantas cartas intercambié, esperanzado de que pudiera remediar la tragedia que suponía el que el seno de mi amada fuera semejante a un yermo baldío.

—Son muchas las causas que pueden impedir que una mujer quede encinta —me decía en una de sus misivas—. A veces la mujer es demasiado ancha o abierta, y su

cuerpo no retiene la semilla de su esposo. Esto puede ser así por nacimiento, tal vez porque la cohabitación con el hombre no se produce de forma debida o simplemente porque su cuerpo rechaza el semen que debería absorber. Otras veces, ocurre que las paredes del útero rezuman una grasa en la que se queda adherida la semilla del varón, de forma que esta no llega jamás a fecundarlo. Si este fuera el caso de tu esposa, podría remediarse fácilmente diluyendo un poco de alumbre en polvo en vino, vinagre y sangre de dragón, y aplicar el emplasto resultante en su concavidad. No estaría de más probar el remedio, aunque estoy convencido de que este no es el mal que padece Benvenida. Yo más bien me decantaría por pensar, apreciando los síntomas que tú mismo me describes en tus cartas, que es la ausencia de flujos lo que impide que la semilla cuaje en sus partes internas.

Selomó Caravida era un hombre extremadamente sabio, y yo era afortunado de poder contar con sus consejos. Me recomendó en otra ocasión que preparara un compuesto de hierbas que debía introducir en el útero de mi esposa con cierta frecuencia, con el propósito de que su eficacia provocara la salida de las flores, limpiando su cuerpo de los humores fríos y expulsando de su interior el aire que pudiera contener, quedando de ese modo su vientre preparado para quedar empuñada. Pero, a pesar de que el remedio era eficacísimo, según me aseguraba el propio Selomó, y de que probé igualmente a tratarla como si su problema fuera el ser una mujer abierta, jamás conseguimos que Benvenida pudiera engendrar.

Con todo, reconozco que temía concebir en ella, pues sospechaba que los dolores del parto me la arrebatarían como muere la rosa al desmayarse sus pétalos, del mismo modo que murió la noble Raquel al nacer el tierno Benjamín. Después de todo, el propio Hipócrates señalaba que «las mujeres extremadamente débiles, cuando quedan embarazadas, abortan antes de robustecerse», y si mi semilla hubiera logrado concebir en su seno, difícilmente el embarazo podría haber llegado a término. Cuando la fiebre la azotaba y el menstruo se retrasaba, cuando quedaba desmayada sin apetito, abatida por terribles dolores de cabeza y su orina se volvía negruzca, el sufrimiento fustigaba mi alma como el látigo de los sirvientes del faraón. Tantas veces temí que aquella consunción arredrara su cuerpo de este mundo... Y, sin embargo, jamás he podido aceptar que finalmente sucediera de ese modo, y quedé abatido y condenado a aquella soledad de la noche a la mañana.

No había querido, por tanto, el Señor todopoderoso, bendito sea, conceder la gracia de hinchar el vientre de mi amada con la dicha de una nueva vida. Él, en su sabiduría infinita, había optado por obrar de ese modo y tanto Benvenida como yo habíamos aceptado aquel designio, aunque muchos lo consideraran una deshonra. Algunos, incluso, especialmente los ancianos de Cannete, necios en los preceptos del Compasivo, me incitaban a repudiar a mi amada, convencidos de que no era digno de mi linaje que uno de sus miembros dejara de perpetuar su sangre.

—El que no engendra descendencia comete un pecado semejante al derramamiento de la sangre —me dijo un día el viejo Ezmel Fabon a la salida de la

sinagoga, cuando Benvenida y yo llevábamos diez años de casados, pocas semanas antes de que tuviésemos que partir de la villa.

—Tal vez sea de ese modo —le repliqué hastiado por verme tantas veces reprendido—, y quizá mis actos ofendan al Todopoderoso, bendito sea. Mas no juzgo apropiado que se deba repudiar al ser amado. Antes dedicaré hasta la última de las horas que Adonai me ha concedido de existencia a sanar el daño que arredra a mi amada y me condena a no conocer descendencia que despreciar a la gacela por quien entregaría la vida sin dudarlo.

Pensaba del mismo modo que yo el rabí Asaf, a quien en tal alta estima guardaba, y que solía decir que todo divorcio es una abominable aberración.

—Ámala —me dijo un día que ambos paseábamos tranquilamente por las callejas del barrio del Castillo—, y si es la voluntad del Todopoderoso el bendecir vuestra unión con un hijo, el momento llegará. Si no sucede de ese modo, nadie debería contrariar su voluntad santa. Sé que eres un devoto marido, y Dios sabe premiar a los que realizan buenas acciones.

Desgraciadamente, Benvenida ya no está a mi lado, se encuentre su alma en el Edén, y Meriem es la nueva joya perlada de mi casa. En ella deben concentrarse ahora mis deseos y pensamientos, pues la que fue la flor que dulcificó mis sentimientos es ya solo parte del recuerdo. Amo a Meriem, y estoy seguro de que seré feliz a su lado. Sé también que ella no es igual que Benvenida, que, a pesar de su piel suave y la ternura de su bruna mirada, sus facciones no delatan la fortaleza y la personalidad de la que durante años fue mi esposa, el Todopoderoso le haga gozar de sus dones.

No obstante, he de reconocer que echo de menos a Benvenida; que daría cualquier cosa por que regresara a mi lado, incluso sacrificaría la bendita unión con Meriem que ha llenado de dicha estos últimos días; que aceptaría sucumbir en este mundo sin obtener descendencia si el Todopoderoso, bendito sea, me diera la oportunidad ahora de envejecer junto a ella, si su carne fuera vida y no putridez del carnero. Mas ahora me colmata la dicha de saber que nuevamente tengo la oportunidad de ser padre, y ardo en deseos de consumir ese propósito. El cuerpo de Meriem es joven y rebosa de vitalidad; estoy seguro de que su vientre será fértil y que el Señor todopoderoso, bendito sea su nombre, compensará en breve la pérdida de mi primera esposa con la llegada de mi primer hijo varón, pues sus juicios son justos y mi confianza en él, inquebrantable.

Capítulo VI

CARTA DEL FÍSICO JUDÍO LEVÍ ABEN YOSEF A MAYMONI BENVENISTE, DE LA CIUDAD DE DAROCHA

Teruel. Año 5120 de la creación del mundo^[29]

Carta de Leví Aben Yosef, hijo del médico Yosef de Cuenca. ¡Paz! A Maymoni Benveniste, hijo de Isaac Benveniste. El Todopoderoso te fortalezca y alargue tu vida; que preserve su apoyo hacia ti, tu bienestar y gracia, y te conceda sus dones y prosperidad para ti y los tuyos. De parte de Leví Aben Yosef, el más pequeño entre los sabios de la tierra de Sefarad, recibe mis saludos y condolencias.

Escribo desde la ciudad de Teruel a diez días del mes de *kislev*^[30], que el Todopoderoso lo torne en una ocasión de dicha y gozo. Me encuentro bien y mi salud es óptima.

Grande era el amor que me profesaba tu padre, descanse en paz, cuyo esplendor no era menor al del hijo de Bityá, quien desde el monte Sinaí descendió para entregar las Leyes del Señor a nuestro pueblo.

Se derritió mi corazón el día que recibí de tu mano la noticia del fallecimiento de Isaac Benveniste, tu progenitor, a quien yo tanto amaba, y temblaron mis entrañas ante la soledad de quedar sin mi gran amigo, el Compasivo lo haya acogido en su seno. Rasgué mis vestiduras abatido mientras mis ojos quedaban arrasados en lágrimas. Tu mensaje me hundió en la más aborrecible de las miserias, pues son pocos los que quedan de entre todos los que he amado en este mundo, y su llama parece extinguirse azotada por el arrullo de una brisa gélida, capaz de condenar las almas de quienes somos probos y leales a nuestro Dios, exaltado sea.

Recientemente he sabido también de la muerte de tu primo Mosé, el Todopoderoso le haya propiciado a su alma el descanso merecido, y el desenlace fatal de su enfermedad me ha llenado de tristeza. Saluda a tu tío Jahuda Alvedi de nuestra parte y transmítele nuestras sinceras condolencias.

«En verdad es amarga la muerte». Tenía razón Agag, rey de los amalecitas, antes de que el profeta Samuel, recordado sea su nombre, despedazara su cuerpo en venganza por las madres que habían quedado desconsoladas al perder a sus hijos por la fuerza de su espada. Yo lo sé bien, pues sabes que la garra fatídica del hado resquebrajó mi corazón y me despojó del tesoro más valioso de mi alma. Ahora comparto tu enorme dolor y, créeme, entiendo tu desesperanza. Mas siempre, aun en el más oscuro de los túneles que puede atravesar nuestra existencia, amanece un rayo de luz que nos devuelve el sentido de nuestra vida.

Durante la primera semana sin Benvenida, yo permanecí absorto en la congoja, sometido a la terrible pérdida del ser amado, desterrado de la dicha de haberme visto

siendo esposo, y privado del don de la paternidad. Sospechaba entonces que mi nueva condición de viudo duraría por siempre, que mi alma vagaría errante por los senderos sinuosos de la más fría y lóbrega soledad. Únicamente hube de salir de la casa de mis protectores para acudir a la sinagoga durante las oraciones de la mañana y la tarde, tal y como es costumbre entre los judíos de estas tierras y, tras la plegaria, todos los miembros de la comunidad me acompañaban hasta el patio el hogar del pañero, no queriendo dejarme abatido con mi dolor.

—Es la voluntad de Dios, el Creador del mundo, bendito sea su nombre, alabanza y gratitud a Él por todas sus obras —decía con el espíritu embargado cada vez que mis dedos rozaban la *mezuzá* y penetraba en aquella vivienda que, siendo tan ajena a mí, era la única morada en la que podía alojarme.

Bachiel y su familia guardaron conmigo el *shibá*, los siete días de luto. Encendieron una lámpara y cubrieron los espejos de su hogar con paños negros, como si Benvenida hubiera pertenecido a su propia familia. Me acompañaban en la desgracia y, al calor del hogar, recitaban conmigo pasajes del *Qohéleth*, el Libro del Eclesiastés. Comíamos truchas cocidas, verduras y huevos duros para demostrar que acatábamos el veredicto de Jehová y su voluntad santa; pero te reconozco, mi amado amigo, que la comida se hacía un nudo apelmazado en mi garganta y que sentía hasta la última de las espinas del pescado desgarrar mi boca y mis entrañas.

Como conté a tu padre hace ya varios años, durante los últimos días que mi esposa Benvenida permaneció con vida, ella y yo nos alojamos en casa de este comerciante del que te hablo, dado que su hija se hallaba enferma de fiebres y demandaba de mis cuidados y atenciones. Cuando Benvenida falleció a los pocos días y mis servicios ya no eran requeridos en la casa, temí que el pañero me echara a la calle. Dado que no tenía adónde ir y me angustiaba la idea de tornar a los infectos carrales en los que la ponzoña negra se había hecho dueña y señora, le supliqué que me acogiera por más tiempo, aunque yo no tenía dinero con el que pagarle. Él me aceptó en su hogar como si fuera uno más entre los suyos, y yo, enormemente agradecido por ello, puse mis manos a su servicio y al de su familia. Él accedió a mantenerme en su casa y, como puedes ver, eso permitió que donde únicamente cabía oscuridad, se colara un pequeño atisbo de luz.

Durante unas pocas semanas estuve trabajando en su taller como un obrero más entre los varios aprendices y asalariados, la mayoría mujeres, que realizaban las distintas labores del proceso de confección: el cardado, el peinaje, el hilado, la urdidura, el tejido, la batanadura, el teñido y los adobos finales de los paños que Bachiel vendía en su pequeña tejeduría.

Bachiel era un poderoso comerciante que no solo se dedicaba a importar paños de las tierras septentrionales, sino que fabricaba los suyos propios en su pequeño taller y en otro modesto obrador que tenía en el Arrabal, muy cerca de la acequia de la Tejería. Él mismo compraba la lana que debía ser hilada y suministraba el hilo a los tejedores. Tenía también sus propios medios para tintar los paños, aunque a veces

encargaba ese duro trabajo a varios tintoreros de la ciudad a los que pagaba soldada.

Había invertido una gran cantidad de dinero en ampliar el viejo negocio familiar. Sin duda, el comercio de paños había aumentado en los últimos años, pero la Guerra de la Unión y la llegada de la peste habían puesto en peligro muchos de los talleres y comercios que proliferaban en la ciudad. De hecho, tres asalariados suyos habían padecido las consecuencias del morbo negro en los últimos meses, así como un tintorero y el propietario de uno de los batanes de la urbe. La peste de landres había acabado también con la vida de cuatro de las mujeres que hilaban en sus casas, y con dos de los aprendices, uno de ellos el propio prometido de la joven Meriem, para desgracia de toda la familia.

Pese a las dificultades, el pañero sabía ganarse bien la vida, pues comerciaba también con aceite y con trigo, tal y como hacen muchos pañeros y pelaires de la ciudad, y se encargaba, junto a su hermano Jahiel, del abasto de carne para la judería.

La casa de Bachel es aún hoy uno de los grandes talleres pañeros de la ciudad de Teruel. Aún hoy recuerdo la impresión que me produjo recorrer cada una de sus estancias al poco de alojarme en ella junto a mi esposa Benvenida. En el bajo de la vivienda estaba el espacioso obrador en el que Bachel despachaba y llevaba a cabo la venta de los paños. En la trastienda había un torno de hilar estambre en el que obraba la esposa de Bachel, una urdidera sobre la que se hallaban dispuestos varios manojos de hilos y un pequeño telar que ocupaba buena parte del espacio que dejaba libre el amplio tablero donde se cortaban las piezas. Montones de paños y cordellates de colores bermejos, verdes y cárdenos se amontonaban a los lados, guardados algunos en arcones y otros dispuestos a la vista, colgados de bastidores con escarpías y de una gruesa alcándara que recorría el obrador de parte a parte, para llamar la atención de los compradores. Junto a la puerta, amontonados sobre el caballete que el pañero colocaba en la entrada a modo de mostrador, se exhibían paños importados de Narbona, Figueras, Briançon o Berga, y telas de Perpiñán, muchos de ellos comprados a un mercader catalán llamado Berenguer Ros —quien, por cierto, tiene botica allí en Darocha y al que tal vez conozcas—. Junto a ellos, se hallaban tendidas varias alnas de paños estambrados y otras prendas de mejor factura procedentes de Huesca y Morella y, en la pared del fondo, un par de mantas de lana teñida de rojo y varios paños blancos importados de Bristol y terciopelo de Valencia.

Créeme, la primera vez que penetré en la botica quedé estupefacto por la ingente cantidad de género que contemplaban mis ojos; sin embargo, luego supe que en realidad no eran tantos los paños que Bachel guardaba almacenados. La epidemia de peste había paralizado toda la producción en la ciudad: los batanes se hallaban detenidos y apenas quedaban tintoreros en el interior de los muros que todavía practicaran el oficio. Bachel se esforzaba por producir sus propias telas, la mayoría imitación de las que llegaban de tierras catalanas y valencianas, o de los paños gruesos de Lérida y Monzón; también viajaba con frecuencia a Levante para nutrirse de mercancías que después vendía durante los días de feria, o bien en su propia

tienda.

—Ahora debo desplazarme a Valencia con más frecuencia —me dijo al poco de comenzar a trabajar para él en el taller, apreciando cómo los paños que exhibía en la tienda llamaban continuamente mi atención—, pues a Berenguer Ros y otros pañeros catalanes a los que les compraba el género les robaron el año pasado ocho cargas y media de paños. Los traían los arrieros desde Barcelona y Lérida, y la recua fue asaltada por los hombres de un bribón llamado Juan Martínez de Luna, que cuenta con el amparo del rey. Lo único bueno es que aún le debo dinero de la última carga que me suministró y es posible que no lo volvamos a ver por esta ciudad.

En sus viajes a tierras valencianas, el pañero cargaba su acémila con fardos de paños propios, especialmente cordellates y paños crudos y blancos, y algunos traídos de otras tierras. Después, bien provisto con su vara de medir, viajaba a Valencia, Onda, Alpuente o Morella para obtener ganancias. Yo aprovechaba la situación y le demandaba noticias de los puertos, aguardando expectante saber algo de mi hermano y su esposa.

Lo cierto, no obstante, es que la llegada del morbo había mermado su actividad, y los ingresos de la familia habían disminuido mucho en los últimos meses, hasta el punto de casi abocar a la ruina su negocio. Para mayor gravedad, algunos de sus proveedores habían sido detenidos acusados de mazarrones, por intentar eludir los peajes en un tiempo en el que mover mercancías entre un reino y otro resultaba del todo riesgoso.

En la parte trasera del obrador en el que comencé a trabajar había una puerta que, tras bajar una empinada escalera, daba a un vergel cercado, en el que el judío y su esposa cuidaban numerosos árboles frutales y otro tipo de plantas. Había allí también un pequeño gallinero y una yegua de poca edad, que solía compartir espacio con la vieja mula del pañero, las dos con el cuello sujeto a una gran argolla que pendía de la pared. Junto a ellos, una pequeña trampilla de tablas con herrajes abría paso a una espaciosa bodega, donde había acumulada gran cantidad de leña y varias alcuza repletas de aceite.

El resto del material de su negocio lo mantenía almacenado en otro pequeño obrador que se hallaba fuera de la ciudad o en el sobrado de su casa. Allí pasaba yo las noches, en el lecho que había acondicionado para mi amada, entre banastos repletos de todo tipo de pellejos sucios, paños y toda clase de mercancías. Guardaba también una gran cantidad de talegas, tabaques, cedazos, bacías, sacos de cáñamo, capazos y esteras que colgaban de diversos ganchos hincados en las paredes y en la viga travesera, justo encima de un par de pies de torno aparentemente inservibles y de un serón grande para la mula.

En el otro obrador tenía una tinaja grande en la que solía disolver un mordiente de alumbre, de tártaro o de urchilla para teñir los paños, y un torno con el que ayudarse a introducir y manejar los tejidos en el interior de la misma. Tanto en aquel lugar como en la propia casa, el trasiego de gente era constante, y el número de obreros y

aprendices desbordaba el de cualquier otro negocio que hubiese conocido con anterioridad.

Sin embargo, no me sentía a gusto con aquel trabajo. A pesar de que ponía todo mi empeño en él, mis manos, acostumbradas a suturar y tratar las heridas, a rozar la piel en busca de tumores y estrumas, no valían para el oficio. Afortunadamente para mí, el hermano de Bachel, Jahiel de nombre, regentaba una carnicería situada junto a la Alcaicería, en un lugar vulgarmente conocido como *el Muladar*, pues allí las inmundicias se amontonaban abarrotando la calle. Bachel, quien, como te he comentado antes, se encargaba junto a su hermano del abasto de carnes a la ciudad, me ofreció la posibilidad de probar a trabajar allí, y yo, tras reconocer que la labor de los paños no era lo mío, le prometí que realizaría cualquier trabajo para su hermano con el fin de compensar el alojamiento.

La primera vez que conocí a Jahiel me impresionó su corpulencia y aquel mandil de cuero suyo, salpicado de costrosas sanguinolencias, cuajarones y pellejos. Troceaba carne sobre la tabla manejando su cuchillo de matarife con gran destreza y colgaba los trozos de una espetera en la pared en la que se secaban cecinas, cabaheas y embutidos de toda clase.

—¿Cuál es tu nombre? —me preguntó desabrido, pasando por alto el tratamiento que debería haberme dado por mi anterior condición de físico.

—Leví Aben Yosef —contesté con timidez—, físico de la villa de Cannete.

Jahiel levantó la mirada por un instante y me observó de arriba abajo. Después agarró una caterva de vísceras y las arrojó a mis pies, salpicando mis ropas y el suelo de la botica.

—¿Qué es eso? —me preguntó de manera grosera apuntando con su índice erecto a la grotesca amalgama de asaduras.

Lo miré con desprecio, sorprendido por el trato que me daba, pero lejos de mostrarme altanero, me agaché y removí las tripas y bofes con las manos, apartando a un tiempo el mosquerío que se había formado en torno a ellos.

—Tripas de cordero —conjeturé—, pero también trozos de hígado, un riñón y varios pellejos de gallina.

—¿Solo ves eso? —me preguntó estrujándose con sus rechonchos dedos las aletas de la nariz mientras me dedicaba una despectiva mirada.

Tercié la cabeza hasta apuntar con mis ojos hacia el montón de desechos, pero sin quitar ojo de encima al orgulloso carnicero. Me agaché de nuevo y busqué con mis dedos, consciente de que aquel hombre me retaba y había algo que había pasado por alto.

—Espera un momento —le dije tras examinar de nuevo uno de los trozos de hígado—. Algunos órganos pertenecen a un animal enfermo. Sí, estoy seguro... Es carne trífá. Este hígado no debería ser ingerido...

No tuve tiempo de terminar el examen. Jahiel saltó desde la tabla donde cortaba las piezas y se abalanzó sobre mí palmeándome la espalda.

—¡No eres un necio después de todo! —me dijo con una sonrisa dibujada en sus facciones—. Estoy seguro de que podrás hacer muy bien este trabajo.

Así fue como entré a trabajar en la carnicería de Jahiel Sarrení. Este regentaba también un pequeño macelo, situado en la parte alta de la ciudad, en el que sacrificaba unos cuantos animales cada mañana. No obstante, la mayoría de la carne que vendía en la tienda se la despiezaba un matarife cristiano llamado Juan Yenuigo, a quien las autoridades acababan de acaloñar, aduciendo que no era apropiado que un nazareno diera muerte a las reses que habían de vender los judíos. Los propios responsables de la aljama habían amenazado a Jahiel con retirarle el derecho sobre la tabla si no contrataba a un *shoet* de raza judía, tal y como está establecido en la Ley, pero el carnicero se hallaba agobiado porque no encontraba ni uno solo en toda la ciudad.

Lo normal en esta situación hubiese sido que contratara a un mozo para despachar la carne en la tabla y que él mismo se encargara de sacrificar a los animales. Pero el hecho es que Jahiel padecía algún tipo de enfermedad en los brazos que le impedía tajar de manera contundente los animales que presentaban un mayor tamaño. Como bien sabes, es necesario que el sacrificio se produzca de manera firme, con un único corte que seccione la tráquea del animal, sin que este sufra lo más mínimo para que la carne no tenga que desecharse. Y aunque Jahiel era un carnicero excelente, había perdido la facultad de ejercer como matarife.

Yo intenté diagnosticar la raíz de su mal, pero la principal causa de su deterioro era su avanzada edad, y ya sabes, mi buen Maymoni, que contra los desmanes que el tiempo ocasiona en nuestra carne percedera poco puede hacerse. Mi aparición en Teruel fue sin embargo providencial para Jahiel y los suyos, pues de no haber encontrado a nadie que ejecutara el trabajo, posiblemente la aljama le habría retirado el privilegio de dedicarse al oficio, abocando a la miseria a él y a los suyos. Sé que Jahiel hubiese preferido contratar a alguien con más conocimientos y experiencia, pero yo, dado mi anterior oficio, sabía cómo tratar la carne. Aprendí a desenvolverme con soltura desollando, despiezando, deshuesando y pesando los animales, y prontamente hube de ganarme un sitio en aquel comercio y el afecto del carnicero, así como el de su hermano Bachel, a cuya hija había arrebatado de las garras de la muerte.

Al principio, por supuesto, trabajé en la tabla de la carnicería despachando a los clientes que venían a comprar cada mañana y aventando el mosquerío que incesantemente se cernía voraz sobre las piezas de carne. Por la tarde acudía a la sinagoga para que el rabino y los sabios me aleccionaran en la técnica del sacrificio, pues Jahiel, como te digo, se veía cada vez más incapacitado y deseaba que fuera yo quien cumpliera con ese cometido.

El oficio me era ameno porque desde pequeño había aprendido el arte de la cirugía, aunque, como imaginarás, no es lo mismo practicar esta para ayudar a los enfermos que para ejercer de matarife. Aun así, no dejé de aprender notables cosas.

Aprendí, por ejemplo, las diferentes formas de cocinar la carne de oveja y las partes de este animal que al ser consumidas previenen mejor ciertas enfermedades, o los secretos de la carne del pollo y la gallina, alimentos saludables tal y como reconoce el sabio Avenzoar, y muy aconsejables para la recuperación del equilibrio humoral. Todo ello me fue extremadamente útil y pude ponerlo en práctica cuando, tiempo después, pude recuperar por fin mi antigua profesión en la que me educó mi padre.

El primer verano tras la muerte de Benvenida fue extremadamente cálido y el morbo negro azotó de nuevo a la urbe turolense, sembrando sus calles de viudas y huérfanos. Muchos huyeron de la ciudad, pero yo permanecí al lado de la familia de Bachel, cumpliendo con mi nuevo oficio, agradecido por la acogida que aquella buena familia me había brindado. Mi corazón estaba despedazado por la trágica pérdida, pero la vida continuaba y el apoyo del pañero y sus parientes me permitió salir adelante.

* * *

Aquel otoño ayudé a la comunidad hebrea de Teruel durante la vendimia. Eran muchos los judíos que poseían bodegas en esta ciudad, y el trabajo de estrujar la uva en la gamella y extraer el mosto era laborioso y tremendamente agotador. No era la primera vez que lo hacía, ya que algunos hermanos poseían sus propios trujales en Cannete; aunque allí la producción era mucho menor y era considerable la importación de uva traída desde Cuenca y Requena, pese a la oposición constante del concejo de aquellas ciudades, que la demandaban para elaborar morapio cristianego. Tampoco en la aljama de Teruel la producción de vino era demasiado abundante, y eran muchos los cántaros que se compraban a Murviedro y Segorbe, que poseían grandes tierras de viñedo para el abastecimiento de su propia aljama y el de otras juderías.

Terminado el duro trabajo para extraer la sangre de la uva, apaciguamos nuestros espíritus con la Pascua de las Cabañuelas, la primera que hube de celebrar sin mi amada, la primera en la que no pude holgar junto a ella recitando poemas amorosos y deleitando nuestros labios con algún refrigerio y el néctar de nuestra cándida ternura, el Eterno la haya acogido en su seno.

Celebramos tras ello el *Yom Kipur*, el Ayuno de la Perdonanza, como es costumbre entre los nuestros, y yo lo hice con el corazón contrito, arrepentido por todas aquellas veces en las que podría haber tratado mejor a mi esposa y no lo hice, por todas aquellas ocasiones en las que no había demostrado a Benvenida lo mucho que la amaba, impotente ante el incontrolable deseo de volver a tenerla a mi lado. Me hallaba con el corazón despedazado y tajado, con el ánimo yugulado y la desazón abotargada en la garganta...

Ese año me encargué yo de sacrificar el gallo en la víspera de aquel día sagrado, con el propósito de expiar los pecados de Bachel, y las gallinas, para enmendar las

faltas de su esposa y su hija. Ayuné, como hizo nuestro padre Moisés al ascender al monte Sinaí, y purifiqué mi alma atormentada reconciliándome con el Todopoderoso, bendito sea, al que recriminaba en la intimidad de la alcoba la pérdida de Benvenida y la ira de su Ángel que había arrasado el orbe. Por el día penitenciábamos nuestros cuerpos sometidos a la oración y la contrición. Yo agitaba mi cabeza apesadumbrado por mis pecados al escuchar el sonido del *shofar*, consciente de que ellos eran la causa de mi desgracia. Y cuando la luz de la tarde quedaba lapidada, atiborrábamos nuestros estómagos de pan cenceño y aceitunas, para degustar después merluza con berenjenas y todo tipo de carnes, traídas desde la botica de Jahiel, envueltas en salsas agraces, que devorábamos todos juntos a la mesa, sobre manteles limpios como demanda la Ley. Yo me sentaba a la vera de ellos, arropado por aquella familia que había sentido como propia mi desgracia, y ellos agradecían mi presencia por haber preservado de la descarnada a su joya más preciosa.

—Que seas escuchado y que tus deseos se te concedan —me saludó Bachel, como es la costumbre, cuando entré en la cocina el día del ayuno tras despertarme por la mañana.

—El Todopoderoso, bendito sea, rehúsa escucharme —le reconocí contrito—, pues no hay sino resquemor en mis palabras. He pecado contra Dios y bueno es que ahora me postre ante Él, que todo lo puede, y purgue todas mis faltas.

En la carnicería de Jahiel no ganaba mucho dinero, eso era cierto; pero gracias a que Bachel no me exigía en un principio alquiler por el espacio que habitaba en su vivienda, agradecido como se encontraba por haberle devuelto la salud a su hija, pude ahorrar algunas monedas. Lo hacía deseoso de arrendar alguna vivienda en la que poder morar mientras decidía qué hacer con mi futuro. En mi mente se iba colando poco a poco la intención de volver a dedicarme la ciencia que había aprendido de mis parientes y de abrir un pequeño consultorio en aquella misma ciudad; mas la sola idea de no haber sido capaz de salvar a mi esposa de la enfermedad que me la había arrebatado oprimía mi espíritu y alejaba de mis pensamientos los pequeños esbozos de planes que se iban trazando en ellos.

Sin embargo, la realidad era que la ciudad de Teruel carecía de físicos y cirujanos que pudieran hacer frente al morbo. Los que había antes de mi llegada o bien habían muerto, o bien habían huido a las villas y masadas de los alrededores, dejando a sus convecinos abandonados a su suerte. Era tanta la desesperación de los turolenses que muchos acababan acudiendo al albéitar que se encargaba de las yeguas del concejo o terminaban por sangrarse ellos mismos, convencidos de que esa era la única forma de purificar los humores de su cuerpo y preservar su carne del morbo.

En más de una ocasión los clientes de la carnicería me pidieron que ejerciera como físico para solventar sus problemas y enfermedades, pero confieso que temía tratar de nuevo con la terrible ponzoña, que ya había envenenado a la mitad de las gentes de aquella ciudad. Después de todo, en los últimos meses, el concejo había impuesto ingentes calañas a varios judíos —algunas de hasta quinientos sueldos

jaqueses— por ejercer sin autorización como maestros de medicina. Eso sin contar con que buena parte de la población pensaba, tal y como había sucedido en Cannete, que los físicos hebreos habían envenenado la ciudad con sus tósigos, generando el pestilente morbo que lo había arruinado todo.

Temeroso de que regresar a mi antigua profesión pudiera suponerme una nueva persecución del concejo, y quizá otra expulsión más del lugar que habitaba, aguanté trabajando en la carnicería durante casi dos años. Solo empecé a plantearme en serio la idea de abrir mi propio dispensario cuando el concejo de Teruel denunció a Jahiel Sarrení por vender carne de buey y carnero a los cristianos. Decían que estos ya tenían sus propias carnicerías y que, si los judíos les vendíamos nuestro género, los negocios nazarenos destinados a este menester correrían el riesgo de cerrar. Además, varios sacerdotes de la ciudad habían insistido ante el concejo, aduciendo que los obispos habían decidido décadas antes, en uno de sus concilios, que un cristiano no debía comer carne preparada por un judío, y los miembros del concejo habían respondido limitando los accesos a la carnicería para que no se incumplieran este y otros preceptos. El motivo era que muchos cristianos venían a comprar a la tabla de Jahiel en fechas de ayuno y abstinencia para los gentiles, por encontrarse vacías de carne las tablas cristianas en esas épocas, y eso enfurecía a los miembros de la Iglesia, quienes se quejaban constantemente del incumplimiento de estas normas. De poco sirvieron las protestas del carnicero, que aseguraba que nadie ponía trabas para que en estas mismas fechas los cristianos compraran sardinas y otras clases de pescado a los moros de la ciudad.

Por si fuera poco, los adelantados y regidores de la aljama acusaron también a Jahiel de haber participado en la matacía del puerco que hacen los paganos nazarenos, degollando a uno de estos animales para una familia cristiana que habitaba en el Rabalejo, y presentaron varias denuncias por la venta de género mortecino y la mezcla de carnes viejas con frescas. Para mayor desgracia, una de las abundantes peleas que tenían lugar en el interior de la carnicería acabó cierto día con la muerte de uno de los hijos menores de Selomó Xucrán. Los responsables de dicho crimen fueron dos hermanos de la familia Axivil, pero por ser pobres se les impuso una multa de escasa importancia, y los Xucrán, indignados por aquel trágico incidente, comenzaron a presionar a las autoridades para que retiraran a Jahiel el derecho sobre la tabla. Como no lo consiguieron por ese camino, terminaron por denunciarle argumentando que vendía la carne de un cordero que un matarife cristiano le había degollado y que no era apta para el consumo.

Pocos meses después de todo aquello, la aljama entregó la carnicería a un judío llegado a la ciudad desde tierras del norte, conocido con el nombre de Gurnuel Navarro. Por suerte, hacía pocas semanas que yo mismo había dejado el oficio, convencido de que la ciudad tenía carestía de físicos y de que poco valía mi vida si no la ocupaba en el oficio al que me había dedicado durante más de una década.

Fue precisamente hacia últimos del mes de adar álef cuando tomé la decisión de

dejar de trabajar en la tabla de Jahiel. Previamente, el propio Bachel me había pedido que sanara a un cristiano de origen jacetano, llamado Berengario Martínez, que habitaba cerca del portal que llaman *de Zaragoza*. Me extrañó al principio que el pañero me solicitara con tanta insistencia que atendiera a un nazareno, y mucho más cuando comprobé que no existía ningún tipo de vínculo entre ambos. Más tarde supe que su hermano Jahiel le había concedido un préstamo el año anterior y que temía que si el cristiano moría a causa de aquella enfermedad, nadie pudiera compensar la cantidad que este todavía le debía. Después de todo, si no recuperaba ese dinero, ante la inminencia de la pérdida de la tabla, el viejo carnicero se iba a ver abocado a la miseria. A regañadientes acepté aquel cometido, ignorante de que la vuelta a mi viejo oficio iba a despertar un anhelo nostálgico por todo lo relacionado con la ciencia que aprendí de mi padre.

Acudí, pues, a la vivienda del pagano. Bachel me había alertado de que Berengario era un hombre grotesco que odiaba de manera desmedida a los hebreos, pese a la nobleza de espíritu que su hermano defendía que tenía. Pero lo cierto es que difícilmente habría imaginado la impureza del hogar en el que moraba: la entrada de su casa apestaba a la bosta de los cochinos, cuyo hedor podía presentirse desde la calle. El zaguán daba a un pequeño corral en el que holicaban un par de estos puercos, animales a los que detesto y que gruñían mientras olfateaban sus propios excrementos. Junto a ellos pululaban varias gallinas separadas de estos por una pequeña cerca; tras ella había también un par de bueyes para la labranza, que coceaban inquietos y agitaban constantemente el rabo para aventar a las moscas. En la pared, bajo un tejadillo de madera, colgaban de una gran escarpia un par de rejas de arado y otros aperos de labranza.

El hombre vestía un jubón de cendal amarillo y descansaba resoplando como un cebón sobre un viejo escaño dispuesto en una alcoba que sacaba luz al pequeño corral. Era grueso de vientre, de frente despoblada y carnes grasas; allí tumbado, se asemejaba a uno de los puercos que había en la entrada de su hogar.

Le encomendé la tarea de realizar ejercicio diario para provocar la sudoración y permitir que su cuerpo expulsara las inmundicias que albergaba; que realizara diariamente flexiones y extensiones de brazos y piernas, y que no dudara en salir a caminar por las afueras de la ciudad, siempre y cuando comiera de manera abundante o especialmente después de la comida de la tarde.

—No olvides —le dije— que, como el sabio Maimónides dice, «la mejor clase de ejercicio es aquel que cansa el cuerpo mientras que endurece el alma», siendo todavía más acertado si sirve para vaciar «lo que se acumula profundamente en el cuerpo».

Le insté igualmente a que no permaneciera demasiado tiempo sentado, pues sabido es que ello causa la aparición de hemorroides en el cuerpo —si bien, como dice Hipócrates, su aparición es provechosa para los melancólicos y los nefríticos, y libran de su mal a los enajenados—. Recomendé también al cristiano que tomara abundantes baños, para que el agua abriera sus poros y, a través de ellos, se

eliminaran las abundantes impurezas que poblaban su cuerpo. Como es habitual entre las gentes paganas, Berengario se negó en rotundo a seguir mis prescripciones, por lo que le receté friccionar su carne flácida con decocciones de hierbas. Aun así protestó airado, pero le amenacé diciendo que o seguía mis consejos, o moriría en pocos días en medio de tormentosos dolores. La predicción era falsa, desde luego, pero tuvo en el paciente un efecto inmediato, de modo que había días en los que se daba friegas con agua cocida y días en los que acudía a los baños públicos para lavar su carne.

En compensación por mis servicios, el cristiano me pagó veintiocho fanegas de trigo, cantidad que yo mismo entregué al pañero en agradecimiento por acogerme en el sobrado de su casa. Desde ese día decidí entregarle una cantidad de dinero a cambio de seguir alojado en su hogar. También expresé mi deseo de recuperar mi viejo oficio y le prometí que, en cuanto reuniera suficiente dinero para abrir mi propio consultorio en la ciudad, marcharía de su vivienda. Y ciertamente pude cumplir mi promesa al poco tiempo.

Fue por estas fechas cuando recibí la carta de tu padre y el ofrecimiento para asentarme en vuestra villa de Darocha, pero el apego por el lugar donde descansaban los restos de mi amada, así como el vínculo cada vez mayor que me unía a la familia del pañero, me retuvieron en la judería de Teruel, dejando pendiente la decisión de mi marcha para otro momento.

Por las mañanas continuaba acudiendo a la carnicería de Jahiel, aunque el trabajo menudeaba cada día que pasaba, y el viejo matarife se encontraba más achacoso y con menos interés por su negocio. En la aljama, como ya te dije un poco más arriba, algunos judíos protestaban y pedían a los adelantados que le retiraran la licencia para que otro más joven se encargara de llevar el negocio. Yo centraba mis esfuerzos en ayudar a algunos pacientes cuando terminaba mi trabajo en el macelo cada jornada, y terminé por dejar definitivamente la carnicería poco antes de que los ancianos entregaran su gestión a Gurnuel Navarro.

Aquel año había sido húmedo y, como los anteriores, no puede decirse que fuera en absoluto bueno para nadie. La peste había remitido antes de que llegara la primavera. A medida que los fríos arreciaban el número de infectados fue disminuyendo de manera sorprendente, pero cuando los calores llegaron de nuevo, la peste volvió a extenderse por toda la ciudad. Fue tan grande el estrago que causó que todos los días se producían tres o cuatro entierros lo menos. Al final del verano la pandemia volvió a remitir, y aunque llegado el otoño las bubas negras volvieron a aparecer, con el frío del invierno pudimos descansar por fin.

La presencia del morbo negro en Teruel y la necesidad imperiosa de atender al elevadísimo número de contagiados habían hecho que poco a poco fuese enfrascándome en el viejo oficio al que siempre me había dedicado, desatendiendo los asuntos de la carnicería. Apenas ganaba por visita unos diez sueldos jaqueses, pero eran muchas las atenciones que debía prestar, pues la pestilencia se había adueñado de la ciudad del mismo modo que la termita devora la madera. Muchas

veces prestaba mis servicios de manera gratuita, pues aprendí de mi padre que es obligación del médico sanar todo mal, se reciba o no compensación por ello. En ocasiones eran los propios pacientes los que se negaban a pagar por no sentir mejoría a pesar de los tratamientos, o incluso después de verse sanados, pues ese es el carácter que prima especialmente entre las gentes cristianas. No obstante, eran también muchos los que recompensaban mi trabajo de manera generosa, pues aunque los transidos abundan en las calles turolenses, también son muchos los que gozan de buenas rentas y propiedades.

Pasada la crisis y transcurridas varias semanas desde la última muerte, el concejo realizó obras de limpieza por todas las calles. Algunas viviendas fueron incluso calcinadas, por ser consideradas focos de la infección, y se pidió a los familiares de los fallecidos que entregaran las ropas de sus difuntos para que fueran quemadas o enterradas bajo cal, por si en ellas quedaba todavía rastro de la materia venenosa que había infectado a sus portadores. También se realizaron numerosas labores de saneamiento en los carneros de la ciudad; algunos se cubrieron con tierra y cal ante la obsesión de que los cadáveres que en ellos yacían, algunos mal enterrados, pudieran contaminar de nuevo el aire y provocar un rebrote del morbo. Las tumbas que no fueron cubiertas fueron apisonadas y terraplenadas, y se hicieron grandes esfuerzos para que todos los cementerios turolenses fueran sahumados casi a diario, para mitigar los pudores y el fetor que señoreaba por todos lados. También los miembros de la aljama realizamos algunas labores en nuestro fosar, y yo mismo aproveché para mejorar la lápida de la tumba de mi esposa, su alma esté en el Edén. Muchos pensaban que todo aquello sería insuficiente y que, pasadas unas semanas o meses, la pestilencia volvería a la ciudad para segar nuevas vidas.

Pero pasó el tiempo y nada más supimos del morbo, ni llegaron noticias de otros lugares del reino que nos hicieran pensar que la enfermedad seguía latente. El Ángel del Señor descansaba y nuestras almas angustiadas encontraban por fin un pequeño respiro.

Gracias a la peste, mi fama había comenzado a crecer en toda la ciudad, y lo hizo todavía más cuando un judío castellano de la aljama, un comerciante llamado Jucé de Palencia, me demandó que visitara al señor de Escrich, uno de los cristianos más relevantes de Teruel. Es este un destacado noble perteneciente al linaje de los Muñoz y propietario de una imponente y vieja casona en la plaza de San Juan. Había caído de su caballo mientras cazaba con sus halcones garceros, a pocas leguas de la urbe, y tenía un hombro contusionado y uno de los dedos de la mano siniestra fracturado.

—Es un gran señor entre los cristianos —me dijo el palentino para convencerme— y no dudo de que recompensará grandemente tus servicios. Si accedes a atenderlo, mi familia y yo te quedaríamos muy agradecidos, y bien sabes que somos uno de los linajes hebreos más acomodados de la ciudad. Contarías con nuestro apoyo si decides abrir un consultorio en nuestras calles.

Por aquellas fechas, cualquier oportunidad de montar mi propio negocio se me

antojaba un bálsamo para mis preocupaciones. Todavía utilizaba la casa de Bachel como dispensario, quien amablemente había habilitado un pequeño cuarto en la planta baja, justo detrás del obrador, para que dispusiera un tablero con borriquetas y pudiera trabajar con comodidad. Allí, en aquel pequeño espacio, era donde normalmente ejercía mi antiguo oficio, a la espera de poder arrendar algún otro local y, aunque mi nombre era ya conocido en toda la ciudad, aún carecía del permiso del concejo para ejercer la medicina.

En cualquier caso, la idea de relacionarme con aquella gente no me era agradable, pues había guerra y rivalidad entre los miembros de esta familia y los del linaje de los Marcilla. Unos y otros se agredían constantemente, y yo nada quería ver en todo aquello: si acudía al palacio del barón y ello se llegaba a saber en la otra parte de la ciudad, quizá la otra familia me cogiera ojeriza y estigmatizara mi nombre y la buena fama que tanto me estaba costando labrar. Y, como puedes intuir, lo último que pretendía en aquellas fechas era precisamente buscarme enemigos.

—Debes hacerlo, Leví —me insistía el comerciante—. El cirujano que sirve en su casa se halla ausente de la ciudad y el barón detesta la idea de ponerse en manos de un médico cristiano.

—Hay otros médicos en la ciudad, alguno de ellos de la aljama de los moros —le decía yo intentando eludir aquel compromiso, consciente de que era mucho lo que arriesgaba.

No obstante, y ante la obstinación del palentino, accedí finalmente —guiado más por la compasión que por el buen juicio— y por primera vez desde mi estancia en Teruel, penetré en aquella vivienda, ubicada en la cabecera de la plaza de San Juan, en el extremo oriental de la ciudad. Allí atendí al barón, traté la contusión de su hombro con una cataplasma y entablillé sus dedos para que el hueso soldara convenientemente. En recompensa recibí una buena cantidad de monedas que ensancharon mi bolsa y mis ahorros.

La casa del señor Juan Sánchez Muñoz, estimado Maymoni, es la más lujosa y notable que he visitado en toda mi vida. Su sola vista desde el espacio abierto de la plaza impresiona notablemente: la puerta es suntuosa, de carpintería labrada con aldabas doradas; los muros, de canto tajado; y el piso superior se eleva por encima de las casas a modo de torre. No hay vivienda mejor construida que esta en toda la ciudad.

Al cruzar la entrada, aquella primera vez, me encontré en un espacioso porche con un par de artesas al fondo, las cuales, en esos momentos, uno de los mozos rellenaba de comida para los animales. Actualmente se han hecho algunas reformas en esta parte de la casa e ignoro si todo permanece como lo vi entonces, pues hace tiempo que no la frecuento. Recuerdo que había varios sacos apiñados junto a las paredes, y solo quedaba liberada la entrada al palacio. Este consistía en una sala amplia y espaciosa, con un hogar al fondo y acceso a la escalera, así como a dos cambras pequeñas en las que, según me indicó uno de los mozos, se alojaban los

huéspedes ocasionales del señor —quienes, como puedes suponer, eran siempre gentes de gran distinción.

En la entrada me recibieron un par de sirvientes de don Juan, quienes me condujeron a través de todas estas dependencias hasta el acceso que subía al piso superior. Sin embargo, en el rellano de las escaleras pude ver a un joven de buena presencia, quien, a pesar de su pelo lacio y poco cuidado, vestía costosos ropajes. Al verme abrió súbitamente la capa con cuerdas en la que se hallaba embozado, dejando al descubierto un suntuoso cinto que sujetaba su saya ablusada y del que pendía una espada de rica empuñadura.

—¿Eres tú uno de ellos? —farfulló, tambaleándose peligrosamente—. ¿Has venido a por mí, maldito bastardo?

Vi cómo se echaba mano al arma que portaba y, por un momento, temí por mi vida. Miré a un lado y a otro, buscando encontrar la expresión de los mozos, pero ambos humillaban la vista hacia el suelo.

—Ignoro a qué os referís, señor —le dije, con una fuerte opresión en el pecho que entumeció todos mis miembros.

El joven desenvainó la brillante hoja de su espada y me apuntó con ella al rostro en un gesto amenazante.

—Has venido a detenerme, ¿verdad? —preguntó trastabillando e hincando una de las rodillas en el suelo. Era obvio que se encontraba completamente borracho y por un instante pensé que iba a cometer una locura.

—¡Gómez! —escuché la voz de una mujer desde la parte alta de la escalera—. ¿Qué haces? Es el médico, que ha venido a atender a tu tío.

El muchacho cambió la expresión y con falta de tino intentó volver a enfundar el acero. Se acercó hasta mí, manteniendo el equilibrio a duras penas, y me exhaló a la cara su aliento a vino rancio.

—Otro apestoso judío en esta casa, ¿no? —me susurró esbozando una sonrisa fingida mientras acercaba su ceño, extremadamente peludo, a mi frente—. A mi tío le gustan mucho los judíos, ¿sabes? Casi podría decirse que es uno de vosotros. Desde luego, se preocupa más por vuestros asuntos que por los de nuestra familia...

—Ya está bien, Gómez —interrumpió la señora, que había descendido hasta el piso en el que nos encontrábamos—. Muestra respeto y no seas insolente.

Supuse que aquella mujer de imponente presencia era la esposa del barón, pues reflejaba en su semblante la preocupación por el estado de su sobrino y el mal de su esposo. El muchacho gruñó como hacen los cerdos de los cristianos y salió por la puerta con gesto airado. La mujer, tras dedicarme una cumplida sonrisa, ordenó que me llevasen junto al señor de Escrich.

Seguí a los sirvientes hasta el piso de arriba sin mediar palabra, sobrecogido todavía por el susto. En la sala principal había una lujosa banca corrida de cuatro pies, labrada en madera y, junto a ella, un arcón adornado de taracea y recubierto con un lujoso bancalejo con el escudo bordado de aquella familia: un buey de majestuosa

cornamenta y una estrella luminosa en lo alto. En el centro, había una rica mesa de dos tablas con sus bancos de cadena y, sobre ella, un tapete de lienzo con el mismo blasón. Al fondo, una puerta de goznes chirriantes abría paso a la cambreta en la que descansaba el señor.

La habitación del barón era espaciosa y estaba amueblada con gran lujo. El suelo estaba todo cubierto por alfombras y alcatifas, y varias candelas y lámparas de aceite ardían dando gran luminosidad a toda la estancia. La cama, de gran tamaño, estaba aislada del resto de la cambra por un dosel de cinco cortinas listadas. El cobertor era lujoso, y el cabezal estaba ricamente bordado con esvásticas y cruces cristianas.

El barón me saludó con reverencia al verme tratando de alzarse del lecho. Vestía la camisa de dormir y por su aspecto parecía no haberse levantado de la cama en todo el día. Era un hombre de mirada franca, tenía el ceño velludo, como su sobrino, y un gesto de hastío parecía dibujarse en su rostro.

—He escuchado gritos en la escalera —reconoció sin mudar un ápice el semblante—. ¿Qué demonios pasaba?

Intenté no incomodarle y sacudí la mano restando importancia al hecho. En cierto modo me asustaba contarle que su sobrino me había insultado y amenazado, pues yo no era quién para acudir a la casa del hombre más poderoso de Teruel y echarle en cara la falta de modales de uno de sus parientes. Por lo demás, mis ojos permanecían absortos con el lujo y la riqueza que se concentraba en aquella habitación. Había tapices cubriendo las paredes y una cortina con el escudo de la familia en el frontal, presidiéndolo todo, no lejos de la portezuela por la que se accedía a las alcobas de las mozas del servicio. Junto a la entrada había también una vieja mesa labrada y varias sillas, así como una tina con agua para lavarse, recubierta por un toldillo de lienzo. Al fondo, sujetos de varios ganchos hincados en el muro, colgaban un par de casquetes, una ballesta de acero, una vieja espada y una coraza oxidada.

—Mi sobrino es un díscolo que no entiende de buenas maneras —me dijo él por fin, intentando justificarse—. Es joven y le gusta demasiado el vino, y creo que no hay en el mundo dos pecados peores que esos.

—No tiene importancia, señor —señalé ruborizado, incómodo ante la idea de que fuera el propio barón el que juzgara de aquella forma lo acontecido—. Simplemente, me confundió con otra persona...

—Gómez tiende a echar mano de su espada con extremada ligereza —continuó sin prestarme la menor atención—. Por lo visto, piensa que todos los problemas se solucionan a cuchilladas.

—Como bien habéis dicho —intenté mediar, mientras comenzaba a envolver en vendas su hombro—, es joven, y los jóvenes piensan que tienen en su mano la posibilidad de cambiar el mundo...

—Puede ser, pero mientras Gómez y otros de mi familia se comporten de esta manera, las cosas jamás cambiarán en Teruel —sentenció don Juan clavando su penetrante mirada en mis ojos—. Se ha derramado ya mucha sangre en esta ciudad, y

me temo que se verterá mucha más en los próximos años. Me preocupan mis sobrinos y mis hijos; si no mantienen la cabeza fría, no harán sino meternos a todos en dificultades. No niego que si algunos de esos bravucones de los Marcilla acaban con una daga en la espalda en cualquier cenagal, será porque se lo tienen bien merecido, pero nosotros no debemos mostrarnos a cara descubierta. Es peligroso.

No di respuesta a aquella reflexión. Las peleas entre los Marcilla y los Muñoz habían estragado toda la ciudad y para nada quería verme envuelto en sus asuntos. Por lo pronto, el simple hecho de entrar en aquella casa ya me había valido la amenaza de ese perturbado joven a quien la fama de mujeriego y bebedor acompañaba a todas partes. Al margen de ello, la visita a aquella morada me impresionó grandemente, y también el buen trato que me concedió él —todo lo contrario que su sobrino, quien pareció cogerme una tediosa ojeriza.

Pese a mi resistencia a relacionarme con los Muñoz y a tomar partido en su conflicto con los Marcilla, el señor de Escrich se mostró desde entonces extremadamente concesivo conmigo y con la familia del pañero que me acogía. Yo sabía de su notable influencia entre los prebostes de la ciudad, y era igualmente consciente de que, si mi intervención era exitosa y sus huesos soldaban adecuadamente, podría beneficiarme notablemente de ello.

Al principio, como te decía, actuaba en casa de Bachel sin licencia, atendiendo a los enfermos de la comunidad y a algunas otras gentes de confianza. Ganaba mucho más dinero que ejerciendo como matarife para Jahiel, pero temía que alguien me denunciara y los oficiales del concejo acabaran por multarme o expulsarme de la ciudad. Antiguamente los concejos no impedían que se pudiese ejercer el oficio de la medicina —o al menos, nunca lo hicieron los de Cannete y Cuenca—, pero desde la llegada del morbo y la acusación hecha sobre muchos físicos judíos, todo se había complicado. Suerte que contaba con la protección de Jucé de Palencia y su familia en la aljama, y con el beneplácito del barón Juan Sánchez Muñoz, pues gracias a ello mi situación cambió meses después cuando, al tratar a cierta paciente, pude conseguir ganarme la atención de los mandatarios de la ciudad.

* * *

Fue una tarde de lluvia, entrada ya la estación otoñal. Hacía más de dos años que había perdido a mi esposa y vivía completamente inmerso en la rutina cotidiana que me imponía mi oficio de físico. La voz de que ejercía en la casa del pañero había corrido ya por toda la ciudad, y yo sabía, mi querido Maymoni, que era cuestión de tiempo que alguien me denunciara.

Esa tarde me encontraba limpiando el pequeño consultorio. Había cubierto el armario de los libros y los papeles con lienzos, por si alguien visitaba inoportunamente mi casa, y tenía ocultas a la vista las ampollas para la orina, los instrumentos que usaba en mi trabajo y todas aquellas cosas que pudiesen

relacionarme con el ejercicio de la medicina, por lo que sobre el tablero sujeto con borriquetas únicamente tenía mi viejo libro de días y varios pliegos de papel repletos de poemas.

De pronto alguien golpeó la aldaba con insistencia. Aunque temí que fueran los oficiales del concejo, por el modo de llamar, me acerqué hasta la entrada del cuarto y abrí la puerta. Se trataba de una mujer madura que estaba preñada; se movía torpemente, dando pasos en círculo en el obrador del pañero, semejando un fardel atestado, y el bueno de Bachel apenas era capaz de contener su nerviosismo. Suponiendo que estaba a punto de parir a la criatura, me acerqué para tomarla del brazo, pero ella me apartó la mano y clavó su intensa mirada sobre mi rostro.

—¿Sois vos el físico Leví de Cuenca? —preguntó apretando los ojos, con cierto gesto de hastío.

Asentí volviendo a bajar la mirada para buscar la redondez de su vientre, que se marcaba notoriamente sobre el pardo pellote que vestía.

—Es mi hija —me dijo con los ojos a punto de derramarse—. Está enferma y creo que puede morir si nadie hace nada por ella.

Penetré en el dispensario sin demora para coger el herramental y todo lo necesario, y seguí a la madre hasta una vieja vivienda del Arrabal. Era el hogar de un labrador judío que había llegado a la ciudad años antes y se había asentado en la vieja barriada que se extendía hacia el norte desde la puerta de Zaragoza. Después subimos rápidamente hasta la alcoba en la que se hallaba lechigada la hija de la mujer.

Era una niña que todavía estaba en edad pueril. Tenía la cara pálida y los pajosos cabellos le caían empastados sobre la frente. Dormía plácidamente en un almadrague de lienzo forrado de mandiles, que se hallaba sobre una cama encajada con sus tablas.

—¿Qué le sucede exactamente? —pregunté sin terminar de apreciar más síntoma que la debilidad que denunciaba su rostro y el exceso de sudor propio seguramente de algún ataque febril.

—No para de sangrar por sus partes —dijo la mujer con la voz quebrada por la angustia.

Dudé un instante, pues como sabes, no es lícito que un físico trate ese tipo de males.

—Si padece algún tipo de exceso cuando está menstruosa, podríamos tratarlo con un preparado de ruibarbo —reflexioné en voz alta antes de acercarme más para ver a la pequeña.

La niña sudaba copiosamente, y sus labios estaban tan cerúleos como la piel. Miré a la madre con un gesto de preocupación.

Tomé el bacín y revolví los flujos con la mano para comprobar el color de los mismos. Verifiqué que la niña era hemorroísa y que las orinas estaban viciadas de sangre, tal y como había expresado la madre. Sin embargo, y a pesar del sudor abundante, la joven no presentaba otros síntomas febriles, ni tenía dolor ni pesadez en la cabeza. Deduje por tanto que aquello nada tenía que ver con el menstuo de la niña,

aunque no por ello dejé de interrogar a la madre.

—¿Pudiera ser entonces que sus flujos fueran más abundantes que en las otras mujeres? —preguntó ella a su vez, convencida por mi planteamiento—. Eso fue lo que me dijo también una sabidora el otro día en la plaza del Mercado.

Deseché la teoría aleteando con la palma de la mano, sin perder el contacto visual con la paciente.

—Si el problema fuera un exceso de flujo menstrual, podríamos solucionar el asunto fácilmente con el ruibarbo, o aplicándole una ventosa en los senos, pero no creo que el mal que sufre tu hija sea ese.

—¿Entonces? —preguntó la mujer con cierto temor dibujado en la mirada, al tiempo que se llevaba su mano al vientre, y comenzaba a acariciarlo una y otra vez en un gesto nervioso e impulsivo que no pude dejar de observar.

—¿Ha perdido el apetito tu hija? —pregunté para cerciorarme, pues es conocido que los problemas derivados de la ausencia o exceso del flujo de las flores suelen suponer la pérdida del mismo.

La mujer negó con la cabeza y señaló a los pies de la cama una pequeña escudilla de loza invadida de moscas en la que apenas quedaban restos de comida.

—Esta mañana guisé una olla con carne, garbanzos y cebollas y, como puede ver, mestre, la pobre no ha dejado nada en su plato.

—¿Cuándo tuvo su primera mácula? —insistí con frialdad mientras limpiaba mis manos con una hazaleja limpia que la mujer me acababa de ofrecer.

La madre me contempló con mirada suplicante.

—Este mismo verano, hace ahora tres meses, más o menos —señaló con aire resignado.

—¿Y cuánto hace que tuvo la última?

La mujer dudó antes de responder.

—Acudió al baño hace cinco días, pero había tenido flujos durante dos días más de lo que estima la Ley, con lo que el último sangrado le vino hace ahora dos semanas. Yo misma soy testigo de que desde una semana antes del baño no había manchado y, de hecho, conservo aún el paño blanco que usó para comprobar que el período de impureza había ya terminado.

Medité antes de atreverme a revelar mis pensamientos.

—La costumbre de la mujer —concluí reflexionando en voz alta— se produce como purgación de los humores corrompidos que florecen en el interior del cuerpo de la hembra, los cuales proceden de la alimentación, pero también del exceso de humedad del cuerpo femenino. Esta humedad no es tan abundante en los hombres, lo que permite que el sangrado sea únicamente cosa de hembras. Es solo cuando el cuerpo ya no puede soportar esa corrupción cuando la expulsa produciendo la salida de flujos de las flores. No tiene sentido pensar que en tu hija exista un exceso de humedad que la lleve a tener el sangrado con mayor frecuencia que en el resto de las hembras, y no veo nada en tu casa que me permita suponer que su alimentación en las

últimas semanas haya sido excesiva. Más bien diría que tu familia pasa necesidad y que su cuerpo adolece de carestía más que de sobreabundancia. Deduzco de ello que la sangre que vicia su orina no es menstrual, sino que tiene una procedencia distinta, y que se trata por tanto de un flujo anómalo cuyo origen desconocemos y que puede deberse a otro tipo de enfermedad.

»No obstante, yo no puedo comprobar si la sangre procede de sus órganos secretos o no, pues para ello tendría que tantear su sexo con mis dedos, contraviniendo los preceptos legales. Avisa a la comadrona de los baños para que la examine convenientemente en el *mikvé*; es ella quien debería determinar la procedencia de la sangre para que yo pueda daros una prescripción adecuada.

Aquella idea no pareció agradar demasiado a la mujer, que parecía turbada. Hacía un extraño calor en la habitación y varias perlas de sudor se habían dibujado en su frente. La mujer evitó mirarme directamente y, con un rubor rampante en sus mejillas, humilló la cabeza y abajó la vista hacia el suelo.

—A veces, la boca de la matriz se abre para expulsar algunas superfluidades gravosas y dañinas, aunque también es posible que se haya producido una putrefacción en su orina, y que por eso tenga un color semejante al de la sangre —divagué, buscando sobre todo ver la reacción de la madre antes de dar por perdida la visita—. En ese caso, podríamos poner remedio a la enfermedad mediante una cocción de alcachofas con vino... Aunque personalmente tampoco creo que esa sea la raíz de su mal.

Viendo que la mujer no parecía en absoluto convencida y que todo aquello comenzaba a perturbarla notablemente, busqué en su cuerpo algún signo que me permitiera acertar en el diagnóstico, y al divisar una extraña palidez en el cuello, levanté ligeramente la camisa. Quería comprobar si la decoloración se extendía por el pecho, pero lo que descubrieron mis ojos no fue sino un atillo untado de estiércol —que, como bien sabes, algunos piensan que es un poderoso amuleto que propicia la ineficacia de la simiente masculina.

Me pareció impropio que una niña tan joven utilizara un talismán semejante, y una ligera sospecha comenzó a abrirse paso en mi mente. La mujer empalidecía por momentos y, aunque reclamé su atención, evitó encontrar sus ojos con los míos. Algo me ocultaba y presentí que si la examinaba allí mismo, hallaría el origen del mal sin mayores dificultades. Desgraciadamente, no podía actuar de aquella forma, así que insistí una vez más para que esa misma tarde lleváramos a la niña a los baños con el fin de que pudiera examinarla una mujer.

—Creo que no será necesario —expresó la madre cada vez más turbada, con la voz trémula y el sudor cayendo ya en cascada por sus sienes—. Tal vez tengáis razón en lo de la putrefacción de la orina.

—¿Estás segura de ello? —pregunté con tono cínico, sorprendido por su reacción ante mi insistencia—. Porque yo estoy convencido de que si alguna de las mujeres que trabajan en los baños la examinara, hallaríamos que ya no queda virtud en ella,

que esta niña ha conocido varón, ya sea porque ha sido forzada, porque ha obrado con ligereza o porque ejerce la mancebía. Como también creo que, sea cual fuere el origen del mal, tú lo conoces y no deseas compartirlo conmigo por vergüenza.

La palidez de la mujer se tornó en un turbador sonrojo y su cara adoptó una expresión de desconcierto. Desde la cama, escuchamos un leve gemido procedente de los labios de la hija, seguido de un par de palabras que no acertamos a comprender.

—Creo que ya es suficiente —dijo la mujer, que apenas era ya capaz de contener las lágrimas, mientras sujetaba su abultada panza con las manos—. Es evidente que mi hija está enferma y vos desconocéis la cura para su mal...

—Si sufre algún tipo de desgarro en su útero, es posible que se desangre y muera —le expresé de manera exagerada—. Si hay apostemas en su interior, estos se podrían infeccionar e igualmente ello podría suponer gran peligro para su vida. Si en algo aprecias a tu hija y conoces qué es lo que le pasa, harías bien en decirlo.

La mujer cayó de rodillas al escuchar aquello, vencida por las circunstancias y abatida ante mis amenazas. Después, con los ojos derramados, comenzó a sollozar y a hipar como una niña.

—Se lo dije —musitó con voz temblorosa mientras acariciaba su tripa hinchada de manera convulsa—. Yo traté de impedirlo, pero no me hizo caso. Nunca me hace caso. Le dije que le harían daño, que había otras formas de conseguir dinero, pero él no me escucha nunca...

Aquello me dejó sobrecogido. Me incliné sobre la mujer y traté de levantarla del suelo. Lloraba desconsolada y su cuerpo era un peso muerto que mis manos apenas eran capaces de sujetar.

—Vamos —intenté consolarla—, si pones de tu parte, podremos hacer por salvar la vida de tu hija.

—¡Es un maldito cerdo! —gritó histérica entre lágrimas, zafándose de mis brazos—. Es un puerco, un maldito puerco cebón, y lo que le ha hecho a su hija es imperdonable. Se lo dije. ¡Le dije que le harían daño!

Acudí hasta la cocina y, tras llenar una jarra con agua de una pequeña barrica de madera, volví junto a la mujer y le di de beber, tratando de calmarla, pero ella seguía llorando. Luego la tumbé en la banca corrida, fuera del cuarto de la niña, y aguardé a que se tranquilizara para que me contara lo que había sucedido.

Quedé horrorizado al comprender que el padre de aquella pobre muchacha, con la maldad propia de Amalek de Sodoma, la obligaba a prostituirse en los carrales del Rabal, cerca de la taberna del concejo, en un lugar al que llamaban *la Putería*, donde ejercen ese nefando oficio otras hembras de nuestra comunidad. Y más aún cuando la propia esposa, aferrándose una vez más a su prominente panza, me dijo que ella misma había sido entregada por su marido a otros hombres para sacar unos buenos dineros. Dijo que si ella o su hija se negaban a hacerlo, él las arrastraba de los pelos hasta sacarlas de la ciudad y llevarlas a las afueras del Rabal, donde las vendía por unos pocos sueldos jaqueses. Su esposo era un hombre vil y mendaz que solía acudir

todas las tardes a esa misma taberna; yo mismo le había atendido hacía pocas semanas cuando, ebrio de vino y tras adúlterar con las propias putas, cayó de bruces al abrevadero de la Fuente Mala, en el que mojan sus cacharros los olleros de la ciudad, quedándose allí medio ahogado.

Una vez que traté convenientemente a la pequeña, denuncié el caso ante los cuatro adelantados de la aljama y, posteriormente, por mediación de ellos, ante el concejo. No obstante, aunque el delito del padre era ciertamente grave por obligar a su hija a dedicarse al amor venal, no conseguí presentar pruebas ni testimonios que avalaran mi denuncia. Únicamente me hube de conformar con que lo acusaran de adúltero los *mucaddemin* de la aljama, y le pusieran una pequeña multa a la niña por realizar la competencia a las mozas de folgar que ejercían en aquellas calles. La punición que le aplicaron a él fue la de correrlo a latigazos por toda la judería de Teruel y dejarlo encadenado durante varios días frente a la entrada que une esta con las barriadas cristianas, en la cuesta que llaman *de San Pedro*; una pena mínima si tenemos en cuenta el Fuero, donde se dice que todo aquel que venda a su hija para que abusen de ella debería ser azotado hasta la muerte. Las habladurías de la gente se propagaron por toda la urbe y llegó a mis oídos que el padre de aquel malnacido, Yahvé lo maldiga, había sido ahorcado tiempo atrás en el olmo de la plaza de Santa María por haber mantenido cópula con dos de sus hijas, a las que malquería y maltrataba, siendo ambas doncellas cuando el abuso y no teniendo la menor más de seis años de vida.

Con el apoyo de los adelantados de la aljama, gracias a la intervención de Jucé de Palencia y con la protección del señor de Escrich, conseguí ganarme el beneplácito de los hombres del concejo después de denunciar este caso ante las autoridades. Los prebostes de la ciudad me permitieron entonces ejercer con libertad mi antigua profesión, pese a la oposición de algunos de los miembros de la cofradía cristiana de físicos, pues la ciudad, tan aquejada de la ponzoña siniestra como había quedado, andaba escasa de médicos y barberos. Tampoco vieron con buenos ojos mi contrato con los regidores de la ciudad los delegados de la Iglesia y, aunque algunos fanáticos decían que un físico judío no podía poner sus manos sobre un cristiano ni buscar la sanación de sus males —cuánto me recordaron sus palabras a las del vicario Martín de Cannete—, no tuvieron en cuenta nada de eso los jurados, conscientes de que no era adecuado privar de su acción a ningún físico, dada la carestía de hombres de ciencia que asediaba Teruel.

Mis pensamientos, mi querido Maymoni, evocan todavía hoy aquel emocionante momento en el que, reunidos los miembros del concejo frente a la iglesia que dicen *Santa María de Mediavilla*, discutían si se me debía dar licencia para ejercer la medicina en la ciudad.

—En este terrible tiempo en que nos aqueja la gran mortandad —destacó por fin el juez de la población, procediendo a concederme la licencia, arrojando una mirada cómplice a don Juan Sánchez Muñoz, señor de Escrich, que seguía la junta con

interés—, el físico Leví Aben Yosef ha hecho buenas sanaciones en esta ciudad, tanto a hombres como a mujeres, y todos aquellos a los que ha curado son sanos y sus vidas no peligran, y aunque no fue examinado por el concejo, ni tenía licencia para ejercer el dicho oficio, es evidente que su buen hacer ha quedado demostrado y que la ciudad de Teruel necesita de sus servicios.

Lo cierto es que no era habitual que un forastero llegado hacía tan poco tiempo consiguiera, en no más de dos años, hacerse con una posición como la que yo adquirí, razón por la que desde el comienzo temí levantar envidias y malquerencias en mis convecinos, tanto de la judería como del lado cristiano de la ciudad. No obstante, el hecho de poder ejercer mi viejo oficio con plena libertad me llenaba de gozo y hacía menos angustiosa mi vida. Por lo demás, resultaba extraño a estas gentes que un físico pudiera ejercer también el arte de la cirugía, pues no abundan por estos lugares quienes conocen y manejan ambas ciencias a un tiempo, y no son vistos de la misma forma los que se dedican a enmendar huesos, extirpar tumores y realizar sangrías que los que diagnostican las enfermedades. Creo que lo mismo sucede en Castilla, aunque en aquel reino sí conozco a varios físicos que practican igualmente la enmienda de huesos y el tratamiento de heridas.

—Esa horrenda mortandad —me comentó un día el juez mientras parlamentábamos acerca de la miseria a la que Teruel se había visto sometida— ha acabado con la vida de familias completas. Casas enteras, incluso calles, mi querido mestre, han quedado deshabitadas. El Fuero dice que cuando eso sucede, y siempre que no las reclame algún pariente cercano que quede con vida, el concejo tiene que entregar las propiedades de los fallecidos a aquellos que llevan vecindados en la ciudad desde hace más de diez años. Pero ni quedan gentes suficientes para poblar las casas, ni vecinos que lleven tanto tiempo viviendo aquí; ni tan siquiera forasteros que se hayan establecido en la ciudad en las últimas semanas.

La guadaña de la parca había segado a aquellas gentes como si fuera un campo de trigo preparado para la cosecha. El horror había ahondado sus calles y el hedor de la muerte había convertido toda la ciudad en una pútrida trestiga.

—Nada será igual a partir de ahora —le dije al cristiano—. El mundo que conocimos se marchitó como decrece la rosa y la desesperanza cae sobre nosotros como un tormentoso chubasco. El mundo que hollan nuestros cansados pies es un lodazal, en el que la vida se ha tornado un lastimoso suplicio.

* * *

Una vez asentado en mi nuevo oficio, pedí un préstamo a un creyente de la aljama llamado Abraham Xavach y empleé los primeros ahorros acumulados para comprar una vieja casa que contenía toda su ostilla en buen estado, la misma en la que ahora vivo junto a mi familia. La vivienda tenía las paredes revestidas de ladrillo y enlucidas con azulete, pero albergaba abundantes desperfectos, dado el estado de

abandono en el que se encontraba.

Tuvimos que arreglar el desagüe de piedra que discurría por el muro lateral y abrir una lucerna en una pequeña alcoba que daba a la calle, en la que apenas había un resquicio de luz. Subimos una carretada de madera buena desde los Cascaxares y arrastramos desde las Cuevas del Siete un par de mulas con los serones repletos de tierra. Después acumulamos una buena cantidad de yeso, teja, ladrillo, clavazón y agua para todo el arreglo de la techumbre. Contraté a un alarife moro para que levantara los muros y la parte del tejado que se había venido abajo con el peso de las nieves de los últimos inviernos, y a un fustero para que comprobara que las vigas y traveseras se hallaban en buen estado.

La casa pertenecía a un tejedor de la aljama que había fallecido durante el primer año del gran morbo, meses antes de que Benvenida y yo llegáramos a Teruel procedentes de Cuenca. Durante dos años la vivienda había permanecido tapiada, y la heredera legal de la misma, una sobrina del tejedor llamada Jamilla, la había puesto a la venta. No quise habitarla, por tanto, sin tomar las precauciones adecuadas, como limpiar el polvo y las telarañas que se extendían del techo al suelo, asperjar con vinagre cada rincón para mitigar el pudor a cerrado y a humedad, o instalar pebeteros en cada cambra para quemar en ellos todo tipo de esencias aromáticas —incienso, enebro, mirra...— que purificaran la atmósfera de la casa, por si quedaba aún algún síntoma de vicio en ella.

Sustituí algunos de los viejos muebles y acondicioné las estancias con alfombras y tapices. En el viejo obrador de la planta baja, y que ahora utilizo de consultorio, coloqué varios anaqueles, un viejo arcón con bisagras de cuero que llené de libros y un pequeño armario de madera labrada. Al fondo del mismo coloqué una cortina decorada con letras moras y la estrella de David. Dispuse bien todo el bajo para poder ejercer allí mi oficio con comodidad, e hice construir un poyo de obra en el centro sobre el que coloqué un rico bancal bordado con esvásticas protectoras.

La cambra en la que establecí mi despacho es la mejor de la casa. Tiene el suelo cubierto por una lechada de yeso pulido, y las paredes, gruesas y rectas, están cubiertas con sargas que mantienen la estancia caliente. Un vano en la pared, cerrado por una gruesa cortina de lienzo vizcaíno, abre paso a la estancia en la que dormía por las noches antes de casarme, menor en tamaño y mucho más fría por contar con un mirador que asoma a los adarves. En ella había un amplio camastro cubierto por una cortina calada de cáñamo, dispuesta sobre un colchón de terliz muy rehundido por el centro. Allí me dedicaba a versificar caída la tarde, durante los pocos ratos de ocio que mi profesión me dejaba. Me abandonaba al dulce placer de la lectura y empuñaba el cálamo para trazar los esbozos que mi corazón palpitante, embargado por la soledad, pero encendido por una renovada pasión, destilaba cada día.

La cocina no es muy espaciosa, pero eso permite que el hogar la caliente con rapidez. Coloqué en ella una banca corrida de cuatro pies, en la que me gusta echarme a dormir un rato tras la comida, y un par de caderas con tableros abatibles en

las que me siento cuando el helor arrecia en la calle. En esas ocasiones, evito permanecer en el despacho y, a no ser que tenga que atender a mis pacientes en el consultorio, me dedico a la lectura al abrigo de los rescoldos del fuego. Pasados los hielos y las semanas más crudas del invierno, regreso a la pequeña cambreta y me caliento con un pequeño brasero.

Se sitúa la casa no lejos de la esquina formada por la calle que baja desde la plaza y un amplio espacio repleto de corrales al que dan el nombre de *Bolamar* —tal vez recuerdes la zona, pues me consta que de niño tu padre te trajo a la ciudad en varias ocasiones—. Allí cerca se hacinaban un buen montón de basuras, y en la casa que se levantaba frente al callizo que daba entrada a la mía se había formado un verdadero criadero de ratas. Por fortuna y para tranquilidad mía, al poco de hacerme con la casa, los del concejo limpiaron la zona y tapiaron aquella escombrera.

Aunque la fachada da a la calle que baja desde la plaza de la Judería, el acceso a la vivienda se hace desde un estrecho y oscuro callizo que parte de dicha rúa. El pasadizo tiene unas tres o cuatro brazadas de distancia, y hay que agachar la cabeza para no golpearla con las travesañas cubiertas de aljez que lo recorren. La calleja del que brota, por su parte, es tan estrecha que los adelantados de la aljama obligaron a los antiguos propietarios a retranquear la fachada, con el propósito de que pudieran pasar por él las bestias de carga de varios arrieros que habitaban en las casas pegadas a la muralla. Junto a la mía, habita un cordelero llamado Todroz, quien vive junto a su esposa e hijos en una vieja casa que se aboca al mismo corral al que tiene salida mi hogar, de modo que es raro no compartir con ellos el día a día, como si habitáramos espacios distintos de una misma vivienda.

La vida transcurría deprisa y, aunque la muerte de Benvenida había dejado un profundo vacío en mis adentros, mi nueva profesión y mi existencia en una nueva morada me había permitido adaptarme a esta ciudad. Me pagaron aquel año un haber de ciento cincuenta sueldos jaqueses por atender las demandas de las gentes del concejo y permitieron que me moviera libremente por la urbe atendiendo a todos aquellos que padecían algún tipo de enfermedad. Además, gracias a una cédula real expedida al efecto, me garantizaron la entrega al año de dos cuerpos de ajusticiados para que pudiera anatomizar con ellos, algo que realizaba obsesivamente, acompañándome siempre del *Liber de medicina ad Al-mansorem*, del ismaelita Rhazes. A cambio debía prestar algunos servicios en los lazaretos de la ciudad, en los que cada vez se agolpaban más infectos leprosos y enfermos de toda clase.

Los adelantados de la aljama me ofrecieron asimismo la posibilidad de arrendar una de las casas que habían quedado vacías delante mismo de la puerta de la sinagoga. Decían que un físico debía tener su consultorio en un lugar público y visible, y no en un callizo oculto entre las retorcidas callejas de la judería. Mas rehusé la oferta en muestra de humildad, pues al fin y al cabo seguía siendo un forastero en aquella tierra y antes prefería ser conocido por mis méritos que por ocupar una posición privilegiada.

—El que sepa de mi ciencia y requiera de ella —les dije inclinando la cabeza después de reiterados ofrecimientos— sabrá encontrar mi hogar.

Ayudábame en mi labor un apotecario de la aljama llamado Yehuda Aben Samuel, de manera que podía dedicar más tiempo a mis libros y tratados, y menos a elaborar electuarios y ungüentos. Se encargaba él de esta tarea, preparando con cuidado las medicinas que yo recetaba a mis pacientes, siempre y cuando su tarea de suministrar cera para los cirios, estadales y blandones de la cercana iglesia de San Pedro no se lo impidiera. En cualquier caso, yo almacenaba abundantes medicamentos en el obrador de la casa y no renunciaba a elaborar mis propias recetas.

Siendo ya mi nombre conocido por tierras aragonesas, comencé a mantener correspondencia con algunos de los más reputados físicos de la región: Bayel Constantin, de la aljama de Tirasona; Jacob Abenforna, cirujano de la judería de Tauste; Yosef de Lorca, reputado sanador de la aljama de Zaragoza; Jucé de Pero, cirujano de la comunidad de Borja; Zuleyma de Quatorze de Calatayud; y con Jucé Abenardut, físico de la aljama oscense, que en tiempos de la gran mortandad había servido en la propia corte atendiendo a la reina Leonor de Aragón y a sus infantes. Con este último me une aún hoy gran amistad, y son varias las veces que he podido reunirme aquí en Teruel con su hijo Mosé, quien conoce también la ciencia médica y posee una mente preclara y una virtud insuperable.

Además, intercambié algunas cartas, aunque no exentas de polémica, con Nissim Aben Reuben Girondi, jurista que, como bien sabes, ha servido como médico en la corte de Barcelona; mas su pensamiento y el mío son tan opuestos que poco concierto puede haber entre nosotros, salvo el sabio consejo que le pedí para solventar algunos problemas a los que debía hacer frente la aljama turolense. Perdí contacto con él después de que algunos de sus discípulos nos acusaran a mí y a otros ancianos de Teruel por ser seguidores de Maimónides, insistiendo en su idea de que a Dios no se llega mediante el conocimiento, sino por el temor y el amor, pensamiento que se me antoja oprobioso y lejano a la razón que con tanto ahínco siempre hemos defendido, y a la que tu padre se mostró siempre afín.

Durante algunos meses mantuve correspondencia también con el reputado Rabbé Menahem, el mismo que ilustró al serenísimo rey don Pedro en el arte de la alquimia, con el erudito Yehuda Ceha, honorable estudioso de la aljama de Zaragoza. Y también con reputados médicos de otros reinos, tratando de encontrar respuesta a la terrible mortandad de la landre infecciosa, intercambiando con ellos los pocos conocimientos que la observación me había permitido adquirir en la materia. Es así como conocí al reputado físico de feliz memoria Selomó Constantin, muy allegado a los reyes de Navarra. Desgraciadamente, y pese a mis esfuerzos por hacer que mi fama llegara al otro lado del mar, no conseguí relacionarme con físicos de las tierras ismaelitas y, lo peor de todo, permanezco aún hoy sin recibir noticias de mi hermano Jacob, Dios lo guarde, quien debería ejercer su ministerio en Fez, si el hado no ha

descargado sobre él la impiedad que en la última década ha vaciado sobre nuestras vidas.

La terrible virulencia con la que el morbo pestilente había azotado toda la región hizo que no fuésemos demasiados los físicos y cirujanos que ejercíamos por estas tierras, lo que a su vez sirvió para aupar nuestra fama hasta límites que jamás habría sospechado. La idea de convertirme en el mejor y más reputado médico del reino de Aragón comenzó a poseerme del mismo modo que el amor por una mujer puede llevar a la locura. Reconozco que estaba celoso de la fama que mi padre obtuvo en el pasado y de los méritos que habían llevado a Jacob a desentenderse de su hermano pequeño y a desaparecer por tierras ismaelitas.

Quería ser el mejor y era consciente, gracias a los consejos de mi padre, Yosef, de que el único camino hacia la sabiduría es el que trazaron antaño los más doctos en la ciencia, rasgando las vitelas con las puntas de sus cálamos. Él siempre decía que el sabio lo es por lo que conoce y por lo que ha leído. «Que en tu despacho se puedan encontrar los mejores libros —solía decirme al instruirme en la ciencia médica— y que la meta de tus días sea que quienes lo conozcan puedan decir: jamás hubo lugar igual para el conocimiento, salvo en los días del rey Salomón en los que nuestros padres compusieron tantos tratados de medicina, cuyo legado fue perdido para siempre. Solo cuando poseas en tu casa más libros que los que yo poseo y conozcas todo su contenido, podrás decir que eres más sabio que tu padre, del que aprendiste tu oficio».

Movido por esa obsesión, contacté con un librero de Monzón y adquirí *El libro de los alimentos*, de Avenzoar, el tratado farmacológico *Al-Mustaini*, de Ynus ibn Isahaq, y el *Kitab al-Kulliyat fil-tibb*, de Averroes, descanse su alma en el Edén. También me hice, poco después, con una copia del *Sefer ahabat nashim*, un libro que ahonda en los secretos de las mujeres y en sus partes púdicas, describiendo cuidados que, aunque nos están velados a los varones, permiten conocer en mayor medida las causas que pueden provocar algunas de las enfermedades que con harta frecuencia padecen las hembras. No es este, mi buen amigo, un libro que deba aconsejarse a todos los físicos, pues algunos no dudarían en tacharlo de escandaloso, pero yo tuve la dicha de conocerlo gracias a mi amada Benvenida, que, sin saber leer, tenía conocimiento de su existencia por una tía suya que conocía las hierbas. Siempre insistió en que me hiciera con una copia del mismo, asegurando que no quería que nadie tuviera acceso a su cuerpo salvo yo mismo, y que para ello era necesario que me adentrara en el conocimiento de sus secretos.

Adquirí también, por cerca de veinticinco sueldos jaqueses, uno de los tratados del eminente Isaac Avenbevinist, físico y poeta que lo fue entre los grandes del reino aragonés. Siempre mostró gran respeto por las teorías del sabio Maimónides, de bendita memoria, por el que tanto respeto sentía tu padre, siendo sus escritos y conclusiones como harina blanca para el entendimiento. Junto a él compré unos cuantos tratados cabalísticos de escaso valor. Me los vendió todos un pergaminero

cristiano que traficaba con toda suerte de códices y que se había proveído abundantemente en los mercados de Perpiñán, Cataluña y en tierras de la Provenza. Como sabes, no es lícito este tipo de negocios —por cuanto la ley de los cristianos prohíbe que uno de los suyos venda tratados a un judío—, pero como sucede con todos esos ruines paganos, unas cuantas monedas pueden más que cualquier precepto, venga este de Dios o de los hombres.

Todos estos volúmenes los guardaba, cuidadosamente envueltos en paños, en un arcón de madera de nogal, junto con otros manuscritos, códices y pergaminos. Añoraba la vieja colección de tratados que celosamente custodiaba en la villa de Cannete y deseaba disponer de la mejor muestra de libros de medicina que pudiese encontrarse en la ciudad. Lo cierto es que, si bien pagué grandes sumas de dinero por muchos de los libros que había adquirido, otros los recibí de manera gratuita por una feliz casualidad de esas en las que el hado no suele prodigarse.

En esta vieja casa, mientras hacía las reformas pertinentes para acondicionarla, encontré diversos y polvorientos tratados abandonados por sus dueños ante el voraginoso avance de la pestilencia. Los hallé en un cajón de madera podrida que habían dejado semioculto en la cámara alta de la casa, y estoy convencido de que nadie había reparado en ellos, pues, de lo contrario, habrían corrido a venderlos por el gran valor que tenían. Entre el número de volúmenes destacaba una copia muy deteriorada por el paso de los años del *Hegyón ha-nefes*, de Abraham bar Hiyya, bendita sea su memoria, con cuya lectura tantas veces he podido encumbrar mi alma hacia el Todopoderoso, exaltado sea. Había también algunos libros religiosos como salterios de David, oracionales, libros de horas, las profecías de Isaac..., todos los cuales, juntos, debían tener un valor de no menos de treinta florines. En otra alacena oculta de la vivienda, encontré también numerosos libros que apenas he tenido tiempo de leer y por los que nunca sentí gran interés, como el *Sefer ha-Yashar*, de Abraham Aben Samuel Abulafia, el cual era, no obstante, un lujoso volumen de cubiertas moradas, y algunos más que ahora no recuerdo.

Todos ellos los guardo con celo, aunque ninguno goza tanto de mi favor como el dietario en el que tomo nota de los gastos diarios que exige mi oficio, y el estimado libro de días, en el que he signado mis pensamientos desde los días en que comencé a ejercer como físico en Cannete y en las aldeas aledañas de aquella tierra fronteriza. Gracias a ellos conseguí convertirme en uno de los mejores en el oficio que siempre cultivó mi familia.

Como te contaba, no tardé en granjearme una buena reputación entre las gentes de la ciudad de Teruel, aunque, en contrapartida, mis trabajos para el concejo también me hicieron ganar la inquina de algunos personajes principales de la urbe; entre ellos, como era obvio, la de don Pedro Garcés de Marcilla, que no veía con buenos ojos mi relación con el señor de Escrich y al que no le agradaba en absoluto mi condición de judío.

* * *

Sea como fuere, el tiempo pasaba, y el recuerdo se presentía como una pálida evocación que se instala en la antesala del olvido. La peste había remitido del todo y pensamos que la ciudad se repondría poco a poco de la incontable cantidad de finados que aquel morbo maldito había producido entre sus calles. Sin embargo, como ya te dije al comienzo de esta carta, la aciaga noche siempre va sucedida por los brillantes haces de luz de la amanecida, lo que nos permite siempre mantener vivo un pequeño halo de esperanza, incluso en los más lóbregos momentos de nuestra existencia.

Después de instalarme en mi nueva morada, y pasados unos cuantos meses desde el cambio de regente en la tabla de la carnicería y la apertura de mi nuevo consultorio, casé con Meriem, la única hija del pañero, y juntos comenzamos una nueva vida en aquel hogar que con tanto celo te he descrito.

El tiempo había pasado deprisa en los últimos años, y el recuerdo de mi primera esposa y de las miserias que habíamos sufrido desde nuestra salida de Cannete era poco más que un tenebroso sueño. Con Meriem a mi lado había encontrado de nuevo la felicidad, había recuperado el trabajo para el que los míos me educaron desde niño, y ya solo me faltaba la dicha de ser padre y de poder enseñar a mis hijos todo cuanto había aprendido de aquel que me concedió la vida.

Ahora, mi buen amigo, me encontraba en Teruel. Nada quedaba de la vida que otrora tuve en mi casa de Cannete junto a Benvenida. Nada de aquello queda hoy, aunque mi vida ahora es la de un médico reputado al que el concejo de la ciudad paga soldada. No fueron fáciles, sin embargo, los años que siguieron a la fecha de mi boda, ni tampoco estos últimos meses en los que la maldita guerra —que ha llegado hasta las puertas de Tirasona— y la plaga de langosta han arruinado nuestras tierras. De hecho, al año siguiente de casar con Meriem, una terrible riada hizo que los pozos negros y las letrinas se desbordasen y las inmundicias inundaran los carrales, convirtiendo toda la ciudad en un gigantesco muladar. Las infecciones se sucedieron entonces y muchos murieron aquejados de males terribles. Temimos que el morbo renaciera con la virulencia de antaño, pero el mal negro parecía definitivamente extinto y no escuchamos noticias de su presencia ni en las aldeas ni en otros pagos del reino.

Ese mismo año fue especialmente violento en las calles de Teruel. Se trataba de una nueva disputa por el poder de la ciudad entre las dos grandes familias enfrentadas de los Marcilla y los Muñoz, de las que ya te he hablado. Ambos clanes deseaban tener el control sobre los órganos de gobierno, y sus partidarios se enfrentaban a espada y tiro de ballesta, sin que el juez de la ciudad, Guillén Pérez de Altarriba, pudiera hacer nada por remediarlo. Don Gómez, el díscolo sobrino de Juan Sánchez Muñoz, provocaba las trifulcas en las barriadas cristianas una y otra vez, y yo temía que los rivales de aquella familia me considerasen significado en torno a ella. No

quería problemas y aquel ambiente violento e inestable me causaba tal desazón que terminé por sumergirme en un estado de ansiedad permanente.

Fue llegada la primavera, antes de la fiesta que los cristianos dedican a san Jorge, cuando los partidarios de ambos linajes tomaron las calles y provocaron sangrientos enfrentamientos por toda la cuesta de San Pedro y por la plaza Mayor. Cierta día, de hecho, se enfrentaron y dieron grandes cuchilladas unos a otros junto a un oscuro callizo que dicen *del portal de la Carnicería Alta*, de suerte que con gran bullicio las violentas carreras llegaron hasta la misma puerta de Zaragoza. Toda la calle que baja hasta la plaza se convirtió en un reguero de sangre. El hijo menor de Bernabé Arrebol murió esa sangrienta jornada de un saetazo que recibió en la tetilla mientras contemplaba las peleas, aupado en el tejado de los establos que hay junto a la placeta de Santa María.

Yo era testigo de todas aquellas violencias, y la protección que me había brindado el señor de Escrich se me antojaba, cada vez más, como una pesada losa que podía caer sobre nuestras cabezas en cualquier momento, aplastándonos a todos con una violencia atroz e incontenible. Aprendí a temer a los Marcilla, y me consta que ya por aquellas fechas los partidarios de aquel clan miraban a los míos con recelo, lo mismo que a otras grandes familias de la aljama, como la propia de los comerciantes palentinos. Eran enemigos acérrimos de los hebreos y siempre andaban incitando a las gentes contra nosotros, acusándonos de todas las calamidades que asolaban la ciudad y organizando pequeñas bandas que, llegadas las fechas de su Pascua, asaltaban la judería y se liaban a pedradas con nuestros hermanos y nuestras propiedades.

—Debes tomar partido por nosotros —solía decirme Jucé de Palencia cuando me encontraba con él en el patio de la sinagoga, a la salida de la oración—. Esos bastardos nos odian a muerte, y solo el señor de Escrich apoya abiertamente a los miembros de la aljama y defiende nuestros intereses ante el concejo de la ciudad.

—Detesto los asuntos de política —le replicaba, siempre intentando mostrarme a la vez reverente con sus juicios—. Me debo a mi oficio, y esas estúpidas contiendas no hacen sino que la sangre corra una y otra vez.

Un año después de aquello, los enfrentamientos continuaban. La ciudad se había ido convirtiendo con el paso de los meses en un verdadero campo de batalla, donde las violencias se sucedían casi todas las semanas. Impusieron su dominio entonces los Marcilla antes de que finalizara la judicatura de Guillén Pérez, y por el mes de *nisán*, entrada ya la primavera, fue juez de la ciudad don Pedro Garcés, que encabezaba este linaje, haciendo que las calles tornaran a ser seguras de nuevo. Su nombramiento, no obstante, trajo desesperanza a la aljama, pues, como te he dicho, era conocido su rechazo hacia nuestra comunidad y, tras tantos meses continuados de violencias, temimos que tomara represalias contra nosotros. Afortunadamente, las arcas del concejo estaban vacías y el Marcilla necesitó de nuestro consenso para volver a llenarlas con nuestros impuestos.

Tomaban las gentes de la judería partido por los hombres del Sánchez Muñoz, tal y como puedes suponer, porque decían que los de su familia habían sido siempre generosos con ellos, y aunque no agradaba entre los nuestros la violencia que los dichos enfrentamientos desataban, sí que había visto abrirse en varias ocasiones los portillos de la judería —especialmente el dispuesto en la calle que baja a la carrera de Arriba— con el propósito de ocultar a los ballesteros del barón y librarlos de los lances de los Marcilla. A veces los enfrentamientos se producían incluso dentro de la barriada; entonces, la plaza y las calles de la judería quedaban atestadas de piedras y tejas, restos de todo aquello que se lanzaba con gran violencia.

Algunas familias de la aljama sentían gran temor de que los cristianos, utilizando este o cualquier otro pretexto, asaltaran una vez más la judería y desataran sus tropelías contra nosotros. Ese miedo se acrecentó cuando llegó la noticia de que en la ciudad de Sevilla, en tierras de Castilla, se había producido una gran matanza de judíos. Ignorábamos el motivo, porque las gentes cristianas del barrio de San Pedro decían que la causa había sido que unos hebreos habían profanado la oblata que los nazarenos dicen santa y veneran en sus altares. Algunos notables de la aljama, quienes mantenían relaciones con los adelantados de Sevilla, decían, por su parte, que los cristianos acusaban a nuestros hermanos de ser los responsables del morbo que había generado tan gran mortandad en toda la tierra.

Fue un año de muchos desafueros e injusticias. Del otro lado de la frontera, de mi querida tierra de Cannete y de la ciudad de Cuenca, llegaban noticias de que las gentes se habían levantado contra el rey castellano, y que se habían obrado muchas destrucciones en ciudades, villas y campos. Por la Pascua de los cristianos, un grupo de alborotadores entró en la judería, como era la costumbre, al grito de «¡Bautismo o muerte!», y apedrearon a una mujer a la que le abrieron la frente de un guijarrazo. Tiraron también piedras a las casas y a las tiendas, y dañaron la puerta de mi consultorio. Desde entonces, los hombres del baile de la ciudad custodian la judería cuando llega el tiempo de la semana cristianega, que ellos llaman *santa*.

Pasados los días de altercados y reinante de nuevo la paz en toda la ciudad, mi principal preocupación era que la dirección del concejo estuviese ahora en manos de Pedro Garcés de Marcilla, quien mostraba su aversión hacia mí abiertamente y hurgaba en la llaga asegurando de modo constante que los físicos judíos éramos los que habíamos contaminado a las gentes en los días del morbo siniestro. Como puedes suponer, mi querido Maymoni, desde el primer día que accedió a su cargo cuestionó que un físico hebreo recibiera soldada del concejo y, de no ser porque eran varios los notables que me defendían y juzgaban mis diagnósticos acertados, a buen seguro que me habría retirado el privilegio que ostentaba desde hacía pocos años y habría cerrado la puerta de mi consultorio a cal y canto.

Pero las preocupaciones, Maymoni, no son nada cuando uno puede gozar de la dicha en su propio hogar y vivir intensamente la felicidad que proporciona la gracia de haber formado una familia. Un atisbo de luz siempre se cuela hasta en la más

oscura profundidad y mi amor por la hija de Bachel no encontraba doblez, pese a las constantes dificultades. A comienzos del año de la creación del mundo de 5115^[31], justo a los dos años de casar con Meriem, el Señor todopoderoso, exaltado sea, quiso alumbrar mi hogar permitiendo que mi semilla se alojara en su vientre y quedara en cinta del primero de mis hijos. Todavía recuerdo el gozo y la dicha que me provocaba ver su barriga abultada y el color de sus mejillas. Rezaba cada velada por que el Señor me concediera el privilegio de tener un varón, y Ezter, la madre de mi mujer, llenaba la casa de amuletos propiciatorios que, según decía, habrían de evitar que cualquier mal se apoderara de la criatura y la preñez llegara a buen término.

El hado compensaba al fin la desazón que durante diez años hube de sufrir por la aridez de mi querida Benvenida, su reposo esté en el Edén. «Todo varón ha de engendrar en una mujer —recordaba decir a los ancianos de la judería de Cannete una y otra vez, como en los aciagos días en los que me incitaron a repudiar a mi esposa—, pues aquel que no concibe vida comete el mismo agravio que quien derrama la sangre y la destruye». Incluso recuerdo cómo el viejo Tobías, padre de Benvenida, me había alentado a que tomara una segunda esposa si pasados diez años de la boda su hija no había logrado concebir. «Es una vieja costumbre que practicaban los antiguos —decía—, y aunque ya escasean los judíos que están casados con dos mujeres, se recomienda hacerlo para que el matrimonio no quede estéril».

Ahora, en cambio, nada de aquello parecía necesario. Meriem era joven y fértil. Rebosaba vida y yo estaba convencido de que en su vientre iban a formarse los nuevos vástagos de mi linaje, los herederos del gran Yosef Ha-Leví de Cuenca, recordada sea su memoria.

Pasé los primeros meses de embarazo inmerso en una notable preocupación, pues Meriem, lejos de mostrar la dicha que yo sentía por la llegada al mundo del primero de mis hijos, se revelaba ensimismada y embargada por una tristeza que empalidecía su rostro. Yo era consciente de que, pasados los primeros lances amorosos tras el sello de nuestra unión conyugal, ella parecía reacia a recibir mis caricias y atenciones. Pese a ello, sabía que, a su manera, me profesaba un amor incondicional y una devoción propia de la hija que adora a su padre. Mas era consciente de que no podía suplantar a un compañero de su edad, ni mi carne, ya debilitada por el paso del tiempo, podía despertar en ella el agrado y los goces que proporcionan la juventud. Aceptaba aquella situación amándola más incluso que el primer día, pero el ver que la llegada de nuestro primer hijo no fomentaba en ella ningún entusiasmo me provocaba cierto sinsabor. Ignoraba el motivo que la había llevado a padecer aquel morbo nostálgico y observaba con preocupación cómo su semblante se deterioraba día a día.

A las dos semanas de encontrarse mi semilla alojada en su vientre, su cuerpo se había debilitado tanto que apenas tenía fuerzas para sostenerse en pie. En mi mente, al verla de esa guisa, repicaban sonoramente las palabras del galeno Hipócrates: «Las mujeres extremadamente débiles, cuando quedan embarazadas, abortan antes de robustecerse». Así que rezaba todos los días para que la criatura no se descompusiera

en su seno y la salud de ella no se viera mermada. Al poco, para alegría mía y dicha de mi hogar, Meriem comenzó a ganar peso y, en pocas semanas, no solo mi hijo crecía en su seno, sino que su cuerpo mostraba ya los síntomas de fortalecimiento propios de toda mujer que se halla en estado de preñez. Ayudó a ello, sin duda, el preparado que cada mañana le suministraba a base de hojas de ojaranzo hervidas en leche de vaca, para intentar que la criatura cuajara convenientemente en sus entrañas. Desde entonces pude dedicar mis oraciones a que el Todopoderoso, bendito sea, me concediera la dicha de que ella alumbrara un varón, un justo heredero para el linaje de Yosef Ha-Leví.

Como su vientre era turgente, consentí en las recomendaciones del sabio griego. Le preparé purgantes, a partir del cuarto mes, para ayudar a evacuar aquellos humores nocivos, aunque, por haber llegado a este estado poco antes del verano, las purgas difícilmente surtían efecto y mi esposa padecía horriblemente. No obstante, durante la canícula fue más fácil provocarle los vómitos, de manera que Meriem presentó un aspecto muy saludable en los últimos meses de embarazo.

El día de su alumbramiento, la matrona y las vecinas entraron en la habitación y me echaron de allí como se arroja a los perros al corral. Ayudé acercando un bacín hasta la estancia, y varios lienzos y estopas que me habían pedido. Pero cuando el momento estuvo cerca, me hicieron salir nuevamente de la alcoba y corrieron las cortinas de la puerta. Nada podían ver mis ojos, pero mis oídos sí escuchaban los gritos angustiosos de Meriem, por lo que mi corazón latía velozmente mientras una opresión insoportable atenazaba mi garganta y apenas podía contener el aliento.

Yo me hallaba preocupado, atormentado por la idea de que algo pudiera salir mal, acostumbrado como estaba a atender a parturientas desangradas al alumbrar, consciente de que si Meriem moría aquel día, mi alma se pudriría negra como se marchitan las flores con el helor. Mas sabía que la comadrona era de las mejores de Teruel. Aquella mujer de manos finas y dedos largos aseguraba haber aprendido el oficio en Valencia con doña Ceti, y decía que, en todo el reino, nadie mejor que su mentora sabía cómo proceder en el parto, alejándose de toda superstición y agüero, que tanto gustan a las parteras o madrinas de esta tierra. Y cierto debía ser cuanto afirmaba, pues el primero de mi linaje salió de las entrañas de Meriem rebosante de vida.

No pasó mucho tiempo desde que las mujeres me echaron de la alcoba hasta que los vagidos del pequeño rompieron la tranquilidad de la mañana. Cuando entré en la cambra, una de las dueñas servía a mi esposa un tazón bien colmado de caldo que acababa de calentar en un pequeño brasero dispuesto a los pies de la cama. El niño estaba ya bañado y lo habían fajado para que su delicadeza no mostrara doblez ante un mal encorvamiento. La sabidora, con las mangas todavía anudadas a los hombros y los brazos repletos de costrones sanguinolentos, preparaba un bacín de latón con agua para lavar sus manos. Clavó sus ojos menudos en mí y, asintiendo con la cabeza, me indicó que el parto había ido bien. Ella misma se había encargado de abrir todos

los orificios del pequeño y todo parecía normal. Orosol, que es la mujer que hace el servicio de criada en nuestra casa, siguiendo los preceptos de la matrona, se hallaba preparando jugo de romero para frotar con él los senos de Meriem y facilitar de este modo la subida de la leche. Un trasiego de mujeres inundaba la alcoba, y yo permanecía absorto bajo el dintel de la puerta, incapaz de retirar las yemas de los dedos de la *mezuzá*, dando gracias al Todopoderoso, bendito sea su nombre, por la gracia que acababa de concedernos. Mientras, mi esposa descansaba con el rostro bañado por el sudor y la cabeza hundida en un blando almadrague de estopa adornado con esvásticas protectoras.

Al poco, una de las vecinas corrió para dar la noticia a los padres de Meriem, e instantes después Bachel y Ezter se presentaron en casa portando antorchas para dar la bendición al neonato. Orosol había pasado toda la tarde en la cocina, desde el instante en el que Meriem había presentado los primeros síntomas del parto. Había elaborado deliciosas torrijas para repartir a los niños, y suculentas viandas y exquisitos buñuelos para atender adecuadamente a las vecinas y a la *kabila* que habían participado en el alumbramiento, así como a aquellos que, desde todos los rincones de la judería, acudían con generosas albricias para felicitarnos por nuestra dicha.

Durante la semana siguiente al alumbramiento permanecimos inmersos en un trasiego constante de celebraciones, y no había día en el que no agradeciéramos al Altísimo, exaltado sea, los dones recibidos. La víspera de la circuncisión celebramos las estrenas introduciendo al niño en una palangana de agua en la que habíamos metido aljófares y granos de trigo, frotando con mirra las palmas de sus manos, los pies y las axilas, para atraerlo al lado de la fortuna y evitar que el recelo de quienes nos despreciaban y la vileza de los aojadores pudiesen perturbarlo. Al hacerlo, no pude evitar evocar en mi mente la imagen de las axilas infeccionadas por bubones de los apestados, las orejas infectadas de parótidas y los estrumas inflamados. Y, al contemplar la inocencia y debilidad de mi hijo recién nacido, sin apenas poder contener las lágrimas por el terror que mis ojos habían contemplado, no pude sino exclamar delante de toda la parentela de mi esposa: «Líbralo, Señor, de la mortal pestilencia y de la infecta herrumbre que destiñe la segadera de la parca siniestra». Al día siguiente, cuando el *mohel* alzó su enjuto cuerpo en la sinagoga, le impuse el nombre de Yosef, en honor a aquel que me concedió la vida.

No tardamos demasiado tiempo en destetar al pequeño, ya que los pechos de Meriem se habían agrietado desde el parto y recubierto de apostemas. Yo le preparaba tisanas de semillas de hinojo para aumentar su leche, que parecía subirle con dificultad, y trataba sus senos diariamente con un emplasto de incienso, tierra *cimolia* y aceite de rosa, pero aun así el dolor era intenso durante las tomas, y ella estaba convencida de que después de aquello el pecho se le quedaría viejo y caído.

A veces, lo que hacíamos era extraer la leche de los senos de mi esposa y verterla sobre un mameró para dárselo directamente al pequeño, pero al final optamos por contratar a una nodriza que le estuvo dando el pecho hasta que cumplió los tres años, a cambio de veinte sueldos jaqueses al mes. Era una mujer entrada en edad, pero acababa de enviudar y tenía los senos túrgidos y bien colmados. Después, durante algunas semanas, finalizado ya el período de lactancia, le servíamos la leche de la nodriza en una taza, pues no terminaba de acostumbrarse a la comida. Le costaba masticar convenientemente y rechazaba todo lo que era sólido, lo que hizo que nos preocupáramos por su vida, pues ya sabes que si un niño deja de comer a esta edad es difícil que alcance la pubescencia. Meriem intentó vanamente que la nodriza volviera a darle el pecho, insistiendo en que un niño enfermo puede mamar hasta los cinco años, pero ni mi hijo estaba enfermo, ni podía volvérselo a dar el pecho pasados tres días desde su destete, pues lo sanciona la Ley Sagrada. Así que comenzamos a darle leche de cabra, que es, junto con la materna, de las leches más suaves que existen.

El joven Yosef crecía rápidamente y colmaba nuestras vidas. De pequeño era un bebé precioso y mis ojos se extasiaban contemplando cómo sus manos se aferraban al mameró mientras su boca diminuta hacía brotar de él la leche. Meriem pasaba todo el tiempo limpiando los culeros del pequeño, al tiempo que yo meldaba y estudiaba mis tratados médicos, absorto en mi dispensario, u holgaba en el pequeño patio de mi casa, estudiando la *Torá* o componiendo y recitando bellos poemas. Me sentía dichoso, porque había cumplido con el cometido de ser padre que es propio de todo hombre de ley y el gozo colmataba todos mis anhelos. Pero reconozco que echaba de menos —y aún lo hago— a Benvenida y las largas tardes que pasábamos juntos en nuestra casa de Cannete.

Al año siguiente del nacimiento del pequeño Yosef, mi esposa parió a una niña preciosa a la que pusimos el nombre de Judit. La dicha por su alumbramiento no fue tan sentida como en el caso del primero de nuestros hijos. En cierta manera, confieso que fue decepcionante para mí no tener un segundo varón, pues así lo deseaba con toda mi alma. Pero la profundidad de los ojos grandes y oscuros como olivas negras de la pequeña me cautivó desde el primer momento en el que la contemplé, apaciblemente recostada entre los mullidos brazos de su madre. Celebramos las estrenas con alegría y preparamos un gran banquete al que acudieron parientes, amigos y las familias más acomodadas de la aljama, así como algunos de los miembros del concejo y muchos de los cristianos a los que había prestado servicio.

—Dios te haga prosperar como a Sarah, Rebecca, Raquel y Lea —le dije a la pequeña después de que el propio rabí la hubiera bendecido, alzándola ante todos nuestros convidados para que la vieran, orgulloso de ella pese a su sexo, pues eran muchos los años en los que había padecido las sequías del infortunado cuerpo de mi primera esposa—. Bendígate el Señor conservándote; su semblante se ilumine

agraciándote; el semblante del Señor se dirija hacia ti concediéndote la paz.

Sin embargo, Judit no parecía crecer con demasiadas fuerzas y no tardó en presentar algunos síntomas que me hicieron temer que pudiera padecer alferecía, o algún otro mal semejante. Afortunadamente, poco a poco fue sobreponiéndose a esa debilidad de los primeros meses de vida y todo quedó en mero susto.

No sucedió así con el tercero de mis hijos, un varón que murió aquejado de garrotillo al poco de nacer, hace ahora apenas medio año, sin que nada pudiéramos hacer por salvarlo. Su muerte sembró el desconsuelo en mi casa, culminando un año terrible en el que la carestía de alimentos en la ciudad hizo que el pan llegara a alcanzar el precio de treinta sueldos la fanega. Por suerte, mi querido amigo, yo me hallo entre los afortunados que reciben ahora sueldo del concejo, y la muerte del pequeño ha quedado ensombrecida por la dicha con la que los pequeños Yosef y Judit llenan nuestra casa con sus lloriqueos, carcajadas, gritos y juegos.

Meriem era —me refiero a las fechas en las que alumbró a nuestros hijos— una mujer coqueta y preocupada por la belleza de su cuerpo, obsesión que todavía hoy conserva, no como otras mujeres que se dejan corromper por la suciedad, rehúyen la exigencia del baño y no toman jamás la molestia de arreglar sus cabellos o perfumar su carne. Mi esposa, por el contrario, busca siempre suavizar su piel y espolvorearla con esencias olorosas, la hidrata constantemente con aceite de almendras y la perfuma con aceite de jazmín. Gusta de afeitarse el vello del cuerpo, para lo cual destila en un alambique el líquido procedente de una garza descabezada, y con una lanilla frota con brío sus piernas y brazos, así como todas aquellas partes de su carne donde quiere que el pelo no crezca. A veces yo mismo le aplico sobre la piel un emplasto de grasa de la vesícula biliar de un macho cabrío, remedio eficacísimo para evitar el crecimiento de vello no deseado. Siempre ha hecho por que su piel adquiriera una blancura lechosa, semejante a la que irradia la ebúrnea luna cuando está llena, contrastando con ello el color de sus mejillas y cuello, así como el bermejo tono que adquieren sus cabellos a la luz de los candiles de sebo.

Esa obsesión por mantenerse bella exasperaba en ocasiones mis ánimos; me costaba entender que dedicara más tiempo a los cuidados de su cuerpo que a la atención de los pequeños. A veces discutía con ella —aún lo hago con mucha frecuencia—, y al hacerlo no podía evitar sino recordar a Benvenida, la dulce esposa siempre complaciente, intrigada por las cuestiones de la religión y las cosas verdaderamente importantes de la vida. Ella no pecaba de vanidad como mi actual esposa, mas reconozco que, a pesar de la dureza de su carácter desabrido y poco dado a la ternura y al afecto, Meriem es para mí como la brillante claridad que desborda en el campo con los primeros y resplandecientes haces que el astro emana tras la sonochada. Ella es un atisbo de luz en mi vida. La madre de mis hijos. A su lado me siento el varón más feliz de la aljama, y en nuestro hogar he reencontrado la paz y la felicidad que un día perdí. Me hallo gozoso y siento que, después de tanta desesperanza, ya nada podrá quebrar de nuevo la felicidad que me embarga.

Me siento pleno de alegría, estimado Maymoni, y no puedo sino desearte a ti y a los tuyos la misma dicha que se apropia hoy de todos mis sentidos. Esa es la razón de que me congratule del estado de preñez de tu joven esposa. Dios todopoderoso, bendito sea, la cuide y proteja y haga que el primero de tus hijos crezca sano y vigoroso. Sé que Él, que todo lo puede, lo dotará con el carácter de tu padre, de bendita memoria, y permitirá que alcance la elevación de su ciencia y su notable sabiduría. Como él, crecerá sano y fuerte, pues ha de llevar su propia sangre y un pedazo de su alma; rebotará en generosidad y conocerá los secretos de la ciencia y el conocimiento. Ojalá Dios quiera que vuestra dicha sea tan grande como la nuestra.

Que la esperanza, mi joven amigo, dé bríos siempre a tu espíritu y que ninguna desgracia logre embotar tu ánimo jamás, pues la vida es como un bajel a la deriva que viene y va. Te envío mis mejores recuerdos para ti y para tu joven amada. Que el Todopoderoso, bendito sea, colmate todos vuestros deseos y que el niño que extenderá el linaje de Isaac Benveniste crezca vigoroso en el vientre de Sol, tu querida esposa.

Que la ciencia sea lámpara para tu entendimiento, mi querido amigo, y que del Nombre de Dios se añadan dignidad a tu dignidad y honor a tu honor. Paz para vosotros y para todo lo vuestro según mi deseo.

Palabra del firmante. Día de *Alhad*, a diez días del mes de *kislev*, del año 5120 de la creación del Mundo^[32]. Leví Aben Yosef, su reposo esté en el Edén.

LIBRO II

Capítulo VII

EXTRACTO DEL LIBRO DE DÍAS DEL FÍSICO JUDÍO LEVÍ ABEN YOSEF

Campamento de la milicia concejil turolense. Inmediaciones de Tirasona. Año 5120 de la creación del mundo. Quinto día de la semana, décimo día del mes de Tevet ^[33]

Hoy por fin he conseguido unos pocos pedazos de pergamino de trapo, tal y como venía demandando desde hace días. He hecho con ellos varios pliegos y los he cosido como me enseñó mi padre. Mi intención es poder recoger por escrito lo que acontece en el día a día de este infecto campamento en el que se consumen mis huesos, o algún que otro verso que aborda mi cabeza en los breves intervalos de tiempo en los que encuentra descanso mi cuerpo desfallecido. Cuando regrese a casa introduciré los pliegos en mi amado libro de días, que desgraciadamente no porto ahora conmigo, o bien transcribiré aquello que considere oportuno de lo que mis dedos puedan consignar en estas semanas interminables.

Me hallo en un campamento militar, a muchas leguas de Teruel, cerca del frente surgido por la tediosa e inacabable guerra que mantiene ocupados a los reyes de Aragón y Castilla. La almofalla se levanta no lejos de un pequeño riachuelo, justo en el lugar donde un sinuoso regajo derrama en él sus aguas. Poco más puedo decir, porque ignoro el lugar exacto, pero sé que estamos a más de quince leguas de Darocha y que, tras salir de Teruel, anduvimos varias jornadas en dirección norte antes de establecernos aquí. De eso hace ya al menos tres semanas y, aunque se nos dijo que no permaneceríamos aquí demasiado tiempo, parece que pasaremos en este maldito sitio todo lo que resta de invierno.

Detesto la guerra. Tanto que esta situación me angustia enormemente, y el hallarme en este lugar ha hecho que mi cara se demacre y que los huesos marquen mi piel, de todo el peso que he perdido. El frío es crudísimo en esta tierra y cada día amanecemos cubiertos de una blanca y helada capa de escarcha. Las mantas y las ropas de abrigo padecen tanto el rigor de este clima insufrible que, cuando nos tapamos con ellas, se encuentran rígidas y frías como témpanos de hielo. La mayoría de nosotros tenemos las orejas y las narices amoratadas y cubiertas de sabañones, los labios resquebrajados y las manos completamente ateridas, y únicamente encontramos alivio abocándonos sobre los numerosos fuegos que arden por todo el campamento. A veces pienso que somos despojos más que personas. Con todo, me considero afortunado por conservar la vida. Si vuelvo a ver las paredes de mi casa, en Teruel, y tengo la dicha de abrazar nuevamente a mi esposa y a mis dos hijos, podré dar gracias al Señor, bendito sea, con creces.

Esta situación de calamidad desborda mis pensamientos y hace que evoque a los

míos y a los que habitan aquellos lugares que forman parte de mi vida. Hace pocos años un arriero de tierras de Cuenca trajo a Teruel la noticia de que las autoridades del concejo, con motivo de esta maldita y nefasta contienda, habían asaltado la judería de la ciudad que me vio nacer y habían dado fuego a muchas casas. Ignoro si la morada de nuestros padres, cerrada a cal y canto desde el día en que nos vimos obligados a abandonar nuestra querida ciudad, pudo haber sido dañada en aquel ataque. Tampoco es buena la situación que se vive en Cannete, pues los hombres de Teruel y Castiel dirigen constantes cabalgadas al otro lado de la frontera y son continuas las tomas de caballerías y ganado —o al menos de eso alardean estos malditos demonios que adoran la cruz y que nos sumen a todos en la peor de las desgracias.

Vivimos para la guerra, para esta maldita contienda que apaga nuestra existencia y nos aherroja convirtiéndonos en simple morralla dispuesta para la batalla. Desde hace días unos versos de Samuel Aben Nagrella repican incesantes en mi cabeza: «Era un día de oscuridad y tiniebla, el sol, lo mismo que mi corazón, ennegreció; el griterío de las tropas era como el del Saddy, como el fragor de las olas del mar al rugir la tempestad».

Pese a todo, hoy siento la dicha de poder aliviar la rigidez de mis pensamientos sobre un pedazo de papel.

***Quinto día de la semana,
décimo día del mes de tevet^[34].
Poco antes del anochecer***

Estoy del todo agotado. Apenas he comido un par de bocados de comuña rancia en todo el día y comienzo a sentir como si me punzaran las tripas con un puñal oxidado. No tengo ni un instante de respiro, y ni siquiera puedo descargar mis pensamientos rascando con el cálamo estos pedazos de papel. Me hallaba haciéndolo, convencido de que al menos podría descansar a la hora de la comida, cuando me han alertado con grandes voces. La disentería hace estragos en este sucio y aborrecible campamento y en los últimos días han muerto ya diez hombres. Cada mañana, nuestros ojos miran al horizonte buscando los estandartes castellanos, pero mientras aguardamos la llegada de ese fatídico momento, los nuestros perecen como ratas, retorciéndose entre terribles dolores y con el cuerpo cubierto por sus propios excrementos.

Estamos condenados. La muerte nos aguarda a todos y si no nos desmayan las lanzas del enemigo, lo hará esta repugnante enfermedad. Sea como fuere, la parca siniestra cierne ya su guadaña sobre nuestro gollete y los días se suceden entre el helor inaguantable que cubre cada mañana los campos con una recia capa de hielo, que apenas desaparece de las umbrías cuando el astro se alza tímidamente sobre este cielo grisáceo y entenebrecido.

En lo que llevamos de día he atendido al menos a una decena de hombres cuyas vidas corren serio peligro. Los que no padecen ese angustioso mal —que se extiende por nuestra carne con la misma virulencia que aquella ponzoña negra que hace años arrasó el orbe entero— sufren consumidos por los males contagiados por la legión de ramerías que desde Teruel siguió a la milicia y que se nutrió con nuevas fulanas llegadas de las aldeas y las tierras circundantes a esta decadente almofalla.

Intento calcular el tiempo que llevamos en este muladar infecto, y si no fuera porque estos pliegos de papel me han permitido retomar la tarea de escribir mi diario —lo que me ha obligado a averiguar la fecha en la que nos encontramos para anotarla—, sería totalmente incapaz de hacerlo. Dejé de escribir en mi libro de días tres o cuatro jornadas antes de nuestra partida. Antes incluso de que supiéramos que debíamos marchar de la ciudad y acercarnos hasta la tierra donde la guerra se impone como forma de vida, y la muerte y la tragedia están al orden del día. Con los preparativos no tuve tiempo de abrir el viejo libro de días que me regalara mi padre y, con las prisas del último momento, olvidé cargarlo en la acémila, que ya tuvo bastante con soportar el rigor del peso de mi herramental y los pocos libros que estimé imprescindible portar conmigo.

Recuerdo con pesadumbre la cara angustiada de Meriem al verme sacar al animal del corral y volver la mirada acongojado, con el hastío dibujado en mi semblante y la desazón cabalgando en mi pecho. Aferrados a sus piernas, lloriqueaban lastimosos mis hijos como dos corderos indefensos, suplicándome que no marchara a la guerra, pues eran conscientes, pese a su tierna edad, del terror que nos puede aguardar a todos.

—Cuida de madre —le dije a Yosef con voz temblorosa y las lágrimas a punto de desbordar mis ojos—. Ahora tú eres el varón de la casa. Y deja de llorar, que los hombres no lo hacen jamás.

Después me acerqué hasta Meriem y besé su mejilla. Leí la preocupación en su mirada, pero ella, como en tantas ocasiones, se mostró extremadamente fría conmigo.

—Te echaré de menos —le dije, sintiéndome incapaz de separarme de su lado.

Sin mudar el rostro tendió su delicada mano y aferró mi brazo. No dijo nada, pero aquel gesto fue lo único que pudo consolar mi alma en aquel trance.

—Dicen que si los castellanos no atacan, en pocos días estaremos de vuelta. Y pocos creen que lo vayan a hacer, porque el peor tramo del invierno se nos echa encima —aseguré, pero ella no contestó a mis palabras.

Abatido, tomé el ronzal de la mula y comencé a avanzar hacia la puerta de Darocha, en cuyas afueras comenzaba a concentrarse la milicia. Eché la vista atrás para encontrar por última vez su mirada antes de la partida, pero comprobé que ya se había metido en la casa. Sentí una punzada de dolor en el pecho y, cabizbajo, continué mi camino.

Fue a primeros de hesván, llegada la estación otoñal a su plenitud, cuando los del concejo recibieron una misiva del rey. La situación en el frente era precaria y la

necesidad de hombres elevada. El monarca había ordenado al maestre que la Orden de Calatrava tenía en Aragón que entrara con sus tropas en el campo de Teruel, y apremiaba a los del concejo a que reclutaran hombres para engrosar las filas de la milicia. Se pedían un total de seiscientos peones, los cuales debían ser movilizados en la ciudad y en las numerosas aldeas que dependen de la misma. Se decía en la carta que al menos trescientos tenían que ser ballesteros, y otros doscientos debían estar pertrechados con lanza y coraza. Se pedía igualmente la recluta de cincuenta ballesteros para que fuesen enviados, junto con sus armas, tres mil cuadrillos y otras provisiones, al castillo de Celha. Al resto, el concejo debía dirigirlos hasta el lugar que se indicase.

Al día siguiente del envío de aquella carta, fueron alzados el pendón del concejo y la señal de san Jorge en la puerta de Zaragoza, y el juez Bernat Ortiz empezó a movilizar a las gentes de la ciudad: todos los hombres en edad de combatir debían presentarse frente a la puerta de Santa María para ser inscritos en la milicia. Como era habitual, los judíos nos acogimos a la dispensa para participar en la guerra, fruto de los privilegios que los monarcas de esta tierra concedieron a la aljama en otras épocas; pero los miembros del concejo nos obligaron a pagar por ello una fuerte suma de dinero que habría de utilizarse para conseguir los yelmos, corazas, gorgueras, lanzas, paveses, ballestas con cintos y viratones para dotar a la tropa.

La idea de que numerosas gentes debieran partir hacia el frente nos atribulaba notablemente a todos. Lejos de comportarnos como los nazarenos —quienes no hubiesen dudado en lanzarnos a todos los judíos al fuego a la mínima ocasión—, nosotros nos preocupábamos por nuestros conciudadanos. Éramos conscientes de que la marcha podría suponer que, como en épocas pasadas —como cuando la Guerra de la Unión—, la ciudad quedaría plagada de viudas y huérfanos. Si la milicia entraba en combate, habría menos brazos para recoger la cosecha y menos obreros en los talleres. Todo se encarecería como en tiempos de la peste, y la miseria rondaría una vez más a la puerta de nuestras casas. Preocupados por todo ello, los *mucaddemin* de la aljama, los más preclaros entre nuestras gentes, nos reunieron a todos en la sinagoga para rogarnos que colaborásemos con las autoridades del concejo en todo lo que se nos fuese demandado.

—No puedo creer que debamos ayudar a esos malditos perros —expresó Jucé de Palencia al final de la reunión, totalmente indignado. Alrededor suyo, un grupo de personas asentían convencidas.

—¡Leví! —me llamó uno de ellos, un huraño comerciante llamado Famen Abenyanil, que tiene botica en la plaza de la Judería—. Acércate, vamos...

Intenté salir del patio zafándome de ellos, pero Jucé me retuvo sujetándome con fuerza del tabardo.

—Es una vergüenza, Leví —expresó con la cólera dibujada en su mirada—. ¿Que ayudemos al concejo? ¿Nosotros? No podemos apoyar la causa de este oprobioso monarca contra nuestro dueño legítimo, que no es sino el rey don Pedro de Castilla.

Me detuve un instante y contemplé a todos los allí reunidos. Estaban con ellos Jaimil Abán, un orondo y empecinado zapatero a quien la mitad de los habitantes de la aljama debían dinero, y un par de hermanos procedentes de Molina que se habían asentado en fecha reciente junto con sus familias en la ciudad.

—Nada quiero tener que ver con todo esto —les dije, repitiendo lo que ya les había comentado en numerosas ocasiones—. No me interesa nada la política. Me debo a mi trabajo, al concejo y a la vida de nuestros hermanos.

—Vamos, Jucé, déjalo estar —escuché la voz de Famen a mi espalda mientras aceleraba el paso para salir de allí cuanto antes—. Él no es uno de los nuestros y no lo será jamás. Parece mentira que no sea capaz de reaccionar ante los desmanes que los de Aragón están ocasionando en la tierra fronteriza de donde proviene.

Ciertamente, nada me preocupaban aquellas cuestiones. Solo sabía que si marchábamos a la guerra, habría muertos y cientos de heridos. Muchos de ellos, hombres a los que había tratado en mi consultorio, a los que conocía del tiempo en el que trabajé en la tabla de Jahiel, o con los que simplemente me cruzaba cada mañana al pasear por las calles de la ciudad. Si el concejo necesitaba ayuda, estaba dispuesto a prestarla. Si era dinero lo que se requería para equipar mejor a nuestros hombres, estaba presto a entregar hasta el último sueldo que me quedara; y si lo que se necesitaban eran caballerías para cargar los fardajes, alimentos y armas, estaba igualmente dispuesto a prestar las que había en mi casa. Se me antojaba vil que aquellos hombres, solo por el hecho de haber nacido en otras tierras distintas a aquellas, se negasen a prestar auxilio a sus conciudadanos.

A media mañana del décimo quinto día del mes de hesván, recibí el llamado del juez para que acudiera ante su presencia. La partida de la hueste del concejo hacia Tirasona era inminente y los adelantados de la aljama ya habían entregado las cantidades de dinero demandadas por las autoridades de la ciudad.

—Eres un físico reputado y los miembros del concejo te tienen en alta estima —me dijo tras hacerme sentar en un escaño de madera labrada que presidía el salón de su casa—. Son pocos los sanadores de la ciudad que tienen tu habilidad y quienes han recibido tus tratamientos aseguran que eres mejor cirujano incluso que médico, lo que se antoja hartamente admirable.

Asentí con la cabeza complacido por los elogios, mas mis piernas comenzaron a temblar ante el temor de que sus adulaciones ocultaran el interés por encomendarme alguna misión que no fuera de mi agrado. Conocía bien a aquel hombre inicuo, así como las murmuraciones que decían que prestaba buenos servicios a don Pedro Garcés de Marcilla y a su pariente Francisco Martínez, quien había sido juez el año anterior.

—Hace años que trabajas para este concejo, mestre Leví —continuó con la mirada perdida en el aljéz con el que se hallaba enlucido el suelo de la estancia—, y aunque la soldada que recibes por tus servicios no es elevada, no es menos cierto que gracias a la voluntad de los miembros del mismo se te deja ejercer tu ciencia entre

nuestras murallas, pese a que nuestros obispos y algunos nobles señores de la ciudad insisten en que un físico judío no debe poner sus manos sobre el cuerpo de un cristiano.

—¿Adónde pretendéis llegar, señor? —pregunté, a sabiendas de que la sugerencia que vendría a continuación lo haría precedida por la amenaza sutil de que podría perder la paga que el concejo me daba, o incluso la licencia para ejercer en mi consultorio.

—Simplemente, quería incidir en el hecho de que vuestros servicios al concejo y a esta ciudad no son suficientemente recompensados —aseguró con tono cínico—. ¿Qué te parecería si el concejo aprobara duplicar la cantidad que anualmente se te paga?

Dudé antes de dar una respuesta. Tanto los Marcilla como todos sus partidarios odiaban a los judíos y detestaban el hecho de que alguien como yo cobrara sueldo del ayuntamiento.

—El concejo de Teruel me ha pagado la misma soldada desde que comencé a trabajar para la ciudad, hace ahora casi nueve años —expresé prudentemente—, y reconozco que mi trabajo no ha sido siempre el mismo, pues las hambrunas han incidido en la población unos años más que otros. Sin embargo, este ha sido un año bueno y la población no ha experimentado otras dolencias salvo las que son comunes. ¿Por qué habría de ser ahora cuando el concejo se plantea duplicar mis honorarios?

El juez Bernat me miró atentamente. Tenía unos ojos pequeños pero extremadamente intimidatorios, y su perfil afilado delataba la astucia que se ocultaba tras aquel rostro cuidadosamente rasurado y de mentón estilizado.

—Vuestra sabiduría, mestre Leví, es sin duda encomiable —expresó esbozando una sonrisa que nuevamente delató el cinismo que se ocultaba tras sus palabras—. No dudo de que debéis ser uno de los hombres más preclaros de toda la ciudad, y es por ello por lo que juzgo que sabréis tomar la decisión apropiada con respecto a la petición que el concejo de Teruel está a punto de formularos a través de mi persona.

Estreché la mirada y ladeé la cabeza, convencido de que aquel astroso cristiano que ostentaba el poder de la ciudad acababa de tejer una densa telaraña a mi alrededor. El ambiente de aquella habitación se me volvió cargante en exceso, y sentí el calor arreciando en mi frente y humedeciendo mis axilas. Tragué saliva e, imaginando lo que me aguardaba, pregunté con un hilo de voz apenas perceptible:

—¿Cuál es esa petición?

El enjuto pagano dio una vuelta a la estancia con la mano sosteniendo su barbilla antes de darme respuesta.

—Si habéis estado atento a los pregones, sabréis que buena parte de los hombres de esta ciudad han sido convocados por el rey para marchar al frente. En pocos días organizaremos la partida.

—E imagino que la hueste precisará de algún reputado cirujano para atender a los heridos que los enfrentamientos con los castellanos puedan provocar.

Bernat Ortiz esbozó una sonrisa. Vestía un lujoso pellote abierto a los costados que dejaba entrever la rica saya encordada con la que cubría su pecho. Tenía los dedos pulgares metidos entre el cinto y no paraba de mirarme con la testa alzada y los ojos entrecerrados.

—Como acabo de decir, sois un hombre sabio, sin duda —señaló terciando la cabeza. Después carraspeó ligeramente cubriendo su boca con el puño y, sin mediar más palabra, abandonó la estancia.

Así fue. No tuve más remedio que alistarme en la milicia del concejo y marchar a algún lugar del frente en las proximidades de Tirasona. Solo el pensarlo me provocaba un miedo atroz, y únicamente encontraba consuelo en el libro del *Devarim*: «Cuando salgas a la guerra con tus enemigos, y veas caballos, carros y un pueblo más numeroso que tú, no les tengas miedo; porque está contigo Yahvé tu Dios, el que te sacó del país de Egipto».

Debería haber quedado exento de ese servicio, porque la aljama de Teruel había pagado una importante cantidad al concejo, procedente de nuestros impuestos, para eximir a los suyos de aquella obligación, pero sabía que si me negaba a cumplir con aquel cometido, el juez me retiraría la licencia y cerraría mi consultorio. Intenté explicárselo así a Meriem, pero ella no hizo demasiado por entender nuestra situación. Desde hace meses se muestra extremadamente agraz conmigo y un oscuro e impenetrable velo parece haberse alzado entre nuestros corazones.

—Si marchas, el consultorio permanecerá cerrado y no obtendremos ningún dinero durante tu ausencia —me dijo, más preocupada por nuestro negocio que por mi propia vida.

—Pero si lo hago, el concejo me ha prometido duplicar la soldada que recibo anualmente. Solo me ausentaré unas pocas semanas, y a final de año podremos recobrar el dinero perdido.

Todo era inútil. Meriem no comprendía lo que estaba en juego. Como supongo que tampoco entendió que dos días después marchara con la mayoría de los útiles, emplastos y electuarios que acumulaba en el consultorio. En ese momento, hubiera deseado que me abrazara con el amor que una esposa debe demostrar siempre hacia su marido. Me hubiese gustado recibir de su boca palabras de cariño y afecto. Sentir el soplo de sus carnosos labios en mi oído y apreciar la ternura de su cuerpo estrechándose contra el mío.

Pero, como en tantas ocasiones, su frialdad me dejó atribulado y mi corazón padeció doblemente, atravesado por la partida y su desapego, al tiempo que mi cuerpo cruzaba el umbral de nuestra casa. Ahora solo espero que no me guarde rencor y que ese abrazo que aquel día no pude sentir me quede reservado para cuando mis ojos vuelvan a contemplar los suyos.

Día de la Preparación,

décimo tercer día del mes de tevet^[35]

Odio esta maldita contienda. El Todopoderoso, bendito sea, nos libre de sus

fatídicas consecuencias. Él, que «hace cesar las guerras hasta el extremo de la tierra; quiebra el arco, parte en dos la lanza y prende fuego a los escudos».

Mi padre me enseñó que la guerra solo sirve para destruir, para sembrar el terror y dejar las ciudades y las villas repletas de viudas y huérfanos. «Allí donde la guerra llega —decía—, la muerte se apodera de todo». Primero son los heridos en la batalla, las terribles llagas, los cortes, los huesos fracturados, los miembros amputados... Después son las infecciones, las fiebres... Allí donde un ejército marcha, la disentería y el mal de las putas están presentes, y en poco tiempo llegan la escasez, las hambrunas y las penurias. Luego vienen las violaciones, las agresiones, y todo tipo de violencias contra aquellos que no pueden defenderse...

Mi padre y mi tío me adiestraron en el arte de la sanación. Me enseñaron a diagnosticar las enfermedades, a reconstruir los huesos fracturados, a ensalmar, a sangrar y purificar los humores del cuerpo... Me enseñaron a devolver la salud a los enfermos y a recuperar para la vida a los que están moribundos. Nada se me antoja más contrario a todo esto que la maldita guerra, y esta, que dura ya varios años, es sin duda la peor de todas las que se han conocido en el orbe.

La primera vez que tuvimos conocimiento de la contienda fue a las pocas semanas de nacer el joven Yosef, hace ahora algo más de tres años. Al principio no le dimos importancia, porque la noticia de una nueva guerra ya no sorprende a nadie, y menos al que viene de tierras fronterizas, donde las violencias son permanentes, se hallen los reyes de nuestros reinos en disputa o reconciliados. Más tarde, los castellanos se acercaron al campo de Calatayud y comenzaron a hacer grandes estragos en la parte occidental del reino. Se organizaron entonces muchas compañías en la ciudad y se enviaron al frente. Durante unos meses, una lúgubre congoja se apoderó de todos, pues pensamos que la guerra se acercaría a nuestra tierra y nos dañaría gravemente.

El rey envió por entonces a Teruel al comendador Juan Jiménez de Urrea. Este llegó a la ciudad con una compañía de unos cien hombres de a caballo, que se alojaron en las casas que eran propiedad del concejo y de las iglesias de la ciudad, aunque otros veinte lo hicieron en algunas viviendas de la judería, para agravio nuestro. Se abrieron para entonces todas las casas que habían sido tapiadas durante la gran mortandad, y aunque nadie se atrevió a hablar del terrible mal, muchos pensamos que aquello haría reaparecer el pestífero morbo, cosa que afortunadamente no sucedió. Estos desagradables vecinos permanecieron en la ciudad hasta el mes de hesván, tras lo cual marcharon con el comendador para defender Darocha de los enemigos.

Las noticias que llegaban desde el frente no eran nada alentadoras. Primero fueron enviadas las compañías de la ciudad hasta Calatayud. Luego se ordenó a los caballeros que marcharan al frente de Darocha y, finalmente, se le pidió al concejo que mandara a cuantos hombres pudiera para guarnecer el castillo de Celha. Decenas de hombres partían diariamente, los más mal equipados y peor armados, aunque

todos con retazos de tela bermeja formando cruces en su ropa, pues ese, decían, era el blasón de san Jorge, un santo al que los cristianos rezan e idolatran y al que se había encomendado el mismísimo monarca, haciendo que su pendón encabezara a la hueste que salió de Teruel al encuentro de los castellanos.

En la ciudad quedaron tan solo mujeres solitarias, cuyos maridos habían marchado a la guerra, y el caos se apoderó de las calles cuando, a comienzos del año siguiente, llegaron numerosas divisiones de soldados que venían desde Valencia para guarnecer Teruel y su tierra.

Los adelantados de la aljama negociaron con los del concejo para que nuestros hermanos no tuvieran que ceder sus casas a la soldadesca, lo que supuso el pago de otra considerable cantidad de dinero por parte de la comunidad judía, que permitió que los recién llegados ocuparan únicamente hogares cristianos. De ese modo, en muchas casas en las que no se hallaba el marido, las mujeres debían convivir con los soldados, y se cometieron muchos adulterios y violaciones, y muchos desmanes, que sumieron a toda la ciudad en una gran angustia. Por suerte, no tardaron aquellas gentes en marchar a Calatayud, junto con otras muchas huestes que fueron llegando de otros puntos del reino. Un mes después, sin embargo, el rey hizo llegar a la urbe un contingente de casi mil hombres para suplir la marcha al frente del resto de las tropas, ante la amenaza de que los castellanos se arrojaran sobre el campo de Teruel.

Por el mes de sивán del año siguiente, avanzada la primavera, las treguas decretadas entre los reyes de ambos reinos nos devolvieron la tranquilidad. Pero, cuando creímos que acabarían las violencias y depredaciones, el rey don Pedro mandó a más gente a la tierra de frontera para reparar los castillos y guarnecer las plazas. Era por aquel entonces capitán de la ciudad de Teruel y sus aldeas Ramón Pérez de Pisa —caballero que había recibido el mando tras la marcha del comendador Juan Jiménez de Urrea—, y es mucho el daño que este hizo a los turolenses, pues, por orden del rey y pese a la oposición del concejo, hizo echar abajo numerosas masadas y caseríos de los montes que no se hubieran podido defender ante un ataque de los castellanos. En la frontera las cosas no estaban tranquilas y, además de los constantes hurtos y prendas que casi cada semana se pregonaban en la ciudad, llegó noticia de que un bandido llamado Juan de Moya, con hombres de Cannete y de la propia villa moyana, había entrado en el término de Teruel y robado un ganado de mil doscientas ovejas, varios asnos y otros animales a un desdichado de Jérica llamado Pascasio de Visedo. A todas estas desdichas, se sumó una terrible plaga de langosta que arrasó los campos y que dejó a las gentes sin nada que llevarse a la boca.

Fue a los cinco años de casar con Meriem cuando los aragoneses entraron en Castilla y atacaron la tierra de Molina, apoderándose del castillo de Vilel. Por esas mismas fechas, el rey don Pedro de los castellanos penetró también en la tierra de Calatayud y tomó por la fuerza varios castillos de los aragoneses, quienes, pese a ello, pudieron retener a duras penas la plaza de Monteagudo. Se encargaba de la defensa de aquel castillo el conde don Enrique, hermano del rey castellano, que había jurado

lealtad a la Corona de Aragón y de quien se decía que era acérrimo enemigo de los judíos. Pero renunció a guardar la plaza por más tiempo y, dejándosela a su hermano para que la tomara, se vino al frente de Teruel con numerosas tropas y el ánimo de salvaguardar nuestras tierras del ataque de los ofensores.

Mientras, el concejo de nuestra ciudad encargó a Bachel y a otros comerciantes de la urbe que compraran un buen cargamento de víveres para enviarlo al frente, donde, decían, los nuestros pasaban todo tipo de penalidades. Se compraron trigo y avena, así como abundante cantidad de alimentos y vituallas y, cargándose a lomos de caballerías, se condujo todo hasta los depósitos de aprovisionamiento de la milicia. Asimismo, se compraron numerosas cabezas de ganado y se contrató a un dulero para que las llevara hasta el mismo frente. Me pidieron a mí y a otros influyentes miembros de la aljama que prestáramos nuestras acémilas a cambio de dos sueldos diarios por el acarreo de la carga. Temíamos al hacerlo perder nuestras caballerías, aunque dos meses después el dulero se presentó con ellas en la ciudad y pudimos recuperarlas sin problemas.

Fue durante el mes de adar álef, hace ahora casi un año, cuando el sayón de la ciudad anunció que los castellanos planeaban atacar entrando en nuestra tierra. Se decía que guardaban dos mil hombres de a caballo en la plaza de Molina y que debíamos proteger los ganados si no queríamos que los rapiñaran esos diantres en los montes. De ese modo, fue reunida toda la cabaña de Teruel y sus aldeas y llevada al campo de Monteagudo, siendo muchos los pastores y duleros que se desplazaron hasta allí con sus familias.

Tal y como decía más arriba, la ciudad se llenó en pocas semanas de caballeros y peones que se acercaban hasta el frente, que regresaban de él o que formaban en los ejércitos de don Pedro de Xérica o del maestro de Calatrava. La amenaza de un posible ataque iba en aumento, y pronto el concejo comunicó las órdenes regias que había recibido de guarnecer todos los castillos, murallas y torres de todo el campo de Teruel.

En la propia ciudad se corría un gran peligro, pues las murallas estaban muy deterioradas, así que comenzaron a realizarse muchas obras en los adarves y torres que custodian las puertas de entrada. Se empezaron a reparar las almenas y se dio orden de derribar algunas casas en la zona de las Carnicerías Altas, así como en la propia judería, por hallarse pegadas a los muros, apeaar sus viguerías sobre los mismos e incluso sacar ventanas a las afueras de la ciudad. En algunos tramos, incluso, los muros se habían derrumbado por culpa de las trestigas y letrinas que echaban las malas aguas a los pies de ellos, y los adarves requerían ser adobados en muchas partes. A los judíos que tenían sus casas a la sombra de las murallas les acusaron de cavar hondo sus bodegas y les obligaron a apuntalarlas, para que los muros quedaran bien cimentados y no se vinieran abajo, como había sucedido en muchos lugares.

No obstante, las cosas se calmaron hacia el mes de *elul*, llegado el verano a su fin, cuando una columna de hombres aragoneses penetró en el campo castellano e infligió

una severa derrota a las huestes del rey Pedro Alfónsez. Celebramos aquella noticia en las calles de Teruel dando gracias al Todopoderoso, bendito sea, por la calma que parecía concedernos tras la angustiada ansiedad de los últimos días.

Pero unas pocas semanas después, a primeros del mes de hesván, pasada ya la Fiesta de *Sucot*, que nosotros llamamos *Pascua de las Cabañuelas*, llegaron cartas del rey mostrando gran alarma por todo lo que los escuchas y espías habían sabido, tal y como conté un poco más arriba. Fue entonces cuando se demandó al concejo que reclutara hombres para la milicia entre las gentes de la tierra de Teruel y cuando el juez de la ciudad me amenazó con retirarme la licencia del concejo para ejercer mi profesión si yo mismo no acudía al frente.

Quedamos condenados entonces a padecer la suerte de esta oprobiosa contienda. Nuestros destinos están sellados y nada temo más ahora que la inclemencia del hado implacable, que no parece sino querer humillarnos constantemente. Ahora ya nada podrá librarnos del mal de la tediosa guerra y el derramamiento de sangre. Pidamos, pues, a Dios que nos socorra, «mientras esperamos confiadamente que nos salve. Y Él escuchará nuestra súplica, si le place hacerlo».

***Tercer día de la semana,
décimo quinto día del mes de tevet***^[36]

El hedor de esta tienda es insoportable, y hace al menos dos semanas que no consigo darme un baño. Por supuesto, los cristianos que conviven conmigo en este reducido espacio llevan mucho más tiempo sin hacerlo; dudo que tan siquiera hayan lavado su cara desde que salimos de Teruel.

Odio vivir en estas condiciones. He untado toda la lona de la entrada con grasa de cabra para espantar a los escorpiones y las arañas, pues detesto a esos animalejos del diablo que abundan en estos lugares y andan por ahí dañando a la mesnada con sus picaduras y colándose por todas partes.

Estoy hastiado y no aguanto más en estas insufribles condiciones. Pedí al concejo que dispusiera una tienda para mí solo, aunque fuera de reducido tamaño, o que al menos me dejara compartirla con alguno de los pocos judíos que han acudido a la llamada del rey. Pensé que aceptarían, que por ser cristianos considerarían que permanecer en el mismo espacio que un «perro judío», como ellos nos llaman, contagiaría de impureza a mis compañeros. Pero para mi desgracia, no fue de ese modo.

—Eres miembro del concejo, Leví —me dijo el juez de la ciudad zanjando el asunto—, y tu sitio está entre oficiales. Aquí no importa nuestro credo, sino el servicio que hemos de prestar a nuestro rey y al pendón de la ciudad.

Por eso no tengo más remedio que compartir tienda con tres sucios paganos: Diego Martínez, un notario del concejo con cara de niño que se obceca por mantener

su mentón rasurado y que rara vez se encuentra en la tienda cuando cae la noche, pues acude a ayuntarse con las rameras, al otro lado del regajo que circunvala el real; Gil Torres, que es uno de los potentados de la ciudad de Teruel y que pasa todo el día protestando y escupiéndome sus babas, encolerizado por cada uno de los movimientos que hacen o dejan de hacer los capitanes de frontera; y mosén Álvaro Ruiz, un capitán desatentado y huraño, bisojo y tripón, que gruñe constantemente como un lebel y que se pasa las noches roncando y ventoseando al tiempo que esparce su hediondo olor por toda la tienda. Preferiría yacer con alguna de las compañías de moros ballesteros que marchan con el concejo, o incluso me metería en un pozo de inmundicias, antes que tener que compartir espacio con ellos; pero desgraciadamente, no soy yo el que elige.

—¡Ese cabrón del rey castellano se cree que puede entrar en nuestras tierras, quemar nuestras casas y llevarse nuestros ganados como si nada! —ha dicho esta mañana protestando y maldiciendo el capitán, tal y como hace cada jornada.

—Tal vez si el rey don Pedro no hubiera ordenado entrar en las tierras de los castellanos, ahora habría tregua entre nuestros reinos —he dicho resoplando, hastiado ya de un conflicto que nada tiene que ver conmigo y que me priva desde hace semanas de mi familia y de mis negocios. Lo he dicho porque hace unos meses los hombres del concejo de Teruel expusieron en la plaza Mayor un ganado de quinientas cabezas que habían capturado durante una entrada a las tierras de Cuenca.

Mosén Álvaro Ruiz ha escupido en el suelo al escuchar mis palabras y se ha limpiado sus grasientas barbas con el anverso de la mano sin quitarme ojo de encima.

—¡Vaya! Olvidaba que, además de ser un sucio judío, también eres un maldito castellano como ellos —me ha dicho bizqueando los ojos—. No sé si recordarás, mestre Leví, que antes fueron esos malnacidos los que entraron en nuestra tierra y le robaron un ganado de mil doscientas ovejas a uno de Xérica, y si la memoria no me falla, el cabrón que capitaneaba a esos bastardos ladrones era un tal Juan de Moya, que vive en las tierras de las que procedes.

He preferido callar a contestar a eso. Me hubiera gustado decirle a ese bravucón que no pertenezco a ninguna tierra, pues las gentes paganas me han arrojado de todas las que he hollado como se tiran los excrementos al vertedero. Ni me siento castellano, ni creo que deba pleitesía al rey aragonés, mas bastante estigma para estas gentes es ser judío como para además rebelarse como traidor a sus reinos.

Por suerte, Gil Torres se ha interpuesto entre ambos escupiendo su rabia sobre el adalid:

—El judío tiene razón. Si se hubieran respetado las treguas, ahora no estaríamos aquí respirando el montón de estiércol que abarrota esta almofalla. Cuatro necios como vosotros se enriquecieron con ese ganado que trajeron de Cuenca, y ahora somos nosotros los que hemos de pagar las consecuencias. La gente como tú debería pensar con la cabeza, y no con la hoja de la espada... o con el fondo de su escarcela, ¿no crees?

No he aguantado más la conversación. He salido de la tienda y he buscado calentar mis huesos en una de las hogueras que hay encendidas entre las tiendas para mitigar el frío. Por un instante, me ha venido a la memoria la procesión que los judíos hicimos hace doce años en Cannete cuando salimos de la judería hacia la calle Mayor para encaminarnos hasta la plaza, donde cantamos conmovidos las lamentaciones de Jeremías, después de que las campanas de los templos cristianos tocaran a duelo por la muerte del monarca don Alfonso. Y luego he pensado que si los sayones pregonaran ahora la muerte del rey don Pedro de Castilla, o la del monarca aragonés, o la de ese bastardo bravucón del conde Enrique, Dios lo maldiga por toda la eternidad, no podría evitar esbozar una sonrisa tranquilizadora. Y ese pensamiento me turba.

Yo, que postré mi rodilla ante don Alfonso cuando este vino con su séquito a Cannete y besé sus manos convencido de su grandeza. Yo, que siempre fui un hombre probo y leal, ahora siento que no debo lealtad a nadie que no sea yo mismo.

***Cuarto día de la semana,
décimo sexto día del mes de tevet***^[37]

Me hallo completamente agotado. Ahora ya no basta con atender a los enfermos o redactar todos los escritos y correos que el juez y los capitanes suscriben —pues el escribano está enfermo y al notario lo enviaron al monte hace tres días para hacer de escucha, aunque ignoro el motivo—. Ahora además tengo que trabajar como el resto, portando armas y cavando fosos.

Esta mañana nos han levantado a toque de trompeta antes de que el sol se alzara y nos han llevado hasta uno de los extremos del campamento, donde los hombres cavan una profunda zanja desde hace algunos días. A la mitad de los peones los han enviado a las afueras del real para arrancar matas y rellenar los regajos, y a los demás nos han puesto a cargar con los paveses que hemos acercado al otro lado del foso para guarnecer la trinchera. Al acabar, hemos acarreado hasta el centro de la almofalla un cargamento de corazas, yelmos, ballestas y viratones que ha traído una reata de treinta acémilas desde los almacenes reales de Zaragoza.

He regresado con el aliento entrecortado y las manos desolladas y, al llegar a la tienda, he visto que me aguardaban cuatro o cinco personas para que atendiera sus heridas. Ahora no puedo más. Este es el único momento de descanso que he encontrado en todo el día, y creo que los ojos me vencen y el sueño comienza a apoderarse de mi cuerpo.

***Cuarto día de la semana,
décimo sexto día del mes de tevet***^[38]

Poco antes del anochecer

Había quedado plácidamente dormido cuando nuevamente nos han llamado a toque de trompeta. Faltaban dos horas aproximadamente para el final de la jornada y la salida de la estrella, pero ha llegado un nuevo cargamento procedente de las tierras de Teruel: otras cuarenta mulas bien cargadas de repugnante tocino y carne de puerco salada, así como otras provisiones como aceite, harina y vino. Los hombres han celebrado la llegada del cargamento y han sacado fuerzas de flaqueza, pues esperan que la llegada de nuevas provisiones ponga fin al exhaustivo racionamiento que amenaza con matarnos a todos de hambre.

Por si fuera poco, al terminar la tarea me han llamado para que atendiera a dos hombres que acababan de llegar al campamento. Eran habitantes de una aldea cercana de Tirasona que venían huyendo de los castellanos y se hallaban mutilados horriblemente. Su aspecto era espantoso. A uno le habían arrancado las manos y la nariz; al otro solo le habían desnarigado, pero le habían sajado la cara de parte a parte. Decían haber escapado de sus captores, pero Gil Torres y los otros piensan que los han soltado para que vengan a traernos noticia de los horrores y tropelías que los castellanos están cometiendo por toda la frontera, con el fin de amedrentarnos.

Quinto día de la semana, décimo séptimo día del mes de tevet^[39]

Como el escribano continúa lechigado, he tenido que redactar yo mismo el documento en el que se hace balance de los gastos que la milicia ha hecho en las últimas semanas. Me cuesta recordar las cantidades exactas, pero entre los olmos de hierro, las ballestas y viratones, y los paveses para la defensa del campamento, hemos gastado más de seis mil sueldos de los que se cuñan en Jaca. Además, el capitán de la milicia ha señalado que si finalmente avanzamos hasta los muros de Tirasona, será necesario gastar otro medio millar de sueldos para fabricar brigolas y otros ingenios que sirvan para dañar las murallas.

Odio este maldito trabajo, y cada vez echo más de menos poder descansar en mi consultorio, atender a los pacientes, recetar electuarios y ungüentos, analizar la orina de los enfermos o realizar alguna que otra sangría. Añoro también la presencia de Meriem, sentir su cuerpo junto al mío mitigando el helor de la madrugada, el roce suave de su piel en el que mis dedos se deleitan. Echo de menos regresar a Teruel, a mi casa, abrazar a mis hijos y recuperar la vida que llevaba antes de que esta tediosa guerra nos arrastrara sumiéndonos a todos en un tormentoso cenagal.

Día de la Preparación, décimo octavo día del mes de tevet^[40]

De nuevo el día ha sido especialmente agónico, aunque he de decir que al menos he podido dedicarlo por completo a mi verdadero oficio.

Esta mañana, con el alba, han comenzado a llegarme las numerosas ampollas de vidrio que repartimos ayer tarde entre los que todavía se hallan aquejados por el mal de tripas, que ya ha acabado con la vida de al menos una veintena de hombres. He pasado buena parte de la mañana analizando toda la orina que me han traído. Después he lavado los matraces en el río y los he repartido entre otro grupo de enfermos. Al acabar, he realizado la pertinente visita a los aquejados y he observado que la mayoría de ellos apenas han hecho progresos desde la jornada anterior.

La tarde no ha sido menos entretenida. A la hora de comer han traído hasta la tienda a un hombre herido; un vecino de Celha al que han emboscado esta madrugada no lejos de los muros de Tirasona. Lo habían derribado del caballo de un ballestazo y tenía el cuerpo completamente magullado. El virote le había producido una herida grave en el cuello, ya que le había entrado por el gollete y la punta le salía a través de la cara. Sorprendentemente, el hombre había tenido fuerzas para volver a montar en el caballo y encaminar al animal hasta el campamento. Era un verdadero milagro que todavía se encontrase vivo después de todo eso.

—La herida es grave y dudo mucho que salve la vida —le he dicho a Gil Torres en cuanto he tenido ocasión de observar el cuello del desgraciado.

—Haz cuanto esté en tu mano —me ha dicho él—. Conozco a su familia y es un avezado guerrero. No merece morir de este infortunio.

Así pues, he buscado unas pinzas y he pedido me trajesen paños calientes, así como algunos ungüentos y cataplasmas que guardo en la tienda en la que normalmente me ocupo de los enfermos. Al serrar la parte trasera del astil, he podido comprobar que el resto de la saeta había quedado del todo incrustada entre los huesos de la cara. Luego he tomado la punta de la flecha con las pinzas y he comenzado a tirar, pero esta estaba firmemente asentada.

—No hay forma de sacarla —he sentenciado mientras mi vello se erizaba al escuchar los alaridos del desdichado. Desgraciadamente, desde hace dos días, no me queda ningún preparado que permita anestesiar a los enfermos.

—Inténtalo, Leví, por Dios te lo pido —me ha rogado Gil Torres con el gesto contraído.

—Si no conseguimos sacar la flecha, la herida se infeccionará y será cuestión de tiempo que muera —le he explicado.

—¿Y si consigues sacarla? —me ha preguntado él con tono desesperado.

—Aunque lo consiga, las posibilidades que tiene de sobrevivir son escasísimas —he asegurado fríamente, intentando no cruzar mi mirada con la suya—. Aun conteniendo la hemorragia, habría que evitar que las heridas se infectasen igualmente. De todos modos, no consigo extraer la punta: está agarrada a los huesos. Y si sigo intentándolo, me arriesgo a matarlo yo mismo.

Gil Torres ha comenzado a negar con la cabeza. He visto el brillo en sus ojos

humedecidos y he apreciado su sincera preocupación por el desdichado. Estaba plantado frente a la entrada de la tienda y su aspecto no dejaba de ser un tanto cómico, con su lujoso capiello sobre la cabeza adornado con corales y aljófares y embozado en una rica capa con cuerdas totalmente recubierta de mugre.

—Tiene que haber una forma... —ha susurrado con un hilo de voz.

De pronto, he recordado cierta técnica que mi padre utilizó en una ocasión para salvar la vida de un desgraciado que había caído herido en una correría por tierras turolenses.

—La hay —he sentenciado—, pero son muchas las posibilidades de que el paciente muera.

—¿Pero podría salvarse? —ha preguntado el prócer abriendo los ojos de par en par.

—Solo con la ayuda de Dios, y si somos certeros en la extracción.

—Haz lo que debas —me ha dicho con convencimiento posando su mano gruesa y agrietada sobre el hombro—. Dime, Leví, ¿qué necesitas?

He dudado un momento antes de responder. Tenía las manos manchadas de sangre y mis ojos se han quedado fijos sobre las palmas, mientras mis pensamientos divagaban acerca del riesgo que aquella medida implicaba.

—Necesito que traigas a un balletero a la tienda —he dicho por fin—. Uno que sea bueno. El mejor que tengas. Quizá uno de esos moros de la aljama. Creo que hay uno que se llama Alí de Arcos que tiene gran destreza. Consíguele la mejor ballesta que haya en toda la almofalla. También necesito... necesito unas tenazas..., unas que sean gruesas y firmes.

Don Gil ha asentido con la cabeza y ha salido de la tienda a toda velocidad. Después he pedido a los que estaban allí conmigo que trajeran más paños y agua. Con cuidado hemos sujetado la cabeza del desgraciado, que apenas era capaz de articular palabra, y la hemos rodeado con vendas fabricadas con los paños. Luego la hemos atado firmemente al tendal, el grueso poste de madera sobre el que se sustenta todo el armazón de la tienda.

—Tranquilos —le he dicho a los hombres que me acompañaban—. Lo he visto hacer antes, pero no va a ser nada fácil.

El herido se ha aferrado al poste con los brazos. Sus ojos lagrimeaban de dolor, y aun sin saber lo que le íbamos a hacer, estaba completamente aterrado. Le hemos dado a beber cuanto vino ha podido ingerir y le hemos metido un trozo de cuero en la boca para que lo mordisqueara. Después he ordenado a uno de los hombres que calentara la hoja de un cuchillo en el fuego para sellar la herida en cuanto extrajéramos la flecha, y lo hemos preparado todo.

Le he dado las instrucciones pertinentes al moro Alí y entre los dos hemos aprisionado fuertemente la punta de la flecha con las tenazas que he ordenado buscar. Después hemos atado las propias cogederas a la cuerda de la ballesta que el muslim tenía ya cargada. Hemos asentado el arma en otro poste menor que he ordenado

clavar en el suelo y que un par de soldados sujetaban con todas sus fuerzas. Después, cuando he dado la señal pertinente, el moro ha disparado la ballesta y las tenazas han arrancado la punta de la flecha de cuajo.

Al brotar el hierro de la carne, el desdichado ha comenzado a sangrar de forma irrefrenable. Rápidamente hemos taponado la herida con lienzos mojados en agua caliente al tiempo que tratábamos de cauterizarla con la hoja candente del cuchillo, pero no hemos acertado a contener la hemorragia. El hombre gritaba histérico y ha comenzado a convulsionarse violentamente, mientras la sangre manaba a raudales del boquete dejado por la saeta. En pocos instantes ha muerto entre terribles estertores, dejándonos a todos conmocionados.

Recuerdo cuando abrí el pequeño consultorio en la judería de Cannete, hace ahora más de veinte años. Entonces era tan ingenuo como lo es el niño que por primera vez recibe las enseñanzas en la sinagoga. La primera vez que me vi incapacitado para salvar la vida de un enfermo, me sumí en una profunda desesperación que solo hube de superar con la ayuda de mi amada y el consejo de mi padre. Ahora, estoy tan acostumbrado a la muerte que he dejado de sentir... Excepto hoy. Una terrible angustia ha latigueado con viveza mi pecho al ver morir a ese pobre desdichado, y he quedado abatido por la impotencia de no poder hacer nada por salvar su vida.

Este es el maldito horror de la guerra. «Yahvé da muerte y vida, hace bajar al *seol* y retornar. Yahvé enriquece y despoja, abate y ensalza». No somos sino bajeza, y esta terrible desgracia que nos abate no sirve más que para condenarnos al peor de los horrores. Caminarán nuestras almas en breve en dirección al valle de Josafat en busca del juicio divino, y tal vez no diste mucho el día en el que nuestro espíritu se reencuentre con el de nuestros antepasados.

***Cuarto día de la semana,
vigésimo quinto día del mes de tevet***^[41]

La dicha me embarga y apenas acierto a poder escribir las palabras en el escaso papel que me resta.

Esta mañana ha llegado al campamento la noticia de que en la plaza de Tirasona ha sido izada la bandera de Aragón. Nadie sabe a ciencia cierta qué es lo que ha sucedido y por qué la plaza ha sido ganada antes incluso de que los nuestros culminaran los preparativos para llevar a cabo un posible cerco. Aun así, Gil Torres dice que Tirasona es nuestra porque el rey ha pagado una importante suma a su defensor, Gonzalo González de Lucio. Corre igualmente el rumor de que el rey vendrá hasta la frontera desde Zaragoza en las próximas semanas, junto con un gran ejército que ha conseguido reunir en tierras del interior, y que nuestra hueste se sumará a la suya. Pese a ello, se permitirá en los próximos días que parte del ejército regrese a Teruel, ya sea para descansar, ya sea para permanecer allí hasta que el rey

ordene lo contrario.

Si la noticia se confirma, creo que seré en breve el hombre más dichoso del orbe entero, pues nada deseo más en estos turbios instantes que abrazar a mi esposa y estrecharla entre mis brazos. Besaré su carne en cuanto mis yemas rocen su piel y le dedicaré ardorosos poemas hasta provocar que su corazón se derrita y su cuerpo destile ardorosos deseos hacia mí. Anhele más que nunca fundirme con ella en un prolongado abrazo, y cuando mis ojos se encuentren con los suyos, poca importancia tendrán ya los desaires del pasado y los malos gestos. Me siento como «el narciso de Sarón», como «el lirio de los valles», y mi tierna gacela es entre las mujeres de Teruel como «el lirio entre los cardos». ¿Quién en toda la ciudad podrá jactarse de haber amado a una cervatilla tan bella como ella? Ella es la joya perlada de mi serrallo, y mi devoción por ella no tiene doblez.

**Quinto día de la semana,
vigésimo sexto día del mes de tevet^[42]**

Esta noche he despertado sobresaltado antes de la amanecida. El sol, de hecho, todavía permanece oculto mientras que la luna espolvorea sobre la almofalla sus últimos rayos plateados.

Han sido los ronquidos de Álvaro Ruiz los que me han arrancado de mis ensoñaciones. Después de varias semanas, por fin los nuestros han podido dormir con la tranquilidad de que la vuelta a casa es cercana. Ayer, antes del anochecer, se pregonó en el campamento que dentro de dos días la mitad de la milicia regresará a Teruel, y el propio Gil Torres me ha comunicado, después de numerosas indagaciones, que mi nombre se encuentra en la lista de los que han de regresar, pues mis servicios son ahora demandados en la ciudad de mi esposa.

Durante la noche he tenido un sueño extraño. La idea obsesiva por regresar a mi hogar me ha sumido estas últimas noches en febriles ensoñaciones, en las que el dintel de la puerta de mi casa reaparece en mi mente una y otra vez. Esta noche, como otras veces, he soñado que atravesaba el portal de Darocha y, tras recorrer a grandes zancadas las calles de la Pescadería y del Tozal, penetraba en la judería de Teruel y llegaba hasta mi casa a la carrera. He soñado también que abría la puerta de mi morada y que, tras atravesar el consultorio, subía a toda velocidad las escaleras hasta llegar a la cocina. Allí me aguardaba Meriem con los brazos abiertos y las lágrimas brotando de sus ojos. La he abrazado con fuerza al verla y después he vuelto la cabeza esperando que mis pequeños aparecieran por la puerta. Sin embargo, no había nadie más en la cocina y de repente el olor de Meriem... He dudado un instante antes del alzar la vista, y al hacerlo he contemplado con sorpresa que no era mi esposa la que todavía sujetaba mi espalda con sus brazos, sino Benvenida, la mujer por la que tanto suspiraron mis sentidos, descanse su alma en el paraíso. Al verla frente a mí, la

he cubierto de besos y he llorado como un niño por tenerla nuevamente a mi lado.

—Estás aquí, junto a mí —le he musitado con palabras balbucientes, mientras besuqueaba su frente y colmataba mis sentidos con el perfume que destilaban sus cabellos—. Jamás me separaré de tu lado.

Ella me susurraba palabras al oído, mas yo era incapaz de escucharlas, como si de repente su boca hubiese enmudecido y ella no fuera consciente de ello. Le he puesto el índice sobre sus carnosos labios, y nuevamente he besado sus mejillas y sus ojos. Después he observado que la cocina en la que estábamos no era la de mi casa de Teruel, sino la de nuestra vieja morada de Cannete. «No puede ser —he pensado con sorpresa—, yo mismo vi la escombrera renegrada en la que nuestro hogar se vio convertido». Me he enjugado las lágrimas, incapaz de soportar la dicha que oprimía mi pecho por verme de nuevo junto a mi amada, en esa casa que fue testigo mudo de tantos momentos de nuestra existencia, mas la propia sorpresa y los ronquidos de mosén Álvaro me han arrancado del ensueño y devuelto a la realidad de esta maldita almofalla.

Despertarme tan repentinamente ha hecho que mi mente recreara el sueño con la misma viveza que si realmente hubiera estado en aquella vieja casa de la villa castellana. Sin embargo, me aturde la idea de que el fantasma de mi primera esposa reaparezca en mis sueños y se apodere de mis pensamientos. No es, desde luego, la primera vez que me ocurre, pero la mayoría de las veces que sueño con ella, a duras penas lo recuerdo al despertarme. Mas esta noche el sueño era tan real... He podido sentir su olor, la dulzura de sus manos, su abrazo... Con tal viveza que ahora, al evocarlo, apenas soy capaz de contener las lágrimas. La echo tanto de menos... Y sin embargo no debería hacerlo. Es Meriem la que ahora debe ocupar mi corazón. Benvenida merece ser honrada por mi recuerdo, sí, pero en ocasiones pienso que mi amor por ella no se marchita con el paso de los años y me pregunto si es lícito amar al tiempo a dos mujeres distintas, la que ya no está y a la que todavía abrazo cada noche en el lecho.

Cuando amanezca, comenzaremos los preparativos para regresar a Teruel. Todavía ignoro si tendré que volver nuevamente a este campamento o podré quedarme en la ciudad definitivamente. El dulce sueño que todavía hace palpar mi pecho no es sino el final de una horrenda pesadilla que comenzó el día que el juez Bernat Ortiz me llamó a su presencia.

Hoy me siento libre y mi corazón palpita descontroladamente. La calma regresa a nuestras vidas y solo ardo en deseos de recuperar mi vida, de abrazar a mi esposa y a mis hijos, y de volver a escuchar el chirrido de la poterna que abre paso a mi consultorio.

Capítulo VIII

CARTA DEL FÍSICO JUDÍO LEVÍ ABEN YOSEF A ALATZAR ABULAFÉN, CIRUJANO DE LA ALJAMA DE HUEPTE

Teruel. Año 5124 de la creación del mundo^[43]

Carta de Leví Aben Yosef, hijo del médico Yosef de Cuenca. A mi querido tío y maestro Alatzar Abulafén, de la aljama de Huepte, en la paz y en la abundancia. Para aquel que es resplandor de la gloria, refugio de la fortaleza, magnífico sabio y excelente cirujano. De parte de aquel que se enorgullece por alabarle a él y se ensalza por su grandeza; aquel que invoca su nombre y pregunta por su salud aspirando a estar donde él está.

Escribo desde la ciudad de Teruel, a veinticinco días del mes de *shevat*^[44], en el segundo año de la tribulación que azota a esta ciudad, que el Todopoderoso, bendito sea, lo torne en una ocasión de dicha y gozo y nos libre de la oprobiosa dominación que los castellanos ejercen sobre nosotros. Meriem, mis hijos y yo nos encontramos bien y nuestra salud es óptima.

Tu carta, querido tío, fue para mí un verdadero bálsamo después de años sin apenas tener noticias tuyas y de tu familia. Esta maldita guerra nos ha distanciado a todos y solo siento que no sepas nada de mi hermano Jacob, a quien la tierra parece haberse tragado. Agradezco enormemente tus pesquisas y los vanos esfuerzos por hallar su rastro. Tampoco los innumerables correos que yo he enviado desde aquí, ni el contacto con mis informadores de los puertos de Valencia y Barcelona, me han servido hasta el momento para dar con el paradero de nuestro amado Jacob, el Todopoderoso lo guarde de todo mal. Temo que la pestilencia o algún otro nefasto tormento haya acabado con su vida y con la de Sorbellita, y paso las noches sumido en la turbación y el desconsuelo, pues hace ya casi quince años que perdimos su rastro.

Iniciada la guerra entre nuestros reinos, temí igualmente perderos a vosotros, y el hecho de que nuestro correo habitual se viera de repente interrumpido me hizo presagiar lo peor. Doy gracias al Altísimo, bendito sea su nombre, por preservaros con vida y salud, pues ya sois la única familia que me resta en tierras de Castilla. Y digo en tierras de Castilla, porque aunque en nuestra ciudad ondea el pendón castellano, nada ha cambiado el carácter de estas gentes, apegadas al blasón aragonés y deseosas de ver liberada la urbe del yugo que sobre nosotros ejercen los vasallos del rey don Pedro Alfónsez.

Supe de ti gracias a un comerciante de Tirasona que suele mercadear mucho por tierras del obispado de Cuenca. Él me informó cumplidamente de los asaltos a la judería de aquella ciudad, pero también me dijo que en Huepte las cosas estaban

tranquilas y que conocía que tu consultorio seguía abierto y que todo marchaba bien para tu familia. De todos modos, tu misiva me llega en el mejor momento, porque el dicho mercader me había anunciado su intención de no regresar a tierras de Cuenca, al menos no hasta que se pasen estos tiempos turbios de guerras y violencias. Su decisión se debe a que en el último viaje que hizo a Molina, unos bribones le robaron toda la carga que llevaba, que no era poca: un ajobo de paños, pimienta, candelas y azafrán. Ahora no desea volver a arriesgar por aquellos lugares, y yo temía perder la única vía de contacto que me queda con nuestra querida tierra.

Te agradezco enormemente la preocupación que demuestras por mi familia, mas he de tranquilizar tus desvelos señalando que los míos y yo nos encontramos bien. El tremendo temido que azotó la ciudad y echó abajo buena parte de los edificios que todavía quedaban en pie se hizo notar en la judería lo mismo que en las barriadas cristianas; pero sus efectos devastadores fueron aquí mucho más tenues, por estar Yahvé Dios de nuestra parte. Tampoco las violencias de las guerras causaron daño alguno en nuestra familia, si bien los estragos que estas han ocasionado por toda la ciudad nos llevan a mostrarnos agradecidos al Todopoderoso, exaltada sea su memoria, y considerarnos del todo afortunados.

Teruel ha padecido en el último año las cruentas necesidades de la guerra, aunque desde la toma de la ciudad la judería ha quedado exenta de todo daño, gracias sean dadas por ello al Todopoderoso. Aquí la guerra nos afectó en primera persona, tanto a los habitantes de la urbe como a los aldeanos y las gentes del campo. Fueron muchos los que sufrieron las violencias de los depravados cristianos, los que fueron azotados por el hambre y la peste, y los que fueron abocados a la miseria y condenados a consumirse como lo hace la carne pútrida.

En la actualidad vivimos en una época de relativa calma, si bien la guerra todavía condiciona nuestras vidas y las enfermedades que merman la salud de los turolenses son numerosas. Después del citado terremoto volvió la peste de bubas, que apenas había remitido desde el final del verano. El aire se contaminó de nuevo y una vez más hube de atender a gentes con postillas negruzcas en su carne, aunque muchos de los infectados, más que padecer el tormento de las landres, mueren aquejados por terribles convulsiones y arranques de tos que los llevan a lanzar sus últimos estertores entre sanguinolentas esputaciones.

La guerra ha perdido intensidad en las últimas semanas. Hace solo unos meses, sin embargo, se produjeron varios desmanes en Castielfabib y en la zona de la raya. En aquella tierra, la misma en la que se asienta la villa de Cannete, en la que mi esposa nació, el trasiego de gentes de armas es constante y las algaradas que los hombres de aquellos lugares lanzan contra tierras valencianas se suceden una y otra vez. Los castellanos, por su lado, realizan también constantes incursiones hacia ese territorio desde nuestra ciudad, y los aragoneses no renuncian a su idea de apoderarse de los lugares fortificados de Mora y Rubiolo, con la idea de recobrar nuestra ciudad turolense que tan ignominiosamente perdieron hace ahora nueve meses. La tensión es

creciente y tememos que las violencias vuelvan a afectar a la ciudad como entonces. Nada se desea más en nuestras barriadas que el que la plaza sea devuelta al monarca aragonés, pero existe el miedo latente de que el rey tome represalias contra nosotros una vez recuperada la urbe, pues corre el rumor de que don Pedro de Aragón nos ha acusado públicamente a todos de traidores y ha confiscado todos los bienes que muchos turolenses poseen en otras partes del reino.

Hay días, estimado tío, en los que me hallo sobrepasado por el trabajo, sin tiempo para el descanso, atendiendo a los enfermos en sus casas unas veces, acudiendo a los hospitales de la ciudad para prestar auxilio a los necesitados otras, ayudando en lo que puedo a aquellos que se desplazan hasta mi morada las más. Al caer la noche me encuentro siempre desfallecido y duermo apenas unas pocas horas antes de que el alba pregone una nueva jornada de agonía y desesperación. Por suerte, esta semana apenas he registrado un par de muertes en toda la ciudad, y aunque la tormenta no muestra visos de querer desaparecer todavía, parece concedernos una tregua que se nos antoja como el frescor de la mañana en los calurosos días del estío. Aprovecho, pues, este momento para signar estas letras que juzgo necesarias y que no quiero dilatar más en el tiempo, pues es justo que dé respuesta a todas vuestras preocupaciones.

Como te decía, mi familia está bien y ninguno de los desastres que han arruinado la ciudad nos han causado más daño que el de ver a nuestros vecinos subyugados por los rigores de la guerra y la enfermedad. Los pequeños Yosef y Judit siguen creciendo sanos y fuertes; Yosef ya es todo un hombrecito de siete años y la pequeña, que ya tiene seis, es una preciosa niña tan avispada como su madre. Meriem goza igualmente de salud y aunque su carácter, lo mismo que el mío, se ha ido agriando con el paso de todas estas desgracias, ambos seguimos juntos, y juntos hemos superado todas las adversidades que han acechado en los últimos años nuestras vidas.

Únicamente esta maldita guerra nos saca de nuestro gozo diario y enturbia nuestras vidas, amenazando con dañar nuestro querido hogar, que es lo que más amamos en este mundo. Yo mismo hube de acudir al frente de Tirasona hace pocos años, concretamente por el mes de hesván del año 5120 de la creación del mundo^[45], para servir como cirujano en la milicia enviada hasta allí desde la ciudad de Teruel. Mi condición de físico del concejo me impidió liberarme de aquel compromiso semanas después y, aunque pude volver a casa a finales del mes de tevet, durante la plenitud de la estación invernal, la guerra amenazaba cada vez más nuestras fronteras, sumiéndonos en un estado de agitación que alteraba la rutina de la ciudad.

Por el mes de *nisán* de ese mismo año^[46], avanzada la primavera, partió una nueva columna desde Teruel para unirse en Celha con don Francisco Garcés de Marcilla, a quien el rey había entregado aquel castillo para que lo guardara de los castellanos. La guarnición de las torres de aquella fortaleza estaba compuesta por ballesteros de nuestra ciudad, a los que el concejo daba soldada, y no pude evitar verme obligado a viajar hasta allí hasta en dos ocasiones para llevar medicinas y

examinar a los enfermos. Regresé a la ciudad a las pocas semanas de aquello, pero mediado el mes de *elul*, justo en las últimas semanas del verano, el infante don Fernando, hermano del rey, que había asumido la capitanía de Teruel y Darocha, comenzó a requisar cuantos animales había en la urbe, el Arrabal y en las aldeas, diciendo que era menester avituallar a la tropa ante el inminente ataque de los enemigos.

Durante la segunda quincena del mes de *shevat* del año siguiente, antes de la llegada de la primavera, el rey de Aragón hizo pregonar la alarma de un nuevo ataque castellano por todo el reino. Todavía recuerdo el incesante repique de las campanas de Santa María, que dicen *de Mediavilla*, y a las gentes echadas a la calle, sobrecogidas por el anuncio, convencidos todos de que la guerra finalmente llegaría a la ciudad y la matanza y el horror serían inevitables. A los pocos días, de hecho, se dijo que el rey marchaba con su ejército hacia Zaragoza y que nada podía evitar que su hueste saliera al encuentro de los castellanos. La guerra se tornaba cada vez más cruda, y la miseria comenzaba a anidar en todos los lugares del reino: las cosechas o habían quedado sin recoger, o se habían mandado al frente para abastecer al ejército, y cada vez eran más los que dejaban de trabajar los campos, lo que provocaba que los precios se encarecieran sin freno.

En el sur de las tierras de Teruel la hambruna era tan grande que el rey concedió licencia para que las gentes de Ademuz, Alpuente y Castielfabib pudieran comerciar libremente, pese a la guerra, con los de Cannete y Moya. Pero muchos de los que pasaron a Castilla para traer desde allí animales, carnes y trigo fueron asaltados y prendados por los castellanos en la frontera, o por los propios aragoneses, pues todos estaban en pie de guerra y se habían dañado tanto entre ellos que ya no había reconciliación de ningún tipo.

Hacia el mes de *siván*, en la plenitud de la primavera, cuando se firmaron paces entre los dos monarcas, los hombres que quedaban en el frente fueron licenciados y el concejo de Teruel preparó una fiesta de bienvenida para todos los que habían integrado las milicias y habían permanecido fuera de la ciudad en los últimos meses. Se celebraron grandes festejos en la ciudad, en los que se soltaron bueyes por las calles para que las gentes pudieran correrlos y arrojarles toda suerte de garrochas y dardos.

Pero aquella paz habría de durar muy poco. A finales de año volvieron los robos y los saqueos en la frontera. La preocupación era creciente en mi casa, pues se decía también que las gentes de los concejos de Cannete y Moya habían comenzado a entrar en tierras de Aragón y que el rey había ordenado reforzar los castillos de Castielfabib y Ademuz. Por su parte, algunos ciudadanos del concejo penetraron por tierras de Cuenca, estragando aldeas y huertas y llegando hasta los campos de Carvoneras. Hicieron presa de gran cantidad de ganado que trajeron a la ciudad y, como en otras ocasiones, lo exhibieron ante las gentes en la plaza de Santa María, anunciándolo a toque de campana. Pero su alegría fue efímera. Se dijo que habían

cometido tantas tropelías durante la empresa contra los aldeanos del otro lado de la frontera que hasta provocaron el enojo del rey aragonés, pues este ordenó encrespado que se devolviese hasta la última oveja a sus legítimos dueños.

Por si ello no fuera suficiente, poco después comenzaron a llegar nuevamente a la ciudad de Teruel recuas de gentes armadas, capitaneadas por el mismísimo conde de Prades, que venían para proteger el frente y evitar la entrada de los castellanos por estas tierras. Y aunque todos temíamos que estos pudieran llegar a la región, lo cierto es que la venida de todos estos hombres a la ciudad no trajo males menores que los que habríamos de sufrir en los meses venideros.

Eran tiempos difíciles, y una impenetrable desazón nos azotaba y hacía que nuestros pensamientos se agitaran removidos ante la idea de que los castellanos ganaran la frontera y que la guerra se acercara hasta nuestras casas, arruinando definitivamente nuestras vidas. Ese estado de tensión constante turbaba nuestros quehaceres cotidianos y hacía que en nuestros hogares se respirase un ambiente cargante que nos asfixiaba. Y Meriem y yo comenzamos a distanciarnos cada vez más. Mi esposa, querido tío, es sin duda una buena mujer, mas es obvio que la diferencia de edad y la falta de atención hacia ella por mi parte, imbuido como estaba en mi trabajo, habían abierto una brecha entre nosotros que en ocasiones se me antojaba del todo insalvable. Pese a todo, la amo del mismo modo que entonces la amaba y, aunque a veces ella se muestre fría en extremo, me siento el más dichoso de los hombres cuando la abrazo en el lecho y siento el calor de su carne alumbrando hasta el último resquicio de mi ser.

—Eres la joya más valiosa de mi casa, Meriem —le decía siempre que discutíamos al calor del hogar o en la intimidad de la alcoba, lejos de las miradas escrutadoras de los niños.

—Solo digo que pasas demasiado tiempo en el consultorio, Leví —me reclamaba ella con la mirada implorante mientras ladeaba la cabeza y apretaba con fuerza sus deliciosos y carnosos labios—. Debes prestar más atención a los pequeños y pasar menos tiempo entre los enfermos. Cuando no estás auscultando, recetando o analizando la orina de tus pacientes, te escondes en tu despacho y te lías con tus poemas y tu dichoso diario.

Ella reclamaba más atención, mientras que yo solo buscaba ocultar mis pensamientos bajo un cobertor que los resguardara de la ola de calamidades que nos azotaba de manera inclemente.

* * *

A mediados del mes de adar álef, terminando el invierno del año de la creación del mundo de 5122^[47], llegó a la ciudad don Pedro, conde de Urgel, que venía como nuevo capitán de las compañías acantonadas en nuestro territorio. El miedo a que los castellanos avanzaran hacia Teruel aumentaba cada día, y los hombres armados del

rey comenzaron a pertrecharse para un posible ataque. No tardaron en llegar desde las aldeas numerosas gentes que fueron arrojadas de sus villas, aldeas, caseríos y masadas. El rey deseaba que los castellanos no encontraran a su paso más que un yermo despoblado, por lo que los hombres del conde de Urgel fueron prendiendo fuego a los campos y a los edificios dispersos por el monte.

En el mes de *nisán* de ese mismo año, avanzada ya la primavera, fue elegido juez de la ciudad don Pedro Sánchez de la Marca, de quien se decía que obedecía todo mandato de Juan Garcés de Marcilla, el hombre más importante de su linaje en esos momentos. Una nueva e intensa disputa había comenzado entre las gentes de los Marcilla y de los Muñoz, que hizo revivir los tiempos en los que la sangre había corrido por las calles de la ciudad. Como don Juan Garcés y los suyos decían que los Marcilla eran traidores a la Corona y que estaban pagando espías para los castellanos con el oro que obtenían de sus amigos judíos, no tardé en sospechar que mi condición de físico del concejo estaba plenamente amenazada con el nuevo nombramiento. No paraban de cruzarse acusaciones, peleas e intrigas entre unos y otros, y de no ser por el gran número de gentes armadas que, con ocasión de la guerra, se encontraban en la ciudad, la violencia entre ambas familias habría estallado con la misma crudeza que en ocasiones anteriores.

—Debéis tener cuidado, mestre —me advirtió un día el hermano de Diego Martínez, el notario del concejo, un hombre al que aprecio y que me ha prestado buena ayuda en varias ocasiones—. Se dice que el señor Juan Garcés de Marcilla no os tiene en mucha estima. Habla mal de vos a vuestras espaldas y está intentando poner en contra vuestra a los oficiales del concejo. Va diciendo que sois un sucio judío, que es impuro que toquéis con vuestras manos a los enfermos cristianos de la ciudad; y que si seguís en vuestro puesto, el infeccioso morbo permanecerá por siempre en la urbe, pues vos haréis lo que sea preciso para que suceda de ese modo. Asegura que sois los judíos los que nuevamente habéis extendido esa terrible enfermedad por todo el reino. Creo, mi buen Leví, que ese calamitoso prócer no se detendrá hasta acabar con la influencia que vuestra comunidad ejerce sobre el concejo; al menos, eso es lo que ha jurado.

—No me preocupa en exceso lo que ese sandio pueda pensar, amigo Sebastián —le respondí posando mi mano sobre su hombro en un gesto afectuoso—. Agradezco enormemente tus desvelos y los de tu familia por mí y los míos, pero no es la primera vez que ese majadero habla contra mí y arroja palabras necias sobre los miembros de la aljama. Sí, sé que trabajar para el concejo permite que mi familia pueda vivir holgadamente, pero mi fama es grande en estas tierras. Son muchas las personas de la ciudad y los alrededores a las que he atendido y he podido sanar en los últimos años, y no creo que dejar de trabajar para el ayuntamiento de la ciudad me ocasione mayor problema.

—No es eso lo que preocupa, mestre —aseguró él—, sino el que cualquier día pueda aparecer vuestro cuerpo por cualquier callejón con una daga en la espalda.

Tomad prudencia contra esa gente, que nada bueno puede traeros a vos y a los vuestros.

He de reconocer que las palabras del hermano del notario me conmocionaron, pero intenté por todos los medios que afectaran lo menos posible a mi vida cotidiana. Ya tenía suficientes problemas en casa. Mi esposa Meriem, como te decía, se había distanciado de mí desde que me vi obligado a marchar con la milicia del concejo a tierras de Tirasona. Cierto que desde que había quedado preñada de Yosef se había ido descubriendo cada vez más gélida y distante, pero ahora se mostraba más irritable que nunca, y ya hacía semanas que no sentía la ternura de su abrazo ni el calor de su carne.

No tardé en tomar conciencia por mí mismo de la hostilidad que el nuevo juez de la ciudad demostraba hacia mí y hacia el resto de los miembros de la comunidad. Hasta en dos ocasiones me convocó en su casa para comunicarme que el concejo no precisaba de los servicios de un médico de mi condición, a lo que le contesté que si el concejo decidía prescindir de mis servicios en una de sus reuniones, yo acataría la orden sin rechistar. A las pocas semanas se me notificó que ya no prestaba servicio alguno al ayuntamiento y, en consecuencia, que ese año no se me pagaría sueldo de ningún tipo. Afortunadamente —y pese a que sé de buena tinta que hicieron numerosos esfuerzos por conseguirlo—, esos malditos bastardos y sus secuaces no pudieron retirarme la licencia ni cerrar el consultorio del bajo de mi casa.

La vida en Teruel se hacía todavía más aborrecible y la dichosa guerra, lejos de llegar a su término, parecía acrecentarse con la voracidad con la que el morbo infeccioso se extiende. Durante todo ese año, las provocaciones se sucedieron de una y otra parte y, a comienzos del mes de siván, a punto de comenzar el verano, el rey castellano penetró en tierras aragonesas con un ejército de más de treinta mil infantes y unos doce mil caballeros, rompiendo de ese modo todo atisbo de tregua. La guerra había estallado de nuevo. El invierno había sido crudísimo y toda la tierra estaba quemada. Los ganaderos habían visto mermar sus ganados por el frío y la falta de pastos, y ahora aquella terrible contienda nos condenaba a todos a la mayor de las miserias. Para colmo, la tediosa peste de landres había renacido con nuevos bríos en todas las partes del reino. Hacía años que las mortíferas bubas no se habían dejado ver entre nosotros, pero la garra infecta de la parca nos acechaba de nuevo, dispuesta a desnucar nuestras almas y lanzarlas sobre la gehena como se arrojan los haces de paja a la hoguera.

Fue por aquellas fechas cuando hablé con un arriero de Moya al que había conocido durante nuestra estancia en aquella villa. Era un buen hombre llamado Pascual Domingo, que arrastraba tras de sí una mula lomienhiesta con las albardas llenas de salazones y tejidos procedentes de las sierras de Cuenca.

—El terror se ha apoderado de todo el mundo, mestre —me decía—. No solo hemos de temer a esa terrible pestilencia, sino que también hemos de sufrir los daños que las gentes de Teruel y de Valencia hacen en los campos, masadas y aldeas.

—¿Ha habido nuevos ataques? —pregunté, pues no estaba al corriente de nuevas cabalgadas desde la última que habían llevado a cabo los del concejo por tierras de Carvoneras.

—Corren la tierra desde Ademuz y desde Castiel constantemente —me dijo—. Bien sabe Dios que si trabajo con la mula es para que no se muera de hambre mi familia, porque si por mí fuera, no me atrevería a salir de Moya de ninguna de las maneras. Ya sabéis que allí los muros son fuertes, y los aragoneses no se atreven a exponerse al tiro de los ballesteros que guardan las torres. Las gentes de las aldeas están todas dentro de la cerca de la villa o han buscado refugio en Cannete y, mientras tanto, los campos están baldíos. Ya no queda nadie con ánimo para sembrarlos.

Me lamenté al escuchar aquello: la falta de trigo no podía traer sino una nueva hambruna tan grande como la que hubo cuando la Guerra de la Unión y la gran mortandad.

—Si el hambre se extiende —le dije apesadumbrado—, la peste ganará en fuerza con ella. De ser así, ese mal horrendo nos aniquilará a todos.

—Lo peor —me corroboró el hombre— es que han aposentado grandes guarniciones en los castillos de Moya y Cannete, y hay gran número de gente armada por toda la región. Se comen el pan, confiscan el trigo y los ganados, y si nos descuidamos, amanceban a nuestras mujeres.

Aquellas noticias me sumieron en una gran pesadumbre. Hacía ya cerca de quince años que me había visto obligado a abandonar la villa de Cannete y, sin embargo, eran tantos y tan buenos los recuerdos que tenía de aquellos lugares y de la morada en la que había compartido mi vida con la dulce Benvenida, su alma esté en el Edén, que todas las nefastas nuevas que llegaban de aquella tierra eran capaces de tornar mi ánimo.

Los castellanos avanzaron de manera imparable tras la ruptura de la tregua, y en pocos días los sayones pregonaron en la ciudad que habían plantado el real frente a las murallas de Calatayud y que había allí acantonados una gran hueste, de modo que poco podía hacerse por salvar la ciudad. Se dijo también que instalaron junto a la cerca tres decenas de ingenios y máquinas de asalto para lanzar piedras contra los muros y que comenzaron a hacer mucho daño con ellos en el adarve y en las casas de aquella villa. Algunos de ellos disparaban tronadas de fuego que hacían grandes destrozos en las murallas. Nadie había visto cosa igual, y algunos llegaron a decir que eran ingenios diabólicos ideados por el mismo Satanás, lo que hizo cundir aún más el pánico por toda la región.

El rey pidió entonces a todos los capitanes de la frontera que se preparasen huestes para acudir en auxilio de los castillos amenazados, porque si no frenaban a los castellanos, el reino entero se perdería. Don Pedro de Urgel reclutó, pues, a algunos hombres y partió al frente, pero poco se pudo hacer. Supimos que, avanzado ya el verano, las gentes de Castilla habían conseguido finalmente entrar en Calatayud y que era mucha la necesidad que se pasaba en la villa de Darocha y en sus aldeas.

Perdida Calatayud, no tardó en correr la noticia de que los castellanos atacarían Darocha y Teruel, por lo que comenzaron a tomarse las debidas precauciones. Una vez más, comenzaron a reforzarse los adarves de la muralla y a remozarse todas las torres y el castillo de la judería. En la ciudad se nos obligó a todos a que colaboráramos en las obras de reparación de los muros y en el derribo de varias casas que se habían construido junto a la cerca en varios de sus tramos. Se llegaron a echar abajo varias viviendas en la judería, tal y como ya se había hecho antaño, algunas porque pegaban con el adarve y otras porque se requería espacio para tender pasarelas desde la calle hasta la parte alta del lienzo. Se pidió igualmente a los vecinos que aquellos tejados que estuviesen hechos de materiales que pudiesen arder con facilidad fueran cubiertos con teja y barro. Entre los huecos existentes entre las viviendas de la judería y de las calles altas cercanas al Tozal y la zona de las Carnicerías Altas, se limpiaron varios muladares y se echó cal en algunas letrinas por considerarse que sus aguas infecciosas dañaban las piedras de los muros. Por último, se mandó aprovisionar los castillos de Castielfabib y Ademuz, pues las gentes de Moya y Cannete seguían atacando desde el sur, lanzando continuas cabalgadas y corriendo la tierra.

A mediados del mes de *elul*, cuando el calor del verano estaba a punto de extinguirse, llegaron también a la ciudad noticias de Darocha —que al parecer había quedado bajo el mando de don Pedro Muñiz, maestre de los de la Orden de Calatrava—. También llegaron nuevas de la destrucción a manos de las propias tropas aragonesas de varios lugares dependientes de la ciudad, y de que muchos aldeanos habían sido o bien deportados, o bien reclutados para servir como ballesteros en las milicias. Por si ello no fuera poca desgracia, la peste assolaba por entonces toda la línea de frontera, diezmando las guarniciones antes incluso de que llegaran los castellanos. En la plaza Jaca, por lo visto, el morbo siniestro hizo tantos estragos que únicamente quedaron en ella centenar y medio de soldados en condiciones de combatir.

Aquel año fue sin duda terrible, con la amenaza de los castellanos muy presente en nuestras vidas, las tierras arruinadas y el maldito morbo siniestro rebrotando por doquier. Yo había perdido la soldada del concejo y eso había aumentado aún más la notable distancia que existía entre mi esposa y yo. La idea de aquella maldita guerra me atormentaba constantemente y la memoria de Benvenida, de feliz recuerdo, invadía mis pensamientos a cada instante. La imagen difusa de su dulce rostro, que se colaba entre mis evocaciones, venía a sustituir las caricias que Meriem ya no me daba, y el recuerdo de sus besos y abrazos llenaba el vacío que mi segunda esposa había dejado en mi lecho.

Subyugado por aquella angustiosa situación, fui yo mismo el que también comenzó a apartarse de Meriem. Buscaba cada vez más la soledad de mi despacho, hundir mi rostro entre mis libros y poemas, tratar de dar vida a nuevas composiciones con mi cálamo, como antaño hacía. Evocaba nostálgico los poemarios que desde la

juventud había acumulado y que habían ardido presa de la iniquidad de esos necios infieles que habían dado fuego a nuestra casa de Cannete. Sus versos se habían tornado en simples pavesas llameantes que, atrapadas en un ceniciento murmullo, habían levantado el vuelo alzándose sobre la barriada hebrea de la villa cañetera, surcando las encrespadas rocas sitas al pie de los recios muros, para deshacerse agitadas por la cellisca y caer como polvo sacro sobre los tejados de los hogares de nuestra querida judería. En ella residían los poemas de los antiguos que un día avivaron los rescoldos del ardor que desde la niñez había encendido mis entrañas. Ahora aquellos versos eran solo eso: meros recuerdos que deambulaban por los senderos quebrados de la evocación, agitados como favilas candentes. Mi espíritu sin ellos era como el vino bateado, y mi alma estaba muda sin los poemas de mi propio diván, sin esos primeros versos compuestos por mi propia boca, sin las estrofas que un día dediqué a mi amada Benvenida y que, deshechas entre las llamas, tan solo encontraban habitáculo en la huesa en la que yacían los despojos de quien un día tuvo el privilegio de escucharlas. Ahora trataba de recuperar en el papel aquellos versos olvidados y, al hacerlo, Benvenida revivía cada vez más entre mis pensamientos, humillándose mi espíritu en el deseo de gozar una vida que ya estaba extinta.

* * *

En las calles, la vida se había tornado en una pesadilla angustiosa. Todo el mundo estaba pendiente de las señales de los faroles que se habían establecido a lo largo de todo el territorio, hasta la línea de frontera, para avisar de la llegada de los castellanos. El agudo sonido de los añafles y trompetas de los sayones nos alertaba de forma diaria, pues a cada jornada había nuevas noticias que pregonar, y el rutinario sonido de los esquilones y campanas de las iglesias erizaba nuestro vello con sus graves sonos. En definitiva, estábamos sometidos al temor constante de que en cualquier momento podía anunciarse el avance de esos malditos diablos sobre la ciudad.

Todas las guerras me parecen despreciables, pero me entristecía grandemente aquella en particular, pues había amado con entrega al rey Alfonso, de bendita memoria, padre del rey castellano, y ahora sentía una profunda lealtad hacia el rey don Pedro de los aragoneses, cuya bandera presidía la entrada de la sinagoga turolense y en cuyas tierras me sentía acogido. Sabía del mismo modo que el rey don Pedro de los castellanos, el hijo de don Alfonso, era gran protector de nuestras comunidades, y no encontraba sino demencial que ambos monarcas mantuvieran aquella actitud combativa que amenazaba con llevar a ambos reinos a la ruina.

En la aljama, como es natural, la mayoría de las familias se decantaban por el aragonés, aunque había un pequeño grupo de hermanos en la fe que lo hacía por el castellano. Pretextaban para ello que el rey de los aragoneses había hecho alianza con el bastardo don Enrique, hermano del castellano y enemigo acérrimo de judíos. No

olvidaban los nuestros que aquel diablo había dado fuego a la judería de Alcana, atacando a la comunidad santa y pura, y sus hombres habían matado allí a no menos de mil creyentes.

—Debes apoyarnos, Leví —me dijo un día Jucé de Palencia, que por esos días era el líder en la aljama del partido del rey de Castilla—. Tú eres tan castellano como nosotros y debes mostrarte leal a don Pedro Alfónsez, que para eso es tu rey.

—¿No lo entiendes, Jucé? No deseo saber nada de política ni de guerras —le dije hastiado, consciente de que nuestra comunidad se hallaba cada vez más dividida por culpa de aquella nefasta contienda.

Jucé me recordó entonces lo que las tropas de don Enrique habían hecho tras la batalla de Nájera, arrasando la judería de aquella localidad, y la matanza perpetrada en el barrio hebreo de Toledo. Ciertamente, las amenazas que arrojaba don Enrique sobre los judíos castellanos eran constantes, y azuzaba a la plebe cristiana contra todos nosotros.

—Si ese bastardo llega a gobernar en Castilla, serán muchos los que mueran bajo el hierro de las espadas de sus hombres. Vamos, Leví, tú tienes familia en Castilla igual que nosotros. Créeme si te digo que todos ellos, tus primos y hermanos, están amenazados de muerte y que si Aragón gana la guerra y don Pedro entrega la corona al bastardo, entonces nuestros ojos serán testigos de la destrucción de todas las aljamas de aquel reino.

Quedé un rato pensativo, incapaz de saber a ciencia cierta qué era lo mejor para nuestros intereses. Sentía un gran respeto por el comerciante palentino y le estaba profundamente agradecido por haber mediado en el pasado para que pudiese abrir mi consultorio en la ciudad de Teruel. Sin embargo, desconfiaba de sus intereses y detestaba relacionarme con las gentes que siempre le acompañaban, más preocupadas por los asuntos políticos que por el bienestar de nuestra comunidad.

—¿Qué me dices de Samuel Leví? —pronuncié por fin.

—¿Quién? —preguntó confundido, como si no supiera de lo que hablaba.

—El que era tesorero mayor del rey don Pedro Alfónsez —le respondí recuperando cierto chismorreó que había escuchado en el campamento de la milicia, cerca de Tirasona—. He oído que el rey ordenó encerrarlo en prisión, a él y a toda su familia. Es uno de los hombres más respetados del reino y, sin duda, el mayor de los sabios que hay en la aljama de Toledo.

El comerciante sacudió la cabeza como si ignorara de lo que estaba hablando.

—No pierdas el tiempo preocupado por lo que le pueda pasar a un hombre, Leví —me dijo—. Todos estamos en peligro, y si el conde Enrique se corona rey en Castilla, te garantizo que no quedarán ni sabios ni labradores judíos en Toledo, ni en todo el reino, para contarlos.

La situación se volvía cada vez más tensa en la judería, y el monarca cristiano y sus procuradores cargaban cada vez más de impuestos y gabelas a nuestra comunidad ante las necesidades de guerra. La gente se exaltaba en las calles y pedía a gritos que

los judíos entregáramos al ejército todo el dinero que según ellos atesorábamos en nuestras «sucias» casas. Los pobres se morían de hambre y los que en otro tiempo habían sido adinerados entre los nuestros apenas contaban ya con riqueza alguna y, si algo poseían, corrían a esconderlo para que no fuera empleado en reparar los muros de la ciudad, de algún otro castillo o en la compra de armas, pertrechos o vituallas para las milicias.

Decían los del concejo que había que aprovisionar bien a los que marchaban al combate, e igualmente costosos eran los materiales necesarios para reparar los muros de la ciudad —cosa que no era óbice para que tuviéramos que seguir acudiendo cada mañana nosotros mismos a acarrear piedra hasta el adarve—. Por si eso fuera poco, se llevaron todos los animales que teníamos en la aljama con la excusa de necesitar bestias para trasladar las provisiones hasta los lugares en los que la hueste se acantonaba. Junto a las acémilas, mulas y bueyes había que ceder los serones y capazos necesarios para el transporte, al igual que nuestras ovejas y terneros, que eran confiscados con el propósito de alimentar a la tropa. De mi casa se llevaron una caballería y las cuatro ovejas que teníamos en el corral. Prometieron que nos darían dinero en arriendo por la bestia, pero no vimos jamás sueldo alguno por ella, y mucho menos pudimos recuperarla.

El tiempo pasaba y la situación era cada vez más insostenible. Nos reunimos una tarde del mes de *kislev*, poco antes de la fiesta de *Janucá*, en la vieja sinagoga, la que queda cerca de la plaza de la Judería, al comienzo de la calle que desciende hasta la puerta de Zaragoza. Los cuatro adelantados convocaron por medio del pregón del nuncio a todos los cabezas de familia de la aljama, quienes, acosados como estábamos por el concejo, temíamos que se nos exigiría más dinero, o peor aún, acudir al frente como parte de la milicia.

La atmósfera en el aula era asfixiante y todos discutíamos acaloradamente. Fue el rabino mayor quien tomó la palabra intentando aplacar los ánimos exaltados de los que allí nos encontrábamos. El anciano, cuya larga barba parecía marchita y cuyos ojos pequeños y grisáceos parecían engullidos por dos grandes bolsas, tenía la vista fija en el artesonado de madera, evitando cruzar su mirada con las nuestras. Carraspeó demandando silencio, y tras abajar el rostro y lanzarnos una escrutadora mirada a los allí reunidos, habló con voz trémula:

—*Shalom alejem*, hermanos, no creo que haga falta a estas alturas explicar la situación por la que están pasando el reino y nuestra ciudad. Los castellanos se hacen fuertes en la frontera y amenazan con correr nuestras tierras en una guerra atroz e interminable, que ha sentenciado nuestras vidas a una angustiosa congoja.

Varios murmullos se alzaron en la parte trasera de la sala y el rabino cortó la palabra, carraspeó nuevamente con aspereza y alzó la mirada molesto. Me volví para ver qué pasaba y entre las figuras del final mis ojos distinguieron a Jucé de Palencia, quien, de forma irrespetuosa, se había enzarzado en una discusión con los que tenía alrededor. Al instante, todos comprendieron que el rabino había sido importunado y

un silencio sepulcral invadió toda el aula.

—Bien, bien... —continuó el anciano volviendo a carraspear—. Como decía, todos conocemos cuál es la situación por la que pasa el reino. Sabemos igualmente que el concejo nos ha demandado ayuda en varias ocasiones y que, ciertamente, es ya poco lo que podemos hacer, pues hemos entregado todo nuestro dinero y nuestros animales para el sustento del ejército.

Los murmullos crecieron nuevamente y se escucharon varios gritos de protesta en la parte del fondo que esta vez el anciano intentó ignorar.

—No podemos obviar, sin embargo... —intentó continuar alzando la voz hasta desgañitarse—. No podemos ignorar, decía, una nueva petición realizada por el concejo...

Esta vez el murmullo se extendió por toda la sala. El ambiente se volvía cada vez más sofocante y no pude evitar posar mis ojos en las escrituras hebraicas que decoraban los pilares y el friso. «Esta es casa de unión y de oración», pensé molesto, hastiado por ver a mis hermanos divididos.

—¡No podemos dar nada más! —sentenció Xenigo Baylo, arrancando un gesto de aprobación de cuantos le rodeaban—. Hemos dado al rey todo cuanto teníamos. Ahora nuestras familias se mueren de hambre, mientras las milicias se sacian comiendo la carne de nuestros corderos.

—Nada nos queda para pasar lo que resta de invierno —secundó Famen Darcos—. Y lo peor no es que se hayan llevado nuestros animales, sino que volverán cuando necesiten más y se llevarán lo poco que nos queda. Y harán lo mismo con nuestras mujeres, si es preciso.

Las voces arreciaron al tiempo que toda la sinagoga se llenaba de gestos de asentimiento. El rabino, desde la *bimah*, contemplaba con aire resignado el tumulto que había comenzado a formarse.

—Sí, es cierto —aseguró Selomó Aben Forna—. Cuando se harten de aguardar a los castellanos y quieran saciar sus necesidades, vendrán a la judería y se llevarán a cuantas mujeres les plazca. ¡Mirad, si no, lo ocurrido con la hija de Gento Barba! —expresó en relación con una chiquilla de las aldeas que varios soldados del rey habían violado mientras avanzaban hacia el frente.

Las voces dieron paso a algunos empujones, y por un instante creímos que aquello se convertiría en una pelea. Al momento, Jucé de Palencia se abrió paso hasta el medio de la sala y alzó ostentadamente los brazos para pedir la palabra.

—¡Hermanos! —exclamó, intentando atraer la atención de todos—. ¡Hermanos! Esta guerra no va con nosotros...

Varias voces lo interrumpieron y vi la ira encendida en algunos de los rostros de nuestros hermanos.

—¡Calla tu boca, castellano! —gritó afónico Yanto Najarí. Sus hijos, viéndole tan alterado, lo tomaron rápidamente por los brazos y trataron de sacarlo de la sinagoga.

La atmósfera se tornaba sofocante y el denso olor a sebo de las lámparas comenzó

a abotargarse en mi garganta.

—No va con nosotros —continuó el de Palencia modulando la voz para captar nuevamente la atención de los presentes—. Nos piden que apoyemos al rey de Aragón porque somos súbditos suyos, pero ¿qué hace él a cambio? No duda en prestar su alianza a Enrique el Bastardo, que pretende para sí la corona de Castilla; sin olvidar el daño que ese diablo siempre ha hecho a los nuestros...

—Somos aragoneses. Siempre lo hemos sido —expresó con firmeza el viejo David Abenrodric—. No intentes convencernos y arrastrarnos hacia la tibieza. Pertenece al rey don Pedro, guárdele su Roca y su Redentor, y a él debemos nuestras vidas.

—¡No somos de Aragón, ni de Castilla! —expresó Jucé, rojo de cólera—. ¡Somos judíos! ¿O es que acaso se os ha olvidado el desprecio constante al que nos someten los adoradores de la cruz?

—¿Acaso has olvidado tú, Jucé —replicó el anciano—, que nuestro rey don Pedro, bendígalo Dios, nos trata con la debida consideración?, ¿y que fue él, y no otro, el que retiró la injuriosa rodela de nuestras ropas?

«Nada de todo esto nos llevará a ninguna parte», pensó. Los ánimos estaban tan encendidos que amenazaban con arrastrarnos a un enfrentamiento tan pernicioso como el que mantenían entre sí castellanos y aragoneses.

—¡No es dinero lo que los castellanos quieren! —exclamó el rabino tajando todas las conversaciones de súbito.

Un profundo silencio se apoderó de toda el aula, al tiempo que los adelantados cerraban filas en torno a su ajado cuerpo, situándose por detrás de la tribuna. El anciano suspiró como si le faltara el aire y, tras dedicar una leve mirada a la techumbre del templo y parpadear nerviosamente, prosiguió:

—Son otros los asuntos por los que os he convocado hoy aquí, si bien es esta dichosa guerra la que induce a que tengamos nuevamente que parlamentar sobre la situación de la aljama.

El rabino guardó silencio un instante y recorrió la sinagoga de parte a parte con la mirada, a la espera de alguna nueva réplica, pero ninguno osó alzar de nuevo la voz, ni los varones, ni menos aún las pocas mujeres, que seguían la reunión tras las celosías de la parte alta del aula. Por uno de los vanos se colaba algo de brisa del exterior, cuyo murmullo se escuchó en mitad del silencio. Las lámparas que colgaban del techo se estremecieron levemente y las llamas titilaron, provocando que las sombras de los asistentes se agitasen de un lado a otro.

El anciano se aclaró nuevamente la voz con un ronco carraspeo y, tras rascar sutilmente la punta de la nariz con su dedo, continuó:

—Como bien sabéis, y como trataba de explicaros antes de que interrumpierais mis palabras —dijo dirigiéndonos nuevamente una mirada reprobatoria—, esta maldita guerra ha provocado que numerosas aldeas y villas sean arrasadas y que muchas familias sean arrojadas de sus casas. Y no me refiero a aquellos lugares que

han sufrido la furia del enemigo, sino a poblaciones muy cercanas a nosotros que han sido destruidas por los soldados del propio rey don Pedro de Aragón que, viendo la imposibilidad de defender todo el territorio, han optado por dar fuego a todos aquellos lugares que carecen de defensas con las que protegerse. Ahora, esas familias buscan refugio entre los muros de esta ciudad, y son muchas más las que llegarán en los próximos días, pues los hombres del concejo han salido a los montes en busca de todos aquellos que han quedado desamparados ante la inminente llegada de los castellanos.

»Como bien sabréis, entre las familias que han perdido sus casas, hay muchas que son judías como nosotros, y probablemente, en cuanto lleguen a la ciudad, sufran el desprecio de los cristianos. Debemos estar preparados para acoger a todas esas personas, para no dejarlas abandonadas en este trance y prestarles cobijo en nuestra judería.

Los murmullos crecieron una vez más y de nuevo se escucharon las protestas de los asistentes.

—Si esos perros cristianos han quemado sus casas, que sean ellos quienes se ocupen ahora de darles un nuevo hogar —expresó Selomó Aben Forna con aire molesto, al tiempo que galleaba sacudiendo la cabeza de arriba abajo, con los brazos forzosamente cruzados—. Bastante tenemos nosotros con poder alimentar a nuestras familias, como para tener que ocuparnos de las de otros.

Al instante varias personas asintieron y algunos de los más reacios abandonaron incluso la sala entre un vocerío impropio del lugar en el que nos hallábamos.

—Mi esposa y yo nos ofrecemos voluntarios para acoger a una familia en nuestro hogar —expresé alzando la mano, y al instante me convertí en el centro de atención de todas las miradas—. Si lo que se necesitan son voluntarios que ofrezcan sus casas para esas familias, la aljama puede contar con la mía.

El rabino asintió sonriente a mi ofrecimiento, y al instante David Abenrodrich y Gurnuel Navarro —el forastero que se había quedado con la tabla de la carnicería— ofrecieron igualmente sus viviendas.

Salí de la sinagoga sin aguardar el final de la reunión y volví a toda prisa hacia mi hogar. Era tarde y el sol estaba a punto de ponerse en el horizonte. Debía prepararlo todo, porque sabía que los refugiados llegarían en pocos días.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó confusa Meriem cuando le di la noticia y, sin aguardar explicaciones de ningún tipo, se puso a gritar como una histérica—. ¡No estoy dispuesta a compartir mi casa con ningún sucio labrador! Si han perdido sus tierras, lo siento mucho, pero ese no es mi problema.

—Te recuerdo, Meriem, que esta no es tu casa, sino la de ambos, y que las decisiones importantes las tomo yo —le dije con tono seco, molesto por su reacción, que juzgué poco apropiada para una buena creyente.

Se tomó un momento para calmar sus ánimos.

—No tenemos necesidad de hacer esto —expresó con tono algo más relajado,

mientras se secaba vivamente las manos con un trapo que colgaba de un gancho de la cocina. Había estado remojando la carne en un barreño de agua fresca para sacarle toda la sangre que pudiera quedar en ella y tenía los dedos encogidos y azulados por el frío.

Negué con la cabeza y evoqué aquellos días, ya lejanos en el tiempo, en los que la comitiva del rey Alfonso de Castilla, de bendita memoria, se había alojado en nuestras casas durante un viaje del monarca a Cannete, deseoso como estaba por aquel entonces por reunirse con el rey aragonés en los mojones fronterizos que delimitaban los términos de Castielfabib y la villa donde había nacido mi primera esposa.

—¿Prefieres ver nuestro hogar ocupado por una horda de soldados groseros y sin escrúpulos? ¿Piensas que es mejor que el concejo nos obligue a alojar aquí a un grupo de ballesteros y tengamos que soportar cómo vacían nuestra despensa, cómo engullen la comida que tú guises para ellos y cómo abusan de tu hija o de ti misma para saciar sus sucias necesidades? ¿Prefieres eso? O mejor aún, ¿te gustaría que convirtieran nuestra casa en un vertedero y la llenaran de asnos, mulas y otros animales?

Meriem calló de súbito. Por un instante vi el terror dibujado en su cara y su esbelta y orgullosa figura se acobardó ante mis palabras.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ingenua al escucharme, después de arrojar con cierta violencia contra el fuego los sebos que había apartado de la carne.

—Digo que en pocos días la ciudad comenzará a llenarse de nuevas tropas que llegarán para incorporarse al frente y combatir a los castellanos. Y si ellos no lo hacen, lo harán los numerosos refugiados de los campos y las aldeas. De una forma u otra, obligarán a que ocupemos todas las habitaciones de nuestra casa con familias cristianas o con compañías de ballesteros y lanceros. Y créeme cuando te digo que las primeras casas que ocuparán serán las de la judería. Si nosotros llenamos nuestras habitaciones con refugiados judíos, no tendremos que hacerlo ya con ninguna familia cristiana, ¿entiendes? Aun así, Meriem, te aconsejo que reces al Todopoderoso para que esos perros nazarenos no nos echen de nuestro hogar y nos vendan a los castellanos como simples ratas.

Fui duro al tratar a mi esposa, mi querido tío Alatzar, pero no me equivocaba en absoluto. En pocas semanas la judería se había convertido en punto de encuentro de todas las compañías de soldados que transitaban por la ciudad. Muchas de ellas se alojaban en las casas propiedad de la aljama o convivían en los hogares de aquellos que no habían querido acoger a los refugiados. El concejo exigió a los adelantados que pusieran a disposición de las milicias varias casas, y los ancianos de la comunidad entregaron las llaves de los hogares de quienes más reacios se habían mostrado desde el principio a colaborar. Nosotros mismos, para disgusto de Meriem, hubimos de ceder el corral que une nuestra vivienda con la de la familia de Todroz y cubrirlo con una lona de paño y un pequeño tejadillo de tablas, para que durmieran ahí tres o cuatro ballesteros que habían llegado de tierras valencianas.

Todroz es un cordelero con el que hice gran amistad al establecerme en la judería de Teruel. Es un hombre bueno, de duro carácter, a quien confío todos aquellos pesares que agrían la cotidianeidad de esta vida difícil y efímera. Su esposa, Bonadona, suele pasar muchas horas hilando y cosiendo en compañía de mi esposa, y mis hijos la adoran, teniéndola como una segunda madre. Muchas veces pasamos el *Sabbat* juntos, como si fuésemos una única familia, por lo que no pudimos sino lamentarnos cuando uno de los soldados que habían ocupado nuestro corral intentó forzar a Bonadona. Por suerte, sus gritos nos alertaron a todos, y aquel grosero bastardo no hubo sino de avergonzarse y desistir de su esfuerzo.

De la noche a la mañana, el barrio en el que vivíamos se había convertido en un lugar inseguro, y el temor a que alguno de aquellos locos cristianos asaltara nuestro hogar fue haciéndose cada vez mayor. No dejábamos que nuestros hijos salieran de las casas y siempre tratábamos de acompañar a nuestras esposas cuando tenían que realizar las compras. Por las noches las calles se convertían en un lugar transitado por ladrones y pendencieros, borrachos que pasaban los días de espera atiborrándose de morapio y multitud de ramerías que habían abandonado sus lugares habituales en el Arrabal de la ciudad para instalarse en la penumbra de nuestros callizos, donde llenaban sus bolsas con las monedas de aquellos sucios y ebrios rufianes. Al alborear el día, los escasos animales que quedaban en la judería permanecían encerrados en los pocos corrales que se mantenían vacíos, pues eran pocos los que se atrevían a exponerlos ante la soldadesca para llevarlos a la puerta de Zaragoza y entregarlos al dulero, como era habitual. Teníamos miedo y, con el tiempo, acabamos convenciéndonos de lo poco que importaba ya que los castellanos consiguieran tomar la ciudad: el mal que la guerra había ocasionado a nuestras gentes era ya irreparable.

—¿Piensas que los nuestros podrán resistir el avance de los castellanos? — escuché decir a uno de los hombres del conde de Prades, un día que había salido a arrojar a la calle el bacín repleto de orinas de mi consulta—. Esos malditos engreídos quieren alcanzar la desembocadura del Ebro y no pararán hasta llegar al mar.

—Esos infectos patanes... Combaten como mujerucas y eluden cruzar sus rejonos con los nuestros en cuanto tienen oportunidad de escapatoria —replicó el otro, un capitán hosco y con aspecto de borracho—. Dicen que el rey ha encomendado la defensa de la frontera a don Pedro Muñiz Godoy, maestre de la Orden de Calatrava en Aragón y Valencia. Lo conozco bien. Es un viejo veterano castellano que odia a ese cruento monarca que atemoriza a los nuestros, y dudo mucho que sus hombres se arredren. En cuanto los de Castilla intenten seguir el curso del río hacia aquí, les darán a probar su acero, que no hay otro mejor para la tajadura de la carne que el que ya ha probado la sangre.

—Yerras en tus suposiciones, amigo Beltrán —le respondió el primero—. Es obvio que los castellanos avanzarán hacia Zaragoza, pues esa es una de las plazas fuertes del reino, y su conquista amedrentará a nuestro monarca.

—¿De verdad piensas que ese reyezuelo cobarde osará arriesgar su mesnada en

un cerco de tal envergadura? —se sorprendió el segundo—. No lo creo. Si es listo, tratará de avanzar hacia aquí. Estoy seguro de que la treta que maneja es la de hacernos pensar que atacará Zaragoza para intentar sorprendernos en el frente de Calatayud. No digo que no haya conseguido convencer al monarca y a sus capitanes, pero el rey nuestro, que es zorro viejo, sabe que no debe arriesgar esta tierra. Y cuando los castellanos traten de avanzar hacia nosotros, caerán en la red del maestre de Calatrava, que se arrojará sobre ellos como una araña dispuesta a devorar a su presa.

—Dios te escuche —expresó el primero poco convencido, antes de dar un largo trago a una bota de vino y eructar sonoramente.

Me metí presuroso en el consultorio, preocupado al tiempo que incapaz de comprender la dimensión de las palabras de aquellos dos soldados, pero consciente de que los castellanos preparaban una ofensiva siguiendo el curso del río Jiloca, con la intención de tomar Teruel y avanzar hacia el mar. Al menos, eso era lo que las tropas acantonadas en la urbe esperaban.

Fuera como fuese, a los pocos días, el ejército del maestre de Calatrava quedó desbaratado, no pudiendo contener la furia de los castellanos.

* * *

En el mes de *shevat* del año siguiente, fecha de la creación del mundo de 5123^[48], las noticias que llegaban desde el frente de Calatayud eran incesantes. Algunas de ellas eran ciertas. Otras, simples rumores que nacían de las opiniones de la abundante soldadesca que permanecía acantonada en la ciudad, que levantaba sus almofallas en las afueras, o que simplemente transitaba de un lado a otro, marchando hacia el frente o hacia los lugares que aún había que guarnecer y fortificar. Se dijo que don Pedro Muñiz reclutaba entre las poblaciones cercanas a Darocha a cuantos hombres pudieran manejar una ballesta, que la situación era desesperada y que ya se habían pedido refuerzos al rey, asegurando que si no llegaban más hombres al frente, las defensas aragonesas se desmoronarían como un montón de hojarasca seca ante una ligera acometida de viento.

Al mes siguiente, por la fiesta de *Purim*, justo antes del comienzo de la primavera, comenzó a correr por la ciudad la noticia de que el conde Enrique estaba a punto de llegar a la zona con mil hombres de a caballo. Los del concejo hicieron pregonar la nueva por todas las calles de la urbe y los esquilones de Santa María tañeron con fuerza en señal de gozo. No obstante, en la aljama nos hallábamos cada vez más preocupados ante el cariz que tomaba la situación. Si llegaban más hombres a la zona, probablemente se incrementara el número de soldados que ya abarrotaba la ciudad, y eso empeoraría las cosas, a buen seguro. De todos modos, si el rey mandaba más tropas al frente, solo podía deberse a la incesante amenaza que suponían los ataques castellanos. Por primera vez comenzamos a escuchar comentarios en la calle

de que los hombres de don Pedro podrían intentar capturar la ciudad, dada su cercanía a las posiciones fronterizas de la parte meridional.

Para colmo, convencidos los nuestros de que el rey castellano se dirigiría hacia Zaragoza, se llevaron hasta allí al conde de Urgel, al que entregaron la capitanía de aquella ciudad, y junto con él marcharon numerosos soldados de los que se hallaban acantonados en nuestras calles, lo cual nos daba un respiro, pero al tiempo dejaba todavía más indefensa la ciudad ante un posible ataque. La angustia nos embargaba, y aunque me sobrecogía la idea de ver mi hogar atacado por aquella horda pagana — que en el fondo no debía de ser muy distinta a la que ya moraba en nuestros hogares —, mis pensamientos se desplazaban una y otra vez a la villa de Cannete, en primera línea de frontera, imaginando cómo debía vivirse allí el conflicto y cómo debía afectar aquella situación a nuestros hermanos de fe y a nuestros parientes.

Con todo, aún teníamos la suerte de que entre las paredes de nuestra casa únicamente se hallaba instalada la familia hebrea que había llegado a la ciudad buscando refugio, y que habíamos acogido tras la petición del rabino. Era una familia joven formada por un labrador y su esposa, junto con dos niños de no más de cinco años de edad.

—Mi nombre es Yehuda, y mi esposa se llama Lumbre —se presentó el labrador a los pocos días de sucederse la reunión que habíamos mantenido en la sinagoga. Vestía saya de lana, calzas de estameña, y andaba enfundado en un balandre de color pardo.

Los habíamos subido a la cocina porque llegaron una mañana en la que la helada había sido especialmente dura y las calles de la ciudad habían despertado cubiertas por un blanco manto de escarcha. La mujer apenas abría la boca, pero frotaba constantemente sus manos cubiertas de sabañones al calor del hogar. Los dos pequeños se habían arrinconado detrás de la banca corrida y se abrazaban mutuamente ateridos de frío, con las miradas perdidas y los rostros cubiertos por costrones de mugre.

—Vivíamos en una masada, a medio camino entre la ciudad y Vilel —continuó relatando el hombre con un hilo de voz—, pero los soldados lo han destruido todo.

Alzó la mirada del fuego y vio cómo Meriem y yo los contemplábamos sin saber bien qué decir. Habíamos mandado a los pequeños Yosef y Judit a la alcoba en la que dormían, temerosos de las preguntas que, en su inocencia, pudieran formular ante aquella situación. Yo miraba constantemente a la mujer, que presentaba un rostro pálido y demacrado. Temía que estuviera enferma y lo único en lo que pensaba era en bajarla al consultorio para auscultarla convenientemente, pero se me antojaba harto violento sugerir aquella idea al labrador, dadas las condiciones.

—Yo me negué a abandonar la casa —siguió Yehuda justificándose mientras nosotros permanecíamos en silencio—, pero nos dijeron que si no nos marchábamos nos cortarían las manos y nos arrojarían a algún regajo. «Son órdenes del rey», decían una y otra vez. «Siempre hemos servido fielmente al rey —les replicábamos—. ¿Por

qué habría el rey de echarnos de nuestras tierras?» Pensé que no conseguirían despojarnos de nuestra casa, pero cambié de idea cuando trajeron a un campesino cristiano que vivía en otra masada situada a media legua de la nuestra. Le habían cortado un brazo y cauterizado la herida con un hierro candente. Lo traían arrastrado por una mula, desnudo y casi sin vida; tenía todo el rostro desollado, y el pecho y la espalda cubiertos de heridas. Me dijeron que habían echado los muros de su casa abajo y que lo llevaban hasta una aldea cercana, donde lo colgarían en la plaza antes de arrasar la aldea entera para que los castellanos no pudieran ocuparla. No me dieron opción. Debían quemar nuestra casa porque así lo había ordenado el rey, y lo harían con mi consentimiento o sin él. Si accedía nos traerían a Teruel, y si no, correríamos la misma suerte que aquel desgraciado. ¿Qué podíamos hacer?

El relato no me resultó en absoluto sorprendente. Era la misma historia de cientos de campesinos y aldeanos que por aquellos días deambulaban perdidos por las calles de la ciudad. La llegada de los castellanos era inminente y, dado que los capitanes de la frontera no querían arriesgar aquellas zonas que no estuvieran fortificadas, destruían todo cuanto hubiera en ellas. Quemaban los campos y los caseríos, arrasaban los labrantíos, echaban abajo los molinos, despoblaban las aldeas y las sometían al rigor de las llamas.

La congoja se apoderó de mí al ver a aquellas gentes que no habían tenido más opción que dejar que prendieran fuego a su hogar. Yo también había visto mi casa arrasada por las llamas y me había visto arrojado de mis tierras como aquella familia de labradores. Después me acordé de Yehuda de Cannete, el ropavejero que nos había ocultado en su hogar después de que los cristianos arruinaran nuestra casa. Y recordé también a Bachel, la dicha que sentí el día que nos alojó en el sobrado de su casa, y cuando vi cómo me abría las puertas de su hogar tras enterrar a Benvenida en el carnero de nuestra comunidad. Por eso, al escuchar la historia del labrador, no pude sino sentirla como propia y, pese a que Meriem se mantenía recelosa por acoger a aquellos extraños en nuestra vivienda, sentí que debía comportarme con ellos del mismo modo que Yehuda y Bachel lo hicieron con mi esposa y conmigo; que era mi obligación ayudar a aquella familia, pues ello respondía a la justicia de Dios, bendito sea su nombre.

—Vuestra pesadilla ha terminado —les dije con tono afable, ante la mirada severa de mi esposa—. Desde ahora viviréis en mi casa, al menos hasta que esta dichosa guerra termine y podáis regresar para reconstruir lo que quede de vuestro hogar. Aquí no os faltará comida ni vino, y menos un espacio alrededor del fuego.

Habilitamos un par de jergones de paja en el sobrado, después de limpiarlo convenientemente y de arrinconar los trastos y muebles viejos que guardábamos en él, y los cubrimos con sábanas limpias y gruesas mantas.

Luego, sincerándome con el labrador, le solicité atender a su esposa en mi consultorio. Él se mostró reacio al principio, pero accedió finalmente. Pude detectar una incipiente pulmonía que aquejaba su pecho, evidenciada por el color amarillento

y ligeramente sanguinolento de sus esputaciones, la cual pude tratar convenientemente con inhalaciones de ajo triturado.

Durante los primeros días apenas salieron del sobrado, salvo para comer y vaciar los bacines; poco más. Pese a ello, mi esposa se mostraba cada vez más molesta por tener que soportar su presencia: se quejaba constantemente de su olor, de sus modales e incluso de su grotesca forma de hablar.

—Son gente que no está preparada para vivir en la ciudad, Leví. No nos traerán más que problemas —explotó un día en el que intenté reprimir sus constantes quejas. Untaba hígado picado de pollo sobre unas rebanadas de pan con un pequeño canivete, y lo hacía agitando su brazo tan enérgicamente que todo su cuerpo se estremecía de lo airada que estaba.

—A veces pienso que no te reconozco —le dije dolido por su actitud, impotente e incapaz de hacerle comprender el terrible sufrimiento que padecen los que se ven obligados a abandonar su hogar por cualquier circunstancia.

—¿Qué pretendes, Leví? —me dijo notablemente irritada—, ¿acaso piensas que puedes salvar a todos los desdichados que pululan por el mundo?

Asentí con la cabeza con el rostro encogido por la decepción y enrojecido por la ira.

—Si pudiera lo haría —le repliqué—, porque eso es lo que aprendí de tu padre. Dime, Meriem, ¿qué es lo que aprendiste tú?

No hubo respuesta. Sus ojos estallaron en lágrimas y su rostro se tornó en una mueca rabiosa. Se acercó hasta mí y me abofeteó la cara con violencia; luego desapareció por la puerta de la cocina y durante varios días se negó a dirigirme la palabra. Era la primera vez que escupía su genio contra mí de esa manera y que osaba levantar su mano sobre mi rostro. Pero, lejos de atribularme, aquello solo consiguió que mi mente se embriagara evocando a mi amada Benvenida, de recio carácter, rebelde siempre, como un junco flexible que se niega a quebrarse del todo. Aquel incidente me hizo amar a Meriem todavía más, pues me permitió descubrir que, tras su aparente frialdad, fluía la sangre y era capaz de mostrar, aunque solo fuera por una vez, una viveza semejante a la de mi primera esposa.

* * *

Para el inicio de la primavera, con la entrada del mes de *nisán*, Tirasona volvió a encontrarse amenazada, como antaño, y las noticias que nos llegaban desde la aldea de Carinyena eran ya dramáticas. El encargado de la defensa de aquella plaza, Martín Jiménez de Pueyo —un berraco capitán de escasos modales al que conocí en el real de Tirasona, hacía tres años—, había ordenado incendiar todas las aldeas y caseríos cercanos a la fortaleza, amparando a todos los habitantes de la zona tras los muros de Carinyena.

Contaban quienes venían de aquella tierra que, por orden del rey, se estaba

obligando a todos los vecinos de la plaza a participar en las labores de fortificación de los muros y que el que se negaba era azotado en público o recibía otra suerte de castigos de peor naturaleza. También se encontraba allí toda la Orden de los Hospitalarios, capitaneada por Berenguer de Mompahon. Sin embargo, no tardó en decirse que, pese a la gran cantidad de soldados que estaban bajo su mando, se necesitaban cuatrocientos ballesteros más y otros cien hombres de a caballo para poder defender la plaza.

El pánico comenzaba a extenderse por Teruel y las poblaciones cercanas. Si los cristianos decidían atacarnos, las posibilidades de resistir serían escasas. Tampoco teníamos suficientes víveres como para aguantar un largo asedio, pues la numerosa población que se congregaba en el interior de las murallas apenas podría quedar abastecida durante unas pocas semanas.

En el Arrabal el miedo era todavía mayor. Más de dos mil personas se hacinaban en las pobres callejas que se extendían extramuros, desde la puerta de Zaragoza hacia los huertos que se dispersaban a lo largo del camino. Si los castellanos atacaban la ciudad, todas esas gentes quedarían desprotegidas, por lo que los vecinos trabajaban a marchas forzadas levantando la tapia que hacía las veces de muro. Yo mismo, acompañado por el bueno de Yehuda, ayudé a llevar cantos hasta la parte alta de la barriada, cerca de donde todavía se levantaba el arruinado cobertizo que nos había dado cobijo a Benvenida y a mí catorce años antes. Lo más preocupante de todo era que nada se sabía del ejército del conde Enrique, ni de las fuerzas que se habían prometido enviar desde Valencia. Y sin ellos, la ciudad estaba del todo empeñada ante las huestes del rey Pedro Alfónsez.

Poco antes de la fiesta de *Pésaj*, nuestra Pascua, llegó la noticia de que el ejército aragonés se agrupaba en Zaragoza, sospechando que los castellanos buscaban atacar aquella ciudad para tratar de alcanzar el Ebro y su desembocadura en el mar. Si bien las nuevas no eran buenas para el reino, sí nos devolvieron la tranquilidad, pues si el rey Pedro de Castilla dirigía sus tropas hacia Zaragoza, Teruel quedaría libre de la amenaza. Cierto que los ataques desde el sur, así como las cabalgadas lanzadas por los hombres de Cuenca, Cannete y Moya, se habían incrementado en las últimas semanas, afectando enormemente a las tierras de Castielfabib, que se hallaban del todo arruinadas y despobladas; pero si definitivamente el ejército enemigo no cargaba contra nosotros, las cosas se calmarían tarde o temprano y la gente que se hallaba refugiada en la ciudad terminaría por regresar a sus hogares.

Pero todo cambió a los pocos días, cuando supimos que, en la madrugada del tercer día del mes de iyar^[49], los castellanos estaban ya frente a las puertas de Carinyena y habían puesto sitio a la fortaleza. El ataque castellano viraba su rumbo y se cernía amenazante sobre nosotros, sorprendiendo a quienes pensaban que marcharía sobre Zaragoza. La sinagoga se llenó desde primera hora de la mañana y los creyentes nos sumimos en oraciones por nuestros hermanos de aquella población, pues eran muchos los que tenían parientes entre aquellas murallas, ya fueran

habitantes de la misma, o refugiados de las aldeas y villas cercanas. En las iglesias cristianas se hizo lo propio, y el sonido de las esquilas de los templos y el vocerío de los pregones abatieron la calma de los días previos. Las calles eran un constante trasiego de la soldadesca, que avanzaba de una parte a otra de la ciudad, y a las puertas y portillos de la urbe llegaban sin cesar jinetes y mensajeros, y una cáfila de gentes se amontonaba en los caminos, procedentes de las masadas y las pocas aldeas no fortificadas que todavía permanecían habitadas.

Las noticias que llegaron en los días sucesivos nos hundieron en el más profundo de los abismos, haciendo cundir el pánico entre nuestras gentes y condenándonos a un desasosiego insalvable. Corrió el rumor de que los castellanos habían tomado Carinyena y pasado a cuchillo a toda la población. Al principio, pensé que aquello no era más que una exageración. Me negaba a creer que un rey virtuoso como el hijo de don Alfonso, de bendita memoria, pudiera proceder de aquella forma tan abominable. Sin embargo, el concejo recibió la horrible noticia por un grupo de supervivientes a los que el rey había ordenado mutilar cruelmente, arrancando de cuajo sus narices. Esos desgraciados habían recibido el cometido, tras ser torturados, de mostrar a los nuestros lo que les esperaba a quienes osaran presentar oposición a los castellanos, y llegaron a Teruel en medio de una caravana siniestra, nutrida por las últimas gentes que habían quedado en los campos y los pocos supervivientes, la mayoría maltrechos, que habían salvado sus vidas milagrosamente ante el avance enemigo.

Pocos días después, los espías y atajadores informaron de que los castellanos avanzaban de forma imparable hacia Teruel. Estábamos sentenciados y ya nada podía liberarnos de aquella condenación. El rey aragonés convocó a las gentes de los lugares cercanos para que se armasen y acudieran presto a la ciudad a defender sus muros; pero lo cierto era que los habitantes cuyas aldeas no habían sido arrasadas por nuestros propios soldados solo deseaban aguardar en sus casas para proteger a sus familias y sus posesiones de los hombres del rey Pedro. Hubo mucho pleito con eso, pero al final fueron muchos, como los de Sarrión o los de Puebla de Valverde, los que no acudieron para guardar la ciudad como se les exigía.

A media tarde del décimo día del mes de iyar^[50], se dijo que los castellanos estaban ya a solo legua y media de la ciudad y que el conde Enrique avanzaba también hacia la zona a toda prisa, por lo que todos temimos que se fuera a producir una gran brega frente a nuestros muros. Por la tarde acudió un notario a la sinagoga, y fuimos muchos los que hicimos testamento aquel día, pues nadie sabía qué suerte habríamos de correr. Toda la noche la pasé rezando, pidiendo a Dios que nos diera fuerzas para afrontar lo que habría de acontecer en los días siguientes. Si castellanos y aragoneses se enfrentaban en una batalla, correría la sangre y los heridos serían numerosos, demasiados para los pocos cirujanos que quedábamos en la ciudad.

* * *

Al día siguiente, a media mañana, los estandartes castellanos ya ondeaban tras las rojas montañas que rodean la ciudad. El trasiego de personas y caballerías en las calles era incesante. Se había ordenado cerrar a cal y canto las entradas de Valencia y Zaragoza, pero los portales de Darocha y Cuenca permanecían abiertos para permitir el paso de quienes apresuradamente llegaban todavía desde las aldeas, masadas y caseríos cercanos. Las campanas de las iglesias repiqueteaban frenéticamente y en las calles, plazas y callizos de la urbe el griterío era ensordecedor. Las labores de fortificación, en las que todos los varones de la ciudad estábamos obligados a participar, se incrementaron durante todo el día: unos acarreaban piedras y maderas hasta los muros, mientras otros apuntalaban la tapia con la que se había sellado el postigo que se abre en la muralla desde el interior de la judería y que algunos llaman *Portal Alto*.

—Vienen a cientos —decía el dulero, quien aseguraba haber divisado en la lejanía la hueste castellana la tarde anterior.

—Es un ejército bien pertrechado y con un buen número de caballos —corroboró uno de los guardias—. Los atajadores dicen que arrastran con ellos algunos ingenios que pueden batir las murallas. Por eso se está tapiando la puerta de Zaragoza, que no se cubrió de canto ni cuando lo de la Unión.

Por su parte, las gentes del Arrabal hacían por arrastrar lo poco que podían portar con ellos hacia la parte meridional de la barriada, buscando el amparo de los gruesos muros de la ciudad. El bullicio era incesante, y en cada esquina de la ciudad podían escucharse comentarios y chismorreos acerca de la suerte que correría la ciudad. El pánico se extendía con la misma virulencia que la peste.

—El juez dice que no hay posibilidad de defender las casas que están fuera de las murallas —escuché que comentaba a un labrador el moro que tenía su herrería en el bajo de las torres que flanqueaban la entrada de Zaragoza—. La tapia del Arrabal es tan débil que sus máquinas podrían echarla abajo en un santiamén. Dice que destacar soldados en esta parte de la ciudad es malgastar las fuerzas.

—¡Pero al menos quedan todavía quinientas personas en el Arrabal! —replicó el labrador.

—Así es, y si nadie las defiende, quedarán a merced de esos bastardos. ¡Alá los confunda y ciegue sus ojos!

—Esperemos que el conde Enrique llegue a tiempo y evite una masacre —expresó el labrador mientras se santiguaba repetidamente y escupía sobre un charco de sangre e inmundicias que se había formado donde herraban a las caballerías—. Por todos los santos que si no es así, habremos de vivir el mismo horror que vivieron los de Carinyena.

A esa hora todas las puertas del lado septentrional de la ciudad habían sido ya cerradas. Mientras el moro y el labrador hablaban, un grupo de carpinteros terminaba de blindar la de Zaragoza clavando los últimos tablones y reforzándola con placas de acero, al tiempo que apuntalaban la entrada con traviesas y vigas de madera. Lo

mismo se hacía en todos los portillos, trenques y postigos que había a lo largo del muro y en la tapia del Arrabal. Varios soldados vigilaban desde el adarve, y en la judería, la soldadesca había ocupado varias viviendas cercanas al muro para tender desde ellas pasarelas de madera hasta la parte alta de la muralla y aumentar así el número de accesos desde la calle. En el centro de la ciudad, varias casas habían cedido sus bodegas como refugio, y las puertas de la iglesia de Santa María y de las casas del obispo de Zaragoza se habían abierto a los últimos rezagados que acababan de llegar a Teruel.

Todo parecía indicar que los castellanos pondrían sitio a la ciudad y que la tomarían por la fuerza si las huestes enviadas por el monarca no llegaban a tiempo. A media tarde se confirmó la noticia de que los castellanos habían plantado su almofalla al otro lado del Arrabal. La suerte de la ciudad ya estaba echada.

Esa noche no pegamos ojo. Las campanas de San Andrés comenzaron a repiquetear nada más caer la tarde, y los esquilones de Santa María de Mediavilla respondieron con intensidad a los pocos instantes.

—Los castellanos atacan —musitó Yehuda con voz queda. Todos permanecíamos expectantes alrededor del fuego, ateridos por el miedo y el frío.

—Es pronto —respondí con escasa convicción—. Aguardarán a mañana o pasado para reunir a las tropas que todavía avancen hacia aquí desde el otro lado del río o desde las montañas.

Meriem me miraba desconsolada, y la esposa del labrador apenas era capaz de enjugar sus lágrimas. Habíamos acostado a los niños y le hice un gesto a mi esposa para que marchara a vigilar que no se hubieran puesto en pie con el ensordecedor sonido de los bronces.

—Pero si es como dices, ¿por qué entonces repican las campanas con tanta insistencia? —insistió el labrador sin alzar la vista del fuego.

No respondí. Me acerqué hasta la ventana y vi un rojizo resplandor en el cielo que alumbró la noche tachonada de luceros. En la lejanía me pareció escuchar el leve crepitar de las llamas, aunque el sonido quedó apagado al instante por un griterío ensordecedor y por las voces de la soldadesca que se agolpaba en el adarve.

—¿Nos atacan? —preguntó de nuevo Yehuda con la voz entumecida al apreciar que mis ojos escrutaban el exterior desde el vano.

Negué con la cabeza, aunque era obvio que los castellanos estaban en el Arrabal.

—Dudo mucho que ataquen la muralla —respondí—. La oscuridad no es adecuada para esos menesteres. Como te he dicho, probablemente aguarden a reunir todas sus fuerzas para comenzar el ataque; pero no han resistido el impulso de saquear los barrios de fuera de las murallas.

—¿Y los nuestros no van a hacer nada por evitarlo? —preguntó el hombre con tono de hastío.

Guardé silencio y tomé asiento en la banca corrida. Imaginé que los hombres de don Guillén trataban de defender el Arrabal desde la muralla tirando con las ballestas,

pero era evidente que la vieja barriada estaba sentenciada de antemano. Pensé en los desgraciados que se habían resistido a abandonar sus casas e imaginé sus cuerpos sometidos al acero castellano, a los soldados entrando en sus casas, saqueándolo todo, violando a las mujeres y atormentando horriblemente a los hombres. Y al hacerlo, a duras penas pude contener las lágrimas. Después, sin saber muy bien por qué, pensé en aquel viejo y derruido cobertizo que nos acogió a Benvenida y a mí al llegar a Teruel, y lo imaginé todo cubierto por el mismo fuego terrible que había convertido nuestro hogar de Cannete en una escombrera. Después pensé en la morada que Meriem y yo habitábamos. ¿Acabaría también arrasada por las llamas? ¿Llegarían los castellanos y lo saquearían todo? Sentí que la respiración me faltaba y, abatido, me dejé recostar sobre el almadrake de la banca.

—¿Estás bien? —preguntó mi esposa al penetrar de nuevo en la cocina—. Los niños están despiertos, pero les he dicho que no se levanten de la cama.

No tuve tiempo de responder. Un golpe sordo en la puerta del consultorio nos sobresaltó a todos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Yehuda, alarmado.

Agité la cabeza confuso. Era imposible que los castellanos hubieran rebasado el muro con tal prontitud. El golpe se repitió con mayor fuerza que antes.

—Llaman a la puerta —sugirió Meriem tan asustada como nosotros.

Bajé las escaleras tan rápido como pude, pues las piernas me temblaban y apenas me sostenían en pie. Pensé que debía de ser alguien herido, porque difícilmente nadie se habría aventurado a salir a la calle a esas horas de la noche. Abrí las fallebas como si me fuera la vida en ello y, sorprendido, me encontré en la entrada a Zahadías, el hermano de Jucé de Palencia, un viejo de pelo cano y toscos ademanes.

—Vamos, Leví, no queda mucho tiempo —me dijo apremiante—. Recoge tus cosas y reúne a los tuyos. Os llevaré a un lugar seguro.

No hice preguntas. Subí de nuevo la escalera a toda velocidad y grité a Meriem para que pusiera en pie a los niños. Al momento vi que Yehuda y su mujer se abrazaban junto al hogar. Por un instante se repitió en mi mente aquella vez en la que Selomó golpeó apremiante la aldaba de nuestra casa, en Cannete, para advertirnos de la llegada de los cristianos, y una punzada dolorosa me atravesó el pecho de parte a parte. ¿Sería posible que Adonai, nuestro Dios, volviera a condenarnos a aquella oprobiosa humillación? Tragué saliva y sentí que me faltaban las fuerzas.

—Apaga el fuego y reunid aquello que consideréis de valía —le dije a Yehuda con el aliento entrecortado.

Junté algunas joyas y otros útiles de valor, y bajé hasta la entrada. Mi esposa y los niños aguardaban junto a Zahadías, y al instante bajaron Yehuda y su mujer. Entré en el consultorio y recogí todo el instrumental, algunos tarros con ungüentos y electuarios, varias ampollitas de vidrio para recoger la orina y tres o cuatro libros del arcón en el que guardaba los códigos médicos.

—Vamos —nos apremió Zahadías—, ya no queda demasiado tiempo.

Corrimos calle abajo hacia el fosar de San Pedro, pues en aquella dirección se alzaba la vivienda de Zahadías, ubicada justo en el límite de la judería. El hermano de Jucé era un rico comerciante que se había establecido en la ciudad pocos meses antes de que Benvenida y yo llegáramos a ella, y su casa era una de las más grandes de la ciudad. En los últimos años sus negocios habían prosperado: tenía grandes viñedos en el exterior de la urbe y era uno de los mayores productores de vino judiego de todo Teruel.

—¿Dónde vamos? —preguntó Yehuda antes de que el comerciante introdujera la llave en la cerraja de la puerta de su hogar, tras acariciar apresuradamente la *mezuzá*.

Zahadías se volvió un instante, pero no dio respuesta. Yo asentí con la cabeza, confiado en que el comerciante no buscaba sino nuestro bien. Al entrar nos llevó hasta el corral y abrió una pequeña trampilla. Bajamos todos a trompicones hasta la bodega, una pequeña cueva abovedada repleta de toneles de vino, donde se hacinaban un buen grupo de vecinos de la judería y varios parientes de la esposa del comerciante.

—No tardarán en comenzar a utilizar sus ingenios contra la ciudad —nos dijo mientras nos repartía algunas mantas que su esposa sacó de un arcón repleto de polvo. Apenas había luz en aquel angosto agujero, salvo por un par de candelas de sebo que titilaban agitando nuestras sombras sobre la bóveda repleta de telarañas.

—¿Ingenios? —preguntó Meriem, asustada. Yo había escuchado los rumores de que portaban varios con ellos durante la mañana, pero había evitado mencionar ese detalle a mi esposa.

—Al menos arrastran quince —aseguró el comerciante, quien parecía conocer con detalle la situación—, pero probablemente hayan pasado la tarde construyendo alguno más. Dicen que las cureñas de algunos de ellos llevan ruedas y pueden acercarlos al muro. Tienen intención de cercar la ciudad y os puedo asegurar que no habrá tregua. Si no llegan pronto las fuerzas del rey de Aragón, la conquista será inminente.

—¿Y el fuego? —preguntó el labrador, que todavía permanecía espantado con la posibilidad de que los de Castilla estuvieran ya dentro de la urbe.

—Han prendido varias casas en el Arrabal —aseguró Zahadías—. No intentarán el asalto hasta mañana, pero es posible que antes de la llegada del alba comiencen a disparar sus máquinas. Han acercado gatas hasta los muros, e incluso puede que intenten cavar galerías y minas por debajo de las torres. Y si ahondan mucho, tal vez puedan acceder a alguna de las bodegas que hay a esta parte del adarve.

»Este es el lugar más seguro de mi vivienda. Es cierto que la de Leví se encuentra más cercana al muro que esta —apuntó clavando sus ojos en los míos—, y es más probable que aquí nos hallemos más expuestos a la parábola de los proyectiles. Pero nos encontramos a buena profundidad, y aunque alguna piedra ocasione desperfectos en el edificio, difícilmente podrá causar daños en esta cava. Aquí nos encontramos a salvo, os lo aseguro.

Aquella reflexión no me dejaba nada tranquilo. Había invertido abundantes esfuerzos y dinero en nuestra casa como para aceptar sin más la posibilidad de que alguna pella desmoronara sus paredes.

—¿Hay alguna forma de evitar el ataque? —pregunté acaparando al instante la atención de todos los que estábamos en la gruta—. La ciudad se encuentra repleta de gente; si atacan con piedras, habrá multitud de muertos y heridos. ¿Qué posibilidades tenemos de evitarlo?

Zahadias de Palencia esbozó una cínica sonrisa al advertir mi preocupación.

—¿Evitar el ataque? —preguntó, como si resultara absurdo plantear aquella cuestión—. No se puede evitar el ataque, mi querido amigo. ¿Acaso no has escuchado las noticias que llegan desde Carinyena? Si la ciudad quiere salvarse, habrá de poner todas sus esperanzas en ese ejército que dicen está a punto de llegar y que el traidor del conde Enrique encabeza. De otra forma, todo es una cuestión de tiempo. Los castellanos destrozarán la ciudad entera y le darán fuego, saquearán cuanto puedan y nos degollarán como a puercos.

Me agazapé en un rincón y, echándome las manos a la cabeza, apoyé la espalda sobre un pesado tonel que descansaba sobre una gruesa luneta de madera. Nada de aquello tenía sentido. Llevaba casi quince años en aquella ciudad, la mayoría de ellos tratando de sanar a todos los enfermos que acudían hasta mi consultorio. Había extirpado tumores, amputado miembros gangrenosos, sanado infecciones, aplacado fiebres y, sobre todo, había luchado enérgicamente con aquel maldito morbo siniestro que había arrasado el orbe y que, una vez más, parecía rebrotar del inframundo. ¿Y todo para qué? Si los castellanos realizaban ahora una carnicería como la de Carinyena, ¿de qué habrían servido mis esfuerzos? Sabía que la lucha contra la enfermedad es una batalla perdida, pues la muerte se alza siempre victoriosa en todo combate y hacia ella nos dirigimos irrevocablemente todos los mortales. Pero ¿qué sentido tenía luchar contra la muerte, si aquella trágica guerra nos iba a abocar a todos hacia sus siniestras entrañas?

Meriem se ovilló a mi lado y nuestros hijos se acurrucaron entre nuestras piernas. Junto a nosotros se tumbaron Yehuda, su esposa y sus hijos. Ignoro cuánto tiempo transcurrió después de eso, solo sé que permanecí un largo rato despierto, meditando, incapaz de comprender aquella terrible situación, mientras mi nariz se empalagaba con el olor a tierra, maderas húmedas y el aroma afrutado de los caldos. Después el sueño se apoderó de mí y comencé a dar cabezadas. Me despertaba sobresaltado, atormentado por terribles pesadillas, pero luego volvía a quedar dormido una y otra vez, hasta que la oscuridad total se apoderó de mis ojos y me sumí en un sopor inquebrantable.

* * *

Un estruendo sordo me despertó pasadas varias horas. Debía de faltar poco para

el amanecer. Me levanté de un salto y vi cómo las gentes que se refugiaban en la gruta se arracimaban en uno de los rincones, los más abrazados. Meriem permanecía a mi lado, pero la familia del labrador y nuestros hijos se encontraban todos junto a los parientes de Zahadías, en la otra parte de la gruta. Miré a un lado y otro, aturdido, y pude oír el sonido de las esquilas de la iglesia de Mediavilla en la superficie. Al instante, se escuchó un nuevo estrépito, la cueva tembló levemente y la llama de las candelas titiló, formándose en la gruta una pequeña nube con el polvo que se desprendía del techo.

—Ha comenzado —expresó Zahadías, sin despegar la mirada de la parte alta de aquel agujero.

—Los castellanos atacan... —musité sobrecogido. Sabía que eso iba a ocurrir más pronto que tarde, pero probablemente aguardaba a que la sensatez de los miembros del concejo evitara el derramamiento de sangre.

—Han lanzado ya al menos media docena de piedras —susurró mi mujer, con las mejillas humedecidas por los lagrimones que las recorrían—. Las primeras casi ni se percibían, pero cada vez se aproximan más.

Supuse que las primeras máquinas habían arrojado sus proyectiles sobre el barrio de San Miguel y la zona de las Carnicerías Altas. El último estruendo parecía provenir de las calles donde habitaban los Marcilla y, si mi esposa no erraba, las siguientes piedras iban a caer cerca de la judería y de donde nosotros nos hallábamos refugiados. Efectivamente, se escucharon dos estruendos mayores, y la tercera pellada hizo que la casa entera temblara por la sacudida. Fue tan fuerte que pensamos que el techo se nos desplomaría encima, y buena parte del yeso que recubría la bóveda y las paredes cayó sobre nuestras cabezas, tornando grises nuestros cabellos. Al instante el silencio se rompió por los lastimosos gemidos de las mujeres, las grotescas imprecaciones de algunos de los hombres y los vagidos de un infante que hasta ese momento mamaba plácidamente de la teta de su madre.

—Tranquilos —expresó Zahadías levantando su voz por encima de las nuestras—. La casa es segura. Os garantizo que es el lugar más seguro de toda la ciudad.

Sus palabras no resultaron tranquilizadoras, porque un nuevo cantazo sonó tan estruendoso como el anterior, y nuevamente una capa de yeso y polvo se nos vino encima.

—El Señor se apiade de nosotros —expresó la voz de una anciana cuyo rostro no me era conocido, y al instante todos nos sumimos en oraciones.

—Confiad en el Señor, ¡exaltada sea su memoria! —expresé intentando apaciguar a los míos—, pues está escrito: «Él te librará de la red del cazador y de la peste exterminadora; te cubrirá con sus plumas, te hallarás seguro bajo sus alas, y su fidelidad te será escudo y adarga. No tendrás que temer los espantos nocturnos, ni las saetas que vuelan de día, ni la pestilencia que vaga en las tinieblas, ni la mortandad que devasta en pleno día».

A media mañana, las máquinas concedieron una tregua y el ataque cesó durante

algunas horas. Aunque éramos presa del miedo, no pude evitar salir de la bodega y recorrer la parte alta de la ciudad en compañía de Yehuda, convencido de que el número de heridos sería muy elevado.

Nada más salir de la casa de Zahadías, vimos un par de viviendas con imponentes grietas en sus paredes, mientras escuchábamos los ladridos de los canes y los armoniosos lamentos de las mujeres. La calle estaba llena de cascotes y tejas rotas, y una densa polvareda todavía flotaba en el ambiente. Traté de encaminarme hacia la plaza de la Judería, temeroso de que mi casa se encontrara entre los edificios afectados, pero entonces alguien comenzó a llamarme a voces: «¡Mestre Leví, mestre Leví!». Los gritos procedían de una de las ventanas que quedaban al otro lado del carnero de San Pedro, en la barriada cristiana. Miré hacia el extremo opuesto de la calle, ansioso por conocer la suerte de mi hogar, pero, sobrecogido, acabé por dirigirme hacia la vivienda desde la que solicitaban mi ayuda. Yehuda me seguía, sin mediar palabra, con la bolsa en la que había cargado todo el instrumental. Al pasar junto al muro de la iglesia, llamó mi atención para señalarme el cadáver de un desgraciado que yacía enterrado bajo varios cascotes. Su cuerpo no era sino un amasijo de costrones ensangrentados y polvorientos que hacían irreconocible su rostro.

El cristiano al que atendí tenía la cabeza abierta. Había permanecido en su casa durante el ataque, pero el temblor provocado por una de las pelladas había hecho que una estantería se le desplomara encima. Cosí la herida y unté sobre ella un emplasto de los que había conseguido sacar de mi casa. Al terminar, traté de marchar hacia mi consultorio —más preocupado ahora por recuperar algunas otras cosas que podían serme útiles que por ver el estado en el que se encontraba la casa—, pero ni tan siquiera logré salir por la puerta. Se había corrido la voz de que me hallaba en casa de Miguel de Nuévalos, que así se llamaba aquel hombre, y ahora era una procesión de heridos la que llegaba hasta la vivienda desfilando desde la costanilla de San Pedro.

—Marcha a casa de Zahadías y dile a mi esposa que regresaré en cuanto pueda —le dije a Yehuda, consciente de que tenía pacientes que atender y de que curar las heridas de la gente que había frente a la casa me llevaría todo el día. Luego me dirigí a Miguel y, mientras llamaba al primero de los heridos que aguardaba junto a la entrada, le pregunté—. ¿Se sabe de algún otro médico que esté ayudando a los heridos en la ciudad?

El cristiano negó con la cabeza.

—Que nosotros sepamos, nadie, mestre —contestó una mujer que había entrado en el corral—. Y dicen que un bolaño ha alcanzado el hospital de San Marcos y ha echado media pared abajo.

Aquello me contrajo el alma. Se necesitaban camas, mantas, instrumental adecuado... ¿Qué podía hacer yo para solucionar todo aquello? Intenté convencer a los heridos para que al menos me acompañaran hasta mi consultorio, pero era imposible atravesar la salida de la casa de Miguel de Nuévalos, dada la cantidad de

gente que se arracimaba sobre la misma. Desistiendo, y con el consentimiento del propietario de la vivienda, comencé a curar las heridas de aquellos desgraciados entre las mulas y gallinas del corral. Mandé a una niña a por agua al abrevadero que hay en la plaza de San Juan, junto al palacio de los Muñoz, y asentí agradecido cuando una de las mujeres me metió en la boca un chusco de pan duro que apenas sació la terrible gazuza que me retorció las tripas. Pasé al menos cuatro horas limpiando heridas, suturando, untando emplastos y vendando contusiones. Ignoro a cuántos pacientes atendí y, pese a que ninguna de las lesiones revestía gravedad, todos informaban de lo mismo: el ataque había sido desmedido y brutal. Varias casas se habían desplomado en la barriada que se extendía desde la calle de los Marcilla hasta los Graneros Viejos y las Casas del Obispo. De hecho, de toda la parte alta de la ciudad, que era donde se había concentrado el ataque, solo la calle de los Muñoz y la plaza de San Juan se habían librado de las pelladas. Se contaba al menos una decena de muertos, y a dos hermanas que vivían cerca de la iglesia de Santa María les habían amputado un brazo y una pierna respectivamente. Aparte de esas, pocas noticias llegaban, y las más no eran sino meros rumores difíciles de creer.

Era tanta la gente que se agolpaba junto a la casa del cristiano que difícilmente habría podido escapar de allí de no ser porque, a media tarde, los castellanos comenzaron nuevamente a arrojar piedras sobre la ciudad con sus terribles artefactos de guerra. Las primeras cayeron muy cerca de la ermita de San Bartolomé y, aunque el ruido se escuchó en la distancia, las gentes no tardaron en huir despavoridas tratando de buscar refugio. Los bronces de Santa María y San Pedro comenzaron a tañer frenéticamente y, aunque la frecuencia de los impactos era menuda, en poco rato todas las calles de la ciudad quedaron limpias de hombres y mujeres.

—Bajad con nosotros al sótano. Es un agujero pequeño y oscuro, pero cabemos todos —me pidió Miguel, con los cabellos todavía apelmazados por el emplasto que le había untado.

Le eché una rápida ojeada a la herida y negué con la cabeza.

—Mi mujer me aguarda, y no sé nada de ella ni de mis hijos —le contesté mientras trataba de reunir nuevamente todo el instrumental y guardarlo en el herramental.

Me apresuré a salir de la casa para que el cristiano pudiera atrancar la puerta del corral y huir a su refugio lo antes posible, y enfilé hacia la calle que subía hasta la plaza de la Judería. Ya me acercaba hasta la puerta de Zahadias cuando, justo en ese instante, una piedra enorme pasó por encima de mi cabeza y golpeó violentamente contra el costado de la iglesia de San Pedro. La pellada levantó una polvareda impenetrable, y a punto estuve de ser aplastado por la lluvia de cascotes y maderas que cayó sobre la calle. Corrí a toda prisa hasta la puerta de la casa y vi que estaba cerrada a cal y canto. Pensé en llamar, pero supuse que no escucharían los golpes desde la bodega. Un nuevo bolaño silbó en el cielo y fue a caer no lejos de allí, a tenor del sordo estruendo que provocó. Escuché un lamento agónico y varios

gemidos; luego, un grito aterrador ahogó el metálico sonido de las campanas y al momento una jauría de canes ladró desde todos los puntos de la ciudad.

Desistiendo de buscar refugio en la cava de Zahadías, subí a toda velocidad hasta la plaza, dejando tras de mí varias casas de la judería que habían sido dañadas y, al llegar junto al callizo que abría paso a mi vivienda, observé desolado cómo parte del tejado se había venido abajo.

—¡Yahvé los maldiga a todos y los condene a la gehena del fuego por los siglos de los siglos! —grité apenas conteniendo las lágrimas.

Abrí la puerta de mi morada y penetré en el consultorio tras sentir en las yemas de mis dedos el tacto de la *mezuzá*. Todo estaba tal y como lo habíamos dejado el día anterior. Subí aprisa a la primera planta, mientras mis oídos escuchaban un nuevo estruendo en la lejanía. De nuevo las pellas y bolaños caían sobre el barrio de los Marcilla, lo que me hacía suponer que las máquinas que tiraban sobre la judería, que acababan de descargar hacía unos instantes, tardarían un rato en volver a actuar. La cocina permanecía intacta, al igual que las habitaciones; al subir al sobrado, sin embargo, pude ver parte de la techumbre desprendida. Por suerte, el proyectil no había golpeado de lleno en nuestra casa, sino que había rozado el tejado y había ido a caer sobre la vivienda que se levantaba al otro lado del callizo. Había cascotes y trozos de teja encima del colchón en el que había dormido la familia de Yehuda en las últimas semanas. Por un momento pensé que aquella desdichada familia habría fenecido ante el ataque, pero luego supuse que, de haber permanecido allí, todos habríamos buscado refugio en la parte baja de la vivienda. Sea como fuere, era evidente que gracias a Zahadías nos habíamos ahorrado el susto de imaginar que la casa se nos venía abajo.

No tenía mucho tiempo. Salvé algunos objetos más del sobrado y la primera planta, bajé las escaleras a toda velocidad y volví a entrar en el consultorio, sintiendo que la respiración me faltaba y el pecho estaba a punto de reventarme. Miré desesperadamente a todas partes, incapaz de tomar una determinación ante la opresión de aquella situación. La rabia me hizo empujar un estante, y varios tarros y códices cayeron al suelo con gran estruendo. En ese preciso instante una nueva pella cayó cerca de la plaza Mayor, y supe que faltaba muy poco para que las máquinas que apuntaban hacia la barriada de la judería descargaran nuevamente sobre nosotros. Impotente, me refugié escondiéndome entre el poyo en el que solía trabajar y uno de los estantes del consultorio. Cubrí mi cuerpo con un par de mantas de borra y varias licheras que había tomado de nuestra habitación y, rezando cuantas oraciones pude recordar, pasé allí el resto del día y la noche, sintiendo cómo las piedras caían sobre la ciudad, desbaratando edificios y muros, y cómo el terror se apoderaba por segundo día de las gentes de Teruel.

* * *

Quedé dormido poco antes del amanecer y, al despertar, pude contemplar un haz de luz que penetraba por el pequeño vano que se abría desde el corral de la casa. El ataque continuaba, pero las pelladas sonaban ahora lejanas. Traté de averiguar la procedencia de los sordos estruendos y supuse que estaban atacando la puerta de Darocha. Debía de hacer largo rato que las piedras no caían sobre la judería, porque pude escuchar a varias personas correteando por la calle. Luego alguien gritó «¡Fuego!», y al momento varias personas avanzaron calle abajo pidiendo agua a grandes voces. La intensidad del ataque era mayor que el día anterior, lo que me hizo suponer que los castellanos habían construido más máquinas. La ciudad debía de estar repleta de heridos y muertos. Al pensar aquello, una sobrecogedora congoja se apoderó de mí, y evoqué en mis pensamientos aquellos nefastos días en los que el morbo había podrido la carne de los habitantes de Teruel.

Hacia el mediodía, como la jornada anterior, los ingenios nos dieron un respiro y el ataque cesó por unas pocas horas. Supe enseguida que numerosos heridos se acercarían hasta la casa tratando de buscar mi ayuda, pero en aquellos momentos el miedo me atenazaba y lo único que deseaba era abrazar a Meriem. Cubriéndome el cuerpo con un recio capote vellado que era de Yehuda y tapando mi cabeza con un grueso verdugo de lana oscura, con la esperanza de que nadie me reconociera, abandoné mi casa a hurtadillas por el estrecho callizo y, sin alzar la vista, crucé la plaza de la Judería y me encaminé hacia la calle que descendía hasta el fosar de San Pedro.

El miedo me oprimía y, mientras caminaba, no fui capaz de levantar los ojos para contemplar la destrucción que me rodeaba. Imaginé que las paredes de las casas se habían despeñado, pues las calles eran un amasijo de cantos, maderas y regueros de sangre. Vi un cuerpo tendido en la esquina de la plaza, todo él blanco por el yeso de las casas y la polvareda, y una mancha sanguinolenta que empapaba sus cabellos y teñía su ropa de un vivo color. La muerte campaba a sus anchas por las calles de la ciudad y el absoluto silencio que impone el terror solo era violado por el desgarrador lamento de quien veía su vida acabada, o la de los suyos.

Llamé a la puerta de la casa de Zahadías y aguardé unos instantes que se me hicieron eternos. La esposa del comerciante, una buena mujer que compartía con la mía el nombre de Meriem, me abrió al poco y, sin mediar palabra alguna, me hizo un gesto para que pasara. Bajé hasta la bodega y contemplé a mi mujer, agazapada en el mismo rincón en el que la había dejado el día anterior.

—¡Leví! —exclamó ella al verme aparecer en la escala que descendía a la gruta.

—¡Padre! —gritaron a un tiempo mis hijos, abalanzándose sobre mí a la carrera.

Mi esposa vino tras ellos y se fundió conmigo en un prolongado abrazo, uno tan intenso que me colmató el alma, pues hacía meses que no sentía su presencia tan cercana a la mía.

—Te creíamos muerto —me dijo Judit, y su madre la reprendió al instante dándole un pescozón en la cabeza.

—Pensábamos que te había ocurrido algo malo —me dijo Meriem tratando de justificarse. Al momento Yehuda y su esposa se acercaron mostrándose satisfechos de verme con vida.

Relaté lo que había acontecido durante el día anterior y cómo me había visto obligado a refugiarme en nuestra casa. Les conté igualmente que una piedra había dañado el tejado y, al decir que varios cascotes habían caído sobre el lecho de Yehuda y su esposa, el labrador agradeció al cielo el haberles librado de la desgracia, bendiciendo al tiempo el nombre de Zahadías y el nuestro propio por haberlos acogido en nuestra vivienda.

—¿Sabes algo de Todroz y de su familia? —me preguntó Meriem con la mirada contraída al escuchar que las pellas, piedras y bolaños habían hecho gran daño a todas las fachadas de nuestra calle.

Negué con la cabeza. Meriem estaba preocupada, pues tiene en gran estima a Bonadona, la esposa del cordelero. Como te he dicho, ambas comparten abundantes ratos por las tardes, cocinando juntas, hilando o cosiendo, pues nuestro hogar y el suyo están unidos por el corral. Ambas son buenas mujeres, no son dadas a la charladuría, ni a mirar desde el umbral de la puerta o desde las ventanas —como hacen otras muchas, más pendientes de lo que pasa en la calle que de las tareas que deberían hacer en sus hogares.

—¿Dónde está Zahadías? —pregunté mientras escrutaba toda la cueva tratando de encontrarlo.

—Salió al cesar los ataques —aseguró su esposa, que no nos quitaba ojo desde mi llegada.

—¿Ha salido a la calle? —pregunté sorprendido. En la cueva había comida suficiente y bebida de sobra, y no se me ocurría ningún otro motivo que pudiera llevar a nuestro amigo a cometer la temeridad de abandonar su morada.

La mujer asintió fríamente y, sin decir nada más, se volvió y regresó hacia la escala que ascendía hasta la planta baja de la casa. Meriem me miró con cierto aire de complicidad y se acercó hasta mí para susurrarme algo al oído, mientras cubría convenientemente sus labios con la palma de su mano.

—Creo que ha salido para reunirse con el rabino o con algún otro adelantado de la aljama. Ya sabes lo influyentes que son tanto Zahadías como su hermano Jucé.

Y era verdad. Pese a su ascendencia castellana, sus palabras tenían un gran peso entre los ancianos. Conocían además a algunos de los miembros del concejo y su relación con el señor de Escrich no pasaba desapercibida. Al igual que su hermano, Zahadías era un reconocido defensor del rey Pedro de Castilla, aunque era mucho más moderado en sus juicios que Jucé. «Algo se traen entre manos», medité confundido, incapaz de percatarme de lo que se fraguaba en la judería cuando aquellos terribles ingenios del diablo nos concedían una tregua.

* * *

Al día siguiente, las máquinas cesaron el tiro nuevamente al llegar el mediodía, después de haber batido Teruel de manera incesante durante toda la noche y buena parte de la mañana. La acometida había sido mayor que las anteriores, y en la barriada de los Marcilla, junto a las enormes piedras que los castellanos arrojaban, vieron caer despojos de animales muertos y restos de cadáveres humanos, posiblemente pertenecientes a los muertos causados durante los ataques al Arrabal. Supuse que a esas alturas la ciudad debía de estar ya medio destruida, a tenor de los constantes temidos que hacían que aquella gruta se estremeciera una y otra vez. Sabíamos que habían ardidado varios edificios junto a las Carnicerías Altas, y que al menos habían muerto otras cinco personas durante la noche. Las cifras de fallecidos eran confusas, pues se decía que al alba los castellanos habían echado varias escalas en el muro norte de la ciudad y que se habían producido duros enfrentamientos en los adarves, en la torre del Rincón y en las demás que se extienden por toda la muralla en aquella parte.

La ciudad era un completo caos y el terror nos embargaba a todos. Aun así, traté de abandonar la bodega de Zahadías para atender a algunos heridos que las pelladas habían dejado entre la costanilla de San Pedro y la plaza Mayor. En la calle se decía que había hasta veinticuatro máquinas tirando piedras desde la parte alta del Arrabal y el real de los castellanos. Circulaban otros rumores, pero hice caso omiso de todos ellos, pues los juzgué producto del pánico y de la desesperación que sufría la gente. Si alguien sabía algo de la situación, ese debía ser Zahadías, y ciertamente no me equivocaba.

Lo abordé una vez hubo comenzado nuevamente el ataque, que esta vez se había demorado más que en las jornadas anteriores. El comerciante parecía aterrado. Su semblante endurecido y su mirada perdida me hicieron suponer que las cosas no marchaban demasiado bien.

—Necesito saber qué es lo que está ocurriendo —le dije, intentando extraer las palabras de su boca—. La ciudad es un amasijo de ruinas y sangre, y ni tan siquiera soy capaz de salir de este agujero. Ignoro si el hospital de San Marcos se encuentra todavía en pie, y no sé si hay más médicos actuando en la ciudad o si se requiere de mis esfuerzos en la superficie.

—El final se acerca, Leví —me explicó, tragando una bocanada de aire que parecía haberse hecho serba cruda en su garganta—. La ciudad está abandonada a su suerte y nadie puede salvarnos del trágico destino al que nos vemos abocados. Sus ingenios son indestructibles: están blindados con manteletes y los nuestros no aciertan a asaetarlos desde los adarves. Los soldados de a pie se aproximan hasta la cerca resguardados por gatas cubiertas de ramas, zarzos y pieles, y plantan escalas en las murallas sin dar tregua a los hombres que las guardan. Es solo cuestión de tiempo que ganen alguna torre o abran alguna brecha en el muro. Hay muchos muertos entre los soldados que defienden la ciudad y la desesperación cunde por todas partes.

Le sujeté por los hombros viéndolo desesperado, observando cómo se desmoronaba delante de sus parientes y de mi familia.

—¿Y el ejército del conde Enrique? —pregunté ingenuo, poniendo mis esperanzas en aquel hombre vil que tan cruelmente se había comportado siempre con los nuestros.

Zahadías negó con la cabeza.

—Nada se sabe del conde, pero durante la madrugada ha llegado un jinete a la ciudad. Aprovechó la oscuridad y el empeño que los castellanos estaban poniendo en su ataque sobre el muro septentrional para acercarse hasta la entrada del Guadalaviar y, mostrando sus señas aragonesas a quienes defendían el acceso, penetró por el pequeño postigo que hay junto a ella. El jinete provenía de Alcaniz y decía traer un mensaje del conde de Denia. Afirmaba que la hueste que este conde había reunido en tierras valencianas regresaba ya sobre sus pasos, temerosa de que los castellanos, tras conquistar Teruel, lanzaran un ataque a las fortalezas de Murviedro y Valencia. Aseguraba también que el mismísimo rey daba ya la ciudad por perdida y que nada se podía hacer para salvarnos. Encomendaba a nuestras autoridades que resistieran valientemente contra el enemigo y que ganaran todo el tiempo que fuera menester para que el reino entero no cayera en manos del rey don Pedro Alfonso.

La noticia me dejó sin aliento. Si el ejército del rey Pedro de Aragón no iba a acudir en nuestra ayuda, entonces nos hallábamos del todo condenados, pues nada podían hacer los nuestros por resistir los ataques. Era cuestión de días que los castellanos rindieran la plaza, bien fuera por la toma de las armas, bien por el hambre y las enfermedades que estaban a punto de desatarse a consecuencia de aquel nefasto asedio.

—Tenemos que hacer algo, Leví —me dijo desesperadamente Zahadías con la mirada de un demente—. Si no hacemos nada, la ciudad sucumbirá como Carinyena.

Pensé que aquel hombre había perdido el juicio, pero era evidente que sabía lo que se hacía. Él era castellano, como yo. Se reunía constantemente con otros judíos procedentes de Castilla, y en los últimos días había intensificado sus encuentros con varios paisanos nuestros que se hallaban establecidos en la ciudad, procedentes algunos de la tierra de frontera, de Moya o de Molina, incluso de Cuenca, y otros muchos de las tierras occidentales. Se decía que ese partido tenía gran influencia en Teruel y que algunos miembros del concejo apoyaban sus intereses. Pero desconfiaba yo de tales informaciones, como de la mayoría que, en lugar de salir de los pregones, partían de la boca de alguna de aquellas viejas que siempre estaban en las puertas de sus casas, o mirando por las ventanas, pendientes de cualquier chismorreo.

Pasamos los dos días siguientes ocultos en aquella gruta, entre las tinajas y barricas de vino, guarnecidos por la densa jábega de telarañas y polvo que colgaba de las vigas y que se extendía de una parte de la cueva a la otra. Los temblores provocados por las pelladas hacían que las pequeñas ratas abandonaran sus escondrijos y buscaran escabullirse entre nuestros pies. Por las paredes correteaban los arácnidos,

con sus sombras acrecentadas por el titilo de las candelas. La humedad se adhería a nuestros pechos, atenazados por el miedo, y llenaba nuestras gargantas de mucosidades. Yo mismo me hallaba aquejado de un molesto romadizo que me hacía moquear constantemente y abotargaba mi cabeza. Temí que si permanecíamos demasiado tiempo en aquel agujero, acabaríamos por enfermar todos; pero los implacables ingenios de los castellanos no daban tregua y seguían sembrando la destrucción por doquier. Su terrible azote solo frenaba unas pocas horas al mediodía, breves descansos que aprovechábamos para intentar atender a la marea de heridos en el corral de la casa de Zahadías, mientras dejábamos a las mujeres y los niños en el agujero. Yehuda me ayudaba a limpiar las heridas con agua y a emplastarlas. Zahadías, por su parte, se encargaba de que no nos faltara de nada; ordenaba las filas de heridos para que no se abalanzaran sobre el corral y recorría las calles aledañas a la caza de noticias.

Se decía entonces que *Marcillas* y *Muñoces* se unirían y juntarían sus hombres para hacer frente a los castellanos. Esa era nuestra única esperanza, pero nada más lejos de la realidad, porque en la ciudad cada uno actuaba por libre. Los jurados y miembros del concejo se habían resguardado en sus mansiones, ocultos como nosotros en las bodegas, buscando el resguardo del tiro de los ingenios castellanos. Del señor de Escrich poco o nada se sabía, y no faltaban las lenguas que decían que no se encontraba en la ciudad, sino en el real de los enemigos. Yo hacía caso omiso a aquellas habladurías, pero lo cierto es que las piedras caían más del lado de las calles cercanas a la casa de los Marcilla que de la otra parte de la ciudad.

El caos reinaba en la ciudad, querido tío Alatzar, y en los arrabales y aldeas cercanas la situación era todavía peor. Los castellanos habían saqueado las casas del Rabal y habían prendido fuego a los cobertizos, masadas y teñas que se hallaban en el exterior de la muralla. En la judería corría el rumor de que algunos infieles habían abierto las tumbas de nuestro fosar buscando alhajas y joyas entre los sepultados; aquello nos comprimía el pecho, pero nada podíamos hacer salvo esperar. Yo temía que alguno de aquellos bastardos hubiese violado el lecho térreo en el que yacía mi esposa, aunque finalmente el Compasivo, bendito sea, quiso proteger la tumba de su devota sierva de aquellos infectos depravados.

La iglesia de Mediavilla permanecía atestada de gente a todas horas del día. Era con diferencia el edificio más sólido de la ciudad y, aunque sus paredes habían recibido numerosos impactos durante los ataques, los daños eran mínimos. Allí los cristianos se encontraban seguros, pues pensaban que su señora, a la que veneran idolátricamente, los iba a proteger de todo mal. Sus bronce repicaban constantemente, ya fuera marcando los momentos de oración de los infieles, el paso de las horas o los tiempos determinados por los ingenios del enemigo. Los judíos, por su parte, preferían ponerse a resguardo en las dependencias del castillo que se halla levantado junto a la judería —al menos, así lo hicieron muchas familias en los primeros días de ataque, entre ellas la de Todroz y Bonadona, cuya suerte

desconocíamos entonces—; aunque, por ser esa una parte en la que golpeaban muchas pellas y por haberse arrojado los castellanos al asalto de sus muros en varias ocasiones, la mayoría de nuestra comunidad acabó por buscar el refugio en tabucos subterráneos, sótanos y bodegas.

Permanecimos varios días de aquella guisa, completamente aterrorizados, y únicamente hubimos de celebrar que, desde el adarve, alcanzaran una de las gatas enemigas con cal viva, matando a varios castellanos junto a la torre que dicen *del Rincón*. En las calles se amontonaban los cadáveres y un hedor pestilente lo invadía todo. La mayoría de los muertos eran gentes que se habían negado a abandonar sus viviendas y que habían sucumbido aplastados por vigas y paredes derribadas por las pelladas, o miembros de las compañías que inundaban la ciudad y que debían defenderla de los castellanos. Algunos de ellos habían levantado tiendas en las inmediaciones de la iglesia de San Miguel, o junto al templo de San Jaime, y allí habían caído algunas piedras de gran tamaño, matando a muchos.

Cuando cesaban los ataques, los refugiados brotaban como conejos de sus madrigueras y hozaban entre los escombros, algunos buscando comida, otros tratando de encontrar a algún pariente o de rescatar sus posesiones de entre las vigas caídas de alguna vivienda derruida. Los soldados trataban de llevar los cuerpos a los carneros y enterrarlos, aunque fuese de mala manera. Por todas partes se escuchaban lamentos, gemidos de dolor, imprecaciones... El Señor todopoderoso, bendito sea, nos había abandonado a nuestra suerte y nadie dudaba de que acabaríamos aplastados por alguna pella o con el cuello rebanado por la hoja de algún cuchillo castellano.

* * *

El décimo séptimo día del mes de iyar^[51] la situación era ya insostenible. Las gentes habían comenzado a enfermar y las calles estaban llenas de cuerpos muertos, restos putrefactos de animales y comida fermentada que los castellanos arrojaban desde el Arrabal. Eran abundantes los muladares que brotaban entre las escombreras, en los que hozaban los puercos y los pocos animales que quedaban en la ciudad. Las ratas correteaban por todas partes y el temor de que el morbo siniestro rebrotara condenándonos a todos se apoderó de los que nos hallábamos refugiados en la bodega del vinatero palentino.

—Debo hablar con el juez y con los del concejo —le dije a Zahadías con la esperanza de que él me diera alguna pista sobre el refugio en el que los próceres de la ciudad se escondían.

—Es una locura, Leví —se limitó a responderme—. Nadie tiene ya autoridad en la ciudad, y la gente solo piensa en protegerse de los ataques. Faltan manos para limpiar toda esa basura que hay en las calles y para enterrar los cadáveres. La única solución es acabar con todo esto, y para ello hay un único camino.

—¿Un camino? —pregunté confuso. ¿Acaso los adelantados de la aljama tenían

alguna idea para poner fin a aquel funesto asedio? Negué con la cabeza incapaz de encontrar una solución a aquella terrible situación—. No existe camino alguno. Nos matarán, Zahadías. Olvida que eres castellano. Para ellos somos tan aragoneses como el resto y tienen órdenes precisas de lo que deben hacer con nosotros. Aunque clamemos a los cuatro vientos ser castellanos como ellos, no verán en nosotros sino a unos sarnosos judíos a los que saquear, torturar y degollar como a perros.

El viejo Zahadías no respondió a mis lamentos. Se limitó a guardar silencio, se cubrió el cuerpo con una polvorienta manta y se agazapó en uno de los rincones de aquella lóbrega gruta. Al poco rato, cuando los tremidos eran imperceptibles y el sol debía hallarse en lo más alto del cielo, se levantó y se dirigió hacia mí.

—Yehuda —le dijo al labrador sin apartar la vista de mi rostro—, hoy estarás solo. Atiende a quien lo demande. Si preguntan por Leví, di que se encuentra indispuerto y que hoy no puede ocuparse de nadie.

Me agarró por el brazo y, arrastrándome hacia el piso superior, me entregó un grueso tabardo y me pidió que me cubriera. Salimos de la casa antes de que el ataque hubiera cesado del todo, escuchando cómo las piedras todavía golpeaban contra las últimas casas de la parte occidental de la urbe. Avanzamos unos pasos en dirección a la plaza de la Judería y nos detuvimos en seco cuando, con un ronco estrépito, sentimos que una pella golpeó contra el muro del alcázar, no demasiado lejos de donde nos encontrábamos. Zahadías lanzó una maldición y miró al cielo. El sol se hallaba en su cenit, pero el ataque persistía. Buscamos refugio en un portal cercano, conscientes de que esas eran las últimas pelladas antes del mediodía. Después vimos cómo un bolaño caía sobre el tejado de la iglesia de San Pedro, impactando con gran violencia, y hubimos de cubrirnos las cabezas para protegernos de la lluvia de escombros.

—Debemos regresar —susurré tosiendo con la garganta abotargada por la tolvanera de polvo que se había levantado.

Zahadías me miró incómodo y, tomándome del brazo, me arrastró calle arriba, hacia la plaza. Cuando llegamos al corazón de la judería, el ataque parecía haber cesado del todo. Nos colamos por un oscuro callizo y llamamos insistentemente a la puerta de la vieja casa de Isaac de Molina. Nadie acudió a abrir, pero seguimos aguardando junto a la entrada. Hice amago de coger nuevamente el llamador, pero Zahadías me retuvo sujetándome el brazo. Al momento descorrieron las fallebas de la puerta y la esposa de Isaac nos permitió la entrada. Aguardamos en el rellano unos instantes, y al poco apareció Isaac penetrando desde el corral.

—*Shalom alejem*, hermanos. ¿Ha parado ya? —preguntó el de Molina mientras reparaba en mi presencia. Me saludó amablemente sin hacer preguntas y nos invitó a subir a la cocina. Al momento subieron también Famen Abenyanil, Jaimil Abán y otro más cuyo rostro me era del todo desconocido, al que llamaban don Vidal. La esposa de Isaac trataba de encender el fuego y los tres se fueron directos al hogar tras saludarse, mientras se frotaban insistentemente las manos. Imaginé que todos se

refugiaban en la bodega de Isaac y que la humedad se había apoderado de sus huesos, pues yo mismo presentía todavía el frío que emanaba de la cava de Zahadías adherido a la base de mi espalda.

Aguardamos un rato en silencio, calentándonos las manos en el fuego. La cocina de Isaac era espaciosa, con una lujosa banca corrida apoyada en la pared y un aparador labrado en el que se exhibía toda la vajilla de la casa. Permanecíamos a oscuras, pues la ventana que daba a la calle estaba cubierta con un tablero y las paredes tomaban el color rojizo del fuego que ardía en el lar. Hacía frío pese a la fecha, y el helor se confabulaba con el miedo que nos acechaba para sumir nuestros cuerpos en perturbadoras tiriteras. Al poco rato llamaron a la puerta con insistencia; el dueño de la casa tomó una candela de sebo y se dirigió a las escaleras sin mediar palabra.

Escuchamos voces en la parte inferior de la vivienda y al momento Isaac de Molina reapareció en la cocina acompañado de Jucé de Palencia. Quedé perplejo al verlo, mientras los demás musitaban un tibio saludo. Hacía dos semanas que Jucé había marchado de la ciudad y, poco antes del ataque, había escuchado el rumor de que se había pasado al bando castellano. Había intentado hablar de ello con Zahadías en un par de ocasiones, pero el viejo comerciante siempre eludía el tema, provocando, con más razón, que las sospechas fueran poco a poco tomando crédito. Ambos se saludaron con efusividad y se susurraron algunas palabras al oído que los que estábamos allí fuimos incapaces de escuchar.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó Famen Abenyanil mientras me dedicaba una mirada no exenta de recelo.

Jucé también me miró ligeramente antes de responder, pero Zahadías me sujetó el hombro en ese momento, como dando a entender a los presentes que podían hablar con tranquilidad en mi presencia.

—Los castellanos aceptarían de buen grado frenar el ataque si los miembros del concejo rindieran la ciudad.

Jaimil Abán comenzó a sacudir la cabeza agitadamente al escuchar aquello.

—Tenemos que negociar —señaló ofuscado—. Si no logramos una tregua, pronto la ciudad entera sucumbirá.

—¿Negociar? —preguntó Isaac de Molina con tono despectivo—. Nosotros no podemos negociar. ¡Ni siquiera contamos con el apoyo de los adelantados de la aljama! Son ese idiota del juez y sus lacayos del concejo los que deberían haber abierto ya las puertas de la ciudad y haber buscado una rendición favorable.

Abán torció aún más el rostro y, tras rodear el fuego, estiró su dedo índice y sacudió la mano en todas direcciones.

—Hay gran cantidad de mujeres y niños en Teruel —expresó contrariado—. Si les abrimos las puertas de la ciudad a esos bastardos cristianos, entrarán en ella como una jauría de perros furibundos y extenderán su violencia sobre los inocentes. ¿O es que habéis olvidado ya lo que sucedió en Carinyena?

—Pero si no lo hacemos, esos inocentes acabarán sucumbiendo aplastados por las pellas de los ingenios y, cuando nada quede de los muros que nos defienden, los castellanos entrarán igualmente y nos degollarán a todos —replicó Zahadías mientras se frotaba el rostro con las palmas de las manos. Tenía grandes bolsas que colgaban de sus ojos y el hastío se había apoderado de su mirada.

—Ambas soluciones son inadecuadas —reflexionó Jucé—. Solo evitaremos el derramamiento de sangre si les damos a los castellanos lo que quieren.

El judío al que llamaban don Vidal observaba la escena impertérrito, sin dejar de frotarse nerviosamente las manos junto al fuego. Había algo extraño en su mirada. No participó en la conversación, pero no parecía perder detalle; incluso asintió con la cabeza en varios momentos, justo cuando alguno de ellos defendía la idea de negociar con los castellanos. No estoy del todo seguro, estimado Alatar, pero he oído decir que ese hombre era sirviente de Selomó de la Cavallería, un importante judío de la ciudad de Zaragoza, que al parecer colaboró con el rey Pedro de Castilla haciendo tratos siniestros con él y traicionando a los aragoneses.

En aquel momento me sentí como un verdadero necio. Llevaba meses esquivando a Jucé y a todos los miembros del partido castellano de la ciudad y ahora, sin embargo, me hallaba entre ellos, presente en medio de sus cavilaciones. Odiaba tanto la política como se desprecia la hediondez, y nada quería saber de aquella polémica insensata que había desatado el derramamiento de sangre en nuestras tierras. Ellos insistían para que formara parte de su partido —«un hombre con tan buena relación con las gentes del concejo y que procede de las tierras castellanas», decían cuando aún recibía soldada del ayuntamiento—; pero yo siempre me negaba a acudir a sus reuniones, pues no estaba dispuesto a participar de todo aquello.

Y ahora, el hado había querido que me encontrara en casa de Isaac de Molina, rodeado de todos los que componían el partido castellano de la judería, incapaz de zafarme de aquella tela de araña que Zahadías había tejido a mi alrededor. Comencé a sudar copiosamente mientras mis piernas empezaban a temblar nerviosamente. Perdí el hilo de la conversación mientras me debatía en aquellos pensamientos, buscando la forma de excusarme para zafarme de aquel escondrijo y regresar a la calle, donde las decenas de heridos que hubieran salido de sus refugios tratarían de encontrar la ayuda caritativa de algún cirujano.

—¿Y tú qué opinas sobre todo esto, mestre? —preguntó Famen Abenyani dirigiendo su mirada a mi rostro y ladeando ligeramente la cabeza.

La pregunta me pilló por sorpresa, pues, como digo, no estaba prestando atención a lo que decían. Jucé me miraba fijamente ensanchando con sus dedos rechonchos las aletas de su nariz, y Zahadías había bajado su vista hacia el fuego. Dudé un instante antes de contestar y, sin saber qué decir, me rasqué con profusión la barbilla dando a entender que pensaba.

—Imagino que sin el apoyo del ejército de los aragoneses, la ciudad está perdida —dije titubeante, y vi que al momento todos, menos Isaac, asentían convencidos—.

Supongo que la única salida al conflicto es conseguir que los castellanos obtengan algún tipo de beneficio con el fin de evitar el derramamiento de sangre...

—Estoy plenamente de acuerdo —sentenció Jucé para mi sorpresa, pues ciertamente no estaba muy seguro de haber dicho lo que realmente pensaba, sino más bien lo que acababa de escuchar inconscientemente de boca de alguno de ellos mientras buscaba la forma de salir de allí. El resto de los miembros del partido castellano asintieron con más o menos aceptación.

Acababa de meterme en un verdadero embrollo, mi querido tío, pues ahora no solo formaba parte, sin pretenderlo, del partido de los castellanos de la aljama, hecho que siempre había rehusado, sino que mi posición de físico relacionado con algunas de las gentes del concejo me convertía en uno de los miembros más influyentes del mismo. Aquella reunión no tardó en tener sus consecuencias, y ese mismo día, antes del anochecer, alguien llamó a la puerta de la casa de Zahadías de manera tan insistente que los golpes llegaron a escucharse en la bodega.

Se trataba de varios guardias que traían órdenes del concejo. Preguntaron por Zahadías y por mí, y nos escoltaron hasta la casa del señor de Escrich. Los impactos de las piedras al otro lado de la ciudad se escuchaban insistentemente, pero aquellos hombres nos tranquilizaron diciendo que el barrio de San Andrés se encontraba a salvo de los ataques. Aquello me pareció poco convincente al comienzo, pero luego comprendí de inmediato por qué la barriada de los Marcilla había sido mayormente dañada desde los primeros días de asedio. Era evidente que dentro de los muros de la ciudad eran muchos los que mantenían contactos con los ofensores, y —al margen de juzgar la lealtad que mantenían o no a la corona aragonesa— todo parecía indicar que los que pertenecían a ese partido eran los únicos que podían salvarnos del trágico final.

No era la primera vez que visitaba la casona que los Muñoz tienen en la misma plaza de San Juan —al final de la calle que se conoce como *de los Muñozes*, justo enfrente del abrevadero—, y tampoco fue la última que tuve ocasión de hacerlo. Nos llevaron ante la presencia del barón y, para sorpresa mía, nuevamente encontramos allí a Jucé de Palencia, que daba muestras constantes de conocer los planes de los atacantes. Parlamentaron largo y tendido sobre la situación de la urbe y acordaron solicitar una tregua mientras el concejo tomaba una resolución sobre el futuro de la ciudad. Sería al día siguiente, y, si bien apenas participé en los acuerdos, se decidió que Jucé y yo mismo fuéramos en representación de nuestra comunidad.

—El físico marchará contigo —le dijo el barón al comerciante mirándome despectivamente—. Conoce a los del concejo y estoy seguro de que su opinión tendrá un peso importante entre los adelantados de la aljama.

Jucé asintió con la cabeza mientras sostenía sus manos a la altura del pecho. Parecía un devoto entregado al señor de Escrich y ya no me quedaba duda alguna del papel que había jugado en las últimas semanas como informante del mismo, al que debía dar buena cuenta de los movimientos de los castellanos, así como también de

cuanto se decía y acordaba en la aljama. De poco sirvió que yo intentara explicar que ahora ya no recibía soldada del ayuntamiento y que, gracias a la nociva influencia del Marcilla, eran muchos los que me tenían ojeriza.

—¿Y el juez don Gil? —preguntó el hermano de Zahadías buscando sacar una respuesta del barón.

El de Escrich lo miró interesado y se llevó los dedos a la barbilla, que acarició con delectación.

—¿El juez? —preguntó con tono de sentencia—. Déjalo de mi cuenta. Es manso como un cordero y no se opondrá a nuestros planes.

Conocía yo a don Gil Torres, elegido juez ese año en Teruel, por haber sido uno de mis compañeros de tienda en el campamento que el ejército aragonés levantó no lejos de Tirasona, y sabía que era un hombre manejable, de escaso arresto e incapaz para la clase de negocios a los que debía hacer frente como cabeza del concejo. Ahora mis ojos contemplaban cómo, detrás de aquella insostenible situación, los Muñoz hacían y deshacían a su antojo, y cómo yo, sin pretenderlo, me había convertido en un instrumento de la férrea voluntad de aquella importante familia.

* * *

Las resoluciones tomadas en aquella breve conversación se me antojaron de lo más descabelladas. Debíamos reunirnos al alba junto al portal de San Miguel, un pequeño postigo que se abre en el muro muy cerca de donde se encuentra la iglesia que los cristianos dedican al Arcángel y que abre al camino que asciende hasta Alcaniz. No debíamos tener miedo de las pelladas, pues ya se había acordado que los castellanos cesarían el tiro un par de horas antes de la amanecida. Desde allí organizaríamos una pequeña comitiva que partiría hacia la almofalla de los castellanos para negociar sobre el futuro de la ciudad.

Te preguntarás, mi querido tío Alatzar, por qué formaba yo parte de aquella delegación, y lo cierto es que a mí mismo me cuesta todavía hoy encontrar una respuesta. Nos debemos a la voluntad del Todopoderoso, bendito sea, y las intenciones de este resultan en ocasiones totalmente indescifrables para nosotros. Sospecho, como un día me sugirió Selomó Aben Forna —a quien tengo en grandísima estima, pese a ser una persona tremendamente obstinada—, que el de Escrich sabía la predilección que el rey Pedro de Castilla siente hacia los judíos, y por ello no dudó en que una representación de la aljama formara parte de aquella comitiva. El barón no contaba, sin embargo, con el favor de los adelantados, pero su cercanía a los intereses de los castellanos le hacía poseer numerosos afectos entre los miembros del partido castellano de la aljama y, evidentemente, entre los hermanos Jucé y Zahadías de Palencia, que siempre se habían mostrado leales a sus intereses.

Así pues, a primera hora de la mañana y tal y como se había concertado, nos presentamos junto al portillo que dicen *de San Miguel*. Yo llegué acompañado por

Zahadías, aunque este regresó a casa tras dejarme junto a su hermano y varios de los hombres del Muñoz. Mientras avanzábamos hasta la calle alta que conecta las puertas de Zaragoza y de San Miguel desde la costanilla de San Pedro, quedamos desolados al contemplar la destrucción que se había causado en esa parte de la ciudad. La casa de los Marcilla y la iglesia de Santa María, que pudimos contemplar desde la parte alta de la urbe, habían sido duramente dañadas por las pelladas, y la mayoría de las viviendas de la zona se habían visto igualmente afectadas. Las calles se habían convertido en una verdadera escombrera en la que hozaban perros y ratas buscando alguna carroña. La muralla y las torres, ruinosas, a punto estaban de desmoronarse; sin embargo, aún quedaban sobre los adarves algunos soldados haciendo la guardia, cubiertos por recios capotes y con aspecto enfermizo y abatido.

En la puerta nos aguardaba el barón, don Juan Sánchez Muñoz, junto con sus hombres, varios de los miembros del concejo y el juez don Gil Torres, con una mueca de preocupación esculpida en su rostro que me hacía suponer que aquel encuentro le desagradaba tanto como a mí.

La guardia abrió el postigo cuando hubimos llegado todos y, saliendo con cierta prudencia, rodeamos la muralla hasta llegar al camino que parte para Zaragoza y que atraviesa el Arrabal. La imagen que esta barriada presentaba era desoladora. El fuego la había arrasado por completo, y por todos lados se arracimaban escombreras repletas de vigas y piedras ennegrecidas. Los castellanos habían levantado algunas barricadas en varios puntos, probablemente para guarecer a sus ballesteros y poder cubrir de ese modo el avance de los peones hasta los muros. Tras las casas había varias máquinas de guerra y otro tipo de ingenios que los del rey Pedro preparaban para el asalto definitivo de la ciudad y, justo al otro lado de la acequia que dicen *de las Tejerías*, vimos el colorido de las tiendas del atestado real enemigo.

Tras asegurarse de que las enseñas que portábamos con nosotros anunciaban nuestras intenciones pacíficas, nos recibieron amistosamente y nos agasajaron como a reyes. A mí todo aquello se me antojaba harto extraño, pues no me parecía lógico que me honraran con tantas atenciones los mismos que habían amenazado nuestras vidas arrojando sobre nosotros fuego, piedras y toda clase de inmundicias.

Una pequeña comitiva encabezada por un capitán de los castellanos, cuya identidad me es del todo desconocida, avanzó hasta nosotros y comenzó a intercambiar las primeras palabras con el barón y los hombres del concejo. Parecía que el papel de Jucé y mío era de mera comparsa. Nos habían hecho vestir con ropas lujosas y apropiadas para los de nuestra condición, de forma que pareciera que representábamos a las autoridades de la aljama y, aunque los ojos de los castellanos nos dedicaban las mismas miradas despreciativas a las que ya estábamos acostumbrados, era evidente que nuestra presencia respondía a los premeditados planes del partido castellano de la ciudad.

Después de unos breves cuchicheos y de unas cuantas miradas que no se me antojaron nada propicias, el capitán castellano rodeó con su brazo el hombro del

barón y lo introdujo en su tienda. Uno de los alcaldes del concejo hizo amago de andar tras ellos, pero los guardias del castellano se interpusieron en su camino. Al momento don Juan, el señor de Escrich, asomó medio cuerpo fuera de la tienda e hizo un gesto a Gil Torres, quien, sin mudar el rictus, se acercó hasta la lona y desapareció de nuestra mirada.

—Nada bueno pueden estar tramando estos —susurró el alcalde a otro de los oficiales del concejo, y al instante vi cómo Jucé les dedicaba una perforadora mirada no exenta de odio.

Nervioso, torné la vista hacia la muralla, angustiado por aquella situación tan ajena a mis intereses. No veía el momento de regresar al resguardo de los muros. Mis ojos se clavaron primeramente en las desmochadas torres de la ciudad y en lo que quedaba del castillo de la judería, pero al momento busqué con la mirada el viejo y destartalado cobertizo donde Benvenida y yo nos refugiamos al llegar a aquella ciudad. Y, aunque no estoy del todo seguro, creí hallarlo al otro lado de la acequia, todavía en pie, soportando los rigores de aquella campaña tediosa.

Pasó largo rato antes de que el Muñoz y Gil Torres salieran de nuevo de la tienda, con gesto triunfal ambos y una sonrisa dibujada en sus labios. Era evidente que, al margen de la delegación, habían negociado con el capitán y alcanzado alguna resolución claramente beneficiosa para sus intereses. Don Juan galleaba delante del castellano exhibiendo sus dotes de preboste, al tiempo que Gil Torres trataba de tomar hueco en la conversación, sin que el señor de Escrich le cediera la palabra. Se despidieron del capitán enemigo y se reunieron con nosotros, sin responder a nuestras demandas acerca de lo que se había acordado en el interior de la tienda. Reconozco que, pese a su apoyo incondicional desde mi llegada a Teruel, veía al Sánchez Muñoz como un hombre altanero, y he de confesarte, querido tío, que jamás sentí atracción alguna por ese tipo de personas. Como solía decir mi padre, «Rico en arrogancia, pobre en sabiduría».

Regresamos a la ciudad y buscamos el refugio de la fría y lóbrega bodega de Zahadías, como en las jornadas anteriores. El señor de Escrich nos informó de que el ataque volvería a iniciarse en cuanto los castellanos dieran por supuesto que nos encontráramos a buen recaudo, aunque no debíamos temer demasiado, pues las pelladas que cayeran esa noche solo afectarían a la barriada controlada por los Marcilla. Por esa razón, en cuanto hubimos llegado a la casa del viejo comerciante, los dos hermanos, junto con Gil Torres y algunos otros miembros del concejo, en lugar de acantonarse entre las cubas y barricas de vino, como hicimos los demás, se enfrascaron en deliberaciones en el primer piso de la casa. Si bien participar de las reuniones en la vivienda de Isaac de Molina y formar parte de la delegación que había salido de la ciudad para negociar con los castellanos me había disgustado bastante, ahora el hecho de que no contaran conmigo para hablar de la situación tras la negociación me irritaba sobremanera.

Ignoro en qué términos se parlamentó aquella noche y, por supuesto, las

resoluciones que se tomaron previamente en la tienda del capitán castellano entre don Juan Sánchez Muñoz, el juez Gil Torres y el adelantado de los enemigos. No obstante, era evidente que algo iba a suceder en breve y, aunque era necesario que el ataque cesara de una vez, esa noche no pude pegar ojo pensando que nada bueno tramaban los de Palencia y los del concejo, y que el futuro de la ciudad estaba ya posiblemente empeñado.

* * *

Durante la mañana de aquel miércoles —día en el que los paganos veneraban el trozo de madera en el que había sido clavado su falso mesías—, el clima estaba completamente enrarecido. Las pellas seguían cayendo sobre la ciudad a la hora en la que los ingenios solían descansar, y por la lejanía con la que se percibían los tremidos, supusimos que todas lo hacían sobre el barrio que se extiende entre las iglesias de San Miguel y de Santa María, del lado de la muralla, donde se ubican las Carnicerías Altas, y en la calle de los Marcilla, que debía de estar ya del todo arruinada.

Un par de horas antes del mediodía, Zahadías bajó alumbrando la oscura escala de la bodega y, tras susurrar algunas palabras a algunos de sus familiares que los demás no pudimos oír, se acercó hasta donde estaba la familia del labrador y reclamó mi atención y la de mi esposa.

—Debéis regresar a casa —nos dijo con tono firme—. Recoged todo cuanto hayáis traído con vosotros y abandonad mi hogar con la mayor brevedad.

Me costaba comprender todo lo que había acontecido en los últimos días, pero aquello me desarmó completamente.

—Pero, Zahadías... —intenté replicar—. Los ingenios están lanzando piedras sobre la ciudad. Si salimos ahora, correremos un peligro de muerte.

El viejo comerciante esbozó una ligera sonrisa y apoyó su mano sobre mi hombro.

—Todo llega a su fin —me dijo entrecerrando los ojos—. No os preocupéis por las máquinas de los castellanos. En estos momentos concentran sus disparos en el barrio de los Marcilla y en breve lo harán en las calles que corren entre las iglesias de San Bartolomé y San Jaime. Marchad tranquilos a casa, aunque sin demora. No queda ya demasiado tiempo.

Algo se gestaba que no terminaba de gustarme. «¿Todo llega a su fin?» A qué se refería el viejo comerciante. ¿Acaso habíamos llegado a algún acuerdo definitivo sobre la rendición de la ciudad? ¿Cómo podía conocer Zahadías las intenciones de los ingenieros castellanos? Todo aquello no me causaba más que desconfianza; aun así, sin dudarle un instante, desperté a los niños, reuní cuanto poseíamos y, saliendo de la casa junto con Yehuda y los suyos, nos dirigimos apretando el paso hacia el que, desde hacía más de una década, había sido nuestro hogar.

Meriem lanzó un gemido sordo al ver los cascotes y escombros que habían caído del tejado junto a la entrada del callizo y, al contemplar el estado en el que habían quedado las casas circundantes, especialmente la vivienda de nuestro vecino el cordelero, no pudo evitar que el llanto se derramara por sus aterciopeladas mejillas.

—¿Qué habrá sido de Todroz y de su esposa Bonadona? —preguntó con los ojos colmados de humedad. En los últimos días mi esposa no paraba de insistir acerca de la suerte de nuestros vecinos y, sinceramente, yo no encontraba el modo de consolarla.

Negué con la cabeza sin saber qué decir.

—Supongo que habrán encontrado algún refugio donde ponerse a salvo —le dije pesaroso, ignorando que, como otros, habían hallado resguardo en el castillo de la judería—. Espero que se encuentren bien y alejados de todo peligro.

Entramos en la vivienda y, tras ajustar las fallebas, atranqué la puerta lo mejor que pude. Después subimos a la primera planta y encendimos el fuego del hogar. No buscamos ponernos a salvo de los proyectiles que todavía caían sobre la ciudad, pues estaba convencido de que Zahadías no erraba en sus juicios, y la judería ya no estaba amenazada.

—Solo nos resta esperar —les dije a los que allí se encontraban conmigo—. Ignoro qué va a suceder, pero es evidente que esta situación está llegando a su final. Recemos al Todopoderoso, bendito sea, para que preserve nuestras vidas y la de nuestros hermanos. Hagámoslo también para que la actitud de las gentes del concejo se deba a la llegada de una fuerza liberadora desde algún punto del reino, y no a una oprobiosa rendición, como temo, que nos condene a todos a la esclavitud o a la más terrible de las muertes. Recemos como si fuera el último día de nuestras vidas y que Yahvé Dios, loado sea su nombre, se apiade de todos nosotros.

Al momento comenzamos a susurrar levemente las primeras jaculatorias, ahogadas por el llanto de los asustados niños, y los gemidos de Meriem y la esposa del labrador.

No podría precisarte, mi querido tío, qué es lo que sucedió después en la ciudad y cómo se desarrollaron los acontecimientos. Si algo sé de lo que pasó, es por las habladurías que todavía se dan en la calle y por aquello que se cuenta en los corrillos que cada mañana hacen las viejas en los cruces.

Dicen algunos que el mismísimo juez Gil Torres, junto con los guardias de su escolta, subió hasta el postigo de San Miguel cuando el sol alcanzaba el cenit y ordenó abrir las puertas de la ciudad al enemigo. Eso al menos es lo que cree la mayoría de la gente y, aunque el miedo a los castellanos nos oprime, son muchos los que consideran al juez como un traidor que vendió la plaza, condenándonos a una oprobiosa subyugación que dura hasta el día de hoy. Sea como fuere, el capitán de esos desalmados debió juzgar que la entrada era demasiado pequeña para introducir a todos sus hombres y que el barranco que media entre esta y el real la hacía bastante infranqueable para su milicia, por lo que, a la misma hora, algunos vasallos del señor

de Escrich les abrieron paso franco a la plaza de San Juan desde la entrada de Valencia. Otros dicen que ocurrió de forma diferente, mas yo me fío de las palabras de un ropavejero judío llamado Azarías, que asegura que vio al juez con su escolta y a algunos de los hombres del barón subiendo por la calle del Tozal poco antes de que los castellanos comenzaran a entrar en la ciudad.

No tardó mucho en correr por todo Teruel la voz de que los enemigos estaban dentro. Las pelladas habían cesado de súbito y en las calles se escuchaba el ruido de los metales y el tintineo producido por los arneses de los guerreros. Había un vocerío ensordecedor, acompañado de gritos y toda suerte de gemidos. Alguien corrió a cerrar el portillo que une el extremo oriental de la judería con las barriadas cristianas y, al momento, los otros dos postigos ubicados en las calles occidentales fueron igualmente sellados a cal y canto. Tanto desde las ventanas de las casas como desde lo alto de las tapias, los nuestros vieron cómo los soldados castellanos entraban en las viviendas de los nazarenos y saqueaban todo lo que podían.

Salimos muchos a la plazuela, donde se formó un gran alboroto de voces y gritos. Todos estábamos exaltados y nerviosos, conscientes de que el fin se aproximaba y de que, tarde o temprano, los soldados enemigos acabarían superando las tapias y postigos de la judería, que carecían de defensa alguna. Unos decían que no debíamos rendir la barriada a los castellanos, pretextando que el rey Pedro de los aragoneses había sido ampliamente concesivo con nuestras aljamas y que en la corte aragonesa se había rodeado de los más valiosos judíos del reino. Otros, por el contrario, encabezados por los hermanos Jucé y Zahadías, señalaban que era el rey castellano el que era amigo de judíos, que había beneficiado durante su mandato a las aljamas de aquel reino y que ningún daño habían de hacernos aquellos hombres, salvo que nosotros les opusiéramos resistencia. Frente a toda aquella discusión, un grupo de los nuestros se limitó a buscar nuevamente el cobijo del alcázar tratando de poner sus vidas a salvo, inconscientes de que ya nadie defendía esa parte de la muralla.

Yo solo deseaba que los hermanos de Palencia supiesen lo que hacían y estuvieran en lo cierto. No tenía sentido que aquella delegación, que sin duda alguna había negociado, pese a mi ignorancia, la rendición de la ciudad, hubiera contado con dos representantes de la aljama, y que eso no sirviese para nada. ¿Acaso mi presencia en la misma junto a la de Jucé había servido para preservar nuestra barriada del saqueo? Comencé a sudar copiosamente, acosado por la idea de que aquellos perros cristianos no buscaban sino degollarnos como a los de Carinyena y, al tiempo, pensé que mis propios hermanos me acorralarían y me arrancarían las vísceras del cuerpo si llegaban a saber que yo había formado parte de aquella oprobiosa traición que había puesto la ciudad en manos de los castellanos.

Finalmente triunfó la idea de que poco o nada podíamos hacer. ¿Cómo podríamos frenar el imparable avance de las gentes de Castilla? Si habían tardado solo nueve días en rendir toda la ciudad, ¿cuánto tiempo habría de pasar antes de que penetraran en nuestro pequeño barrio? Los hermanos Jucé y Zahadías de Palencia acabaron

reuniéndonos a todos en la sinagoga. Había que tomar una determinación, decían. Si los castellanos entraban por la fuerza, nadie podría evitar el saqueo indiscriminado. Había que pactar una rendición, entregarles a los castellanos lo que pidieran y solicitar a cambio que se evitara el saqueo y el derramamiento de sangre. Y así se hizo. Yo sospechaba que el pacto estaba cerrado de antemano, y cuando juntamos la cantidad de dinero que el capitán castellano reclamó a la aljama a cambio de garantizar que no se saquearía ninguna de las viviendas situadas entre los tres postigos, no pude evitar pensar a cuánto ascendería el porcentaje que los dos hermanos palentinos habrían recibido de aquella cantidad a cambio de sus servicios al enemigo.

Y así fue, estimado tío, como la ciudad se libró de la violencia indiscriminada que abatió a las gentes de Carinyena. No hubo derramamiento de sangre durante la conquista de nuestras calles, pero el precio que hubimos de pagar fue demasiado alto. Los edificios de la ciudad habían quedado totalmente arruinados. Torres y muros habían sido completamente destruidos; los templos cristianos y nuestra sinagoga habían sido duramente dañados durante los ataques... Nada quedaba de los arrabales que se extienden frente a las puertas de Zaragoza y Darocha, salvo ruinas y escombros, y en el interior de la ciudad eran pocos los edificios que habían salido intactos de las terribles pelladas. No teníamos dinero ni animales. El trigo había subido su precio de manera incontrolada y en la calle las gentes se morían de hambre. El pan llegó a valer diez sueldos la fanega de trigo. Se pagaban hasta cinco sueldos por una gallina, y hasta ocho por un par de pollos. Todavía hoy se pagan esas cantidades, e incluso no hace ni tres días hube de pagar ocho sueldos por un triste cántaro de vino.

La gente se muere, querido Alatzar, y quienes se libran de esta desgracia no tienen más remedio que soportar la violencia de los castellanos, que gobiernan la ciudad y obran a su antojo, sin que el juez Gil Torres haga nada por remediarlo. Hace dos semanas, sin ir más lejos, enterraron vivo por orden del concejo a un desdichado porque decían que había matado a un hombre, si bien aseguraba él que este era amigo suyo, que marchaban en compañía cuando lo mataron y que fueron los castellanos quienes lo hicieron para robarle todo lo que llevaba encima. Y no es el único que ha sufrido las iras y violencias de esos perros cristianos. No hace mucho, el rey mismo ordenó descabezar, aquí en nuestra ciudad, a dos hombres llamados Gil Ortiz y Domingo Ximénez, cuyos cuerpos decapitados fueron arrastrados por toda la ciudad, para horror de todos, y finalmente arrojados al fuego.

Con la llegada de los castellanos también reapareció en la ciudad el fatídico morbo, el mismo que había empalidecido nuestras vidas el año anterior, durante la judicatura de Pedro Sánchez de la Marca, rebrotando con fuerzas renovadas tras una década de calma desde la gran mortandad que arrasó el orbe. Habíamos tenido noticia de que la terrible pestilencia había asolado la ciudad de Valencia meses antes y de que la ciudad de Calatayud se había visto aquejada por el mal, pero la ciudad de Teruel

tomó las precauciones necesarias para que el impacto de la pestilencia entre sus calles fuera mínimo, y los muertos que hubimos de enterrar durante el verano apenas habían superado las dos docenas. Pero la voracidad del morbo pestífero, una vez abiertas las puertas al enemigo, nos hizo revivir la tragedia de veces anteriores.

Pronto los pocos hospitales que quedaban en pie en la ciudad se llenaron de enfermos aquejados por cárdenas landres en las ingles y los sobacos, y no tardamos en comprender que el Ángel del Señor se paseaba de nuevo por nuestras calles con la afilada guadaña dispuesta para la siega de vidas. Se llenaron los lechos y las márfegas de paja de las que disponía el hospital de San Marcos —o lo que quedaba de él tras los ataques—, y hubimos de habilitar jergones de paja por todas partes. Los infectados se hallaban tirados por el suelo del hospital, envueltos entre mantas y lenzuolos de estopa.

Es mucho el miedo que hemos pasado en el último año, mi querido tío, temerosos de que la guerra nos devolviera a aquellos días oprobiosos en los que los ingenios tiraban sobre Teruel y los soldados de uno y otro bando amenazaban con rapiñar las escasas posesiones que nos quedan. Por suerte, al poco de que la urbe fuera tomada por el enemigo, los reyes de Aragón y de Castilla firmaron una tregua. Se pidió que la ciudad fuese devuelta, pero los castellanos no han renunciado a ella, como tampoco a otras plazas de la raya fronteriza. Además, dicen que el propio rey don Pedro de los aragoneses está tremendamente enojado por la traición que supuso el que los nuestros abrieran las puertas de la ciudad a los castellanos. Dicen, como te comentaba al comienzo de esta carta, que ha hecho que se confisquen todos los bienes que los ciudadanos de Teruel tienen en otras partes del reino y aseguran que no habrá perdón para los culpables; que no descansará hasta recuperar esta ciudad que cree suya por derecho y colgar en la plaza Mayor a los responsables de la traición.

Esa es la terrible situación que nos ha tocado vivir. Hace años pensamos que ningún daño más terrible que la peste de landres podría sacudir nuestras vidas, y ahora hemos de enfrentarnos a un tiempo al horror de esa tediosa enfermedad y a la horrible desolación de la guerra. El mundo se convulsiona y se sacude del mismo modo que se agitan las aguas con la tempestad. Dios todopoderoso, bendito sea, parece habernos abandonado a nuestra suerte, dejando nuestras vidas a merced de una destrucción semejante a la que sacudió el corazón de las ciudades de los sodomitas y gomorritas. La muerte acecha en cada rincón y, angustiados, no nos queda sino presentir el rancio hedor a herrumbre que despide la oxidada tajadera de su guadaña.

No deseo alargar más este tedioso relato, pues de hacerlo no seguiría sino hablando de horrores y muertes, de pestes y hambrunas, de guerras y de desasosiego. Que el Señor todopoderoso, loado sea su nombre, se apiade de todos nosotros. Te envío mis mejores deseos para ti, mi querido tío, y recuerdos también para Preciosa, tu esposa. Arde en nosotros el deseo de encontrarnos nuevamente con vosotros y únicamente anhelo que el Todopoderoso, bendito sea, lleve a término todos vuestros buenos deseos.

Paz para vosotros y para todo lo vuestro según mi deseo.

Palabra del firmante. Tercer día de la semana, a veinticinco días del mes de *shevat*, del año 5125 de la creación del mundo^[52]. Leví Aben Yosef, su reposo esté en el Edén.

Capítulo IX

EXTRACTO DEL LIBRO DE DÍAS DEL FÍSICO JUDÍO LEVÍ ABEN YOSEF

Teruel. Año 5127 de la creación del mundo. Tercer día de la semana, vigésimo día del mes de Iyar ^[53]

He recibido del boticario el jarabe que le solicité hace dos días. Se trata de un compuesto de raíces, hierbas, flores, frutos, simientes, especias y azúcar. También he recibido el preparado de hierbas, minerales y frutas de ultramar que ya pedí hace ahora una semana. Por todo ello he pagado casi cinco libras. Tengo, pues, la cantidad suficiente para tratar a doña Francisca, pero también una pequeña reserva de ambas cosas que he guardado en la alacena, todo ello en una pequeña orceta bien tapada.

Ayer marché a primera hora de la mañana hacia la puerta de Darocha, que es una entrada que hace codo en el muro occidental de la ciudad, abriendo camino entre las quebradas y roquedales. Hacía frío y desde la calle de la Cárcel se extendía ya un terrible hedor a pescado podrido procedente de una tabla situada en la misma, en la que se venden cada mañana sardinas, congrios, abadejos y merluzas en salazón.

Hasta aquella salida de la urbe acudieron también varios oficiales del concejo con una carreta tirada por una yunta de bueyes, en la que transportaban el cuerpo muerto de un cristiano de las aldeas. Tras juntarnos todos allí, condujimos el cadáver hasta el osario que se extiende junto a la ermita de San Bartolomé, para hacerle allí la anatomía de cadáveres.

Se trataba de un desgraciado al que habían ajusticiado, entre terribles tormentos, en la plaza de Santa María. El alguacil me explicó los motivos de la ejecución mientras desnudábamos el cuerpo y me mostraba las magulladuras del suplicio grabadas en su carne, aunque reconozco que no presté gran atención a sus palabras. No me gusta conocer demasiados detalles sobre las personas cuyos cuerpos anatomizo, pues, como decía siempre mi padre, «El buen físico debe tener siempre la cabeza fría, y el corazón como el mármol, para que la desgracia de sus pacientes no lo suma en el morbo nostálgico».

—Lo mataron por ser un maldito puto y ayuntarse con un mozo que es hijo de un pelaire de Darocha —escuché que comentaba uno de los oficiales, y al momento sacudí la cabeza intentando quitarme de ella la imagen del ajusticiamiento.

Los monjes del cenobio habían preparado una tabla en la parte trasera de la ermita para que tendiéramos sobre ella el cadáver.

—Es la mesa en la que damos muerte a los puercos —me dijo un fraile entrado en años con tono morbosos, mientras frotaba nervioso sus manos azuladas por el frío. Quizá buscara provocarme por mi condición de judío.

—No es más impura la carne de un gorrino que la del desdichado con el que van a

trabajar mis dedos —le respondí sin quitar los ojos del cuerpo a medio desnudar. El helor de la mañana me penetraba los huesos y la tiritera hacía que las palabras brotaran retorcidas de mi boca, al tiempo que el vaho que salía de ella se esparcía brumoso por la atmósfera del lugar.

Una vez desvestido el cadáver, el alguacil y los oficiales del concejo se apartaron unos metros para no verse importunados por la fetidez del cuerpo y la visión del interior de la carne. Aun así, uno de ellos, como siempre es habitual, no me quitaba ojo de encima, mostrando un torvo recelo en su mirada. Esos necios paganos piensan que queremos los cuerpos de los ajusticiados para realizar con ellos rituales diabólicos, pues ignoran que sin el conocimiento que los físicos y cirujanos adquieren de los cadáveres, difícilmente podríamos encontrar remedio para innumerables enfermedades y males que aquejan nuestra carne mortal.

En esta ocasión, el fraile que siempre me ayuda sujetando el herramental mientras yo anatomizo y se encarga de mantener a raya a los canes del convento me pidió como favor especial que le aleccionara en el funcionamiento de los órganos internos del cuerpo que juntos íbamos a visualizar. Según él, quería adquirir esos conocimientos para poder encargarse del cuidado de sus hermanos, aunque me ha parecido detectar en su aviesa mirada una curiosidad morbosa impropia del que tiene vocación por el remedio de la sanación.

Lo cierto es que la tarea de anatomizar los cuerpos me resulta cada vez más tediosa. Recuerdo los primeros cadáveres que recibí del concejo y tuve ocasión de explorar, siempre junto al osario de San Bartolomé, al poco de obtener la licencia para abrir un consultorio en esta ciudad. Eran las primeras veces que lo hacía desde los días, lejanos ya, en los que mi padre me había enseñado la técnica allá, en las afueras de las murallas de Cuenca. Entonces anotaba en mi diario todo aquello que mis ojos contemplaban. Esbozaba pequeños dibujos que luego, en ocasiones, era incapaz de comprender, y palpaba cada uno de los órganos y tejidos que extraía de los cadáveres. En los últimos años, ni tan siquiera me tomaba la molestia de anotar las veces que me citaban del concejo para entregarme algún cuerpo. De hecho, hacía al menos cinco años que no tenía ocasión de abrir ningún cadáver, pues desde que el juez Pedro Sánchez de la Marca me retiró la soldada, no había tenido oportunidad de hacerlo.

Ahora he recuperado mi antigua posición, justo después de que don Juan Garcés de Marcilla, el verdadero responsable de mi cese como médico del ayuntamiento, finalizara su mandato como juez en la ciudad, tras el fin de la dominación de los castellanos sobre la urbe. Ahora vuelvo a ser el físico del concejo gracias a la confianza que ha depositado en mí don Francisco de Galve, para irritación de esos desgraciados que tanto desprecian a los nuestros y nos dan el trato que es propio de los perros, el Señor Dios los maldiga y arrastre sus pérfidas almas al fuego de la gehena.

Al acabar la anatomía volví a meter todos los órganos y las vísceras en el interior

del cuerpo y, con la ayuda del monje, cosí todas las aberturas realizadas en la carne para que no quedaran las entrañas a la vista. Después entregamos lo que quedaba de aquel pobre desgraciado para que los monjes le dijeran una misa y, si así lo juzgaban oportuno, lo enterrarán en el mismo fosar de la ermita.

Esta misma tarde me reuniré de nuevo con el monje que me ayuda a anatomizar. Es un hombre de barbilla afilada, ojos pequeños y vivaces y orejas puntiagudas, que responde al nombre de fray Benito. Me pidió, al final de la autopsia, que le facilitara algunos medicamentos para uno de sus hermanos que padece una larga e interminable enfermedad desde hace años, y al que siempre me ha sido vetada su auscultación y el análisis de su orina.

***Cuarto día de la semana,
vigésimo primer día del mes de iyar^[54]***

Poco antes del mediodía se ha presentado en mi casa Jahuda Toledano, a quien llaman en la comunidad *al-Tolitolí*, dando fuertes golpes en la puerta y lanzando horriblos gritos desde la calle. Es este un hombre rastrero e inmundo que desprecia a sus propias gentes y que no vale más que la basura que los puercos olisquean por las calles. Es el mismo que hace años prostituía a su hija en las cercanías de la puerta de Zaragoza; el mismo que un día me amenazó poniéndome la hoja de un herrumbroso cuchillo en la garganta, llamándome bastardo y cagarro del demonio; el mismo al que yo denuncié ante el concejo, por aquel entonces, por las constantes malfetrías que cometía con su mujer y su hija, provocando su ira y las amenazas que recibí en los meses subsiguientes.

Al reconocer su voz he temido que hubiese venido a mi casa buscando provocarme, tal y como ha hecho en otras ocasiones; mas, como no deseo que la puerta de mi hogar esté cerrada a nadie, y menos a alguien que pertenece a la aljama, me he acercado hasta la entrada y he abierto la hoja de madera. Al hacerlo, me ha golpeado en la cara el hedor que despedía su aliento a vino y la peste a sudor rancio que emanaba de sus sucias ropas.

El hombre estaba desesperado, tenía la cara hinchada y rugía babeando, con el puño metido hasta el tragadero, estremecido por el dolor de dientes que dice padecer desde hace semanas.

Le he mirado la boca y he visto que tiene podridas al menos la mitad de las muelas. Su aliento apesta y sus encías rebosan sanguinolencias al menor contacto con ellas. Le he sacado tres dientes y una muela que se ha hecho pedazos al tirar de ella con las tenazas. Poco más puedo hacer por él, aunque entre tremebundos dolores se ha desatado en blasfemias y gritos horrendos, atrayendo la atención sobre mi casa de cuantos pasaban por la calle.

Para mitigar el dolor, he hervido un poco de romero seco y algo de pimienta en

vino blanco, y le he dicho que se enjuagara con el preparado.

—Debes retener el líquido en la boca cuanto tiempo puedas antes de ser tragado y, a ser posible, a la mayor temperatura. Con ello encontrarás alivio —le he dicho mientras le llenaba una ampolleta de cristal para que la pudiera llevar a casa consigo.

Después, le he pedido que vuelva mañana para seguir saneando sus muelas y le he sugerido que o empieza a cuidar su boca, o no tardará en quedarse sin dientes, a lo que ha respondido con una maldición y otra de sus bravuconadas.

Por la tarde he acudido de nuevo al Rabalejo —la misma barriada extramuros en la que se encuadra el cenobio de San Bartolomé— para arreglar el cadáver de un hombre que ha fallecido en la mañana. Es un paciente al que llevo tratando largo tiempo y, aunque el deterioro de su cuerpo hacía que nada se pudiera hacer ya por él en las últimas semanas, una de sus últimas voluntades fue que me encargara yo de adecentarlo para el sepelio. Es por ello por lo que he aplicado sobre su carne mirra, resinas y agua de rosas, así como otras especias y hierbas, al tiempo que las mujeres preparaban la mortaja y sus hijas lo disponían todo para el entierro.

Sé que el hombre era cristiano y que era devoto de la religión que profesa, mas no he podido evitar recitar en silencio las bendiciones por su alma y mostrar el respeto hacia su cuerpo muerto, disculpándome por la perturbación que en su carne hayan podido ocasionar mis dedos mientras realizaba los arreglos. Era un buen hombre que no merece sino que el Señor Dios, bendito sea, se apiade de él en su ley.

***Quinto día de la semana,
vigésimo primer día del mes de iyar***^[55]

Hoy no he tenido demasiado trabajo en el consultorio y he pasado buena parte de la mañana intentando elaborar algunos poemas. He pensado en hacer una composición que ensalzara el viejo barrio judío de Cuenca, donde me crie y, al rememorallo, la imagen de mi hermano Jacob me ha venido a la mente, de modo que ya no he podido pensar en otra cosa durante el resto del día.

Echo de menos a Jacob. Ignoro qué destino habrá entretejido para él el caprichoso hado, y ni tan siquiera puedo saber con certeza si Bonadona y él están todavía vivos. Han pasado ya muchos años desde que perdí su rastro, pero no puedo resignarme a aceptar su pérdida sin más.

Al principio he intentado apartar su recuerdo de mi cabeza, pues su memoria me resulta dolorosa, pero reconozco que finalmente he terminado por sacar un pequeño pliego de papel y he comenzado a escribirle una carta, tal y como hacía antaño.

«Ahora estarías orgulloso de mí, Jacob —le he escrito bajo el encabezamiento—, pues soy el médico más reputado de todo Teruel». Después he comenzado a hablarle de mi dispensario, de la casa en la que vivo con Meriem, de mis libros...

En un pequeño anaquel tengo ordenados algunos albarelos repletos de esencias, hierbas y remedios —le explicaba—. Algunos los he elaborado yo, siguiendo tus prescripciones y las de nuestro padre. Otros los he comprado a los mejores boticarios de la ciudad. Junto a ellos guardo un pequeño escriño con algunas lancetas, un escalpelo de plata, cauterios, agujetas, legras y otros instrumentos necesarios para el oficio de la cirugía, que sé que detestas, pero que soy capaz de practicar con gran destreza. Al lado conservo un pequeño artefacto compuesto de varias vasijas y tubos con forma de serpiente que un médico cristiano me ha enseñado a fabricar, y que sirve para destilar el vino tinto y obtener aguardiente —un poderoso remedio que gusta de utilizar a los físicos cristianos y que, combinado con el jugo de distintas hierbas, resulta eficazísimo, según yo mismo he podido comprobar, para abundante número de enfermedades y morbos, como la tiña, las fístulas, el mal de los huesos, la caries que en los dientes provocan los gusanos, la podagra, las fiebres que son cuartanas, las cataratas, el orzuelo, además de otras enfermedades que afectan a los ojos, a los oídos o a la piel, así como para forzar el menstruado en las mujeres—. Te sorprendería, Jacob, si lo vieras.

Al otro lado del consultorio, en una pequeña alacena, guardo el mortero con su majadero, el tamiz y las pesas con los que elaboro los saquitos de hierbas y los preparados. Tengo metidas allí varias redomas con medicinas y algunas orcetas tapadas en las que conservo varios unguentos, emplastos, colirios y píldoras.

Pero lo mejor, Jacob, es la colección de libros y tratados que he podido acumular con el paso de los años y que guardo celosamente tanto en un viejo arcón como en el armario de madera taraceada que hay tras el poyo en el que receto a los pacientes. Te gustaría saber que, desde hace ya tiempo, poseo más códices y tratados que los que padre tenía. Entre mis joyas se encuentra una copia de los afamados Aforismos de Hipócrates, en la traducción realizada hace algunas décadas por Natan ha-Meati, hijo de Eliézer, que como bien sabes incluye los comentarios que de esta obra hizo el propio Galeno. Junto a él conservo las copias también traducidas por ha-Meati de los Pronósticos hipocráticos y el libro Sobre las dietas en las enfermedades agudas, en cuya traducción participó también su propio nieto, Samuel Aben Salomón. Los compré hace meses, durante un viaje que hice a la villa de Ademuz, a un librero temeroso de Elohim procedente de Valencia...

Quería contarle muchas más cosas, hablarle de mi esposa, del amor que sigo profesando por ella, de mis hijos, de cómo han crecido en los últimos meses, de ese necio de Jahuda Toledano, de las atenciones que he prestado estos días en mi consultorio, de la anatomía que hice anteayer frente a la ermita de San Bartolomé...

Pero mi ánimo se ha quebrado. Mis ojos han roto a llorar y mis lágrimas han salpicado el pequeño trozo de pergamino.

¿Por qué le contaba todas esas cosas a Jacob? ¿Por qué le hablaba orgulloso de mi casa y le expresaba que mis logros me han hecho alcanzar fama en esta tierra? ¿Qué era lo que pretendía demostrar con todo ello? Siempre he sentido la necesidad de ganarme el respeto y la admiración de mi hermano, de contar con su beneplácito para todo... De demostrarle, a fin de cuentas, que el menor de los hijos de Yosef Ha-Leví es tan digno como él de la ciencia de nuestro padre. Pero todo es inútil ahora. Jacob ya no está a mi lado, ni para reprenderme ni para congratularse de mis méritos.

Torturado por los recuerdos, he sacado un pequeño escriño que guardo en el armario y en el que conservo todas las cartas que durante meses escribí a Jacob y que finalmente ni siquiera llegué a enviar, cansado de que mis primeras misivas tras su marcha jamás obtuvieran respuesta. Tenía intención de guardar el trozo de pergamino inconcluso con todas ellas, pero al hacerlo he sentido una punzada en el pecho. He arrugado el papel con la mano y, secándome las lágrimas de los ojos, he subido hasta la cocina. Después lo he arrojado al fuego del hogar y he aguardado unos instantes hasta verlo consumirse entre las llamas.

Jacob ya no está... Siento que le he perdido como a Benvenida. Temo que ambos caminen juntos hacia la morada de los muertos, mientras yo quedo aquí, con la mente embargada por multitud de amargos recuerdos...

***Día de Alhad,
vigésimo quinto día del mes de iyar***^[56]

Hace dos días, los cristianos celebraron la fiesta de Jorge, un santo al que veneran idolátricamente como patrón del reino de Aragón. Llegué a casa a deshora y no tenía demasiado ánimo para escribir en este diario, y ayer también evité hacerlo, dado que era la fiesta del *Sabbat*. Es por ello por lo que lo hago ahora.

Como en otras ocasiones, para celebrar el día del santo cristiano, los miembros del concejo soltaron un toro para que los mozos probaran suerte con las garrochas, así como un par de novillos jóvenes de pelaje hosco, imponentes hechuras y de buenas astas los dos, que corrían con gran celo y que habían sido traídos ambos de las sierras de Albarrazín. Mientras el mugido de las reses y el resonar de sus coceos invadían las calles, el sonido de atabales y trompetas llegaba desde la parte alta de la plaza.

El animal más grande era un buey berrendo que habían traído de Molina, pues dicen que ese es uno de los mejores lugares de esta tierra de frontera en el que se crían toros. Lo llevaban ensogado calle abajo con grandes carreras, al tiempo que un par de mozos lo seguían con sus cabalgaduras, dispuestos a alancearlo. Previamente,

numerosas gentes de a pie se habían divertido corriendo delante del animal, arrojándole toda suerte de arponcillos y azagayas, o brincando por encima de su cornamenta. Un par de alanos trotaban junto a las cabalgaduras azuzando a la bestia, y eran varias las personas que trataban de acercarse por los lados con punzones y cuchillos para hostigar al animal, provocándolo para que corriera en pos de ellos.

Mi vecino, el cordelero Todroz, había preparado durante el día anterior la sogá con la que lo llevaban atado. Era una maroma de cáñamo puro, bien frotada con alfalfa para que los que conducían al buey pudieran tirar de ella sin desgarrarse las manos. También se había encargado de apretar bien las ligaduras que unían las barreras que cerraban las calles, tarea en la que le ayudó el joven Yosef durante buena parte de la tarde. Esa misma mañana, entre mi vecino y varios de los hombres que trabajan para el concejo, habían pasado la cuerda por la testuz del animal, y ahora lo llevaban calle arriba y calle abajo en medio de grandes carreras, tal y como digo.

Pese a ser el toro manchado el más grande e imponente de todos los animales, no resultó ser finalmente el más peligroso de ellos. Uno de los novilletés pequeños, agobiado por las garrochas que pendían de su carne, lanzó un envite contra la barrera situada en la parte alta de la plaza y quebró los maderos de la misma, de forma que un chiquillo que se encontraba subido a ellos perdió el equilibrio y cayó sobre sus astas. El animal zarandéó al muchacho y lo arrojó con fuerza contra el vallado para nuevamente arremeter contra él y acorrearlo de manera violenta y dramática. Yo mismo vi cómo su cuerno derecho penetraba en la carne, a la altura de uno de los muslos del chico, y el jovenzuelo lanzaba un grito desgarrador, no menos estridente que el griterío de quienes se encontraban viendo la escena sin poder hacer nada para evitar aquel trágico desenlace.

Tuve que atenderlo allí mismo, justo detrás de la talanquera que embozaba la calle, taponando convenientemente la herida para que el jovenzuelo no muriera desangrado. La madre lloraba desconsolada a pocos pasos y, aunque no tenía muchos medios a mi alcance y tampoco resultaba conveniente subirlo toda la cuesta de San Pedro para llevarlo hasta mi consultorio, conseguí con la ayuda de algunos de los vecinos taponar la herida y evitar que el mal se agravase.

Recuerdo cuando mi padre me llevaba de crío hasta el coso de los toros, una plazuela situada cerca del postigo de San Martín en la ciudad de Cuenca, en el que soltaban todos los años bueyes y novillos, a los que azuzaban para que embistieran contra los vallados. Lo hacía porque era uno de los pocos habitantes de la aljama a los que el concejo le permitía la asistencia a este tipo de actos.

—No se deja que los judíos participemos en todo —me decía siempre con el dedo índice estirado, mientras me sujetaba por el hombro antes de subirme a la barrera—. Como mucho se nos obliga a que paguemos parte de la fiesta, pero nunca se nos permite disfrutar de ella.

—Y entonces —preguntaba yo confundido—, ¿por qué nos permiten estar en la barrera a nosotros?

—Cuando seas médico lo comprenderás todo —me respondía él esbozando una sonrisa.

No tardé en presenciar la primera cornada de gravedad en aquel coso de San Martín y, al ver cómo las gentes llamaban a voces a mi padre para que prestara asistencia a los heridos, entendí lo que él había querido decir. Afortunadamente, son pocas las heridas de este tipo que he tenido que atender en mi vida, si bien es cierto que las gentes de esta ciudad son muy aficionadas a correr toros y bueyes y disfrutan sobremanera con este tipo de fiestas —las cuales yo juzgo arriesgadas y poco juiciosas, pues no es de mucho seso poner en peligro la vida propia de manera tan azarosa.

Después de atender al muchacho como buenamente pude, intenté acercarme hasta el juez de la ciudad para comunicarle el infortunado suceso; pero en ese momento el preboste parecía discutir con un par de hombres que se habían aproximado hasta la barrera.

—¿Pagar el vino que os habéis bebido mientras traíais a los animales? —preguntaba sorprendido en ese momento a uno de los mozos, con un gesto de cólera dibujado en sus facciones—. Os he pagado ya doce sueldos y seis dineros a cada uno de los que habéis acompañado a las bestias desde la sierra, y otros treinta al mayoral. ¿Sabéis cuánto ha gastado el concejo en esos animales? Casi treinta florines, ¿entendéis? ¡Treinta florines! ¡Casi doscientos setenta sueldos jaqueses!

La afirmación del juez me dejó tan perplejo que durante estos dos días he estado reflexionando sobre ello. Me cuesta entender por qué el concejo gasta tal cantidad de dinero en un espectáculo como este, cuando son tantas las necesidades que habría que cubrir en la ciudad. Desgraciadamente, buena parte de esa cantidad, tal y como mi padre me contaba siempre que me llevaba al coso de San Martín de Cuenca, sale de los oprobiosos impuestos que el ayuntamiento cobra a la aljama. Sin embargo, no son esos los asuntos de los que, como médico, debo preocuparme. Lo que ciertamente me inquieta es que se gaste el dinero para una diversión que puede costar la vida de las personas, cuando se invierte tan poco en poner los medios suficientes para evitar que las enfermedades y los morbos pestíferos se extiendan con virulencia por todo el reino.

Hoy he tenido abundante trabajo en el consultorio. Desde que nuevamente trabajo para el concejo, ha aumentado el número de pacientes que visita mi casa. En las calles se vuelve a hablar con respeto de Leví de Cuenca y aunque, tal y como digo, este tipo de espectáculos no me agrada en exceso, no pude sentir sino gran dicha al ver que de nuevo se me reserva un hueco en una de las barreras de la plaza y se me permite asistir a este tipo de eventos del que normalmente solo disfrutaban los nazarenos.

Segundo día de la semana,

vigésimo sexto día del mes de iyar^[57]

Pese a que los fríos deberían comenzar a remitir, el helor sigue siendo tan intenso en la ciudad que apenas acierto a calentarme los pies en el brasero de hierro que, durante los meses de invierno, siempre coloco junto al poyo de mi consultorio.

Comparado con el día de ayer, en el que me vi desbordado del todo, hoy el día ha sido especialmente tranquilo. Tan solo una anciana ha visitado el dispensario aquejada de fuertes dolores en las rodillas y otras partes del cuerpo. Le he explicado que con la edad las articulaciones dejan de funcionar como deben y aumentan todo tipo de dolencias. Después le he prescrito un ungüento a base de boñiga de cabra machacada con miel. Le he dicho que se lo aplique sobre la piel y que obtendrá resultados inmediatos.

No he tenido noticias de Jahuda Toledano, el bastardo incestuoso cuya boca se deshace por las horribles blasfemias que gorgojea. Debería haberse presentado ya en mi consultorio hace días, según yo mismo le recomendé, pero no sé nada de él desde que acudió a mi casa aquejado de fuertes dolores en las muelas.

Quinto día de la semana, vigésimo noveno día del mes de iyar^[58]

El día no ha podido ser más nefasto. Estoy tan cansado que he tenido que preparar una infusión con un saquete de hierbas para confortar la cabeza, pues notaba tanta pesadez en la frente antes de que apareciera la estrella en el cielo que apenas era capaz de abrir los ojos.

A primera hora de la mañana, antes incluso de que hubiera terminado de rezar el *saharit*, han sonado fuertes golpes en la puerta. La criada que sirve en nuestra casa ha salido corriendo de su alcoba para abrir y, ante mi sorpresa, varios de los oficiales del concejo se han presentado en mi consultorio. A la cabeza de ellos venían el baile, el lugarteniente del juez y un notario llamado Miguel Pérez Exarque.

—¿Qué sucede? —he preguntado alarmado, temiendo que alguien hubiera puesto algún tipo de denuncia contra mí.

—Se trata de Jahuda Toledano. ¿Lo conoces? —ha preguntado el baile, y al instante he sentido que comenzaba a temblar de manera incontrolada y que el sudor arreciaba en mi frente de forma súbita.

—Sí, claro... Claro que lo conozco. Hace ahora una semana que estuvo aquí en la consulta.

—Tienes que acompañarnos, Leví —ha expresado el notario, y yo he sentido que las piernas apenas me sostenían ya en pie.

He avanzado lentamente hasta la salida, convencido de que me llevaban preso a la cárcel del concejo, intentando imaginar qué artificio habría empleado aquel malnacido para emitir una denuncia contra mí. He maldecido mi buena voluntad y he supuesto que mi intento por salvar su boca infecciosa habría sido utilizado por él, quizá, para intentar demostrar algún tipo de agresión de mi parte.

No obstante, al salir al callizo, el notario se ha vuelto hacia mí con gesto de sorpresa. Los hombres que acompañaban al baile vestían lorigones bajo los perpunes y llevaban las cabezas protegidas por yelmos de acero. El propio baile iba armado de todas las armas y empuñaba una pequeña maza con cabeza metálica que agitaba amenazadoramente al hablar. Viéndolos a todos encarados hacia donde yo estaba, he temido por mi vida.

—¿No coges tus herramientas? —me ha preguntado con curiosidad. Yo, sin saber qué responder, me he limitado a tragar saliva.

He entrado de nuevo en el consultorio a toda prisa, con el corazón palpitando desbocado, y he tomado el herramental con el instrumental y varios medicamentos. Era evidente que no había denuncia contra mí y que lo más posible es que Jahuda Toledano se encontrara lechigado por los dolores de su boca o por algún tipo de morbo que yo desconocía en ese momento, aunque seguía sin comprender por qué era requerida la presencia del baile para dar parte de la enfermedad de un judío. Aun así, no he tenido fuerzas para formular ningún tipo de pregunta y me he limitado a seguir al notario y a los otros.

Hemos salido del callizo a la plaza y hemos avanzado hacia la calle que baja hasta el Tozal. Después hemos atravesado la puerta de Zaragoza, que estaba abarrotada por el trasiego de gente y azotada por el murmullo de los viandantes, el ladrido de los canes y los martillazos del herrero que trabaja bajo la torre. El buen hombre nos ha saludado mientras nos contemplaba con extrañeza, rodeado de las rejas de los arados y los hierros de hoces, segures, legones y azadones que cuelgan de la viga travesera que recorre su pequeño obrador. Tras ello, hemos penetrado en el Arrabal y hemos seguido andando hasta llegar al final de la calle que dicen *de la Fuente Buena*.

La mayoría de las casas se hallan en esta parte todavía en ruinas tras el ataque al que los castellanos sometieron la barriada, hace ahora cuatro años. Algunos solares son escombreras y otros amasijos de piedras y vigas renegridas por el fuego. Al final de la calle hay, sin embargo, una casa con la fachada nueva y el tejado arreglado. Esa es la casa de Jahuda Toledano, según me ha indicado el notario pocas varas antes de llegar hasta ella; y yo he tenido que realizar un gran esfuerzo para reconocer en ella el viejo edificio en el que entré hace años para atender a la chiquilla a la que ese diantre había prostituido.

Junto a la puerta de la vivienda se arracimaban varias personas formando un corrillo. Había varias mujeres y, aunque ha pasado mucho tiempo desde la última vez

que la vi, he distinguido entre ellas a la esposa del desgraciado, ataviada de riguroso luto. He supuesto de inmediato que la mujer menos madura que estaba junto a ella era su hija, la pobre desdichada que tenía el útero desgarrado a causa de la maldad de su padre y de quien dicen algunos que ahora ejerce el oficio de manceba, justo en la pequeña plazuela que forma la calle Mayor del Arrabal al encontrarse con la calle de la Fuente Buena y la del Horno.

Enseguida he deducido que algo nefasto le había ocurrido a ese miserable, y en cuanto he visto los rostros de quienes aguardaban junto a la entrada me he convencido de ello. La esposa tenía los ojos bañados en lágrimas, pese a que sé de buena tinta que lleva varios años viviendo en una casa distinta de la de su marido. Al llegar junto a ellas, su vista se ha clavado en mí, y no he dejado de sentir su mirada de desprecio —a pesar del bien que antaño le hice a su hija—; luego ha escupido sobre el lodazal formado en la calle, junto a mis pies. El rostro de los que estaban con ella también se ha torcido hasta adoptar una mueca de desaire.

Hemos entrado en la vivienda sin dilación, y hemos recorrido el estrecho pasadizo que conduce al corral, sobre el que se alzan las escaleras que llevan al primer piso de la casa. Al salir del mismo, nuestros ojos se han topado con la imagen horrenda del cuerpo de ese miserable, ya azotado por la podredumbre. El desgraciado se había ahorcado colgándose de una recia travesera que cruzaba el corral de parte a parte. Su cuerpo debía llevar de esa guisa dos días allí a la intemperie, desnudo del todo salvo por las bragas, expandiendo su fetor y siendo pasto de los cuervos que, crascitando rítmicamente, se arracimaban sobre el tejado del edificio. Tenía el cuello roto y el rictus demudado. Su piel estaba morada, las cuencas de sus ojos blancas como el yeso, y de su boca brotaba grotescamente su lengua, que colgaba como un pingajo sobre la comisura de sus labios. La brisa que corría en ese momento hacía que se balancease el cadáver, y la cuerda de grueso cáñamo que lo sujetaba crujía mudamente raspando la madera de la viga. Al fondo del espacio, un asno masticaba heno, ajeno a la macabra escena.

—¿Cuándo lo has encontrado? —le ha preguntado el baile a un labrador que aguardaba con el rostro desfigurado junto a la entrada del corral.

—Vine, como hago todas las semanas, para llevarme al animal —ha respondido el hombre con voz trémula—. Así lo tenía acordado con Jahuda. Yo me llevaba al asno para ayudarme en las labores y, a cambio, le pagaba unos cuantos sueldos al final de la semana. He llamado varias veces a la puerta, pero, viendo que nadie abría, he pensado que tal vez el judío habría bebido demasiado y andaría dormido por algún rincón de la casa, tal y como ha pasado otras veces. Por eso he abierto yo mismo la puerta de la entrada. Lo he hecho con la llave, que el judío siempre guarda bajo la piedra que tapa la gatera, y entonces...

No ha podido decir nada más; su voz se ha quebrado de súbito y se ha llevado las

palmas de las manos al rostro. A pocos pasos, el notario tomaba cuenta de sus palabras y de los tenebrosos detalles de la terrible escena que nuestros ojos contemplaban.

—Podéis descolgar el cuerpo —ha sentenciado el baile dirigiéndose a uno de sus hombres, quien, con las haldas recogidas en el cinto, se hallaba ya encaramado a la travesera. Después se ha acercado hasta mí sin quitar los ojos del cadáver—. Es evidente, Leví, lo que ha sucedido aquí, pero necesitamos acreditar las causas de la muerte y verificar que se trata de un suicidio. Tú lo conocías, ¿verdad? Sería interesante analizar los motivos que le han llevado a esto, si la desesperación o el mismo Diablo se habían apoderado de él, o si actuaba impulsado por la locura.

He asentido con la cabeza, consciente de cuál habría de ser mi trabajo.

—¿Debo abrirlo aquí mismo o llevaremos el cuerpo hasta el monasterio de San Bartolomé? —he preguntado con ingenuidad.

—¿A San Bartolomé? —ha replicado sorprendido el baile—. Leví, estamos hablando del cuerpo de un puerco judío y de un suicida. Si lo lleváramos hasta el cenobio provocaríamos el escándalo de los monjes. No seas insensato, mestre. Lo llevaremos a la cárcel del concejo; ya he pedido que habiliten allí una cambra. Será necesario que custodiemos el cuerpo al menos durante tres días, hasta que se aclaren todos los detalles de la investigación. Por cierto, si guardas alguna hierba olorosa en tu dispensario, te agradecería que la hicieras quemar allí para mitigar el pudor del cuerpo. Con lo que apesta ya ese amasijo de carne pútrida, no me quiero ni imaginar el hedor que tiene que echar dentro de tres días.

Una vez descolgado el cuerpo, lo hemos sacado de la casa y lo hemos cargado en una destartalada carreta que una yunta de bueyes arrastraba, y que ha traído hasta la vivienda uno de los oficiales. Los hombres del concejo han empezado a empujar la tartana, porque los animales habían clavado las patas en el lodo y las ruedas estaban hundidas en el barro, de modo que nos ha costado largo tiempo llegar hasta la calle Mayor. Tras nosotros marchaban los que se habían congregado junto a la entrada, incluidas la esposa y la hija del desgraciado.

—Tened piedad, mestre —me ha dicho la mujer al llegar a mi altura—. No profanéis su cuerpo, por el Todopoderoso, bendito sea, os lo pido. Dejad que su atormentada alma repose ya tranquila.

He visto sus ojos derramados y sus mejillas erosionadas por las abundantes lágrimas que las surcaban, y he notado cómo el corazón se me encogía al replicarle:

—Tengo que hacer mi trabajo —le he replicado, y al momento he visto como la furia se desataba en sus pupilas.

Ahora estoy agotado. En apenas una semana he anatomizado dos cuerpos, algo del todo inusual y ciertamente agotador. Evidentemente, la causa del fallecimiento de Jahuda Toledano es el ahogo que la sogá ha provocado al apretar su cuello durante el

enforcamiento, y no me cabe la menor duda de que ese desgraciado se ha quitado él mismo la vida. Le he dicho al baile, ante la presencia del notario, que Jahuda vino a mi consulta hace apenas unos días atormentado por los dolores que le producía la podredumbre de su boca, y que estoy plenamente seguro de que eso es lo que le ha llevado a cometer una acción tan desesperada.

***Día de la Preparación,
primer día del mes de siván^[59]***

Antes del mediodía se ha presentado nuevamente en mi consultorio el baile de la ciudad en compañía del notario. Me han hecho varias preguntas sobre la anatomía del cadáver de Jahuda Toledano y, cuando pensaba que ya iban a marcharse, me han dicho que tenían que interrogarme en torno a algunas cuestiones más. He preguntado el motivo y me han comunicado que la esposa del desgraciado me ha denunciado ante el concejo.

—Me pidió que no profanara el cuerpo de su marido —he intentado defenderme sobresaltado—, ¡pero fuisteis vosotros mismos los que me dijisteis que debía abrirlo para inquirir la causa de la muerte!

—Esa no es la cuestión, Leví —me ha respondido el baile con frialdad—. Esta mañana me he presentado en casa de Blanca Cameja, la esposa del finado Jahuda Toledano, para comunicarle que las escrituras de la vivienda en la que mora desde que su marido la repudió, no lejos de donde se junta la calle de Arriba con la de la Taberna Vieja, están a nombre del fallecido. Todo parece indicar que, como bien nos señalaste, ese viejo bribón se quitó la vida sumido en la desesperación, quién sabe si inducido por el mismísimo Diablo; pero hay más testigos que aseguran que estaba en su sano juicio, con lo que todas las propiedades que tenía en vida han de pasar ahora al concejo, pues así lo marca la ley. Cuando le he dicho que ella y su hija debían abandonar la vivienda, la mujer ha comenzado a gritar desesperada y a decir que su marido no se quitó la vida, sino que murió por causa de otros.

Inmediatamente he interrumpido el relato convencido de que mi juicio, tras anatomizar el cadáver, era el más adecuado.

—Yo palpé su carne —he dicho molesto ante aquella acusación—. No había marcas en él salvo la de la sogá en su cuello. Ese hombre se subió a aquella viga por voluntad propia y se quitó la vida atribulado por los dolores que emanaban de su boca. El Diablo se habrá llevado sin duda su alma a la gehena por esta mala acción, así como por las constantes blasfemias y perversas palabras que su lengua pronunciaba.

—No me cabe duda de que tu juicio, Leví, es el acertado —ha expresado el baile sacudiendo el aire con la palma de la mano—. Es evidente que esa mujer conoce la ley y sabe que si su marido es declarado suicida, su familia perderá todas sus

posesiones. Solo les queda alegar que era un demente o que alguien le puso la soga al cuello. El problema de todo esto no es lo que ella pueda afirmar, sino el hecho de que ha extendido su dedo sobre ti, asegurando que tú eres el asesino de su esposo.

—¿Qué? —he preguntado desconcertado—. Pero eso... Eso es una necedad. ¡Nadie lo creerá! Vosotros mismos podéis examinar el cuerpo. Podéis..., o mejor, llamad a otro cirujano y pedid que lo examine él. Veréis que no hay marcas de ningún tipo, que ningún hombre forzó a ese desgraciado...

—Ella no dice que lo hayas matado con tus manos —me ha asegurado el oficial con la mirada fija en mis ojos, y yo he quedado todavía más confundido—. Delante del notario, esa mujer ha declarado que hace una semana Jahuda fue a su casa para decirle que había estado en tu consultorio, que tú le habías arrancado varios dientes asegurando que estaban podridos y que le habías recetado un brebaje que tú mismo habías preparado y que debía beber para calmar el dolor.

—Todo eso que cuenta es cierto —he reconocido.

—Así se lo he expresado yo mismo —me ha asegurado el baile—, pues conocía los detalles de tu propia boca; mas ella me ha dicho que hay contradicción en tus palabras. Dice que no puedes asegurar que se quitara la vida desesperado por el dolor si tú mismo le recetaste una pócima para calmar ese padecimiento.

—¡Es absurdo! —he exclamado interrumpiéndole—. El brebaje debía calmarle el dolor hasta el día siguiente, pero tenía toda la boca completamente podrida. Ni con un cántaro del preparado hubiera conseguido calmar una décima parte del dolor que toda aquella corruptela infecciosa debía provocar.

—Ella dice que no tiene sentido lo que dices —ha asegurado— y está convencida de que el brebaje era en realidad un poderoso veneno que terminó por provocar la demencia de su esposo. Que solo así se explica que el cuerpo de Jahuda estuviera del todo morado cuando el labrador lo encontró, y el terrible olor que su carne despedía.

—¿Veneno? ¿Dice que lo he envenenado? —he preguntado desarmado, incapaz de dar crédito a todas aquellas majaderías—. Nada de esto tiene sentido.

—Ciertamente, Leví. Nadie en su sano juicio creería una acusación como esa. ¿Un veneno que induce a los hombres a colgarse de una viga? Sin embargo, esa mujer anda por las calles de la ciudad diciendo que eres un asesino y que has matado a su esposo. Cuenta que lo has envenenado, aunque muchos dicen ya que se trata de un hechizo, que practicas la nigromancia y que la gente como tú sois los que emponzoñasteis las aguas de los ríos y los pozos cuando se produjo la gran mortandad. Y todo eso reviste una gran gravedad, en tanto que es una judía, una de tu misma condición, la que arroja la acusación. El concejo, desde luego, no piensa acusarte de asesinato, como bien dices, es absurdo; pero algunos de los notables de la ciudad han comenzado a cuestionar que alguien a quien se acusa de hechicero y nigromante deba trabajar para el ayuntamiento.

—¿Algunos? —he preguntado, sorprendido—. Seguramente los mismos que hace años presionaron para que se me retirara la soldada. ¿Me equivoco?

Tanto el baile como el notario han bajado entonces la cabeza al escucharme murmurar. Ese perro pagano de Juan Garcés de Marcilla, Dios lo maldiga, vuelve a salirse con la suya una vez más. Estoy seguro de que no parará hasta verme alejado de los asuntos de la ciudad. Nada le ha producido mayor irritación desde que la urbe regresara a manos aragonesas que el tener que soportar que, tras finalizar su judicatura, el nuevo regidor de la ciudad, Francisco de Galve, decidiera nuevamente contratar mis servicios para el concejo. Los Sánchez-Muñoz han recuperado la influencia que otrora ejercían en la urbe, pero el Marcilla no parará hasta acabar con todos los que hemos apoyado a esa familia en algún momento. Parece que su objetivo es lograr echarme nuevamente del ayuntamiento, y temo que si no lo consigue, será capaz incluso de ordenar a alguno de sus sicarios que deje la huella de su daga en mi espalda, tal y como un día me advirtió el hermano del notario.

***Día de Alhad,
décimo día del mes de siván^[60]***

Hace varios días que no cojo este diario. Los acontecimientos sucedidos en las últimas jornadas me han sumido en la desesperación y la congoja. Juan Garcés de Marcilla, Dios lo maldiga, ha puesto contra mí a todas las gentes del concejo, y esa mujer... Pese a lo que hice por ella y por su hija, sigue asegurando que yo soy el asesino de su esposo y que no he traído sino el mal a esta comunidad.

Oficialmente sigo siendo el físico del concejo, aunque no me cabe duda de que en pocos días el juez don Francisco me llamará ante su presencia para retirarme el privilegio de servir al ayuntamiento. Pese a ello, debo seguir centrado en mi labor y he de mantener la preocupación por mis pacientes, a los que me debo en cuerpo y alma.

Hace algunos días atendí a un miembro de la aljama de Calatayud llamado Azach Amancaya, que había venido a Teruel para efectuar una transferencia de dinero de una poderosa familia de aquella ciudad a un comerciante cristiano que habita en el barrio de San Miguel. Tras el largo viaje, el hombre había sido aquejado por un agudo dolor en el vientre y, por llevar varios días sin vaciar las tripas, pensó que su cuerpo no respondía convenientemente y se apoderó de él la idea de que iba a reventar como una vejiga que se hincha sin cesar. Era un hombre bisojo, helgado, de espalda encorvada y manos agrietadas, a quien el cabello se le había tornado blanco pese a no tener demasiada edad. Su cuerpo presentaba una evidente polisarcia, fruto de la mala alimentación, que él trataba de disimular inútilmente arrebuñado en una costosa saya encordada que llevaba extremadamente ceñida.

Se hallaba, como digo, aquejado de terribles dolores en el vientre y llevaba días sin evacuar sus tripas, lo que le había ocasionado una fuerte hinchazón. Orinaba asimismo con gran dificultad, lo que provocaba que su ya de por sí abotargado cuerpo

retuviera también los líquidos. Desesperado por los dolores, acudió a mí para que le propiciara alguna mengía para su mal. Tras examinar su lengua, catar su pulso y analizar su orina, probé a suministrarle diversos medicamentos y píldoras purgativas sin obtener el efecto deseado. Únicamente conseguí mitigar los dolores aplicando un unguento de mirto y hojas de hiedra sobre su vientre, sin que eso lograra menguar la hinchazón. Al ver que el mal no remitía, prohibí que comiera cualquier tipo de fruta, para evitar que el consumo de esta favoreciera la putrefacción de las hediondecas que se acumulaban en su interior. Después le suministré un vino con raíces de alcaparras que no tardó en soltarle las tripas y que aclaró la tibieza de su orina, de modo que al día siguiente pudo alzarse de la postración a la que se hallaba sometido y continuar con los asuntos que le habían traído a la ciudad.

No dudé en advertirle que no debía ingerir alimento alguno mientras aquello que hubiera comido con anterioridad no hubiese salido de su cuerpo, pues al interrogarlo pude apreciar que era amante en exceso del buen yantar y comía con una abundancia desmedida, y es sabido que el ingerir descontroladamente alimentos suele ser causa de innumerables males. Le insistí en que no comiera nada mientras tuviera el sabor del alimento antes ingerido impregnado en el aliento, prueba evidente de que este todavía no había sido evacuado, dejando un tiempo prudencial entre comidas para que su cuerpo pudiera realizar la digestión correctamente. Hice hincapié igualmente para que acompañara toda comida con un vaso o dos de vino, bebida esta que permite digerir los alimentos en mejores condiciones y que ayuda a expulsar lo que es superfluo en nuestro cuerpo, ya sea a través de la piel o por la orina. Le recordé que debía lavar las manos antes y después de las comidas, pues son muchos los que no tienen en consideración esta sanísima práctica y toman los alimentos con las manos repletas de inmundicias que luego se pudren en el interior del cuerpo. Finalmente le aconsejé que masticara lentamente los alimentos; «mastica con los dientes y lo encontrarás en los pies», le recordé, costumbre sana que no todos los hombres tienen, y que evita numerosos trastornos en el vientre.

Tras ello, le insistí que después de cada comida dedicara un espacio de tiempo a caminar para evitar que lo ingerido se descompusiera en su interior y provocara un olor asqueroso en su boca, pues al tratarlo pude comprobar que la fetidez de esta era abundante y cargaba el ambiente con pocas palabras que este dijera.

Cuando lo hube curado, aceptó darme por pago veinte sueldos jaqueses, mientras me adulaba como si fuera el mejor de los médicos.

—Tenéis suerte de que el vino de alcaparras surtiera efecto —le repliqué con una sonrisa dibujada en los labios—. De no haber sido así, no me habría quedado más remedio que limpiaros los intestinos con un purgativo, y la única forma de hacerlo es

a través de una irrigación hecha por el orificio por el que expulsáis del cuerpo las defecaciones.

Horrorizado, me miró con las pupilas contraídas y, sin poder evitar un basqueo que casi le hace vaciar lo poco que le quedaba en el cuerpo, asintió con la cabeza sintiéndose afortunado. Antes de despedirme de él, le recomendé que tomara durante más de una semana panecillos preparados con flores de romero y que los acompañara siempre de un vaso de vino, pues ello ayudaría a aliviar los restos que pudieran quedar del mal que lo había aquejado. También le recomendé que tomara por costumbre tomar un vaso de vino antes de dormir por las noches, ya que ello ayudaría a que sus tripas evacuaran con normalidad.

No he atendido a ningún enfermo desde entonces, salvo a un joven niño que se rompió la nariz mientras jugaba, hace apenas unos días.

El cristiano me pagó con generosidad, pero temo que si el concejo me retira la soldada prometida, mi familia tal vez pase algunas dificultades durante el próximo invierno. Son muchos los rumores que corren por toda la ciudad, y ya no se puede decir que haya carestía de físicos como antaño, lo que provoca que sean muchos los aquejados por diferentes morbos que ya no prefieren la atención de mis manos.

***Segundo día de la semana,
décimo primer día del mes de siván^[61]***

Me encuentro del todo hastiado y el hado parece cebarse conmigo una vez más.

Si no tenía suficientes preocupaciones con el empeño que el señor don Juan Garcés de Marcilla ha puesto por bloquear toda mi influencia sobre el concejo, ahora debo hacer frente además a los disgustos constantes a los que me somete mi esposa y a la ineptitud de mi hijo. Meriem está enfurecida con el hecho de que el concejo me retire nuevamente la soldada, pero lejos de comprender que el asunto viene motivado por aquellos que son enemigos de nuestra comunidad, piensa que he perdido el privilegio por mi falta de capacidad y ahora se niega a dirigirme la palabra. Por su parte, mi hijo aparenta más ser el fruto de una mula descerebrada que vástago y nieto de médicos.

—Dime, Yosef —le he dicho esta mañana sin levantar la mirada de los tratados expuestos sobre la tabla de mi despacho—, ¿cuáles son los mandamientos que todo hombre debe obedecer?

Mi hijo ha llevado entonces su dedo a la boca y, con una mirada mohína clavada en la llama del candil que alumbraba la estancia, ha comenzado a recitar a trompicones:

—Creer en Dios, bendito sea su nombre. No creer... No creer en ninguno otro

que no sea Él. Reconocer su absoluta unidad. Amarle con todo el corazón. Temerle siempre. No seguir... No seguir las instigaciones del corazón y de los ojos. Adherirse a Él. Tenerlo siempre presente en nuestros pensamientos y no olvidarnos de Él. Y el último... No ser soberbio.

He asentido con la cabeza tras escucharle y le he pedido que se acercara hasta la mesa en la que me hallaba trabajando en ese momento.

—¿Qué está haciendo, padre? —me ha preguntado al asomar sus ojos pequeños sobre los tratados que tenía desplegados encima de la tabla.

He tardado unos instantes en contestarle, pues mis pensamientos no paraban de evocar el día en el que el juez de la ciudad me llamó a su presencia para anunciarme que se me iba a retirar la soldada del concejo si los rumores acerca de la muerte de Jahuda Toledano persistían.

—Machaco en este mortero unos cuantos pétalos de rosas rojas con un poco de azúcar blanca. ¿Ves?, debe hacerse suavemente, apretando bien el majadero para que todo quede convenientemente aplastado...

—¿Y por qué lo hace? —me ha preguntado de nuevo.

—Intento fabricar un remedio que aprendí de mi padre contra el esputo de sangre —le he contestado por ver en él un atisbo de curiosidad.

Le he mantenido la mirada esperando que buscara sentarse en algún taburete y siguiera con atención el proceso; pero lejos de eso, ha refunfuñado como hace cuando algo le parece aburrido, y al momento ha salido del consultorio a toda velocidad.

No entiendo qué le pasa. Sé que solo es un niño, pero hago todo lo que está en mi mano para que se interese por la ciencia que aprendí de mi padre. En cambio, él solo muestra interés por acudir a la casa del cordelero y jugar con el hijo mayor de este, un muchacho llamado Bueno. Hace dos días el propio rabino me llamó la atención, diciendo que no mostraba ningún interés por el aprendizaje en la sinagoga y que había tenido que emplear la vara para que hiciera por aprenderse la lección. A veces me pregunto si Yosef llegará algún día a convertirse en un buen médico. Pienso que Dios, bendito sea, ha querido castigar mis pecados haciendo nacer del vientre de mi esposa un ser completamente obtuso para la ciencia.

***Tercer día de la semana,
décimo segundo día del mes de siván***^[62]

Esta noche pasada ha sucedido algo en la casa que me ha dejado del todo turbado. Se trata de la joven Yusta, la criada que contratamos hace apenas unas semanas para que ayudara a Meriem en las labores de la casa.

Fue después de que Orosol decidiera regresar al pueblo de sus padres, hace ahora

dos meses, que decidimos entre Meriem y yo contratar los servicios de una nueva criada. Es así como llegó a casa Yusta, una joven de apenas trece años, poco más mayor en edad que Yosef, hija de un labrador judío de la aldea de Puebla de Valverde.

La acogimos en casa a cambio de veintidós sueldos jaqueses por año para que escobara por las mañanas, hiciera las camas y se encargara de amasar el pan y hacer la comida. El contrato exigía que le diéramos de comer cada día y que le proporcionáramos cinco codos de paño o, en su defecto, el vestido que le fuera menester, ya fuera de lana o de lino, según el tiempo que rigiera. Al acabar cada año yo habré de entregarle una aljuba nueva, algo que ya hacía con puntualidad cuando servía Orosol, además de agasajarla con regalos para los suyos. El padre desea que sirva de este modo durante los próximos cinco años, hasta que se halle en edad de casar y, durante todo este tiempo, nuestro deseo es que ayude a Meriem con la casa y el cuidado de nuestros hijos.

El día que la niña llegó a nuestro hogar dispusimos una cambreta pequeña que había junto a la cocina para que pudiese dormir en ella, aunque Meriem hizo montar un lecho en nuestra propia alcoba, situado a los pies del nuestro, ya que cuando estaba Orosol, los días que ella no se encontraba del todo bien de las jaquecas que constantemente sufre, la hacía dormir ahí para que pudiera acudir presta a su llamada y pudiera bajar a vaciar el bacín a mitad de la noche.

—Es una buena chica —me dijo el padre, que la había acompañado desde La Puebla, antes de despedirse de ella—. Hará todo cuanto digáis, mas os pido que la tratéis con respeto, pues mi esposa siente gran predilección por ella.

—Así se hará, Eliécer —le dije tranquilizándole—. Contad con ello.

Había conocido a la niña apenas dos semanas antes en mi propio consultorio. El labrador la había traído hasta la ciudad para que la atendiera de un golpe que tenía en la cabeza, el cual le había dejado morada parte de la cara.

—¿Cómo se lo ha hecho? —le pregunté entonces al hombre, al comprobar la gravedad de la herida.

Eliécer dudó antes de responderme. Es un hombre maduro y reflexivo, de gran sabiduría pese a dedicarse el oficio de la tierra, y de verbo cuidado y alejado de las rudimentarias maneras de las gentes de las aldeas.

—El señor para el que trabaja la ha maltratado —me reconoció por fin con el odio dibujado en el semblante.

Ese no era el único daño que le había hecho. La joven se mostraba del todo asustadiza y apenas toleraba que la tocara con las manos. Después de formular varias preguntas, el labrador acabó por reconocermme que ese desgraciado también la había mancillado.

—Debes sacarla de esa casa sin falta —le dije alarmado por la severidad de los golpes y por la terrible noticia que acababa de darme.

—Mi esposa y yo no tenemos cómo alimentarla —me dijo entonces sumido en lamentaciones—. Si la retiramos de la casa pasaremos hambre, y es tanta la que ya hemos padecido en los últimos años...

Propuse entonces a Meriem que metiéramos a la niña en casa y, aunque ella hubiera preferido contratar los servicios de alguna viuda o de alguna mujer ya madura, accedió a regañadientes.

Durante este tiempo la chiquilla ha servido bien en el hogar. Es discreta y prudente. No contesta cuando Meriem le ordena que haga las cosas y siempre humilla la cabeza cuando se dirige a nosotros. Sin embargo, esta noche...

No sabría bien cómo contarle porque, como he dicho al principio, me hallo del todo turbado. Anoche decidí bajar hasta el consultorio para revisar unos cuantos poemas que había estado componiendo durante la tarde. Meriem tenía dolor de cabeza y decidió acostarse antes de hora, y Yusta, por su parte, se quedó acostando a los niños y recogiendo la cocina. Le dije que no echara más leños al fuego y que se acostase en cuanto terminase y, relajado, me bajé hasta el dispensario.

Llevaba un rato trabajando cuando escuché un ruido en la escalera. Me extrañó al principio, aunque pensé que tal vez la niña se había levantado para salir al corral y vaciar el bacín de Meriem. Pero al rato, sentí que tocaba delicadamente a la puerta con sus frágiles nudillos.

—Pasa —le dije importunado, intentando no alzar la voz al tiempo que levantaba la lámpara de sebo para alumbrar la estancia.

Yusta penetró en el consultorio, vestida tan solo con la camisa de dormir y las calzas que le cubrían las piernas hasta la rodilla y, tras levantar la mirada levemente y dejar a la vista sus ojos mohínos, avanzó hasta el centro de la sala sin decir palabra.

—¿Qué deseas, Yusteta? —le pregunté con ternura, intentando suavizar el tono de mi voz—. ¿Te encuentras mal?

Al llegar al centro comenzó a quitarse las calzas y desnudó sus piernas. Pensé que se había hecho daño y quería enseñarme la herida. Le pregunté de nuevo si le pasaba algo, pero ella permanecía en silencio. Me pareció ver una lágrima brotar de sus ojos y recorrer su mejilla, pero enseguida se pasó la mano por la cara y, tras sorberse sonoramente los mocos, continuó terminando de descalzarse.

—¿Estás bien, Yusta? —le pregunté de nuevo con ingenuidad, sin duda sorprendido por la actitud de la joven—. ¿Te duelen las piernas?

De nuevo alzó la mirada y se atrevió a contemplar mis ojos por un instante. Después, sin más, alzó la camisa y la retiró de su cuerpo hasta dejarlo del todo desnudo. La luz de la candela iluminó el blanco lechoso de su carne y mis ojos, sumidos en la sorpresa, se clavaron inevitablemente en los dos incipientes senos que

brotaban puntiagudos de su pecho, así como en la pequeña mata de pelo negro y revoltoso que crecía en su entrepierna.

Reconozco que tardé largo rato en reaccionar, y eso me llena de vergüenza. Contemplar su desnudez embriagó mis sentidos por un instante, y el hecho de que Meriem lleve semanas rehuyéndome en el lecho provocó que mi deseo se encendiera. Por un instante pensé en tomar a aquella pequeña entre mis brazos y poseerla, mas finalmente pudo imponerse sobre el instinto la sensatez de mi buen juicio.

—¿Por qué haces esto? —le dije tragando saliva, incapaz de dar explicación a lo que sucedía ante mis ojos.

La niña agachó la mirada y comenzó a hipar y lagrimear de manera contenida.

—¿Por qué lo haces? —le pregunté de nuevo.

La niña se sorbió los mocos y se enjugó la cara y, sin mostrar el mínimo pudor por su desnudez, alzó el rostro y me miró directamente a los ojos.

—¿No es lo que deseáis?

La pregunta se hincó en mi pecho como una daga oxidada. De pronto vino a mi mente la conversación que hace pocas semanas mantuve con el padre, y recordé el abuso y la vejación a la que la niña se había visto sometida en la antigua casa en la que servía.

—¿Esto es lo que él te pedía? —pregunté sin saber qué decir. Había bajado la vista hacia la mesa y ya no me atrevía a contemplar su tierna desnudez.

—¿No lo deseáis? —preguntó ella de nuevo con los mocos y el llanto haciendo que su voz sonara nasal.

No pude decir más. Me levanté de la cadera en la que me hallaba sentado y me acerqué hasta ella. Clavé mis ojos en los suyos y extendí mi mano hasta tocar su barbilla. Le hice levantar su cabeza hasta que sus ojos y los míos se encontraron. Entonces, al contemplar su mirada parda y moteada, que llameaba intensamente a la luz de la candela, le hice con ternura una leve caricia en el rostro con mis dedos. Después me agaché y tomé la camisa y las calzas que ella había dejado en el suelo. De nuevo no pude evitar deleitarme durante un instante con la visión de sus pequeños senos erguidos y, aunque en esos momentos la angustia me punzaba el pecho y el deseo me consumía, le cedí las ropas y le besé la frente. Salí del consultorio sin volver la vista y la sentí llorar a mis espaldas. Luego subí la escalera a toda velocidad y me dirigí hasta la cambra, me tumbé en el lecho y, aunque cerré fuertemente los ojos, intentando borrar la imagen de la joven de mis pensamientos, no he podido dormir en toda la noche.

*Cuarto día de la semana,
décimo tercer día del mes de siván*^[63]

Hoy he atendido a una joven de la judería llamada Puria Cabelmale.

Ha venido esta mañana a mi consultorio con gran sofoco y el vientre hinchado. La traía de la mano su padre, que no es sino Vidal Cabelmale, uno de los sobrinos de Jucé Cabelmale, albedino que fue de la aljama. Al entrar en el consultorio, la niña ha comenzado a llorar desconsolada, diciendo constantemente que era inocente y que no había hecho nada malo.

—¿Qué sucede? —he preguntado confuso, al tiempo que mis palabras atraían sobre mí la severa mirada de su progenitor.

—Una mujer de los baños me ha dicho que mi hija ha conocido varón y que está preñada, y ciertamente tiene el vientre abultado.

He observado instintivamente la tripa de la muchacha, bien oculta bajo la saya y el pardo pellote y, aunque mis ojos no han apreciado más síntoma de preñez, he advertido que ciertamente la forma de la misma era extraña.

—¿La han examinado en los baños? —he preguntado regresando la mirada sobre los libros con los que trabajaba en la mesa de mi despacho.

El hombre ha negado con la cabeza, mostrando en su rostro una mueca de desesperación.

—Esa mujer ha visto a mi hija en la calle y asegura que el estado de preñez es evidente. Mi hija, por contra, dice que es falso que haya conocido varón y que no es cierto que se halle preñada —me ha asegurado con el tono de voz suplicante, con un atisbo de duda perfilando sus palabras.

—Y tú quieres que yo confirme que lo está o si es cierto lo que afirma —he sugerido—, ¿no es así?

El padre ha asentido mudando la expresión de la cara.

—Sería una sabidora la que mejor podría hacer el diagnóstico, pues sabes que yo no puedo hurgar con los dedos en sus partes secretas, y ese es el mejor modo de apreciar que tu hija no ha perdido aún la virtud. Pienso que llevarla a los baños sería lo mejor, pues descartando el que haya conocido varón, debe eliminarse igualmente la idea de la preñez. No obstante, si pudiese demostrarse que tu hija no se halla embarazada, deberíamos tratar de buscar la causa que ha generado el abultamiento de su vientre.

Vidal Cabelmale no se ha mostrado demasiado de acuerdo con mis palabras. Es un hombre huidizo, que no suele frecuentar la plaza ni relacionarse demasiado con las demás gentes de la aljama. Es seco en modales y rara vez había tenido oportunidad de parlamentar con él anteriormente.

—La sabidora piensa que mi hija está preñada y ni tan siquiera la ha examinado. Temo que lo haga y, puesto que ya ha dado un diagnóstico previo, se ciña al mismo y no haga una valoración prudente de los síntomas.

—Está bien —he aceptado—. Haré lo que esté en mi mano. Primeramente necesitaré observar tu orina —le he dicho a la joven mientras le daba una pequeña ampolla de vidrio y le indicaba la salida al corral—. Pero antes quiero que me respondas a un par de preguntas.

La niña ha asentido mientras recogía el matraz con una mano y se enjugaba las lágrimas con la otra.

—¿Cuánto hace que no sangras? —le he preguntado.

El padre la ha mirado con severidad y ella ha dudado antes de darme la respuesta.

—Hace al menos mes y medio —ha respondido con la cabeza gacha, al tiempo que su padre enrojecía de cólera—, pero os aseguro que jamás he conocido varón.

—Cuarenta y cinco días al menos —he musitado reflexivo—. Es posible que el feto ya se hubiera formado en tus entrañas si existiese preñez —he indicado—, mas no juzgo que sea un tiempo suficiente como para formar el abultamiento que padeces.

La he mandado al corral para que pudiera hacer su necesidad en la intimidad y después le he tomado la orina para examinarla. Tras ello, con el consentimiento del padre, hemos alzado sus ropas hasta dejar el vientre al descubierto. He observado cuidadosamente el extraño abultamiento y lo he tanteado con las manos. También he palpado los senos, buscando alguna señal de que estos ya hubiesen comenzado a reaccionar ante la preñez. Finalmente he tranquilizado al padre, consciente de que no existía embarazo de ningún tipo.

—No puedo garantizarte que tu hija haya o no conocido varón. Sabes que esa exploración me está vedada; mas no creo que debas dudar de su palabra, pues el motivo que perturbaba tus pensamientos es incierto —le he dicho.

—Entonces, ¿qué padecimiento abulta su vientre? —me ha preguntado el hombre serenando el semblante, aunque todavía con gesto de turbación por el extraño padecimiento que deforma el cuerpo de la joven.

—Sin duda se trata de una mola, una falsa empareñación ocasionada por la acumulación de aires y sanguinolencias en su matriz —le he sugerido con convencimiento—. Nada que deba preocuparos en exceso, siempre y cuando tu hija siga el tratamiento adecuado. Sería conveniente, sin embargo, que hagas un esfuerzo por acallar las voces de aquellos que ya han sentenciado que la niña ha recibido mácula, pues no hay razón para pensarlo.

Tras recetarle unos cuantos medicamentos, los he despedido del consultorio satisfecho al ver el rostro de tranquilidad que ambos mostraban. Después me he sentado en la cadera y me he cubierto las manos con el rostro. He recordado al hacerlo los incipientes y tiernos senos de la joven Yusta, y apenas he sido capaz de contener el deseo. Después he pensado en la joven Puria Cabelmale. Acababa de palparle los pequeños pechos hacía un instante y al hacerlo no había sentido nada indecoroso. ¿Por qué, en cambio, la visión de la desnudez de Yusta me perturba tanto? ¿Por qué?

He pasado todo el día reflexionando sobre ello. Jamás la desnudez de ninguna mujer me había agitado tanto, y no soy capaz de discernir el motivo que lleva a que esa dulce joven que sirve en mi casa sea capaz de levantar mi avidez lasciva. ¿Es acaso la idea de que podría gozar de ella a voluntad si quisiera hacerlo? ¿Es tenerla a mi merced lo que envalentona mi deseo y me corroe las entrañas entre incontenibles ardores? ¿O es acaso la atracción por lo prohibido, por aquello a lo que no se debe

acceder, lo que me ha sumido en este estado angustioso de constante turbación? Me pregunto si sigo amando a Meriem y, al hacerlo, pienso que tal vez sea el hecho de que mi devoción por ella se encuentre en estado agónico lo que ha provocado que la desnudez de la tierna Yusta se haya colado en el más profundo cubículo de mi alma.

**Quinto día de la semana,
décimo cuarto día del mes de siván^[64]**

Hoy ha venido a mi consulta doña Munia, junto con su hijo Juan Martínez. El aspecto que presenta el pequeño es bueno y el color morado que teñían sus mejillas en los días previos ha remitido completamente.

Sobre este he de decir que fue traído a mi casa hace ahora unos diez días, después de haber caído sobre el suelo mientras jugaba en la calle y haber roto su pequeña nariz contra un canto que había en medio de la misma. Reconozco que el tratamiento de la herida era complejo, por haber quedado su cara completamente deformada tras el golpe. Hube de aplicar a sus fosas nasales un remedio que mi padre me enseñó a elaborar y, tras rectificar la dirección del hueso con un pequeño trozo de caña, cubrí sus fosas con estopa, dejándolo todo bien emplastado durante algo más de media semana. Después, retiré el emplasto tras comprobar que la herida estaba completamente cerrada y le pedí a doña Munia que dejara pasar unos días antes de regresar a la consulta. Afortunadamente, la herida cura a gran velocidad y la deformación del rostro del pequeño se ha corregido en gran medida.

Esta noche he tenido un sueño que lleva todo el día atormentándome. He soñado que me encontraba en mi despacho, componiendo nuevos poemas y deleitándome con los que ya contiene mi diván. Después ha penetrado en la sala la joven Yusta, tal y como hizo la otra noche en mi consultorio, y nuevamente se ha despojado del camisón de dormir, quedando desnuda ante mis ojos. He soñado que no podía contener mi deseo y que me acercaba hasta ella y tomaba sus pequeños pechos con mis manos apretándolos con fuerza. Después la tumbaba sobre la tabla en la que instantes antes me hallaba componiendo algunos zéjeles y la tomaba allí mismo sin pudor alguno. El sueño me ha enfebrecido, y la calentura se ha apoderado de todo mi cuerpo. Sin embargo, he despertado de manera brusca porque, mientras hacía el amor a la joven Yusta en la ensoñación, mi visión ha contemplado los ojos fijos de Meriem, mirando desde el otro lado del consultorio.

Al despertar, mi esposa yacía en el lecho conmigo. Involuntariamente la había abrazado, aunque ella me rehúye siempre que puede. Pero justo en ese momento se encontraba completamente dormida, inconsciente para apartar mis brazos de su carne, tal y como acostumbra a hacer. Me he lamentado profundamente en mi angustia y le he pedido a Dios todopoderoso, bendito sea, que ilumine mis pensamientos.

Reconozco que desde que la joven criada entró en mi consultorio a deshora y dejó

su desnudez a la vista de mis ojos, mi alma se mantiene perturbada y la desesperación se ha apoderado de mis sentidos. Ignoro si realmente la pequeña ha encontrado un hueco horadando mi corazón, o si por el contrario es el ardoroso deseo que no logro satisfacer con mi esposa el que provoca que el tierno cuerpo de esta criatura haya copado mis pensamientos, el Señor todopoderoso me perdone. Soy consciente de que me invade la idea de tomar a la joven y consumir con ella el ardor que me corroe, mas debo fidelidad a mi esposa, a la que debería amar con toda mi alma. A ella la venero por ser la madre de mis hijos, por ella suspiro a cada momento. Siento que todavía la amo, pero he de hurgar en lo profundo de mis entrañas para hallar los sentimientos que todavía me produce. Son sus continuos desaires los que me abaten, y su desprecio continuado el que me hace desear a la pequeña criada. Debo recuperarla para mi corazón, colmatar mis anhelos con su cuerpo que me pertenece y adoro, pero ¿cómo? ¿Cómo recuperar su cariño y ganar nuevamente su confianza?

Después del sueño de esta noche ya no solo me preocupa el deseo que apenas soy capaz de contener. No puedo quitarme de la cabeza los dos ojos de Meriem, mirando desde el otro lado de la puerta del consultorio. ¿Y si ella lo vio todo? ¿Y si realmente pudo contemplar cómo la joven entregaba a mi vista su desnudez sin pudor alguno? He notado que Meriem desprecia a Yusta y la mira con resentimiento, aunque no sabría decir si esto se produce desde ese día o desde el mismo instante en el que ella llegó a nuestra morada. No soporta que la joven me mire durante la comida y evita siempre que ambos nos crucemos en alguna parte de la casa interponiéndose entre nosotros. ¿Habrá sido capaz de percibir el deseo que me carcome? ¿Es eso lo que simbolizan sus ojos fijos del sueño? No soporto esta tensión por más tiempo. El Señor Dios, bendito sea, me ilumine y ayude en este trance.

***Día de la Preparación,
décimo quinto día del mes de siván***^[65]

Hoy ha sucedido algo horrible que me mantiene totalmente atormentado.

Todo ha comenzado antes de la comida, cuando Yusta, que estaba limpiando la vajilla que usamos para comer durante el *Sabbat*, ha tropezado tontamente cerca del hogar y ha caído sobre los platos y tazas, quedando troceados la mayor parte de ellos. Al escuchar el estruendo, he salido corriendo del consultorio y he subido presuroso hasta la cocina. Cuando la he visto tendida en el suelo, con un corte en el brazo que sangraba de forma notoria, me he asustado sobremanera. He intentado levantarla, pero he desistido al escuchar el griterío que Meriem profería mientras subía dando grandes zancadas por la escalera, con los candiles que había pasado todo el día brillantando todavía en la mano.

—¡Necia! ¡Qué te tengo dicho! —gritaba repetidamente con gesto colérico—. Maldita estúpida...

—Ha sido un accidente —he expresado conciliador tratando de calmar los ánimos.

—¿¡Accidente?! —ha gritado Meriem fuera de sí—. El día que su madre la alumbró sí que se produjo un verdadero accidente.

Después me ha apartado con el codo hasta casi derribarme por el suelo y le ha palmeado la cara a la joven con tal violencia que su nariz ha comenzado a sangrar abundantemente, manchando las pocas piezas de la vajilla que se han salvado del estropicio.

—¡Necia! ¡Eres una necia! —seguía gritando Meriem, ignorando las lágrimas de la pobre Yusteta—. Dime, niña torpe, ¿quién te ha dado permiso para que sacaras la vajilla de su sitio? ¡Te he dicho que me lo expliques!

—Solo quería limpiarla, señora —ha musitado la pequeña con voz apenas perceptible.

La respuesta de mi esposa ha sido propinarle una nueva bofetada. He intentado retenerla tomándola por el brazo, pero envuelta en su furia, me ha dado un nuevo empujón que casi me derriba y he comprendido que poco podía hacer, aunque la actitud de Meriem comenzaba a asustarme.

—Todo tiene solución, amada —he dicho con voz titubeante, pero mis palabras han provocado que mi esposa me dedicara una mirada colérica.

—No intentes proteger a esta putilla, Leví —me ha dicho escupiendo rabia por la boca, y al hacerlo he comprendido que es algo más que la rotura de la vajilla lo que enciende el ánimo de mi esposa, cosa que todavía me turba más.

—No debes faltarle al respeto, Meriem —he dicho ya temeroso de la reacción que pudieran provocarle mis palabras—. Es una niña aplicada que lo intenta hacer de la mejor manera posible.

—¿¡Aplicada!?! —ha preguntado ella con una ira incontenible.

Después ha levantado a la joven del suelo agarrándola de los cabellos y, entre bofetadas, le ha arrancado la ropa a estirones. Yo he quedado estupefacto, incapaz de comprender el motivo que empujaba a mi mujer a actuar de ese modo.

—¡No lo permita, señor! —gritaba Yusta con dos lagrimones surcando sus mejillas y los senos al aire contoneándose por las violentas sacudidas que Meriem le propinaba.

Yo estaba inmóvil, con la visión de su desnudez en mi consultorio días antes alojada en mi cabeza, completamente azorado ante la idea de que, mientras yo había evitado en todo momento abusar de aquella joven indefensa, mi esposa no dudaba en humillarla y despreciarla sin miramiento alguno.

—¡Que te quites las calzas he dicho, maldita zafia! —ha gritado mi mujer mientras apretaba su nuca con la mano y le propinaba golpes en la cabeza con el puño cerrado—. ¡Desnúdate, necia!

—¿Por qué haces esto, Meriem? —he preguntado incapaz de comprender nada, sobrecogido como estaba por ver un comportamiento tan indigno en mi esposa y,

sobre todo, temeroso de que ella fuera consciente de lo que había pasado días atrás y estuviese escupiendo su rabia contra la joven en venganza.

—¿Que por qué lo hago? —ha preguntado sorprendida—. ¡Mírala! —ha gritado mientras me presentaba su torso desnudo y ya magullado, tirando con fuerza de sus cabellos hasta torcer su cabeza hacia atrás.

Después la ha llevado hasta un pilar que hay junto a uno de los rincones de la cocina, justo donde comienza el descenso de la escalera y, allí, la ha atado con fuerza.

—¿Por qué te comportas de este modo, Meriem? —he insistido sobrecogido, pero no he obtenido respuesta.

Mi esposa ha bajado las escaleras a toda velocidad maldiciendo y echando espumarajos por la boca. Yo he quedado en la cocina, incapaz de reaccionar, con los ojos fijos en el torso virginal de la joven y en su cara aterida por el terror y bañada por las lágrimas. Me preocupaba la herida del brazo, que todavía goteaba sangre, y la marca rojiza que uno de los porrazos le había dejado en el rostro.

—Marchaos, señor —me ha dicho Yusta y, al hacerlo, he comprendido que no era la primera vez que mi esposa le daba un trato inadecuado, pese a los pocos días que la pequeña lleva en nuestra casa.

Al momento, Meriem ha vuelto a subir por la escalera y, con una vara que traía en la mano, ha comenzado a fustigar la espalda de la joven. Ella, con un alarido espeluznante, ha doblado su espinazo ante la violenta acometida de mi esposa. He intentado frenarla de nuevo, pero la mirada de fiera salvaje que me ha dedicado me ha hecho desistir, y aún le ha propinado siete u ocho varazos más, haciendo que la sangre de la pobre salpicara también parte de la alacena que hay justo al lado de la entrada de la cocina. Después, casi exhausta y roja de cólera, le ha dado cuatro o cinco puntapiés en los ijares y, rendida, se ha dejado caer sobre la banca.

Contrito por presenciar todo ello, no he sido capaz sino de salir de la pieza y regresar a toda velocidad a mi consultorio. Al sentarme de nuevo frente al poyo en el que atiendo a los pacientes, no he podido evitar derramar un par de lágrimas y, aterrorizado por lo vivido, he llevado las manos a mi cabeza y he comenzado a golpear esta contra la mesa. ¿Qué he hecho yo, oh, Señor, para que envíes sobre mí este sufrimiento?

Me he ido a descansar, oyendo los gemidos y lamentos de la pobre Yusta, que, encerrada en su alcoba, lloraba amargamente por las humillaciones sufridas. Mientras, Meriem ha quedado en la cocina como si nada, poniendo mechas nuevas en los candiles, echando los pellizcos de sal en el aceite para que ardan por más tiempo y realizando los últimos preparativos para el *Sabbat*.

Todos hemos regresado a la cocina cuando faltaba ya poco tiempo para la puesta de sol, como si nada de aquello hubiese sucedido realmente. Mis hijos permanecían en silencio, y yo mismo he evitado hacer comentario alguno.

—Bendito sea el Eterno Rey del mundo —ha pronunciado mi esposa mientras cubría sus ojos con sus manos tras encender las mechas—, que nos santificó con sus

preceptos y nos ordenó encender las velas del sábado.

El día del regocijo comenzaba, mas mis ojos no han podido apartarse de los de la pobre Yusta, quien, con las cuencas hinchadas y rojas y la mirada humillada hacia el suelo, trataba de esbozar una sonrisa. Mi mente recrea ahora amargamente la imagen de Meriem colocando la adafina y el resto de la comida sobre el anafe, con una cínica mueca dibujada en su faz, como si nada hubiera acontecido.

Sé que en estos momentos no debería estar escribiendo en mi diario. Sé que al hacerlo incumplo el descanso del *Sabbat*, el Señor todopoderoso me perdone por mi pecado, pero la turbación corrompe mis entrañas y no hay descanso en mi espíritu, que, abatido, se retuerce magullado por la terrible mácula que mi esposa ha cometido al humillar de esta manera a un ser indefenso.

Día de Alhad, décimo séptimo día del mes de siván^[66]

Esta mañana he entrado en la alcoba y he contemplado a Meriem realizando la oración de la mañana. Me he levantado más temprano que de costumbre y, tras agradecer a Dios que me devolviera el alma después del descanso en las horas de las tinieblas y lavar mis manos en la jofaina con agua que tenemos en la habitación, he salido de casa para visitar a un paciente. Después he regresado a nuestra morada con el alba y, sin pretenderlo, he sorprendido a mi esposa levantándose de la cama.

—Alabado seáis vos, Señor, que me habéis alzado del lecho viva y sana, que me habéis levantado con el alma entre las carnes y me habéis dado lienzo y paños para vestir —musitaba con la mirada puesta en el pequeño vano que permite por las mañanas la entrada de los primeros rayos de sol en la cambra.

He recordado el día que la observé rezar por primera vez, justo al acabar nuestra noche de bodas, y después mi mente ha evocado a Benvenida y su peculiar forma de orar, congraciándose siempre de ser mujer. Ella jamás habría maltratado a alguien de su condición, y menos a una hermana en la fe. Con ella me sentía vivo, a su lado sentía el amor fluir por mis venas. Al lado de Meriem ya no siento nada. Un abismo separa a mis dos esposas: una es el día y la otra es la noche, mas no retengo a mi lado sino a la que es un puro témpano de hielo.

Capítulo X

CARTA DEL FÍSICO JUDÍO LEVÍ ABEN YOSEF A SU HERMANO JACOB, FÍSICO DE LA CIUDAD DE CUENCA

Cannete. Año 5129 de la creación del mundo^[67]

Carta de Leví Aben Yosef, hijo del médico Yosef Ha-Leví de Cuenca. ¡Paz! A mi querido y esperado hermano, aquel que es gozo de mis ojos, deleite de mis oídos y dulzura de mi paladar, para aquel que es refugio de la fortaleza, el magnífico sabio, el excelente médico, Jacob Aben Yosef Ha-Leví. El Todopoderoso, exaltado sea, te encumbre y prolongue los días de tu vida; que extienda tu mano sobre ti, su bienestar y gracia, y te conceda sus dones y prosperidad.

Escribo desde mi amada villa de Cannete, a treinta días del mes de *shevat*^[68], que el Todopoderoso lo torne en una ocasión de dicha y gozo. Me encuentro bien y mi salud es buena.

Bendito sea el Compasivo, que me permite, aún en mi vejez, poder dedicarte estas palabras. La carta que recibí de tu puño y letra, hace ahora apenas dos días, ha puesto fin a mi interminable búsqueda. Durante años parlamenté de manera infructuosa con estibadores e informadores de los puertos de Valencia y Barcelona, ansiando encontrar alguna noticia vuestra. La tierra se os parecía haber tragado a Sorbellita y a ti, y el nombre de Jacob Aben Yosef había desaparecido repentinamente del orbe.

Ahora, tu misiva es un bálsamo para mi atormentada alma, y no deja de ser providencial el hecho de que me haya encontrado con tu mensajero justo en esta villa, en la que tantos y buenos momentos compartí con Benvenida, población a la que el capricho del hado ha querido atraerme circunstancialmente por breve tiempo. Me alegro enormemente de que hayas encontrado cobijo en casa de nuestro querido tío Alatar, y puedo comprobar en tus letras que él ya te ha puesto al corriente de todo aquello que ha colmado mi existencia en los últimos años. Siento enormemente que la vejez lo haya dejado achacoso y lechigado, y me cuesta creer que aquel impulsivo maestro que encaminó mis pasos en la juventud sea ahora un postrado octogenario. Es mucho el amor que profeso por él y por su familia, y su enfermedad, así como su avanzada edad, son tormentos nuevos que alborean en mi alma.

Jamás comprendí por qué no obtenía respuesta a las cartas que te enviaba y, si bien nunca desistí en mi empeño, mis esperanzas de recibir noticias vuestras se fueron diluyendo poco a poco con el paso de los años. Y más lo hicieron todavía cuando me notificaron el fallecimiento del sultán Abul Habas, apenas dos años después de vuestra marcha hacia las tierras fezíes. Temí entonces que, si el nuevo sultán no demandaba tus servicios, Sorbellita y tú os veríais abocados a marchar de aquel lugar, cosa que, empero, despertó levemente el anhelo de que tal vez pudierais

regresar a casa.

Durante este tiempo, como veo que ya sabes, me asenté en Teruel y me resigné a no poder marchar hasta Darocha, aunque no por ello renuncié a mantener contacto con nuestros amigos los Benveniste, con el bueno de Isaac, su reposo esté en el Edén, y con su hijo Maymoni, con la esperanza también de que si tratabas de ponerte en contacto conmigo, lo hicieses dirigiéndote a ellos; pero pasaban los meses y las noticias seguían sin llegar.

Fue a comienzos del mes de *shevat* del año último, pasada la celebración que los nazarenos hacen del nacimiento de su falso mesías Yeshúa, cuando un comerciante valenciano, alertado de mi búsqueda, me trajo un roído pliego de papel, aduciendo que se trataba de una carta tuya. Retribuí primero al mercader en recompensa por las noticias, luego, ansioso, abrí el sello impaciente y desenrollé el pergamino. Cuál fue mi sorpresa al ver que la fecha de la misiva no era actual, sino que tus manos habían signado su contenido hacía más de quince años. El papel se deslizó de mis manos y, con una fuerte opresión en el pecho, hube de tomar asiento en el escaño que preside mi consultorio, sintiendo cómo las lágrimas surcaban mis mejillas y la desesperación se apoderaba de mí.

—La guardaba una viuda entre un fardo de papeles desde hace años —me dijo el hombre viéndome abatido—. Su esposo era un estibador del puerto de Valencia que falleció repentinamente por las mismas fechas en las que el pliego fue remitido desde tierras fezíes. La carta quedó retenida en su casa y la mujer la acumuló entre sus cosas.

—¿Cómo ha llegado a tus manos? —pregunté consternado.

—La mujer se presentó en mi negocio hará cosa de dos meses —me explicó él—. Quería deshacerse de algunos trastos que almacenaba en el sobrado de su casa y ganar con ello algo de dinero. Le compré algunos libros y los pliegos de papel que encontré en su vivienda, entre otras muchas cosas, y me sorprendió hallar la carta entre ellas, pues en Levante es conocido el nombre de Jacob Aben Yosef, y también se sabe que vos, mestre, pagáis buenas propinas desde hace años a cambio de obtener noticias de él.

Reconozco, hermano, que no tuve valor para leer tus palabras al comienzo. ¿De qué me servía obtener noticias que se remontaban más de quince años atrás? No había sabido nada de vosotros en todo este tiempo, y ahora temía que el contenido de la carta únicamente sirviese para apuntillar cualquier atisbo de esperanza que pudiera quedarme. Finalmente me decidí, desplegué el pergamino con mano temblorosa y apenas fui capaz de leer el texto a causa del húmedo velo que cubría mis ojos. Después, mi corazón se quebró del todo al leer las líneas que anunciaban el fallecimiento de Sorbellita, su alma esté en el Edén.

Lloré amargamente, mi querido hermano, al leer de tu mano aquella trágica noticia, e hice mío el dolor que tú debiste sentir entonces. El oprobioso hado se las había llevado a ambas, Jacob, a Benvenida y a Sorbellita. Pocos meses habían

mediado entre la muerte de mi esposa y la de la tuya, y yo me sentía incapaz de descifrar por qué este destino ruinoso se había cebado con nuestras vidas. Cuando pude reponerme y pude proseguir la lectura, comprobé que eras consciente de mi trágica pérdida. Supuse entonces que habrías contestado a mis cartas con anterioridad, que habrías sellado otro pliego de papel transmitiéndome tu pésame y excusándote por no haber podido asistir a su sepelio y, al hacerlo, me lamenté profundamente y golpeé mi pecho contrito hasta provocar un arranque de tos que casi me hizo vaciar todo lo que guardaba en mis tripas. Había maldecido tu nombre, Jacob, en aquellos días de amarga soledad que sucedieron a la pérdida de mi esposa, escupiendo rabia, pensando que nada querías saber de aquel que tanto te ama.

Al conocer la noticia de la muerte de Sorbellita, temí que te hubieses convertido en un hombre errabundo y que, abandonando los privilegios que el Eterno te había concedido poniéndote al servicio de la nobleza fezí, hubieses partido de aquella tierra y arrojado tu existencia hacia algún oscuro destino. Llegué a suponer que, siguiendo los pasos de Maimónides, te habrías embarcado hacia Acre. Ahora, pasado el tiempo, no deja de parecerme increíble que mis sospechas fueran tan ciertas como que la luna renace en el cielo tras apagar su lechosa luminosidad, y sigo sin comprender —aun entendiendo, desgraciadamente, el dolor que te embargó entonces— por qué no dedicaste un momento de tu inquieta pluma a escribir a tu hermano, que tanto te ama, aunque solo fueran unas pocas palabras con las que aplacar la agonía en la que se vio sumido su espíritu, ni por qué te enfrentaste tú solo a la muerte y a la soledad y emprendiste una vida errabunda que te condenó a vagar en la miseria.

Puedes estar seguro de que en los últimos meses he movido cuantos cabos estaban en mi mano para encontrar en Oriente el rastro de tu nombre y el de nuestra familia, aunque, como siempre, mis esfuerzos han sido infructuosos hasta el día de hoy. Por eso mi sorpresa es aún mayor, si cabe, al comprobar que ahora te encuentras en nuestra tierra y que tal vez tendré pronto la oportunidad de volver a abrazarte.

Me preocupa tu deseo de regresar a Cuenca, la ciudad de nuestros padres, y de establecerte allí como antaño. Según he sabido, han sido abundantes los destrozos que en los últimos años esta maldita guerra ha ocasionado en la ciudad, y me consta que muchas de las casas de la judería han sufrido cuantiosos daños, cebándose en ellas esos malditos puercos que rinden pleitesía a don Enrique y los seguidores de don Alvar García de Albornoz, sean borrados su nombre y su memoria. Un arriero que mora en Cuenca, con el que tuve ocasión de conversar hace apenas cuatro días en Valldemeca, me dijo que también habían sido demolidas muchas casas en el barrio de los Pilares y en el barrio Nuevo, que el Arrabal estaba destruido del todo y que muchas viviendas habían ardido en las calles de la Correduría y de San Martín. Me aseguró igualmente que muchas de las casas de la judería que lindaban con el adarve habían sido derribadas y que, hace años, la presión que nuestros hogares ejercían sobre el muro provocó que parte del mismo se viniera abajo, dañando algunas viviendas que estaban situadas en la calle de la Pellejería. La mala fortuna quiso que

los edificios afectados pertenecieran al cabildo de la catedral y que los sacerdotes cristianos pusieran una denuncia ante el concejo contra nosotros.

Temo, pues, que la casa que fuera de nuestros padres no sea ahora más que una escombrera, semejante a aquella en la que se convirtió el hogar que durante años nos dio cobijo a Benvenida y a mí en esta villa en la que ahora me encuentro. Me apenaría que eso fuera de ese modo, pues ese viejo edificio es cuanto nos queda en esta tierra maldecida. Ahora ni tan siquiera soy propietario del solar donde reposan los escombros de la que fue mi casa en Cannete, pues me han dicho que, tras marchar al reino de Aragón y estallar la terrible guerra que ha asolado toda nuestra tierra, todos mis bienes fueron embargados y que los documentos y escrituras que todavía conservo conmigo carecen ya de valor.

Dicen las gentes que el odio a los judíos en Cuenca es mayor que nunca y que los curas cristianos lo alientan arguyendo que, cuando gobernaba el rey don Pedro, las gentes de la catedral se vieron obligadas a empeñar a los judíos de la aljama los cálices, los vasos de plata y cuantos ornamentos guardaban en su templo. Muestras de ese celo perverso he podido observarlas incluso en Valldemeca, donde ahora tengo mi morada, mas no entiendo que debamos ser nosotros los que purguemos los males que ellos mismos achacan al rey Pedro Alfónsez, que tanta inquina causó en vida. Después de todo, cuentan que buena parte de la violencia que los perros cristianos causaron en la aljama fue para recuperar lo empeñado por los miembros del cabildo de su catedral, lo cual causó que los nuestros perdieran tanto el dinero del empeño como sus propias pertenencias por culpa de aquella nefasta situación. No hay nada, pues, que justifique el aborrecimiento que nos profesan por ese motivo.

Es mucho el terror que hemos padecido en los últimos años, mi querido hermano, y mucha la desgracia con la que el hado ha querido cargar los serones de nuestros costados. Este tiempo ceniciento y oprobioso nos ha dejado exhaustos, Jacob, y temo que tu regreso al hogar de nuestros antepasados no sirva sino para que el maldito destino, que siempre parece acechar desde la tiniebla con vista aviesa y fauces espumosas, te arroje a la misma sima en la que todos nos hallamos inmersos desde el día nefasto en que el morbo comenzó a carcomer nuestras vidas, las cuales únicamente han conocido desde entonces miseria, pestilencia y guerras sin fin.

Siempre tuve presentes las palabras del poeta Mosé Aben Ezra, de bendita memoria, que tanto solía recitar nuestro padre cuando nos ilustraba en los mandatos de la fe y en la senda del conocimiento: «Teme al destino porque sus dádivas son como veneno de áspid con un poco de miel dentro de él y por la mañana seduce a tu alma con su placer, ¡pero a la tarde misma espera sus engaños!». Mas no creía yo, mi querido hermano, que el hado se cebaría con nuestras vidas de esta manera, haciendo de nuestra existencia un mero antojo que se extingue de un plumazo cuando la voluntad de la afrentosa fortuna así lo establece. «Es como si el destino fuera el pastor —decía el poeta—, la muerte fuera el cuchillo y todas las criaturas, los corderos».

Si me vieras ahora, querido hermano, tus ojos no contemplarían sino la faz de un viejo. Mi pelo es cano, tanto en la cabeza como en la barba y en el pecho. Los ojos se han hundido en mi carne y he comenzado a moverme con torpeza. Mi edad no es excesiva, lo sé, pero el peso que la losa de mi lacerante existencia ejerce sobre mis hombros amenaza con dejarme postrado del todo. Cada mañana me preparo un tarro de agua caliente y mezclo en él bilis de cabra y manteca de vaca, tal y como padre hacía; después lo bebo de un trago y eso me ayuda a respirar mejor. Aguanto así hasta la madrugada, pero entonces empiezo a toser y lleno el bacín de flemas. Toda la vida dedicado a sanar a los demás, y ahora no soy más que un maldito viejo enfermizo y de piel acartonada.

A veces pienso, mi querido Jacob, que la vida ha pasado en un suspiro, tan rápido que apenas he tenido tiempo de presentir que todo se sucedía a la velocidad del relámpago delante de mis ojos. He sido incapaz de disfrutar de los momentos de dicha, y solo he sido consciente de ellos cuando hube de lamentarme por haberlos perdido. Eso es la vida al fin y al cabo, mi querido hermano; solo lamento y recuerdos que se deslizan de nuestra existencia como el pez se evade de la jábega del pescador.

Perdí tu rastro, mi querido Jacob, cuando más necesitada estaba mi alma de tu asistencia. Todavía recuerdo, con una tibia parquedad, que en la última misiva que te dediqué te hablaba de cómo había encontrado un hueco en la tabla de Jahiel Sarrení, de cómo me había enamorado perdidamente de la jovencísima Meriem y de cómo le había pedido a su padre que me concediera la gracia de convertirla en mi esposa. Por supuesto, aquella carta, como tantas otras, jamás encontró respuesta, pero aun en tu ausencia yo te sentía a mi lado. Te escribía cartas todos los meses —aunque solo lo hiciera para guardarlas en un pequeño escriño que ocultaba en el armario de mi consultorio—, y también escribía a padre. Sí, como lo oyes, pues no he de engañarte si te digo que cuando rasgo con el cálamo las hojas de mi libro de días, mi mente únicamente piensa en él y se evade en su recuerdo.

Decidí no volver a enviarte por correo las cartas que signaba cuando uní mi vida a la de Meriem. Era ella un nuevo lucero en mi existencia, y el día que me casé decidí pasar página del doloroso pasado que cada día sacudía mi espíritu condenándome a un tormento eterno.

—Su vida te pertenece por entero —recuerdo que me dijo el viejo pañero Bachel como respuesta el día que pedí su mano—, pues solo a la gracia de tu mano, y a la sabiduría y la ciencia en la que te prodigas, se debe que su alma tierna habite todavía su joven carne. Tuya es si la amas, y bajo tu custodia quedará de por vida si ese es tu deseo. Solo quiero que sepas que la dicha nos embarga a toda la familia por tus atenciones y por permitirnos unir nuestra familia a una persona cuya entrega admiramos, y cuya generosidad no parece conocer límites.

Presentía que a ti te había perdido, igual que un día dejé de tener a Benvenida a mi lado, y que ya no quedaba nadie de la familia que quisiera recorrer las sendas de la

vida a mi lado. Me había asentado en una nueva ciudad, vivía en una nueva morada y ahora hundía mis raíces en una nueva familia.

Mientras, en casa, el amor que profesaba a Meriem pareció tomar vida y de su vientre nacieron dos preciosas criaturas que heredaron sus rasgos estilizados. Yosef, el mayor de los dos y el único varón de mi casa, fue poco a poco creciendo hasta sostenerse él mismo en el suelo sobre sus propios pies. Luego, cuando pasó un lustro desde su nacimiento y adquirió la facultad del entendimiento, lo llevamos a la escuela. El pequeño pasaba todo el tiempo libre que le quedaba tras las horas de estudio jugando en la calle con sus pequeñas bolas de barro, junto a los demás niños de la judería, o en la casa de un cordelero, vecino nuestro, con cuyo hijo había trabado gran amistad. Meriem insistía en que, en cuanto creciera lo suficiente, debíamos llevarlo al obrador de Bachel, para que comenzara a trabajar con su abuelo con un contrato de aprendiz; pero yo deseaba que el muchacho aprendiera los secretos de la ciencia y se convirtiera en un gran físico como nuestro padre, cuya facultad para el entendimiento y la medicina esperaba que hubiese heredado su joven cuerpo.

Impaciente por que el aclamado Yosef Ha-Leví tuviera un justo heredero en ciencia de su sangre, quise formarlo prematuramente en el oficio que ambos aprendimos desde temprana edad, intentando al tiempo despertar su interés por los libros escritos por los antiguos, deseando que su joven espíritu se dejara llevar por la suave brisa del conocimiento. «Quien se afana tras la sabiduría y la sensatez logra una diadema —le decía cada vez que abría uno de los tratados que guardaba con celo en mi casa y lo ponía ante sus ojos—, y sus áureas palabras serán el ornato de las sienes de sus amigos».

Como bien recordarás, eso solía decir nuestro padre, su alma descansa en el Edén, y así se lo transmitía yo al que había nacido de las entrañas de mi esposa: «Dios ensancha el corazón del que quiere subir por la escalera del conocimiento. Estará Elohim, su Dios, con él y lo elevará hasta las alturas». Una y otra vez se lo decía yo a mi hijo, del mismo modo que le recordaba lo que las Escrituras indican: «Inclina tu oído y escucha las palabras del sabio, y aplica tu corazón para entenderlas. No olvides nunca que está escrito: “El hombre será elevado según su inteligencia”». Después lo bendecía poniendo mi mano sobre su cabeza: «Dios te haga prosperar como a Efraín y Menache. Bendígate el Señor conservándote; su semblante te ilumine agraciándote, el semblante del Señor se dirija hacia ti concediéndote paz».

Pero un día, después de que perdiera los nervios y le azotara las nalgas, impotente al ver cómo su cabeza era incapaz de asimilar los conocimientos que prematuramente intentaba transmitirle, me preguntó: «¿Para qué habrán de servirme todas estas cosas en la vida?». Supongo que le desconcertaba, en su tierna ignorancia, que antes de aprender cómo se debe salvar el cuerpo, uno debía siempre tratar de allanar los senderos de su alma y buscar el conocimiento de sí mismo.

Traté de calmarle entonces y, acariciando sus cabellos pajizos, contrito por mi

exceso de carácter, procuré hacerle comprender:

—No olvides, Yosef, que el Señor dice: «Cuando entre la sabiduría en tu corazón y la ciencia sea dulce para tu alma, volará sobre ti la reflexión y la prudencia te guardará, apartándote del mal camino, cuyos senderos son tortuosos y sus sendas llenas de revueltas». De poco le sirve al buen cirujano conseguir que sus manos sanen la herida si su corazón se encarroña por dentro. De poco sirve ayudar a los enfermos si no se trata de poner remedio a la pudrición que nos carcome, ¿no crees?

Lo cierto, mi querido hermano, es que su falta de interés colmataba mi desesperación. A menudo recordaba las palabras de Maimónides, de bendita memoria, «El mundo existe solo por el aliento de los niños estudiando», y al hacerlo todos mis anhelos se sumían en una profunda y agónica melancolía.

Frente a su ineptitud para la ciencia, mi mente recordaba evocativa la primera lección que hube de dar al joven Selomó, el aprendiz que un día tuve en esta villa de Cannete, que tan leal se mostraba a mi servicio, y a quien tanto he echado siempre de menos.

—Debes guiarte siempre por la razón —le dije entonces al muchacho—, pues solo mediante ella se puede alcanzar un juicio acertado. Mi padre siempre decía que con la razón distingue el hombre entre la verdad y la falsedad, entre la virtud y el vicio, entre el bien y el mal, entre lo bello y lo feo, entre lo necesario, lo posible y lo imposible.

Selomó asintió entonces terciando la cabeza, clavando, como siempre hacía, esa mirada oblicua y brillante que le caracterizaba. Jamás cuestionó ninguno de mis juicios, ni puso en duda ninguna de mis aseveraciones. Cuando le preguntaba qué era lo que había aprendido de mis enseñanzas, siempre me respondía que «el uso de la razón es lo que mueve al hombre al conocimiento de la verdad y que la búsqueda de esta es el objeto de toda ciencia». Él, el hijo de Jucé y de Estrella, era un alumno entregado, tenía tantas dotes para la ciencia médica como cualquiera de nosotros, mientras que mi vástago, el nieto del gran físico Yosef, el que debía tener sangre de nuestra sangre, estaba negado a todo aprendizaje.

Durante un tiempo pensé que tal vez el error se debía a mi impaciencia y no a su naturaleza poco dada para el conocimiento. Sabía que no debía comenzar su aprendizaje hasta llegada la adolescencia, edad que se cumple ahora en su joven carne, mas la ansiedad me podía, y mis ganas por encontrar un aprendiz tan dilecto como el joven Selomó, cuyo recuerdo invadía mis pensamientos a cada momento, me abocaron sin duda a precipitarme en las enseñanzas. Pese a ello, y a que su edad era tan tierna como los frutos cuando caen del árbol, comprendí enseguida que el joven Yosef carecía de la ciencia que nosotros habíamos ya mostrado de niños.

—Recuerda siempre que cuando un enfermo llegue a tu consulta —le explicaba un día—, debes intentar cuidar primeramente su estado de ánimo y su voluntad. Si la enfermedad no es grave y no muestra secuelas en su carne, debes recurrir a su fuerza vital y a sus ganas de recuperarse. Solo si entiendes que la recuperación será costosa,

recetarás algún medicamento simple. Si este no surte efecto, probarás con uno compuesto, y únicamente si el mal es grave, o ha producido alguna alteración en el cuerpo, recurrirás al sangrado o a la cirugía. Así me lo enseñaron mi padre y mi tío, y así quiero que tú lo aprendas.

—Pero, padre, si la enfermedad es un castigo de Dios por nuestros pecados —me preguntó él con voz ingenua—, ¿acaso la mejor medicina no es que el hombre trate de reconciliarse con el Todopoderoso, bendito sea? El rabí dice que...

—El rabí debe ocuparse de la salud del espíritu y nuestro cometido es el de buscar la salud de los cuerpos —le respondí con sequedad, molesto de que cuestionara mis enseñanzas.

Perdía los nervios con facilidad y me dejaba vencer por la frustración. Hacía lo posible por que comprendiera y evitaba, en la medida de lo posible, utilizar con él la vara, pues no me agradaba castigar su cuerpo. Pero a veces, mi querido Jacob, pienso que si padre hubiese tenido que formar a él en sus enseñanzas, y no a nosotros, que éramos espabilados en la ciencia que nos transmitieron nuestros parientes, le habría acabado dejando el cuerpo contrahecho a base de golpes, de lo estragado que estaba su juicio.

—Es una desgracia —decía golpeándome el pecho—, un castigo del Todopoderoso, bendito sea su nombre. He pecado contra Dios, y el castigo por mis faltas es la estulticia de mi vástago. Yahvé perdone mis yerros e ilumine su juicio marcándole el camino de la sensatez y la sabiduría.

Después me tranquilizaba a mí mismo convencido de que el tiempo lo cambiaría, de que finalmente encaminaría convenientemente sus pasos y avanzaría por el sendero del conocimiento, con mi ayuda o sin ella.

—Es el nieto de Yosef Ha-Leví —decía con firmeza en la voz cuando las dudas florecían en mi mente—, y, como sus antepasados, será sabio en la ciencia y conocedor de los secretos del cuerpo y de sus afecciones.

Con el tiempo comprendí, sin embargo, que como padre decía, «esperar que un hilo cosa sus jirones por la trama y la urdimbre es cosa vana».

Por desgracia, la preocupación de educar convenientemente a mi hijo no era la única que azotaba nuestras vidas, pues la guerra y, de nuevo, esa maldita pestilencia habían llegado para arrasarlo todo. Me hubiese gustado disponer del tiempo suficiente para dedicarlo a mis hijos, pero el destino conspiraba contra nuestras vidas desde antes de su propio alumbramiento. Mis obligaciones me absorbían, las preocupaciones abotargaban mi cabeza constantemente, y lo peor es que Meriem se mostraba cada vez menos comprensiva, incapaz de valorar la tremenda carga que el Todopoderoso, bendito sea, había colocado sobre mi espalda.

* * *

Después de una década desde su desaparición, siendo todavía mis hijos tiernos en

edad, volvimos a escuchar hablar de la peste de landres. El Ángel del Señor acudía de nuevo con su herrumbrosa guadaña para batir campos y ciudades, al tiempo que la maldita guerra entre los monarcas de Castilla y Aragón lo estragaba todo y nos condenaba a una oprobiosa miseria. La idea de que el morbo infeccioso penetrara de nuevo en la ciudad y tiñera las calles de la urbe de apestados generaba en mí una incontenible ansiedad.

Reconozco, mi buen hermano, que sentía miedo y que el horror que mis ojos habían tenido ocasión de contemplar en los años pasados azotaba mis sueños y consumía mis pensamientos. Mas cuando tuve noticia de que una mujer de la calle del Tozal se hallaba aquejada de calenturas y presentaba en su cuerpo una de las terribles bubas lívidas, hice acopio de valor y, con la ayuda del Altísimo, exaltada sea por siempre su memoria, preparé mi espíritu para lo que habría de depararnos a todos.

La enfermedad penetró en la ciudad con especial virulencia después de que los castellanos, tomado el campo de Teruel, hiciesen suya nuestra ciudad. Junto al portal de Zaragoza se vieron las primeras bubas negras, aunque en esta ocasión muchos de los infectados no presentaban las cárdenas turgencias, sino que sencillamente fenecían consumidos entre violentos estertores y esputaciones sanguinolentas. Sabíamos que el mal era causa de la misma herrumbre, porque allí donde estos terribles síntomas aparecían, no faltaban quienes padecieran los siniestros estrumas. Incluso algunos de ellos presentaban pequeñas manchas negras del tamaño de una lenteja en las piernas o en los brazos. Pero la voracidad de este nuevo mal brotado al amparo de la peste era todavía mayor, pues los contagiados arredaban de este mundo en cuestión de horas.

Yo intentaba hacer lo que podía contra aquella terrible desgracia, pero el nombramiento de juez a un notable local llamado Pedro Sánchez de la Marca, leal vasallo de Juan Garcés de Marcilla —un irreconciliable bribón que siempre me había mostrado ojeriza—, había roto mis relaciones con el concejo de la ciudad. Ello condenó aún más a los desgraciados que se consumían por el morbo en las barriadas cristianas de la ciudad, pues la mayoría de los físicos y cirujanos de este lado de la urbe acabaron por huir a los montes en busca de algún tipo de amparo.

El mal tardó en penetrar en la judería de Teruel gracias a las medidas preventivas que, por consejo mío, adoptaron los adelantados y ancianos; desgraciadamente, aquello solo sirvió para que los cristianos se encolerizaran aún más con nosotros. El primer infectado de nuestra barriada fue un hombre llamado David, que ejercía el oficio de *melamed* de la aljama. Cuando lo visité por vez primera, el corazón me dio una punzada que estuvo a punto de hacerme caer al suelo desfallecido. Se hallaba tendido sobre un crujiente camastro dispuesto en una de las alcobas del primer piso de su casa. Lo habían arrebujado entre mantas y descoloridas sábanas, pero no presentaba síntomas de encontrarse aterido por el frío que esa mañana hacía en la calle; muy por el contrario, tenía la camisa sudada y la frente empapada. Su cuerpo exhalaba una hedionda fetidez que cargaba la atmósfera de la estancia, fundiéndose

con los olores que brotaban del beque repleto de heces y orinas que había junto a la cama.

En cuanto vi las landres cárdenas y escamosas en la parte inferior de las axilas, supe que estaba aquejado de peste y que poco podía hacer por su vida. No obstante, perfumé mis ropas asperjándolas con esencia de agáloco y me tapé la boca con un embozo en el que había untado hierbas aromáticas para no inhalar el aire infeccionado y contaminado de la alcoba, tras lo cual me dispuse a explorar al paciente.

Tenía nafras y postillas en el cuello y las axilas, y el color de la piel era tan cerúleo como la neblina de la alborada. Su esposa, de manera bienintencionada, había cubierto las ampollas con tierra que había traído fresca de la sepultura de su difunto padre, pues algunos ancianos todavía mantienen que este es un remedio eficaz contra la enfermedad. Mas, advertido de que no hay veracidad en esta creencia, por piadosa que parezca, yo mismo limpié las heridas con agua para poder estudiarlas mejor y aplicarles el tratamiento que más adecuado me pareció.

Con un hierro candente abrí el bubón que se encontraba en peor estado, con el propósito de sacar la materia venenosa que contaminaba el cuerpo, y coloqué sobre él un emplasto de huevo, sal y hojas aromáticas para que la herida supurase y sacase al exterior toda la impureza. Analicé las orinas que había acumulado en el bacín y las contemplé turbias. El paciente respiraba con dificultad exhalando de su boca una hedionda e insoportable fetidez, y el intenso olor a sudoración y a heces que arrojaba su cuerpo se mezclaba con el abominable fotor que desprendían los estrumas. Su rostro se hallaba mojado del todo y el pelo, emplastado y grasiento sobre su cabeza.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó su esposa sobrecogida en cuanto le confirmé que su marido se hallaba aquejado de pestilencia.

Negué con la cabeza, inseguro de saber encontrar una respuesta correcta. Temía que el hombre estuviera agonizando y, sin saber muy bien qué hacer, coloqué una hebra de lana junto a su nariz para apreciar si en algún momento dejaba de respirar.

—Si no proporcionas a tu marido los cuidados que necesita, morirá a ciencia cierta. Del mismo modo que la tierra atrae hacia sí todas las cosas que habitan en ella, el morbo siniestro atrae a las personas hacia el horror del tránsito. El mejor modo de salvar vuestras vidas es huir y abandonarlo a su suerte, pero eso lo condenaría irremediabilmente. Esta dolencia es tan letal y contagiosa que son pocos los que se sobreponen a su infecta naturaleza.

—¿Qué puedo hacer entonces? —preguntó de nuevo ella, suplicante, con lágrimas en los ojos y el gesto abatido.

—Sal al monte —le dije—. Coge romero y cuantas hierbas olorosas encuentres. Quémalas en pebeteros. Después esparce el humo por toda la casa para mitigar el aire y evitar que tus hijos y tú podáis contagiaros. Luego asperja todas las estancias con vinagre y mantén las ventanas cerradas durante todo el día. Lávate la nariz y la boca con vinagre y agua de rosas, y haz lo mismo con tu esposo y con todo aquel que entre

en tu casa. Sal lo justo al exterior de la calle, no tomes contacto con la gente y no dejes que nadie entre en tu casa salvo yo y el rabí, si este se atreve a venir para tranquilizar su espíritu.

—Bien, mestre —me dijo la mujer.

—No vistas a los tuyos con las ropas que ha vestido tu marido —proseguí—. Tampoco bebáis ni tú ni los tuyos del vaso del que tu esposo ha bebido, ni comáis del plato del que él ha comido. No hagas comidas que puedan cargar el cuerpo mientras exista temor de contagio y trata siempre de hervir los alimentos. Si quieres guisar carne, intenta que sea blanca, y que tus hijos coman fruta y verdura, cuanta más mejor. Si quieres guisar pescado, procura que sea lo más fresco posible y que no se halle corrompido por el calor. Si tus hijos beben leche, intenta que sea recién ordeñada y que no haya pasado demasiado tiempo a la intemperie. Y sobre todo reza, pide al Todopoderoso por los tuyos y por las gentes que habitan esta ciudad.

—¿No existe ningún remedio que pueda ahuyentar este mal pestilente de nuestros cuerpos? —preguntó con voz agónica al tiempo que sus rodillas se doblaban y su cuerpo parecía desfallecer.

—Solo un preparado de limón que yo mismo elaboro —contesté—, pero aunque su ingesta ayuda a prevenir esta alevosa enfermedad cuando se combina con píldoras de áloe, poco puede hacer si el aire pestilencial es abundante y no hacemos nada por librarnos de su contacto. Para los que se hallan aquejados del mal solo es recomendable una triaca a base de mirra, áloe y azafrán, pero algunos de los ingredientes que precisa son caros y ya no abundan en la ciudad.

La mujer se echó a mis pies y me besó las manos. Estaba desconsolada y abatida, y yo apenas pude contener las lágrimas, pues entendía su dolor, y su desgracia me hacía revivir el sufrimiento de la pérdida de mi dulce Benvenida.

David murió a los dos días en medio de tormentosos dolores. Hice lo que pude por él, pero se hallaba sentenciado de antemano. Murió solo, pues su esposa e hijos, pese a la desesperación y abatimiento, lo habían abandonado en la enfermedad temerosos de caer contagiados. No hubo ni tan siquiera quien se acercara para enterrar el cuerpo, pues el terror se había extendido ya por toda la ciudad, y hasta los mismos enterradores y foseros huyeron abandonando sus puestos de trabajo.

Ese año la peste dejó arrasado el barrio que se extiende desde el portal de Zaragoza hasta la plaza del Mercado, y varias personas de la judería resultaron gravemente enfermas, siendo especialmente cruento este tedioso morbo con niños y jóvenes. El horror se apoderó de todos nosotros, y la aciaga parca ascendió desde las simas infernales esgrimiendo su guadaña tajadora repleta de herrumbre, infectando la carne que encontraba a su paso y contagiando de putrescencia todo cuanto su negra mano tocaba. Fue tanto el daño que hizo en la ciudad que, de tanto oficiar funerales, las iglesias cristianas vinieron a quedar sin cera, situación que aprovecharon algunos comerciantes de la aljama para traerla de fuera y enriquecerse.

Numerosas personas, como te digo, murieron a causa de aquel mal incontenible y

siniestro que se deslizó sibilino por los carrales y callizos de la urbe turolense. Me impactó sobremanera ver cómo el ayuntamiento de la ciudad tomó la determinación de cerrar el carnero de San Pedro, que tan cercano estaba a la parte meridional del barrio judío. El viejo cementerio cristiano rebosaba de cuerpos y uno de los alarifes del concejo se acercó para tapiar la entrada y las ventanas que daban a la calle. Las muertes se sucedían como un constante goteo, y aunque a veces pasaban semanas enteras sin que hubiese nuevas víctimas de la guadaña del Ángel del Señor, de repente morían tres o cuatro en un mismo día, o teníamos noticia de que toda una familia había perecido. Es cierto, pese a todo, que en esta ocasión no hubo tantos muertos en la ciudad como en el tiempo de la gran mortandad que se vivía cuando Benvenida y yo llegamos a la urbe. El recuerdo de aquellos trágicos días estaba muy presente en nuestras mentes, y el renacer de la enfermedad fue un durísimo golpe para todos, que apenas fuimos capaces de remontar.

—No pierdas el tiempo llorando a los que ya están muertos, pues la muerte nos va a alcanzar a todos —me dijo un campesino de la aldea de Puebla de Valverde. Me sorprendió ver cómo contemplaba con rostro estático los cadáveres de sus tres hijos tendidos sobre la cocina de su casa, cubiertos de bubas horrendas todos ellos.

No conseguí convencerlo para que abandonara aquel lugar infectado por el morbo. Simplemente se tumbó sobre la banca corrida de su casa y, sin tan siquiera tomarse la molestia de enterrar a su prole, aguardó la muerte, convencido de que era cuestión de pocas horas que la guadaña segara su gollete como siega la hoz el trigo limpio durante la cosecha.

—¿Qué es el hombre? —le sorprendí diciendo antes de abandonarlo a su suerte —. Solo vanidad que termina en polilla y gusanos.

Atribulado, salí de aquel hogar sintiendo que el aliento me faltaba y que la herrumbrosa atmósfera de aquel sitio sembrado de muerte y agonía se había apoderado de mis pulmones, contagiándolos como los de aquellos desgraciados. Nada más supe del campesino, pues las gentes del concejo ordenaron tapiar su vivienda tres días después y, a las pocas semanas, se dio fuego al edificio.

Atendí también por esos días a un desgraciado que habitaba en el Rabal. Su esposa y dos de sus hijos habían fallecido durante el brote que había azotado la urbe diez años antes y, viudo él, había vivido desde entonces en soledad mendigando por las calles de Teruel y prestando servicios de obrero a algunos de los artesanos de la ciudad. De hecho, conocía yo a aquel hombre por haber sido durante algunos meses trabajador del taller de Bachel y, aunque ante la acción de la mortífera pestilencia el corazón siempre se endurece, no pude evitar sentirme compungido por su contagio, que se me antojaba del todo fatal y mortífero, tal y como se demostró a las pocas horas de su afección. Su cuerpo no tenía las manchas negras, pero, como otros, esputaba sangre y se removía convulso en el jergón sobre el que descansaba.

Al llegar a su vivienda vi que lo atendía un familiar y cómo un sacerdote pagano trataba de darle consuelo haciéndole tomar el trozo de pan que los cristianos juzgan

carne de su falso mesías. El cura de almas había extraído la oblea de un hostiario de marfil y, mediante una alargada espátula, trataba de acercarla a la boca del hombre. Lo hacía de ese modo aterrado ante la idea de acercarse a su cuerpo y de que los labios del enfermo tocaran sus sarmentosos dedos. Al ver al desdichado supe que andaba sentenciado; pero lo realmente grave del asunto fue que, a los pocos días de su muerte, la propia mujer que le ayudaba y el cura que tantas precauciones había tomado se hallaban también enterrados.

* * *

Días después me llegaron noticias de que un muchacho judío había sido ajusticiado de forma horrenda en la plaza de la ciudad. Cuando pregunté el motivo de la ejecución, una anciana cristiana me dijo que se trataba de un maldito perro *ponzoñero* que había infectado las aguas de uno de los pozos de la urbe, y que ese era, decía, el motivo por el cual muchas y buenas gentes habían contraído la enfermedad de la muerte negra. Un anciano que habitaba en el barrio de San Jaime, aquejado de una perlesía que le mantenía las piernas rígidas e inertes, me dijo que, además de aquella mala acción, se había descubierto que el desdichado vendía hostias consagradas, que él mismo las había hurtado de la iglesia de Santa María de Mediavilla y que contaban por todas partes que realizaba invocaciones al Diablo.

Recordé al instante al pobre Zacarías, el hijo de David Amarillo, al que los cristianos de Cannete querían desollar vivo, acusándolo de haber cometido un atropello semejante. He comprobado de esta forma, querido hermano, que todos los infieles se comportan de manera semejante, sean de donde sean. Sus juicios son tan poco preclaros en unos lugares como en otros, y su mala fe queda evidenciada por su actitud oprobiosa hacia nuestras gentes. De hecho, al consultar lo sucedido con Bachel, este me dijo que en su juventud recordaba cómo habían imputado a un joven llamado Jacob Alfayti, a quien las autoridades del concejo acusaban de haber envenenado las fuentes de varias poblaciones cercanas a la urbe turolense. La historia se repetía ahora, y los cristianos buscaban culpables entre las gentes devotas para aplacar la desazón que aquel mal terrible provocaba.

La tensión entre las dos comunidades fue creciendo, mi querido hermano, hasta hacerse insoportable cuando los cristianos comenzaron a salir a la calle para implorar a sus santos. En una ocasión, varios guardias del concejo abrieron paso por la judería a un grupo de mujeres en edad casadera que pasaron encendiendo lámparas y echando junco por todo el suelo. Tras ellas, y encabezada por la enseña del concejo de la ciudad y un estandarte con la imagen de la que ellos llaman *virgen*, venía una comitiva de cristianos que atestaba la vía. Lanzaban alaridos mientras ocultaban sus rostros con las manos y llamaban a un tal Sebastián, al que impetraban clemencia.

Abría la marcha un sacerdote de los paganos revestido de una casulla crucífera, portando en las manos un blandón encendido que destilaba gotas de cera sobre los

charcos formados en el carral, y le seguía una cáfila de transidos, que desfilaba increpando a las gentes por sus pecados, lacerando su carne con cilicios y azotándose la espalda con ramas secas, latiguillos y trozos de madera. Subieron toda la varga de San Pedro, algunos con la cara cubierta y otros mostrando sus cabezas esquiladas, y al llegar al trenque que abre paso al barrio judío, algunos comenzaron a protestar sonoramente, pues la arcada impedía el paso de las señas y hubieron de abajarlas hasta el suelo.

—No es lícito que humillemos a Nuestra Señora ante la entrada del barrio de esos rufianes que han extendido el morbo entre nuestras gentes —dijo uno de ellos, que fue secundado al instante por varios de los que le rodeaban.

Algunos de los nuestros que se encontraban en la plaza en ese momento, presintiendo que algún mal nefasto podían causarles aquellos descontrolados, corrieron a refugiarse en sus hogares.

—¿Quién es ese tal Sebastián al que imploran los cristianos? —pregunté a uno de los ancianos de la aljama, un hombre sabio llamado Ezmel, cuando la cáfila de gentes hubo penetrado hasta el centro de la plaza.

El viejo me miró sonriente, con un gesto que manifestaba el morbo que le transmitía aquella lóbrega compañía de fanáticos enfebrecidos. Tenía los dientes cubiertos de toba, y las encías amarillentas y raídas. Su cara estaba amojamada y, aunque todavía quedaba color en su cabello pajoso, debía de haber hollado la tierra al menos durante sesenta primaveras.

—Es Sebastián el cristiano —musitó tapándose la boca con la mano—, al que los infieles llaman *santo*. Muchos lo creen abogado de los apestados y protector contra la terrible ponzoña que arrasa el orbe. Los romanos lo mataron por ser cristiano y ellos aseguran que por haber muerto a saetazos, es capaz de contener las flechas pestíferas que Dios arroja con impiedad sobre la humanidad pecadora. ¡Necios! —exclamó—. Creen que por invocar su nombre o por encenderle candelas a un retrato que guardan en la iglesia de Mediavilla se salvarán de la muerte negra.

—¿Sebastián el cristiano? —pregunté con incredulidad alzando la voz, hartado de ver cómo los infieles se ponían en manos de sus ídolos paganos, mientras el Ángel del Señor asediaba con su afilada bisarma las cabezas de los creyentes en el Dios de Abraham.

El anciano me chistó contrayendo el rostro al ver que pronunciaba aquel nombre en voz alta.

—No olvides, Leví, que esos fanáticos no nos permiten pronunciar el nombre de su falso mesías, ni el de su madre, y tampoco el de esos a los que llaman *santos* y que no son sino meras abominaciones idolátricas que recuerdan a los viejos dioses que veneraban los babilonios. Recuerda que el Señor todopoderoso, bendito sea su nombre, dice: «No te fabricarás escultura ni imagen alguna de lo que existe arriba en el cielo o abajo en la tierra, o de lo que hay bajo la tierra en las aguas». Hemos pecado, Leví, con tanta abominación que no hay más causa en ese morbo pestilente

que la ofensa que hemos cometido contra Dios.

Quedé meditabundo al escuchar las palabras del viejo Ezmel y, con la mirada perdida en la vacuidad, mis pensamientos evocaron las palabras del Libro Sagrado: «Destruiréis completamente todos los lugares donde las gentes que vais a desposeer han dado culto a sus dioses, sobre los altos montes, sobre los collados y bajo todo árbol frondoso; abatiréis sus altares, romperéis sus cipos, destruiréis sus aseras^[69], quemaréis sus imágenes talladas y sus dioses y haréis desaparecer de la memoria sus nombres». Después imaginé a la misma muerte entrando a golpe de espada en las iglesias cristianas y extendiendo con su infecto insufló la mortífera corrosión que abatía el orbe, haciendo que los mismos que en ese momento desfilaban ante mis ojos se convirtieran en cuerpos podridos dispuestos para ser soterrados en la profundidad del carnero.

—Esos malditos cristianos no saben sino devorar perniles de carne de puerco — exclamó Ezmel sacándome de mi ensimismamiento—. Son grotescos, impuros, y es evidente que a base de devorar carne de cerdo no hacen sino acrecentar su vileza y la podredumbre de sus cuerpos, que no son sino montones de estiércol a los ojos de nuestro Dios todopoderoso, bendito sea su nombre.

La procesión se fue acercando hasta donde nosotros estábamos y, al llegar a nuestra altura, algunos de los cristianos comenzaron a ladrar como perros buscando ofendernos y a gruñir como hacen los cochinos para espantarnos.

—¡Puercos judíos! —gritó uno de los flagelantes al tiempo que arrojaba una cruda esputada sobre el suelo. Varios torcieron su cabeza hacia nosotros y nos arrojaron miradas torvas mientras asentían al comentario de su compañero.

Por un momento pensé que alguno de aquellos fanáticos se arrojaría sobre nosotros para agredirnos, e incluso temí que alguno de los nuestros respondiera a la provocación; pero, afortunadamente, un cristiano que andaba descalzo en las primeras filas, y que llevaba un saco de estameña por toda ropa, gritó arrojando alaridos sobre el cielo, reclamando la atención de la retahíla de acompañantes.

—¡Oh, Dios mío! —gritaba extasiado mirando a las alturas—. ¡Si es tu voluntad, abátenos con las flechas de tu ira y haznos sucumbir como lo hizo Sebastián ante las saetas de sus enemigos!

Al instante se escucharon varios latigazos y cuatro o cinco de los paganos que marchaban en cabeza comenzaron a fustigarse las espaldas desnudas, haciendo que su sangre impura se derramara por los carrales de nuestra judería.

—Esos desgraciados... Si por ellos fuera, los oficiales del concejo nos flagelarían por las calles y nos arrojarían a un pozo de cieno —expresó dolido Jaimil Abán mientras veía a los cristianos alejarse calle abajo.

—O nos arrojarían presto de su ciudad —afirmó Zahadías, de la familia de los Cabelmale, uno de los notables más influyentes de la aljama—. Nos conducirían hasta la frontera del reino, escupirían y orinarían sobre nosotros y nos echarían de esta tierra que es tan nuestra como suya.

—¿Qué se puede esperar de unos gentiles que siguen las enseñanzas de un bastardo que nació del pecado cometido por su madre con otro que no era su esposo? —aseguró Jaimil Abán haciendo referencia al falso profeta Yeshúa.

—¡Necios! —repitió el anciano Atanahel—, seguro que sus madres ni siquiera les han contado que antes de que su falso mesías naciera, ya había judíos que habitaban estas tierras. El Ángel del Señor los consume como tizones candentes bajo el agua de lluvia. Que se sequen sus cuerpos como se secan las acequias y las hijuelas en el estío y que sus carnes corrompidas fenezcan en el fuego de la gehena.

Atanahel era un hombre sabio que conocía bien las enseñanzas de Maimónides. Me gustaba parlamentar con él a la salida de la oración de la tarde, y a veces holgábamos en el patio de la sinagoga hablando de los cristianos y de Yeshúa, el hombre que ellos creen el mesías.

—El Nazareno fue un hombre inspirado por el Diablo —solía decirme— que despreció la Ley de Moisés y a los profetas.

—Simplemente, fue un hombre que erraba en sus juicios —replicaba yo, convencido de que era sencillamente un falso profeta, como tantos otros, pero carente de mala fe.

—No te engañes —me decía el sabio en ocasiones alzando su dedo y terciando la cabeza ya marchita y labrada por incontables arrugas—. No olvides que ese imaginario mesías del que ellos hablan es el hombre sobre el que profetizó Daniel cuando dijo que un falso profeta provocaría que Israel fuese destruido a espada y el pueblo del Señor fuese pisoteado como antes no lo había sido jamás.

—Así lo juzga también Maimónides —reconocía yo asintiendo con la cabeza—. «Cuando finalmente el Mesías aparezca de verdad, se elevará triunfante y será exaltado, todos se retractarán y se darán cuenta de que la herencia de sus antepasados se basaba en falsedades y de que los profetas les hicieron errar su camino».

—No olvides, Leví —me dijo esa misma tarde, mientras la procesión se perdía de nuestra visión camino de la puerta de Zaragoza—, que ese falso profeta hizo que las gentes se descarriaran y cambiaran la *Torá* por la fe en un dios que no es el verdadero. Un pecado sin duda terrible que ahora purgamos con esta siniestra pestilencia que convierte a los nuestros en una abominación.

—Pero, maestro Atanahel —le repliqué—, si los cristianos pecan porque andan errados, ¿no consideráis que la pestilencia sería un castigo excesivo del Todopoderoso? ¿Acaso no sería más justo que el Señor, exaltado sea, mostrase la verdad a sus hijos y los iluminara en el camino de la rectitud?

Le dije aquello porque sabes que jamás creí que este morbo pestilente fuese un castigo divino, sino más bien una grotesca desgracia acarreada por el mal hacer de las gentes, que mantenían rúas y plazas atestadas de porquerías. La suciedad y la podredumbre lo inundaban todo, y la ciudad de Teruel, como el resto de las villas y ciudades que he conocido, era un apestoso e infeccioso muladar, sin que nada hicieran los oficiales del ayuntamiento por mantener limpias las calles.

—No somos nosotros, Leví, quienes debemos juzgar si Dios, bendito sea, obra o no con justicia. ¿Acaso no hay mejor candela que ilumine el sendero de la verdad que ver con nuestros ojos la desgracia a la que nos ha conducido alzar nuestras plegarias hacia los falsos dioses? Mira, Leví, cómo responden esos necios paganos al castigo: adoran señas y retratos de ídolos a los que consideran tan poderosos como el mismo Dios. «Sálvanos, Sebastián bendito, de la desgracia», dicen, pero con su herejía no hacen sino provocar aún más la ira del Ángel del Señor.

—Las imágenes de sus ídolos son solo trozos de pergamino o retratos de madera. Poco puede ser el daño que ocasionen —le repliqué convencido; mas su respuesta me hizo callar de súbito y asentir.

—Olvidas, querido Leví, lo que el Señor dice: «Destruiré vuestros altares de incienso y amontonaré vuestros cadáveres sobre los de vuestros ídolos, y yo mismo os aborreceré». Dios, bendito sea su nombre, ha abominado de todos los cristianos porque no han cumplido la alianza que nuestros padres signaron y envía su plaga contra ellos; pero también contra los que poblamos sus ciudades y entregamos el dinero que debería ser ofrenda para el altar del verdadero Dios a sus iglesias profanas. «Reduciré vuestras ciudades a ruina y devastaré vuestros santuarios», dice el Señor.

* * *

La situación se tornaba cada vez más dificultosa, mi querido hermano, pues la peste, como todas las desgracias, no llegó sola a la ciudad. Pronto comenzó a escasear el pan y los más ancianos, con el recuerdo en mente de la gran mortandad que habíamos padecido hacía más de diez años, comenzaron a temerse lo peor. Se decía que el fin del mundo estaba próximo y que el morbo pestilencial arrasaría ciudades y campos acabando con todo ser viviente que en ellos encontrara.

En las calles, las gentes del concejo organizaron partidas para despejar las barriadas y limpiar los muladares que se amontonaban en las puertas de las boticas, junto a la muralla y en los solares, y enviaron embajadas para informarse del alcance del mal y de la contaminación de lugares cercanos. También cerraron a cal y canto los muros de la ciudad y volvieron a levantar la cerca del Rabal para cerrarlo del exterior, creando un pasillo de entrada hasta el portal de Zaragoza. En su obsesión por evitar los contagios, habilitaron asimismo una mazmorra para meter en ella a todos los forasteros que descubrieran en la ciudad sin que el concejo hubiese permitido su entrada. Se prohibió rotundamente la entrada de mercaderías, especialmente de ropas y tejidos, y se castigaba severamente a quienes, por ganar unos pocos sueldos jaqueses, incumplían la normativa.

Dicha restricción afectó enormemente a Bachel y a su familia, así como a otros pañeros, tintoreros, arqueadores, picoteros y ropavejeros de Teruel, que pronto quedaron sin género, y que ya se hallaban muy afectados por el paro de los batanes meses antes con la llegada de la pestilencia. Poco podían hacer, además, frente a la

competencia de la familia de los Quatorze, que en esos momentos controlaban el mercado de los paños en Teruel. El padre de Meriem había negociado en los últimos años con un pañero de Carcasona llamado Bernad Bonet, un ávido negociante que había llenado los mercados de Darocha, Calatayud y Teruel de fustanes y paños catalanes, y al que Bachel le debía todavía una ingente cantidad de dinero. Para mayor gravedad, mi suegro fue acusado por el concejo de sellar paños teñidos con torvisco y otros tintes falsos, y se le impuso una caloña de gran cuantía que casi lleva a su familia a la pobreza.

La falta de médicos provocó, como otras veces, que los pocos que quedábamos en la ciudad dedicados al oficio nos halláramos desbordados de trabajo, pues no solo nos encargábamos de sanar a los enfermos y de prodigar cuidados a los que mala cura tenían, sino que realizábamos reconocimientos a todos aquellos que venían desde el exterior con licencia de entrar.

Después, la maldita guerra se nos echó encima. Llevábamos años sufriendo las consecuencias de aquel nefasto enfrentamiento y era muy alto el precio de sangre que Teruel había pagado ya por la defensa de las fronteras occidentales, aunque lo peor estaba todavía por llegar. Los castellanos avanzaron por el interior del reino saqueándolo todo a su paso. Tras las murallas de nuestra ciudad se alojaba una buena parte del ejército aragonés, haciendo que en nuestras casas nos hacináramos propios y extraños, pues eran muchos los que habían tenido que buscar refugio al amparo de nuestras torres después de ver sus haciendas, masadas y aldeas destruidas por el enemigo, o aún peor, por nuestras propias tropas y su política de tierra quemada.

Tras un sangriento avance, las huestes del rey don Pedro Alfónsez plantaron su real a pocas varas del Arrabal, que crece en el camino que conduce hasta Zaragoza, y pusieron cerco a la ciudad aumentando terriblemente nuestra desgracia. Tras destruirlo todo con sus ingenios, los castellanos penetraron en el interior de las murallas y ocuparon nuestras calles, y si bien no se ejecutaron grandes violencias en la aljama, sí que es cierto que en los barrios cristianos corrió la sangre, y quienes se opusieron a los nuevos señores de la ciudad acabaron degollados junto al arbellón que desagua junto a la entrada del Guadalaviar.

Durante tres terribles años, los sirvientes del rey Pedro impusieron su ley en la urbe turolense. Algunos judíos de la aljama, entre ellos, los hermanos Jucé y Zahadías de Palencia, consideraban que la suerte de la ciudad había mejorado desde la marcha de los soldados aragoneses; sin embargo, en las calles cundía el miedo y eran pocos los que se atrevían a salir de sus casas salvo para hacer las labores del campo, realizar las tareas diarias y sacar a apacentar a los animales a los pastos cercanos. Mi familia y yo sobrevivíamos en medio de todo aquello, hastiados por el constante trasegar de la herrumbrosa guadaña de la muerte, bien afilada siempre y dispuesta para segar su cosecha de carne que, cada vez más, mermaba el número de habitantes de nuestras calles.

A veces, mi querido hermano, el destino es caprichoso y la voluntad del Sumo

Hacedor, bendito sea, se torna antojadiza y difícil de descifrar. Habían pasado casi quince años desde que llegara a Teruel procedente de Cannete, pero en mi corazón guardaba de forma celosa aquella buena tierra situada al otro lado de la frontera, repleta de vegas y de espinos olorosos, a cuyo amparo había florecido mi amor por Benvenida. Ahora sabía que había gentes de las tierras de Cannete y de Moya en la ciudad, y que hacían tantos males como el resto de los castellanos. Pese a ello, trataba de mantenerme al margen de todo, concentrando mis pensamientos en la ardua tarea de sanar a los numerosos enfermos que poblaban la ciudad y de atender a aquellos azotados por el hambre y las pestilencias.

Sin embargo, el aviso que cierto día recibí de uno de los hombres del concejo hizo inevitable que volviera a reencontrarme con mi pasado.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté al mozo que me había traído el recado hasta el consultorio.

—Se trata de un mísero que ha acudido a pedir de comer al hospital de San Julián —me dijo el muchacho—. Llevan días viéndolo mendigar en el Arrabal...

—¿Y cuál es el problema? —pregunté secamente, molesto como me encontraba todavía por la decisión que había tomado el concejo, hacía unos años, de no contar con mis servicios.

—Cuando le iban a dar de comer se ha desvanecido, y ahora temen por su vida.

Salí de la judería a toda prisa y me dirigí hacia el hospital. Conocía bien el lugar porque, durante los años que trabajé para el concejo, solía acudir diariamente. Así me lo exigían entonces, pues estaba ordenado que cada médico y cirujano contratado por el concejo debía acudir al menos una hora diaria para realizar las curas necesarias, ordenar las medicinas y emplastos necesitados por los enfermos, y dar receta de los mismos al rector del hospital. En cambio ahora, el hecho de tener que responder a la llamada del ayuntamiento cuando ya no iba a recibir gratificación por ello me resultaba del todo inoportuno y tedioso.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté al hombre una vez conseguí que recuperara la conciencia.

—Me llamo Domingo —me dijo—. Domingo Martínez de Cannete.

Quedé sorprendido al escuchar aquella respuesta y, aunque sentí el impulso de anunciarle mi verdadero origen, callé de súbito temeroso de hacer cualquier tipo de revelación inoportuna. Miré bien el rostro del desgraciado y me evocó al de un joven que vivía con su familia en la calle de San Miguel. Era nieto de Francisco Martínez y sobrino de una mujer que me había pedido auxilio en Cannete en tiempos de la gran mortandad, un día en que nos reunimos los de la judería con el juez y el alcaide, a la que no pude atender por culpa de los fanáticos nazarenos que querían apalearnos. Su padre, según me confesó él mismo, murió por el morbo negro en aquellos días nefastos. Guardé silencio al conocer la noticia y no quise revelar mi identidad, como digo, pues después de todo no podía quitar de mi cabeza la imagen de los cristianos de aquella villa quemando mi casa y acusándome con infames injurias.

Por lo visto, había llegado a la ciudad buscando a un hermano suyo que servía en la milicia de los castellanos y el pobre, ignorante de que este se hallaba temporalmente fuera de los muros turolenses, llevaba días preguntando por él inútilmente. La casualidad quiso que ambos hermanos se encontrasen definitivamente poco antes de que yo mismo le diera el alta tras un período de reposo.

Lo traté durante varios días, hasta que su carne recuperó el color y su cuerpo se sobrepuso de la debilidad que le había sobrevenido. Lo tenían cobijado en una cama de pino que había en el hospital, envuelto en una recia manta y acurrucado sobre un roído almadrague que apestaba a orines. Le daban caldo cada día y un mendrugo de pan, que en aquellos tiempos estaba a elevado precio en la ciudad a causa de las heladas que habían acabado con la cosecha del trigo.

El último día que acudí al hospital para interesarme por su salud, cuando prácticamente ya estaba del todo recuperado, sucedió lo inevitable.

—Os agradezco, mestre, lo que habéis hecho por mí —comenzó diciendo, obviando mi condición de judío—. Espero que el Señor os guarde y proteja a los vuestros, y que San Miguel compense vuestra caridad el día que pese vuestra alma.

Incliné la cabeza agradecido, profundamente honrado de que el cristiano me diera aquel trato.

—Márchate —le dije imbuido en una profunda nostalgia—, y si regresas a tu tierra, contéplala con la alegría de quien se siente nacido de nuevo y tiene oportunidad de regresar al calor del hogar.

Domingo me miró entonces con una sonrisa afable esbozada en su rostro, pero de pronto entrecerró los ojos y quedó meditabundo, observándome.

—Os conozco. Vos sois el viudo de la hija de Tobías Abeadanid —dijo, sorprendiéndose a sí mismo al reconocerme—. Mi madre decía que erais un gran físico, que a ella la habíais curado de los dolores que le aquejaban en la espalda, y que sin duda habríais salvado la vida de mi padre de no ser porque la gente os trató injustamente y os obligó a marcharos de la villa.

Escuché aquello con las lágrimas encendiéndose en mi mirada y un temblor recorriendo hasta el último rincón de mi cuerpo.

—Han pasado muchos años... —acerté a susurrar, compungido por todos aquellos acontecimientos que me hacían sentir ahora como un extraño de mi tierra y los míos.

Durante largo rato hablamos y Domingo me informó de todo cuanto había acontecido en Cannete desde mi marcha. Me dijo que eran muchas las gentes que habían muerto a causa de la ponzoña negra, que los cementerios de la villa estaban atestados de cuerpos, que las heladas y las hambrunas no habían dejado de sucederse desde aquella fecha y que esta crudísima guerra había arrasado toda la tierra de frontera. Muchas de las personas que yo había conocido en otro tiempo habían muerto por la vejez, y los que entonces eran niños y mozuelos eran ahora adultos que trabajaban la tierra y alimentaban a sus familias. Ahora el alcaide era un tal Alvar

Ruiz de Espejo, quien tenía muchos parientes de este lado de la frontera y servía lealmente al rey don Pedro de Castilla. El viejo don Miguel, por su parte, ya no vivía allí; se había trasladado a Ademuz y hacía tiempo que ya no servía como castellano.

Las cosas en la judería estaban mucho más tranquilas que cuando yo marché. Domingo me contó que las gentes cristianas volvían a juntarse con los judíos de la villa y aquello me alegró, pues eran muchas las personas a las que guardaba aprecio en la judería cañetera y ningún mal deseaba que les aconteciese. Mi suegro Tobías, por el que siempre había guardado aprecio pese a su rudo carácter, había fallecido dos años antes y había vivido abatido desde la muerte de su hija. Acerca de Selomó, mi viejo pupilo, nada pudo contarme. Le pregunté por él, ansioso de obtener noticias tuyas, pero el nombre se le antojaba extraño. Sí recordaba a cierto cirujano judío al que ya no veía por la villa desde hacía años, y yo supuse que el hijo de Estrella habría marchado de allí en busca de una vida mejor. Ahora ya no había físico o cirujano en Cannete que atendiera a los enfermos. Desde hacía dos o tres años acudían en ocasiones un barbero y un ensalmador que habitaban en tierras de Moya, mientras que otras lo hacían un par de curanderas que moraban en Fuentelespino. Pero ello no había evitado que muchas personas hubieran finado aquejadas de los más diversos males por no haber médico cerca que tratara sus dolencias. Eran muchos, de hecho, lo que se lamentaron de mi marcha arreciada la gran mortandad en la región.

Reencontrarme con Domingo me dejó sumido en una profunda tristeza de la que apenas era capaz de sobreponerme. Evoqué las paredes de mi casa en Cannete, los callizos del barrio del Castillo y de la judería, discurriendo entre muros de corral y arcaicas fachadas de piedra y adobe, la pequeña plazuela cercana a la sinagoga y la carrera mayor que pasaba acariciando su costado... Mis retinas recuperaron las calles y la plaza de la vieja villa, sus murallas serradas y su loma moteada de espliego, sobre la cual se alzaba el imponente bastión que tanto temían los hombres del otro lado de la frontera. Sentí que olía el romero de los montes y que mis manos apartaban los zarzales que crecían a la vera de las sendas. Y al recordar todo aquello, querido Jacob, vinieron a mi mente las palabras del Libro Sagrado: «El perfume de su tierra era para el paladar como miel. Su aire era vida de las almas; su tierra, la mejor de las tierras. Era el esplendor de las almas».

Cannete... Su recuerdo quedaba tan lejos...

—Regresa a tu tierra —repetí meditabundo—, y no olvides besar el suelo cuando llegues ante la puerta de Huélamo, la que vosotros decís *de San Bartolomé*, pues otros labios quisieran rozar la tierra que aman y no pueden sino sellarse ante el oprobio de la distancia.

* * *

Pocas semanas después de aquello se puso fin a la cruenta guerra y los castellanos abandonaron Teruel. Corrió la voz entre los corrillos de las esquinas de que el rey de

Aragón había recurrido al auxilio de grandes compañías de gentes francesas, duchos ellos en las armas y avezados en la guerra, y que muchos contingentes cruzaban los puertos del norte del reino para dirigirse hasta la frontera con Castilla. Aquello hizo que cundiera el pánico entre los que aún permanecían en la ciudad, y no tardó en decirse que el rey castellano había pedido a sus capitanes que abandonasen las plazas ocupadas y se dispusieran en la frontera para la defensa del reino.

Era juez por aquellas fechas un hombre cruel llamado Miguel Sánchez, oriundo de Torralva, que dirigía a las gentes de Cuenca que ocupaban la ciudad. Cuando los castellanos dieron orden de abandonar la urbe y replegarse hacia la frontera, la pavora se extendió también entre nuestras gentes, pues en otros lugares del reino, se decía, lo habían saqueado todo antes de marcharse, habían tirado los muros y las torres abajo e incendiado las casas, pasando a cuchillo a todos los que se oponían a todas aquellas acciones. Además de eso, acababa de cumplirse la Pascua de los cristianos y gentes de los castellanos, y los mismos turolenses que habitaban la ciudad, habían apedreado las casas de la judería, tal y como hacían cada año por estas fechas, por lo que el miedo entre nosotros era, en consecuencia, mayor si cabe.

—No debéis temer —nos dijo Zahadías de Palencia en una reunión que celebramos en la sinagoga la misma noche en la que supimos que los castellanos estaban a punto de abandonar la ciudad. El anciano comerciante se había convertido en el verdadero líder del partido castellano de la aljama, después de que su hermano muriera de una pulmonía el invierno anterior—. El señor de Escrich es nuestro protector y amigo de los castellanos. Recogeos en vuestras casas y aguardad a que todo esto acabe. Temed más bien la llegada de los aragoneses, pues esos no perdonarán la traición de la ciudad y nos impondrán un elevado castigo.

Las palabras del viejo no resultaban nada tranquilizadoras. Según él, no debíamos temer la violencia de los castellanos, pero sí las maldades de los súbditos del monarca aragonés. La ciudad estaba sentenciada y el fatal desenlace era inminente.

Recorrí aquel día las callejas que mediaban entre la sinagoga y nuestra casa a toda velocidad, y encerré a mi familia atrancando bien la puerta que daba al callizo y el postigo que comunicaba con el corral. Esa noche la pasamos todos sumidos en la oración, y cuando los rayos del alba iluminaron el cielo de Teruel, comenzamos a escuchar los primeros gritos en las calles.

Al comienzo eran voces lejanas que resonaban, algunas angustiosas, otras semejantes a las que producen los hombres en las algaradas. Después se escuchó un estruendo aterrador, que no fue sino el ruido del campanar de San Juan al caer, la hermosa torre que los turolenses construyeron encima de dicha iglesia pocos años antes de nuestra llegada a la ciudad, y que en tiempos de guerra servía para defender la entrada que abre el camino a Valencia. Por supuesto, nosotros ignorábamos a qué se debía aquel ensordecedor sonido que hizo temer la tierra, y llegamos a pensar que volvían a disparar sobre la ciudad grandes pellas, como en los días en los que habíamos sufrido duro asedio.

—Lleva a los niños al consultorio —le dije a Meriem sobrecogido— y ocúltalos detrás del poyo, que es fuerte; allí estarán a salvo.

Comencé a cubrir las ventanas con las tablazonas que solemos poner en los vanos durante el invierno para evitar el paso del helor. Las voces se escuchaban cada vez más cercanas. A pesar de que se había dado orden el día anterior de cerrar los postigos de la judería, los cuales estaban barrenados de hierro y asegurados con dobles cadenas, los castellanos no tardaron en acceder a ella a través de las azoteas de las casas cristianas que lindaban con las nuestras. Pronto la plaza se llenó de soldados y otras gentes que iban con los castellanos, lanzando todos grandes voces y vomitando sus insultos habituales sobre nuestra raza y sobre la fe verdadera.

—¡Vamos, perros judíos! —gritaba uno de ellos—. ¡Sacad a la calle vuestras joyas, que queremos hacer lindos collares para nuestras mujeres!

—¡Y ya que estáis, sacad también a vuestras mujeres! —escupía otro groseramente—. ¡Les enseñaremos a sentir el placer de una buena verga cristiana!

Varios comenzaron a risotear estruendosamente, y al momento escuchamos los golpes en las puertas, las imprecaciones constantes, los espeluznantes gritos. Entonces supe que poco o nada valían las palabras de Zahadías; estábamos vendidos a los castellanos y nuestra suerte, echada.

—¡Abrid esta maldita puerta, apestosos judíos! —escuché que gritaba alguien no lejos de la entrada del callizo. A la voz le siguió casi al instante el grito histérico de una chiquilla.

Bajé corriendo la escalera consciente de que nuestras vidas corrían peligro, y vi a Meriem que corría hacia mí, llevando un escriño entre sus manos. Era la caja de madera labrada en la que guardaba sus joyas y que yo, por seguridad, solía conservar a buen recaudo tras un armario con labor de taracea, junto al poyo del consultorio. Mi esposa se aferraba a la pequeña arqueta, aterrada, a sabiendas de que los castellanos entrarían en la vivienda y lo revolverían todo.

Quise decirle que subiera para esconder el escriño en la cambra, pero no tuve tiempo ni de pronunciar palabra: un sonido sordo atronó en la puerta al tiempo que un grave vozarrón exigía desde el otro lado que abriéramos las fallebas. Quedamos mudos e inmóviles. Otro golpe más fuerte y, al momento, un tremendo trompazo sacaron la puerta de sus goznes y la echaron abajo. Meriem, espantada, dejó caer de sus manos el escriño, que se abrió al golpear en el suelo, de forma que todas las joyas —alhajas, manillas, collares de turquesa, anillos de oro y botones de plata— salieron despedidas y se esparcieron por el consultorio.

Escuché una sonora carcajada en la entrada y mis ojos, momentáneamente distraídos por las pequeñas joyas y engarces que tintineaban y rebotaban por todas partes, observaron cómo varios hombres penetraban violentamente en la vivienda.

El primero llevaba una coraza con gorguera en la que había apegados costrones de grasas y sanguinolencias. Empuñaba una maza —sin duda la que había golpeado la puerta—, y tenía los ojos desorbitados de tanta ira como se dibujaba en su rostro.

Nada más penetrar en la vivienda, empujó a Meriem, todavía aturdida, y se puso a recoger del suelo cuantas joyas pudo. A ese le siguieron otros dos, que vestían yelmos y lorigones con escamas de cuero y blandían afilados cuchillos; estos, sin mediar palabra, subieron por las escaleras y se perdieron en la parte superior de la casa.

El último en entrar —y el que parecía mandar sobre los otros— llevaba la cabeza descubierta y sus largos cabellos, espesos y grasientos, ocultaban su frente y sus mejillas. Penetró raudo en la vivienda y, obviando al primero, que seguía recogiendo del suelo las joyas de mi esposa, tomó a Meriem por los cabellos y la arrastró entre gritos hasta el interior del consultorio. Yo permanecía inmóvil, consciente de que los hijos del mismísimo Diablo acababan de profanar mi hogar y de que aquello no podía terminar mejor que aquella vez en que los paganos entraron en mi casa y le dieron fuego.

Llevó aquel diantre a mi esposa hasta el poyo del consultorio sin percatarse de que, tras el mismo, se ocultaban mis dos hijos, abrazados ambos fuertemente y conteniendo los sollozos e hipadas que hacían sacudir sus frágiles pechos. El desalmado volvió la vista y me contempló junto al dintel de la entrada del despacho, con la mirada perdida y turbia, incapaz de reaccionar ni de poner freno a toda aquella barbarie. Esbozó una cínica sonrisa que se dibujó en sus labios como el tajo de un cuchillo curvo y, sin pensarlo dos veces, apretó las mejillas de Meriem con los rechonchos dedos de su mano siniestra, forzando a que sus labios carnosos brotaran tomando la forma de un beso grotesco. Después hizo emerger su lengua inmunda y recorrió con ella la boca y las mejillas de Meriem, al tiempo que con la diestra, rasgaba su vestido y descubría su pecho, profanando su carne.

Volvió a mirar hacia atrás un instante y comprobó que yo aún no me había movido. Entonces Meriem intentó forcejear, pero él sacó el herrumbroso cuchillo que portaba al cinto.

—No te muevas, puta judía —le dijo apretando los dientes, al tiempo que llevaba la mano libre a sus senos desnudos y los apretaba como un repulsivo puerco que aplasta las flores que crecen en el campo.

Regresó la vista hacia mí y su sonrisa se tornó carcajada. Yo permanecía inmóvil, incapaz de reaccionar, con un nudo en la garganta. Mis pupilas buscaban sigilosamente a mis hijos —que desde detrás de la mesa presenciaban aterrorizados lo que sucedía—, mas conscientemente intentaba mantener la mirada erguida, para que el castellano no leyera mis pensamientos y los pequeños se viesan delatados. Meriem no quitaba sus ojos de los míos, soportando con firmeza aquella situación, pero con un halo de contrición dibujado en sus pupilas que me contraía el alma.

—¿Sabes, preciosa? —le dijo el infecto a mi amada babeándole el cuello—. Tienes unos pechos deliciosos. Seguro que todo tu cuerpo se muestra igual de firme, y te confieso que me muero de ganas por hacerte mía delante de tu marido.

Un sonido sordo procedente del piso de arriba interrumpió la amenaza, seguido de un grito de mujer y un llanto angustioso que nos mantuvo en silencio durante unos

breves instantes. Se me encogió el pecho al pensar que habían encontrado a la pobre Orosol, la mujer que llevaba años sirviendo en la casa, y que, posiblemente, habían comenzado a abusar de ella. El bravucón se apartó unos pasos de Meriem y miró hacia el techo de manera instintiva, al tiempo que su rostro se tornaba en una mueca de satisfacción incontenida. Los niños se agitaron detrás del poyo y, por un momento, temí que el joven Yosef pudiera abandonar su resguardo para plantar cara a ese malnacido y hacer lo que yo en ese momento era incapaz. Clavé mis ojos sobrecogido en su figura y, al hacerlo, el castellano siguió mi mirada con la suya y los descubrió a ambos acurrucados, incapaces de contener las lágrimas, ateridos por el miedo y la congoja.

—Vaya, vaya... —dijo aquel bastardo frotándose las manos—. No son solo joyas lo que esta paloma guardaba en su casa, ¿eh? —expresó volviendo a apretar las mejillas de Meriem al tiempo que acercaba peligrosamente la hoja mellada del cuchillo a su cuello—. Salid de ahí. ¡Vamos!, que no tengo todo el día.

Yosef corrió desde detrás de la mesa buscando la protección de mi regazo, pero el grueso brazo del hombre impidió que Judit hiciera lo mismo.

—¿Dónde vas, pequeña judía? —le dijo con ojos lascivos—. ¿Quieres que tu cobarde padre te proteja? No, él no lo hará. Míralo, es solo un viejo indefenso. Si él quisiese protegerte, le abriría su tripa con este cuchillo, ¿sabes?

La pequeña Judit lo miraba con sus grandes ojos negros, las mejillas mojadas por las lágrimas y el pecho galopando por los sollozos. Sus tiernos labios intentaron llamar mi atención, pero su boca era incapaz de emitir palabras. La mano grosera de aquel desalmado sujetaba su hombro y, por un instante, temí que la degollaría allí mismo con el único propósito de satisfacer su inmundada bajeza.

—Por el amor de Dios —le supliqué—, dejad que la niña se marche. Tomadme a mí y haced con mi cuerpo lo que os venga en gana. Si lo que deseáis es esparcir sobre el suelo de mi casa las vísceras de alguien, que sean las mías, pero dejad que la niña se marche.

Meriem me miraba desde el otro lado de la habitación con el mismo halo de contrición en la mirada. Se había tapado instintivamente los senos con sus antebrazos, pero la lechosa claridad de su piel, tan solo perturbada por las coloradas laceradas que le habían provocado las infectas uñas de aquel diablo, permanecía desnuda.

—¿Quieres que haga con tu cuerpo lo que me venga en gana? —risoteó cínicamente aquel perturbado—. En todo caso me divertiría con el cuerpo de tu joven esposa; pero ¿por qué hacerlo con ella si tengo aquí carne todavía más tierna? Tranquilo, que no voy a matar a tu pequeña, solo pienso divertirme un rato con ella.

Aquello me partió el alma.

—Es solo una niña —le dije con la voz trémula y las lágrimas escapando de mis ojos—. No te atreverás a...

Sus manos habían comenzado a acariciar suavemente los cabellos de la pequeña, que absorta, inconsciente de los inmundos pensamientos de aquel ser vil, lo seguía

contemplando con los dos grandes ojos negros humedecidos.

—No te atreverás... —susurré al tiempo que el bárbaro pagano regresaba su mirada sobre mí y sonreía con satisfacción, con la biliosa baba brotando de la comisura de sus labios. Acercó su lengua grotesca a la pequeña y lamió su cuello sin borrar aquella cínica y maldita mueca.

Caí de rodillas, sintiendo el peso de la desesperación sobre mi alma. Aquel bastardo estaba a punto de violar a mi pequeña, de arrebatarme de un plumazo su tierna inocencia, y luego haría lo mismo con Meriem. Todos los que habían entrado en la casa abusarían de ellas y, cuando terminaran, nos rebanarían el cuello al pequeño Yosef y a mí.

Quise sacar fuerzas de flaqueza. Si estaba a punto de morir, debía hacerlo con la dignidad elevada, luchando por que aquel maldito bastardo no pusiera sus puercas manos sobre la carne de los míos, pero las piernas me temblaban y me sentí desfallecer. Fue Yosef quien intentó abalanzarse sobre el cristiano, haciendo brotar de su joven cuerpo la valentía de la que yo carecía. Entonces aquel perturbado lo estampó de una bofetada contra los anaqueles del consultorio, haciendo que todos los tarros, ampolletas y arquetas con medicamentos se desparramaran por el suelo. Después, se aferró más violentamente al cuerpo de la pequeña y la atrajo para sí. Estaba a punto de desnudarla del todo cuando escuchamos pasos en la entrada.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó con un vozarrón otro soldado que penetró a grandes zancadas en el consultorio. Llevaba la cara cubierta por un bacinete con visera y el cuerpo embozado en un recio gambesón que apestaba a sudor rancio. Tras él penetró un segundo soldado que portaba una coraza de cuero y la cabeza tan cubierta como la del primero.

El bastardo se apartó al instante de mi hija y su tediosa sonrisa se borró de un plumazo cuando vio al otro avanzar hasta el centro del consultorio. El recién llegado recorrió la estancia con su mirada oculta tras el embozo metálico, y luego clavó sus ojos claros y profundos —los cuales apenas podía discernir entre el acero del yelmo— en los míos.

—¿Eres tú el médico hebreo? —preguntó.

Asentí confuso.

—¿El físico que sanó a Domingo Martínez de Cannete? —insistió.

Esbocé un «sí», aunque apenas conseguí que el sonido saliera de mi boca.

Sin mediar más palabra, el soldado abandonó la estancia con la misma celeridad con la que había entrado y, para mi sorpresa, el pagano que había intentado abusar de la pequeña Judit lo siguió con la cabeza gacha. El tercer hombre permaneció junto al dintel de la entrada y, tras dedicarme una breve mirada que no acerté a descifrar, por lo ampuloso de la visera metálica, salió a la escalera.

—¡Vamos! ¡Bajad de una maldita vez! —dijo con expresión de hastío.

Al escuchar su voz, me vino la imagen de un rostro al pensamiento. Era una cara conocida, una faz dura y grosera que había contemplado por primera vez hacía ya

muchos años, mas me costaba creer que esa persona que veía en mi mente fuera la misma que acababa de penetrar en mi vivienda y evitar que uno de aquellos hombres violentara a los míos. Sin duda alguna, mis sentidos me engañaban.

Traté de acercarme a él y escuché cómo susurraba instrucciones al último hombre que quedaba en la casa y que acababa de bajar las escaleras a toda velocidad. Sí, su voz era inconfundible y, aunque me costara aceptarlo, aquel guerrero no era otro que el díscolo joven que me amenazó con la espada el día que visité por primera vez la casa del barón de Escrich: Gómez Sánchez Muñoz, el sobrino del hombre más importante de toda la ciudad. Volvió su rostro hacia mí antes de abandonar definitivamente nuestra morada y mis ojos se clavaron en sus pupilas, endurecidas por el borde remachado de la visera de su casco.

—Dios os guarde —le dije convencido de que acababa de impedir que mi esposa y mi hija fuesen mancilladas y de que probablemente había salvado nuestras vidas y la de la pobre Orosol.

Durante un instante aquel rostro metálico permaneció inmutable y, al momento, el hombre agachó la cabeza para no golpearse con el dintel de la entrada y se sumió en la oscuridad del callizo. Avancé tras él con pasos prudentes, temeroso de que si marchaba, otros pudieran llegar y violentarnos como los primeros, mas al acercarme a la salida del pasaje vi cómo uno de los castellanos untaba con cal el marco de la entrada, haciendo probablemente una señal para anunciar al resto de la compañía que nadie debía entrar en mi morada.

En ese momento me vino a la cabeza la pobre Orosol y, sin reparar en los míos, que estaban todos abrazados junto al poyo del consultorio y lloraban amargamente, subí al piso a toda velocidad.

—¡Orosol! —grité desesperado—. ¡Orosol! ¿Estás bien?

Escuché sus sollozos provenientes de la alcoba. Penetré raudo en ella y entonces la vi allí, llorando y gimiendo, acurrucada en un rincón, con los brazos cubriendo su cabeza y los cabellos desperdigados sobre sus hombros. Habían rasgado sus ropas y sus pequeños senos estaban al aire. El resto de su desnudez la cubría con sus rodillas, hecha un ovillo como se encontraba.

—¿Estás bien, Orosol? —pregunté de nuevo mientras me acercaba a ella, le alzaba la barbilla con la mano y obligaba a que sus ojos se encontraran con los míos; pero no hubo respuesta.

La pobre tenía la mirada perdida. Le habían propinado un fuerte golpe en el pómulo y tenía la cara colorada. Su labio estaba reventado, y un sinuoso hilillo de sangre recorría la comisura hacia el mentón. Maldije a aquellos canallas y, consciente de que no había tiempo que perder, la dejé allí con su llanto y bajé las escaleras a trompicones.

Salí a la calle y, atribulado, avancé hacia la plaza. Una columna de humo se alzaba sobre las casas y empañaba el ambiente provocándome un agudo escozor en los ojos. Caminé temeroso entre las fachadas de las viviendas, tras las cuales se

escuchaban gritos, gemidos y llantos de toda clase, dispuesto a volver corriendo sobre mis pasos en cuanto divisara alguna de aquellas terribles compañías que lo asolaban todo.

Llegué sin percances hasta la plaza de la Judería, donde vi cómo ardía una de las pocas casas que quedaban en pie en toda esa parte de la pequeña explanada, pues el resto eran poco menos que escombreras desde los días del asedio. En el mismo centro yacía un hombre con la cabeza hundida en un charco de sangre. Nada más verlo supe que se encontraba muerto y que, por la cantidad de flujo y la posición de su cuerpo, había sido posiblemente degollado. Más tarde supe que se trataba del anciano Athanael, feliz reposo tenga. Los castellanos habían abusado de sus dos hijas, viudas ambas, y él había tratado de impedirlo infructuosamente.

—«Trátalos, oh, Dios, como culpables —imploré abatido, haciendo mías las palabras del salmista—, haz que fracasen sus intrigas; arrójalos por el exceso de sus crímenes, por rebelarse contra ti».

Clavé las rodillas en tierra, sobrecogido por tanta desolación, sintiendo una vez más cómo la herrumbrosa guadaña de la muerte caía de nuevo sobre nuestros golletes, y lloré. Derramé cuantas lágrimas albergaban mis ojos y me deshice en oraciones, sintiendo que no merecía aquella vida de tormento, que no era justo que una vez más la muerte rondara nuestras almas y la mía quedara de nuevo intacta, aunque abatida y humillada por completo.

Un silencio mudo lo invadía todo, salvo por el tañido de una campana que de fondo sonaba aún en la lejanía y por el crepitar de las llamas. Mis ojos se fijaron en el anciano yacente hasta que mi mirada se tornó borrosa. Entonces mis oídos escucharon la voz del rabí, que con gesto alicaído cruzó la plaza y pasó junto a mí mascullando palabras desorbitadas:

—Nos has abandonado, Señor, a la voracidad de sus moharras... Sangran nuestras carnes como manantiales que nacen de la tierra, y tu pueblo, oh, Señor, cae derribado de su montura como un cadáver inerme...

* * *

Cuando presentí que todo aquello había acabado, regresé al callizo. Mis ojos se posaron en la marca de cal que los castellanos habían pintado en la entrada cuando las yemas de mis dedos acariciaron la *mezuzá*. Sentí que el hogar de mi familia había sido perturbado, y mis pensamientos esbozaron una aterradora maldición contra aquellos que habían osado cometer aquella falta.

Al entrar en el consultorio, observé que la escena se había mantenido inmutable durante el breve tiempo que me había ausentado. La pobre Orosol permanecía aún en el piso de arriba, pues escuchaba su lamento a través de la escalera. Yosef seguía en el suelo con la mirada perdida, y la tierna Judit hipaba desconsolada, con las mejillas bañadas en lágrimas, sentada sobre el escritorio. Meriem permanecía con la espalda

apoyada en uno de los armarios, con los antebrazos cubriendo aún su desnudez. No reaccionó hasta verme, y al hacerlo, su mirada se empapó de aquella misteriosa contrición que había entenebrecido sus pupilas mientras aquel bárbaro frotaba sus senos con sus grasientos dedos. Abajó la vista y la turbación se apoderó de su rostro.

Mi esposa se sentía culpable, pero ¿por qué? ¿Acaso era ella la responsable de que aquellos bárbaros del diablo hubiesen profanado el altar de mi casa? ¿Qué culpa podía tener ella de todo aquello? Y sin embargo, su penetrante mirada se colaba entre mis pensamientos y ensoñaciones cuando la modorra se apoderaba de mí. Era una mirada lastimosa, querido Jacob. Una mirada suplicante que impetraba clemencia. Sus ruegos se tornaban desgarradores en mis pesadillas, y raro era el día que no mojaba las sábanas de nuestra cama por el sudor de los horribles delirios en los que la veía yaciendo con el bárbaro cristiano en mi presencia. ¿Por qué se sentía culpable? ¿Por qué sus ojos parecían rogar mi perdón a cada instante? La duda me carcomía y la desesperación se hacía hueco en mi alma, colándose en mi espíritu y parasitándolo como las malignas lombrices que se instalan en el intestino de algunas personas enfermas.

¿Qué había ocurrido para llegar a aquella situación? No tenía forma de saberlo, y aquello me sumía en la más absoluta de las desesperaciones. Meriem ya no apartó jamás aquella mirada contrita, y se fue agriando todavía más su carácter a medida que pasaban las semanas, de modo que llegó un momento en el que evitaba el roce de mis manos, por pequeño que fuera. Ponía excusas siempre que trataba de acercarme a ella, eludía mi conversación y se alteraba notablemente cuando notaba que estaba a su lado.

Al principio yo le reprochaba su actitud, pero con el tiempo comprendí que la hija de Bachel ya no me amaba, si es que lo había hecho alguna vez. Yo la había aceptado por esposa buscando en ella la entrega que Benvenida había demostrado conmigo hasta el último de sus días, pero Meriem no se parecía en nada a mi primera esposa. Desde el embarazo del joven Yosef se había mostrado extremadamente distante conmigo, y ahora su frialdad era tal que su presencia no me provocaba sino un frío estremecedor que me entumecía todo el cuerpo. No me amaba, Jacob, y creo que jamás lo había hecho. Entendido eso, decidí importunarla lo menos posible. No es que no la deseara, pues mi corazón se encendía, impetuoso, de la misma forma que lo había hecho la primera vez que mis ojos se posaron sobre ella; pero comprendí que forzando la situación lo único que conseguiría sería alejarla más y más de mí. Solo me quedaba esperar y aceptar la voluntad del Todopoderoso, bendito sea.

Sospechando que tal vez ella sufría la enfermedad de la melancolía, la convencí para que tomara diariamente un preparado de artemisa cocida y mezclada con mosto que le hice beber durante varias semanas, pero saltaba a la vista que ese no era el mal que la aquejaba. Notaba que mis dedos eran tan desagradables para su piel como lo habían sido los del grasiento cristiano y, sin saber por qué, comencé a sentirme sucio e impuro. Sentía la turbiedad de mi cuerpo, y ni frotando mi piel con tenacidad

durante el baño era capaz de extirparla de mi seno. Sencillamente, yo era un extraño para ella y, por desgracia, no tardé en darme cuenta de que ella también lo era para mí. Apenas sabía nada de ella: lo que le gustaba, lo que le alteraba o lo que le molestaba. Ella se esforzaba por cumplir como esposa, pero no lo hacía por amor, sino por compromiso. Yo la amaba en verdad, aunque reconozco que el recuerdo de Benvenida nublaba la visión que tenía sobre ella. Nuestros encuentros carnales se redujeron al mínimo, y a pesar de que yo seguía teniendo acceso a su cuerpo, eran raras las ocasiones en las que compartíamos cama.

Si bien estaba acostumbrado a su rechazo, reconozco que me costó aceptar aquella nueva situación en la que Meriem y yo nos comportábamos como dos completos extraños dentro de los muros de nuestro propio hogar; mas aprendí a conformarme con presentir la belleza de sus formas escultóricas grabadas en mi retina. Aprendí a embelesarme en el olor perfumado de su cuerpo cada vez que el más leve contoneo lo esparcía asperjando la cal de las paredes de mi casa y mis sentidos. Me acostumbré a saborear el precioso instante en el que sus dedos y los míos se rozaban en alguno de los ocasionales momentos en los que la labor diaria de la casa exigía que ambos trabajáramos juntos.

Pese a todo, me retorció de dolor, querido hermano, y mi alma se arrebujaba en un desolador tormento que la infeccionaba como se pudre la fruta madura. Meses después de que los castellanos se hubiesen marchado de la ciudad, la pobre Orosol, incapaz de superar el daño que esos terribles diablos le habían causado, abandonó nuestro hogar y regresó a la aldea de la que procedía. Vino entonces a servir a nuestra casa una joven llamada Yusteta y, a pesar de su tierna edad, sus ojos garzos y sus formas garbosas habían conquistado mis sentidos casi desde el primer día en que la vi. Su cuerpo juvenil había granado delante de mis ojos como florecen las matas en el campo y, aunque siempre me creí un hombre virtuoso, reconozco que el deseo se apoderó de mí y a punto estuve de cometer una locura.

Fue el rechazo, Jacob, la constante tortura que retorció mi alma, lo que me llevó a poner los ojos en otra mujer distinta a mi amada. Me debatía entre el febril deseo por tres mujeres distintas: la esposa que de manera oprobiosa rehuía mis caricias, la joven tierna a la que hubiese sido una indignidad arrastrar hasta mi tálamo y la brumosa evocación de Benvenida, su alma esté en el Edén, la única mujer a la que mi corazón ha rendido verdadera pleitesía y cuyo recuerdo presidía y preside cada uno de los momentos de mi vida. Me sentía como el alacrán acorralado por el fuego, incapaz de encontrar salida a aquella angustiosa situación, consciente de que, cuando esos animalejos del diablo se ven cercados y atormentados, no encuentran más solución que inyectarse su propio veneno y fenecer entre convulsos espasmos. Yo, sin embargo, intenté poner coto a mi angustia. Buscaba a Meriem como buscan las aguas del río el relajo del mar, pero ella estaba tan distante...

Acepté resignado que podría vivir de ese modo toda la vida, a sabiendas de que aquel amor espiritual purificaba mis entrañas y de que el sacrificio enorme al que

había sometido mi vida era una ofrenda grata a los ojos de Dios, bendito sea su nombre.

* * *

Sin embargo, todo comenzó a cambiar cierto día del mes de *elul*, en la plenitud del verano, pasado más de un año desde la marcha de los perros castellanos de la ciudad. Fue un jueves, el décimo tercer día de ese mes^[70]. Meriem regresó de hacer sus compras en el mercado muy de mañana, subió sigilosamente los escalones que conducían a la primera planta de la casa y se ocultó en la cambra, deseosa de pasar desapercibida ante mis ojos. Fui a buscarla y la encontré desgredada, con la ropa hecha jirones, con su delicado rostro repleto de arañazos y los brazos, de mordidas. La saya de paño berbí que vestía estaba rasgada y cubierta de salpicaduras de sangre. Era una prenda que su madre le había dejado en el testamento y ella repasaba nerviosa con sus dedos cada una de las roturas, consciente quizá de que aquello era un mal augurio.

—¿Qué te ha sucedido? —le pregunté alarmado. Viendo que no había respuesta, insistí—: Vamos, dílo, amada mía, no me mantengas en vilo. ¿Qué o quién te ha hecho eso?

Meriem sollozaba e hipaba como una niña pequeña, con los ojos enrojecidos y las lágrimas surcando en torrentera sus mejillas aterciopeladas. Me incliné sobre ella y recorrí sus cabellos con mis dedos, peinándolos con suavidad. Aguantó un instante el roce de mi mano, pero después la apartó desabrida, deshaciéndose nuevamente en el llanto, incapaz de soportar aquella situación. Trató de levantarse de la cama y salir a toda velocidad de la estancia, pero la retuve a la fuerza, provocando que su gimoteo se tornara en un grito histérico.

—No voy a dejarte marchar hasta que me hayas explicado lo sucedido —le dije con firmeza, intentando al tiempo que se tranquilizara.

Pero mis palabras no la calmaron en absoluto; más bien al contrario. Sus brazos se liberaron de los míos y, deshecha en lágrimas, me abofeteó con un odio desmedido brotando de sus entrañas, al tiempo que sus brazos se aferraban a los lienzos listados que separaban el dosel del resto de la cambra.

Resignado me levanté bruscamente y, dedicándole una mirada turbia en la que posiblemente brotó todo el rencor y la desdicha que la tensa situación había alimentado durante años, golpeé fuertemente con el puño la encalada pared, haciendo vibrar toda la estancia, y abandoné la alcoba.

Noté que me faltaba la respiración, y el pecho me oprimía desbaratado por terribles punzadas que me hacían encogerme igual que la paja se dobla y deshace ante el fuego. Sabía que no alcanzaría a calmarme hasta que no conociera la verdad de los hechos, así que me enfundé un tabardo castellano de paño tinto que había comprado hacía pocas semanas y salí de la casa como un torbellino.

Recorrí la plaza de la Judería notando las miradas de nuestros vecinos clavándose en mi gollete y bajé a toda velocidad la cuesta de San Pedro, presintiendo que algo terrible había pasado y que las heridas que mi esposa evidenciaba nada eran en comparación con la verdadera naturaleza del problema.

Al llegar a la plaza del Mercado vi a la gente removida, hablando en varios grupetes de cierta jarana que supuse debía de ser la misma en la que había participado mi esposa hasta acabar de aquella guisa.

—¡Una de ellas era Meriem *la Yanteta*, la esposa del físico! —medio gritaba una alcahueta de nariz ganchuda, al tiempo que llevaba su índice a la boca y miraba de parte a parte la plaza con ojos atentos. Al verme en la distancia, todos callaron de inmediato y deshicieron el corrillo escabulléndose como ratas entre el gentío.

Varias personas centraron nuevamente su mirada en mi persona y, con cierta angustia embadurnándome el gaznate, me acerqué hasta el puesto de un especiero que parecía forastero y cuya cara no me sonaba de nada.

—¡Vaya! Algo ha debido de pasar cerca de aquí, sin duda, para que todo el mundo se muestre tan conturbado —le dije simulando indiferencia, al tiempo que centraba mi atención en algunas de sus mercaderías.

El hombre parecía ocupado ajustando su romana, bien resguardado a la sombra del soportal en el que había extendido la tabla sobre la que exhibía su mercancía.

—¿Acaso no han escuchado nada vuestros oídos de la algarabía que han montado esas dos hembras alocadas? —soltó el mercader con una sonrisa cínica dibujada en su curtido rostro, mientras dejaba el armatoste de hierro a un lado y comenzaba a rebuscar en medio de una pila de sacas apiñadas.

Negué con la cabeza, intentando no demostrar demasiado interés en la cuestión, si bien no debió pasarle desapercibido al comerciante el que la mitad de las personas que había a nuestro alrededor me estuvieran mirando en ese momento.

—Jamás he visto —continuó pausadamente, saboreando con detenimiento cada una de sus palabras— a dos mujeres pelear con rabia tan encendida en sus ojos. Se han lanzado varias sacudidas con las varas, esas que llevan las judías para señalar el género y así no tocarlo con sus sucias manos —me ha dicho sin reparar en mi condición—. Después se han hecho un ovillo en pocos instantes, revolcándose por el suelo. No paraban de lanzarse dentelladas como dos podencos, al tiempo que con sus manos asían sus cabelleras, se mordían, arañaban e insultaban de manera indecorosa.

Al escuchar aquello, un denso nudo se me hizo en la garganta y, por un instante, deseé regresar a casa cuanto antes y emprenderla a palos con mi esposa. Pero las propias miradas de los vecinos que realizaban sus compras en el mercado y el estupor que me tenía entelerido me impedían emprender acción alguna.

—¿Y cuál ha sido el motivo de la disputa? —pregunté conmocionado.

El comerciante alzó los hombros poniendo cara de bobalicón y, tras dedicarme una sonrisa forzada, buscó con la mirada a una gruesa mujer que instantes antes había removido con su mano una saca repleta de higos y le preguntó con forzada

amabilidad si deseaba algo.

Sin apenas dar crédito a la situación me di la vuelta, con la mirada perdida y una seca aridez arrasando mi garganta.

—Tu mujer solo se defendía de falsas acusaciones y de injurias calumniosas — me dijo Yehuda Aben Samuel, uno de los ancianos de la judería, quien al ver mi turbación se acercó hasta mí—. Su modo de actuar no es el más adecuado, desde luego, y no digo que no tengas que reprenderla por el escándalo que ha protagonizado, pero créeme si te digo que al reaccionar de ese modo no hacía sido defender la dignidad y la honra de tu casa.

Aquellas palabras me conmocionaron todavía más, pues el bueno de Yehuda no se limitaba a reconocer que mi esposa había obrado públicamente de manera impropia, sino que además me daba a entender que alguien de la aljama había faltado gravemente al honor de mi familia.

—¿Quién era la otra mujer? —le pregunté abatido por la atribulación.

Yehuda dudó un instante antes de responder y mis ojos presintieron un brillo fugaz en su mirada.

—Era Bonadona, la esposa de tu vecino Todroz.

Aquello me dejó aún más perplejo y sobrecogido porque, desde que me había instalado en la casa en la que vivíamos mi familia y yo, siempre había mantenido muy buenas relaciones con aquella familia, vecina nuestra. Habíamos ayudado a Todroz en algunos momentos en los que su negocio no marchaba como debía y les habíamos abierto las puertas de nuestra casa como si fuera suya. Meriem y Bonadona siempre habían mantenido muy buena relación, y nuestros hijos jugaban juntos en la plaza de la Judería y en el patio que comunicaba nuestras viviendas.

—¿Bonadona? —pregunté sorprendido—. Pero ¿qué ha ocurrido para que ambas se hayan comportado de esa manera? Si siempre han sido como hermanas... —aseveré sin dar crédito a todo aquello.

Yehuda bajó la mirada hasta el suelo e intentó evitar cruzar sus ojos con los míos. Por supuesto, sabía la respuesta, pero en ese momento se sentía tan atribulado como yo mismo y, alzando su mano, la posó en mi hombro procurando darme consuelo, pero incapaz de dar satisfacción a mi demanda.

—Fue Bonadona la que comenzó la pelea —aseveró una anciana cristiana que seguía la conversación desde el corrillo que se había formado allí mismo, alrededor de Yehuda y mío. Aunque no recuerdo su nombre, su cara sí me era conocida, pues era una de las que frecuentaba los corrillos de alcahuetas que diariamente cotilleaban acerca de todo lo que sucedía en la ciudad.

Miré a la mujer con gesto interrogativo, incapaz de dar crédito a todo aquello.

—Tu esposa llegó al mercado de mañana con intención de hacer sus compras, pero al poco le salió al paso la esposa del cordelero, diciéndole malas palabras. Le acusó de ser una ramera y una adúltera, a lo que tu esposa le contestó también con insultos. Bonadona le dijo que era una vergüenza para vuestra comunidad y entonces,

no pudiendo aguantar más aquella deshonra, tu esposa se arrojó sobre ella y ambas comenzaron a agredirse mutuamente de muy malas formas.

Regresé a casa compungido y avergonzado. Mi esposa me había dejado en evidencia ante toda la aljama, y una de nuestras vecinas había corrido la voz de que era una adúltera. Desconocía el porqué de aquella acusación, y de buena gana me hubiera presentado en casa del cordelero para pedir explicaciones, pero la situación, hermano mío, me superaba con creces.

En los días siguientes guardé silencio, no queriendo echar más leña a la lumbre. Mi esposa continuaba con sus faenas en la casa sin mediar palabra, y yo no quise importunarla lo más mínimo. Al amanecer curaba sus heridas, que no eran pocas; después, apenas si cruzábamos la mirada en todo el día. No quise reprenderla como me había recomendado Yehuda; únicamente deseaba que aquella historia se borrara de mi mente y todo volviera a ser como al principio de casarnos.

—¿Has hablado ya con tu esposa? —me preguntó el rabí Isaac dos semanas después de aquel suceso.

Asentí con la cabeza avergonzado y contrito.

—Y dime, Leví —continuó—, ¿has considerado la posibilidad de repudiarla?

Alcé la mirada de súbito al escuchar aquello. ¿Repudiarla? Amaba a Meriem tanto como había amado a Benvenida. Ella era la madre de mis hijos, mi esposa, mi compañera y amiga, o al menos, eso es lo que yo deseaba que fuese. En ese momento el único anhelo de mi existencia era conseguir que ella regresara a mí, sentir la suave caricia de sus dedos en mi mejilla. Hubiera pagado toda mi fortuna por que Meriem volviera a la costumbre de pasar en mi tálamo cada noche y no únicamente cuando ya no le quedaban más excusas que inventarse y, sin embargo, el rabí me hablaba de repudiarla.

—¿Por qué habría de hacerlo? —pregunté confundido.

—Bueno... —titubeó él—. Las hijas de Israel son castas, pero los tiempos las corrompen. Ya has escuchado los rumores que corren por toda la judería. Se dice que es una adúltera, que ha mancillado tu hogar y tu honor. Si esas acusaciones son ciertas, deberías dejar de compartir con ella lecho y tabla, pues así lo demanda la Ley de Moisés, y así lo juzgan igualmente los *hakhamin*. En cualquier caso, deberías estar muy seguro de su integridad para no hacerlo, por haberse convertido ella en objeto de todo tipo de habladurías.

Era una mañana fría. El helor endurecía la tela del capote con el que me cubría la espalda, el aire silbaba cortante y yo tenía los dedos entumecidos. Al escuchar todo aquello, mi garganta se resquebrajó como se cuarteaba el hielo al pisar sobre él. Sentí cómo mi voz se apagaba y mis manos temblaban, no sé si de frío o de estupor.

—Todo eso que se dice de mi esposa —aseveré con un hilo de voz— es una burda mentira. Meriem es una mujer honesta, como lo son todas las mujeres de su familia. No olvides que es nieta de Yanto Sarrení y que la honestidad de su linaje nunca ha sido puesta en duda. Si las habladurías corren en la aljama, no se debe a que

ella haya manifestado un comportamiento indebido, sino a que hay muchos envidiosos que no aceptan de buen grado que un forastero como yo llegara desvalido a la ciudad y lograra prosperar en pocos años. Y bien sabéis que «la envidia es para las personas como la enfermedad para el cuerpo, que causa la consunción».

El rabí me miró con un esbozo de sinceridad cincelado en la retina de su mirada.

—¿Estás seguro de ello, Leví? Te conozco desde hace muchos años y sé lo que piensa la gente de ti. En la aljama todo el mundo te respeta. Muchos recuerdan todavía que viniste para ayudar a los enfermos cuando la mayoría de los físicos habían marchado de la ciudad acuciados por el terrible morbo negro que asoló el orbe. Jamás he percibido esa envidia de la que hablas, y tampoco soy de los que se dejan llevar por las habladurías, pero en el caso de Meriem...

—Meriem es una mujer honesta —interrumpí al rabino, temeroso de que él también se reafirmara en aquellas terribles acusaciones.

—Dime, Leví —me dijo él con gesto preocupado—, ¿es Meriem una buena esposa?

—La mejor que podría desear —musité al tiempo que presentía cómo un velo húmedo recubría mis ojos.

—¿Ella te ama? —insistió, llevando sus manos a las mías, que no paraban de agitarse temblorosas.

—Es mi esposa —afirmé como si necesariamente una cosa implicara la otra—. Cada día se deshace por atender mi hogar y a mis hijos. A mí, a su esposo, me colma de atenciones y cuidados. Es mi compañera y amiga, y sé a ciencia cierta que me ama. Siempre permanece a mi lado y jamás tiene un mal gesto para con su esposo.

El rabino bajó la mirada, incapaz de sostener la mía. Mis ojos, no obstante, se habían derramado como el rocío matutino, pues notaba que varias gotas salpicaban mis apercaminadas mejillas. Amaba a Meriem por encima de todas las cosas, y mis anhelos desbordaban mis palabras precisamente en ese instante en el que mi corazón se convencía a sí mismo de que la estaba perdiendo.

—Entiendo —dijo el anciano—. Si es de ese modo como dices, entonces debes permanecer a su lado. Adonai Sebaot proveerá y su Ángel traerá la justicia a tu casa, Leví. Aun así, es mi deseo que reprendas severamente a tu esposa. No fue apropiado para una mujer de su condición pelear en la calle del modo que lo hizo, ni tampoco lo son los comentarios que arroja por su boca en contra de Bonadona, por mucha que sea su inocencia y muy injusto el trato que esta le haya dado. Recuerda, Leví, que aunque Meriem sea tu compañera y amiga, ella no debe considerarte a ti de ese modo. Debe tratarte como el señor al que debe fidelidad, y sus ojos deben mirarte como los de una criada a los de su señor, no con la soberbia propia que en ocasiones demuestra cuando está a tu lado. Debes reprenderla, Leví, y recordarle cuáles son sus obligaciones de esposa.

Asentí con la cabeza, consciente de que tal vez no había sabido cumplir correctamente mis deberes como marido.

—Viciados son estos tiempos en los que las mujeres de buena clase pelean a mordiscos, arrastrándose y empujándose por los lodazales como animales —continuó—, y los hombres pierden su tiempo jugando a los dados tontamente y abandonan sus deberes religiosos, comportándose como insectos que se arrastran y desconocen los verdaderos caminos del Todopoderoso, bendito sea su nombre.

—No os preocupéis, rabí. Ya la reprendí en su momento, y lo volveré a hacer tantas veces como sea necesario —aseveré con tono conciliador.

—Sé que lo harás —manifestó el rabí con una sonrisa esbozada en su boca—. Vete en paz y cuida de los tuyos.

Me sentía turbado y atribulado, mi querido hermano. Sentía que mi espíritu se vaciaba como se derrama la copa, y el anhelo por el amor de mi esposa me dejaba cada noche exhausto y abatido.

Mas no era eso lo único que habría de atormentar mis pensamientos.

* * *

Durante años he trabajado para conseguir una buena reputación.

Sabes que nuestra familia era una de las más respetadas de Cuenca, tanto en la judería como en las barriadas cristianas y la morería. Siempre había sido así, y así fue en Cannete, donde moré durante los mejores años de mi vida. Y así quise que fuera también en la ciudad de Teruel, pues el Señor todopoderoso, bendito sea, dice que todo ser humano debe honrar a su padre, y no veo mejor forma de hacerlo que la de conseguir que su nombre sea respetado por todos. «Mirad al hijo de Yosef Ha-Leví —evoca mi mente las palabras de las gentes que pululaban por las cercanías de la puerta de Valencia, en la ciudad conquense—, el vástago del mejor físico que ha habido en nuestra urbe». «Mirad al físico Leví —siento que aún dicen los vecinos de Teruel—, que aprendió su ciencia del reputado médico Yosef Ha-Leví de Cuenca». Sin embargo, con aquella maldita guerra todo comenzó a venirse al traste, y lo peor, mi querido hermano, estaba aún por llegar.

Dos familias se disputaban desde siempre el control de la ciudad de Teruel: los Marcilla de una parte, y de la otra los Muñoz, un noble linaje de escuderos que tenía su palacio en la plaza de San Juan, cerca de la puerta que dicen también *de Valencia*. El líder de esta última era el mismísimo señor de Escrich, hombre influyente como pocos, el tío de aquel esbirro de los castellanos que había librado a Meriem y a la pequeña Judit de la deshonra. Ambas familias se repartían los puestos del concejo, rivalizaban por los cargos mayores y disputaban el control de las barriadas, llegando a veces a la violencia de las armas.

Jamás quise implicarme en aquel conflicto ni tomar partido por ninguno de los bandos, pues recuerdo las palabras de padre, su reposo esté en el Edén, que siempre decía que aquellos que desean ostentar el poder son todos lebreles de mordida semejante, tan solo diferenciados por el collar que lucen en sus cuellos. Mas en

Teruel eran los Sánchez Muñoz y el señor de Escrich los que tomaban partido por los judíos, siendo los Marcilla los que más violencias cometían contra nosotros. De hecho, fue uno de ellos, el maldito Juan Garcés de Marcilla, el Señor Dios lo aborrezca por toda la eternidad, el que levantó insidias contra mí y consiguió que se me retirase la retribución que recibía del concejo por mi trabajo.

Durante la guerra, como te decía, me vi forzado a negociar con los adelantados que abogaban por la entrega de la ciudad al rey castellano, de quien el barón era simpatizante y, aunque no quise relacionarme con aquella familia por no granjearme aún más la enemistad de los otros, no pude evitar que los ojos del barón se posaran sobre mí, pues sabía de buena tinta que mi fama me hacía cobrar cada vez más peso en la aljama y entre las gentes del concejo.

La violencia se acrecentó terminada la guerra, una vez se hubieron marchado los castellanos de nuestras calles. Los partidarios de los Marcilla corrieron la voz por toda la urbe de que los Muñoz y los judíos habíamos apoyado a los vasallos del rey Pedro de Castilla. De poco sirvieron las quejas de los adelantados de la aljama y su intento de demostrar a los prebostes de la ciudad que nuestra pequeña judería había quedado del todo arruinada, signo de que pocos tratos teníamos con aquellos desalmados del otro lado de la frontera. Pese a ello, decían que habíamos sido nosotros los que habíamos abierto las entradas de los muros a los de Castilla, y las gentes escupían en las calles al pronunciarse el nombre del juez Gil Torres.

—Es un sucio lebel —escuché decir de él un día a un molinero cristiano en una calleja cercana al portal de Darocha—. Debíamos haber ahorcado a ese maldito perro del mismísimo arco de la iglesia de Santa María. Fue él el malnacido que abrió el portillo de San Miguel y fraguó la traición que permitió que esos bastardos castellanos se apoderasen de la ciudad. Púdrase su alma en el tormentoso infierno por toda la eternidad, y que se hunda también en las simas infernales el alma de todos esos perros judíos que conspiraron con él en aquellos días aciagos.

Así pensaban los cristianos que habían quedado en la ciudad y que se decían leales al rey Pedro de Aragón. Y en parte tenían razón, pues algunos de los judíos que formaban el partido castellano de la aljama, entre los que me hube de encontrar por otra desafortunada casualidad del destino, habían contribuido a ello.

Pero todo se complicó aún más cuando, nada más marcharse los castellanos, fue escogido juez de la ciudad el aborrecible don Juan Garcés de Marcilla, Dios lo maldiga. Fue entonces cuando el mismísimo señor de Escrich fue acusado de traición, y sus partidarios hicieron quemar vivo en la plaza de la ciudad a Remiro Sánchez Muñoz, el hijo de don Ferrant, a quien acusaban de haber conspirado con los castellanos. Poco pudieron hacer los Muñoz para evitar tal despropósito y, si bien nadie se atrevió a actuar contra el barón, todo el pueblo entendió que la condena contra don Remiro suponía una victoria de los Marcilla y los partidarios del monarca aragonés.

Como te digo, poco quería ver yo con todo esto, y sin embargo, una vez más el

hado manejó mi vida y la de los míos a su antojo, tal y como le vino en gana.

Cierta noche oí llamar a la puerta de mi casa. Yo me hallaba en el despacho, incapaz de conciliar el sueño, y al escuchar los golpes de la aldaba, me acerqué hasta la ventana que daba a la calle anticipándome a la criada, que ya se había levantado del lecho.

—Si buscan algo, que vengan a encontrarlo cuando el sol se alce —gruñí malhumorado mientras reconducía a la joven Yusteta hacia su habitación—. Solo me falta tener que trabajar de día y de noche.

—¡Abrid la puerta, por san Esteban, o voto a Dios que la echamos abajo! —se escuchó una ronca voz en la entrada, al tiempo que los golpes sobre la batiente se volvían más bruscos y repetitivos.

—¡Venid mañana si os place! —grité colérico—. ¡Y si no, que os lleve el Diablo, pero estas no son horas...!

—¡Abrid la puerta, rediós! ¡En el nombre de los Sánchez Muñoz, abridla o por los santos que la tiramos!

Escuchar el nombre de aquella familia me heló el alma. Bajé las escaleras a toda velocidad, mientras mi esposa y mis hijos se levantaban de la cama, alertados. Al descorrer la cerraja de la puerta, apareció ante mis ojos el semblante don Gómez Sánchez Muñoz, el sobrino del señor de Escrich.

Ese era, mi querido hermano, el mismo hombre que, con el rostro oculto por la visera de su yelmo, había entrado en mi casa e impedido el saqueo de mi hogar y la humillación de mi esposa y la pobre Judit. Ahora llevaba la cara descubierta, pese al almófar que protegía su cabeza. Al verlo no pude dejar de fijarme en una alforza blanquecina que tenía junto a la sien —rastros de alguna pedrada que habría sufrido en la niñez— y, al contemplarla, recordé como su tío, el señor de Escrich, siempre decía de él que era un verdadero díscolo que solo sabía meterse en problemas. Y era evidente que acababa de meterse en uno, y no pequeño.

Junto a él estaban varios escuderos y otros hombres de armas, quienes portaban entre todos a un compañero suyo que tenía la cara ensangrentada y la mirada torcida. Lo llevaban en alzas y, a pesar de que jadeaba rítmicamente, parecía que estaba en un estado de semiinconsciencia.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté sobrecogido.

Se hizo un momento de silencio y mis ojos contemplaron con detenimiento al hombre herido. Tenía un tajo de espada en el costado y había perdido abundante sangre. La herida era grande y parecía profunda. El golpe había rasgado la cota de malla y algunas anillas habían atravesado la tela guateada de su gambesón, quedando incrustadas en la carne. Intentaron ponerlo de pie, pero apenas se sostenía sobre sus piernas.

Sin mediar palabra estiré el brazo indicando a los hombres del Muñoz que lo pasaran al interior de la vivienda.

—¿Eres el médico Aben Yosef, al que los judíos llaman *ha-Qastalli*? —preguntó

don Gómez con la voz cortada, como si no me conociese de nada.

Asentí con la cabeza y, saliendo del umbral de la puerta, dejé espacio para que pasaran al interior. Después ojeé la oscuridad del callizo y, tras comprobar que algunas mujeres habían abierto los ventanucos de sus casas para contemplar la escena desde el otro lado de la calle, entré en mi hogar cerrando la puerta a cal y canto.

—¿Qué ha sucedido? —volví a preguntar, mientras exploraba atentamente la herida.

—Éramos pocos y nos han tendido una emboscada. Habíamos acudido a la taberna del concejo, y al salir de ella nos estaban esperando con las espadas en la mano. Uno de ellos ha lanzado un embate con su arma y le ha tajado carne.

No escuché el resto de la historia. Sabía que aquellos hombres no eran en absoluto inocentes, pues el hecho de que fueran vestidos de todas las armas los delataba. Quería implicarme en aquel asunto lo menos posible, aunque bien sabía que meter en mi casa a uno de los hombres de los Sánchez Muñoz no podía sino acarrearle problemas.

Subí al piso de arriba para buscar algo de agua y hierbas para tratar la herida y vi a Meriem y los niños, que, asustados, aguardaban en la parte alta de la escalera.

—No ocurre nada, mujer —le dije sin alzar la voz al verla—. Llévate a los niños y acuéstalos. Y no hagáis ruido.

Bajé de nuevo a toda velocidad y limpié la llaga con el agua. Luego apliqué en su boca y nariz una esponja impregnada en opio para que el desdichado no sintiera tan intensamente el dolor. Una a una, fui extrayendo las cuatro o cinco anillas que se habían hendido en la carne por la potencia del golpe, mientras uno de los escuderos taponaba con fuerza la herida para bloquear la salida de flujo.

—¿Ha perdido mucha sangre? —pregunté sin alzar la cabeza, aunque conocía de antemano la respuesta.

—Tanta que desde la taberna del concejo hasta la plaza hemos dejado un reguero por toda la calle —respondió uno de los hombres de don Gómez.

—¿Morirá? —preguntó el señor con el semblante contraído.

Miré a los ojos del herido y después alcé la vista para encontrarme con los del noble.

—No creo que muera hoy. Al menos, si cortamos la salida de sangre, lo retendremos en este mundo durante unas horas. Sin embargo, la hendidura es profunda y el acero de su cota se ha hundido en su carne. Si se infecciona la herida, será difícil que viva, pero eso no está en mi mano.

Uno de los ballesteros del Muñoz tomó un ato que llevaba colgado al cuello, y que decía eran ensalmos poderosos enrollados en una piedra mágica, y trató de colocarlo sobre la herida. Aparté su mano para que no molestara mi trabajo, y con gesto de extrañeza me preguntó:

—Tienen gran poder curativo, mestre. ¿Pensáis que podrían servir para salvarle la vida?

Posé mis ojos sobre los de aquel rudo cristiano y mi mente evocó las palabras de nuestro padre, quien solía decirme que siempre debía despreciar, aborrecer y reprobar a los que creen en supersticiones o hacen creer en ellas, «pues nada son y para nada sirven». «Líbrate —recordé que decía igualmente el tío Alatzar, con su voz ronca y extremadamente severa— de los que atienden a los agüeros de las aves y los estornudos, de los que echan las gotillas y de los que creen en toda suerte de hechizos; no escuches jamás a quienes catan en agua, cristal o espejo, o los que adivinan en el cuerpo muerto de los animales, las palmas de las manos de los niños y de las mujeres vírgenes, o de aquellos que realizan otro tipo de encantamientos». Sin embargo, temí que si rechazaba el uso del amuleto pudieran acusarme, como judío, por no haber hecho lo suficiente por salvar la vida de aquel desdichado. Abundan todavía por estas tierras los que creen que la curación no es obra de las manos del físico ni de la bondad divina, sino el resultado del uso de amuletos de esta calaña y otras nóminas, así como de la piedra que dicen *ojo de gato del monte*, higas, colmillos de lobo o manezuelas de plata que las gentes se cuelgan de la cabeza, remedios todos estos que pueden servir ciertamente para prevenir el ajojo, pero que son de escasísima utilidad ante otro tipo de males.

—Pónselas al cuello —le dije resignado—, pero no sobre la herida. Su poder curativo será el mismo siempre que las lleve encima, y la tela sucia del ato podría infectar su sangre si la colocas sobre la hendidura.

El pagano asintió y pasó el cordel a través de la cabeza del herido, convencido de que aquel supersticioso objeto haría más por la vida de su compañero que mis propios esfuerzos.

Purgué la herida y la cosí lo mejor que pude. Después la recubrí con emplastos y hierbas, y vendé toda la parte afectada con paños de hilo. El paciente estaba débil y la tajada presentaba mal aspecto. Cuando terminé miré al noble y negué con la cabeza.

—He hecho todo lo que estaba en mi mano —le dije, temeroso de que si moría aquellos hombres tomaran represalias contra mí.

—Os estoy agradecido, mestre, y no dudéis de que recibiréis una buena recompensa por este servicio.

El hombre murió a los cuatro días. La herida se había infectado y el desgraciado, azotado por las fiebres, se había marchado al otro mundo entre delirios sin que yo nada pudiera hacer por su vida.

Una semana después llamaron de nuevo a mi puerta y me entregaron un pequeño escriño burilado y una carta. Temí que se tratara de lo que sospechaba, pero no pude hacer nada por remediarlo. El cofrecillo rebosaba de monedas —contenía más de trescientos sueldos de los que se cuñan en Jaca— y en la carta se me brindaba el puesto de médico privado de los Sánchez Muñoz. Se me ofrecía una buena soldada por ello, pues aquella familia necesitaba de los servicios de un buen cirujano que atendiera las necesidades tanto de los miembros de su linaje como de todos aquellos que tenían a sueldo —que no eran pocos, pues los enfrentamientos con los Marcilla

se recrudecían cada día y la violencia se cobraba cada vez más víctimas.

No se me daba la opción de escoger; mi destino estaba sellado, y el contenido del escriño era el primer pago por mis servicios.

* * *

Pocos días después el barón me recibió en el caserón de los Sánchez Muñoz, situado en la plaza de San Juan. Uno de sus sirvientes me acercó una arqueta y, al abrirla, observé varias ropas plegadas en su interior. Había varias prendas listadas y un gorro coronado por un penacho de plumas. Debajo del todo, descansaban perfectamente doblados unos calzones negros de paño de Narbona.

Levanté la cabeza, sorprendido por el regalo, y miré al barón con gesto interrogante.

—Así visten, Leví, los médicos que sirven en la corte del rey don Pedro —me dijo justificándose.

Allí, sentado en el escaño que había en el salón de su casa y luciendo aquella aljuba bermeja con botonaduras de plata, su aspecto se asemejaba al que presentaban los notables del séquito del rey Alfonso de Castilla cuando estos se aposentaron en nuestra villa de Cannete, meses antes de que la población fuera azotada por la primera gran mortandad.

—Pero yo no soy sirviente del rey —traté de replicar—, ni vos...

—No, ciertamente, no soy el rey —me interrumpió adoptando un tono severo—, pero no olvides jamás que nadie manda tanto en Teruel como la persona que tienes delante. Ni siquiera el rey.

Pronto corrió la voz por toda la ciudad de que me había puesto al servicio del señor de los Sánchez Muñoz. La idea no debió agradar en absoluto a don Juan Garcés de Marcilla, quien, lejos de contentarse con haberme echado del concejo, se empeñaba en hacer más complicada aún mi vida y la de los míos. Ciertamente acababa de ganarme la protección de su adversario político, pero al tiempo, las circunstancias me desnudaban completamente ante él.

Temí que significarme de aquella manera pudiera suponer que muchos dejaran de acudir a mi consultorio, pero lo cierto es que aquel noble señor demandaba cada vez más mis atenciones, de modo que solo ocuparme de él y los suyos bastaba para sostener económicamente nuestro hogar. Examinaba la orina de sus parientes y criados, verificaba diariamente que los alimentos que ingerían eran saludables y adecuados, curaba sus enfermedades y sangraba a sus monturas para protegerlas de la infosura y de otros males. Limpiaba los cascos de estas con vinagre y los engrasaba con sebo y saín casi a diario.

Al acabar aquel año pude respirar tranquilo, pues los Marcilla comenzaron a perder el control sobre el concejo, y ya para la primavera del año siguiente, fue electo juez el noble Francisco de Galve. Aunque a partir de entonces pude actuar con mayor

holgura en mis servicios al barón, las preocupaciones iban en aumento, pues se decía que había guerra en toda Castilla. Al parecer, el bastardo don Enrique había penetrado en ella con sus tropas y muchas compañías venidas de Francia, y había arrebatado la corona a don Pedro. Aseguraban además que aquel maldito enfrentamiento había devastado las tierras de Cuenca y toda la marca, y que era mucha la miseria que había en ellas.

Un año después, el cargo de juez de Teruel recayó en el señor de Escrich, don Juan Sánchez Muñoz, gracias a lo cual volví a trabajar para el concejo, y los oficiales del mismo subieron la asignación que había recibido antes de que el Marcilla me retirara el privilegio.

No pudieron evitarse, eso sí, los conatos de violencia en las barriadas de la ciudad. Durante los primeros meses del mandato de don Juan, raro era el día que no cortaban las calles con carromatos, cubas o barricadas para disparar a cubierto las ballestas, o que no prendían fuego a alguna casa. Era un trasegar constante de violencia que alimentaba la pavorosa desolación traída a la ciudad por el morbo y la guerra de los últimos años. En mi casa se vivía todo aquello con turbación, pues yo nada quería saber de más desgracias y, si bien es cierto que en la judería nos hallábamos protegidos, el temor de que los judíos nos viéramos implicados en este asunto nos obsesionaba sobremanera. En cualquier caso, los Muñoz no tardaron demasiado en hacerse con el control de todas las calles de la urbe, y tras el deceso de los Marcilla, pudimos descansar tranquilos.

—¿Ves esta vieja casa? —me dijo un día el barón, arqueando el brazo, como si quisiera abarcarla entera—. La levantó un antepasado mío, un noble caballero llamado Pascual Muñoz que peleó en la gloriosa batalla de las Navas de Tolosa contra el moro.

Aquello no significaba lo más mínimo para mí. Como tú, querido hermano, odio la guerra y, a mi parecer, las batallas no son más que terribles escenarios en los que los hombres se fracturan sus huesos, tajan sus carnes y hienden metales punzantes en sus cuerpos.

—Conoces la historia de aquella gloriosa batalla, ¿no? —llamó el barón mi atención tirándome de la ropa.

Asentí con la cabeza intentando poner la mejor mueca de asombro que era capaz de fingir en ese momento.

—Pero ahora ya es un viejo edificio que se desmorona poco a poco... —afirmó con voz profunda—. Pronto será un montón de escombros, un maldito solar cubierto por un amasijo de piedras y fustas...

—No veo que la casa esté tan deteriorada —traté de expresar, pero el barón hizo como si no hubiera escuchado mis palabras.

—Tengo casas por todas las calles de esta maldita ciudad. ¿Lo sabías, mestre? ¿Sabías que soy el hombre más poderoso de Teruel? —Asentí con la cabeza, temeroso de que alguno de mis gestos pudiese decepcionar al barón—. Un hombre

poderoso que pronto vivirá en una escombrera.

Ignoraba cuál era el sentido de aquella conversación que el barón parecía mantener consigo mismo. No obstante, intentaba asentir a todas sus palabras mientras le seguía como un lebel por el pasillo de la casa, como si fuera uno más de los vasallos que diariamente le sirven.

—¿Sabes por qué te cuento todo esto, Leví? —me preguntó de súbito tornando la cabeza en un gesto brusco.

La pregunta me pilló por sorpresa. Me había despistado amodorrado por su palabrería, consciente de la cantidad de trabajo que me esperaba al llegar a casa. Negué con la cabeza, dudando un instante al tratar de abrir los labios. Sentí el rubor apoderarse de mis mejillas y bajé la vista al suelo, consciente de que no podía sentirme más incómodo que en aquella situación.

—Esta casa está enferma, mestre, y es poco lo que puede hacerse por salvar su vida —sentenció—. ¿Qué es lo que un médico hace cuando encuentra un paciente que no tiene cura?

Alcé la vista, presintiendo que por primera vez en toda la tarde hablaba de algo que me resultaba familiar.

—Si un paciente se halla condenado por el mal que padece... —intenté responder pese a lo incómodo de la inquisición—, lo mejor que puede hacerse es anunciarle la proximidad del tránsito para que pueda preparar convenientemente su alma y rezar las oraciones oportunas.

—¿Decirle que se prepare para morir? —preguntó sorprendido.

—Así es —asentí convencido.

—¿Quieres decir que un físico como tú acepta perder un paciente con tanta resignación? —cuestionó con tono desabrido—. ¿Qué sentido tiene poner tu vida en manos de un físico si este no es capaz de hacer nada por salvarla?

Sacudí la cabeza, confuso. El barón había malinterpretado mis palabras, sin duda.

—Ningún médico se resigna a perder un paciente —respondí, sintiendo cómo las voces de nuestro padre y nuestro tío, aquellos que me educaron en las ciencias médicas, se colaban entre mis pensamientos, ardorosas por dar respuesta a aquello—. Un buen físico es aquel que hace todo cuanto puede por salvar la vida que tiene entre sus manos, pero la muerte forma parte de la vida y es algo irremediable. Venimos al mundo para morir y eso no puede evitarlo nadie, ni el mejor físico del mundo, porque esa es la naturaleza humana. El físico no existe para evitar la muerte del hombre, solo para sanarlo en su enfermedad si es que el mal que trata tiene alguna cura, o para mitigar el dolor y el sufrimiento cuando nada más puede hacerse. El hombre que recibe el cuidado del físico tiene que confiar en la capacidad de este para encontrar la raíz de su mal y sanarlo, pero tiene también que saber aceptar la muerte si su hora ha llegado.

—¿Aceptar la muerte? —preguntó de nuevo el barón negando con la cabeza—. ¿Quién puede aceptar la muerte?

—Solo quien tiene confianza en su Dios —respondí y, al instante, la mirada del barón se clavó en mis huesos e hizo que mi cuerpo se estremeciera.

—No me juzgues mal, mestre —me dijo sincerándose—. Yo confío en Dios, pero la idea de acabar metido en una caja de madera... La sola idea de presentir mis huesos pudriéndose bajo las losas de la iglesia de San Pedro... ¿Has estado alguna vez en la iglesia? —preguntó de súbito desconcertándose.

Asentí con la cabeza, pues así lo hice en los días en que llegamos a Teruel y hube de pedir limosna, aunque temí que, al hacerlo, aquel señor cristiano me preguntara cómo había osado profanar un templo de su ley con mi presencia.

—¿Sabes por qué siempre huele a incienso en la iglesia? —preguntó tomando su faz en una mueca de desprecio. Nuevamente agité mi cabeza negativamente—. Para mitigar el pudor de la podredumbre de los cuerpos que se consumen bajo las losas del suelo. Por eso siempre están asperjando incienso y vinagre. Las iglesias, mestre —me dijo meneando nerviosamente la cabeza—, se construyen sobre nuestra podredumbre, y yo no quiero terminar siendo un amasijo de huesos descarnados que apestan a las mujeres que abarrotan el aula para escuchar la misa diariamente. No, no quiero serlo, por mucho que confíe en Dios.

—La muerte forma parte de la vida —sentencié, sin saber muy bien qué es lo que tenía que decir. Jamás había escuchado antes a un hombre que no aceptara que todos teníamos que morir igual que habíamos nacido.

—La muerte es muerte —me dijo con convencimiento.

—La muerte es vida —le contradije temiendo su ira—. Si no existiera la muerte, no existiría la vida.

Mis palabras debieron resultarle extrañas, porque por primera vez en toda la tarde presentí que prestaba plena atención a lo que yo decía sin tornar su cara en una mueca de desdén.

—¿La muerte es vida?

Asentí convencido.

—Si Dios consintiera que los hombres no termináramos nuestros días en un fosar, tendría que erradicar del mundo la semilla de la vida —expresé, presenciando cómo el gesto de sorpresa de sus ojos se acentuaba todavía más—. Si nuevas generaciones de hombres nacieran sin que las viejas fenecieran, llegaría un momento en que no podríamos vivir todos en este mundo. Es necesario que unos se vayan para que otros lleguen. El milagro de la vida existe porque el tormento de la muerte nos consume. *Vida y muerte* son palabras encadenadas que no pueden darse la una sin la otra.

—Es necesario que una vida muera para que una nueva tenga nacimiento... —reflexionó el barón como si esa idea, tan evidente a mis ojos, fuera totalmente novedosa entre sus pensamientos—. ¡Eso es, Leví! Has encontrado el remedio para la vieja casa de mi linaje...

Ahora fui yo el que quedó confundido, quedando totalmente desarmado por la habilidad del barón de saltar de una conversación a otra.

—¿La cura para la casa? —pregunté extrañado.

—Unos deben morir para que otros nazcan —sentenció con firmeza—. ¡Tú lo has dicho! Yo soy señor de Escrich porque un día mi antepasado Pascual Muñoz encontró la muerte. Él murió y yo estoy vivo. Si él no hubiera muerto, yo no sería barón.

Asentí, sin saber muy bien adónde pretendía llegar.

—Por lo tanto, Leví, esta casa debe morir para que un nuevo palacio renazca en este solar ¡y se alce orgulloso como evidencia de la condición de nuestro linaje! —concluyó exultante—. La vieja casona de los Sánchez-Muñoz caerá derribada sobre su solar, y de sus ruinas haré que emerja una casa nueva, una que brille con la misma intensidad que luce nuestro escudo. Será la envidia de esos patanes de los Marcilla, del obispo y hasta del rey mismo. Construiré un nuevo palacio, Leví, ¡y todo gracias a tu sabiduría!

Aquello no terminaba de gustarme. Había llegado a aquella casa temiendo desagradar al barón, pero, escuchándole decir todo aquello, comencé a temer agradarle en demasía. No quería ser uno de los suyos, ni provocar la desidia de los Marcilla, que tanto odiaban a los de su familia, y también a las nuestras. Aquel hombre era poco juicioso, tenía la cabeza añublada por delirios de grandeza, y la idea de verme inmerso en sus cavilaciones no me gustaba en absoluto.

—¿Sabiduría, señor? —pregunté dubitativo, con la voz casi ahogada en mi garganta—. Sois vos el que habéis tomado esa decisión, no yo.

—No, Leví —me dijo—. Yo jamás hubiera consentido resignarme con la ruina del hogar de mis antepasados. Jamás hubiese dejado morir este viejo edificio. Antes se habría caído sobre nuestras cabezas aplastándonos a todos que ser yo capaz de mover ni una sola piedra de sus cimientos. Pero ahora lo veo claro. Sí, ahora soy capaz de discernir con la suficiente claridad. Y todo gracias a ti...

Marché a mi casa sumido en una gran tribulación, convencido de que nada bueno podía salir de todo aquello, y a los pocos días recibí de uno de los vasallos de don Juan un nuevo cofre repleto de brillantes monedas. Era el justo pago por mi asesoramiento, según aclaraba en una nota escrita que llevaba el sello del barón, junto al cual figuraba una invitación para convertirme en su nuevo consejero.

Cada día que entraba en aquella vieja casona, que ya tenía los días contados, me sentía semejante a los hermanos de Palencia y a los otros judíos del partido castellano, que parecían dejar a un lado su condición de hebreos para priorizar sobre cuestiones de política. Mientras, en mi casa la situación se tornaba cada vez más asfixiante. Mis preocupaciones aumentaban del mismo modo que lo hace la hierba mala que crece en torno a los cultivos. Abatido por el desasosiego, pasaba las tardes exhalando esencia de romero y tomando infusiones de espliego, con la esperanza de que aquello revitalizaría mi alma apesadumbrada; mas el olor de aquellas hierbas, lejos de enaltecer mi espíritu, me evocaba recuerdos, ya perdidos en el tiempo, de los días que pasé en Cannete y de mi vida al lado de Benvenida, a la que comencé a echar en falta más que nunca.

Algunos adelantados de la aljama acudían a mí para zaherirme constantemente por el tema de mi esposa. Insistían en que la repudiara de mi lado, e incluso me llegaron a sugerir que denunciara al cordelero, que lo llevara ante el tribunal, pues ese era el único modo de limpiar mi honor. Yo siempre defendía la honestidad de Meriem, pero algunos de los ancianos llegaron a amenazarme asegurando que, si por mi cabeza había pasado en algún momento la idea de que tales acusaciones pudieran ser ciertas, debía abandonarla de inmediato, pues de lo contrario, estaría incumpliendo la Ley. El asunto se tornó especialmente dificultoso cuando descubrí que Meriem llevaba al menos tres meses sin sufrir impureza y su vientre era ya incipiente. Nada podía hacerme sospechar que no era yo el padre de la criatura que ya crecía en su seno, pues, aunque en escasas ocasiones, ella seguía cumpliendo sus obligaciones de esposa; pero comenzó a torturarme la idea de que ella hubiera tratado por todos los medios de ocultarme su estado.

Finalmente fue Bonadona, la propia esposa del cordelero, la que acusó a Meriem, acuciada ella misma por las murmuraciones que recorrían la judería turolense con la misma celeridad que las ratas y que hacían a Todroz el padre de la criatura. Exigía recibir una compensación por el daño que aquellos rumores le hacían a ella y a su familia. Si su esposo era inocente de la falta, debía quedar demostrado ante toda la aljama, y si el adulterio existía y era puesto de manifiesto, exigía el justo castigo para la mujer pecadora que hubiera seducido con malas artes a su esposo.

A mí todo aquello me parecía una sublime estupidez. ¿Mi esposa y el cordelero juntos? Todroz era mi amigo, además de mi vecino y hermano, y hasta el fatídico día de la pelea en el mercado, Bonadona y Meriem habían demostrado siempre una complicidad sin límites. Ellos vivían al otro lado de nuestro corral, había paso franco entre nuestras casas y nuestros hijos habían crecido juntos. Ninguna de aquellas acusaciones tenía el más mínimo sentido, y todo se me antojaban delirios de Bonadona, que cada día parecía estar menos en su sano juicio.

—Son elucubraciones de esa mujer —traté de justificar un día a mi esposa delante del rabí y de los adelantados de la aljama—. La envidia debe de corroer sus entrañas y en su locura no hace sino lastimar el honor de mi esposa y de mi familia. Meriem es una mujer pura, incapaz de cometer adulterio y ofender a su esposo.

—Creemos lo que dices, Leví —sentenció el rabino Isaac, con la confianza que siempre me había demostrado—, pero las acusaciones de esa mujer son graves, y es nuestra obligación velar por la tranquilidad de la aljama y el cumplimiento de las leyes.

La situación se agravó aún más en las semanas siguientes, a medida que el vientre de mi esposa crecía sin freno, de modo que, finalmente, el albedino no pudo responder a aquello sino haciendo comparecer a Meriem para que fuera sometida a la ordalía de las aguas amargas.

La noticia llenó de tribulación mi espíritu, pues en el último de los rincones del cubículo donde se aloja mi alma, sabía que la inocencia de Meriem era una simple

cortina de lienzo que yo había desplegado para convencerme a mí mismo de que ella era la mujer ideal, la justa heredera del vacío que Benvenida había dejado en mi corazón. En mi fuero interno, sabía que si Bonadona acusaba a mi amada y a su propio esposo de adulterio, sus razones tendría para hacerlo. Mientras tanto, yo evitaba salir al corral y vigilaba instintivamente la puerta que daba paso al mismo, temeroso de que la herrumbre del pecado hubiese atravesado ese umbral y tiznado de corruptela nuestras vidas.

Acudimos, pues, a la sinagoga convocados por los ancianos y, en el patio de la misma, en medio de todos los creyentes, el rabí se acercó hasta mi esposa. Meriem tenía el rostro contraído y cerúleo. Dos grandes bolsas habían brotado en sus ojos y sus manos, siempre suaves y repletas de una dulzura semejante a la de la miel, estaban ahora marchitas como racimos de uvas olvidados tras la vendimia. El rabino, en presencia del albedino, procedió con el ritual y, tras preparar el brebaje que mi amada debía consumir y recitar las bendiciones pertinentes, leyó con tono severo lo consignado en un pequeño retazo de pergamino de paño.

—Si no ha dormido contigo ninguno salvo tu esposo, y si no te has descarriado, no has sido infiel a tu marido, indemne seas del agua amarga de la maldición; pero si te descarriaste y fuiste infiel, contaminándote y yaciendo con otro, Yahvé te maldice, entre este agua de maldición en tus entrañas para hacer que tu vientre se hinche y se pudran tus muslos.

Pronunciada la sentencia, el rabí introdujo el pergamino con la maldición dentro de la ampolla que contenía el agua amarga del brebaje y, tras aguardar a que el retazo de papel se disolviera en el líquido, se lo entregó a Meriem para que esta lo bebiera de un trago.

Aguardamos durante varios días a que el vientre de mi esposa se hinchara inflado por el vaho maldito de sus propias máculas; a que su rostro contrajera una mueca horrible y sus ojos se inyectaran en sangre, como síntomas infectos de su pecado horrible. Pero nada de eso sucedió. A los pocos días no solo el brebaje no había revelado la evidencia del pecado, sino que su cara había ganado color y las ojeras que días antes dibujaban su faz habían desaparecido, devolviendo a su rostro la candidez y la belleza que siempre la habían adornado desde el día que la vi por primera vez repuesta de la enfermedad que me condujo hasta su morada.

—Debes comprender nuestra inquietud —me dijo un día el rabí a la salida de la sinagoga, intentando justificar el haber sometido a mi esposa a aquella indignante prueba—. Piensa si no en la viuda de Zahadías, el hijo de Jaimil.

Se refería a una mujer llamada Mira que había degollado a su marido hacía apenas unas semanas, levantando un gran escándalo en toda la aljama. Ella se defendía diciendo que solo pretendía liberar a su esposo de una espina de trucha que se le había quedado alojada en el gznate, pero todos sabíamos que Zahadías trataba duramente a su mujer y la corría a latigazos por cualquier motivo. Yo mismo había tenido que curar sus heridas en más de una ocasión y, desde luego, la noticia no me

había pillado de sorpresa.

Un día, al salir de la sinagoga, decidí pasear por las calles de la ciudad, apesadumbrado como me encontraba y poco deseoso de regresar a casa. Bajé por la cuesta de San Pedro hasta la plaza y vi abiertas de par en par las batientes de la botica que Todroz, el cordelero, tiene en uno de los soportales, cerca de la esquina que hace la calle que sube desde la puerta de Guadalaviar. Me acerqué curioso hasta la entrada y vi a mi hijo Yosef sentado sobre una yacija de cordajes de cáñamo, con las manos colocadas sobre las rodillas.

—¿Ves? Estas cuerdas son mucho más gruesas —escuché que le decía el cordelero acercándole un atadizo de sogas que había bajado de la casa—. Déjame sitio y te enseñaré a hacer unos cuantos nudos.

Observé la escena durante unos instantes intentando no delatar mi presencia. Al principio no pude evitar sonreír al ver a mi hijo imitando con gran destreza los lazos que hacía el cordelero. Después, de manera incomprensible, los celos se apoderaron de mi ser. ¿Por qué el cordelero enseñaba a mi hijo a hacer todas aquellas ataduras? ¿Acaso era inconsciente del daño que su esposa había causado a toda nuestra familia en la aljama? ¿Qué buscaba mostrando a los extraños que el hijo del mestre judío de la ciudad aprendía a su lado? No tenía ningún derecho, el joven Yosef no debería haber vuelto a pisar jamás aquella botica. Pero seguidamente intenté reflexionar y comprendí que lo que me enfurecía no era que mi vecino tuviera tratos con mi hijo, sino que el mayor de mis vástagos demostrara interés por aquel oficio cuando sus capacidades para aprender el arte de la medicina parecían nulas. Abatido por la pesadumbre y la impotencia, apretando los puños como la muela aplasta el grano, tomé la varga de la iglesia a grandes zancadas y regresé a la judería mascando juramentos.

—¿Por qué dañas el corazón de tu siervo de esta forma? —clamé al cielo levantando la mirada antes de someter mis ojos a la oscuridad del callizo.

Me encerré en mi consultorio y hundí la cabeza en los libros y tratados que celosamente guardaba, sintiéndome impotente, considerando que mi incapacidad para adiestrar a mi hijo en el noble arte de la sanación era una vergüenza para toda la familia.

* * *

Esa misma noche corrió por la judería la noticia de que nuevamente se habían producido graves violencias entre las gentes de los Marcilla y los vasallos del señor de Escrich. Se escucharon gritos y golpes en la calle, y también el sonido afilado del entrechocar de los aceros. Por el día dijeron que un forastero había muerto en la calle de un virotazo. Por suerte, la violencia parecía haber cesado.

A los dos días, sin embargo, los sobrinos del señor de Escrich sorprendieron a la salida de una de las tabernas de la ciudad a Mingo de Marcilla, un sobrino de don

Juan Garcés, y, sin mediar palabra, lo atravesaron con sus espadas y lo dejaron muerto en la calle. Al atardecer se habían levantado barreras cerca de la puerta de Zaragoza y, por todos lados, los secuaces de ambas familias tiraban con sus ballestas.

—Estate alerta, Leví —me dijo Zahadías de Palencia esa misma noche junto a la entrada del callizo—. Esa muerte del Marcilla no te beneficia en absoluto. Ni a ti ni a nadie.

—Tengo mi conciencia tranquila —le repliqué—. Don Gómez es un completo insensato y así me lo expresó hace años el propio barón. Era cuestión de tiempo que se manchara las manos de sangre en esa innoble disputa que de forma tan desbocada arrastra a todos los jóvenes de la familia del señor de Escrich.

Has de saber, querido Jacob, que el viejo Zahadías y yo habíamos estrechado nuestra relación en las últimas semanas. Cada vez me sentía más solo en la aljama, y los malditos rumores y las acusaciones que todavía pendían sobre mi esposa no paraban de atormentarme. Sabía que Zahadías no era un hombre completamente de fiar, pues sus intereses políticos prevalecían en todas sus acciones, pero siempre se había preocupado por los míos cuando la guerra.

—He escuchado rumores... —expresó, sin tener valor para continuar.

—Vamos, Zahadías —traté de calmarlo—, ¿no pretenderás hacerme creer que ese vástago de una cabra de Juan Garcés de Marcilla piensa que yo estaba con los sobrinos del barón cuando estos mataron a su pariente?

El de Palencia titubeó antes de hablar y terció la cabeza ruborizado.

—Se han dicho muchas cosas, Leví —me dijo humillando el tono de su voz—. En la ciudad se conocía la destreza de Mingo de Marcilla con la espada, y son muchos los que aseguran que es imposible que los sobrinos del barón le superaran con las armas.

—¡Pero, Zahadías, ese majadero salía de una taberna cuando le sorprendieron! —le interrumpí—. Seguramente él y sus hombres estaban ebrios de vino, y don Gómez y su hermano se aprovecharon de esa circunstancia.

—Puede ser, Leví, pero hay quien dice que el sobrino de don Juan Garcés no pudo defenderse porque tenía el juicio alterado.

—¿El juicio alterado? —pregunté sin saber adónde quería llegar el viejo comerciante—. Sería por el vino que habría bebido, insisto.

—Algunos piensan que tal vez no fue vino lo que bebió el Marcilla, sino algún brebaje contaminado —expresó Zahadías con frialdad—. Otros han dicho que la hoja de la espada de don Gómez estaba envenenada y que cuando el metal le alcanzó la carne por sorpresa y le hizo un pequeño rasguño, la ponzoña hizo efecto y anuló su capacidad de defenderse poniendo su vida en manos de los Muñoz. El propio médico de los Marcilla ha dicho que la herida que presentaba el cuerpo no debería haber sido mortal, y que si su señor está muerto es porque se emplearon oscuras artes en el lance.

—¿Piensan que ese desgraciado murió envenenado? —pregunté sin dar crédito a

todo aquello.

Zahadías asintió convencido.

—No solo eso —sentenció—. Aseguran que tú elaboraste el brebaje y que eres el verdadero artífice del asesinato. Que todo ha sido una venganza contra Juan Garcés de Marcilla por haberte retirado en el pasado la soldada que cobrabas del concejo. Es más, algunos dicen que no es la primera vez que envenenas a un hombre, que ya lo hiciste con ese desgraciado de Jahuda Toledano, al que diste un bebedizo que le tornó el juicio —señaló refiriéndose a un maldito borracho que se colgó de una viga de su casa, no queriendo su viuda aceptar esa bajeza para no perder las posesiones de su marido.

—¡Tonterías! —exclamé sin dar crédito a lo que mis oídos escuchaban.

—Yo solo te informo de lo que dicen las lenguas, Leví. En la calle se cree que has contaminado el cuerpo de Mingo con algún tósigo —insistió el comerciante palentino, consciente de que yo me encontraba conmocionado y no atendía a razones — y que eres tan responsable de su muerte como el propio don Gómez. De hecho, he oído que planean colgaros a ti y a todos los miembros de tu familia en el olmo grueso que hay en la plaza de Santa María, para que sirva de escarmiento a todos aquellos que se oponen a los Marcilla. Y si no, harán contigo lo mismo que le hicieron a don Remiro, al que quemaron vivo. Créeme si te digo que esos bastardos no conocen el significado de la palabra *piedad*.

Me negué a creer todo lo que Zahadías aseguraba; no podía aceptar la idea de que todo aquello pudiera afectarme en forma alguna. No obstante, sabía del desprecio que Juan Garcés de Marcilla sentía hacia mí y los míos. Ese malnacido estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por expulsarme de la ciudad o, peor aún, por acabar con mi existencia. Pero no me resignaba a aceptar, en ningún caso, que nuevamente mi vida corriera peligro y que toda mi familia se viera amenazada.

—Estate alerta, Leví —me dijo Zahadías antes de despedirse—. Prepara un hato con tus posesiones más preciadas y estate dispuesto, por si la situación se torna complicada. Estoy seguro de que el barón no te abandonará a tu suerte; si está en su mano, hará por proteger tu vida y la de los tuyos. Pero desconfía de los intereses de la perniciosa familia de Juan Garcés. Quieren venganza contra el barón y si no consiguen ejecutarla, dirigirán sus golpes contra quienes le sirven con lealtad. No olvides, Leví, que si buscas refugio en el palacio de los Sánchez Muñoz, lo encontrarás, sin duda alguna.

Me despedí del anciano y penetré en la vivienda a toda prisa. En la calle había comenzado a lloviznar y una nube renegrida amenazaba con amustiar el final de la tarde.

Entré en el consultorio y recogí varios libros de gran valor que me hallaba leyendo en ese momento. Miré a mi alrededor y el alma se me contrajo al pensar que tal vez aquel fatídico infortunio podría hacerme perder lo que había conseguido con tantos años de esfuerzo. Deberías haberlo visto, Jacob. Mi consultorio era uno de los

más visitados de toda la región y nada tenía que envidiar al que padre tenía en Cuenca. Ahora, una vez más, el hado amenazaba con arrebatármelo todo de la forma más caprichosa.

Sobrecogido, con el semblante contraído, incapaz de aceptar que la desgracia pudiera obligarme de nuevo a perder lo que era mío, busqué entre mis cosas un pequeño escriño en el que había guardado un puñado de la tierra de la sepultura en la que yace Benvenida. Apreté la cajita contra mi pecho y musité mi deseo de no separarme jamás de mi esposa, pasara lo que pasase. Después subí hasta la cambra y preparé un hato con una muda con la intención de ocultarlo en algún lugar del consultorio por si las cosas se complicaban, ignorante aún de todo lo que iba a suceder esa misma noche.

—¿Qué demonios ocurre, Leví? —preguntó Meriem sobresaltada al verme corretear a toda velocidad por la casa.

Negué con la cabeza. Realmente desconocía cómo iba a terminar todo aquello, no quería asustar a Meriem, y tampoco tenía ganas de explicarle por qué había dispuesto mis cosas más valiosas. Los nervios, sin embargo, pudieron conmigo y mi lengua comenzó a parlotear de manera descontrolada.

—Recoge tus cosas, Meriem —le expresé sin saber muy bien qué es lo que estaba haciendo—. Es posible que tengamos que marcharnos de la casa —aseguré mientras sujetaba en mi cinto una pequeña escarcela de cuero con todas las monedas que había podido reunir.

—¿Marcharnos? —preguntó Meriem sobrecogida.

Asentí sin levantar la mirada de la ropa que en ese momento intentaba guardar en el hatillo. Las palabras de Zahadías habían comenzado a horadar mi ánimo, y a esa hora ya me hallaba del todo aterrado por lo que podría llegar a pasar si el viejo comerciante andaba en lo cierto.

—Es posible —dije con poco convencimiento—. Tal vez sean unos pocos días, una semana o quizá dos, hasta que las cosas se calmen.

Meriem no respondió. Levanté la vista y vi que sus ojos miraban a través del vano de la cambra y se posaban sobre el corral, al tiempo que las palmas de sus manos recorrían de manera insistente su incipiente barriga. Me acerqué en silencio hasta donde ella estaba y vi la figura de Todroz, estática, en el dintel de la entrada a su casa, con la vista fija en la fachada de nuestra vivienda.

—¿Es eso lo que te preocupa? —pregunté con el semblante contraído.

Meriem giró la cabeza hacia mí y dudó antes de responder al verse sorprendida.

—¿Qué quieres decir, Leví? —preguntó intentando disfrazar el tono de su voz con una ingenuidad que hacía ya muchos años que había perdido.

—Que no estás obligada a venir conmigo si no lo deseas.

Meriem empalideció de golpe y un extraño rubor trepó por sus mejillas. Sus ojos adoptaron de nuevo la semblanza contrita que se había dibujado en ellos el día en el que ese bárbaro cristiano penetró en nuestro hogar, amenazando con mancillar su

carne y la de la joven Judit. Quiso decir algo, pero las palabras no salieron de su boca. Después, instintivamente, regresó la vista sobre el vano, y supe en ese momento que su corazón estaba anudado al del cordelero y jamás podría pertenecerme.

—¿Le amas? —pregunté con la voz quebrada, consciente de que todas las acusaciones que Bonadona había lanzado contra ella eran completamente ciertas.

—No sé de qué me hablas —escupió encolerizándose—. ¿Acaso piensas como todos que soy una adúltera?

No respondí. Era incapaz de pensar con lucidez, y mis ojos estaban clavados en ese momento en el vientre abultado que florecía en ella. Si había dudado con anterioridad que la criatura que crecía en su seno fuera realmente fruto de mi semilla, ahora ya tenía plena seguridad de que era Todroz, y no yo, quien la había dejado en ese estado.

—No tienes por qué venir conmigo —le insistí, aunque reconozco que realmente le debería haber dicho que no deseaba que lo hiciera—. Pero quiero llevarme a Yosef y a la pequeña Judit. Corren peligro si se quedan.

Meriem marchó hacia la entrada, ignorando cuanto le decía. Se había visto descubierta y daba pasos titubeantes. Estoy seguro de que deseaba borrar de su mente aquella conversación y era incapaz de valorar la gravedad de los acontecimientos.

—He dicho que me llevaré a los niños —sentencié con voz severa, reclamando nuevamente su atención—. Y también a Yusta...

Mi esposa se volvió entonces hacia mí con la misma celeridad que lo hace una serpiente cuando detecta a su presa.

—¿A Yusta? —preguntó escupiendo la rabia que en esos momentos la consumía—. ¿Quieres llevar contigo a esa maldita putilla?

Las hirientes palabras de Meriem se clavaron en mi pecho como una daga afilada. La despreciaba desde el mismo día que llegó hasta nuestra casa y la trataba de manera indecorosa. La joven era nuestra criada, una niña tímida y recatada que su padre nos había entregado para que la cuidáramos y la instruyéramos en las tareas domésticas.

—¿Por qué hablas así de ella? —le dije hastiado—. ¿Qué mal te ha hecho?

—Esa maldita víbora —espetó apretando los dientes, incapaz de contener la ira que desbordaba en sus adentros—. Desde que llegó a esta casa todo ha ido a peor. ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo la miras? El deseo te carcome, Leví, y solo anhelas poder marcharte con ella de nuestra casa para yacer libremente a espaldas de tu esposa.

Aquella respuesta se alojó en mi garganta como serba cruda y desarzonó todos mis argumentos. Era cierto, Jacob, lo confieso, que el deseo por aquella tierna criatura me consumía; mas siempre había cumplido con mis obligaciones como marido, pues amaba por encima de todo a Meriem y jamás hubiese quebrado la lealtad que me unía a ella. No era inocente en mi corazón, pero sí en los hechos, pues nunca mi mano había tocado la carne de la joven Yusteta, ni tenía la menor intención de hacerlo, pese al desprecio constante al que mi amada me sometía.

—La miro con la ternura de un padre —repliqué incapaz de contener las lágrimas —, pues ella manifiesta hacia mí la fidelidad que es propia de una buena hija.

Meriem me miró a los ojos, golpeó mi pecho con los puños y me acusó entre gritos de haber abusado de nuestra sirvienta. Me dijo enrabiada que yo la había poseído, que la había tomado en nuestro propio lecho, que había mancillado nuestra unión. Y todas aquellas acusaciones me sumieron en la más absoluta de las desesperanzas, pues aunque era cierta mi inocencia, como te digo, juzgué que eran los celos y el despecho los que habían arrastrado a mi esposa a los brazos de otro hombre. Todo lo que había ocurrido era culpa mía, y me maldije golpeándome el pecho, con las lágrimas surcando mis mejillas y la voz afónica en mi lamentación.

—Jamás te he ofendido ni de obra ni de palabra, Meriem —le dije sin apartar mis ojos de los suyos, queriendo disculparme por el daño que juzgaba le había hecho.

—¡Vete con tu maldita puta —gritó ella histérica—, pero no te llevarás jamás a mis hijos!

Fue su manera de decirlo, Jacob. ¿Sus hijos? Su voz destilaba odio y desprecio. Y entonces lo comprendí todo. El corazón estaba a punto de saltarme del pecho, pero la culpa dio paso a la rabia que había contenido en él durante mucho tiempo. Sentí mis brazos apegados a la urdimbre que aquella araña astuta había tejido para mí, y el oprobio y la vergüenza cayeron sobre mi alma como una losa pétreo.

—No te he hecho daño —repetí, consciente de que el ser al que amaba se asemejaba ahora más a una infecta serpiente que a la tierna muchacha que había conocido en la flor de la juventud—, ni he faltado a mis obligaciones como marido. Si crees que debes arrojar sobre mí ese tipo de acusaciones para limpiar tu conciencia, allá tú, pero el Todopoderoso, bendito sea, conoce el interior de nuestros corazones y sabe leer todo lo que en ellos se ha ido grabando a lo largo de nuestras vidas. Y el mío, Meriem, el mío rebosa del amor que he sentido por ti. Eso es lo que conoce el Señor y lo que ha visto en mi interior. Tu alma, en cambio, está tan renegrida como un pozo de ponzoña. Nada deseo de ti, Meriem, sino que el ardor que mis entrañas sienten al verte se apague y se extinga, que caiga abatido como las murallas de Jericó, y de él no quede más que una escombrera en la que hocen los puercos. «Prefiero convivir con un león o una serpiente a convivir con una mala mujer», como lo eres tú, Meriem.

—¿Es eso lo que quieres que escuchen tus hijos, Leví? —preguntó ella con tono cínico y mirada zaina, incapaz de contener las lágrimas que ya se derramaban también por sus mejillas y que parecían ser más fruto de la rabia que de otra cosa.

Al escuchar sus palabras, retornó a mis pensamientos la imagen de Yosef aprendiendo a hacer nudos con Todroz. Luego recordé su escaso don para la ciencia. Pensé que jamás había visto en el joven nada que me recordara a mí, ni a padre. Ni siquiera a ti, Jacob. Sus rasgos eran los de Meriem, y su falta de inteligencia no era propia de los de nuestro linaje.

—Yo no tengo hijos, Meriem —le dije con firmeza, consciente de que esa era la

verdad que yo mismo acababa de descubrir—. Los que viven en mi casa son unos *mamzerim*, los hijos bastardos de ese sucio cordelero.

Meriem se abalanzó entonces sobre mí y comenzó nuevamente a golpearme furiosa el pecho con los puños cerrados.

—¡Maldito seas, Leví! —gritó colérica, incapaz de guardar la compostura al verse descubierta en su completo adulterio.

Cogí sus manos por las muñecas y retorcí sus brazos hasta obligarla a clavar las rodillas en el suelo.

—¿Maldito? —pregunté, estupefacto—. ¿Llamas maldito al que te reconoce el amor que profesa por ti, aun consciente de tu adulterio y tu abominación? Cuida tu boca, Meriem, porque está rebosante de veneno. Piensa que no mereces otra cosa que la soga de la horca en tu cuello, pues así demanda la Ley que sea remediado el ultraje al que me has sometido. Si no te denuncio es porque te amo. No oses, pues, maldecirme, y vigila tus palabras, no sea que te vayas a infectar con tu propia saliva, víbora adúltera.

Mi esposa se echó hacia atrás, sorprendida tal vez por la dureza de mis palabras, incapaz de reconocer que su pecado había carcomido los pilares que sustentaban nuestro hogar.

—¿Eso piensas que merezco? —preguntó horrorizada, tomando conciencia, quizá por vez primera, de la gravedad de su falta.

—La lección que más impactó mi mente de todas cuantas me dio mi padre —le dije tratando de apaciguar el ánimo— fue la de que un mismo árbol puede tener en sus raíces propiedades contrarias a las de sus ramas. Eso eres tú, Meriem, un árbol de raíces medicinales, pero cuyas hojas producen urticaria en la piel. Un bálsamo para el corazón y un tormento para el alma. Tu herrumbrosa lengua solo escupe maldad e iniquidad. Mi espíritu se siente humillado y tu pecado me corroe las entrañas, inflama mi carne como una landre infecciosa y devora mi espíritu sangrándolo como una ventosa. Siento cómo tu abominable adulterio infecciona mi carne con la misma voracidad que el morbo pestilente ennegrece los cuerpos y los condena a la extinción. Este es el final, Meriem, lamento que todo acabe de esta manera, pero hace mucho tiempo que tenía que haber puesto coto a tus desmanes.

—No tienes derecho a... —trató de protestar, pero corté sus palabras alzando las manos.

—Ahora lo entiendo todo —musité con lágrimas en los ojos—. Pasé años creyendo con firmeza que mi esposa era yerma como un baldío. Todos la acusaban, decían que Yahvé Dios había infligido sobre ella un severo castigo, mas no era su cuerpo el que se hallaba consumido por la infertilidad, sino el mío. La condené a la soledad más absoluta y rebocé mi ingenuidad en la mentira aceptando que tus hijos eran también los míos. Soy yo el que se halla maldito, como tú bien dices.

—Ella es la culpable de todo —expresó Meriem con los ojos derramados al escucharme pronunciar el nombre de Benvenida, y yo sentí que el alma se me partía

en dos pedazos—. Ella. Siempre ella. Su nombre preside tu casa, Leví, y siempre me he sentido humillada bajo el dintel de su morada, que no es la mía. Esa es la única verdad, Leví. Dices amarme, pero es tu pasión por ella la que te consume.

—Entonces es eso... «Si las manos del destino la borraron de mis ojos, su presencia no puede ocultarse de mi corazón» —respondí declamando unos versos del andalusí Aben Quzman—. No puedes pedirme que la olvide. Ella fue mi primera esposa, la mujer a la que siempre amé...

—Entonces, Leví —me dijo ella, hiriente como la hiel—, no puedes esperar de mí la devoción que tú gastas en el recuerdo de otra.

—No la espero, Meriem, ni tampoco la deseo ya. Sigue con tu vida, si es que el veneno no ha infectado ya tu alma. Puedes vender todo lo que tengo en esta casa y pagar con ello la manutención de tus hijos, pero no esperes nada más de mí.

—¿Piensas denunciarme? —preguntó con un nudo en la garganta, al tiempo que se cubría el rostro con las palmas de las manos en la desesperación de su miseria.

Negué con la cabeza al tiempo que mi semblante se sumía en una mueca de aversión e impotencia.

—«En la senda de la justicia está la vida —le dije apretando los dientes—; el camino de los rencorosos lleva a la muerte».

Salí hasta la cocina y vi a los niños agazapados junto a la banca corrida. Estaban tan asustados de oírnos gritar como el día en que los soldados castellanos entraron en nuestra vivienda. Ninguno de ellos dijo nada, como tampoco lo hizo la joven Yusteta, quien, con los ojos bañados en lágrimas, aguardaba junto al fuego.

Me acerqué hasta donde se encontraban y dediqué una última mirada al que durante años había sido mi hijo, al que yo había considerado carne de mi carne. Y a pesar de sentir un profundo desprecio por la sangre que en sus venas sustituía a la de nuestra familia, rocé su mentón ya arisco por la pubescencia y le dediqué las mismas palabras que un día pronunció nuestro padre al despedirnos, emulando al gran sabio Aben Gabirol:

—«Busca la sabiduría con la avidez de un tesoro». Dedicar tu vida a encontrarla, pues «a su lado nada valen el oro y las perlas».

Acaricié también la suave mejilla de Judit, a la que me hubiese gustado besar antes de marcharme, aunque fui incapaz de hacerlo, y dediqué una última mirada a Yusteta, sin poder evitar que mis ojos se derramasen del todo. Después volví el rostro hacia la entrada, consciente de que dejaba tras de mí al aprendiz de un cordelero, a la hija de una adúltera y a una pobre desgraciada que correría una suerte nefasta si se quedaba en aquella casa.

El cielo arrojaba sobre los techos de la urbe cantaradas de agua y quedé sobrecogido cuando un rayo crujió en la bóveda celeste haciendo que, por un instante, todo el barrio se iluminara como si fuera de día. A mi espalda escuché el llanto desesperado de Meriem, pero su voz no tardó en confundirse con el ruido que hace el agua al caer y las sonoras tronadas que rebotaban contra los montes sajando el cielo

como moharras candentes.

Al salir del callizo volví mi vista a la entrada de la que había sido mi casa en los últimos veinte años, y mis ojos vidriosos se clavaron en el hueco de la *mezuzá*. Meriem seguía allí, estática, pero para mí ya no era sino una simple sombra. Luego miré con hastío la puerta de la casa de Todroz, recordé las prescripciones talmúdicas que recomiendan que las ventanas o las puertas de una casa no se abran a un patio que se comparte con otras personas y, golpeándome el pecho, me lamenté de no haber seguido los preceptos de los más sabios.

—¡He pecado de soberbia! —grité provocando que las vecinas asomaran sus rostros por los vanos de sus casas—. El Señor Dios, bendito sea su nombre por los siglos, ha castigado a su siervo, por su ceguera, por su vanidad, por no seguir sus preceptos.

Bajé la vista avergonzado, con los ojos de las dueñas clavados en mi semblante y con la mirada de la esposa del cordelero, quien también había retirado la tablazón que cubría el ventano de la cocina de su casa para ver lo que pasaba en la calle, compartiendo su miseria con mis ojos derramados. Recordé el día en el que los adelantados me habían ofrecido la posibilidad de trasladarme a una de las viviendas que había enfrente de la sinagoga y yo, no queriendo verme privilegiado por mi oficio, preferí permanecer en aquella pequeña casa oculta tras ese lóbrego callizo. Quería preservar mi intimidad, querido Jacob, pero no hice sino permitir la infidelidad de mi esposa, ocultando su pecado a los ojos de los vecinos. La voz del rabí insistiendo en que mi consultorio debía ubicarse en una calle transitada trepanaba mis pensamientos una y otra vez y, por un instante, creí que desfallecería sintiendo un punzante dolor en el pecho que me hizo retorcerme.

—¿Por qué me maldices, Dios? —pregunté entre dientes, enrabiado, defraudado ante las constantes pruebas que el Todopoderoso, exaltado sea, ponía en mi camino. Pero entonces, cuando la desesperación estaba a punto de vencerme, vinieron a mi cabeza los versos de Yehuda Ha-Leví, de bendita memoria: «No hay lamentos en tiempo de dolor, sino fe en su eternidad, como las leyes del día y la noche que nunca cesan».

Crucé la plaza a la carrera, portando conmigo los pocos enseres que había rescatado del que ya no era, ni sería jamás, mi hogar. Mis labios musitaban temblorosos las palabras del rey David: «¡Cuán numerosos son mis adversarios! ¡Cuántos los que se alzan contra mí!».

Pensé en dirigirme a la casa del señor de Escrich. ¿Qué otra cosa podía hacer? Llevaba la candela presta, casi asfixiada por el agua de lluvia, pero aun así temí que alguno de los sobrevelas me diera el alto.

Antes de llegar a la abertura de la calle de San Pedro, ya andaba calado hasta los huesos y aterido de frío. Llevaba la cabeza gacha y el orgullo zaherido, enfangado tanto o más que los pies en ese momento. Allí el agua se acumulaba llegando desde las calles altas y los rincones de la plaza para descender en torrentera toda la varga y

desembocar bravamente en la plaza Mayor de la urbe. Traté de descender cauteloso la cuesta, pero el agua amenazaba con arrastrarme, de tan fuerte que caía en esos momentos. El portillo estaba abierto, tal y como me habían advertido, pese a que siempre permanecía cerrado a esas horas de la noche.

* * *

Me sentía solo, malherido, atemorizado por lo que el destino había de depararme. Mis labios musitaban versos entrecortados que venían a mi cabeza y que trastabillaban contra el castañetear de mis dientes, mientras mi cuerpo se encogía entre tiriteras por el frío crudo de la noche. «Temblaba mi corazón —recité evocando a Aben Nagrella, tratando de encontrar consuelo—, cual mujer primeriza, pero Dios derramó bálsamo sobre él, como lluvia en tierra seca».

—¡Ayúdame, Señor! ¡No te cebes más con la desgracia de tu siervo! —grité con la afonía propia de quien se siente entumecido por el helor.

De pronto, una voz me chistó desde detrás del fosar de los cristianos.

Vi una sombra que se deslizaba entre los portales, saliendo de una de las casas situadas en la cuesta que pertenecía a los Muñoz, y una mirada velada clavada en mi figura. Hice por ignorarla, pero voceó mi nombre de manera seca y, sin saber qué hacer, me lancé en su busca. La perdí al instante y tras llegar al otro lado del carnero, en el costado de la propia iglesia de San Pedro, me aferró uno de los hombros con la mano dándome un susto de muerte.

—Si llegáis a la plaza, sois hombre muerto —me dijo—. Allí os aguardan los hombres del Marcilla, y creedme si os digo que es alto el precio que se ha puesto por vuestra cabeza.

—Pretendía llegar hasta la costanilla de San Pedro y rodear el palacio de los Muñoz desde la calle de San Andrés —le dije temblequeando como un niño que acaba de recibir el correctivo de su padre.

—Olvidaos de eso —me dijo—. Están por todas partes. Mi señor ha mandado cortar la calle de San Andrés y la de los Muñozes. Han levantado allí dos barricadas para impedir el paso de los del Marcilla, y hace menos de una hora todavía estaban disparando con las ballestas y el fuego consumía un par de casas. Seguro que lo han dejado con la lluvia, pero lo más probable es que esos malnacidos hayan buscado refugio en los portales y, en cuanto os vean aparecer, os rebanarán el gaznate y os colgarán de una pica. Dicen que sois un nigromante y un sirviente de Belcebú.

—«¡Que el enemigo me persiga y me alcance —dije desolado evocando las palabras del ungido, del sucesor de Saúl—, estelle mi vida contra el suelo y tire mis entrañas por el polvo!»

—Mestre —expresó él con preocupación, al tiempo que me sujetaba por los hombros y me sacudía violentamente para hacerme reaccionar—, lo que os digo es cierto. Los sobrinos del barón han salido ya de la ciudad, y nada detendrá a esos

asesinos hasta que hayan colgado vuestro cuerpo de alguna de las almenas de la muralla.

—¿Qué debo hacer entonces? —pregunté sobrecogido, consciente de que no debía volver a mi casa bajo ningún concepto.

—Seguidme y os llevaré sano y salvo ante don Gómez. Él conoce vuestra situación y se siente responsable de vuestra desventura. Varios de los nuestros protegen la calle que sube hasta la puerta de San Esteban, y le he entregado dineros a uno de los guardias para que abra una de las batientes en cuanto nos vea llegar. Abandonaremos la ciudad y la rodearemos como podamos hasta reunirnos con mi señor en el camino que lleva a Cuenca. Él me aguarda allí y me mandó que fuera a buscaros a vuestra casa para sacaros de este foso infecto.

Asentí y acepté cumplir los planes de aquel desconocido que decía obrar bajo mandato del sobrino del señor de Escrich. Lo hice con la cabeza metida entre el capirote y el tabardo para evitar el rigor del aguaviento y, al llegar a la calle que dicen del santo que según los cristianos es protector de apestados, percibí una bulliciosa batahola procedente de la cantonera que se abre desde esa rúa hacia el palacio de los Muñoz. El turbión remitía entonces, y los hombres del Marcilla salían a puñados de sus escondrijos dispuestos a cobrarse cumplida venganza por la muerte de uno de sus señores.

Salimos por la puerta de San Esteban, tal y como el sirviente de don Gómez había aventurado, y tras rodear el muro, bien guarnecidos al amparo de la cerca, buscamos salir hasta el camino de Cuenca, por el que Benvenida y yo habíamos llegado casi veinte años antes. Al llegar a la altura de la puerta de Guadalaviar, miré desde las huertas el semblante de la ciudad y, lamentándome al ver entre pensamientos la estampa de mi repudiada esposa con los ojos cubiertos de lágrimas, suspiré profundamente y exclamé a viva voz:

—¡Justo es Adonai, nuestro Dios, que no nos hizo a semejanza de nuestros pecados!

Después vinieron de nuevo a mi boca versos del sabio Aben Gabirol, bendita sea su memoria, que pronuncié compungido, sintiendo cómo las lágrimas se derramaban sobre mis mejillas y mis manos se marchitaban de súbito mientras la vejez inhalaba su aliento sobre mis huesos desmayados: «Ayer podíamos galopar como caballos, cubriendo de polvo las esquinas del cielo; hoy, en cambio, tiemblan mis rodillas sin que veas, hermano mío, dónde están ni cómo vacilan».

Comencé a caminar cabizbajo, incapaz de alzar la mirada hacia las estrellas que daban fe de una nueva jornada. Después recordé las palabras que padre siempre decía: «Sé cuerdo en el juicio, forma muchos discípulos y pon un vallado en torno a la Ley». Y al hacerlo, querido hermano, mis ojos se dislocaron y mi boca se llenó de gemidos. Lejos quedaba la sombra de Meriem y su amor perdido, por cuya muerte me llevaba lamentando meses, pero al marchar, Jacob, dejaba atrás a los que durante años había considerado mis hijos. Y cuando pensaba que Yosef, al que amaba pese a

todo, no llevaba en sus venas la sangre de padre, sino la de ese maldito cordelero bribón, el alma se me hacía añicos. ¿Formar discípulos? Había puesto todas las esperanzas en el hijo de un cordelero, en el vástago de un maldito insidioso que desde el día que le ofrecí mi ayuda había violado el tabernáculo de mi casa, aprovechándose de la confianza que le había dado, Adonai dé cumplida venganza de su pecado aborrecible y cargue su ira contra ese traidor oprobioso. Ahora no me quedaba nada. Nadie seguiría ni tus pasos ni los míos. Nadie heredaría los conocimientos de padre, y eso, querido hermano, carcome mis entrañas y me remueve en el lecho por las noches.

Nos reunimos con los señores de los Muñoz en el puente que llaman *de doña Elvira*, en el camino real que lleva hasta Cuenca. Allí estaban los dos sobrinos del barón, don Gómez y don Fernán, vestidos ambos con garnachas de viaje decoradas con botonaduras doradas. Montaban sendos garañones bien enjaezados y se acompañaban de un nutrido grupo de gente armada, todos a caballo, algunos con los lorigones tintineando bajo los recios tabardos.

Juntos hicimos el camino que corría hasta las tierras meridionales, hasta la marca entre los reinos de Castilla y Aragón y las tierras en las que se alzaban orgullosos los castillos de Ademuz, Castielfabib, Moya y también Cannete. Durante el camino traté de no volver la vista atrás, pues era consciente de que a cada paso que daba, me alejaba cada vez más de un tormento que parecía inagotable. No obstante, al llegar a los mojones que limitan el reino de los aragoneses de las tierras de Castilla, torné la faz, y evocando en un suspiro las pestilencias, las miserias, las guerras y todo el oprobio que había padecido en los últimos veinte años, grité afónico llamando la atención de cuantos cabalgaban a mi lado:

—«Tú salvaste mi alma de la muerte, para que marche ante la faz de Dios, en la luz de los vivos». ¡Bendito sea Dios, el Todopoderoso y Compasivo, cuyos juicios son justos!

De entre los hombres que marchaban con nosotros y se decían leales de la familia, destacaba Benito Pérez de Valldemeca, un almogávar que se dedicaba a saquear las aldeas en busca de ganado para llevarlo a la ciudad, y que había pasado muchos años peleando en la frontera contra los hombres de Castilla, lo que le había llevado incluso en una ocasión a ser retenido en la cárcel del concejo por unos robos cometidos en la villa de Moya. Él mismo era natural de una localidad castellana que no distaba demasiado de Cannete, aunque se hallaba avecindado desde la niñez en la urbe turolense, y decía que podía guiarnos por los caminos y llevarnos hasta el sitio de donde era nacido. Que allí nos protegerían los suyos, aseguraba, y que en aquella población podrían encontrar amparo nuestros señores mientras decidían a dónde dirigirse.

La idea de regresar a Castilla no me agradaba lo más mínimo, ya que, desde la entrada del bastardo don Enrique en el reino, las noticias que llegaban de violencias cometidas en las aljamas eran constantes. Se decía, sin embargo, que Cannete y otros

lugares de ese lado de la frontera no habían aceptado al nuevo monarca y estaban dispuestos a enarbolar el estandarte de Aragón si era preciso, en caso de que don Pedro decidiera exiliarse del reino. En la villa en la que nació mi esposa, como me había dicho Domingo Martínez, regía el castillo un tal Alvar Ruiz de Espejo, muy leal a don Pedro, y eso me tranquilizaba.

—Tú también eres de aquella región, ¿no es así? —me preguntó don Gómez tras acercarse hasta mí y mantener el ritmo cadencioso de su montura a la altura de la famélica mula que me habían cedido para que hiciera el viaje sobre sus lomos.

—Así es, señor —asentí—, viví muchos años en la villa de Cannete, aunque en realidad soy nacido de Cuenca.

—Estaréis entonces contento de regresar a vuestro verdadero hogar —sugirió con ingenuidad.

—Somos de la raíz de la muerte —le respondí sin quitar los ojos de la ebúrnea luna que mis ojos contemplaban en ese momento—, y bien sabéis que toda rama vuelve a sus raíces.

El señor revolvió su mirada hacia mí sin entender probablemente mis palabras y, sacudiendo las riendas del animal que montaba, avanzó unos pasos hasta ponerse a la altura de sus hombros.

—«Muy grande es mi dolor —susurré en voz baja sin apartar la vista del lechoso astro, citando palabras de Aben Gabirol que renacían candentes entre mis pensamientos—, incurable mi herida, mi fuerza me abandona y mi vigor está debilitado». Nada soy, solo barro que permanece en su forma y que aguarda algún día deshacerse, derrotado bajo la espesura de la lluvia y el rocío de la mañana. «En mí, al que acosan en todo tiempo las desgracias, como si en heredad se me entregaran», no reside sino el infortunio del hado. Apiádate, Señor, de tu siervo, del que nada vale, del que no es sino mera bajeza, y reconfórtale con la candidez de tu aliento. «Mira, pues, la fatiga de tu siervo y su miseria de quien el alma es cual ave apresada».

* * *

La preocupación me abatió en los días siguientes a nuestra marcha de Teruel. Redacté una carta y la envié al baile de Aragón con un mandadero para justificar mi marcha de la ciudad y mi paso a tierras castellanas. Eran momentos difíciles, y ni siquiera era seguro que la tierra de frontera perteneciese a un reino o a otro. Yo temía que nuestras vidas no estuviesen a salvo y que los de Teruel cruzaran la frontera en alguna cabalgada para hacerse con nuestras cabezas. Pensaba también, y pienso, en los parientes de Meriem, que tomarían mi rechazo como una ofensa y denunciarían mi caso ante los adelantados de la aljama y el propio concejo. Mas ¿qué otra cosa podía haber hecho si esa mujer había hurgado mi corazón con un cuchillo lleno de herrumbre, y los bribones que sirven al Marcilla no pretendían sino que mi sangre regara las calles de la judería?

A los pocos días de llegar a Valldemeca, recibí una carta que hizo que mi corazón latiera a toda velocidad. El pergamino traía el sello del alcaide de Cannete y el hombre que me lo traía casi había reventado la yegua en la que montaba. Desaté el hilo de cáñamo con el pecho sobrecogido, en medio de arrebatadores pálpitos que hacían que las piernas me flaquearan y las manos me retemblaran como las de un viejo que ya no puede sino comer papillas, temiendo que el regidor de la villa que vio nacer a mi primera y verdadera esposa tuviese orden de prender mis bienes y devolverme a la aljama de la que había escapado. Mis ojos recorrieron el texto casi exhaustos y, al contemplar la firma, el retazo de papel cayó al suelo.

Efectivamente, era el mismo alcaide el que la signaba. Ahora que he tenido oportunidad de conocerlo, te puedo decir que es un hombre bueno, de corazón noble, famoso a este y al otro lado de la frontera por sus proezas en el combate. El motivo de la misiva no era otro que una perturbación que afectaba a su esposa, el bien máspreciado que aquel hombre decía poseer, y que se hallaba aquejada, según me indicaba, por un abultamiento en uno de sus senos. Sabía de mí, decía, porque es grande mi fama en la villa de Cannete, donde muchos todavía recuerdan mi nombre, y por saber de mi llegada a la zona, motivo por el que me instaba a regresar a la villa para someter a su esposa a algún tipo de tratamiento que solventara su terrible enfermedad.

Temeroso, inquieto, con un ramillete de nervios alterando hasta el último rincón de mi cuerpo y sin apenas poder contener las lágrimas, preparé mi viaje hacia Cannete, hace ahora apenas unos días. Tanto don Fernán Muñoz como buena parte del grupo que nos acompañaba desde Teruel habían marchado hacía semanas en dirección a Cuenca; mas don Gómez había alquilado para los que nos quedamos en Valldemeca un caserón en el que nos alojábamos desde nuestra llegada a aquella población. Allí dejé los pocos enseres que había portado conmigo y, con la compañía de algunos hombres de armas pertenecientes al séquito del Muñoz, cubrí la escasa distancia que separa aquel lugar de la villa en la que había pasado los mejores años de mi vida junto a Benvenida. Penetré ayer mismo por la puerta que dicen *de San Bartolomé*, y que nosotros decimos *el Portillón* del camino que desemboca en Huélamo, y fui recibido como si del rey mismo se tratase.

La mayoría de los rostros que mis ojos contemplaban eran nuevos para mí, pues fueron muchos los que murieron durante la gran mortandad y a causa de la miseria que se apoderó del orbe en los años sucesivos. De las viejas caras poco quería saber, y te confieso, hermano, que no he puesto un pie en nuestra vieja judería, temeroso aún de las habladurías, del qué dirán, y también de reencontrarme con un pasado doloroso.

Después, acudí hasta la casa del alcaide, un lujoso caserón de amplios corrales que se levanta no lejos del muro, justo en la calle de Abajo, dando la espalda a la puerta que dicen *de las Eras*.

La mujer del alcaide se llama Blanca Pérez y he podido visitarla esta misma

mañana. Es mucho más joven que don Alvar, que ya tuvo una primera esposa llamada doña Toda, de la que quedó viudo hace muchos años. De ambas tiene varias hijas, y todas velan por la seguridad de la madre.

—¿Qué le ocurre a vuestra esposa? —le he preguntado antes de acceder a la alcoba donde ella se encontraba postrada, deseando obtener de primera mano una descripción más detallada de los síntomas.

—He observado —me ha dicho dubitativo— que tiene un pequeño bulto en uno de sus pechos.

—¿Duro y del tamaño de un haba? —le he interrogado.

El alcaide ha asentido con la cabeza. Vestía un lujoso pellote con botonaduras y tenía la cabeza tocada por un birrete listado. Su porte es elevado, semejante al del señor de Escrich, aunque su mirada es mucho más estilizada y definida, pues sus cejas presentan un menor grosor que las de don Juan Sánchez Muñoz.

—No hace mucho que una prima suya murió a causa de un mal semejante. Primero un bulto se formó en su pecho y luego una terrible negrura se extendió por su carne hasta lechigarla y arrebatarla de este mundo. Un físico de Ademuz dijo que si se le hubiese tratado a tiempo... Pero desconocíamos la naturaleza de ese mal.

—¿Y teméis que vuestra esposa sufra el mismo padecimiento?

La mirada del notable era sincera, y en su rostro curtido y pleno de cicatrices he podido entrever un atisbo de terror que ha provocado una punzada en mi pecho. Yo, como tú, sé lo que es la pérdida del ser querido, la ausencia terrible de la compañera que cada velada cubre tu cuerpo con sus brazos, y sintiendo como propio su abatimiento, le he jurado que haría lo que estuviera en mi mano por salvar la vida de la mujer. Él me ha dado licencia para acceder a la alcoba y tener acceso al cuerpo desnudo de su amada, pues la ropa impedía que mis dedos tantearan con nitidez la turgencia. He tratado de visionar entonces el bulto, pero la luz del candelero de la pared no iluminaba lo suficiente, por lo que he mandado me trajeran una lámpara de sebo. Después he observado con atención el pecho de doña Blanca mientras lo palpaba con los dedos.

Al examinarla, he visto que, efectivamente, se trata de un zaratán que ha crecido en uno de sus senos. Es un bulto endurecido que no ocasiona dolor en la mujer cuando lo aprieto con la mano; aun así, está tan crecido que no se puede tratar ya con una simple cataplasma o con algún emplasto que permita ablandarlo. Me consta que la mujer ha seguido un tratamiento aconsejado por el físico de Ademuz al que el alcaide se había referido en nuestra conversación y que se ha hecho un esfuerzo considerable por purgar sus humores espesos, haciendo constantes sangrados y poniendo sobre el bulto emplastos con agraz machacado y cataplasmas de hojas de ortiga mezcladas con sal. No obstante, vista la ineficacia del mismo, la única solución posible a mi juicio es la eliminación de la carne que es putrefacta. Si estuvieras aquí conmigo, querido Jacob, imagino que desaconsejarías la operación de plano, mas he tratado a pacientes en condiciones semejantes con resultados deseables y, como te

digo, no encuentro mejor solución que esta.

El cancro ha alcanzado un tamaño considerable y parece firmemente aferrado a la carne blanda del seno, con lo que su extirpación será sin duda dificultosa. Es por ello por lo que he parlamentado con el alcaide advirtiéndole de los muchos riesgos que existen de que su esposa muera durante la intervención o a causa de la misma. El cristiano, sin embargo, se muestra optimista y dice confiar en mi capacidad.

—¿A qué pensáis que puede deberse el mal? —me ha preguntado con turbación después del examen.

He negado con la cabeza, confuso.

—Si fuese una mujer más joven, o si acabara de dar a luz a una criatura y el cancro presentara un color blanquecino, lo lógico sería pensar que el mal se ha producido por la coagulación y descomposición de la leche. Mas, como no es de ese modo, solo se me ocurre que se debe a la coagulación de sangre corrompida y putrefacta, la cual ha terminado por formar la tumoración.

—¿Será complicada la extracción? —me ha interrogado inquisitivo, sin apartar la mirada del torso desnudo de doña Blanca.

—La dormiré primero con un preparado a base de adormidera y semillas de amapola, una vez la haya sangrado para eliminar los últimos restos de bilis negra que puedan quedar —he intentado explicarle de la forma menos alarmante posible—. Después, la intervención consistirá en clavar varias agujas para eliminar la raíz del tumor, hacer una incisión en redondo y arrancarle del cuerpo aquella carne que ha quedado podrida por el cancro. Al final exprimiré toda la sangre que haya podido quedar infectada hasta dejar toda la zona del cuerpo completamente limpia.

—No parece complicado —ha dicho con una leve sonrisa adornando la comisura de sus labios, pese al gesto de preocupación que imperaba en su rostro.

—Señor... —he intentado replicarle—. Es una operación compleja, basta que extirpe algo de carne sana, que dañe alguna vena y provoque una hemorragia o que las heridas no sean cauterizadas de modo adecuado para que... Lo que pretendo decir es que cualquier pequeña infección que se produzca en la incisión que he de causar en la carne de vuestra esposa podría acabar con su vida.

—Si conseguís extirpar con éxito esa carne... corrompida —me ha sugerido obviando la gravedad de mis palabras—, todo volverá a la normalidad, ¿no es así?

—Así intentaré que sea —he respondido resignado ante su contumacia—, mas existe riesgo de que el tumor se reproduzca pasado un tiempo y el mal vuelva a aparecer en su seno. Conozco, sin embargo, una técnica que muy bien pudiera evitar que eso sucediese, pero es arriesgada. Sería igualmente necesario que, una vez sana, vuestra mujer prescindiera de determinados alimentos como las lentejas, la col, los alimentos grasos y la carne que sea de animal viejo, pues son los que en mayor medida producen bilis negra.

—Confío en vos, mestre —me ha dicho interrumpiéndome, con los ojos vidriosos—, y en la fama que os precede. Sé que vuestras manos están guiadas por Dios y que

son muchas las gentes a las que habéis prolongado la vida. Pongo la de mi esposa a recaudo de ellas, consciente de que no encontraré mejor guarda en toda Castilla para el mayor de mis tesoros.

—Tened por seguro que haré cuanto me sea posible por evitar que la garra de Asmodeo la arrebate de vuestras manos —le he replicado tragando saliva, sintiendo una punzada en el pecho al ver la angustia del buen hombre, y la agonía que tanto evocaba las terribles sensaciones que un día mi alma hubo de padecer con la pérdida de mi querida Benvenida.

Tras el reconocimiento, me he retirado hasta el lugar donde me alojo en estos días: un viejo caserón en La Mengía, una pequeña aldea en la que habitan no más de cuarenta vecinos y que se encuentra a menos de media legua de la villa. Así es como me he despedido del alcaide de la fortaleza de Cannete, no sin antes asegurarle que le suministraré un preparado a base de harina de neguilla para que unte con él sus dientes, pues se hallan aquejados de una gran pudrición y presentan un aspecto negruzco que se aprecia a simple vista.

Mañana mismo intervendré a la paciente y espero que el Señor todopoderoso, bendito sea su nombre, ilumine mi ciencia y guíe mis manos. Después, cuando todo acabe, regresaré a Valldemeca y aguardaré noticias tuyas. Si finalmente decides regresar a Cuenca, es posible que yo también me desplace hasta allí, aunque solo sea para poder abrazarte de nuevo y estrechar una vez más tus manos entre las mías, que es con lo que llevo soñando desde hace veinte años. Acerca de mi futuro... todo está en el aire. Valldemeca es una población acogedora, pero siento que mi lugar no está entre sus casas. De hecho, ignoro cuál es el sitio al que pertenece mi carne y en el que deberían reposar mis huesos. En este sentido, creo que Cannete es donde he pasado los mejores momentos de mi existencia, y estoy seguro de que por sus montes, entre la esencia a espliego y romero, todavía se destila el perfumado arrullo de los versos amorosos que un día dediqué a Benvenida, su reposo, así como el de tu amada Sorbellita, se encuentre en el Edén. Sin embargo, es tanto el dolor que despierta mi pasado que nada deseo salvo que mi paso por Cannete sea silencioso. Mis pies no hollarán de nuevo su vieja judería, ni visitarán aquellos lugares que nuestra juventud llenaron. Mis ojos no se encontrarán de nuevo con los de mi pupilo Selomó, ni mi mano imitará el gesto de recorrer la *mezuzá* de nuestra casa, que ya no existe. El tiempo ha colocado una pétrea losa sobre aquel pasado repleto de dicha, y yo ya he aceptado que la vejez hace flaquear cada vez más mi ánimo, por lo que temo que elevar esa losa solo me haga reencontrarme con la amargura y el tedio de la soledad.

En fin, estimado hermano, el tiempo ha pasado arrollador sobre nuestras vidas y ha sido inclemente con aquellos a quienes amábamos. No nos queda ya sino la propia existencia, pues hasta el deseo de que sea próspera y larga hace ya tiempo que también quedó sepultado en ese frío carnero en el que yacen todas nuestras esperanzas. Tu reencuentro es, sin embargo, nuevo sosiego y calma para mi abotargado espíritu. Tus palabras, Jacob, son un bálsamo, y solo anhele el instante de

nuestro reencuentro para escuchar de tu boca el relato de tu calamitoso trasegar por tierras extranjeras, atravesando ese sinuoso y lóbrego sendero que otros recorrimos sin desprendernos de la tierra en la que hemos morado en los últimos años. Hasta entonces, me despido de ti, aguardando impaciente el momento final de nuestra reunión.

Te envió mis mejores deseos para ti, mi querido hermano, en la dicha enorme que me produce el reencontrarte vivo en este mundo de miserias sin medida. Envío igualmente mis mejores recuerdos para nuestro tío Alatzar, el Todopoderoso, bendito sea, se apiade de su quebrantada salud, y para su esposa Preciosa. Y únicamente deseo que el Señor nos reúna por fin a todos en las circunstancias más felices y favorables.

¡Que la paz del Señor haga posada en vuestros corazones! Nuestra confianza es solo Dios, bendito sea en su morada santa. ¡Sigue bien!, y que la paz del Señor, querido Jacob, anide por siempre en tu corazón.

Palabra del firmante. Quinto día de la semana, a treinta días del mes de *shevat*, del año 5129 de la creación del Mundo^[71]. Leví Aben Yosef, su reposo esté en el Edén.

EPÍLOGO

El sol clareaba entre las nubes, brotando desde detrás de las montañas, arrojando sus primeros haces sobre las murallas de la villa cañetera. El sonido del añafil resonó agudo rebotando entre las vacías calles y plazuelas. Primaba el silencio en toda la población, tan solo alterado por el canto de algún gallo postrero y el ronco gruñido de algún gorrino que hozaba entre los muladares que se amontonaban en la confluencia de las calles.

Un revuelo de gente se acantonaba en la plaza Mayor, buscando el resguardo de los soportales, agolpándose junto a la puerta de la casa del señor juez. En el interior de la misma se encontraban los notables y los hombres buenos de la villa, y en medio de todos ellos el médico Leví, que había llegado días antes desde tierras turolenses para curar el mal de doña Blanca. Allí estaba también el alcaide don Alvar, vestido de los pies a la cabeza con prendas de cendal y una lujosa hopa forrada de piel. Su mirada era severa y su mentón afilado se hallaba humillado sobre su cuello. Los ojos le hacían bolsas sobre la cara, y las mejillas se habían desdibujado en su rostro. En los últimos meses había envejecido tanto como en media vida y, aunque su andar era fatigoso, nadie dudaba de que no había hombre más vigoroso que él en toda la región.

Repentinamente se hizo el silencio y todos miraron al centro de la sala. Uno de los hombres del concejo desplegó un rollo de pergamino y, tras ojear el texto durante unos instantes, se llevó el puño a la boca para aclarar la afonía. Finalmente pronunció con voz resuelta:

Sean cuantos esta carta oyeren como nos, el concejo, caballeros, escuderos, alcaldes, alguacil, jurados, oficiales y hombres buenos de la villa de Cannete, con voluntad y otorgamiento del señor alcaide de la fortaleza de la citada villa, Don Alvar Ruiz de Espejo, que por mano del propio rey la gobierna, estando ayuntado el concejo en la casa del señor juez de la dicha villa, tal y como es la costumbre...

Un chistado interrumpió la lectura y los notables volvieron la vista hacia los murmullos que penetraban por la puerta de la casa, donde algunos vecinos de la villa se agolpaban intentando discernir lo que acaecía en el interior. Leví sintió cómo la emoción le embargaba. Clavó su mirada grisácea en la mujer del alcaide, que cándidamente le dedicaba una sonrisa cada vez que sus ojos se cruzaban, y después dirigió su rostro hacia el propio don Alvar, que se mantenía inmovible, sentado en un escaño de alto espaldar que presidía la sala.

Otorgamos y conocemos en buena verdad a vos, Continuó el alguacil

levantando la voz para intentar mitigar los murmullos.

Mestre Leví, judío de la ciudad de Cuenca, que por cuanto habéis venido aquí, a la dicha villa, por nuestra voluntad y con nuestro seguro, porque nos dieron a entender, y es ello así, que sois buen mestre del arte de la cirugía y de la física, según lo habéis demostrado ante todos nosotros sanando a la esposa de nuestro querido alcaide, lo cual a ojo nosotros lo vimos, y a otros muchos vecinos de la citada villa, que en otro tiempo recibieron sanación de sus males a través de vuestras manos, pues se nos dio testimonio de parte de muchos vecinos que vos los habíais curado de largas y fuertes enfermedades, de llagas y nacencias malas, que los dichos vecinos sufrieron hace tiempo.

Leví sentía que le faltaba el aliento al escuchar aquello. Volvió nuevamente la vista hacia la entrada y contempló los rostros ajenos de los vecinos, intentando descifrar en ellos los rasgos de aquellos cañeteros que vagamente recordaba en sus ensoñaciones. Al ver el gesto, el notario detuvo la lectura y contempló con sus ojos menudos al anciano. Al volver este el semblante regresó la vista sobre el legajo y continuó tras carraspear sonoramente.

Y es por ello, por cuanto que vos, dicho mestre Leví, habéis prometido a nos, el dicho concejo, que habéis de venir a morar a la citada villa de Cannete y hacer en ella vecindad haciendo uso de vuestro oficio, tal y como antaño sucedía, por ende, por lo que se ha dicho, os damos a vos licencia para que podáis usar el dicho oficio del arte de la cirugía y la física, según el modo que lo habéis hecho hasta ahora, que ha sido de buena manera, leal y verdaderamente; y por haceros buena ayuda y bien porque moréis en nuestra villa haciendo uso del citado oficio de como sobredicho es, os concedemos la soldada apropiada para el uso de las dichas artes que previamente fue acordada, que será pagada por tercios del año, dándose en cada tercio lo que corresponda, bien y cumplidamente en guisa que no os falte de ninguna cosa. Y en testimonio de todo ello mandamos que se os entregue esta carta, escrita en pergamino y sellada con el sello de tablas de nos, del dicho concejo, y signada del signo de Pedro Sancho, notario y escribano de nos, el dicho concejo de la citada villa.

»Hecho a catorce días de marzo, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil trescientos sesenta y nueve. Testigos Bartolomé Serrano y Cristóbal Ibáñez, vecinos de Cannete.

Un fuerte murmullo arreció en la casa del juez de la villa, y un creciente alborozo se presintió bajo los soportales de la plaza en los que se ubicaba la vivienda. Leví, sobrepasado por las circunstancias, bajó la mirada hacia el suelo y notó cómo dos densas lágrimas brotaban de sus ojos. Frotó el rostro con el anverso de la mano y,

aspirando una bocanada de aire, se acercó hasta los miembros del concejo y el alcaide para recibir la carta de manos de estos, así como sus felicitaciones.

La celebración duró hasta casi el mediodía. Durante todo ese tiempo, la casa del juez fue un verdadero trasiego de gente entrando y saliendo, que buscaba a Leví para besar sus manos y agradecer su presencia en la población en fechas tan nefastas como aquellas, o para recordar viejos tiempos y saludar al que antaño había sido físico de la villa. Leví asentía continuamente, agradecía una y otra vez a todo el que se acercaba hasta él y trataba de atender a cada cosa que le decían. Mas el cansancio se había apoderado de su cuerpo y sus pensamientos se hallaban en otra parte, sumergidos en evocaciones del pasado, en recuerdos que afloraban en su pecho con agudeza y en lamentaciones que se susurraban en su mente, recuperando para su memoria todas y cada una de las desgracias que le habían acaecido desde la fecha, veinte años atrás, en la que se había visto obligado a abandonar junto a Benvenida aquellas tierras que ahora, sin embargo, de nuevo le acogían.

Al terminar el acto y dispersarse la multitud, Leví recorrió el lindero de la plaza, con el pliego de vitela que había sellado el concejo bien aferrado por su mano, resguardándose del crudo helor invernal en los soportales que rodeaban todo el espacio abierto en el centro de la villa. Después ascendió una empinada varga que conectaba con la calle Mayor y que enfrentaba con el límite oriental de la judería.

—La vida de este mundo es incierta —susurró el anciano mientras se asía a una de las paredes de la angosta e inclinada calleja—. Y nadie, absolutamente nadie, puede escapar de la muerte corporal que a todos nos aguarda. Me espera el *bet olam*, la casa de la eternidad, y mis huesos están ya impacientes por reunirse con mi amada.

Resopló agotado mientras sentía su pecho fatigado y un temblor irritante que hacía flaquear sus piernas. Tenía los ojos en blanco y la frente sudorosa, como si la calentura se hubiera apoderado de su cuerpo. Decenas de recuerdos azotaban sus pensamientos y el temor a reencontrarse con su doloroso pasado le cercenaba el ánimo, pero estaba decidido a recorrer de nuevo las calles de la judería de la que se había visto arrojado hacía dos décadas, y a contemplar el solar donde se había levantado su morada. Aguardó un instante tratando de recobrar el resuello, y cuando estaba dispuesto a continuar su camino, sus ojos vidriosos y grisáceos se toparon con una faz conocida y una mirada afable que provocó en un instante que su mente añeja se atropellara de brumosas evocaciones.

—¿Os encontráis bien, señor? —preguntó un mozuelo de cara imberbe que, alertado por la postura del anciano, se había acercado a todo correr y le sujetaba ahora firmemente del brazo.

—Selomó... —susurró Leví con un hilo de voz apenas perceptible brotando de su boca, al tiempo que sus pensamientos se colapsaban atropellados por una marea de recuerdos que apabullaron su cabeza.

El muchacho lo miró perplejo, incapaz de comprender nada y, sin mediar palabra, lo llevó hasta el centro de la calle esquivando cuidadosamente un pequeño montón de

bosta de caballería en torno al cual revoloteaban una legión de moscas con un sonoro zumbido.

—Mi padre se llamaba así —dijo el joven sin retirar la vista del frente—, pero yo me llamo Jucé, como mi abuelo.

—Selomó... —susurró de nuevo el anciano, que, invadido de añoranzas, apenas era capaz de mirar dónde ponía los pies y no paraba de trastabillar—. ¿Dónde está tu padre?

Jucé ayudó a Leví a sentarse en un poyal pétreo que brotaba de una pared encalada que discurría paralela a la calle Mayor de la villa, en un punto no muy lejano de donde la carrera hacía esquina con la calle que daba acceso a los corrales del barrio del Castillo, y que conectaba con la sinagoga y la parte meridional de la judería.

—Aguardad aquí y os traeré un poco de agua de mi casa, que estáis pálido y no tenéis buena cara —dijo el mozo al tiempo que echaba a corretear calle arriba.

—¿Dónde está tu padre? —insistió el viejo a la desesperada, presintiendo que el joven lo abandonaba a su suerte, alzando la voz cuanto pudo.

El muchacho se volvió al instante y se paró en seco, clavando su mirada juvenil en el rostro arrugado de Leví.

—Murió hace años —le dijo encogiéndose de hombros con un gesto inocente—. Yo ya casi ni me acuerdo de él.

—¿Murió? —preguntó el físico, esta vez con voz ronca y apenas imperceptible.

El mozo asintió con la cabeza.

—Dice mi madre que el morbo negro se lo llevó. Que murió por ayudar a otros cuando se produjo la segunda gran mortandad. Que fue muy bueno y que dio su vida por los demás.

Leví sintió cómo una lágrima casi seca brotaba de sus ojos y se dejaba deslizar entre las arrugas de su cara. El mozo se había dado de nuevo la vuelta y corría en dirección a la plaza de la Judería.

—Murió... —repetieron sus labios varias veces al tiempo que los recuerdos y añoranzas que hollaban su cabeza se dislocaban abocándose en el profundo abismo del olvido—. El recuerdo es doloroso, es una infección incurable que rebrota cada añada como el propio morbo, siempre al calor de los deseos frustrados. No lo puedo creer. El joven Selomó... Tenía tanta vida por delante cuando lo dejé al marchar de la villa... Y ahora está muerto. Muerto como todos los demás...

Leví estaba abatido. Selomó Aben Jucé, el único al que podía considerarse su verdadero hijo, pues fue el único al que había traspasado los conocimientos heredados de su padre, ya no habitaba la tierra que hollaban sus pies. El destino nuevamente atravesaba su espalda con un herrumbroso puñal, y la punzada convulsionaba su pecho, haciendo que su gesto se tornara en una torva mueca de dolor.

Sin esperar al joven, se levantó dificultosamente aferrándose con los sarmentosos

dedos al bordón que había traído consigo. Dobló el cantón de la cuesta y se dirigió hacia la pequeña calleja que abría paso a la judería y al edificio de la sinagoga. Trastabilló al acceder al cal Mayor de la barriada hebrea y a punto estuvo de caer al suelo. Se encontraba mareado y comenzaba a sentirse indispuerto. Entonces alzó la vista, y sus ojos contemplaron la vieja casa de oración desde la puerta que abría paso al patio de entrada y a la pequeña *azara* para las mujeres.

—Estoy en casa —musitó cerrando los párpados apretadamente y, tras ello, recitó algunos versos de Aben Ezra de forma melodiosa, como si sus labios pronunciaran una plegaria—. «Cansado de vivir vagabundeando por el mundo, buscando en vano su medida, cansado de bajar a los abismos, de subir a las densas nubes». Cansado ya, Señor, de este tormento, de esta vida angustiosa.

Rebuscó entre sus ropas y extrajo de ellas una pequeña cánula en la que se hallaban enrollados los *setaroth*, los documentos que justificaban la propiedad de la casa en la que Benvenida y él habían morado antes de ser arrojados de aquella villa. Eran los mismos pliegos de vitela que había mostrado esa misma mañana al alcaide y al juez de la villa al intentar reclamar la devolución de la que había sido su propiedad, ahora en manos del propio ayuntamiento.

—Es de justicia que obtengas del concejo lo que fue tuyo y jamás debió arrebatarsete —había concedido el juez tras la debida mediación de don Alvar—. Tendrás licencia para edificar una nueva casa en ese ceniciento solar de la judería y abrir en ella tu consultorio. Mientras tanto, el joven Ezmel, el hijo del ropavejero Yehuda y de su esposa Jamilla, os ha ofrecido una alcoba en su casa para que habitéis en ella hasta que tengáis posibilidad de levantar de nuevo vuestro hogar.

Leví recordó la escena con los ojos humedecidos, agradecido por el bien que aquella familia había hecho siempre hacia los suyos, recordando cómo Yehuda Aben Daniel los había rescatado, a su esposa y a él, de aquel pestífero silo repleto de ratas en el que habían buscado refugio con la ayuda de Selomó, el día que los paganos dieron fuego a la sinagoga y a su propia casa.

Siguió avanzando con paso cansado hasta llegar al solar en el que se había levantado su hogar y el de su esposa Benvenida. Sus ojos contemplaron el viejo edificio medio derruido. Las paredes estaban todavía ennegrecidas a pesar de los muchos años que habían pasado desde el incendio y, tras las batientes de la puerta, se adivinaba una escombrera plagada de ratas, sirle de ganado y otras muchas inmundicias.

El anciano sintió una fuerte opresión en el pecho y, levantando su mirada hacia el cielo, al tiempo que apoyaba sus manos temblorosas sobre su pecho, comenzó a musitar retazos de un viejo poema de Aben Negrella:

—«¿Hay un mar entre nosotros que me impida ir a exequiarte y correr con corazón tembloroso a sentarme al lado de tu tumba?»

Sin pensarlo dos veces rebuscó nuevamente entre sus ropas y sacó de debajo del tabardo el pequeño escriño de madera en el que había guardado un puñado de tierra

de la sepultura de Benvenida. Abrió la tapa y derramó el contenido sobre la palma de su mano derecha. Después alzó la vista y, recordando la vieja casa en la que había pasado tantos momentos de felicidad junto a su amada, arrojó el puñado de polvo sobre la escombrera con cuantas fuerzas pudo reunir.

—Estamos en casa, querida —musitó—. Hemos vuelto al hogar, tu recuerdo y yo, y ambos permaneceremos juntos lo que me resta de vida. Durante años he estado condenado a vagar y el destino ha querido siempre separarme de ti. Primero te apartó de mi lado y luego me arrojó del lugar donde se encuentran tus despojos, y del que yo había jurado no marchar. Juré que no me separaría nunca de esta tierra que acarició tu carne en el lecho de tu sepulcro y no lo haré, Benvenida... No lo haré jamás. Esta tierra bendita permanecerá aquí, en el lugar en el que se levantó nuestra casa, y yo juro ahora que mis huesos permanecerán también aquí, por siempre. He regresado, Benvenida, y nada podrá separarme de tu recuerdo. «Vuelve, alma mía, a tu reposo, porque Yahvé te ha hecho bien. Ha guardado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, y mis pies del mal paso. Caminaré en la presencia de Yahvé por la tierra de los vivos. ¡Tengo fe, aun cuando digo: “muy desdichado soy”!» Pero «¿cómo a Yahvé podré pagar todo el bien que me ha hecho?».

Leví se sorprendió a sí mismo llorando como un infante, con dos gruesas lágrimas abriéndose paso entre las horadadas hoces de sus mejillas. Sintiendo que la fatiga arreciaba, se dejó caer sobre un poyo de madera que había enfrente de la fachada de lo que había sido su hogar y el de su esposa.

—Me siento solo... —susurró sintiendo que la vida misma se abotargaba en su garganta, al tiempo que sus ojos buscaban a un lado y otro de la calle—. Me siento tan solo... Tan solo, mi amada. Te echo tanto de menos... Si pudiera escuchar tu voz tan solo una única vez... Si pudiera sentir de nuevo el roce de tus dedos... ¡Oh, Benvenida! Amada, te llamo desesperado y no oigo tu respuesta... «Ya no sales a mi encuentro al llegar yo hasta tu tierra. No te ríes al estar yo a tu lado, ni río yo al tenerte junto a mí. No puedes ver tú mi imagen, ni yo tampoco la tuya, pues el *seol* es tu casa, y la tumba tu morada».

A Leví le ardía la garganta, podía sentir cómo su corazón, apelmazado, deceleraba su ritmo vital y su espalda se doblaba por el dolor que atormentaba su espíritu.

—Ayúdame, Señor, a encontrar el camino —susurró sintiendo la hora cercana—. Ayúdame a encontrar el sendero que me lleve hasta ella. No dejes que ningún ser vil confunda mis sentidos. Que el olor a rosas perfumadas que su cuello puro destilaba me sirva de guía, que el destello candente que emitía su mirada alumbre mis pasos...

Después, sintiendo un frío espeluznante invadiendo su cuerpo, presintió que la parca pasaba de largo, no sin antes dedicarle una mirada mortecina en la que espejeaban los terribles recuerdos del físico, proyectados todos a un tiempo, como si mil mentes pensarán a la vez en un único instante.

—«Que el espíritu de Dios repose sobre tu espíritu y sobre tu alma —recitó con el ama contraída—. Yo regreso a mi tierra, tú te quedas en tierra aprisionada. Yo me

duermo y me despierto, tú duermes ya para siempre. Hasta que llegue el día de mi tránsito, arderá dentro de mí el fuego de tu ausencia».

Entrecerró los ojos, como si el tiempo estuviera cumplido y la vida se le cayera abatida al suelo, al igual que lo hace un pájaro desplumado desde las alturas. Alzó la vista hacia el cielo, y dos gruesas lágrimas brotaron nuevamente de sus ojos y acariciaron sus mejillas.

—«La brisa desmaya con el crepúsculo —recitó evocando unos versos del ismaelita Aben Zaydun—: parece que se apiada de mí y languidece llena de ternura». Siento que el final se aproxima y que este reencuentro con la morada que los impíos destruyeron es la antesala que abre paso al camino que conduce al *seol*. «Todo excita el recuerdo de mi pasión por ti, que nunca abandona mi pecho, por mucha que sea su estrechura». Casi siento ya el abrazo de tus brazos, amada mía. Si la muerte quisiera acogerme hoy en su seno, sonreiría agradecido, alegre por volver a caminar a tu lado.

—¡Mestre! ¿Os encontráis bien? —interrumpió el joven Jucé perturbando el estado febril en el que el anciano se encontraba.

Leví alzó la vista cansado y clavó sus ojos grisáceos en la faz lampiña del joven. Bufó como hacen las cabalgaduras al final del camino y se dejó vencer emitiendo un quejido ronco mientras se llevaba una vez más la mano al pecho.

—Tomad. Bebed un trago, os aliviará vuestros males —dijo el muchacho mientras le acercaba un pequeño acetre con agua que había tomado de la pequeña barrica que había a la entrada de su casa—. Estabais delirando y murmurando palabras incomprensibles. ¿Estáis enfermo?

—Es la edad, joven Aben Selomó —musitó Leví entre trago y trago—. La edad, que me vence y se ceba con este cuerpo mustio.

—A vuestros años deberíais tener cuidado —expresó Jucé—. El frío es crudo y no es bueno permanecer tanto tiempo en la calle.

El viejo físico había concentrado la vista en los ojos del muchacho y parecía no escuchar sus palabras. Tenía la mirada perdida y la tez le había mudado a una tonalidad cianótica y mortecina.

—¿Cuántos años tienes, joven Aben Selomó? —preguntó por fin, recobrando el tono de voz.

—Tengo trece años, señor —expresó el muchacho esbozando una sonrisa de orgullo—. Los cumplí hace dos meses y fue motivo de gran alegría en la judería, porque desde hace algunos años no se podía hacer la oración en la sinagoga, por no haber varones suficientes para ello; pero al cumplir yo los años ya somos diez con uno que viene de La Mengía, con lo que ya es posible reunir el *minyán*, y ello ha sido motivo de gran gozo en toda la comunidad.

—Trece años... —susurró Leví—. Los mismos que tenía tu padre cuando tu abuela lo trajo a mí...

Al día siguiente, el joven Jucé Aben Selomó salió a las calles de Cannete a buscar al viejo judío que decía haber conocido a su padre. Las gentes decían que era un reputado físico y que había llegado a la villa para curar las enfermedades. Jucé sabía que el anciano no habría comenzado todavía a ejercer el oficio para el que le acababa de acreditar el concejo, pues era la fiesta del *Sabbat*. Apuró en la calle hasta que el sol comenzó a ponerse quedando oculto por la torre septentrional de la fortaleza. Cuando por fin hizo ademán de regresar a casa, temeroso de que su madre le diera una buena tunda de palos, encontró al viejo sentado entre los escombros de la vieja casa demolida que en el pueblo todavía llamaban *de las cenizas*, situada dentro de la judería, casi enfrente de la sinagoga.

—¿Os encontráis bien, mestre? —preguntó el mozo, temiendo encontrarse al anciano en el mismo estado de delirio que el día anterior.

Leví lo miró con sus ojos grisáceos y esbozó una sonrisa. Se levantó, no sin dificultad, y sacudiéndose el tabardo, salió a la calle y palmeó levemente el hombro de Jucé. Después buscó el sol con la vista y vio los últimos rayos del día brotando por detrás de la gran torre. Miró al muchacho con gesto de complicidad y asintió con la cabeza.

—Bendito eres Tú, Señor —comenzó a rezar con tono renovado—, nuestro Dios, Rey del mundo, que haces distinción entre lo sagrado y lo profano, entre la luz y las tinieblas.

—Dice madre que puede venir a cenar con nosotros a casa —aseguró el joven apretando con sus dedos el pliegue del tabardo del físico—. Dice que os conoce y que estará encantada de serviros en su mesa.

Leví sonrió y removió los cabellos de Jucé con la marchita palma de su mano.

—Dime, joven Aben Selomó —preguntó el anciano sin apartar la mirada de los cenicientos escombros del solar de su casa—, ¿a qué te gustaría dedicarte?

El muchacho respondió con decisión, sin pensarlo dos veces:

—Me gustaría ser médico, como mi padre deseaba; pero no hay nadie en esta tierra que me pueda enseñar el oficio.

—«El mundo existe solo por el aliento de los niños estudiando» —musitó el anciano evocando una vieja sentencia que se había repetido en su cabeza cientos de veces—. Dime, joven, ¿y qué es lo que aprendiste de tu padre?

El muchacho dudó un instante antes de dar respuesta, posando su dedo índice sobre la barbilla.

—Apenas lo conocí —musitó intentando recuperar algún recuerdo entre las brumas de su infancia—, pero asegura madre que mi padre siempre decía que «el uso de la razón es lo que mueve al hombre al conocimiento de la verdad, y que la búsqueda de esta es el objeto de toda ciencia». Yo solo deseo aprender para llegar a ser una persona importante en nuestra comunidad; deseo ayudar a los demás y hacer

que el mundo que me rodea sea mucho mejor, pues eso es lo que mi madre siempre dice que a mi padre le hubiese gustado enseñarme.

El viejo esbozó una nueva sonrisa y su apergaminada cara pareció cobrar un brillo especial, como si de repente acabara de rejuvenecer alumbrada por el ramal de rayos soleados que, en ese preciso instante, se abrían paso entre las negruras del cárdeno nubarrón que había cubierto la villa desde la amanecida.

—Bendito eres Tú, Señor —balbució con los ojos emocionados— porque «las olas de la muerte me envolvían, me espantaban las trompas de Belial, los lazos del *seol* me rodeaban, me aguardaban los cepos de la muerte»; pero «clamé a Yahvé en mi angustia, a mi Dios invoqué; y él escuchó mi voz desde su Templo». Tu presencia es un bálsamo para este viejo anciano, joven Aben Selomó. Contigo a mi lado siento que la vida vuelve a bullir por mis venas. Durante mucho tiempo me lamenté de mi desgracia, pero el Señor Dios retenía un justo premio para mis pesares al final de este tortuoso camino.

El muchacho alzó la vista y clavó su ingenua mirada en el rostro ajado y pergaminoso de Leví sin comprender nada. Esbozó una sonrisa inconsciente de los pensamientos que se agitaban en la mente del anciano y, sintiéndose protegido como un pupilo en manos de su maestro, tomó su marchita mano y tiró de él con el propósito de llevarle ante la presencia de su madre.

—¿Sabes, joven Aben Selomó? Creo que Dios es justo y que sus acciones destilan una bondad infinita. Demos gracias al Todopoderoso, porque sacó a su pueblo de la ciénaga en la que se enfangaban nuestros padres y porque, entre la lobreguez de la cenicienta existencia que nos atormentaba, ha hecho hoy colar un ligero atisbo de luz. «Porque Yahvé es el que da la sabiduría». Solo «de su boca nacen la ciencia y la prudencia».

El muchacho asintió, perfilando en su rostro un tierno mohín de complicidad hacia el anciano, y juntos enfilaron la pequeña calle que conectaba el cal Mayor con la pequeña plazuela de la judería, donde se alzaba la casa que en otro tiempo había sido de Selomó Aben Jucé.

APÉNDICES

Nota de autor

Las décadas centrales del siglo XIV de nuestra era están consideradas como uno de los períodos más negros de la historia conocida de la humanidad, marcadas por la constante presencia de la peste, el hambre y la guerra. Toda Europa se vio afectada por esta lamentable situación, aunque la estampa fue especialmente trágica en los reinos de Aragón y Castilla, ya que la aparición de la Peste Negra en el año 1348 fue secundada por una cruenta guerra entre ambos reinos —la conocida como *Guerra de los Pedros*— y más tarde por la guerra civil castellana entre Pedro I y Enrique el Bastardo.

Esta calamitosa situación de peste y contiendas bélicas se vivió con especial intensidad en la raya fronteriza que separaba ambos territorios. Y aunque apenas existen documentos que hablen de la incidencia de la pestilencia en la región, sí consta el claro descenso demográfico que el obispado de Cuenca sufrió a consecuencia de la misma, así como de la extrema coyuntura de hambre y pobreza padecida en los años precedentes. Algo semejante ocurre en Teruel, donde la población descendió en casi un cuarenta por ciento entre 1342 y 1385, con unos datos demográficos también sacudidos por las guerras de la Unión y de los Dos Pedros. Evidentemente, nada hace suponer que la zona intermedia de sierras, donde se enclavan Cañete y Moya, quedara preservada de la pandemia. De hecho, se conserva cierta escritura del año 1348 por la que Pedro IV de Aragón exime del pago de los pechos durante dos años a los habitantes de Puebla de San Miguel, en el cercano Rincón de Ademuz, a causa de la devastación que «la mortalidad y las enfermedades» de ese año habían ocasionado. Otros documentos hacen referencia a la mengua de gentes en las localidades inmediatas de Castielfabib, Ademuz y Alpuente.

El documento citado, firmado a finales del mes de noviembre, demuestra que la peste ya había llegado a la sierra con anterioridad a esa fecha. Sin embargo, es complejo seguir el itinerario trazado por la pestilencia en las zonas geográficas que aparecen en la novela. Se sabe que Valencia fue contaminada hacia mayo de 1348 y que, a mediados del mes de julio, la epidemia hacía estragos en Teruel, desde donde el mal se extendió por tierras castellanas, llegando hasta Madrid a comienzos de 1349. Partiendo de todos estos datos es fácil suponer que las villas y aldeas situadas entre Teruel y Cuenca debieron padecer las consecuencias del morbo en los últimos meses del verano y los primeros del otoño. Durante los siguientes tres años, los efectos de la peste se sentirían en la zona con intensidad. Posteriormente la enfermedad no volvería a reaparecer hasta los primeros años de la década de los

sesenta.

El término *Peste Negra*, utilizado por las fuentes modernas para referirse a esta trágica epidemia, no fue en realidad acuñado hasta el año 1833, aunque sí sabemos que esta terrible enfermedad fue conocida con el nombre de *mal negro* desde fecha temprana —se cree que debido al color negro azulado de las bubas que aparecían en el cuerpo de la mayoría de los afectados—. Los contemporáneos se referían a ella también como *peste de landres*, *gran mortandad* o la *gran pestilencia*, haciendo alusión expresa al primer brote que llegó en 1348 a tierras peninsulares como la *primera mortandad*.

En muchos lugares, el fenómeno de la peste se relacionó con la abundante presencia de ratas, y más concretamente con la propia muerte endémica de estas, que precedía al contagio generalizado entre las personas. Sabemos, no obstante, que hasta casi el siglo xx no se tuvo constancia de la relación existente entre la enfermedad y la pulga que parasitaba en los roedores.

Al margen de la peste, la situación en la ciudad turolense en estos años era también dramática debido a las hambrunas de los años anteriores, la incidencia de la Guerra de la Unión en la región y las constantes luchas entre bandos que padecía de forma constante. A todo ello se sumaría la ocupación sufrida por parte de los castellanos en tiempos de la Guerra de los Pedros, precedida de un durísimo asedio que causó numerosos destrozos en las defensas y el caserío de la urbe.

En la época en la que tiene lugar la novela, era destacada en Teruel la rivalidad entre los dos linajes principales de la ciudad, los Marcilla —familia relacionada un siglo antes con la leyenda de los Amantes— y los Muñoz, que provocaban constantes banderías y episodios especialmente violentos y turbulentos, como los acaecidos a mediados de la década de los cincuenta, durante la judicatura de Guillem Pérez de Altarriba.

La familia de los Muñoz remontaba su origen a un tal Pascual Muñoz, a quien se le atribuía participación en la batalla de las Navas de Tolosa, un personaje que ocasionalmente estuvo vinculado al primigenio concejo de Cañete, en los años posteriores a la conquista de esta villa y su paso a manos castellanas. Cierta leyenda señala que dos de los hijos de Pascual Muñoz, Pascual y Martín, pasaron a Cuenca desde Teruel después de dar muerte a un tal Mingo de Marcilla. En tierras conquenses, Martín se estableció en la pequeña localidad de Valdemeca y casó con una hermana del señor de Cañete.

Una versión ligeramente distinta de esta leyenda fue la relatada por Juan Pablo Mártir Rizo en su *Historia de la muy noble y leal ciudad de Cuenca*. En esta obra, el autor recogió cierta tradición familiar que buscaba justificar el origen cristiano de la familia conversa de los Sánchez de Teruel, afincada en Cuenca. Según Mártir Rizo, la muerte del caballero de los Marcilla tuvo lugar hacia el año 1370, y los responsables de la misma, a los que llama Fernán y Gómez Sánchez Muñoz, huyeron de Teruel y buscaron refugiarse en la ciudad de Cuenca. Pese a que todo parece indicar que esta

nueva versión de la leyenda es una reelaboración de la anterior, he aprovechado la conexión que la noticia establece entre Teruel, Cuenca y el territorio cercano a Cañete para integrarla en la novela. Se ha adelantado, eso sí, la salida de los dos hermanos de Teruel unos pocos meses, para hacer coincidir su llegada a la Serranía Baja conquense con el mandato en Cañete de Alvar Ruiz de Espejo, alcaide leal a Pedro I, quien finalmente entregaría esta plaza a la Corona de Aragón.

Tanto Alvar Ruiz de Espejo como su antecesor en el cargo, Miguel Fernández, son personajes históricos que protagonizaron diversas acciones fronterizas durante estos años. También lo son el resto de los miembros pertenecientes a los clanes de los Marcilla y los Muñoz, así como Gil Torres y los diferentes jueces de la ciudad que van siendo nombrados a lo largo del relato. Los nombres de otros muchos personajes que, con mayor o menor protagonismo, hacen acto de presencia en la historia se recogen igualmente de los documentos que se conservan de esta época; tal es el caso de Jahiel Sarrení, Gurnuel Navarro, Zahadías de Palencia o Benito de Valldemeca, entre otros muchos.

A diferencia de la aljama de Teruel, de la que se tiene bastante información, la comunidad hebrea asentada en Cañete era poco numerosa y es escasa la documentación que poseemos sobre ella. Fue en 1981 cuando el tema generó cierto interés entre los historiadores locales al declarar Elias Canetti, justo en el momento de recibir el Premio Nobel de Literatura, que su familia era descendiente de la pequeña comunidad hebrea existente en la localidad conquense de Cañete antes de la expulsión de 1492 —ascendencia que todavía justifica su apellido—. De aquella pequeña judería solo deja testimonio en la actualidad un pequeño portal, posiblemente construido a mediados o finales del siglo xv, que abría paso a la que debía ser la calle principal de la misma, y que ha heredado el nombre de *puerta de la Sinagoga*, por ubicarse precisamente junto al edificio que los judíos debían destinar a ese uso. Se encuadraba el barrio hebreo de Cañete en la parte más alta de la villa, enquistado entre las otras barriadas de la población y la loma sobre la que se alza el castillo, un espacio en el que abundan las calles y cuestas de trazado sinuoso.

Solo algunos documentos tardíos —rescatados por el cronista local don Miguel Romero Sáiz— demuestran la existencia de familias conversas que permanecieron en Cañete durante el siglo xvi. La referencia a hebreos relacionados con la villa antes de la expulsión es puramente anecdótica y se reducen a la mención de algún propietario notable, como Jucé Fabón, o a algún arrendador de las salinas próximas, caso de Abraham Buhardo, sin que ello signifique necesariamente que se trataba de verdaderos habitantes de su judería. Pese a ello, la existencia de una sinagoga y el hecho de que uno de los conversos cañeteros acusados de judaizante fuese conocido con el nombre de *el Rabí* son claros indicios de que en la población, o en sus inmediaciones, debían residir al menos diez varones mayores de trece años, *quorum* mínimo necesario para poder realizar la oración comunitaria.

La documentación que se posee acerca de la aljama de Cuenca es mucho mayor,

al menos hasta que en el año 1391 fuera completamente arrasada durante los prógromos que se extendieron por toda la Península. Para la época que nos ocupa se conservan varios documentos concejiles en los que se recogen la nómina de los principales habitantes de su judería. Entre los nombres conservados, aparece el de un tal Ioseph Halevi var Yanta Ana, sin que se dé mucha más información acerca de él.

Leví Aben Yosef, el protagonista de la novela, es por su parte un personaje totalmente ficticio, construido a partir de dos personas distintas de cuyas vidas sí conocemos diversos detalles: Martín García de Cañete y Abraham Aben Selomoh. El primero es un cirujano converso que en 1459 fue designado para el cargo de procurador síndico de la ciudad de Cuenca; el segundo, un conocido cronista nacido en 1482 en la pequeña localidad de Torrutiel, cerca del límite entre los obispados de Cuenca y Valencia.

La presencia en Cuenca en el siglo xv —fecha en la que ya no existía judería en esta ciudad— de un médico de raíces hebreas y perteneciente —a tenor de su apellido toponímico— a una familia oriunda de Cañete nos induce a pensar que previamente bien pudo haber algún físico o cirujano actuando en la pequeña villa serrana o en algún otro punto cercano. Por su parte, el ejemplo del cronista de Torrutiel sirve para demostrar igualmente que un pequeño núcleo de población de naturaleza fronteriza bien podía ser el lugar del que procediera uno de aquellos hebreos doctos que signaron con tinta de oro muchas de las páginas de nuestra historia. Las semblanzas de ambos confluyen en el personaje de Leví, un poeta y seguidor de las teorías de Maimónides, con cierta vocación cronística, que, educado en las ciencias médica y quirúrgica, vivió a medio camino entre Cuenca y Teruel, en una tierra de frontera constantemente arrasada por las guerras y conflictos, donde la desgracia se cebó inmisericorde en la segunda mitad del siglo xiv.

Notas sobre el calendario hebreo

El calendario hebreo es lunisolar. El mes hebraico se basa en el ciclo que cumple la luna al rodear la Tierra —29 días y medio aproximadamente—, razón por la cual los meses judíos tienen 30 y 29 días alternativamente. En siete años de cada ciclo de diecinueve, el año hebreo añade un mes más de treinta días, de forma que aparece duplicado el mes de *adar* bajo los nombres de *adar álef* y *adar bet*. A estos años de trece meses se los conoce con el nombre de *bisiesto* o *embolismal*.

Cabe destacar que el día hebreo, a diferencia del gregoriano, no comienza con la medianoche, sino con la aparición en el cielo de las tres primeras estrellas, es decir, con la caída del crepúsculo. En la Edad Media es frecuente designar la llegada del nuevo día con *la aparición de la estrella en el cielo*.

Los diferentes meses del calendario hebreo son:

- Tishrei:** primer mes del calendario hebreo, que suele coincidir con los meses gregorianos de septiembre y octubre, según el año.
- Hesván:** mes otoñal en el calendario hebreo, que suele coincidir con los meses gregorianos de octubre y noviembre, según el año.
- Kislev:** tercer mes del calendario hebreo y el último del otoño, que suele coincidir con los meses gregorianos de noviembre y diciembre del calendario gregoriano, según el año.
- Tevet:** mes invernal en el calendario hebreo, que suele coincidir con los meses gregorianos de diciembre y enero, según el año.
- Shevat:** mes invernal en el calendario hebreo, que suele coincidir con los meses gregorianos de enero y febrero, según el año.
- Adar:** sexto mes del calendario hebreo y el último del invierno, que suele coincidir con los meses gregorianos de febrero y marzo del calendario gregoriano, según el año. En año bisiesto o *embolismal*, después del mes de *shevat* se introduce otro mes de treinta días llamado *adar álef*, pasando a recibir *adar* el nombre de *adar bet*.
- Nisán:** séptimo mes del calendario judío, que determina el comienzo de la primavera. Suele coincidir con los meses gregorianos de marzo o abril, según el año.
- Iyar:** mes primaveral en el calendario hebreo, que suele coincidir con los meses gregorianos de abril y mayo, según el año.
- Siván:** mes primaveral del calendario judío, que suele coincidir con los meses gregorianos de mayo y junio, según el año.
- Tamuz:** décimo mes del calendario judío, que determina el comienzo del verano. Suele coincidir con los meses gregorianos de junio o julio, según el año.
- Av:** mes veraniego del calendario hebreo, que suele coincidir con los meses gregorianos de julio y agosto, según el año.
- Elul:** mes veraniego en el calendario hebreo, que suele coincidir con los meses gregorianos de agosto y septiembre, según el año.

GLOSARIO

- Adafina*: potaje especiado de carne, legumbres, verduras, garbanzos y huevos, que tradicionalmente se cocinaba el viernes y que se mantenía entre los rescoldos de la lumbre para ser comido durante la jornada del *Sabbat*.
- Ajarit Hayamim*: expresión hebrea que hace alusión al final de los días.
- Albedino*: funcionario de justicia, representante del *Bet Din* o corte de justicia entre los judíos.
- Alhad, día de*: primer día de la semana, correspondiente al domingo del calendario cristiano.
- Aljama*: término empleado en los reinos cristianos peninsulares para referirse a una comunidad judía. También existían en estos territorios las aljamas de moros.
- Almofalla*: campamento o hueste acampada.
- Almogávar*: aldeano o villano que, formando tropa, se dedica a realizar correrías en territorio enemigo. Es en este sentido en el que se utiliza en el texto, aunque el mismo término también puede referirse a ciertas tropas de elite que conformaban los ejércitos de la Corona de Aragón.
- Amidah*: principal oración que se recita durante el triple rezo diario: al amanecer, al mediodía y al atardecer.
- Anqueta*: nombre que se le daba al hueso próximo al nervio ciático que se sitúa entre la articulación del muslo y la grasa adherida al mismo.
- Arbit*: oración de la noche.
- Ato*: atado. Conjunto de cosas atadas.
- Aula*: sala o nave principal de un edificio destinado al culto o a la enseñanza.
- Azara*: espacio de la sinagoga dedicado a las mujeres. Normalmente se trataba de una galería superior, aunque suponemos que la sinagoga de Cañete quizá respondía más a la fisonomía de una casa particular en la que habitualmente se reunía el *minyán* que a los edificios sinagogales tradicionales.
- Baile*: oficial real encargado de la administración de justicia y de la recaudación de tributos en su bailía o territorio de mandato. En la Corona de Aragón tenía jurisdicción civil y criminal.
- Balandre*: sobretodo rectangular con un orificio para meter la cabeza que vestían principalmente pastores, labradores y arrieros.
- Baticambra*: letrina. El origen del término se explica en el Fuero de Teruel, donde se sugiere que procede del árabe *bayt* (casa) y el latín *camara*.
- Bereshit*: Libro del Génesis, primero del Pentateuco.
- Bet olam*: término que puede traducirse como «casa de la eternidad», equivalente a cementerio.

Betulim: baño de la purificación que recibe la mujer judía tras la pérdida de su virtud.

Bimah: estrado o púlpito desde el cual impartía la oración el rabino.

Bisarma: arma ofensiva compuesta por un asta de madera y una amplia moharra.

Cabahea: tipo de embutido con forma de salchicha que gozaba de gran tradición entre los hebreos sefarditas.

Cabarim: cofradía dedicada al sepelio de los muertos. Su existencia aparece documentada en diversas juderías de Aragón, y se la conoce especialmente con el nombre de *Haburat ha-Qabarim*.

Cadira: silla.

Cambra: dormitorio o pieza para dormir. En las casas de labranza el término también se usa para referirse al sobrado o al local alto dedicado a recoger el grano.

Capiello: tocado con forma cilíndrica utilizado por infanzones y caballeros. En el caso de las mujeres, se trataba de un armazón forrado de tela que se sujetaba a la cabeza con un barboquejo.

Carnero: cementerio.

Carral: originalmente, cualquier calle o camino por el que pueda transitar un carro. Por extensión, cualquier calle de una villa o ciudad.

Cimolia, tierra: compuesto médico que se utilizaba principalmente para el tratamiento de las hinchazones y las ampollas provocadas por quemaduras.

Devarim: Libro del Deuteronomio.

Dineral, pan: pan cuyo precio era de un dinero.

Diván: colección de poesías de uno o de varios autores. Normalmente se trataba de composiciones escritas en lenguas orientales, aunque por extensión son así llamadas también las colecciones poéticas de los poetas hebreos sefarditas.

Electuario: medicamento compuesto de varias hierbas y raíces reducidas a polvo y mezcladas con miel o jarabe.

Enforcamiento: ahorcamiento.

Escapulado: monje. El vocablo hace alusión al escapulario, signo distintivo de las diferentes órdenes religiosas.

Esparteño: espartero. Con el nombre de *esparteños* aparecen documentados en Teruel varios trabajadores del esparto que tienen sus obradores en la calle de la Albardería.

Fetor: hedor intenso y penetrante.

Filacteria: cada una de las dos pequeñas envolturas de cuero que contienen tiras de pergamino con ciertos pasajes de la Escritura, y que los judíos, durante ciertos rezos, llevan atadas al brazo izquierdo y a la frente respectivamente.

Fosar o fosario: cementerio o carnero. Término en desuso que actualmente se utiliza solo como sinónimo de osario o de lugar donde se acumulan huesos.

Fosero o cavafuesas: enterrador.

Fusta: madera.

Garnacha: sobretodo que se vestía sobre la saya y el pellote. Era una prenda de

abrigo, muy empleada también para viajar.

Gehena: infierno.

Genizah: lugar de la sinagoga en la que se almacenan los libros y objetos sagrados que no eran utilizados durante el culto.

Habdálá: ceremonia de culminación del *Sabbat*.

Hakhamin: sabios, expertos en las leyes judías.

Hamán: figura de madera o trapo que era quemada o ahorcada durante la celebración judía de *Purim*.

Hazaleja: toalla.

Hejal: así llamaban los judíos sefardíes al pequeño armario decorado donde se guardaban los pergaminos de la *Torá*. Normalmente, en las sinagogas hebreas, esta pequeña recámara se sitúa en la pared que queda orientada al Este, en dirección a Jerusalén.

Hostiario: cajita que se emplea para guardar las hostias no consagradas o para llevar la comunión a los enfermos.

Janucá, fiesta de: llamada también *Fiesta de las Luminarias*. Festividad que conmemora la independencia de los judíos sobre los griegos, en tiempos de los macabeos, y en la cual se enciende la *januquiá*, un candelabro de nueve brazos.

Jupá: dosel o baldaquino de tela que se sostiene con cuatro varas sobre los contrayentes durante la celebración del matrimonio judío.

Kabila: comadrona.

Kadish: rezo que se practica en la sinagoga durante cada uno de los tres oficios diarios.

Ketubá: contrato nupcial. Enumera las obligaciones entre el marido y la mujer, y simboliza el pacto que Moisés escribió antes de la revelación en el monte Sinaí.

Landrecilla: así llamaban los judíos españoles al nervio ciático que se sitúa entre la articulación del muslo y la grasa adherida, siendo la anqueta el hueso próximo al mismo.

Macelo: matadero en el que se sacrifican los animales destinados al abasto de la carnicería.

Malfetría: maldad.

Mamero: recipiente para la lactancia artificial.

Mamzer (pl. *mamzerim*): persona nacida como fruto de una relación ilegítima. Se llama de esta manera al hijo de una mujer adúltera.

Melamed: maestro o instructor de niños.

Mengía: medicamento o remedio.

Mestre: título equivalente a doctor o maestro.

Mezuzá: receptáculo que alberga un pequeño trozo de pergamino con versículos de la *Torá*, que se sitúa en la jamba derecha de las puertas de los hogares hebreos.

Mikvé: lugar destinado al baño purificador en las comunidades hebreas.

Minjá: oración de la tarde.

Minyán: *quorum* mínimo de diez varones mayores de trece años necesario para la realización de las oraciones en la sinagoga.

Mohar: cantidad de dinero que el novio debe pagar al padre de la novia a modo de dote.

Mohel: cirujano encargado de practicar la circuncisión.

Mucaddemin: adelantados, funcionarios de la comunidad judía.

Mundaria: prostituta.

Nasi: príncipe. Título que se utilizaba en la Antigüedad por el miembro de mayor rango del sanedrín, y que los judíos españoles rescataron en tiempos de la dominación musulmana, con el significado de persona importante o notable de la aljama.

Obrador: taller artesanal.

Palacio: vocablo que puede utilizarse para designar tanto la residencia suntuosa en la que habita un personaje notable como la sala principal de una casa particular.

Pashtida: nombre que los sefardíes daban a las empanadas, ya fueran saladas o dulces.

Pésaj, fiesta de: Pascua judía. Celebración que conmemora la salida del pueblo hebreo de Egipto.

Purim, fiesta de: celebración hebrea que conmemora el milagro que salvó a los judíos de ser exterminados de manos del rey Asuero.

Qohéleth: Libro del Eclesiastés.

Rabí o rabino: maestro hebreo que interpreta los textos sagrados. También se le da este nombre al jefe espiritual de la aljama.

Real: campamento de un ejército.

Sabbat: día de descanso. Séptimo día de la semana, que comienza con el atardecer del viernes.

Sabidora: denominación que se daba en la Edad Media a las mujeres curanderas que se dedicaban a las afecciones propias de la mujer y de los niños de temprana edad.

Saharit: oficio matutino de la sinagoga.

Seol: en la tradición judaica, mansión de los muertos, situada bajo tierra, a la que van todos los difuntos. Desde los primeros siglos de nuestra era adquirió la significación de «abismo», equivalente a la gehena.

Sehitah: ceremonia ritual consistente en el sacrificio de los animales que van a servir para consumo de la comunidad judía.

Setaroth: cualquier tipo de documento legal, como las escrituras de propiedad de una vivienda.

Shemá Ysrael: profesión de fe judía.

Shibá: período de siete días de luto tras la muerte de un familiar cercano.

Shoet: persona encargada del sacrificio de los animales en un matadero.

Shofar: trompeta hecha con cuerno de carnero vaciado que se hace sonar durante las

fiestas hebreas más importantes. Durante el *Yom Kipur* o *Fiesta del Perdón*, se hace sonar poco antes de finalizar el ayuno.

Sinagoga: edificio en el que los judíos se congregan para el culto y la instrucción religiosa.

Sucot, fiesta de: también llamada *Pascua de las Cabañuelas* o *de los Tabernáculos*. Festividad que conmemora las vicisitudes vividas por el pueblo judío en su deambular por el desierto, después de su salida de la esclavitud de Egipto.

Taanit Ester: jornada de ayuno menor que se realiza la víspera de la festividad de *Purim*, y que se practica entre el amanecer y la puesta de sol.

Tacanot: conjunto de ordenanzas con las que se regía la vida en la aljama.

Taled: manto de oración que los judíos se colocan sobre la cabeza y el cuello durante sus ceremonias religiosas.

Talmud: libro en el que se recoge la tradición oral del pueblo judío, así como diferentes discusiones rabínicas sobre las leyes hebreas, tradiciones y costumbres.

Tanaj: conjunto de los veinticuatro libros que conforman la Biblia hebrea y que se corresponde con el Antiguo Testamento de los cristianos.

Tehilim: libro sagrado de los Salmos.

Tendal: poste central en torno al cual se levantaba toda una tienda de campaña.

Tevilá: ritual de purificación, consistente en sumergir todo el cuerpo en el agua, que las mujeres judías deben realizar antes de casarse o al finalizar el período menstrual. Debe llevarse a cabo en el *mikvé*, siempre que la judería disponga de uno, o en su defecto, en ríos o lagos donde el agua fluya y no permanezca estancada.

Torá: conjunto de los cinco primeros libros de la *Tanaj*, que corresponde al Pentateuco de la Biblia cristiana. También hace referencia a la «ley escrita», significando más concretamente los preceptos e instrucciones dados por Dios y contenidos en los citados libros.

Trenque: postigo o pequeño acceso en un muro.

Trestiga: letrina o cloaca.

Triaca: preparado polifármaco compuesto de numerosos ingredientes que se utilizaba para la cura de diversas enfermedades, así como para las mordeduras de animales venenosos.

Trifá: carne que es impura y, por tanto, no apta para el consumo, en atención a las prescripciones alimenticias de la *Torá*.

Viduy: acto de confesión. Originalmente se recitaba el Día de *Yom Kipur*, aunque debe recitarse en el trance de la muerte. Si el interesado no puede hacerlo, algún familiar o conocido debe hacerlo en su lugar.

Yom Kipur: también llamado *Día de la Expiación* y conocido entre las comunidades hebreas hispanas como *Ayuno de la Perdonanza*. Para los hebreos es el día más santo y solemne del año, durante el cual están prohibidas la comida, la bebida, el baño y las relaciones sexuales.

Zaquén (pl. *Zeqénim*): anciano de la judería. En ocasiones se emplea como sinónimo de los funcionarios de la comunidad.

Zéjel o *poema azejelado*: composición estrófica de la métrica española, de origen árabe.

Topónimos aparecidos en el relato

Se incluyen en el listado todos los topónimos citados en la novela. Se establece la correspondencia de aquellos que aparecen citados en su forma arcaica, y se establece la situación territorial de los mismos.

Alcaniz: Alcañiz. Localidad de la provincia de Teruel.

Ademuz: localidad valenciana. Su territorio se halla enquistado entre la frontera aragonesa y las lindes del reino de Castilla.

Albarracín: Albarracín. También conocida en la Edad Media como Santa María de Albarracín. Fue sede de un obispado hasta el siglo XIII y pasó a la Corona aragonesa en el siglo XIV. Actualmente pertenece a la provincia de Teruel.

Alpuente: localidad valenciana situada en el límite con la provincia de Teruel.

Borja: localidad de la provincia de Zaragoza.

Burgos: ciudad castellana.

Calatayud: localidad de la provincia de Zaragoza.

Cannete: Cañete. Localidad de la provincia de Cuenca, situada en la frontera que antiguamente lindaba con el reino de Aragón. Aparece también en los documentos de la época con la grafía de Canyet.

Cardenete: localidad de la provincia de Cuenca.

Carinyena: Cariñena. Localidad de la provincia de Zaragoza.

Carvoneras: Carboneras de Guadazaón. Localidad de la provincia de Cuenca.

Castiel o Castielfabib: localidad valenciana. Situada en el Rincón de Ademuz.

Cuenca: ciudad castellana. Su nombre aparece recogido en la época con las variantes de Concha o Conqua.

Darocha: Daroca. Localidad de la provincia de Zaragoza.

Escrich: Escriche. Localidad de la provincia de Teruel. En la Edad Media fue cabeza de un señorío regido por el linaje de los Sánchez Muñoz.

Fuente del Manzano: Salinas del Manzano. Localidad de la provincia de Cuenca.

Fuentelespino: Fuentelespino de Moya. Localidad de la provincia de Cuenca.

Fuentesclaras: población situada en el actual término municipal de Salvacañete, en la provincia de Cuenca.

Huélamo: localidad de la provincia de Cuenca.

Huesca: ciudad aragonesa. Aparece también en los documentos de la época bajo la grafía de Osca.

Huepte: Huete. Localidad de la provincia de Cuenca.

Ifriqiya: África en árabe actual. En la Edad Media se designaba con este nombre un territorio que abarcaba parte de Túnez, Argelia y Libia.

Jaca: localidad de la provincia de Huesca.

La Cañada: Cañada del Hoyo. Localidad de la provincia de Cuenca.

La Mengía: La Huérguina. Localidad de la provincia de Cuenca. En el siglo XIV era aldea de Cañete.

La Puebla de Valverde: También conocida en la Edad Media como Puebla de Santa María de Valverde. Localidad de la provincia de Teruel.

Molina: localidad de la actual provincia de Guadalajara. Fue cabeza de un importante señorío durante la Edad Media.

Monteagudo: Monteagudo del Castillo. Localidad de la provincia de Teruel.

Mora: Mora de Rubielos. Localidad de la provincia de Teruel.

Moya: localidad de la provincia de Cuenca. Aparece también en los documentos de la época con la grafía de Moia.

Murviedro: Sagunto. Localidad valenciana ocupada por los castellanos durante la Guerra de los Pedros.

Olmeda: Olmeda del Rey. Localidad de la provincia de Cuenca.

Requena: localidad valenciana, perteneciente en el siglo XIV al reino de Castilla y al obispado de Cuenca.

Rubiolos: Rubielos de Mora. Localidad de la provincia de Teruel.

Sarrión: localidad de la provincia de Teruel.

Sefarad: nombre que los judíos daban a la Península Ibérica.

Segorbe: localidad de la provincia de Castellón. Fue la sede del obispado al que perteneció Teruel desde el siglo XIII hasta el año 1577.

Sevilla: ciudad castellana.

Sigüenza: Sigüenza. Localidad de la provincia de Guadalajara.

Solera: Solera de Gabaldón. Localidad de la provincia de Cuenca.

Tauste: localidad de la provincia de Zaragoza.

Teruel: ciudad aragonesa. Aparece también en los documentos de la época con la grafía de Turol.

Tirazona: Tarazona. Localidad de la provincia de Zaragoza.

Toledo: ciudad castellana.

Torralba: Torralba. Localidad de la provincia de Cuenca.

Tórtola: pedanía del municipio de Valdetórtola, situado en la provincia de Cuenca.

Tragacete: localidad de la provincia de Cuenca.

Uclés: localidad de la provincia de Cuenca.

Utiel: localidad valenciana, perteneciente en el siglo XIV al reino de Castilla y al obispado de Cuenca.

Valencia: ciudad perteneciente a la Corona de Aragón.

Valera de Suso: Valeria. Localidad de la provincia de Cuenca.

Valldemeca: Valdemeca. Localidad de la provincia de Cuenca.

Vilel: Villel. Localidad de la provincia de Teruel.

Xérica: Jérica. Localidad de la provincia de Castellón.

Yerusún: Jerusalén.

Zaragoza: ciudad aragonesa. Aparece también en los documentos de la época con la grafía de Çaragoza.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento eterno es siempre para mi maestro, para el que hizo del surco una senda y nos mostró a todos la vía que conduce hacia el conocimiento y el amor por nuestra tierra. No imagino esta novela sin su consejo y sin su entrega desmedida al descubrimiento de nuestra historia. No puedo por ello dejar de mencionar el nombre de Miguel Romero Sáiz en cualquiera de mis escritos, pues lo que soy es fruto de su labor dedicada. También agradezco en esta ocasión, de manera especial, a Anabel Sáiz Ripoll, verdadera responsable de que Leví Aben Yosef haya tenido su propia historia que contar.

Doy las gracias también a todos mis familiares y amigos. A Mireia, esposa y compañera, por su constancia y dedicación. Por su especial comprensión cuando paso horas y horas tecleando delante de la pantalla, momentos que soporta pacientemente o que ella misma propicia consciente de mi necesidad. Por ella el cálamo traza hasta la última letra. Sin ella nada tendría sentido. También a Gaspar, mi hermano, y a Herminia, mi madre, que tanto confían y creen en mí. A todos los que están, pero también a los que no. A mi padre, Gaspar, a quien anhelo en el recuerdo y de quien busco la plena complacencia en mi trabajo. Ojalá broten de mí todas aquellas palabras que dejaron de nacer de su boca el día que su pluma se quebró.

A esos buenos amigos que siempre están dispuestos a sumergirse en la lectura de alguno de mis escritos, y a mis compañeros del grupo recreacionista CONCA, con quienes tan buenos momentos he pasado. También agradezco a todos los excelentes amigos que mis andanzas literarias han ido poco a poco proporcionándome. Quiero dedicar con especial cariño mis palabras de gratitud a todos los que me han acompañado en la mesa durante la presentación de alguna de mis obras, o en cualquier otro acto literario. Es de justicia reconocer la deuda que tengo con muchos de ellos, aunque citarlos a todos haría esta nota demasiado extensa. Mi agradecimiento es especial para aquellos que no solo me han acompañado en algún evento, sino que además no han dudado en tenderme su mano generosa cuando lo he necesitado.

Finalmente quiero dar las gracias a la tierra que engendró a mis ancestros, en la que yo tuve la dicha de crecer y jugar, aquella en la que el pino horada la roca rodada y el agua brota entre oquedades de piedra. En ella he encontrado mi inspiración para esta historia y en su regazo brotan mis lágrimas y se eriza el vello. Ojalá el tiempo me permita algún día fundirme en sus entrañas y formar parte de su eternidad.



MIGUEL ÁNGEL BADAL SALVADOR (Valencia, 1978), es un escritor y profesor de secundaria español. Diplomado en Educación Primaria, ha ejercido como docente en diferentes colegios de Cuenca y Valencia. Es un apasionado de la Historia y ha colaborado como articulista en diferentes medios escritos como el periódico El Día de Cuenca o las revistas Medieval, Desperta Ferro o El Postigo.

Obtuvo el primer premio del certamen de relato histórico breve Don Álvaro de Luna en sus ediciones de 2005 y 2007, llegando a publicar algunos relatos de temática histórica en diferentes ediciones conjuntas.

En 2010 fue finalista del premio Caja Granada de Novela Histórica con su primera novela, *El señor de Lordemanos*, publicada en 2011.

Notas

[1] Lunes, 16 de febrero de 1349. <<

[2] Martes, 17 de febrero. <<

[3] Noche del martes 17 al miércoles 18 de febrero. <<

[4] Miércoles, 18 de febrero. <<

[5] Noche del miércoles 18 al jueves 19 de febrero. <<

[6] Jueves, 19 de febrero. <<

[7] Año cristiano de 1349. <<

[8] 25 de febrero. <<

[9] Miércoles, 25 de febrero de 1349. <<

[10] Viernes, 11 de febrero de 1351. <<

[11] Domingo, 13 de febrero. <<

[12] Lunes, 14 de febrero. <<

[13] Martes, 15 de febrero. <<

[14] Miércoles, 16 de febrero. <<

[15] Jueves, 17 de febrero. <<

[16] Viernes, 18 de febrero. <<

[17] Lunes, 21 de febrero. <<

[18] Martes, 22 de febrero. <<

[19] 8 de julio de 1351. <<

[20] Frase que literalmente significa «porque polvo eres» y que era pronunciada por los asistentes a un entierro judío. (*N. del A.*) <<

[21] Domingo, 3 de julio de 1351. <<

[22] Martes, 15 de octubre de 1353. <<

[23] Sábado, 19 de octubre. <<

[24] Domingo, 20 de octubre. <<

[25] Lunes, 21 de octubre. <<

[26] Martes, 22 de octubre. <<

[27] Jueves, 24 de octubre, antes del amanecer. <<

[28] Jueves, 24 de octubre. <<

[29] Año cristiano de 1359. <<

[30] 1 de diciembre. <<

[31] Año cristiano de 1355. <<

[32] 1 de diciembre de 1359. <<

[33] Jueves, 2 de enero de 1360. <<

[34] Jueves, 2 de enero. <<

[35] Viernes, 3 de enero. <<

[36] Martes, 7 de enero. <<

[37] Miércoles, 8 de enero. <<

[38] Miércoles, 8 de enero. <<

[39] Jueves, 9 de enero. <<

[40] Viernes, 10 de enero. <<

[41] Miércoles, 15 de enero. <<

[42] Jueves, 16 de enero. <<

[43] Año cristiano de 1364. <<

[44] 30 de enero. <<

[45] Año cristiano de 1359. <<

[46] Correspondiente ya al año cristiano de 1360. <<

[47] Marzo de 1362. <<

[48] Febrero de 1363. <<

[49] Lunes, 17 de abril. <<

[50] Lunes, 24 de abril. <<

[51] Lunes, 1 de mayo. <<

[52] 30 de enero de 1364. <<

[53] Martes, 20 de abril de 1367. <<

[54] Miércoles, 21 de abril. <<

[55] Jueves, 22 de abril. <<

[56] Domingo, 25 de abril. <<

[57] Lunes, 26 de abril. <<

[58] Jueves, 29 de abril. <<

[59] Viernes, 30 de abril. <<

[60] Domingo, 9 de mayo. <<

[61] Lunes, 10 de mayo. <<

[62] Martes, 11 de mayo. <<

[63] Miércoles, 12 de mayo. <<

[64] Jueves, 13 de mayo. <<

[65] Viernes, 14 de mayo. <<

[66] Domingo, 16 de mayo. <<

[67] Año cristiano de 1369. <<

[68] 8 de febrero. <<

[69] Referencia bíblica a las antiguas deidades femeninas. (*N. del A.*) <<

[70] 19 de agosto. <<

[71] Jueves, 8 de febrero de 1369. <<